HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

los imperios del antiguo oriente

III. la primera mitad del primer milenio

E. CASSIN/J. BOTTÉRO/
J. VERCOUTTER



Elena Cassin, Jean Bottéro & Jean Vercoutter

Los imperios del Antiguo Oriente III

La primera mitad del primer milenio

Historia Universal Siglo XXI - 4

Título original: *Die Altorientalischen Reiche III. Die erste Hälfte des 1. Jahrtausends*

Elena Cassin, Jean Bottéro & Jean Vercoutter, 1965

Traducción: María Elena Núñez, Antón Dietrich & P. Buckley

ADVERTENCIA SOBRE LAS TRANSCRIPCIONES

Se transcriben los nombres turcos, sumerios y semitas de acuerdo con las siguientes equivalencias aproximadas:

ḍ, ṣ, ṭ: consonantes llamadas enfáticas, pronunciadas con gran esfuerzo articulatorio, que no existe en las lenguas europeas.

j, dj (en turco c), ǧ: inglés *jungle*, italiano *gioia*, pronunciación africada de la *y* castellana (*un yate*).

ç, ch: *ch* castellana.

g, gh, ğ: *g* fricativa de *llegar*.

ḥ: *h* aspirada fuerte.

kh, ẖ: *j* castellana.

sh (en turco ş), š: *sh* inglesa, *ch* francesa.

z: *z* inglesa y francesa, *s* francesa de *chose*.

ā, ē, etc.: vocales largas.

’: Ataque vocálico semejante al que acompaña en alemán a una vocal inicial (*’alif* árabe, *’āleph* hebreo).

‘: Sonido gutural del *‘ayn* árabe o *‘ayin* hebreo.

ṯ: *z* castellana, *th* inglesa de *thunder*.

ḏ: *d* fricativa castellana de *medir*.

Se excluyen de estas normas los nombres que por una u otra causa tengan una forma castellanizada ampliamente consagrada por el uso, en particular los bíblicos. En nombres acadios, etc., se indican también como ā, ē… las vocales largas por contracción (â, ê… en la notación usual). En cuanto a las transcripciones del egipcio, nos atenemos lo más posible a las aproximadas de Drioton y Vandier (*Historia de Egipto*, trad. cast. de la 3.ª ed., Buenos Aires, EUDEBA, 1964), por ser las más difundidas en nuestros países. Deben leerse de acuerdo con la tabla anterior, teniendo en cuenta además que con *â* se indica la presencia de una vocal y del sonido ‘, que sólo se representa aislado en el nombre de dios Re‘ (Rē‘) y los compuestos con él; se prescinde por lo general de señalar la cantidad vocálica y de distinguir entre h y ḥ, k y ḳ.

Cuando en la lista anterior se reseñan varios signos para la transcripción de un sonido, es el primero de ellos el que usamos preferentemente en el texto.

1.Asiria y los países vecinos (Babilonia, Elam, Irán) desde el 1000 hasta el 617 a. C. El Nuevo Imperio babilónico hasta el 539 a. C.

I. LA EXPANSIÓN ARAMEA Y EL RENACIMIENTO DE ASIRIA

A principios del primer milenio antes de nuestra era, un hecho domina la historia del Próximo Oriente: la triunfante expansión de los nómadas arameos y su asentamiento en Siria del Norte, el valle del Éufrates y la baja Mesopotamia[1]. Asiria atraviesa entonces un largo período de debilidad y se repliega ante ellos hacia su territorio nacional. Al comenzar el siglo X, los arameos se encuentran ya sólidamente asentados junto a la gran curva que hace el Éufrates al sur de Karkemish. Un siglo antes, Tiglatpileser I había hecho fortificar y guardar los vados, impidiéndoles así atravesar el río durante algún tiempo. Sin embargo, durante el reinado, extenso y sin gloria, de Ashshurrabi (1010-970), estas últimas barreras van desapareciendo una tras otra. Mutkinu, en la orilla oriental del Éufrates, y Pitru, junto a uno de sus afluentes de la derecha, el Sajūr, caen en sus manos. El obstáculo queda así franqueado: sobre ambas orillas del río se extiende a partir de entonces el reino arameo de Bīt-Adini cuya capital será Til Barsip (Tell Aḥmar).

En el interior, la horda invasora continúa esparciéndose. Fundan otros dos principados en el valle del Balīkh, y algunos más en el del Khābūr. El más importante es el de Bīt-Bakhiāni, situado junto al alto Khābūr y cuya capital, Guzana (Tell Ḥalaf), ocupa una posición clave en la ruta que une Asiria con el Éufrates. Las excavaciones arqueológicas han desenterrado el palacio de un príncipe arameo que vivió allí probablemente a principios del siglo IX.

La poderosa tribu de los temanitas se introduce aún más hacia el este, en dirección al Tigris, fundando allí nuevos estados en torno a las ciudades de Naṣibīna (Nisibis), Khuzirīna y Gidara. La última de estas ciudades cae en sus manos en tiempos de Tiglatpileser II (966-935), siendo entonces rebautizada con el nombre de Radammāte.

Al sur de la gran curva del Éufrates, el valle es ocupado paulatinamente por grupos arameos que se establecen en él repartiéndose en principados independientes: Laqē, en la región de la desembocadura a del Khābūr; Khindanu, hacia el recodo del río, y en especial Sukhi, que se extiende entonces desde Anat a Rapiqu. El valle es a menudo estrecho y se encuentra encerrado entre dos zonas desérticas; las ciudades suelen mantener en las islas fuertes posiciones de defensa, obligando a las tribus todavía nómadas del desierto a buscar más al sur lugares de paso y regiones donde establecerse. A la altura del istmo de Akkad, donde el Tigris y el Éufrates aproximan sus cursos, es donde el río puede atravesarse más fácilmente. Toda la región en torno a Sippar y Babilonia, hasta los límites de la actual Bagdad, es invadida por bandas de salteadores arameos. Durante la primera mitad del siglo XI un usurpador arameo, Adadaplaiddin, se había apoderado del trono de Babilonia, y Asiria no había tenido más remedio que reconocerlo. Por consiguiente el reino babilónico se había disgregado, volviéndose a constituir más al este, en las colinas situadas más allá del Tigris, entre Dēr y Arrapkha. Los grandes santuarios de Babilonia, de Borsippa y de

Kutha se libran casi de toda vinculación política. Los templos, sus torres y dependencias, el personal y los habitantes son administrados por las autoridades eclesiásticas. Estas tres ciudades no son sólo santuarios nacionales de los reyes babilónicos, sino las ciudades santas de toda la Mesopotamia semítica, hacia las cuales vuelven sus ojos con igual devoción asirios, arameos y caldeos.

Más al sur, se extiende hasta el golfo Pérsico la vasta superficie del antiguo país de Sumer. Los caldeos, de la familia de los arameos, se establecen allí y, seminómadas, semisedentarios, forman a mitad del siglo IX seis principados de fronteras mudables: Larak, Bīt-Dakkuri, Bīt-Amukkani, Bīt-Silāni, Bīt-Sa'alli y Bīt-Yakīn. En estas nuevas poblaciones, y en particular en Bīt-Yakīn, es donde Babilonia volverá a cobrar vitalidad.

Asimismo, bordeando el curso inferior del Tigris, al sur de la desembocadura del Diyāla (Turnat), se encontraban establecidas otras grandes tribus arameas: litau, puqudu, gambulu y khindanu.

Los arameos, que asediaban estrechamente Asiria y Babilonia desde el Khābūr a Elam, se habían extendido igualmente por Siria del Norte, al oeste del Éufrates. En estas regiones, habían topado con la confederación de los estados neohititas, Karkemish, Ḥama, Alepo, Khattina, que les presentaron más o menos resistencia. La región de Alepo y Arpad cayó rápidamente en su poder y constituyó el nuevo reino arameo de Bīt-Agusi, cuyos límites estaban constituidos, al este, por el reino, también arameo, de Bīt-Adini y, al oeste, por el principado hitita de Khattina, en la llanura de Antioquía, mientras que por el norte el río Sajūr lo separaba del estado hitita de Karkemish, que permanecerá independiente hasta el reinado de Sargón II. Durante los siglos X y XI otros grupos arameos habían penetrado hacia el noroeste en el valle del Karasu, y habían fundado allí el reino de Ya'ūdi o Sam'al, cuya capital era Sam'al (Zincirli). Al final del siglo XI es probablemente cuando Ḥama y su región, en el valle del Orontes, cayeron bajo control arameo. Las excavaciones han revelado, en la ciudad, un estrato arameo inmediatamente encima del hitita. En esta misma época los arameos ocupaban sin duda todo el valle del Orontes y el del Litani. Eran igualmente dueños del sur de Siria, no habiendo encontrado apenas resistencia en estas regiones, que desde hacía ya tiempo carecían de la menor cohesión política. El Antiguo Testamento nos da a conocer los nombres de los estados que allí fundaron en los tiempos en que Saúl, David y Salomón tuvieron que combatir contra ellos: Aram-Sōba, en la llanura de la Beq'a; Aram-Bēt-Rehōb y Aram-Ma'kā, en torno al monte Hermón; Geshūr, en el Ḥaurān, y el más poderoso de todos, el reino de Damasco, que ejerció una verdadera hegemonía política sobre el conjunto de esta confederación.

En Asiria, los tres soberanos que desde el comienzo del siglo X se sucedieron en el trono, Ashshurrabi II, Ashshurrēsishi II y Tiglatpileser II, no pudieron, sin grandes esfuerzos, contener el irresistible empuje arameo.

Bajo el reinado de Ashshurdān II (935-912)[2], la situación general y el equilibrio de las fuerzas parecen cambiar. Al lado de las acciones defensivas que el soberano se ve obligado a dirigir aún, a fin de salvaguardar el territorio nacional, emprende algunas operaciones ofensivas que parecen ser el preludio del despertar de Asiria. Conduce expediciones de castigo contra los pueblos montañeses que violaban sus fronteras, somete la revuelta de los habitantes del monte Muṣri (Jebel Maqlūb), al noroeste de Nínive, y reconquista dos ciudades a los arameos. Sin embargo, estos éxitos no deben hacernos sobrevalorar las renacientes fuerzas del país. La miseria y a menudo el hambre reinan en él y el reclutamiento de tropas pesa profundamente sobre la población activa. De todos modos, el rey se esfuerza, entre campaña y campaña, en mejorar la economía nacional. Así,

se preocupa por la irrigación, hace fabricar arados, fomenta la cría de ganado y construye establecimientos públicos; incluso sus fructíferas cazas de leones, toros salvajes y elefantes son, y serán aún para sus sucesores, batidas necesarias tanto como distracciones principescas.

Bajo el reinado de su hijo y sucesor, Adadnarāri II (912-891)[3], se afirma de una manera mucho más clara el resurgir político de Asiria. Sus operaciones militares no le vienen impuestas por las circunstancias, como le había ocurrido normalmente a su padre. Él mismo es quien toma desde entonces la iniciativa y sus campañas parecen ya responder a un plan maduro.

Al igual que en tiempos de Tiglatpileser I, Asiria vuelve a dirigir su atención hacia las costas mediterráneas. Pero un doble obstáculo que se halla en manos arameas les impide el paso: el macizo montañoso de Ṭūr ʻAbdīn, al norte de Naṣibīna (Nisibis), bastión natural en el que se resguardan varios principados arameos, y más lejos, el Éufrates, cuyos puntos de acceso hacia Siria del norte están sólidamente guardados por los hititas de Karkemish y los arameos de Bīt-Adini. El principal objetivo de Adadnarāri II será reducir el primero de estos obstáculos, liberando la ruta desde el Éufrates hasta el Khābūr y despejando sus alrededores hasta las pendientes montañosas del sur de Armenia.

Mientras tanto, lleva a cabo varias incursiones preliminares. De este modo, ataca cuatro veces el país de Nairi, entre el alto Tigris y el alto Éufrates, somete la comarca de Kutmukhi, en la orilla derecha del Tigris superior, y se introduce en las montañas, al este del pequeño Zāb. Aprovecha una pretendida provocación del rey babilonio Shamashmudammiq (hac. 941-901) para imponerle por la fuerza, así como más tarde a su hijo Nabūshumukīn, sus condiciones con respecto a las negociaciones entre Asiria y Babilonia. Anexiona a Asiria una parte del territorio, a la altura de Lakhiru y las dos fortalezas de Arrapkha (Kirkūk) y Lubda. Seguidamente firmaron los dos reyes un acuerdo sobre fronteras, dándose las hijas respectivas en matrimonio y encargándose de mantener una paz duradera entre los dos países.

En el curso medio del Éufrates dedicó sus esfuerzos a contener la afluencia de nómadas del desierto en la región del Sukhi, de la cual recibió tributo después de haber sometido algunas de sus ciudades, Ḥīṭ entre ellas.

Sin embargo, los más duros y tenaces combates de Adadnarāri II fueron los que libró contra el Khanigalbat, en el noroeste de Asiria. Para abrir el camino de una futura marcha hacia el oeste, era necesario ante todo romper la barrera formada por los estados arameos de la tribu de los tematitas. El más importante de ellos tenía entonces por rey a Nūradad y por capital Naṣibīna (Nisibis). Contra estos estados lanzó dos expediciones consecutivas, que no lograron sino éxitos parciales. Olvidando entonces durante cierto tiempo su primer objetivo, atacó al año siguiente en la misma región a otro principado arameo, Mamblu, que capturó, y conquistó la capital Khuzirīna. Un tercer principado conoció muy pronto una suerte parecida: su capital, Gidara, fue tomada, y su rey, Muquru, hecho prisionero. Debido a estos éxitos, Adadnarāri se vio dueño de la mayor parte del Khanigalbat. Así, pues, la campaña que dirigió contra él al año siguiente de la conquista de Gidara, no tuvo otro objeto que el de afirmar su soberanía y recaudar los tributos impuestos a los vencidos.



Fig. 1. Asiria y Babilonia.

Mientras tanto, quedaba aún por someter su principal adversario, Nūradad. Adadnarāri descargó contra él todo el peso de una sexta campaña y sitió su capital. Tras un tenaz asedio, Naṣibīna fue finalmente tomada por asalto. Nūradad fue hecho prisionero y conducido junto a todos los suyos a Asiria. Aún envió el asirio una séptima y última campaña al año siguiente, a fin de imponer tributos sobre toda la extensión del Khanigalbat, ya sometido. Así acabó victoriosamente de abrirse paso hacia el Khābūr Adadnarāri, no sin desplegar la tenacidad que atestiguan el número de campañas que consagró a ello y la resolución con que asedió sucesivamente Gidara y Naṣibīna. Desde este momento toda la comarca quedaba abierta para él. Descendió al valle de Khābūr sometiendo sin dificultad a los pequeños estados arameos que allí se habían constituido y, al llegar al Éufrates, recibió los tributos de los estados arameos de Laqē y Khindanu.

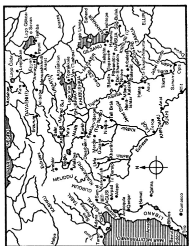


Fig. 2. Asiria y Urartu.

Victorioso en todas sus fronteras, Adadnarāri podía en justicia volver a incluir, entre sus títulos oficiales, los soberanos de «rey de la totalidad», y «rey de las cuatro zonas (del mundo)», a los que desde hacía ciento cincuenta años no había podido aspirar legítimamente ninguno de sus predecesores.

Su hijo Tukultininurta II (891-884), que no llevó más que el primero de estos títulos, el más común de los dos, continuó, con menos amplitud quizá, aunque con vigor, las empresas militares de su padre[4].

Hacia el noroeste, se contentó con mantener la presión asiria por medio de una expedición al país de Nairi. Franqueó los montes Kashiari (el Ṭūr ‘Abdīn) y sometió el Bīt-Zamani, cuyos centros principales eran Amedi, la actual Diyarbekir, y Tidu, en los alrededores de la actual Merdin. Marchó incluso hacia el este, donde una campaña victoriosa le permitió consolidar el poderío de Asiria en la región montañosa que se encuentra situada más allá del desfiladero de Kirruri, al este de Arbeles, y se extiende desde Gilzanu, en la orilla oeste del lago de Urmia, hasta los desfiladeros del pequeño Zāb.

Sin embargo, donde puso mayor empeño en consolidar las conquistas de su padre fue en los valles del Khābūr y del curso medio del Éufrates. Para llevarlo a cabo, volvió a ocupar de un modo totalmente inesperado las poblaciones que ya había sometido aquél. Obligó por tanto a sus tropas a una larga y penosa marcha a través del desierto mesopotámico, siguiendo hacia el sur el cauce seco del Ṭarṯar. Habiendo llegado a la altura de la confluencia de los ríos ‘Aḏēm y Tigris, se dirigió rápidamente por el Tigris, desde

donde atacó por sorpresa a los belicosos arameos utuāte, que se encontraban asentados en esta región. Desde allí atravesando Dūr-Kurigalzu (‘Aqar Qūf) y Sippar, el ejército tomó con igual rapidez el valle del Éufrates. Remontándolo hacia el Khābūr, y después de haber dejado atrás Ḥīṭ, recibió cerca de Anat el tributo de Sukhi, cinco jornadas río arriba el de Khindanu y, más allá, los de Laqē y Sirqu. Al llegar a la desembocadura del Khābūr, las tropas remontaron su curso y sometieron y anexionaron el estado arameo de Kharrān, dirigiéndose después hacia Naṣibīna y Khuzirīna. Desde allí, Tukultininurta lanzó una incursión contra los moscos, regresando después a Asiria.

La soberanía de Asiria sobre la comarca del Khābūr se encontraba así lo suficientemente consolidada como para que Tukultininurta se hiciera construir un palacio en Kakhat, la actual Tell Barrī, junto a uno de los afluentes del Khābūr, el Jaġjaġ[5]. No descuidó, sin embargo, su capital Asur; reforzó las defensas e hizo reconstruir totalmente sus murallas, que no se habían restaurado desde el lejano reinado de Ashshuruballiṭ.

II. CAMBIOS ÉTNICOS O POLÍTICOS AL ESTE Y AL NORTE DE ASIRIA

Hasta entonces, el renacimiento de Asiria se había manifestado sobre todo a expensas de los estados arameos más cercanos, situados al oeste. Pero en lo sucesivo, la renovación de su poder militar no sólo iba a conducirles más allá de estas primeras conquistas occidentales, sino también hacia las comarcas montañosas que la limitaban al este y, cada vez más profundamente, en dirección a la llanura iraní.

Desde siempre, estas regiones habían presentado para Asiria un doble interés, estratégico y económico, pero en lo sucesivo iban a atraer tanto más la atención de sus reyes cuanto que en ellas se producían cambios étnicos y políticos que podían suponer para su país peligro de invasión o dificultades de aprovisionamiento.

En efecto, a partir del 900 antes de nuestra era, los relatos sobre las campañas del este mencionan muchos nombres de distritos o comarcas que habían sido hasta entonces totalmente desconocidos para los asirios[6], tales como los países de Zamua, Namri, Khabkhu y Ellipi, más tarde el de los maneos, el de Parsuash y el de los medos.

El nombre de Zamua se encuentra por primera vez en el relato de una expedición de Adadnarāri II. De hecho, se trata del antiguo país de los lullubi, según dirá Sargón II al comenzar la relación de su octava campaña: «Habiendo salido de Kalakh, hice franquear a mis tropas el Zāb inferior… y penetré en los desfiladeros de los montes Kullar, altas montañas del país de los lullumū al que se denomina país de Zamua».

Los montes Kullar son probablemente el moderno Kolara, en el sector del Kurkur Asos, cerca de Darband-i-Ramkan. Desde el desfiladero de Babite, actual paso de Baziān, y el nacimiento del Diyāla, el país de Zamua se extendía hacia el interior de las montañas, donde se hallaban fértiles valles y llanuras como la de Sumbi, que es sin duda la actual llanura de Rania y de Qal‘a Dizeh. Al suroeste, Zamua concluía en el desfiladero del país de Namar o Namri. Hacia el norte, «Zamua interior» alcanzaba sin duda las orillas pantanosas del lago de Urmia, donde lindaba con los países de Muṣaṣir, los ideos y los maneos. Se encuentran repetidas alusiones a «los reyes» de Zamua, lo que parece indicar que la población estaba dividida en clanes independientes. El más importante parece haber sido el de Dagara, al sureste del Karadağ. Cosechas abundantes, plata, oro y bronce, tejidos, ganado y cría de caballos de silla constituían la riqueza del país.

Al norte, en la región del Zāb superior, se encontraba el país de Khabkhu, cuyos habitantes se dedicaban a la metalurgia del bronce y a la cría del ganado. Más tarde serán también afamados por su pericia de tejedores y su habilidad para teñir la lana y trabajar la plata. La comarca estaba rodeada de imponentes montañas y se accedía a ella por el desfiladero de Khulun, sin duda el actual paso de Kowanduz. El Khabkhu estaba muy vinculado a sus vecinos, los países de Kirruri y Nairi, tanto en el aspecto político como por afinidades lingüísticas. Se dividía en varios distritos, donde las ciudades eran numerosas y fortificadas.

Al sur de Zamua, pasado el desfiladero de Tugliash, se extendía el país de Ellipi. Limitaba al norte por la región de Kharkhar; al noreste, con el distrito de Ambanda, y, al sur, con Elam. Su superficie varió con el transcurso del tiempo, según englobara o no la región de Kharkhar. Su población se dedicaba principalmente a la cría de ganado. Según parece estaba emparentada con lullubis y elamitas, pero sufrió muy pronto infiltraciones iraníes. En el aspecto político, sobre todo, más tarde, con Sargón II, el país supo sacar partido de su situación en una zona en que se enfrentaban las influencias de Asiria y de Elam.

Estas diversas descripciones geográficas aparecen en los anales reales a principios del primer milenio. Un poco más tarde, durante el transcurso del siglo IX, los asirios entraron en contacto con otros países y otros pueblos.

En el año 829, una expedición asiria se introduce por vez primera en el país de los maneos. Una señal *in situ* permite localizar con exactitud al menos un punto de este país. Se trata de la inscripción rupestre de Tashtepe, a unos ocho kilómetros de la actual Chillik, cerca de la orilla sur del lago. En ella se conmemora una victoria del rey de Urarṭu Menua sobre los maneos, y la erección de un palacio conmemorativo de este hecho en la ciudad de Meshta. El país comprendía cuatro provincias principales: Surikash, la más cercana a Asiria, contigua, por el noroeste, al país de Karalla, y por el sur, al de Allabria; Missi, donde se encontraba Tashtepe y, más al sur, en la región de Sakkiz, la capital Izirtu (o Zirta); a la orilla oriental del lago se hallan, por un lado, Uishdish, próspera y muy poblada, que se extiende hasta las pendientes del monte Sahend, y, por otro lado, Subi, más allá de las montañas, en la región de Sofión, célebre por su cría de caballos. Hacia el este, en dirección al Caspio, la influencia maneica se extendía sobre las comarcas de Zikirtu y Andia, en las que los reyes maneos gozaban al menos de una soberanía nominal.

El país de los maneos obtenía la mayor parte de su riqueza de la cría del ganado y del tráfico de caballos, de sus cultivos de cereales y de sus viñedos, así como de sus talleres para trabajar el bronce, el hierro, el cobre y los metales preciosos. Antes de tener que defenderse contra las acometidas asirias, tuvo que luchar contra las pretensiones territoriales de Urarṭu. Fue probablemente luchando contra este poderoso vecino, como el país de los maneos adquirió en el siglo XIII cierta cohesión política.

Sobre la civilización y arte maneicos tenemos algunos datos precisos, gracias a las excavaciones realizadas recientemente en Hasanlu[7]. Este paraje, situado al suroeste del lago de Urmia, domina el valle del Solduz y preside una importante red de caminos. Allí se descubren varios estratos de ocupación, que se encuentran escalonados desde el 2100 al 800 aproximadamente. Las épocas antiguas presentan una cultura de tipo hurrita, que se halla superpuesta a una civilización básica que recuerda a la del Irán central. En el siglo IX, la influencia de la cultura asiria se hace preponderante y permanece hasta que la ciudad fue destruida al finalizar el siglo, sin duda por los urarteos. Después de permanecer abandonada durante cierto tiempo, vuelve a ser ocupada en el curso del siglo siguiente. Por ello la

cerámica entronca, ya con el arte urarteo, ya con algunas tendencias que se vuelven a encontrar en ciertas piezas del tesoro enterrado, en Ziwīye[8], en la tumba de un príncipe escita.

El país de Parsuash, vecino del de los maneos, fue conocido por los asirios algunos años antes. En el 835 recibieron éstos los tributos de veintisiete de sus «reyes», lo cual permite pensar que la comarca se hallaba dividida en numerosos principados más o menos independientes. Sabemos con precisión el emplazamiento de Parsuash en esta época, gracias a que con este motivo se menciona su vecindad con las provincias de Missi, al este, y de Allabria, al sur. Posteriormente, a principios del siglo VII, parece ser que Parsuash se extiende más hacia el sur, quizá hasta el actual camino de Bagdad a Hamadan. Aún más tarde su nombre desaparece del mapa político de los Zagros para reaparecer bajo la forma de Parsumash, que se da a una comarca más meridional, en las actuales montañas de Bakhtiāri. Estas variaciones onomásticas, a la vez que geográficas, parecen indicar que el nombre de la comarca primitiva, Parsuash, llega a ser el de un pueblo que emigra lentamente hacia el sur: se trata de los persas, que deben posiblemente su nombre a esta región del suroeste del lago de Urmia, en que permanecieron algún tiempo.

No podemos saber si cuando las tropas de Salmanasar III descendieron por primera vez a Parsuash, se encontraban ya allí elementos persas. Sin embargo, podemos suponerlo, pues entonces se menciona la presencia de los medos entre los países de Missi y Araziakh, lo que prueba que algunos grupos iraníes se habían establecido ya por estos parajes. El mismo Salmanasar encuentra unos años más tarde a un príncipe de nombre indiscutiblemente iranio, Artashari, en la ciudad de Surdira, en la frontera misma de Parsuash. Por otra parte, es conveniente tener en cuenta que los testimonios escritos no nos dan más que un conocimiento tardío de esta penetración irania. Al parecer, la llegada a los Zagros de los medos y los persas fue al principio una lenta infiltración pacífica. Los grupos iranios, con sus jinetes y carros, se ponían al servicio de los príncipes locales, recibiendo a cambio lugares donde acampar, tierras y pastos. Esta primera fase de su establecimiento no deja huella en la historia escrita.

Los asirios no trataron directamente con ellos hasta que, por una u otra razón, los jefes iranios acabaron por suplantar a las dinastías locales. Sólo entonces los nombran en sus relatos de conquistas. Es probable, por ejemplo, que el jefe iranio Artashari, o su familia, llegase a la región de Surdira mucho antes de que Salmanasar tuviera ocasión de citar su nombre como rey de la ciudad.

Las excavaciones arqueológicas permiten precisar con exactitud algunas etapas de la anterior migración de los medos y persas, en el interior de la meseta iraní: Tepe Sialk, cerca de Kāshān; Tepe Gīyān, en la llanura de Nehavend; Tepe Ḥisār y Turang-Tepe, en la estepa turca, al sur del Caspio. Estos parajes, en los que, después de finalizar el segundo milenio, aparecen nuevas formas de civilización, jalonan el avance de un pueblo que, habiendo partido quizá del suroeste de Europa para extenderse posiblemente hacia las estepas asiáticas, franqueó el Cáucaso o bien rodeó el Caspio, alcanzando el norte después de pasar por el oeste de la meseta iraní. Estos jinetes, conduciendo ante ellos sus rebaños, parecen haberse infiltrado pacíficamente casi siempre entre las poblaciones indígenas. Sin embargo, en ocasiones se apoderaron por la fuerza de asentamientos sedentarios, como ocurrió sin duda en Damghan. No se conoce con exactitud el nombre de estos invasores. Pese a ello, los vestigios que dejaron (particularidades de las tumbas, arreos de caballos, herramientas y piezas de cerámica) no dejan lugar a dudas sobre el origen de los recién llegados: son los indoeuropeos, persas y medos, cuyas avanzadillas encontraría Salmanasar

en los Zagros. Tales migraciones de pastores en busca de pastos para sus rebaños son lentas y duran siglos. Éstas no habían llegado aún a su término cuando tomaron contacto con los asirios. En la parte trasera del país se movían otros grupos ignorados por ellos. Un importante grupo iranio, los zikirteos (los sagartioi de Heródoto), avanzaba por la región de Tabriz, donde fue detenida probablemente por Urarṭu; otros fueron contenidos por los elamitas en la región de Isfahán.

Mientras los grupos persas van descendiendo, a través de los Zagros, desde los parajes meridionales del lago Urmia hacia su futuro *hábitat* de la región de Persépolis, a finales del siglo VIII, un príncipe iranio, Pirisati, se hace con el poder en Gizilbundi, en las fronteras del país maneo. En la frontera sur de Armenia se localiza a la vez la presencia de otros: Irtisari, Satiriai y Artisiraru. No cabe duda de que, cuando los asirios tienen tratos con ellos, no se encuentran normalmente más que con un número reducido de soldados y jinetes. Los clanes medos estaban aún aislados y no parecen contar en sus filas con más de dos o tres mil guerreros cada uno. Sin embargo, en caso de peligro podían recobrar un sentimiento de comunidad racial. Incluso llegaron a tener una especie de capital federal, que varía con el transcurso del tiempo. Asiria tomará más tarde conciencia del peligro que representaría para ella la coalición y fusión de todos estos clanes aún dispersos.

Aproximadamente a la vez que, al este de Asiria, se van produciendo así nuevos reagrupamientos políticos y se dibujan inquietantes migraciones de pueblos, se producen otros acontecimientos no menos importantes en su frontera norte, que influirán profundamente en su historia durante muchos siglos.

Asiria parece estar, sin embargo, protegida por este lado, de este a oeste, por una barrera montañosa difícilmente franqueable, los montes del Kurdistán. Pero más allá, alrededor del lago de Van, se extiende una altiplanicie, a 1700 m sobre el nivel del mar, cuyos recursos materiales y posibilidades económicas iban a permitir la expansión de una civilización fuerte y floreciente[9].

Esta llanura constituye el centro de una comarca, la actual Armenia, que es una verdadera fortaleza natural, bien protegida al norte por el monte Ararat; al oeste, por el Antitauro; al este, por las colinas de Maku, y al sur, por los montes del Kurdistán que la aíslan de Asiria. Se encuentra inserta en un área más extensa, entre las superficies de agua formadas, al norte, por el lago Sevan (o Gökshai), y al sur por los de Van y Urmia. La cruza por la mitad el importante valle del Araks, que corre hacia el Caspio.

La configuración geográfica de este conjunto parece separarlo del mundo mesopotámico. En efecto, sobre el mapa físico y en el de los intercambios humanos, se encuentra inserto según un gran eje que va aproximadamente de norte a sur, materializado por la dirección de los dos grandes ríos y la orientación de los Zagros que la bordean. Pero, a partir del lago de Urmia, la estructura montañosa se inflexiona en una nueva dirección, de este a oeste, según la cual se ordenan en Armenia los plegamientos, llanuras y valles. Esta orientación determina la expansión natural del país: sus habitantes intentarán salir por occidente, más allá del Éufrates superior, hacia Siria y el Mediterráneo, y, por oriente, en dirección a la meseta iraní, hacia el actual Azerbaiján.

Así, pues, si la actividad de Asiria está orientada por el curso norte-sur del Tigris, también lo está por la barrera de montañas este-oeste que la separa del norte. A lo largo de este obstáculo tiende también a abrirse sobre Siria, siguiendo el camino que se llama precisamente «el pasillo asirio» y junta al Tigris con el Éufrates, por el Khābūr o el Balīkh. Como acabamos de ver, el poder renaciente de Asiria se esforzaba obstinadamente por abrirse paso en esta dirección, sometiendo progresivamente a los invasores arameos.

Igualmente, por el este, los valles de los dos Zāb le incitaban a introducirse hacia el sur del lago de Urmia, donde, como acabamos también de ver, sus intereses se encontraban igualmente en juego.

Así como los montes del Kurdistán separaban a los habitantes de Asiria de los de la altiplanicie de Van, sus zonas naturales de expansión coincidían peligrosamente en las dos extremidades de esta vasta pantalla protectora. En oriente, en los países de Parsuash, Muṣaṣir y de los maneos, en occidente, sobre el alto Éufrates, en Melitene y Comágene, las dos potencias se enfrentan a menudo de modo muy violento, directamente o a través de sus vasallos respectivos.

Por otra parte, esta rivalidad con Asiria no es la única nota dominante de la historia de Armenia en el primer milenio. Al estar situada en la salida del Cáucaso, se encuentra sobre una ruta natural de invasión y se verá tanto más afectada por las que sobrevendrían entonces, cuanto que éstas no atravesarán ya el territorio de unas cuantas tribus dispersas, sino que toparán con un estado organizado cuya cohesión habrán de deshacer. A juzgar por ciertos hallazgos arqueológicos hechos en Van y Göktepe, parece que existieron contactos entre la meseta armenia y Mesopotamia al menos desde la época sargónica.

En lo sucesivo, algunos grupos hurritas, localizados en la región entre el 1800 y el 1500, se desmembraron en múltiples tribus. Más o menos confederadas, estas tribus tenían su centro alrededor del lago de Van. Los asirios, que tomaron contacto con ellos a partir del siglo XIV, llamaron a su comarca «país de Nairi» e incluso al propio lago «mar de Nairi».

Hacia la primera mitad del siglo XIII aparece para esta región una nueva designación geográfica, Uruaṭru, de la que derivará el nombre de Urarṭu por el que se ha de conocer al poderoso reino centralizado que desde los bordes del lago de Van va a extenderse progresivamente sobre gran parte de la actual Armenia. El desarrollo del nuevo reino parece haberse producido entre la época de Ashshurbēlkala (1082-1066) que se vanagloria de haber vencido al país de Uruaṭru, del que da una lista de ciudades conquistadas (sin evocar, por tanto, la imagen de un estado unificado), y la época de Salmanasar III (858-824), quien hablará por primera vez de un rey de Urarṭu.

La constitución de este nuevo estado no fue, como se ha supuesto a veces, obra de una invasión extranjera. Resulta de la infiltración de esa «nebulosa» de tribus de origen más o menos hurrita que ya conocíamos anteriormente. El tipo humano que muestra una estatuilla posterior de Toprakkale (siglos VIII a VII a. C.) recuerda indiscutiblemente a algunos modelos de Boğazköy, y la lengua de las inscripciones indígenas está hasta tal punto emparentada con la hurrita que el antiguo urarteo se puede considerar un dialecto neohurrita.

Bajo el mando de jefes enérgicos, el poder de Urarṭu se desarrolló irresistiblemente. Durante un primer período, que se extendió desde el principio del siglo IX hasta mediados del VIII, sus soberanos pudieron aspirar a la hegemonía sobre toda el Asia anterior, y estuvieron en determinado momento muy cerca de alcanzarla. Este poderoso desarrollo de Urarṭu se explica mediante diversos factores, tanto económicos como militares y humanos. En un país cuyos principales recursos agrícolas eran la cebada, la espelta, el centeno, el trigo, el sésamo y el vino, los soberanos fomentaron al máximo el aprovechamiento del suelo. Allí donde fue posible, se empezó a desbrozar la tierra, a crear jardines, huertos y viñas; en particular, hicieron abrir canales, albercas y, a veces, verdaderos lagos artificiales para irrigar los campos y abastecer las ciudades. Sus trabajos hidráulicos causaron admiración a los asirios, y muchas de sus obras más importantes continuaron utilizándose hasta la época moderna. La cabaña del país, ya muy importante de suyo, se acrecentaba a

cada campaña bélica con las razzias de bueyes, caballos y carneros, a menudo considerables, que realizaban entre los vencidos. En compensación, Urarṭu se mantiene durante mucho tiempo poco vulnerable a los golpes directos de Asiria. Sus fortalezas, para las que utilizan los obstáculos naturales, se apoyan en los macizos rocosos de las montañas. Cuando el peligro se aproxima, los habitantes se encierran con sus bienes en estos inexpugnables refugios y las incursiones enemigas atraviesan un país frecuentemente vacío.

A esta base agrícola, Urarṭu añadía otros recursos. El país era afamado tanto por sus tejidos como por sus talleres metalúrgicos. En el primer milenio, sus artesanos son considerados como maestros en el arte de trabajar todos los metales, útiles o preciosos. A decir verdad, sus herreros y sus orfebres son herederos de antiguas tradiciones mitanias e hititas y su actividad está inscrita en un área «industrial» mucho más vasta: toda la zona montañosa del Próximo Oriente que se extiende desde Asia Menor al Elam, de la que el Khabkhu, al noroeste de Asiria, y el Tabal, en Anatolia, constituyen también centros importantes. Sin embargo, en este dominio como en otros, Urarṭu se encuentra particularmente favorecido por la situación central que ocupa, y por sus posibles mercados. Planea y dirige los intercambios comerciales tanto como los surte él mismo. Muy pronto se dirige hacia las orillas del mar Negro, desde donde sus exportaciones, y con ellas su influencia, alcanzan el mundo griego e incluso el etrusco. Una corriente comercial nada desdeñable, que Urarṭu controla y aprovecha, unirá, en el siglo VII, Susa con Trebisonda por la vía de las montañas.

Al igual que los hititas y los asirios, sus reyes ordenaron deportaciones en masa a fin de colonizar especialmente algunas regiones. Los deportados alcanzan la cifra de 500 000 en una población que no sobrepasó nunca los tres millones de habitantes. Por otra parte, los urarteos tuvieron la ventaja de llegar antes que los asirios a explotar algunas comarcas como, por ejemplo, las llanuras que se encuentran a orillas del lago de Urmia, ricas en ganado. Los reyes de Urarṭu se aprovisionaron allí abundantemente de caballos, especialmente de caballos de silla. En 714, Sargón diría de una de estas provincias: «Sus habitantes no tienen igual como especialistas de caballos de silla en todo el país de Urarṭu. Toman todos los años los jóvenes potros de pura sangre procedentes del extenso país del (rey de Urarṭu) a los que se adiestra para su ejército real. Hasta que estos caballos no han sido conducidos a la provincia de Subi… no se los monta, no se los ve hacer ni salidas, ni vuelta, ni media vuelta, nada de lo que es propio para el combate». De hecho, en comparación con la infantería, la caballería alcanza en el ejército urarteo una proporción mucho mayor que en el ejército asirio. A la inversa, la guarnición de carros nunca deja de estar menos desarrollada.

La estructura política del reino, calcada del modelo asirio, constituiría un cuadro favorable para su rápido desarrollo. El país fue dividido en provincias, sometidas cada una de ellas a la autoridad de un gobernador y, en sus fronteras, los principados vasallos fueron sujetos a tributo.

Sin embargo, el notable auge político de Urarṭu se debió principalmente a una dinastía de soberanos enérgicos, ambiciosos y emprendedores que no dudaron, entre sus títulos, en reivindicar la primacía sobre todos los reyes contemporáneos.

III. ASIRIA EN EL SIGLO IX BAJO ASURNASIRPAL II Y SALMANASAR III

Cuando, en el año 884, Asurnasirpal (Ashshurnaṣirapli) sucedió a su difunto padre[10], Asiria ignoraba aún los peligros que, por el norte y el este, iban a cernirse cada vez más amenazadores sobre sus fronteras. Tenemos de él una estatua que se halló en Kalakh y está actualmente en el British Museum. Aunque no es exactamente la imagen fiel del rey, sino más bien una representación convencional de su personaje, la actitud rígida del cuerpo, la cabeza altiva, el rostro duro, de nariz aquilina y ojos fijos, evocan con bastante fidelidad la personalidad de este monarca, cuyos actos nos lo revelan ambicioso, enérgico e implacable. Por otra parte fue aún más que esto. A sus méritos como rudo guerrero unió la mentalidad de un político metódico y tenaz. Apoyándose en las victorias de sus predecesores, consolidó y extendió sus conquistas, con medios más poderosos y también con un criterio político de conjunto que aquéllos no podían tener.

De hecho, la dominación asiria sobre las poblaciones arameas del Khābūr y del curso medio del Éufrates era menos segura de lo que se suponía. En ellas se desencadenaban revueltas contra los príncipes demasiado devotos de Asiria. Esto es lo que ocurrió el primer año de reinado, mientras el rey se ocupaba en recoger los tributos en las regiones montañosas del norte y del noroeste. Los habitantes de Suru, en el Bīt-Khaluppē, se rebelaron, mataron a su rey y pusieron en su lugar a un príncipe procedente de Bīt-Adini. Asurnasirpal intervino, restableció la situación, instaló un nuevo gobernador y aprovechó la ocasión para extender su poder por todo el país de Laqē: el gobernador de Sukhi vino espontáneamente a Nínive a aportar su tributo.

Al año siguiente, el rey reanudó sus operaciones dirigiéndose al noroeste, hacia el país de Nairi, más allá de los montes Kashiari (el Ṭūr ‘Abdīn). Reconstruyó y ocupó la ciudad abandonada de Tushkhan, actual Kurkh, a unos treinta kilómetros al sur de Diyarbekir. Hizo de ella una base de operaciones destinada a facilitar la recaudación de los tributos de la región.

Volvió allí tres años más tarde, en 879, en el transcurso de una nueva expedición a través de los montes Kashiari y el país de Nairi, que sometió duramente. Para vigilarlo, ocupó dos antiguas fortalezas, Sinabu y Tidu, caídas en manos de los arameos, dejando allí guarniciones. Al mismo tiempo, aplastó una revuelta en el Bīt-Zamani, restauró allí a un príncipe proasirio y se llevó 1500 deportados.

Los dos años anteriores, Asurnasirpal había estado ocupado en los Zagros. Una iniciativa hostil del rey de Dagara, que había hecho amurallar el paso de Babite y fomentado una coalición de todos los demás jefes de Zamua, le había dado la ocasión de intervenir en la región. Tomó las ciudades, sometió a los jefes rebeldes y recibió su tributo. Fiel a su táctica, reorganizó una de las ciudades, Arakdi, que volvió a bautizar como Tukulti-Ashshur-aṣbat, e hizo de ella su base de operaciones. Al año siguiente, le sirvió de nuevo cuando volvió al país a terminar su conquista, reducir una rebelión y recaudar los tributos. Refuerza el sistema restaurando una segunda ciudad, Atlila, a la que llamará Dūr-Ashshur y que le servirá como depósito de armas.

La campaña del año 878 le llevó por el Khābūr y por el Éufrates medio, donde para recoger los tributos necesitó hacer una demostración de fuerza y asediar algunas de las ciudades. Así sucedió concretamente en el país de Sukhi, al que el rey babilonio Nabūaplaiddin había enviado tropas armadas bajo el mando de su propio hermano. Más tarde, una nueva rebelión en la que se encontraban coaligados Laqē, Khindanu y Sukhi le obligó a dirigir una nueva expedición por el Éufrates. Esta vez fue a través del desierto como llegó a Bīt-Khaluppē; descendió una parte del río en barco, se apoderó de las ciudades rebeldes, a veces con dificultad, y recogió los tributos. Es muy probable que estas

revueltas fueran alentadas secretamente por el estado independiente arameo de Bīt-Adini, que ocupaba sólidamente la gran curva del Éufrates y no podía sino desconfiar del creciente poderío de Asiria en el Éufrates medio. Como represalia, Asurnasirpal se apoderó de algunas de sus ciudades, y, a fin de ocupar el río, fundó dos plazas fuertes entre la desembocadura del Balīkh y la del Khābūr: Kār-Ashshurnaṣirapli, en la orilla este, y Nibarti-Ashshur en la orilla oeste (probablemente Zalabiyaḥ y Ḥalabiyaḥ, entre Raqqa y Deir-ez-Zōr).

Para acentuar su presión, Asurnasirpal volvió a la región al año siguiente. Provisto de grandes medios asedió la poderosa fortaleza de Kaprabi (quizá la actual Urfa), y obligó a Akhuni, jefe de Bīt-Adini, a pagarle tributo, así como al vecino país de Til-Abna, y a entregarle rehenes.

De este modo, Asiria había tenido conflictos con Bīt-Adini por primera vez y le había obligado, si no a someterse, sí al menos a reconocer su poderío. Este éxito indiscutible iba a permitir a Asurnasirpal realizar lo que desde hacía más de dos siglos no habían podido conseguir ninguno de sus predecesores: dirigirse hacia las orillas del Mediterráneo.

Al año siguiente franqueó el Tigris, recibió al pasar por Bīt-Bakhiāni los tributos locales y los de Azalla, Bīt-Adini y Til-Abna, y llegó al Éufrates. Lo atravesó en Karkemish donde recibió el tributo del príncipe neohitita local, Sangara. Continuó luego por el valle del Orontes, recibiendo vasallaje de otros muchos príncipes, como el de Lubarna de Khattina, quien le acogió fastuosamente en su doble capital. Llegó hasta el Líbano y el mar, en cuyas aguas sumergió piadosamente sus armas, siguiendo una antigua costumbre. Las ciudades costeras, Tiro, Sidón, Biblos, la isla de Arvad y el país de Amurru le ofrecieron a su vez sumisión y tributo. En el curso de su regreso, pasó por el Amano y el país de Mekhri, donde cortó cedros y otros árboles que hizo llevar a Asiria.

Más tarde franqueó de nuevo el Éufrates, pero para realizar una prolongada campaña por las montañas del norte. Después del relato de esta expedición se interrumpen los anales oficiales, dejándonos en la ignorancia de cuanto sucedió durante los siete últimos años del reinado. Tan sólo existen algunos indicios que nos permiten suponer que en este tiempo Asurnasirpal debió atacar una o varias veces Urarṭu, que, en sus fronteras del norte, desarrollaba peligrosamente su poderío. Sin embargo, la terminación de los anales precisa cuáles eran por aquel entonces las fronteras, aunque por tales es preciso entender los puntos extremos alcanzados por los ejércitos asirios: al oeste, Karkemish e incluso el Líbano y el «Gran Mar», además de las dos márgenes del Éufrates hasta la ciudad de Rapiqu; al este, Gilzanu, junto a la orilla occidental del lago de Urmia, el paso de Kirruri, al noroeste de Arbeles, la otra orilla del pequeño Zāb, la región de Zaban, con una extensión del paso de Babitre hasta Khasmar; la frontera del norte es la más difícil de localizar para nosotros, pero es probable que en su mitad se introdujese con bastante profundidad hacia Armenia; al sur, por último, dejaba atrás las fortalezas de Khirimu y Kharutu, arrebatadas a los babilonios.

De hecho, una gran parte de este extenso dominio no era más que una zona de influencia en la que las guarniciones y la llegada regular del ejército mantenían en una relativa obediencia a las poblaciones vencidas. Incluso ciertas regiones del interior, como la del Jebel Sinjar, permanecían aún insumisas. Puede que las campañas de Asurnasirpal tuvieran fines políticos, pero sus motivos principales eran económicos. Todas las zonas periféricas controladas por sus ejércitos proveían y enriquecían a Asiria de oro, plata, materias primas o manufacturadas, ganado, caballos, medios de subsistencia de todo orden,

y, con los prisioneros, de una mano de obra cada vez más necesaria. Cada expedición era o llegaba a ser una «incursión de recogida» que reportaba a Asiria grandes riquezas.

Por otra parte, el ejército asirio, instrumento de esta política, se transformaba en consonancia con ella. Antes buscaba principalmente la movilidad y la rapidez de ataque. En adelante, se hace más pesado, lleva aparatos de asedio y un importante campamento. En esta época es cuando se mencionan por primera vez largos asedios. El campamento se convierte en base de operaciones desde donde el ejército, que vuelve allí cada noche, lanza en diferentes direcciones columnas aligeradas del peso de su impedimenta e incluso de sus carros pesados. El botín diario era depositado provisionalmente en el campamento. Además, ciudades reconstruidas, fortificadas y equipadas desempeñaban el mismo papel. La explotación de la comarca se hacía de un modo más metódico y más severo. Pequeñas unidades de caballería y grupos de correos cubrían y alumbraban al ejército. Los carros de combate también se transformaban: llevaban normalmente un tercer hombre y el número de caballos pasó de dos a tres. No se olvidaba el aspecto «psicológico», por llamarlo así, de las operaciones. Durante sus períodos de abatimiento, los asirios habían aprendido a su propia costa los efectos «persuasivos» del terror. Así, pues, ellos lo utilizaron a su vez. Si en los países que cruzaban les aseguraban la subsistencia y entregaban sin resistencia el tributo, el ejército pasaba normalmente sin derrochar energías inútiles. Pero en caso de negativa, de huida, de rebelión, los prisioneros eran decapitados, emparedados, despellejados, ahorcados o empalados a fin de garantizar la rentabilidad de las campañas sucesivas. Las transformaciones del ejército sólo eran, por otra parte, un aspecto más del esfuerzo creador que, en muchos terrenos, caracterizó a esta época: a lo que parece, Asiria, confiada de su fuerza, deja a partir de entonces que su genio nacional se exprese con toda libertad. No es ciertamente casual el que la gran escultura asiria, que tan vigorosamente representa las masas musculares, conozca entonces su primer florecimiento[11]. El mismo rey da el ejemplo. Disponiendo de los importantes recursos que le proporcionan los tributos y botines de guerra, multiplica las construcciones. En Asur construye un palacio y restaura el templo de Sin y Shamash. Reconstruye los santuarios de Ashshur y de Ishtar en Nínive, donde reside de buen grado durante los cinco primeros años de su reinado, así como en Imgur-Enlil (Balawāt), donde se hace construir una residencia campestre.

Pero, muy pronto, nació en él el deseo de erigir una nueva capital. Escogió Kalakh, la Nimrūd moderna, bien protegida por el Tigris y el gran Zāb. En el siglo XIII, Salmanasar I ya había fundado allí una ciudad, pero ésta había quedado luego totalmente abandonada. Asurnasirpal puso a la obra a miles de obreros, la mayor parte prisioneros de guerra. Se derribaron las antiguas ruinas, se amplió la planta y se la rodeó de una poderosa muralla reforzada con torres. El conjunto formaba un rectángulo de unos ocho kilómetros de perímetro. En el ángulo oeste del rectángulo, dominando el Tigris, una colina en parte natural y en parte artificial, constituyó la acrópolis de la ciudad: allí se construyeron la gran torre de varias plantas, diversos templos y el palacio real. Solamente el palacio se extendía sobre casi dos hectáreas y media y comprendía tres secciones: una serie de habitaciones alrededor de un ancho patio constituía la sección administrativa, una gran sala de recepción y la sala del trono constituían lo esencial de la sección oficial, mientras que un ala contenía las cámaras reales, el harén, los almacenes y las salas de abluciones. Las habitaciones de lujo estaban adornadas, en la parte inferior de los muros, con bajorrelieves que representaban escenas de caza o de conquistas. Estatuas de gran tamaño flanqueaban la puerta principal del departamento oficial. Representaban genios protectores en forma de toros o leones, a veces con cabeza humana. Este palacio fue el primer monumento asirio

que se descubrió. De 1845 a 1851, Layard exploró su parte central por medio de pozos y galerías, y encontró las estatuas de los genios y algunas placas esculpidas. Casi un siglo más tarde, a partir de 1949, excavaciones inglesas lo sacaban a la luz por entero, exhumando así el palacio asirio cuyo conjunto se ha conservado en mejor estado.

Asurnasirpal había hecho cavar un canal que conducía las aguas del Zāb hasta los mismos límites de su palacio, donde hizo plantar vergeles y viñas. Instaló asimismo un jardín botánico, con toda suerte de árboles y arbustos exóticos y reunió en jaulas o cercados pájaros de otros países y animales raros o salvajes. También se preocupó de poblar la ciudad nueva; para ello instaló allí a los cautivos que había traído de las orillas del Éufrates, Sukhi, Laqē, Sirqu y Bīt-Adini, así como de las regiones montañosas de Zamua.

Cuando el palacio estuvo terminado, hacia el 879, Asurnasirpal lo inauguró con solemnes festejos a los que, durante diez días, invitó a cerca de 70 000 personas. A partir de entonces permaneció allí fielmente hasta el fin de su reinado.

Su hijo Salmanasar III le sucedió en el 858. Fue un gran guerrero, como su padre. Durante veintisiete años condujo él mismo sus ejércitos anualmente más allá de las fronteras. Cuando, ya envejecido, cedió el mando de las tropas a su lugarteniente, podía enorgullecerse de haber atravesado, por occidente, veinticinco veces el Éufrates, escalado siete veces el Amano, invadido cuatro veces Cilicia, y de haber sometido, por el norte y el este, pueblos de los que sus antecesores habían ignorado hasta el nombre. Claro que si Salmanasar pudo llegar mucho más lejos que su padre fue gracias a que éste le había asegurado durante su reinado las bases de esta expansión.

El principal objetivo de Salmanasar fue claramente el que orientaba, desde hacía más de cincuenta años, los esfuerzos de sus predecesores: introducirse hacia el «mar del Sol poniente» y conquistar Siria. Adadnarāri II había franqueado el primer obstáculo de esta ruta haciendo caer bajo el dominio asirio los valles del Khābūr y del Éufrates medio. Asurnasirpal II había conseguido neutralizar los dos estados que ocupaban los vados sobre el Éufrates, e incluso, una vez, franquear el río y llegar hasta el mar.

El primer año de su reinado, Salmanasar se contentó con repetir la hazaña de su padre. Llegó hasta las orillas del Mediterráneo, zambullendo allí simbólicamente sus armas, y subió por el Amano para cortar allí cedros y cipreses. Pero a la vuelta atacó varias ciudades de Khattina, Bīt-Agusi, Karkemish y Bīt-Adini. El paso resultaba una prueba de fuerza. Salmanasar decidió hacer saltar definitivamente el cerrojo que, en el Éufrates, significaba Bīt-Adini.

Al año siguiente, cuando volvió a la región, se apoderó de varias ciudades de Bīt-Adini y puso sitio a su capital, Til Barsip, donde el rey Akhuni se había atrincherado. No pudo reducir la ciudad y pasó a la otra orilla a recibir los tributos de los países vecinos. Pero para Akhuni el peligro había estado tan cerca que, al año siguiente, al saber la llegada de una nueva expedición, abandonó su capital y buscó refugio más allá del Éufrates. Los asirios tomaron Til Barsip, así como las antiguas fortalezas de Pitru y Mutkinu, que tiempo atrás les habían arrebatado los arameos. A fin de romper toda resistencia, Salmanasar lanzó una cuarta campaña contra Akhuni. Lo hizo prisionero y lo llevó cautivo a Asiria con su familia y 22 000 de sus súbditos. Desde entonces, Asiria era dueña de los vados del Éufrates. Se instaló a colonos asirios en Til Barsip, rebautizada con el nombre de «Fortaleza de Salmanasar», y pasó a pertenecer con su región a la provincia de Kharrān.

Salmanasar se preocupó a la vez de cubrir por el norte su penetración en Siria. Desde los primeros meses de su reinado había realizado una campaña por sus fronteras septentrionales: pasando por el desfiladero de Simesi y más tarde por el sur del lago de

Van, se había dirigido por la orilla oeste del lago de Urmia a exigir el tributo del país de Gilzanu. Tres años más tarde, en el 856, después de tomar Til Barsip, se introdujo aún más profundamente en el corazón de Armenia. Remontando, en líneas generales, el curso superior del Éufrates, atravesó los países de Alzi y de Sukhni, al sur y al norte del Murad-Su, y llegó hasta el lejano país de Dayaeni, situado, al parecer, en la actual provincia de Erzerum. Desde allí, volviendo a descender hacia el sur y rodeando por el este el lago de Van, destruyó Arzashkun, que era entonces capital de Urarṭu, y venció a su rey, Arame. Después de haber asolado los países de Khubushkia y Gilzanu, objetivos de su anterior campaña en la región, regresó a Asiria por el desfiladero de Kirruri, al noreste de Arbeles.

Al año siguiente, después de haber sometido definitivamente Bīt-Adini capturando a su rey, prolongó la cobertura de sus fronteras hacia el este. Más allá de los montes Kullar dirigió una expedición en la zona «interior» de Zamua, que toca al lago de Urmia: allí libró incluso una batalla naval contra los indígenas, que huían en barcos de hojas de papiro. Una quinta campaña, en 854, le condujo, yendo hacia el norte por los montes Kashiari (el Ṭūr ‘Abdīn), a Shubria. Allí terminaron provisionalmente sus operaciones de cobertura, lo que debía dejarle las manos libres en Siria.

En 853 salió de Nínive y, atravesando en pie de guerra el valle del Balīkh, se dirigió hacia el Éufrates. Después de haber franqueado el río y recibido el tributo de los príncipes neohititas de la región, fue a ofrecer sacrificio al dios Adad de Khalman (Alepo), a fin de afirmar sus pretensiones sobre aquel país. Pero el dominio sobre el conjunto de Siria no dependía ni mucho menos de la sumisión del puñado de principados que había conquistado entre el Éufrates y el mar. El reino arameo de Ḥama, junto al Orontes, y principalmente el de Damasco, el más poderoso de los estados arameos de entonces, no sólo buscaban defender su independencia, sino también impedir a los invasores asirios el acceso al interior de Siria. Por tanto, cuando Salmanasar quiso remontar el curso del Orontes se encontró en Qarqar con las fuerzas de una poderosa coalición de doce países, desde Israel hasta los de Cilicia, mandada por IM-Idri de Damasco (el Bar-Ḥadad II de la Biblia) y por Irkhuleni de Ḥama. Estas fuerzas coaligadas se elevaban, según los asirios, a casi 4000 carros, 2000 jinetes y más de 62 000 infantes, a los que se habían sumado, cabalgando sobre camellos, mil árabes: ésta es la primera mención que de ellos hay en el Creciente Fértil. Aunque Salmanasar diga en sus anales que las pérdidas de sus enemigos fueron de 14 000 a 29 000 hombres, el resultado de la batalla fue probablemente ambiguo. El rey de Asiria pudo sin duda alcanzar entonces el mar e incluso aventurarse en barco a lo largo de la costa; después esperó al menos tres años enteros antes de volver a Siria.

Entonces, en el año 849, volvió a atacar el reino de Damasco, y Bar-Ḥadad, con la ayuda de sus doce vasallos, lo rechazó de nuevo. Al año siguiente nueva tentativa y nuevo fracaso, aunque Salmanasar se jacte de haber dado muerte a 10 000 hombres de las tropas confederadas. Pasaron dos años, que Salmanasar pasó ocupado en otras regiones. Pero en 845 lanzó contra Siria una poderosa ofensiva: hizo franquear el Éufrates a un ejército de 120 000 hombres. La coalición sirio-palestina resiste con igual firmeza y, a pesar de sus pérdidas, lo rechaza una vez más. Durante varios años Salmanasar no trató de resarcirse de su derrota. Esperaba una ocasión favorable. Ésta pareció presentársele en 841, en su decimoctavo año de reinado cuando, en Damasco, el asesinato de Bar-Ḥadad puso al usurpador Ḥaza'el en el trono. Salmanasar atacó. Pero Ḥaza'el, sólidamente atrincherado en el monte Sunir, el actual Hermón, resistió a pesar de sufrir grandes pérdidas. Damasco, asediada, resistió victoriosamente. El ejército asirio saqueó sus alrededores, vergeles, palmeras y jardines, pero no pudo inclinar la situación a su favor. En la costa, franqueando

el Naḫr-el-Kelb, Salmanasar grabó su imagen sobre el Líbano, al lado de la de Tiglatpileser I, y, sobre el monte Carmelo, recibió los tributos de Tiro, de Sidón y de Jehú, rey de Israel. Tres años más tarde, en 838, una nueva expedición no consiguió tampoco vencer la obstinada resistencia del reino de Damasco. Salmanasar le tomó simbólicamente algunas ciudades y, cargado de tributos de Israel, de Tiro y de Sidón, regresó a Asiria.

Así fue como, a pesar de tenaces esfuerzos y éxitos parciales, la política siria de Salmanasar arrojaba, en definitiva, un saldo negativo. Asiria había encontrado en el reino de Damasco un adversario cuyo poder era al menos igual al suyo.

Sin embargo, estos problemas no impidieron a Salmanasar conservar el control del camino que va desde el Éufrates hasta el mar y el Amano. Explotó incluso, hacia el norte, las posibilidades de expansión que éste le ofrecía. Efectivamente, al norte de la línea Bīt-Adini-Bīt-Agusi-Khattina, se extendían, por un lado, el país de Sam'al y el de Qu'e, que guardaba las Puertas cilicias, y, por otro lado, los tres estados de Meliddu, Kummukhu y Gurgum, al oeste del Éufrates superior. Más allá, hacia el interior de Anatolia, se encontraban los principados de Tabal y, aún más lejos, los mushki o frigios, que empezaban a manifestarse por aquel entonces[12].

Después de haber alcanzado el Mediterráneo, al principio de su reinado, vencido «el país de Khatti» y escalado el Amano, Salmanasar atravesó de nuevo al año siguiente el Éufrates y recibió el tributo de «todos los reyes que (vivían) en la otra orilla», entre los que es preciso contar sin duda a los de Sam'al y de Kummukhu. Aún recibió el mismo tributo de «todos los reyes de Khatti» en su sexta campaña, antes de que tuviese lugar la batalla de Qarqar. El hecho de que, entre las fuerzas coaligadas contra él, figurasen 500 hombres del país de Qu'e, pone de manifiesto que Cilicia se encontraba aún fuera del alcance asirio. También permanecía independiente el rey de Karkemish, Sangara, que quizá fuera un iranio. Cuando Salmanasar, en 849 y 848, en pie de guerra, atravesó su país, intentó someterlo sin conseguir su propósito. Por lo tanto, en el curso de los decimoséptimo y decimoctavo años de su reinado, se contentó con ir a escalar el Amano, cortar allí cedros y cipreses, y recoger los tributos del país de Khatti.

Según parece fue en el año siguiente cuando se hicieron más ambiciosas sus miras políticas con respecto a esta región. Remontó entonces hasta el país de Qu'e, al otro lado del Amano, y dirigió desde entonces todos sus esfuerzos en esta dirección y hacia el Tauro. En 837, sometió a Tabal, cuyos veinticuatro reyes le entregaron tributo. Al año siguiente, en una plaza fuerte de Meliddu de la que acababa de apoderarse, recibió de nuevo el tributo. En 834, penetró por cuarta vez en el país de Qu'e muy decidido, según parece, a someterlo; tomó Tarso, asoló algunas de sus provincias y después puso al frente del país a un príncipe que le era fiel.

No por proseguir esta política de expansión descuidaba Salmanasar las otras fronteras de su reino. Después de la larga expedición de su tercer año por las montañas del norte, volvió allí en 854 a imponer un tributo a los habitantes de Shubria, al oeste del lago de Van. Dos años más tarde llegó hasta las fuentes del Tigris una nueva expedición que volvió a Asiria con el tributo del país de Nairi. Volvió a las fuentes del Tigris en 844 y entonces recorrió, pero en sentido contrario, una parte del largo camino que ya había seguido durante su tercera campaña: atravesó el país de Nairi, llegó hasta las fuentes del Tigris, atravesó el desfiladero de Ṭunibini, más allá del cual saqueó varias aldeas de la frontera urartea y recibió el tributo de Dayaeni; seguidamente se dirigió a las fuentes del Éufrates, atravesó los países de Sukhni y Enzi (o Alzi) y, volviendo al Éufrates, recibió allí el tributo de Meliddu.

En adelante, Salmanasar no volvió a tener ocasión de regresar personalmente a estas regiones. Sin embargo, en 832, y después en 828, envió a su lugarteniente en jefe Dayyānashshur a luchar contra el rey de Urarṭu.

En sus fronteras del este, en el curso de una segunda expedición contra Zamua, las tropas asirias atravesaron por primera vez, en 843, las comarcas de los parsuash, antes de ir, a través de Bīt-Khamban y Namri, a recibir el tributo del país de Ellipi. En 835, una nueva rebelión de Namri atrajo hacia allí el ejército, que pasó seguidamente por Parsuash, cuyos veintisiete reyes le rindieron pleitesía, y por la ciudad de Kharkhar, donde Salmanasar hizo erigir una estatua suya. Las dos últimas campañas de su reinado fueron dirigidas por su lugarteniente en jefe y atravesaron estas mismas regiones. La de 829, después de efectuar un recorrido por Khubushkia y recoger diversos tributos, pasó por la fuerza a través de un país desconocido hasta entonces, el de los maneos, al sur de lago de Urmia, cuya capital, Zirta, fue saqueada como lo fueron seguidamente varias ciudades de Parsuash. Al año siguiente, en 828, el ejército asirio, después de haber pasado por Khubushkia, Muṣaṣir y Gilzanu, volvió al país de los maneos a recoger el tributo, antes de ir a saquear Parsuash y Namri.

No cabe duda de que estas campañas en los Zagros y hacia la meseta iraní no fueron tan sólo incursiones de exploración o de explotación de las comarcas que atravesaban. Parece ser que tuvieron igualmente por finalidad el establecer ante las provincias fronterizas una línea defensiva, desde Kirruri hasta Zamua, y cubrirlas con estados-tapón sometidos a vasallaje, como Bīt-Khamban y Namri. Esta empresa, que parecía tener algunas posibilidades de realizarse hacia la mitad del reinado, fracasó después.

Por Babilonia no se interesó Salmanasar más que durante dos años consecutivos, en 851 y 850[13]. La ocasión le vino de una rebelión que fomentó Mardukbēlusāte contra su propio hermano, el rey Mardukzakirshumi, quien se vio obligado a cederle la mitad del reino. Salmanasar llegó en ayuda del rey despojado, pues tomó al hermano rebelde las ciudades de Mē-Turnat y Lakhiru. Al año siguiente, lo atacó en su capital de Gananāte y acabó por aniquilarlo junto con sus partidarios. Habiendo restableció así a Mardukzakirshumi, en la plenitud de su poder, Salmanasar descendió al país de Akkad a ofrecer sacrificios a los grandes dioses de Babilonia, de Borsippa y de Kutha, y a exigir un tributo de las poblaciones caldeas del sur. En cuanto a los habitantes de Borsippa y Babilonia, los trató con gran benevolencia, como a individuos libres súbditos de los grandes dioses. Por otra parte intentó convertir en acontecimiento importante de su reinado el breve episodio de su intervención en el país de Akkad. La entrega de los tributos caldeos y su encuentro con Mardukzakirshumi son el tema de dos de las cuatro escenas esculpidas en la base del trono que fue ejecutado para él el treceavo año de su reinado[14]. En particular, la entrevista de los dos reyes dándose la mano amistosamente parece sellar solemnemente la reconciliación de los dos pueblos.

A partir de 832, el rey, encontrándose envejecido, dejó a su lugarteniente el cuidado de conducir las últimas campañas del reinado. El hecho de que éste sea nombrado, con motivo de algunas de las campañas, en los anales reales, revela la importancia que había llegado a tener este alto dignatario dentro del estado. De hecho, fue durante el reinado de Salmanasar cuando la alta nobleza asiria alcanzó sin duda el apogeo de su poder. La tradición determinaba que cada nuevo rey eligiese sus dignatarios. Esta renovación periódica podía ser un freno para las ambiciones de los grandes. Pero la desacostumbrada longitud del reinado de Salmanasar y del de su padre confirió por el contrario, a aquellos que ostentaban cargos, una estabilidad que acrecentó su prestigio y su influencia en el

reino.

Otra tradición dictaminaba que cada año fuese llamado con el nombre de un dignatario, que era el epónimo. El canon de los epónimos constituía de algún modo el orden de preeminencia dentro del estado. El rey daba su nombre al primer año completo que seguía a su acceso al trono. Después de él estaban el lugarteniente en jefe (*turtān*), el heraldo de palacio (*nāgir ekalli*), el copero mayor (*rab shāqē*) y el intendente general (*abarakku*); después, los gobernadores de provincias, empezando por el de la provincia de Asur.

Ahora bien, en 827 la enumeración de los gobernadores se interrumpe y el ciclo vuelve a comenzar por un nuevo eponimato del rey, seguido, para los cuatro últimos años del reinado, por los del *turtān*, del copero mayor, del intendente general y del heraldo de palacio. No se sabe a ciencia cierta si este nuevo comienzo del ciclo, esta decisión del rey de «colocar por segunda vez el dado delante de Ashshur y Adad», como él mismo dice, se explica por la naturaleza de la institución, que no hubiera admitido más que un ciclo de treinta nombres, por el hecho de que se encontraba cerrada la lista de dignatarios susceptibles de ser epónimos o por los graves problemas políticos que estallaron precisamente entonces.

Comoquiera que sea, la larga lista de los gobernadores de provincias nos permite hacernos una idea de la división administrativa de Asiria en esta época. Desgraciadamente está incompleta, y por tres razones al menos. Un mismo personaje podía ser, sin que el hecho se mencionara, gobernador de varias provincias, ciudades o territorios. Por otra parte, algunas provincias eran demasiado poco importantes como para que su gobernador pudiese aspirar a los honores del eponimato. Se da el caso también de que el mismo texto del documento está roto en parte y que los nombres de diez provincias han desaparecido por esta causa.

Sin embargo, sabemos que, al oeste del Éufrates, Salmanasar no incorporó ningún territorio al reino asirio. Tanto en Anatolia como en Siria del Norte no modificó la estructura política de los principados vencidos. Se contentó, cuando se presentaba la ocasión, con poner en el trono a príncipes que le fuesen leales.

Al principio de su reinado, Salmanasar gustaba de residir en Nínive y en sus residencias campestres. Para su palacio de Imgur-Enlil (Balawāt), había hecho fabricar unas «puertas de bronce» que fueron célebres. Sin que descuidara la vieja capital, Asur, en la que restauró las murallas, fue Kalakh la que se benefició de sus mejores cuidados[15]. Continuó el arreglo de la ciudad que había creado su padre. En un ángulo del muro del recinto hizo construir un amplio edificio, el *ēkalmasharti*, especie de arsenal militar que continuó utilizándose hasta el final del Imperio. Se depositó allí el material de campamento, los carros, las armas y el botín. Tres grandes patios permitían, antes de cada campaña, equipar e inspeccionar las tropas, entrenar a los jinetes y armar los carros. En los patios noroeste y noreste se agrupaban las tiendas y talleres, mientras que el patio sureste se encontraba rodeado de acuartelamientos y alojamientos para oficiales. Al sur de este conjunto, Salmanasar había hecho construir, además, una serie de cámaras reservadas para su uso particular, y una sala del trono donde se ha encontrado el estrado que debía sustentar el asiento real; este estrado está esculpido en piedra calcárea y empotrado en un nicho. En las ruinas de la ciudad se ha encontrado también una estatua del rey en actitud de oración y el famoso obelisco negro que, por el texto y por la imagen, conmemora campañas victoriosas del rey.

Fue en Kalakh donde le sorprendió la revuelta que estalló el año 32 de su reinado,

en 827.

El instigador de esta rebelión era uno de sus propios hijos, Ashshurdanappli, a quien quizá hubiera descartado arbitrariamente de la sucesión. La rebelión revistió desde el principio una extrema gravedad. Nínive, Asur, Arbeles, Arrapkha y más de veinte ciudades más se pusieron a favor de los insurrectos, aportándoles el apoyo de sus guarniciones y el refugio de sus murallas. Kalakh, la nueva capital, permaneció fiel al rey, así como las provincias del exterior. Como durante este período de dificultades el rey renovó los honores del eponimato a los cuatro grandes dignatarios del reino, es de suponer que ninguno de ellos participara en la revuelta.

Durante cuatro años, la vida política del país se vio paralizada por la rebelión y el anciano rey murió, el 824, sin haber podido vencerla. Su hijo Shamshiadad V[16], que subió entonces al trono, tuvo que proseguir la lucha durante dos años más antes de acabar con su hermano rebelde y sus seguidores. Esto no tuvo lugar sin esfuerzo ni sin humillantes concesiones. Le fue preciso comprar el apoyo, o al menos la neutralidad, del rey de Babilonia, Mardukzakirshumi, quien se manifestaba muy dispuesto a sacar partido a su vez de las dificultades en que se debatía Asiria. Del tratado que firmaron los dos reyes no conocemos más que un fragmento del ejemplar babilonio[17]. No queda prácticamente nada de las cláusulas políticas que comprendía, pero algunos indicios dejan ver que eran ventajosas para la parte babilónica.

Es posible que en la misma Asiria las circunstancias condujeran al nuevo rey a introducir algunas modificaciones en la jerarquía tradicional. En el canon de los epónimos, el intendente mayor del anterior reinado es citado inmediatamente después del rey, en lugar del lugarteniente en jefe, cuyo cargo fue quizá suprimido temporalmente después de la muerte del anciano y demasiado poderoso Dayyānashshur. No vuelve a estar atestiguado hasta 814, a favor de un tal Bēlubalaṭ.

En este principio del reinado, el personaje que conoció más favores, según parece, fue el oficial mayor (*rab rēshi*), Mutarriṣmarduk. Es el único cuyo nombre es mencionado elogiosamente en los anales oficiales, como antes el de Dayyānashshur. Dirigió con éxito tres expediciones contra los príncipes rebeldes del país de Nairi, y prosiguió la tercera hasta los países de los maneos, de los medos y de Parsuash.

Después de estas campañas, y durante los otros cinco años de su reinado, Shamshiadad no tiene otro objetivo que el de vengarse de los babilonios. En 816 lanza contra su nuevo rey, Mardukbalaṭsu-iqbi, su cuarta expedición. Franqueando el monte Ebekh (el Jebel Ḥamrin), los asirios se apoderan de varias ciudades del valle del Diyāla, señaladamente de Mē-Turnat, y después de algunas otras más allá del monte Yalman, entre ellas Dūr-Papsukkal (Kala-Neft o Mendoli), que parece haber sido uno de los centros más importantes del reino babilonio. En todo caso fue duramente defendida por Mardukbalaṭsu-iqbi que, a pesar de la ayuda de numerosos contingentes caldeos, arameos, namareos y elamitas, fue vencido nuevamente en las orillas del Daban (Āb-i-Gangir o Āb-i-Neft).

Al año siguiente, Shamshiadad atacó de nuevo. También en el valle del Diyāla, se apoderó de una serie de residencias reales, como Gananāte y Nimittisharri, y se dirigió hasta Dēr, que conquistó. El rey y numerosos prisioneros fueron enviados a Nínive. Esta campaña, que pareció a Shamshiadad digna de hacerla objeto de «una carta a dios»[18], condujo a las tropas asirias hasta las fronteras de Parsumash y Elam. Sin embargo no bastó para someter al nuevo rey de Babilonia, Babaakhaiddin. Fue necesaria otra expedición; siguió más o menos el mismo itinerario que las precedentes, conquistó las ciudades de

Mē-Turnat, Dūr-Papsukkal, Gananāte, Bīt-rēdūti y Lakhiru, y consiguió por fin hacer prisionero al rey babilonio. Shamshiadad descendió entonces a manifestar su devoción a los grandes santuarios de Kutha, Babilonia y Borsippa; después se dirigió a Caldea para recibir los tributos de la región. A la vuelta, fijó la nueva demarcación de la frontera con Babilonia y reafirmó su soberanía sobre las poblaciones nómadas del curso inferior del Tigris.

Desde luego, Asiria no conoció bajo su reinado el poder que tenía en tiempos de sus predecesores, pero no obstante Shamshiadad consiguió hacerla sobreponerse, tanto en el exterior como en el interior, a la grave crisis política que atravesaba cuando él tomó el poder.

Si no pudo aspirar, como su padre o su abuelo, al título de «rey de las cuatro zonas del mundo», se ganó en buena ley el derecho a llevar el de «rey de la totalidad», que el rey de Babilonia se atribuyó a sus expensas durante un tiempo[19].

Cuando Shamshiadad murió, en 811, su hijo Adadnarāri III era aún menor de edad. Hasta su mayoría, durante cinco años, su madre Sammuramāt, la Semíramis de la leyenda griega, ejerció la regencia[20]. Durante este período fue probablemente el lugarteniente en jefe Nergalilia quien dirigió y organizó las expediciones contra los medos y los maneos, así como la operación de policía en Guzana que se menciona en el canon de los epónimos. Seguidamente, estas mismas fuentes enumeran, entre otras, siete nuevas campañas en Media, y cuatro en Khubushkia. La mayor parte fue sin duda de poca importancia política o militar, pues los anales oficiales del reinado[21] no hacen constar más que dos expediciones. Una, en 805, la primera del reinado personal, tuvo por objeto Siria. Acababa de estallar en Damasco una rebelión contra Bar-Ḥadad III, a consecuencia de una derrota que acababa de infligirle el rey de Ḥama. Adadnarāri III creyó la ocasión favorable para reanudar la política de su abuelo más allá del Éufrates. Avanzó hasta las inmediaciones de Damasco, donde recibió no sólo el tributo de su nuevo rey, Mari’, sino también los de otros príncipes de Siria y Palestina. A pesar de su éxito, esta campaña no trascendió y durante su reinado el rey de Asiria no volvió más a la región. La otra campaña, contra Babilonia, duró dos años, 795 y 794, en los cuales el canon de los epónimos hace alusión a una doble expedición contra Dēr. El rey de Babilonia fue vencido, y forzado a aceptar de nuevo las convenciones fronterizas fijadas por el rey de Asiria. En realidad, con tales convenciones éste buscaba antes reglamentar las relaciones entre los dos países por vía amistosa, que engrandecer su reinado. Con ánimo apaciguador, restituyó a los babilonios las estatuas de sus dioses capturados y los proveyó regularmente de ofrendas. La paz entre los dos pueblos hermanos se proclamó solemnemente, mientras Adadnarāri III afirmaba públicamente su devoción a los grandes dioses de Kutha, Babilonia y Borsippa. Con esta ocasión se escribió una crónica que recordaba que, desde hacía más de siete siglos, los babilonios habían sido los únicos responsables de las guerras que les habían enfrentado a sus hermanos de raza[22].

Esta exaltación de la fraternal amistad que debía unir a asirios y babilonios revela un cambio notable en la mentalidad asiria. Cuando los reyes de Asiria descienden al país de Akkad, no dejan nunca de ir en peregrinación a los templos de Babilonia y Borsippa, convertidos en lugares sagrados de la comunidad asirio-babilónica. En la propia Asiria, el culto de Marduk y, principalmente, el de Nabū, se difundieron y pusieron de moda. El canon de epónimos registra como acontecimiento más importante del año 22 de Adadnarāri III, la puesta de los cimientos de un templo consagrado a Nabū en Nínive. Las mismas fuentes mencionan que el año siguiente «el dios Nabū entró en su nuevo templo»[23]. Le fue dedicado igualmente otro santuario en Kalakh, y el gobernador de la ciudad consagró al dios dos estatuas «para vida del rey y de Sammuramāt, su madre». Al

mismo tiempo se multiplicaron en la sociedad asiria, principalmente en la aristocracia, los nombres de personas que invocan a Nabū como patrono.

No se trató simplemente de una ampliación del panteón nacional. El culto de Nabū introdujo nuevos valores en el modo de pensar asirio. En las estatuas erigidas en Kalakh, el dios es llamado «extraordinario en sabiduría», «maestro de las artes», «omnisciente», «el que lleva el cálamo». En Babilonia estos epítetos eran tradicionales, pero en Asiria esta primacía otorgada a la sabiduría, a la ciencia, a la cultura, es algo nuevo. La concepción misma de la realeza se veía modificada. A partir de entonces, el rey de Asiria se enorgullecería de ser prudente, inteligente e instruido, al mismo tiempo que valiente en la guerra y temido por sus enemigos. Se considera también depositario y defensor de la herencia cultural de Babilonia, amenazada por la expansión rapaz de las tribus arameas y caldeas del sur. Una crónica aproximadamente contemporánea, al relatar los acontecimientos que precedieron al reinado del rey babilonio Erībamarduk, cita: «por medio de muertes y estragos, los arameos se apoderaron de los campos de los habitantes de Babilonia y de Borsippa[24]». También ante este peligro, los asirios se sintieron solidarios de sus vecinos, y Adadnarāri III tuvo que enviar tres expediciones de castigo contra otros nómadas arameos, los itueos, que invadían el valle del Tigris, al sur del pequeño Zāb.

En el marco del reinado de Adadnarāri III, merece un lugar especial un conjunto de textos que nos permiten imaginar lo que eran en esta época la estructura y la vida de una provincia asiria[25]. Provienen de Guzana, capital de la provincia del mismo nombre, junto al Khābūr. Hacia el norte se extendía entonces hasta las montañas del Ṭūr ‘Abdīn y controlaba una parte importante de lo que se ha denominado «corredor asirio» que, bordeando el desierto, unía Siria con las orillas del Éufrates. La comarca, poco asirizada aún, estaba poblada por grupos arameos, sometidos unos y otros aún rebeldes a la tutela asiria. Como hemos visto, acababa de reprimirse allí alguna revuelta. La población indígena era principalmente agricultora y vivía en pequeños pueblos, bajo la vigilancia de colectores (*nāgiru*) asirios y de pequeños destacamentos militares. Asiria obtenía de ella principalmente grano, oro y caballos.

En el palacio de Guzana, cuyas ruinas se han encontrado en una colina, el gobernador era un verdadero rey. No recibía órdenes más que del rey de Asiria o de sus representantes cualificados, el lugarteniente en jefe (*turtān*), generales o dignatarios con alguna misión. Dentro de la jerarquía asiria, tenía rango superior al del gobernador de la vecina provincia de Naṣibīna, a quien podía convocar ante él por razones de servicio. Por su parte, estaba secundado por una especie de vicegobernador, el «jefe de las ciudades» (*rab ālāni*) y por numeroso personal tanto civil como militar. Como medida prudencial, sin duda, las mujeres de estos oficiales y funcionarios estaban agrupadas en un harén colectivo.

El gobernador era depositario de todos los poderes. A efectos civiles, administraba la comarca por medio de delegados (*qēpu*) en los pueblos importantes, de intendentes (*abarakhu*) en los centros de menor importancia, y de «pastores mayores» para la vigilancia de los grandes rebaños.

La mayor parte de los aborígenes se empleaban como pastores, peones agrícolas o albañiles, y se veían sometidos a frecuentes desplazamientos.

Todos, incluso los asirios, debían pagar impuestos y hacer trabajos obligatorios, a excepción de algunos «rescatados» (*zakū*) que se libraban de las prestaciones en especie por la entrega a tanto alzado de una suma de dinero, de la que sin duda el gobernador se reservaba una buena parte. Éste podía, en efecto, exprimir a placer la provincia que gobernaba, con la única responsabilidad económica de proveer, a sus expensas, al

mantenimiento de los soldados, de los funcionarios y de sus familias, de almacenar víveres con destino al ejército real, de cargar con los gastos de viaje y estancia de los correos y de los dignatarios en viaje oficial y de enviar cada año a Asiria el tributo establecido por el rey. Como jefe militar, el gobernador disponía de fuerzas locales. Éstas tenían la misión de mantener el orden dentro de la provincia y en sus fronteras, y sobre todo la de guardar, por medio de guarniciones a lo largo de él, el «camino real» que llevaba a Asiria. Una parte de estas fuerzas debía estar en condiciones de concentrarse en un punto previamente designado para unirse al ejército real si recibiera orden de hacerlo. Para las operaciones de vigilancia y policía, la unidad militar básica, que podía obrar con autonomía, parece haber sido el destacamento de diez hombres dirigidos por un decurión (*rab esherte*). Efectivamente, se conserva una hoja de servicio que al parecer especifica cuáles eran su equipo y sus provisiones «un carro, cuatro caballos, dos asnos, 10 arcos, 10 puñales, 10 lanzas, 10 armaduras, 10 aljabas, 10 escudos, 10 cotas de malla, 10 tiracuellos, 10 cinturones, un buey, 10 carneros»[26].

Comoquiera que sea, sabemos que los almacenes militares de Guzana estaban entonces abundantemente provistos y avituallados.

Es obvio que el cuadro que tales textos nos pintan de esta provincia no se aplicaría sin modificaciones en las otras. Algunas estaban ya más asirizadas, como esta misma lo estaría en el siglo siguiente; otras permanecían aún menos impregnadas de la influencia del vencedor. Por otra parte, el peso de la tutela de éste variaba según la importancia estratégica de la región, según que sus habitantes fueran nómadas o sedentarios y según el provecho que pudiera obtenerse de ella.

Estos textos de Guzana, que no dejan siquiera traslucir los disturbios que por entonces ensangrentaron la provincia, no nos suministran ninguna información sobre la situación política general del reino. Ésta seguía siendo de hecho bastante precaria. Adadnarāri III iba a dejar su país en el umbral de un nuevo período de disturbios y debilidad. Ninguno de sus tres inmediatos sucesores, sus tres hijos, iba a poder aspirar al título de «rey de la totalidad» que llevaron tanto él como su padre.

IV. EL AUGE DE URARṬU

Los cuidados que, desde Asurnasirpal II, dedicaran los soberanos asirios a su frontera norte, sus intervenciones en Shubria, la incursión de 865 contra la capital urartea, que iba a ser el preludio de choques cada vez más frecuentes, revelan la creciente inquietud que inspiraba a Asiria el reino vecino.

Sus temores no carecían de fundamento. Ésta es, en efecto, la época en que aparecen en Urarṭu las primeras fuentes escritas, y éstas atestiguan que sus habitantes, o al menos sus dirigentes, no sólo habían accedido a la cultura, sino que se proponían afirmar públicamente su poder. Sardur I (aprox. 832-825), contemporáneo de los últimos años de Salmanasar III, hizo grabar sobre la muralla de una de sus fortalezas una triple inscripción donde se llama a sí mismo: «gran rey, rey poderoso, rey de la totalidad, rey del país de Nairi, sin igual, pastor admirado por todos, que no teme al combate y somete a los rebeldes»[27]. El empleo en estos textos de la escritura cuneiforme y de la lengua acadia, la fraseología asiria, la jerarquía mesopotámica de los títulos y, con el empleo del de «rey de la totalidad» (*shar kishshati*), la reivindicación de una hegemonía internacionalmente reconocida, revelan el predominio de la influencia cultural acadia en el nuevo estado.

Urarṭu tomaba conciencia de sus fuerzas, tanto imitando a Asiria como midiéndose con ella.

Este resurgir del sentimiento nacional se hizo más patente aún bajo el reinado de Ishpuini (824-806), hijo del rey antes citado. Las inscripciones, que entonces se multiplicaban, iban ya redactadas en la lengua indígena. Cuando excepcionalmente llevaban una versión asiria, era con el fin de afirmar mejor, a escala internacional, una reivindicación política.

La mayor parte de estas inscripciones se han encontrado en torno al lago de Van, que era y seguiría siendo el corazón del reino. Pero, a partir de entonces, el país de Urarṭu no se contentó con acrecentar sus fuerzas sobre el territorio nacional. Ishpuini lanzó hacia el norte, en dirección al curso superior del Araxes (Araks o Aras), expediciones que iban siendo testimonios de su paso por el camino que, desde el valle del Arsanias, sube hacia el desfiladero de Delibaba. Otra inscripción conmemora una fructífera campaña que, con 106 carros, unos 10 000 jinetes y más de 22 000 infantes, condujo al sur del lago Urmia contra el país de Parsuash y contra la ciudad manea de Meshta.

De naturaleza por entero distinta es el contenido de otra estela, bilingüe ésta, que, erigida junto a la ruta que va de Rowandūz a Ushnu, dio el nombre de Kelishīn («la piedra azul») a la garganta donde fue encontrada. Conmemora aparentemente una peregrinación que hicieron Ishpuini y su hijo Menua al país vecino de Muṣaṣir, donde se erguía un famoso templo de su dios nacional, Khaldi; de hecho, su función era sin duda la de fijar, en esta vía estratégica y a menos de 100 kilómetros de Arbeles, la frontera entre los dos países, o al menos entre sus zonas de influencia. Entre los títulos que en ella constan, Ishpuini hizo figurar el de «rey de la totalidad» cuyo equivalente urarteo, «rey del país de los carros», parece reivindicar una supremacía bélica sobre tierras llanas. Al antiguo título de «rey de Nairi», conservado en la versión asiria, corresponde en la lengua indígena el de «rey del país de Biai», que se ha traducido «rey del país de los frutos» y que en tal caso evocaría los opulentos vergeles de la meseta de Van. Ishpuini se dice allí, por último, «señor de la ciudad de Ṭushpa(n)», la nueva capital del reino, que los asirios llamaron Ṭurushpa.

De carácter aún más definidamente religioso es una inscripción grabada sobre la pared de un nicho rocoso cercano al lago de Van. En ella se enumeran los sacrificios con que se honraba cada mes a unas setenta divinidades del país, y, por tanto, a este respecto, se encuentran en su panteón importantes datos[28]. Las ofrendas más importantes eran las dedicadas al dios nacional Khaldi, al dios de los tormentos, Tesheba (el Teshup de los hurritas), y a la divinidad solar Shiwini. En cambio el dios lunar, Shielardi, cuenta entre las divinidades dotadas de ofrendas más modestas en esta lista en que figuran algunos nombres colectivos de dioses, las divinidades anónimas del lago, las altas montañas y las divinidades particulares de ciertas ciudades. El nicho sobre cuya pared figura dicha inscripción tiene la forma de una puerta. Comoquiera que en Urarṭu la palabra «puerta» designa a menudo al templo mismo, podemos suponer que al menos en un cierto aspecto del culto, estos nichos estaban considerados como lugares de paso sagrados entre el mundo de los dioses y el de los vivos.

En los nueve últimos años de su reinado, Ishpuini menciona junto a su nombre el de su hijo Menua y, en el último año, el de su nieto Inushpua, a quien asocia de este modo, si no a la realidad del poder, sí al menos con la consagración real. Esta costumbre, destinada quizá a afirmar la continuidad dinástica, desapareció rápidamente bajo el siguiente reinado, el de Menua, que ejerció el poder individual a partir del 805 aproximadamente, cuando en Asiria Adadnarāri reinaba ya desde hacía algunos años.

El nuevo rey de Urarṭu, que continuó llevando entre sus títulos el de «señor de Ṭushpa», hizo construir, entre otras fundaciones, una nueva capital fortificada que llevó su nombre, cerca del nacimiento del Karasu. Aumentó el número de regiones cultivables del reino, y se cuidó de su irrigación haciendo canales.

En el exterior, su reinado personal se caracterizó por diversas campañas lejanas y fructíferas. Una de ellas, después de una victoria sobre los maneos, es la que conmemora la inscripción rupestre de Tashtepe, al sur del lago de Urmia. Otros testimonios, dejados incluso en el camino, jalonaron en distintos lugares la ruta por la que avanzó Urarṭu. Se los encuentra en las pendientes del monte Ararat, a todo lo largo de la curva del primer tramo del Araxes hasta las inmediaciones de Erzerum, y, hacia el oeste, en ambas orillas del Arsanias. En esta última región, una inscripción rupestre recuerda que, después de haber sometido Shebeteria (la actual Palū), Khuzana (Ḥozan), Ṣupani (la Sofene de los escritores clásicos), y de haber instalado un gobernador en la comarca de la moderna Balin, Menua alcanzó la frontera del país de Khatti (Siria del Norte), donde recibió junto al Éufrates el tributo del rey de Meliṭea (Melitene).

Este vigoroso movimiento de expansión que se había manifestado, a expensas de Asiria, sobre su misma frontera, con la conquista de Kullimeri y de Ulluba, iba a hacerse más amplio bajo el reinado de su hijo Argishti I (aprox. 789-766). Sus éxitos nos resultan tanto más notables cuanto que la Asiria contemporánea, desde los últimos años de Adadnarāri III hasta principios del reinado de Ashshurdān IV, vivía un período de debilidad progresiva.

Como había hecho su padre, Argishti I jalona de estelas e inscripciones rupestres los senderos de sus conquistas. Éstas atestiguan que su poder, sólidamente asentado al sur del Araxes, desborda ampliamente el valle del río, y se extiende, por el noroeste de Erivan, en dirección al lago de Sevan, y, por otra parte, hacia la región de Leninakan y hacia el lago Çildir.

Después de la derrota de las tribus locales, quedaron anexionados toda la llanura del Ararat y el valle del Araxes. Con este control sobre la región, Urarṭu incrementa sensiblemente sus recursos agrícolas, el número de sus rebaños y la importancia de su mano de obra. La posesión de las minas de cobre del pequeño Cáucaso daba un nuevo impulso a su metalurgia.

Junto a la orilla izquierda del Araxes, en el lugar donde se erguiría más tarde Armavir, Argishti construyó una nueva ciudad fortificada a la que dio su nombre, Argishtikhinili. Unas catorce inscripciones se han encontrado en los alrededores de la ciudad; evocan las importantes obras hechas en la región por Argishti y sus sucesores: roturado de tierras, plantación e irrigación de huertas y viñedos, construcción de palacios y templos. Durante todo el siglo VIII, la ciudad continuará siendo la principal salvaguarda de la Transcaucasia. Bien defendida y abundantemente abastecida, servía a la vez de refugio para las poblaciones diseminadas en las zonas agrícolas de alrededor y de base de operaciones para las tropas reales que se dirigieron al norte y al noreste.

Vino así a permitir un dominio efectivo de la región situada entre el Araxes y el Sevan. Con la conquista de la fortaleza de Qiekhuni, cuyos vestigios subsisten aún junto a la orilla noreste del lago, en la desembocadura del Zangu, Argishti se convirtió en amo de la rica llanura costera. Para dominarla mejor aún, construyó, a unos 50 kilómetros al sur, una nueva ciudadela, Irpuni, que pobló con 6600 prisioneros, la mayor parte de los cuales provenían de los confines sirios y de las orillas del Éufrates. En sus ruinas, descubiertas en la colina de Arinberd, al este de Erivan, varias excavaciones han desenterrado habitaciones

decoradas con pinturas murales e inscripciones evocando donaciones de escudos, aljabas, cinturones y flechas, hechas por el rey a los templos de la ciudad.

Todas estas actividades militares, económicas y religiosas, son igualmente objeto de una muy extensa inscripción, grabada sobre los macizos rocosos de Van, en la que puede verse el equivalente de los anales del reino. De los nombres de ciudades y países que en ella se enumeran, muchos nos son todavía desconocidos. Pero aquellas que es posible identificar con algún viso de exactitud, permiten añadir ciertas precisiones y datos complementarios a la información procedente de las otras inscripciones. Nos enteramos de que los ejércitos surasiáticos guerrean al norte de la línea Kars-Leninakan, en dirección a Ardahan; continúan hacia occidente, hacia Melitene y Siria, y hacen por último un esfuerzo muy particular en la región del lago de Urmia, en los países de Bushtu, Parsuash, Manna, Ushqaia y Uishdish. Algunas expediciones no se detienen sino «en las montañas que pertenecen a los asirios», cuando no tienen que ver directamente con éstos. El relato de las devastaciones (106 fortalezas y 453 poblaciones saqueadas y quemadas, desde la provincia de Abeliankh a la llanura de Kars), las entregas de tributos exigidas (por ejemplo, 41 minas de oro puro, 37 de plata, 20 000 de cobre, 1000 caballos de silla, 300 bueyes, 20 000 corderos, que debía recibir un gobernador, impuesto a una de las comarcas conquistadas), el número de distritos anexionados, toda una cintura de países vecinos convertidos en vasallos, atestiguan la amplitud de las conquistas de Argishti I.

Esta expansión continuó durante el reinado de su hijo y sucesor Sardur III (aprox. 765-733), o al menos hasta que el renovador del poderío asirio, Tiglatpileser III, le asestó un golpe que le hizo detenerse. El predecesor de éste, Ashshurnarāri V, aparece nombrado en una inscripción de Sardur III que no le concede más que el título de «rey de Asiria»[29], mientras que él mismo se reviste de todos los grandes títulos imperiales que reivindicaban sus antecesores. En todos los terrenos, por lo demás, continuó la obra de su padre.

En el aspecto militar, sometió todas las inmediaciones del lago Sevan por medio de expediciones que le condujeron sucesivamente al oeste, al suroeste y el sureste del lago. Guerreó en la región de Leninakan y conquistó varias ciudades al suroeste del lago Çildir. Combatió contra Qulkhai, que algunos han identificado con la Cólquida de los griegos. Si la identificación es exacta, fue quizá en esta época y en esta región cuando los urarteos entraron en contacto con el mundo mediterráneo a través de las poblaciones costeras del mar Negro, sobre cuyas orillas la tradición localiza en 756 la fundación de Trebisonda por colonos de Mileto. A las victorias sucedían deportaciones masivas y múltiples anexiones. El botín conseguido es a menudo considerable: en el curso de un solo año, la parte del rey comprendía a 37 800 prisioneros, 3500 caballos, 40 353 reses y 214 700 cabezas de ganado menor. El esfuerzo militar fue particularmente sensible en la región del lago de Urmia, donde, luchando contra los maneos y sus vecinos, Sardur asoló el país, se apoderó de plazas fuertes, quemó ciudades y obtuvo un importante botín. Según parece, intentó con una serie de anexiones consolidar la frontera de Urarṭu entre el lago y la actual Tabriz.

Pero donde ejerció sin duda mayor presión fue en dirección a Siria septentrional y el curso superior del Éufrates. En la misma orilla del río, entre Izoğlu y Kümürhan, una inscripción rupestre recuerda que acampó en estas lejanas regiones, donde ningún rey de Urarṭu lo había hecho aún, que tomó diversas plazas fuertes a lo largo del Éufrates y que, cuando se aproximó a la ciudad de Malatya (Me-li-ṭe-a-ni en urarteo), su rey Khilaurada, vino a prosternarse ante él para rendirle pleitesía. Lo hizo vasallo suyo después de haberle quitado nueve plazas fuertes y diez ciudades situadas, sin duda, a orillas del río[30].

Condujo otra campaña en una región inmediatamente vecina, el Qummukhu de los

asirios: «Kustashpili, el rey de Qumakha», escribe en otro lugar, «era independiente; ningún rey recibía tributo de él… Yo marché contra el país de Qumakha. En combate hice caer en mis manos la ciudad real de Uita, que estaba fortificada, la ciudad real de Khalpa, protegida (?) por un lago, y me aproximé a la ciudad real de Parala. Él vino entonces ante mí, se prosternó, y yo le fijé como tributo, que él me entregó, 45 minas de oro puro, 800 minas de plata, 3000 piezas de paño, 2000 escudos de bronce y 1535 vasos de bronce»[31]. Este Kustashpili que se sometió entonces al rey de Urarṭu es el mismo Kustashpi de Kummukhu que, algún tiempo después, en 742, Tiglatpileser III venció en esta misma ciudad de Khalpa, que él llamaba Khalpi.

Finalmente, más al sur, en una inscripción votiva escrita en jeroglíficos hititas y fechable alrededor del 752, el rey de Karkemish, Kamanash, reconocía a Sardur III como soberano suyo[32].

De este modo, dominando los tres principales principados neohititas del curso superior del Éufrates (Meliddu, Qummukhu y Karkemish), el rey de Urarṭu amenazaba directamente la desembocadura del «corredor asirio» hacia el Amano y el de las «Puertas cilicias». Desde este balcón del Éufrates, dominaba Siria del norte. A partir de entonces, le era posible ejercer sobre ella una influencia política que podía llegar a ser determinante.

En cuanto a Asiria, se había mostrado totalmente incapaz de contrarrestar estas ambiciones. De los tres hijos de Adadnarāri III, el primero que, en 781, había subido al trono, Salmanasar IV, no ha dejado en la historia más que un tenue recuerdo. Las seis campañas que en diez años de reinado tuvieron que efectuar sus tropas contra Urarṭu atestiguan la peligrosa presión que se esforzaba por contener. Sus otras expediciones (contra los itueos, hacia el monte de los Cedros, e incluso contra Damasco) parecen no haber sido más que incursiones episódicas.

En Asiria, el panorama político estaba dominado entonces por la personalidad del nuevo lugarteniente en jefe Shamshi-ili. Éste conservaría su puesto bajo los dos reinados siguientes, y durante treinta años fue, sin duda, la verdadera autoridad del reino.

Es él quien combatió contra los urarteos, pues, en una inscripción que hizo grabar sobre los toros que adornan la entrada de su palacio de Til-Barsip, se vanagloria de éxitos que consiguió ante ellos. El hecho de que no mencione ni el nombre de su soberano subraya también su poder y la debilidad del poder real[33].

Esta debilidad iría acentuándose en el curso del reinado de Ashshurdān III, que sucedió a su hermano en 772. Algunas expediciones hacia Siria, por el valle del Diyāla o contra tribus medas, no pueden engañar a nadie. La situación interior fue cada vez más precaria. Ya en 768 el ejército había tenido que quedarse «en el país», lo que se repitió en 764, después de una peste y en vísperas de graves disturbios que no iban a durar menos de seis años.

Estos estallaron al año siguiente en Asur, y duraron dos años. En 761, se extendieron a Arrapkha, donde hicieron estragos durante dos años más. En 769, la insurrección llegó hasta Guzana, mientras una nueva peste asolaba el país. Fue necesaria, al año siguiente, una verdadera expedición a Guzana para dominar la rebelión y lograr que al fin, como reza el canon de los epónimos, «la paz (reinase) en el país». El reino salía de esta prueba más debilitado aún, y, durante los dos años siguientes, el ejército permaneció «en el país»[34].

Sin embargo, pese a tan graves dificultades internas, Asiria seguía consciente de los peligros que la amenazaban. No había visto sin inquietud al reino arameo de Bīt-Agusi arrebatar al de Ḥama la primacía política en Siria del norte. La presencia de esta nueva

potencia entre el Éufrates y el Amano era tanto más peligrosa para ella cuanto que el reino de Karkemish se reforzaba igualmente, y que ambos se apoyaban en el poder urarteo que, al término de un largo movimiento en curva, estaba ahora presente en el Éufrates.

Estas preocupaciones marcaron los comienzos del reinado de Ashshurnarāri V que, siempre bajo la égida del inamovible lugarteniente en jefe Shamshi-ili, sucedió a su hermano en el 754.

Lanzó contra Arpad, capital de Bīt-Agusi, una expedición que obligó a su rey, Mati'-ilu, a firmar un tratado con los asirios. El texto que poseemos, por desgracia, está mutilado en la parte consagrada a las cláusulas políticas. El principio de uno de los párrafos hace alusión a los tránsfugas y a los rebeldes, cuya actividad y huida se comprometía Mati'-ilu a no facilitar. Otro evoca la asistencia militar que el rey de Arpad prometía aportar a Ashshurnarāri V cada vez que éste se la pidiera[35].

No cabe duda de que la firma de este tratado pretendía contener el empuje de Urarṭu hacia Siria del norte. Pero, pasado el peligro, Mati'-ilu no tardó en denunciarlo. Este efímero éxito de Ashshurnarāri V fue el gran acontecimiento de su reinado. Exceptuando dos campañas contra Namri, de 749 y 748, el canon de los epónimos no menciona, en todos los demás años, ninguna otra salida del ejército ni ningún hecho digno de mención.

Este marasmo político presagiaba nuevos disturbios. Estos estallaron, en efecto, en el 746 en la capital misma, Kalakh. El rey fue probablemente asesinado y el reinado pasó a manos de otro hijo de Adadnarāri II, Tiglatpileser (Tukultiapilesharra III), del que no se sabe a ciencia cierta si fue el instigador del complot, si los insurrectos lo pusieron en el poder o si, por el contrario, fue él quien dominó la rebelión. Comoquiera que sea, Asiria iba a encontrar en él un soberano de muy otra talla que la de sus predecesores.

V. LOS FUNDADORES DEL IMPERIO ASIRIO: TIGLATPILESER III Y SARGÓN II

Heredero de un poder real disminuido, en un reino replegado sobre sus fronteras, debilitado por la guerra civil y amenazado por un vecino poderoso, el nuevo rey de Asiria[36] fue capaz, en el interior, de hacerse obedecer por todos, forjar el instrumento de un nuevo poder y triunfar en el exterior. Por medio de sus conquistas hizo de Asiria un verdadero imperio, del que casi todos los soberanos, comenzando por él mismo, llevaron en lo sucesivo el título de «rey de las cuatro zonas del mundo».

El orden interior fue rápidamente restablecido. Habiendo subido al trono el 13 de *ayyār* (abril-mayo), Tiglatpileser partió ya en el mes de *teshrīt* (septiembre-octubre) para una primera expedición.

Ésta tenía por objeto liberar Asiria y Babilonia de la creciente presión que ejercían sobre ellas las tribus arameas y caldeas del sur. Descendió a la Mesopotamia propiamente dicha. Tomando ciudades, sometiendo a los nómadas, descendió hasta el Uknu (Kārūn) y al golfo Pérsico. Respetó la integridad de Babilonia e incluso hizo ejecutar grandes obras públicas. Desde Sippar hasta Uruk, visitó piadosamente todos los grandes santuarios, principalmente los de Babilonia, Borsippa y Kutha, donde fue recibido por el clero local. Se consideraba el protector natural de los santos lugares, así como del trono babilonio que ocupaba desde hacía tres años el rey Nabūnāṣir.

Estas operaciones de liberación de Asiria prosiguieron al año siguiente con la ocupación o neutralización de los distritos montañosos de los Zagros, de donde sus tropas

trajeron un abundante botín.

En su tercera campaña, Tiglatpileser se enfrentó a uno de los dos grandes problemas que tenía planteados la Asiria de su tiempo: el problema sirio.

Aprovechando la debilidad de su predecesor Ashshurnarāri V, el rey de Arpad Mati'-ilu, había roto el tratado que le ligaba a él. Es más, había formado contra Asiria una coalición de estados sirios a la que el rey de Urarṭu, Sardur III, había dado naturalmente su apoyo. Se han encontrado en Sfire, no lejos de Alepo, varios fragmentos de estelas con el texto arameo de los pactos que ligaban entre ellos a estos diferentes estados; en ellos se celebraba el haber agrupado «el alto y el bajo Aram», «Aram entero»[37]. A éstos se añadían los principados del curso alto del Éufrates, Meliddu, Kummukhu y Gurgum, vasallos de Urarṭu.

En 743, Tiglatpileser se dirigió al frente de un poderoso ejército contra Arpad, centro de la coalición. Sin embargo, apenas había llegado al Éufrates cuando un ataque urarteo le sorprendió de costado. Sardur manifestaba abiertamente sus ambiciones: echar a los asirios del norte de Siria e imponer por la fuerza su hegemonía en la región. El combate tuvo lugar entre Khalpa y Kishtan (actualmente Ḥalfati y Kustam, cerca de Birecik), desde ambas partes del río.

La batalla fue favorable a los asirios. Viéndose vencido, Sardur retrocedió precipitadamente hacia su país. Tiglatpileser no le persiguió, pero prosiguió su marcha hacia Arpad a la que cercó, mientras que sus tropas ocupaban el país desde Ḥama hasta el Amano. El asedio de Arpad duró tres años, desde 742 a 740, sin que el rey de Asiria cediera un palmo. Cuando al fin la ciudad cayó, el ruido de su caída resonó por toda Siria. Los reyes de Kummukhu, Gurgum, Qu'e, Karkemish, Damasco y Tiro vinieron hasta la misma Arpad, convertida en capital de una provincia asiria, a pagar su tributo al vencedor. El país limítrofe de Unqi fue asimismo sometido a la autoridad de un gobernador.

Sin embargo, esta victoria no fue decisiva. Mientras, al año siguiente, las tropas asirias efectuaban una campaña en Ulluba, a lo largo del Tauro armenio, en Siria nacía una nueva coalición. El instigador era esta vez el rey de Sam'al (o Ya'ūdi), en el golfo de Iso, que acababa de apoderarse del poder.

En 738, Tiglatpileser atacó a la coalición. Se apoderó de numerosas ciudades en los países de Ḥama, Khatarikka y Sam'al. El país conquistado fue agrupado en provincias y el trono de Sam'al entregado al legítimo heredero, Panammū o Panammuwa II, cuyos estados fueron ampliados a expensas de Gurgum.

Esta nueva victoria fue ocasión de una nueva recogida solemne de tributos, en la que el rey de Asiria pudo enumerar los países y ciudades que había sometido: Kummukhu, Damasco, Samaria, Tiro, Biblos, Qu'e, Karkemish, Ḥama, Sam'al, Gurgum, Meliddu y Kashka, sin contar algunos tributarios más lejanos, tales como el rey y los príncipes de Tabal y la reina árabe Zabība.

Desde 737 a 735, dominada ya Siria, Tiglatpileser pudo dirigir su atención hacia otros horizontes y ocuparse principalmente del otro gran problema de su época, la amenaza siempre presente de Urarṭu. Durante estos tres años, el canon de los epónimos menciona campañas contra los medos, el país de Nairi y Urarṭu.

La primera de estas expediciones fue probablemente una campaña local, dirigida por el gobernador de Mazamua con las fuerzas que tenía bajo sus órdenes. Extendió y afirmó la soberanía de Asiria sobre los territorios próximos a su provincia (Namri, Bīt-Khamban, Parsuash, etc.) y forzó a Ellipi y a numerosos clanes medos a pagarle tributo. Los asirios comenzaron entonces a darse cuenta de que «el país de los medos», de los

«poderosos medos», como se les denomina desde entonces, es muy extenso por oriente. El ejército se introdujo en estos inmensos territorios y, sin poder vencer a todas las tribus, llegó hasta las inmediaciones del monte Bikni, la «montaña azul», el actual Demavend junto a Teherán. Se llevaron de estas lejanas comarcas innumerables rebaños y cinco mil caballos, así como 65 000 prisioneros que fueron deportados a la región del Diyāla.

La expedición del año siguiente, entre el lago de Van y el alto Éufrates, tuvo probablemente como objetivo consolidar los resultados obtenidos en 739 en Ulluba, pero principalmente el de preparar contra Urarṭu una campaña que Tiglatpileser pretendía que fuera decisiva. Efectivamente, al año siguiente, en 735, atacó el centro mismo del país, abriéndose camino hasta la capital enemiga, Ṭurushpa, a la que asedió. A pesar de sangrientos combates, no pudo apoderarse de ella, pero sus tropas recorrieron no menos de seiscientos kilómetros a través del país, arrasándolo y saqueándolo. En la frontera meridional de Urarṭu, se apoderaron de toda una serie de fortalezas. Allí fue creada una nueva plaza fuerte, que se pobló con deportados de Sam'al, y que, bajo la autoridad de un general, debía vigilar estos territorios conquistados y reunidos, a efectos administrativos, en varias provincias fronterizas. De este modo, a pesar del revés sufrido ante Ṭurushpa, Tiglatpileser cerraba sólidamente su frontera con Urarṭu, después de haber llevado la guerra al propio territorio urarteo.

En los años siguientes volvió hacia Siria. Allí tenía vasallos fieles, como Panammuwa de Sam'al o Menahem de Israel. Sin embargo, otros se mostraban menos dóciles: Damasco y Samaria, Ascalón y Gaza se negaban a pagar el tributo, al tiempo que Tiro y Sidón se rebelaban contra las restricciones a que sometía su comercio con Egipto. Una nueva intervención se hizo necesaria. En 734, Tiglatpileser se dirigió a Filistea. En el camino sometió Khittarikka y diversas ciudades de la costa fenicia, como Biblos, y dividió la comarca en seis distritos militares. Más lejos, formó una provincia con la parte que conquistó del estado de Damasco. Por fin atacó y saqueó Gaza cuyo rey, Hanno, huyó a Egipto.

Atendiendo una petición de ayuda del rey Acaz de Judá, a quien asediaban los reyes de Israel y de Damasco, Tiglatpileser invadió Israel, deportó a su población, dio el trono a su protegido Oseas y cercó Damasco. La ciudad resistió. Los asirios asolaron los jardines y palmares de los alrededores, y Damasco cayó por fin en 732. Su rey fue condenado a muerte, parte de la población deportada, y nuevas provincias asirias creadas en las regiones conquistadas. Por otra parte se tomó toda una serie de medidas para normalizar la situación. Ascalón y, de nuevo, Israel fueron castigadas por haberse rebelado. Tiro, reducida por las tropas del Copero Mayor, se vio sometida a un pesado tributo. En Sam'al, el hijo del fiel Panammuwa, que había sido asesinado durante el asedio de Damasco, recibió el trono de sus padres. En Anatolia, el rey rebelde de Tabal, que fue vencido y destituido por el oficial mayor enviado contra él, fue reemplazado por un príncipe adicto a Asiria. Samsi, la reina árabe, por último, tuvo que aceptar junto a ella a un comisario asirio y suministrar, además de un tributo, un contingente auxiliar de 10 000 guerreros.

Esta victoria del 732 fue para los escribas oficiales una nueva ocasión de enumerar los tributarios de Asiria. A los que se mencionaban seis años antes se añadieron ahora los reyes de Arvad, de Amón, de Moab, de Ascalón, de Judá, de Edom y de Gaza.

Estas campañas pusieron punto final a la actividad militar y política de Tiglatpileser en Siria-Palestina. La situación no evolucionó apenas durante los últimos años del reinado; el rey de Asiria se dirigió en otra dirección, hacia la baja Mesopotamia.

En Babilonia, Nabūnāṣir había muerto en 734, en el curso de su catorceavo año de

reinado. Su hijo Nādinu (Nabūnādinzēri) fue, al cabo de dos años, asesinado por un usurpador, Nabūshumukīn, que fue destronado a su vez dos meses más tarde por el caldeo Ukīnzēr (Nabūkīnzēr), perteneciente a la poderosa tribu de Bīt-Amukkani.

Tiglatpileser se inquietó ante estos hechos. Después de haber intentado en vano suscitar revueltas contra Ukīnzēr, intervino militarmente con vigor. Lo importante, en efecto, no era tan sólo herir a Bīt-Amukkani, sino también someter a las otras grandes tribus del sur, cuya turbulencia no cesaba de poner en peligro la estabilidad política de Babilonia.

Venció a los puqudu, cuyos territorios, así como algunos distritos fronterizos de Elam, fueron sujetos a la jurisdicción de un gobernador asirio de Arrapkha. Prosiguió con Bīt-Silāni y Bīt-Sa'alli: sus jefes fueron muertos o capturados, sus pueblos destruidos y su población sometida a un gran movimiento de deportación que desplazó a más de 120 000 personas. En cuanto a Ukīnzēr, las tropas conjuntas del *turtān* y del gobernador de Arrapkha le atacaron en Shapia, su residencia real, y, a pesar de la resistencia de la ciudad, acabaron por apoderarse de él, después de haber devastado la comarca. La derrota de Bīt-Amukkani trajo consigo la sumisión de Bīt-Dakkuri y la del País del Mar cuyo rey Merodac-Baladán (Mardukaplaidin), originario de Bīt-Yakīn, vino en persona a la conquistada Shapia a llevar su tributo al vencedor.

Una vez pacificado el sur, quedaba la cuestión de Babilonia. No queriendo dejarla a merced de un aventurero, ni reducirla al rango de una simple provincia asiria, Tiglatpileser inició una nueva política: ligarla estrechamente a Asiria por medio de una doble monarquía personal. El rey de Asiria, llevando los títulos tradicionales de «rey de Babilonia» y de «rey del país de Sumer y Akkad», respetaba la personalidad política de la ciudad y de su reino. Para hacer notar mejor en su persona este desdoblamiento del poder, adoptó un nuevo nombre, Pūlu, como rey de Babilonia. Fiel a las tradiciones locales, tuvo que venir a la ciudad, en 729 y en 728, para encabezar personalmente la procesión solemne de Marduk, que abría el año y consagraba la legitimidad del rey. Así pudo esperar haber dado una solución original y definitiva a la espinosa cuestión de las relaciones entre los dos reinos.

Tiglatpileser murió al año siguiente, en 727. La Asiria que él dejaba, después de diecisiete años de reinado, era muy diferente de la que había encontrado a su advenimiento. Soberano enérgico y ambicioso, había sabido forjar el instrumento de su política: el ejército de su tiempo había evolucionado en estructura y en táctica. De entonces datan los primeros elementos importantes del ejército permanente, que se originó en la guardia real y comprendía numerosos contingentes extranjeros. Al mismo tiempo el armamento se modificó. El carro se hizo más grande. Podía ser enganchado a cuatro caballos y transportar cuatro pasajeros. Utilizados como medio de transporte más que como arma de choque, los carros cedieron su papel táctico a la caballería. Ésta, que había aparecido menos de ciento cincuenta años antes, fue haciéndose cada vez más numerosa, aunque fuera siempre empleada por pequeños grupos: las unidades de más de mil jinetes no aparecieron hasta algunos años más tarde, en tiempos de Sargón. La infantería desarrolló principalmente sus cuerpos pesados de piqueros, a los que rodeaban y protegían destacamentos de arqueros y grupos de honderos.

Hasta entonces, el ejército asirio se reclutaba en buena medida para cada campaña. Dado que era un instrumento de intervenciones rápidas y violentas, no ocupaba apenas el terreno conquistado. El nuevo ejército disponía de todo el tiempo preciso. Ponía largos sitios, si era necesario, a las ciudades que resistían, y para hacerlo se equipaba con el material preciso. Ocupaba las regiones sometidas, trasplantaba colonos militares y reclutaba

fuerzas supletorias. Desarrolló sus medios estratégicos, creando unidades autónomas de estafetas y empezando a montar un servicio de información. El rey mismo dejó de ser sólo un guerrero o un jefe de tropas, para entrar como auténtico jefe de estado mayor general, concibiendo y dirigiendo acciones sobre varios frentes. Tanto en casos particulares como de cara a planes de conjunto, señalaba a sus generales o a sus altos dignatarios los objetivos particulares que debían alcanzar en las regiones asignadas a sus tropas respectivas.

Este espíritu de innovación se manifestó igualmente en la administración del reino o, tal vez más exactamente, en la concepción de la administración de las regiones que se iban anexionando. En el antiguo reino nada parece haber cambiado. Las listas de epónimos continuaron mencionando las grandes provincias tradicionales, y aproximadamente en el mismo orden que antes. Los cuatro dignatarios que, después del rey, eran los primeros en recibir los honores del eponimato, siguieron siendo el lugarteniente en jefe (*turtān*), el heraldo de palacio (*nāgir ekalli*), el copero mayor (*rab shāqē*) y el intendente general (*abarakku*). Sin duda fueron hombres nuevos, como la mayor parte de los gobernadores epónimos. Sin embargo, tal renovación del alto personal administrativo al principio de un reinado entra dentro de la tradición asiria. Sólo el gobernador de Asur, que permanece en su puesto, continúa llevando como sus predecesores el título de «gobernador (*shaknu*) de Asur, de Kār-Tukultininurta, de Ekallāte, de Itu y de Ruqakha». En sus anales el rey hace mención de los gobernadores (*shaknu*) de Arrapkha, de Nairi, de Lullumē (o Zamua). Pero aparece otro título administrativo, el de «encargado de la administración» (*bēl pikhāti*) que a veces parece sustituir al de «gobernador» aunque, más a menudo, designa a los generales encargados de administrar las circunscripciones provinciales recientemente conquistadas o creadas. Así, la administración se fragmenta y se implanta de un modo más eficaz incluso cuando estas nuevas circunscripciones están vinculadas administrativamente a las grandes provincias tradicionales[38].

Buscando dar una solución duradera a los problemas de expansión que se planteaba entonces en Asiria, Tiglatpileser se encontró envuelto en una política de anexiones y conquistas que corría el riesgo de sobrepasar sus posibilidades. También se abstuvo de forzar al máximo el costoso sistema de la anexión. Por el contrario, parece no haber acudido a la fórmula de provincia integrada más que en casos indispensables, suavizándola muy a menudo con la creación de circunscripciones de los estados vasallos, obligados al tributo. Cada vez que las circunstancias lo permitían ponía en el trono de la región conquistada a un hombre de su elección, el cual, debiéndole el poder y teniendo necesidad de su ayuda, le era fiel al menos durante algún tiempo. Por último, en ciertas zonas, sobre todo fronterizas, colocaba junto a las autoridades indígenas unos «comisarios» encargados tanto de vigilarles como de aconsejarles.

La rápida expansión del imperio condujo al rey de Asiria a practicar en gran escala el desplazamiento de poblaciones. En otro tiempo, los prisioneros que traían los ejércitos asirios respondían sobre todo a una necesidad de mano de obra. Tiglatpileser I fue sin duda el primero en considerar el problema bajo un ángulo político. Pero fue Tiglatpileser III quien de manera sistemática utilizó la deportación como medio de romper la cohesión nacional, tanto en las comarcas de donde provenían los prisioneros como en aquéllas en que se les colocaba entre los indígenas. Constituían, especialmente en las fronteras, la población de las nuevas plazas fuertes, sin raíces ni contactos en la comarca. Para ser eficaces estas deportaciones debían ser múltiples e importantes. Efectivamente lo fueron. Por ejemplo, más de 30 000 sirios de la región de Ḥama fueron llevados a los Zagros y a Armenia meridional, mientras que 150 000 arameos de Caldea eran deportados a las fronteras del

norte, del noreste e incluso a Irán, de donde, en contrapartida, se trajeron en una sola campaña unos 65 000 prisioneros. Incluso si no se concede más que una confianza relativa a las cifras dadas a este respecto por las inscripciones oficiales, no dejan de evocar un vasto y sistemático movimiento de poblaciones, que más tarde tendrá una influencia determinante sobre el destino de Asiria.

Tiglatpileser III multiplicó la creación de nuevas plazas fuertes en las comarcas sometidas y las hizo mantener de forma permanente por medio de guarniciones asirias y colonos deportados que servían como tropas de complemento. De este modo se acusa un rasgo nuevo en la conquista: la implantación duradera de la fuerza asiria. Ello se debió a la aparición del ejército permanente, engrosado con contingentes suplementarios. El asedio de Arpad duró tres años, y el de Damasco dos años. Esto prueba que durante varios años hubo importantes fuerzas militares asirias estacionadas en Siria. En otros sitios ocurrió lo mismo. El propio rey permaneció en sus nuevas provincias exteriores temporadas mucho más largas que las de sus predecesores. Estaba en Siria cuando el gobernador de Nairi, luego el de Zamua y otros más, llevaron ante él los prisioneros y el botín que habían hecho en su zona de acción respectiva.

Así es cómo, en más de un sentido, el reinado de Tiglatpileser III abre una nueva era para Asiria.

Del corto reinado de su hijo y sucesor Salmanasar V (726-722) sabemos pocas cosas. No nos ha llegado ninguna inscripción suya, y las indicaciones mutiladas que en el cuadro de los epónimos se refieren a su tiempo son casi inutilizables. Las listas reales nos muestran de todos modos que, fiel a la política babilónica inaugurada por su padre, llevó doble corona y doble nombre, reinando en Asiria con el nombre de Shulmānuasharēd (Salmanasar) y en Babilonia, con el de Ululaya.

Sabemos también que, habiéndose rebelado contra él Oseas, rey de Israel, las tropas asirias sitiaron Samaria durante tres años, pero no se puede aún precisar si fue él o su sucesor quien se apoderó de la ciudad. Acontecimientos ulteriores hacen pensar que se anexionó la Cilicia, pero no tenemos ninguna prueba contemporánea. Igualmente debió verse inducido a suspender o a limitar las exenciones e inmunidades políticas de que disfrutaban los ciudadanos de Asur y de Kharrān, porque, si creemos a su sucesor, fueron estas medidas vejatorias las que ocasionaron su pérdida: «Mientras que nunca hasta entonces los ciudadanos (de Asur) habían tenido que suministrar prestaciones ni servicio gratuito al estado (Salmanasar), dirigiendo su mano para mal sobre esta ciudad, impuso a sus habitantes pesadas prestaciones y servicios, y los trató como a gentes sujetas a impuesto arbitrario. Es por lo que el Enlil de los dioses, con el corazón encolerizado, puso fin violentamente a su reinado y designándome a mí, Sargón, para rey de Asiria, me dio el cetro, el trono y la corona[39]».

Tales relatos denuncian más que ocultan un golpe de estado del usurpador. De hecho, ignoramos todo sobre la personalidad anterior del nuevo rey, del que unos han pretendido que era un aventurero, y otros que también era hijo de Tiglatpileser III[40]. En todo caso, es seguro que se apoderó del trono por la violencia. Él mismo querrá que su advenimiento marque una verdadera ruptura con el pasado: en el preámbulo de sus inscripciones, no mencionará nunca al lado del suyo el nombre de sus predecesores. Buen número de sus súbditos, por su parte, considerarán más tarde su trágica muerte como el castigo del sacrilegio que había cometido usurpando el poder.

Cuando subió al trono, el 12 de *ṭebēt* (diciembre-enero) del 722, tuvo que enfrentarse a múltiples y graves dificultades: agitación interna, revueltas en Babilonia,

coalición en Siria, hostilidad declarada de Elam, de Egipto y de Urarṭu[41].

Para hacer frente a lo más urgente, firmó un acuerdo provisional con el caldeo Merodac-Baladán y se esforzó en apaciguar la oposición interior. Restituyó solemnemente a los ciudadanos de Asur y de Kharrān sus privilegios comunales, eximiéndolos de nuevo «de los requerimientos generales para el servicio gratuito al estado, de las convocatorias de los recaudadores y de las aduanas y tasas de muelle». Liberó igualmente a todos los templos del país de toda obligación fiscal[42].

Pero el ambicioso Merodac-Baladán aprovechó la tregua para entrar en Babilonia y, con el consentimiento de los elamitas, se hizo coronar rey en la primavera de 721. En el plano internacional, ello supone la primera manifestación del poderío renaciente de Elam y de su rey, Ummanigash (Khumbannikash) que, en 742, había fundado una nueva dinastía. Asimismo, en Siria, el rey de Ḥama, Ilubi'di, y el de Gaza, Hanūna, encabezaron contra Asiria una coalición apoyada por un ejército egipcio.

En el 720, Sargón intervino en los dos frentes. Uno de sus ejércitos, que sin duda se proponía cortar a Babilonia el auxilio de Elam, frenó cerca de Dēr a las tropas de Ummanigash. El encuentro acabó con desventaja de los asirios. Rechazados, se limitaron a castigar a la tribu rebelde de Tu'umaña y volvieron sobre sus pasos. Merodac-Baladán conservó la corona de Babilonia pero, lo mismo que sus aliados, no obtuvo otras ventajas de este éxito: ni siquiera ocupó Dēr.

Hacia el final de la primavera de este mismo año de 720, Sargón presentó batalla, cerca de Qarqar, a la coalición siria y, esta vez, con éxito. Esta victoria le permitió reconquistar las provincias rebeldes de Arpad, Simirra y Damasco. Luego, después de apoderarse de Gaza, en Filistea, venció al *turtān* de Egipto y destruyó Rafia, en la frontera egipcia. A fines de año, volvió a Samaria, la reconstruyó y la convirtió en centro de la nueva provincia de Samerīna.

Habiendo así restablecido más o menos la situación en el interior y en los confines del imperio, Sargón, a lo largo de los tres años siguientes, pude ocuparse de una cuestión aún más grave, la de Urarṭu.

Urarṭu había sido duramente castigado por Tiglatpileser III, tanto en sus zonas de expansión como en su mismo territorio. Sin embargo, los reveses sufridos no habían afectado profundamente a las fuerzas vivas del país. Su nuevo rey, Rusa, hijo de Sardur, a quien había sucedido en el 730, se había hecho dueño, vigorosamente, de una situación un tanto comprometida. Las inscripciones y vestigios que ha dejado de su reinado nos revelan la imagen de un jefe guerrero valeroso y de un gran constructor[43].

Una inscripción rupestre, al sur del lago Sevan, enumera los nombres de veintitrés países a cuyos reyes venció y sometió, cuatro junto a las orillas oeste y sureste del lago, los diecinueve restantes en la ribera opuesta y en las «espantosas montañas» del pequeño Cáucaso. En una de las primeras comarcas conquistadas hizo construir un templo y una ciudad, Khaldini (fortaleza de Khaldi), en honor del dios nacional. Sobre la colina de Karmir-Blur, cerca de Erivan, emprendió también la construcción de otra fortaleza, Teshebaini, dedicada al dios de la tormenta, Tesheba, que, con sus murallas ciclópeas y sus grandes torres de esquina, iba a adquirir enseguida una importancia tanto más grande cuanto que disminuía ya la de los otros grandes centros de la Transcaucasia, Argishtikhinili e Irpuni.

En el corazón tradicional del reino, al este del lago de Van, una estela monumental conmemora los grandes trabajos que llevó a cabo para regar y cultivar los alrededores de la nueva ciudad de Rusakhinili. Creó un enorme estanque artificial, el lago de Rusa (el

Keșiș-Gol actual), cuyos diques, desafiando al tiempo, han resistido hasta finales del siglo XIX de nuestra era. Al mismo tiempo trasladó su residencia personal de la roca de Van a las alturas vecinas de Toprakkale.

Si Rusa parece haber renunciado a las pretensiones de sus predecesores sobre Siria, no por ello se abstiene de intrigar en Anatolia, en Tabal y, en el límite de sus fronteras, en el país maneo. Pero le interesa sobre todo el país de Muṣaṣir, marca fronteriza, donde Urarṭu y Asiria se libran a una violenta y sorda lucha de influencias, siempre a punto de degenerar en guerra abierta. Tal como lo hiciera Ishpuini en Kelishīn, Rusa se empeñó en erigir en Topzawa, en la misma ruta estratégica de Rowandūz, una estela bilingüe[44] en la que reivindicaba claramente el protectorado sobre este país, cuyo rey Urzana le debía personalmente el trono, mientras que Asiria pretendía anexionar la región a la provincia fronteriza que tenía a su cargo el heraldo de Palacio.

Los documentos asirios aportan útiles complementos a las fuentes indígenas: informaciones tanto más preciosas cuanto que provienen, en su mayor parte, de cartas e informes enviados desde las fronteras[45].

Los que se pueden fechar con alguna certeza antes del 720 hacen sobre todo referencia a las revueltas que Rusa se ocupó de reprimir. Los gobernadores de provincia aspiran a ser independientes y el rey de Urarṭu debe librarse a una verdadera reconquista de su reino. «Con mis dos caballos y mi auriga, mis manos han conquistado la realeza de Urarṭu», hará grabar, no sin razón, sobre su propia estatua consagrada al templo de Muṣaṣir. Ciertamente, esta reconquista del poder está en relación con los cambios administrativos que introdujo en Transcaucasia. Redujo las provincias a distritos de menor importancia, a fin de limitar el poder de los gobernadores y tenerlos mejor en sus manos. Del mismo modo había restaurado la realeza en Asiria Tiglatpileser III.

A menudo, fuentes urarteas, cartas y anales asirios se complementan cuando hablan de los acontecimientos que marcan los años siguientes. En el 719, Sargón debe prestar auxilio a su protegido, el rey de los maneos, Iranzu, amenazado por una sublevación que apoyaba Urarṭu y su vasallo de Mittati, Zikirtu. Al año siguiente interviene en Tabal, que ha rechazado su yugo. Un cambio de soberano restablece tan satisfactoriamente la situación que otorga su hija en matrimonio al nuevo príncipe. En el 717, Sargón toma como pretexto unas intrigas de Karkemish con Midas de Frigia para anexionar esta posición clave sobre el Éufrates e instalar allí a asirios, enrolando en las fuerzas locales un contingente auxiliar de 30 carros, 200 soldados de caballería y 3000 de infantería.

Al año siguiente, en el 716, Urarṭu y sus vasallos de Uishdish y de Zikirtu fomentan de nuevo disturbios en el país maneo, cuyo rey legítimo, el hijo de Iranzu, ha sido asesinado. El ejército asirio interviene, ocupa la capital, Izirtu, y somete al usurpador Ullusunu. Sargón aprovecha esta victoria para organizar un sistema defensivo destinado a reforzar las guarniciones de Parsuash. Este sistema se articula alrededor de la ciudad de Kishesim, conquistada y rebautizada Kār-Nergal. Más al sur, nuevas revueltas, fomentadas por Ellipi, le incitan a crear en tierra meda un segundo sistema defensivo alrededor de la ciudad de Kharkhar, fortificada y rebautizada Kār-Sharrukīn. La guarnición de la plaza fuerte fue reforzada y su eficacia estratégica aumentada con la creación de una red de puntos de apoyo secundarios, instalados en aldeas conquistadas, reconstruidas, repobladas y rebautizadas Kār-Nabū, Kār-Sin, Kār-Adad y Kār-Ishtar.

En estos vastos territorios del este, la penetración irania se va extendiendo y definiendo por doquier. Son los iranios quienes detentan el poder al este del lago de Urmia: Mittati reina en Zikirtu y Bagdati en Uishdish. Los jefes de clanes Uksatar, Durisi,

Satareshu son dueños de las llanuras al sur y al este de Shehrizōr. Akhuaparnu, Bagbararna, Satarpanu, Ashpabarra, Ushrai, Khardukka, Arbaku, cuyos nombres son cierta o probablemente iranios, gobiernan algunos distritos de los Zagros o de la meseta. El país de los «poderosos» o de los «lejanos» medos se extiende «hasta allí donde el sol se levanta», «hasta los límites del monte Bikni (el Demavend)», y alcanza, por el sur, Ellipi y Simash. Al igual que las fuentes escritas, de donde extraemos estos nombres e indicaciones, los relieves que van a decorar las salas del palacio de Dūr-Sharrukīn, entonces en construcción, atestiguan la profunda penetración de los iranios entre las poblaciones indígenas de los Zagros. Las ciudades conquistadas que figuran en ellos, Kishesim, en la provincia de Parsuash, Ṣikrish, en la de Kharkhar, o Kinda'u, con sus murallas con torres y su foso protector con agua, ofrecen el aspecto característico de las ciudades fortificadas médicas, de las cuales se han encontrado vestigios en el interior de la meseta. Los personajes mismos no son menos reveladores: autóctonos o iranios, presentan el mismo tipo y llevan el mismo traje, barba y cabellos cortos, generalmente rizados, túnicas con mangas cortas que descienden hasta las rodillas y ceñidas al talle por un cinturón, piel de cordero que pende de los hombros, y, a menudo, altas botas atadas con cordones. Van armados con una larga lanza y un escudo rectangular de mimbre. Esta uniformidad del tipo y del vestido expresa claramente el dominio de los iranios y la influencia de su civilización entre las poblaciones de los Zagros.

En esta época ¿tendría Sargón conciencia del peligro que constituiría para Asiria la amalgama de estas tribus aún sin cohesión? No podríamos asegurarlo. Sin embargo, las hace vigilar de cerca con puestos militares y con espías, satisfecho sin duda cuando los informes declaran, como algunos que nos han llegado: «Los medos de los alrededores están (por el momento) tranquilos».

Otros informes que llegan de la frontera norte son aún más importantes. Mencionan, por vez primera, a los cimerios, cuyas hordas, saliendo del Cáucaso, atacan la retaguardia del reino de Urarṭu y los parajes del lago de Urmia. El rey de Asiria concede tal importancia a mantenerse al corriente de la situación con toda exactitud, que su servicio de información se centralizó bajo la dirección personal del príncipe heredero Senaquerib. De los puestos fronterizos, éste recibe informes de los delatores e interrogatorios de los tránsfugas y prisioneros. Confronta los informes y los verifica; luego confecciona él mismo una síntesis que hace llegar a su padre por medio de correos especiales. Algunos de estos informes anuncian que el rey de Urarṭu ha tomado personalmente el mando de todas las fuerzas del reino y marcha contra los invasores. Otros hablan de una grave derrota sufrida por Rusa en un sangriento encuentro, quedando el ejército desbandado, el lugarteniente en jefe prisionero, tres generales muertos y sus tropas aniquiladas; el rey mismo se ha refugiado en la montaña y no se tienen noticias de su campamento.

Es lamentable que este conjunto de documentos no pueda ser fechado con exactitud y que, por tanto, no podamos saber si los acontecimientos que citan han sido la causa, la ocasión o la consecuencia del violento ataque que Sargón, por su parte, decidió lanzar en el 714 contra Urarṭu. Aunque así sea, él mismo lo juzgó digno, por su amplitud y éxito, de hacerlo objeto de «una carta a dios»[46].

Franqueando los dos Zāb y los montes Kullar en dirección al lago de Urmia, Sargón atravesó la provincia manea de Surikash y el vecino país de Allabria; luego, después de un desvío por Parsuash, penetró en la parte del país de los maneos próxima al lago. Desde allí lanzó una profunda punta en dirección al este, hacia Zikirtu y Andia, situados en las vertientes que descienden hacia el mar Caspio. Al enterarse de que el rey de Urarṭu llega en

auxilio de sus vasallos, vuelve rápidamente hacia el lago y sorprende y aplasta al ejército urarteo en una garganta del monte Uaush (Sahend). Aprovechando su éxito, vuelve a subir entonces a lo largo del lago, penetra en Urarṭu por los alrededores de la actual Tabriz y se interna en el país, al que saquea sin encontrar resistencia. A su llegada, la población se refugia en las plazas fuertes o huye a las montañas. Entonces Sargón sigue sin duda la ruta de las caravanas que va de Tabriz a Van pasando por Sofiān, Marand y Erçek. A continuación rodea el lago Van por el norte, luego por el oeste, y sale de Urarṭu, por la ciudad fronteriza de Uaiaish, sin duda la actual Bitlish. En Khubushkia (¿Saird?), recibe el tributo de la parte aún independiente de Nairi. Mientras que, desde allí, el grueso del ejército regresaba a Asiria, el mismo Sargón con la infantería y mil soldados de caballería hizo un brusco cambio en dirección hacia Muṣaṣir. Se apoderó de la capital y obtuvo un enorme botín. En cuanto al rey de Urarṭu, «abatido por el esplendor del dios Ashshur…, con su propia espada, como un cerdo, se perforó el corazón y puso fin a su vida». Tal es al menos la versión y la fecha que dan de la muerte de Rusa los anales posteriores. Pero, cosa curiosa, el redactor del relato de esta octava campaña parece ignorar este fin trágico, aunque sabía que Rusa estaba enfermo y desesperado[47]. También se puede pensar que murió enseguida y que, si la victoria de los cimerios es posterior a esta campaña asiria del 714, se produjo a continuación. Es más probable que la precediera y que precisamente proporcionara a Sargón la ocasión de asestar un golpe decisivo al poderío de Urarṭu. Al mismo tiempo le permitió modificar en provecho suyo el equilibrio político de su frontera norte. Anexionó el estado-tapón de Muṣaṣir y lo ligó estrechamente a la provincia del heraldo de Palacio.

Al año siguiente, Sargón permaneció en Asiria, y dejó a los gobernadores competentes el cuidado de restablecer el orden en sus zonas de vigilancia. Los de las marcas orientales intervinieron en Ellipi y restablecieron en su trono al rey proasirio Dalia, que había rechazado una sublevación a la que probablemente no era ajeno el Elam. Más al norte, el país sublevado de Karalla, vecino de Allabria, fue castigado y transformado en provincia, lo que llevó a numerosos jefes medos a someterse y aportar espontáneamente su tributo.

En el extremo opuesto del imperio, nuevos trastornos volvían a agitar Tabal, como consecuencia de las intrigas de Urarṭu y de Frigia. Los gobernadores del oeste reunieron sus tropas y conquistaron Tabal y Cilicia, convirtiendo una y otra en provincias asirias. La organización de la defensa de estas regiones se prosiguió aún durante dos años: primeramente, con la fragmentación de Kammanu, vasallo poco seguro, cuya capital, Melid (la Melitene de los clásicos), y sus alrededores fueron agregados a los estados del príncipe leal de Kummukhu, mientras que en su parte norte, convertida en zona militar, las plazas fuertes estaban dispuestas, al este, contra Urarṭu, al oeste y al norte, contra Frigia y los kaskha. Luego, en el 711, fue anexionado Gurgum e integrado al imperio.

Al mismo tiempo, el lugarteniente en jefe había intervenido en Palestina para reprimir una sublevación de Asdod, apoyada por Judá, Edom, Moab y Egipto. Ya en el 715 se habían tomado medidas para contrarrestar en esta región la influencia del faraón. Samaria había sido poblada con deportados árabes, y en las aldeas vecinas de Uādi-el-‘Arish tuvieron lugar otras implantaciones. La presencia de estos puestos avanzados había incitado por dos veces al faraón a pagar tributo a Asiria. Esta vez, la medida fue más radical. Asdod fue transformado en provincia asiria, y, hasta el fin del reinado, la paz reinó en los confines del imperio.

Una vez aseguradas las fronteras más amenazadas, Sargón, en el 710, consideró que

había llegado el momento de arreglar sus diferencias con Merodac-Baladán y vengarse de Elam donde, desde 717, reinaba Shuturnakhundi (Shutruknakhkhunte II), sobrino del rey que le había derrotado antes. La ofensiva fue llevada a cabo por dos ejércitos. El primero, el del gobernador de Dēr, neutralizó Elam. El segundo, bajo el mando de Sargón, descendió por la orilla derecha del Tigris, atravesó el Éufrates y se aprestó a cercar Babilonia. Merodac-Baladán retrocedió palmo a palmo, en espera de la ayuda elamita, que no llegó nunca. Finalmente, se refugió en el terreno pantanoso del País del Mar. Durante este tiempo, una parte de las fuerzas asirias se apoderó de los inmensos territorios meridionales donde se asientan las importantes tribus nómadas gambulu, khindānu, rashū, etc., pese a la resistencia de algunas de ellas, atrincheradas detrás de Uknu (Kārūn). Los territorios conquistados iban a formar la nueva provincia asiria de Gambulu. Sargón, por su parte, habiendo establecido su cuartel general en Kish, pacificaba Bīt-Dakkuri. Muy cerca, Babilonia cayó en sus manos como un fruto maduro. Sus habitantes le ofrecieron la corona, que aceptó. Así reanudaba la tradición de la doble monarquía, pero bajo su nombre asirio. Rey legítimo de Babilonia, presidió en la primavera del 709 la solemne procesión del dios Marduk. Prolongando su estancia en la ciudad, acabó por someter a las tribus de los valles bajos del Tigris y del Éufrates, y libró a las ciudades del país de la amenaza de los saqueadores suteos. Selló probablemente su política de reconciliación con Babilonia dando por esposa a su hijo Senaquerib a una joven babilonia de origen arameo, Naqi'a. En cuanto a los elamitas, los doblegó haciendo ocupar, al menos temporalmente, las bandas fronterizas de los distritos de Yatbur y de Rashū. El año siguiente, 708, vivió también Sargón en Babilonia. Sin embargo, en las fronteras, sus gobernadores continuaban montando la guardia: los del noroeste se vieron forzados incluso a conquistar Kummukhu (la Comágene), hasta entonces vasallo fiel, y formar una nueva provincia asiria.

El poder de Asiria nunca había sido tan grande. Su más peligroso adversario, Urarṭu, estaba ahora fuera de juego, a causa de la invasión de las tropas cimerias. De éstas, algunas habían marchado en línea oblicua hacia el sur en dirección al país de los maneos y a los Zagros. Pero la mayor parte, avanzando directamente hacia el oeste, saqueaba las fronteras de Urarṭu. Midas, el rey de Frigia, inquieto por el mismo peligro, intentó aproximarse a Asiria. En el 709 envió una embajada a Sargón y reconoció su poder, ante el cual se inclinaban también el rey de Tilmun (las islas Baḥrain) y los príncipes de Chipre.

En el 707, Sargón volvió de Babilonia con todo el botín logrado en el mediodía mesopotámico. Desde entonces se consagró a concluir la nueva ciudad de Dūr-Sharrukīn, cuyos primeros cimientos se habían colocado diez años antes. En efecto, desde hacía tiempo, Sargón deseaba dar al reino una nueva capital que no sólo diera testimonio de la grandeza de su reino, sino que también estuviera al abrigo de las presiones políticas y de las bruscas llamaradas sediciosas de Asur, la antigua capital. A esta última, había preferido ya muy a menudo Nínive, donde restauró varios monumentos y cambió incluso el emplazamiento del templo de los dioses Nabū y Marduk.

A unos dieciséis kilómetros al norte de Nínive eligió el emplazamiento de su futura residencia, la actual Khorṣabād, al pie del monte Muṣri (Jebel Mulla). Ya en el quinto año de su reinado hizo comenzar los trabajos, al mismo tiempo que proseguía, durante cuatro años al menos, una vasta operación financiera de compra o de intercambio de terrenos y de prórroga de privilegios[48]. Distribuyó el encargo de las construcciones entre varios gobernadores de provincia y confió la dirección al intendente general Ṭābsharashshur. Para facilitar el reclutamiento de mano de obra, promulgó una moratoria general de las deudas hasta el fin de los trabajos. Estos, además de los tajos de las murallas, el palacio y los

templos, comprendían los trabajos de roturación, alrededor de la ciudad, de vastas extensiones de tierras hasta entonces incultas. Se destinaban principalmente a la extensión del cultivo de oleaginosas, cuya producción se juzgaba insuficiente para la economía del país. En otros terrenos, estos grandes trabajos fueron igualmente fuente de progreso y de expansión económica. Para disponer de materiales necesarios, Sargón aprovechaba nuevas canteras, fomentaba, en metalurgia, la búsqueda de perfeccionamientos técnicos, hacía afluir a estos lugares tributos de guerra y aportaciones de las provincias.

Cuando por fin la ciudad se perfiló, formaba un conjunto desde luego severo, pero grandioso. Con una planta de 1760 metros por 1685, estaba rodeada de una muralla provista de ocho grandes puertas de casi ocho kilómetros de contorno, 16 280 codos exactamente, ya que este número correspondía simbólicamente al nombre mismo del rey.

En la parte oeste estaba el barrio real, aislado del resto de la ciudad por una segunda muralla. El palacio, formando saliente sobre la fortificación exterior, se alzaba sobre una enorme terraza de quince metros de altura. La arquitectura no difería casi de la de las épocas anteriores. Pero la novedad residía en la amplitud del edificio. Todo tendía a ser grandioso. Estatuas gigantescas de genios protectores guardaban las puertas frente a cada uno de los cuatro puntos cardinales. La entrada de honor estaba adornada, a la moda siria, con un pórtico cuyas cuatro monumentales columnas de cedro se alzaban, cada una, sobre dos leones de bronce.

Dando a numerosos patios, dos de ellos al menos de vastas proporciones, el palacio tenía además, en un verdadero laberinto de habitaciones, todo un conjunto de dependencias privadas u oficiales. En los suntuosos salones grandes frescos calizos ilustraban las conquistas del rey y la toma de diversas ciudades. Este friso labrado, que iba por la parte baja de los muros, se hacía destacar con grandes superficies lisas que, realzadas solamente con algunos detalles polícromos y clavos ornamentales, llegaban hasta el techo. El agradable olor de largas vigas de maderas raras se mezclaba al de las altas puertas de cedro o ciprés, enriquecidas con una banda de bronce labrado.

En el ángulo suroeste, separado del palacio por un grueso muro, y al pie de una majestuosa torre escalonada de brillantes colores, un complejo sagrado estaba dedicado al culto de los seis grandes dioses, Ea, Sin, Shamash, Nabū, Adad y Ninurta, así como a sus divinas esposas. El 22 de *teshrīt* (septiembre-octubre) del 707, las estatuas de estos dioses fueron solemnemente instaladas en sus santuarios respectivos, donde les serviría numeroso clero y se les honraría en lo sucesivo regularmente con grandes ofrendas. Este mismo año se compusieron los anales y los fastos que, con los grandes hechos del reinado, debían celebrar la fundación de la nueva capital. Ésta fue inaugurada el año siguiente, el 6 de *ayyār* (abril-mayo) del 706. De hecho, estaba aún sin acabar y sólo parcialmente ocupada. Se habían asentado allí grupos de prisioneros y de deportados, escogidos voluntariamente de raza y lengua diferentes, para que esta nueva población tardara en adquirir cohesión política. Comisarios y vigilantes asirios los encuadraban, a fin de enseñarles, al mismo tiempo, «el respeto que debían a los dioses y al rey», y las condiciones en que les eran confiadas las tierras.

Este decimosexto y último año completo de su reinado, que Sargón pasó en Asiria, casi no estuvo marcado más que por algunos disturbios, rápidamente reprimidos, que estallaron en Karalla, convertido, desde hacía siete años, en provincia asiria.

VI. EL IMPERIO ASIRIO DE LOS SARGÓNIDAS

Cuando Sargón murió, en 705, dejaba a su hijo Senaquerib (Sinakhkhēerība, Sanherib)[49] un reino de bases aparentemente sólidas y un ejército fuerte y entrenado. El nuevo rey era ya experto en los asuntos de estado y estaba bien al corriente de las realidades exteriores. Sin embargo, apenas había subido al trono, el 12 de *āb* (julio-agosto), cuando comenzaron a asaltarle las dificultades.

Las victorias de Sargón, de hecho, no habían resuelto nada. Asiria, atrapada en el engranaje de sus conquistas, se encontraba de ahora en adelante en contacto con sus vecinos más poderosos: Egipto, Urarṭu y Elam. Estos estados iban, más que nunca, a procurar su propia seguridad suscitando dificultades en las zonas de Asiria próximas a sus fronteras. Elam, en particular, vivía un período de renacer enérgico y estaba dispuesto a disputar a Asiria el control de Babilonia, también en plena efervescencia de fuerzas nuevas, en los vastos espacios del sur. El imperio asirio, por su parte, comenzaba a acusar los efectos de la política de mezcla de pueblos que habían practicado sistemáticamente sus fundadores. Si las deportaciones masivas habían favorecido su expansión debilitando la cohesión de las comunidades vencidas, diluían también en Asiria el sentimiento nacional. El brote de brutal chauvinismo que conocerá bajo el reinado de Senaquerib será probablemente más una reacción instintiva de defensa que un arrebato de nacionalismo agresivo.

Desde la muerte de Sargón, un desconocido, Mardukzākirshumi, se había hecho con el poder en Babilonia. Fue destituido casi enseguida por el obstinado Merodac-Baladán quien, resurgiendo de las marismas del País del Mar donde se había escondido, se hizo proclamar de nuevo rey de Babilonia. En toda la baja Mesopotamia, sedentarios y nómadas se le unieron. Dispendiando sin tino los tesoros del templo Esagil, se aseguró el poderoso auxilio del rey de Elam, Shutruknakhkhunte II, que le envió importantes refuerzos al mando de su lugarteniente en jefe Imbappa, el segundo de éste y diez generales.

Senaquerib reaccionó con vigor. A la cabeza de un primer ejército, cercó, en las proximidades de Kutha, a una parte de sus enemigos, mientras que sus generales se enfrentaban delante de Kish al grueso de la coalición. Tomada al asalto Kutha, Senaquerib acude en auxilio de sus generales cerca de Kish. La reagrupación de los ejércitos asirios aseguró su victoria. Merodac-Baladán, vencido, huyó de nuevo. Senaquerib entró vencedor en Babilonia e instaló en el trono a un notable babilonio, educado en Asiria, Bēlibni. Pero los destacamentos asirios persiguieron en vano a Merodac-Baladán por la marisma del País del Mar. No se le pudo encontrar. Senaquerib se vengó devastando su país de origen, Bīt-Yakīn. Todas las tribus sublevadas se sometieron, y Senaquerib volvió a Asiria con un enorme botín.

Este vasto movimiento rebelde, sostenido por Elam, tuvo repercusiones hasta en los Zagros, entre las poblaciones montañesas, casitas u otras, y principalmente en Ellipi, cuyo rey, Ishpabara, creyó llegado el momento de sacudirse el yugo asirio. En el curso de una segunda campaña, en 702, Senaquerib devastó estas regiones, castigó a los rebeldes y se anexionó dos nuevos distritos. Uno de ellos, alrededor de la fortaleza, restaurada y repoblada, de Bīt-Kilamzakh, pasó a depender del gobierno de Arrapkha; el otro, arrebatado a Ellipi y que tenía por capital Elenzash, rebautizado «Fortaleza de Senaquerib» (Dūr-Sinakhkhēerība), formó parte en lo sucesivo del círculo militar de Kharkhar (Kār-Sharrukīn). El éxito de esta difícil campaña trajo consigo la sumisión de nuevas y más lejanas tribus medas.

También al oeste la muerte de Sargón había suscitado graves disturbios. Sin duda instigados por Egipto, varios principados, entre ellos Ascalón y Sidón, habían intentado liberarse de la tutela asiria. Senaquerib, en 701, marcha contra los sublevados. Fuerza al rey de Sidón a huir a Chipre y pone nuevos príncipes al frente de las dos ciudades. Al mismo tiempo que su tributo, recibe los de Samsimuruna, Arvad, Biblos, Asdod, Beth-Ammon, Moab, Edom y otros lugares. De todos modos la situación aún no estaba restablecida. Los habitantes de Ecrón, que habían entregado a su rey proasirio a Ezequías de Judá y que por ello temían represalias por parte de Asiria, llamaron en su auxilio al faraón. Éste les envió carros de combate, soldados de caballería y arqueros que, con ellos, tomaron posiciones en la llanura de Eltheke. El ejército asirio les destrozó e hizo numerosos prisioneros, entre ellos, en particular, al estado mayor egipcio. Tomada Ecrón, fue castigada y devuelta a su rey legítimo Padi, al que Senaquerib acababa de liberar. A su vez Ezequías fue sitiado en Jerusalén, y su territorio nacional mutilado en provecho de Ecrón, Asdod, Ascalón y Gaza. De esta campaña, Senaquerib sacó un importante botín y el mismo Ezequías juzgó más prudente enviar tributo a Nínive.

Aprovechando que Senaquerib estaba profundamente comprometido en el oeste, el tenaz Merodac-Baladán reapareció y volvió a comenzar en el sur mesopotámico su trabajo de subversión. Para acabar de una vez, Senaquerib envió, en 700, una expedición al corazón mismo de Bīt-Yakīn. Merodac-Baladán retrocedió ante los invasores. Pero, finalmente, acorralado en sus últimos reductos, embarcó una parte de sus tropas, sus dioses, e incluso los huesos de sus antepasados, y navegó por la laguna hacia la costa elamita de Nagitu, donde buscó refugio. Las tropas asirias, que no pudieron impedir su huida, batieron las marismas y los cañaverales de Bīt-Yakīn, saquearon la región hasta la frontera de Elam y trajeron, entre los prisioneros, a príncipes reales y a los hermanos del fugitivo. Asimismo llevaron cautivo al rey de Babilonia, Bēlibni, cuya lealtad había sido más que sospechosa en este asunto. A fin de solventar este irritante y siempre renaciente problema de las relaciones con Babilonia, Senaquerib decidió esta vez poner en el trono babilonio a su propio hijo mayor, el príncipe heredero, Ashshurnādinshumi, el cual tendría bien sujeto el país, al mismo tiempo que iba haciendo el aprendizaje del poder.

Estos acontecimientos tuvieron sin duda repercusión en Elam. Una revolución palaciega derribó a Shutruknakhkhunte II, en provecho de su hermano más joven, Khallushuinshushinak, que reinaría en Susa desde 699 a 693.

Comoquiera que sea, la tranquilidad parecía reinar de nuevo en las extremidades del imperio. Senaquerib, después de una campaña contra la ciudad de Utku, en los montes de Nippur, al este del Tigris, dejó que sus generales reprimieran los disturbios que habían estallado en Cilicia, en 696, y, al año siguiente, en Til-Garimme, cerca del Tauro.

Él mismo se quedó en Asiria y entonces pudo consagrarse a la realización de una obra que deseaba vivamente. En efecto, al igual que su padre, deseaba construir su propia capital. Abandonando Dūr-Sharrukīn, inacabada y convertida en sede de un gobierno provincial, puso sus miras en la ciudad santa de Nínive. Sus predecesores poseyeron sin duda en ella residencia real e hicieron a menudo efectuar trabajos de conservación o embellecimiento, pero Senaquerib quería convertirla en la más bella ciudad del reino y en la capital prestigiosa del imperio. Los trabajos habían comenzado al principio del reinado. La primera versión de los anales, escrita después de la campaña de 703, pudo ya comprender un balance prometedor. La quinta, en 694, daría una descripción completa[50].

Se había desviado el curso del canal Tebiltu, cuyas aguas habían minado los cimientos del antiguo palacio, que no medía más que 395 codos por 95. Tras rellenar el

antiguo cauce, fue elevado el terraplén del palacio a 914 codos por 440, y alzado hasta una altura de 190 hileras de ladrillos. Para el nuevo palacio que se construía sobre esta terraza, Senaquerib hizo venir de todas partes los materiales necesarios. Con más ahínco aún que su padre, éste hizo buscar y abrir nuevas canteras, explorar bosques aún inexplotados, fomentó la escultura y la metalurgia. Nuevos procedimientos fueron puestos a punto para afinar la fundición del bronce. Pero mientras que Sargón, al construir su propia ciudad, obedeció sobre todo a preocupaciones políticas y económicas, Senaquerib añadía un verdadero afán de urbanismo, un gusto muy vivo por la belleza de formas y conjuntos. Dio a la ciudad dimensiones mucho más grandes, llevando su perímetro de 9300 a 21 815 codos. Agrandó sus plazas y calles, hizo construir a la puerta de la ciudad interior un puente de ladrillos y cal, dispuso una triunfal «vía real», de más de treinta metros de ancha y bordeada de estelas, que, a través de la ciudad, venía a parar a la «Puerta de los Jardines», una de las quince grandes puertas de la muralla exterior, de 40 ladrillos de espesor y 100 de alta, y protegida por un foso de cincuenta metros de anchura.

Parques y jardines embellecían los accesos de la ciudad. Senaquerib hizo plantar, en las partes alta y baja de la ciudad, frutales de todas las procedencias, esencias aromáticas, viñedos y olivos. En los terrenos comunales del norte, el rey hizo distribuir parcelas a todos los habitantes, a condición de que crearan huertos o campos de cereales.

Todas estas plantaciones exigían mucha agua. Un primer plan de riego regularizó el curso del Khosr, mediante un ancho canal de unos dieciséis kilómetros de largo. Se le prolongó con un abanico de dieciocho nuevos canales, que iban a recoger en las pendientes del monte Muṣri las aguas de manantiales y arroyos. Para atenuar la posible violencia de las crecidas, se interpuso, encima de Nínive, un pantano artificial plantado de cañas. Se pobló de pájaros y animales salvajes, y además en los bordes se plantaron árboles. Estas medidas de traída de aguas fueron suficientes hasta 694, fecha en que fue inaugurado solemnemente el nuevo palacio. Luego, la extensión de los parques y cultivos exigió nuevos trabajos hidráulicos. Fue preciso ir a buscar mucho más lejos el agua, a la elevada región del monte Tas, en los confines de Urarṭu. Se puso diques al curso superior de un afluente del Zāb; por medio de esclusas, sus aguas fueron derivadas hacia un largo canal, una parte del cual, apoyándose en las tierras bajas, formó el célebre acueducto de Jerwān[51].

Senaquerib, sin embargo, no se olvidaba de su viejo adversario Merodac-Baladán. ¿Supo que éste preparaba una nueva tentativa, o prefirió ser él quien tomara la iniciativa? No se sabe. Pero el hecho es que entonces se decidió a ir a atacarlo hasta terreno elamita, al otro lado del mar. Hizo construir en Nínive, por especialistas sirios, una flota de altura, para la cual enroló tripulaciones de cautivos sidonios, tirios y chipriotas. Los navíos descendieron el Tigris hasta Opis, luego, rodándolos sobre troncos, se los llevó hasta el Éufrates por el cual descendieron. En Caldea se embarcaron tropas, caballos, material y provisiones. Retrasada por una tempestad, la flota llegó al fin a las costas de Nagitu, en la desembocadura del Ulai (Kerkha). Las tropas desembarcaron con ímpetu, tomaron y destruyeron las ciudades costeras de Khilmu, Pillatu y Khupapānu, luego, cargadas de botín y de prisioneros, volvieron, victoriosas, hacia las costas caldeas, donde Senaquerib les esperaba en su campamento de Bāb-Salimeti.

Casi no tuvo tiempo de alegrarse. Con una maniobra osada e imprevista, el rey de Elam le devolvió golpe por golpe. En el otoño de este mismo año invadió Babilonia por el norte, entró en Sippar a sangre y fuego, hizo prisionero al propio hijo de Senaquerib y puso en su lugar, en el trono de Babilonia, a uno de sus protegidos, Nergalushēzib.

Por muy grande que fuera su resentimiento, el rey de Asiria tuvo que esperar cerca

de un año, hasta septiembre de 693, para poder atacar, cerca de Nippur, al ejército aliado de babilonios y elamitas. Lo hizo trizas y se apoderó de Nergalushēzib, mientras que, en Elam, una revuelta expulsaba a Khallushuinshushinak, vencido, y entregaba el poder a su hermano mayor Kurdurnakhkhunte. Pese a la llegada del invierno, Senaquerib quiso aprovechar su ventaja. Pero los elamitas retrocedieron hacia Khidalu y los rigores de la estación obligaron a los asirios a volver atrás. En junio del 692, el nuevo rey de Elam fue a su vez asesinado y reemplazado en el trono por su joven hermano Khumbannimena II, al que los mesopotamios llamaron Menānu, y que reinaría hasta 687.

Por su lado, los babilonios, lejos de someterse, recurrieron a un caldeo, Mushēzibmarduk, que había dirigido en el sur una obstinada guerrilla contra los asirios. Basta leer los términos injuriosos que Senaquerib aplica en sus anales a los nuevos reyes de Babilonia, para medir la violencia de la ira que aún alimentaba contra los dos países.

Mushēzibmarduk compraba a precio de oro aliados por todas partes, y, con Menānu, consiguió en 691 coaligar a todos los pueblos de los Zagros, Parsuash, Anzan, Ellipi y Pasheru, así como a todos los nómadas arameos o caldeos de las regiones fronterizas. La base de este inmenso conjunto de guerreros era el ejército elamita, movilizado en masa, con carros de combate, soldados de caballería y bagajes de toda suerte. Todas estas tropas se unieron al ejército babilonio cerca de Khalulē, junto al Tigris, no lejos de la actual Samarra. Es allí donde Senaquerib se les enfrentó. La batalla fue muy dura. Se diga lo que se diga, y aunque el lugarteniente en jefe elamita perdió en ella la vida, Senaquerib no salió vencedor. Pero sus adversarios, en razón de sus pesadas pérdidas, no pudieron explotar este éxito a medias.

Dos años más tarde, Senaquerib había rehecho sus fuerzas. Aprovechando que, desde abril del 689, el rey de Elam sufría un ataque de parálisis, marchó contra Babilonia, dispuesto a castigarla duramente. Por medio de brechas y escaladas, se apoderó de ella con gran violencia, en diciembre del 689, e hizo prisionero a su rey Mushēzibmarduk. La ciudad fue tratada con extremo rigor. Los raros habitantes que escaparon a las matanzas fueron expulsados, deportados o vendidos como esclavos. Las estatuas de los dioses fueron destrozadas o llevadas en cautividad. Se saquearon y destruyeron todos los edificios civiles o religiosos, y sus escombros fueron arrojados al río. El arrasado emplazamiento de la ciudad fue sumergido bajo las aguas. Incluso el suelo fue castigado. Su tierra había sido arrojada al Éufrates para que fuera a perderse al mar, y el suelo del templo del Año Nuevo transportado a Asiria.

Podemos asombrarnos de semejante furor devastador. Hasta entonces, incluso en sus peores violencias, los reyes de Asiria siempre hicieron distinción entre el poder secular del reino de Sumer y Akkad y las ciudades santas de Babilonia y Borsippa, cuyos dioses, Marduk y Nabū, contaban con numerosos adoradores en Asiria. ¿Por qué haber unido esta vez, en idéntico odio y castigo, reino, habitantes, templos, clero y hasta los dioses mismos?

Sin duda, esto obedece a varias razones. Los sacerdotes de Marduk no se opusieron a que los tesoros del Esagil sirvieran para pagar la coalición contra Asiria. Por otra parte, Babilonia era el polo de atracción político y religioso de los nómadas y seminómadas del sur, siempre rebeldes, y de sus ambiciosos jefes, el último de los cuales, Mushēzibmarduk, había infligido a Asiria la humillación de Khalulē. Y un hecho más grave aún: Babilonia era tan responsable como Elam de la muerte del príncipe heredero.

Estos agravios se acusaban tanto más gravemente en Asiria cuanto que ésta atravesaba entonces una crisis de nacionalismo agudo y denunciaba con violencia todo lo que pudiera ser un influjo religioso, cultural o político de Babilonia. El problema de la

sucesión, planteado por la desaparición del príncipe heredero, exacerbaba más aún las pasiones. La tradición exigía que el hijo mayor del rey fuera, de derecho y con la conformidad de los dioses, el legítimo heredero del trono. Pero, si llegaba a morir antes que su padre, éste recobraba, parece ser, la libertad de designar entre sus otros hijos, sin tener en cuenta en lo sucesivo el privilegio de la edad, a aquel que le sucedería[52]. Senaquerib tenía aún cinco hijos. El más joven, Asarhaddón, había nacido de su última esposa, Naqi'a, a la que se llamaba en asirio Zakūtu. Mujer de gran carácter, era enérgica y, sin duda, ambiciosa. Debió intrigar apasionadamente en favor de su hijo. Pero los hermanos mayores defendían no menos encarnizadamente sus posibilidades; contaban con el apoyo de los medios nacionalistas asirios, que denunciaban como crímenes las simpatías probabilonias de la reina y su hijo.

Mientras Asiria se desgarraba en estas luchas de influencias, los anales no señalan, en el exterior, ningún hecho importante. Apenas tres meses después de la caída de Babilonia, murió Menānu, rey de Elam, y le sucedió Khumbankhaltash II, que debía ser su sobrino. Bajo su pacífico reinado, Elam vio al parecer crecer su influencia: ciertos territorios vecinos se sacudieron la tutela asiria para volverse hacia él; es el caso de Ellipi, que ha recobrado su independencia, y del País del Mar, donde se ha instalado un hijo de Merodac-Baladán, refugiado anteriormente en Elam.

En Anatolia, el país de Tabal también ha vuelto a ser independiente, y Urarṭu ha ocupado de nuevo Muṣaṣir y algunos distritos vecinos. En la misma Palestina, Asiria no encuentra más que dificultades. El faraón Taharqa había apoyado una nueva rebelión de Ezequías, y el ejército asirio que sitiaba Jerusalén se vio diezmado por la peste.

Así pues, Senaquerib no había podido conservar intacto, en sus fronteras, el legado de Sargón. Las dificultades interiores paralizaban su acción. No sabemos cuándo se decidió a nombrar un heredero. Cuando al fin lo hizo, su elección recayó sobre su hijo más joven, Asarhaddón (Ashshurakhaiddina), quien escribirá más tarde en sus anales: «Aunque de mis hermanos yo fuera el benjamín, mi padre, por orden de los dioses…, me dio legítimamente la primacía sobre mis hermanos (proclamando) "Es él quien me sucederá". Cuando, a este respecto, interrogó por medio de una consulta hepatoscópica a los dioses Shamash y Adad, estos dioses le respondieron con un "sí" sin ambigüedades: "es él quien te reemplazará". Ateniéndose con devoción a su solemne sentencia (mi padre) reunió entonces, todos juntos, a los habitantes de Asiria, pequeños y grandes, a mis hermanos y a la descendencia masculina de la casa de mi padre, y delante de… los dioses de Asiria y los dioses que habitan el cielo y la tierra, para que todos respetaran mi derecho a la sucesión, les hizo jurar por el augusto nombre de estos dioses»[53].

La amplitud y la solemnidad de estos compromisos no fueron suficientes para acallar las rivalidades: más bien sucedió lo contrario. Los pretendientes rechazados y sus partidarios se encarnizaron contra el nuevo príncipe heredero. Calumnias, maledicencias, conspiraciones, todo se utilizó para desacreditarlo o atemorizarlo. A los antagonismos políticos se mezclaba además un sordo malestar religioso. La destrucción de Babilonia y de sus templos, bien acogida al principio por una parte de la opinión asiria, no había tardado en suscitar en el país un vago sentimiento de culpabilidad sacrílega. El clero asirio había llegado a intentar justificar por medio de especulaciones teológicas el castigo infligido a los dioses de Babilonia. Al mismo tiempo se abría camino, entre los deportados o fugitivos babilonios, una especie de esperanza «mesiánica» que anunciaba la reconstrucción de la ciudad, el retorno de los dioses y el fin del exilio. Lo quisiera o no Asarhaddón, es a él a quien las profecías que circulaban clandestinamente designaban como el futuro libertador.

Sus enemigos le acusaban de ser traidor a su país, e incluso su padre estaba algo irritado. Sin perder por ello su título de príncipe heredero, debió buscar entonces su salvación en el exilio, en algún lugar desconocido situado más allá de Khanigalbat.

Allí se enteró, según nos dice, del asesinato de su padre, acaecido el 20 de *ṭebēt* (diciembre-enero) del 681. De este crimen, que las fuentes posteriores califican unánimemente de parricidio, ignoramos todavía el verdadero culpable. Si fue Asarhaddón, lo cual está lejos de ser seguro, no pudo ser, a lo sumo, sino el instigador del crimen. En efecto, no cabe poner en duda que estaba entonces lejos del reino, ni olvidar su vuelta a marchas forzadas hacia Nínive, donde sus hermanos mayores se disputaban ya el poder. La guerra civil que siguió duró más de mes y medio, y no fue hasta el 8 de *adar* (febrero-marzo), al comienzo de la primavera del 681, cuando Asarhaddón, victorioso, se sentó en el trono[54].

Su primera diligencia fue poner en orden el estado. Castigó a los rebeldes y a sus familias, hizo cobrar los impuestos atrasados y satisfizo las quejas legítimas. Igualmente acometió sin tardanza la espinosa cuestión de Babilonia. Apenas tres meses después de su subida al trono, hacía acondicionar el paraje devastado de la ciudad y comenzar los trabajos de reconstrucción. Pero, convertido en rey de Asiria, se comportaba con más prudencia que en el tiempo en que no era más que príncipe heredero. Una sutil exégesis le permitió exonerar a su padre de la acusación de sacrilegio, y toda una serie de medidas en provecho de los asirios compensó hábilmente el favor que mostraba hacia los babilonios. Al mismo tiempo que hacía reconstruir el Esagil, restauraba, en Asur, el templo nacional, el Esharra. Aunque inacabados, los dos edificios fueron inaugurados casi simultáneamente, con un fasto igual, al comienzo del segundo año de reinado. Para complacer el particularismo suspicaz de sus súbditos, Asarhaddón reiteró solemnemente la prohibición hecha a todo extranjero de penetrar en el templo de Asur. Si mandó rehacer, magníficamente, las estatuas destruidas o mutiladas de los dioses babilonios, fue en Asur donde las hizo construir, al mismo tiempo que las de los dioses asirios. Llevó con gran pompa algunos de estos dioses a Babilonia, pero otros, el mismo Marduk entre ellos, esperaron aún largo tiempo el fin de su exilio[55]. Restituyó a los babilonios, vueltos a su ciudad, así como a los habitantes de Nippur, Borsippa y Sippar, sus antiguos privilegios económicos y comerciales. Pero, al mismo tiempo, quiso restablecer y reforzar las exenciones tradicionales de las ciudades asirias, bien que acentuando el carácter cosmopolita de Babilonia, su vocación de ciudad abierta y de urbe acogedora.

Más difícil de arreglar era el problema de las tierras robadas a los babilonios por los nómadas o seminómadas de los alrededores, los de Bīt-Dakkuri y Gambulu principalmente. Aprovechando el descontento provocado entre ellos por unas medidas de devolución, el rey del País del Mar remontó el Éufrates y puso sitio a Ur. Un ejército asirio le expulsó a Elam, donde fue asesinado. Entonces los gambulu se sometieron. Pero todavía duraron varios años las dificultades con Bīt-Dakkuri, que se negaba a devolver las tierras ocupadas. Incluso fomentaron disturbios en Nippur. Por dos veces, en 678 y 675, Asarhaddón tuvo que castigar severamente a los jefes y altos comisarios de Nippur. La segunda vez, el rey de Elam, Khumbankhaltash II, que había subido al trono el mismo año que Asarhaddón, se dejó arrastrar a estos desórdenes e hizo una incursión sangrienta en Sippar. Poco después murió súbitamente, hacia mediados de septiembre del mismo año, y le sucedió su hermano Urtaki, que en lo sucesivo sostuvo buenas relaciones con Asiria.

Si la tranquilidad renacía en esta parte del imperio, por otros lugares subsistían o se precisaban otras inquietudes. Bajo el reinado de Senaquerib, los temores de una invasión

cimeria sufridos poco antes se habían disipado por completo. Sus tropas habían desaparecido en los confines de Anatolia. Sabemos que se apoderaron de Sinope, en el mar Negro y que, hacia el 696, destruyeron el reino de Frigia. Pero la repercusión de estas lejanas fechorías no había llegado sin duda hasta Asiria. Ahora bien, he aquí que desde el segundo año de Asarhaddón, en 679, la vanguardia de los cimerios se mostraba cerca de las Puertas Cilicias. Se hizo necesaria una expedición para combatirla y rechazarla hasta Khubushna, seguramente la actual Ereğli. Probablemente fue en el curso de la misma campaña cuando hubo que someter a la fuerza a los montañeses de Khilakku (Cilicia), como algún tiempo más tarde, en 676, a las ciudades rebeldes de Sissu (actual Sis) y Kundu, en el Tauro. En estas mismas regiones, el adversario que pareció sembrar por un momento la inquietud entre los asirios fue un tal Mugallu. Si se da crédito a las numerosas consultas de oráculos que le conciernen, se apoderó de una parte de Melitene, obtuvo la alianza del rey de Tabal, que era otra vez independiente, y, al frente de un numeroso ejército, tuvo en jaque a las fuerzas asirias que, en el 675, le sitiaron en Meliddu sin poder reducirle.

Este mismo año, el rey en persona condujo una larga y dura expedición en el noreste de Arabia, donde, después de haber vencido a algunos jefes de tribu, estableció un vago protectorado sobre una comarca vecina, sin duda Tilmun (Baḥrain), cuyas salvajes soledades los anales describen así: «(Para llegar a) este país de Bāzu, cuya situación es lejana, parte olvidada del continente, región de sal, comarca de sed, he recorrido primeramente 120 leguas dobles de extensiones de arena, abrojos y gravilla de hierro magnético, una comarca cuyo ámbito está tan lleno de escorpiones y serpientes como podría estarlo de hormigas, y luego 20 leguas dobles por el país montañoso de Khazū, montaña de las “piedras del rayo”»[56].

Otras operaciones de policía o de represalias se habían llevado a cabo en Siria, primero contra un usurpador árabe que había destronado al fiel hijo del difunto rey Ḥaza’el, luego contra Sidón, cuyo rey Abdimilkutti creyó poder rechazar la tutela asiria. Vencido en el 677, fue decapitado al año siguiente. Su ciudad, destruida, fue reemplazada por una nueva, Kār-Ashshurakhaiddina («Muelle de Asarhaddón»), y su territorio anexionado. Con una porción de esos despojos Asarhaddón recompensó la lealtad del rey de Tiro, con el cual firmó un tratado, cuyo texto nos ha llegado en parte[57]. Además del de Tiro, le eran leales en esta región los reyes de Judá, Edom, Moab, Gaza, Ascalón, Ecrón, Biblos, Arvad, Samsimuruna, Amón y Asdod, «diez reyes del borde del mar», y los que llama los «diez reyes del medio del mar», es decir, un cierto número de príncipes chipriotas.

Es posible que estos éxitos en Siria-Palestina hayan incitado al rey de Asiria a intentar eliminar de la región toda influencia egipcia. La empresa debió fracasar, porque una crónica posterior menciona que, en 674, las tropas asirias sufrieron un revés en Egipto que los anales oficiales, naturalmente, silencian.

Son asimismo muy discretos en cuanto a los maneos, de los cuales dicen solamente que fueron vencidos, así como su aliado, el escita Ishpakaia. De hecho, las numerosas consultas a los oráculos traicionan la inquietud que inspiran. Los «guteos inaccesibles» parecen haberse convertido en los más turbulentos vecinos orientales de Asiria, como si su coexistencia con las partidas cimerias y escitas instaladas en su vecindad les hubiera dado una nueva virulencia. No sólo se les encuentra en las orillas del lago de Urmia, donde les conoció Sargón. Descienden hasta Zamua. Interceptan el tráfico de caballos entre Parsuash y Asiria, y se les cita siempre entre los saqueadores y asaltantes de los caminos cuyos golpes de mano se temen.

En la meseta, el peligro que representaban se unía al que cabía tener de los medos. Desde antes del 676, Asarhaddón había aprovechado la ocasión de intervenir en las inmensidades de su territorio. Habiendo solicitado su ayuda tres jefes medos «de lejana residencia» contra ciertos vecinos belicosos, envió, para restablecer el orden, a aquellos de sus generales «que tenían a su cargo los distritos más próximos a su país». Un poco más tarde, pero también antes de 676, otra expedición se internó más profundamente aún «en las márgenes del desierto salino… en los alrededores del monte Bikni». Se puede dudar si la primera intervención tuvo lugar en la futura Partia o en Isfahán e Hircania; la mención del monte Bikni atestigua que la segunda campaña alcanzó la región del moderno Teherán. Consultas a oráculos y cartas de la época hacen a menudo alusión a los medos. Todas las tierras interiores que ocupaban no eran necesariamente hostiles, pero sí poco seguras. A buscar sus tributos y, sobre todo, las manadas de caballos indispensables a Asiria, van columnas armadas. Desde la frontera de Elam a la de Urarṭu, se erigió, para vigilar esta vasta zona de inseguridad, un cierto número de puestos y plazas fuertes. Las más importantes eran Bīt-Parnakki, no lejos de la actual Kermānshāh, Bīt-Kāri, en la región de Hamadan, y también la antigua Kharkhar, fortificada por Sargón y rebautizada por él Kār-Sharrukīn. La búsqueda de información continuaba siendo una de las grandes preocupaciones del mando asirio, deseoso de estar exactamente al corriente del humor cambiante de las tribus medas. Asarhaddón da pruebas de muy notable espíritu previsor cuando se inquieta por una posible federación de las tribus iranias. Pudo temer que uno de sus jefes, Kashtariti, se pusiera al frente de tal tentativa[58]. Pero ésta se abortó, y el rey de Asiria, en cambio, consiguió extender su protectorado sobre un número cada vez mayor de tribus.

Más al norte, Asarhaddón alimentaba al parecer otro temor: el de que Urarṭu despertara y se uniera a elementos cimerios y escitas. La mayor parte de estos invasores se había alejado hacia el oeste; los que se rezagaban en el país o en sus alrededores no habían impedido a Urarṭu rehacerse rápidamente del revés sufrido e incluso recobrar, a costa de Asiria, sus antiguas zonas de influencia. Rusa II, hijo de Argishti II, que reinaba desde 678 aproximadamente, llevaba a cabo en la región de Erivan grandes trabajos de irrigación, cultivo y edificación[59]. Es a él a quien se atribuye lo esencial de la plaza fuerte de Tesheba (Karmir-Blur), en la orilla izquierda del Zangu. Temiendo sin duda que interviniera en la región fronteriza de Shubria, Asarhaddón lanzó en el 667 una poderosa operación de policía, con cuyo relato confeccionó su «carta a dios»[60]. Puede ser también que el rey de Asiria entregara su hija en matrimonio a un jefe escita de Sacácene, Partatua, el Protothyes de los clásicos, que le prometía su alianza para hacer contrapeso a una eventual coalición dirigida por Urarṭu.

El año 672 marca en la historia del reino un giro decisivo. Por una extraña fatalidad, Asarhaddón se encuentra entonces presa de las mismas dificultades dinásticas que conoció su padre y que habían llevado a Asiria a la guerra civil. Su hijo mayor, Siniddinaapla, había muerto prematuramente y Asarhaddón se encuentra en la obligación de designar un nuevo príncipe heredero. Al parecer desea que, después de él, el imperio se divida entre sus dos hijos mayores, el primero de los cuales recibiría Asiria y el segundo Babilonia, y que ya había preparado a éste, Shamashshumukīn para sus futuras tareas. Dudaba entre hacerle rey de Asiria o preferir a uno de sus hermanos menores.

Dudaba tanto más cuanto que era, por naturaleza, indeciso y ambicioso. Ansioso y, a menudo, juguete de sus consejeros, vivía con el temor de los signos nefastos, las enfermedades y la cólera de los dioses. Para conjurar su sino, incluso había puesto en vigor

la vieja costumbre de los «sustitutos reales», que tomaban sobre sí las desgracias cuyos presagios podían amenazar al rey. Se puede pensar que en este año la doble advertencia de una enfermedad que le aquejó y de la muerte de su esposa, le incitó a regular, sin más tardanza, el problema de su sucesión. Decidiéndose a dejar a Shamashshumukīn en su destino babilonio, escogió como príncipe heredero de Asiria a su tercer hijo, Asurbanipal, deportista y culto, pero sin duda poco preparado aún para las responsabilidades del poder. Esta elección levantó una violenta oposición en los medios de la corte y del clero[61]. Para vencerla, Asarhaddón, como lo había hecho su padre, convocó unos verdaderos «estados generales» de Asiria. Fueron exigidos compromisos solemnes de la familia real, de los dignatarios y de todas las clases de la sociedad. También se exigieron a los vasallos y aliados del reino, como lo testimonian ocho tratados firmados en esta ocasión con príncipes medos[62]. Por otra parte, éstos y algunos otros textos, al evocar las oposiciones o las posibles revueltas, nos dan una imagen bastante precisa de la estructura del imperio en esta época. En su cima, hermanos del rey, primos, tíos, descendientes más lejanos de la casa de su padre y miembros de otras ramas reales forman una verdadera casta de sangre real. También eran numerosos los dignatarios, eunucos o no, que constituían el personal de la corte: no había ninguna gran familia del reino que no tuviera en ella uno o varios representantes. En las provincias la administración imperial siempre era ejercida por gobernadores, verdaderas dinastías locales, cada vez más inclinados a la independencia. Como en los tiempos de Sargón, el imperio continuaba presentando una aparente unidad. Pero muchos de los elementos de esta unidad eran ya extraños a la condición asiria: unidad lingüística, pero en provecho del arameo y no del acadio; unidad religiosa, pero en la adoración de los grandes dioses que, en la misma Asiria, hacían la competencia a los dioses nacionales; auge de la astrología, pero sólo se aplicaba en Asiria al precio de equivalencias ficticias y exaltaba más un vago imperio universal que el patriotismo nacional; tendencia a la uniformidad de las costumbres y de las artes, pero en este aspecto Asiria prestaba tanto y más, puede ser, de lo que recibía. Si la población se seguía dividiendo en ciudadanos de pleno derecho (*mārbanū*), en esclavos, y en una clase intermedia, los *mushkēnū*, las deportaciones habían diluido en gran medida la etnia asiria; en el campo, en las ciudades, en las capitales, existen numerosas colonias extranjeras. El mismo ejército ya no es más el núcleo puro de la nación asiria. Se enrolan numerosos contingentes extranjeros y algunos no-asirios acceden a veces a puestos importantes. Lo que habría podido salvar la unidad profunda del país, la herencia espiritual de la cultura acadia, el tesoro de conocimientos copiados y recopiados a lo largo de los siglos estaba reservado al círculo cerrado de los escribas y sin influencia real sobre el mundo exterior.

De hecho la unidad del imperio reposa entonces casi enteramente en la persona del soberano. El rey establece relaciones personales con las diferentes partes de sus pueblos, que, por juramento, reconocen su soberanía feudal. Así se explica en la política asiria el número cada vez mayor de estas «convenciones juradas» (*adē*) que el rey exige de todos y de cada uno. De ahí también la importancia de estos verdaderos *missi dominici* que son los «representantes del palacio» (los *sha pan ēkalli*), siempre viajando para recibir, de las corporaciones, de las tribus y de las guarniciones, los juramentos de lealtad hacia el soberano. Los generales vencedores exigían también estos juramentos y sus convenciones a los vecinos vencidos. En los tratados firmados en este año, 672, con los príncipes medos, se lee la siguiente cláusula: «Si (alguno, a expensas de Asurbanipal) se apropia la realeza sobre Asiria…, no haréis causa común con él…, os levantaréis contra él, le haréis la guerra y arrastraréis a la lucha contra él a otros países[63]». Este desconocimiento fundamental del

espíritu nacional, sólo en provecho de la fidelidad a la persona del soberano, muestra, a la vez, la fuerza y la debilidad del imperio. Si el rey es enérgico y respetado, el estado permanece fuerte; si es débil y discutido, ningún vínculo real asegurará la cohesión del reino. En este estado de cosas, al ser designado oficialmente Asurbanipal como príncipe heredero, Asarhaddón lo asocia muy estrechamente a las responsabilidades del poder y a la administración del reino.

Asegurado así aparentemente el futuro, el rey de Asiria creyó poder emprender la realización del gran proyecto de su reinado: la conquista del delta del Nilo. De este modo añadiría a sus recursos inapreciables riquezas y sobre todo podría, con la efectiva neutralización de Egipto, asentar definitivamente su dominación sobre Siria y Palestina.

El faraón Taharqa, presintiendo el ataque, intentó frustrarlo creando dificultades en Siria. Logró que se sublevara Tiro y, posiblemente más tarde, Ascalón. Pero en la primavera del 671, Asarhaddón, dejando una parte de sus tropas asediando Tiro, atravesó el desierto y penetró en Egipto. A lo largo del mes de *du'ūzu* (junio-julio), derrotó en varias ocasiones al ejército egipcio, y se apoderó de Menfis. Taharqa huyó al sur, donde por el momento los asirios no osaron perseguirle. El país conquistado fue dividido y los nombres de las ciudades asirianizados. En la mayor parte de los casos, los vencedores se contentaron con reforzar, contra la monarquía indígena, los poderes de los «grandes jefes» locales, a los que se les llamó reyes, y a cuyo lado se instalaron virreyes y gobernadores asirios[64]. El mismo Asarhaddón tomó el título de «rey de los reyes de Mushur (Egipto), Patros (Alto Egipto) y Kush (Etiopía)», y trajo del delta un inmenso botín.

A pesar de sus vínculos locales, la dominación asiria era frágil. Después de la partida del rey, y pese a las guarniciones dejadas en cada lugar, estallaron disturbios. A fin de restablecer el orden, Asarhaddón se contentó en principio con enviar a su general Shanabūshu. Posiblemente concedía poca importancia a las revueltas o él mismo se encontraba retenido en la capital en este año, 670, a lo largo del cual se vio obligado a pasar por las armas a numerosos grandes del reino. Pero como continuaban los disturbios en Egipto, al año siguiente emprendió el camino del delta al frente de sus tropas. En el viaje murió súbitamente, el 10 de *arakhsamna* (octubre-noviembre) del 669.

Esta muerte inesperada puso a Asiria al borde de una grave crisis política. Las disposiciones que Asarhaddón había impuesto para asegurar su sucesión habían sido difícilmente aceptadas. Ciertamente hubieran sido discutidas si su madre, Naqi'a (Zakūtu), no hubiera intervenido con inusitada energía. Ella conjuró «a los hermanos de Asurbanipal, a los (otros) descendientes reales, a los grandes, a los gobernadores, a los prefectos, oficiales, jefes, feudatarios, administradores de todo el país y a todos los ciudadanos asirios, hombres o mujeres», para que respetaran su juramento de fidelidad. Bajo pena de un terrible castigo divino, les conminó a no participar ni siquiera de intención en un complot o una tentativa de asesinato contra su nieto, que de ahora en adelante será su legítimo soberano, y a denunciar, en el ejército o en la administración, todo eventual instigador de disturbios, aunque estuviera entre los más altos personajes del reino[65].

La reina madre gozaba en la corte de una gran influencia; para todos era el símbolo viviente de la legitimidad y de la continuidad dinástica. Su solemne intervención decidió la cuestión y desarmó a los facciosos. El mismo mes que siguió a la muerte de Asarhaddón, Asurbanipal fue reconocido rey de Asiria. Algunos meses más tarde, en la primavera del 668, él mismo, respetando la voluntad de su padre, entregaba a su hermano Shamashshumukīn el trono de Babilonia.

La cronología del reinado de Asurbanipal es aún indecisa. Sus inscripciones

oficiales son numerosas y detalladas[66], pero no siempre mencionan las campañas siguiendo su orden cronológico. Además como casi todas fueron dirigidas, no por el rey, sino por sus generales, varias de ellas han podido ser simultáneas, mientras que en la lectura de los anales se las podría creer sucesivas.

En todo caso no se puede dudar que, hasta el año 664, el nuevo rey de Asiria estuvo ocupado sobre todo por la cuestión de Egipto. Taharqa había vuelto a ocupar el delta y se había establecido en Menfis. Asurbanipal, en el 667, envió contra él a su *turtān* y a los gobernadores de las regiones fronterizas. El ejército asirio, reforzado con contingentes enviados por los veintidós reyes «de las orillas del mar, de las islas y del continente» se enfrentó, cerca de Karbaniti, a las tropas egipcias de Taharqa. Éste fue vencido, abandonó Menfis y, por barco, retrocedió hasta Tebas. Un fuerte ejército asirio, al mando del copero mayor, marchó durante más de un mes hacia el sur, sin poder alcanzar una victoria decisiva contra un adversario que se ocultaba ante él.

Entre tanto, la situación se había restablecido en el delta. Los príncipes locales habían sido repuestos, y el más influyente de ellos, Nikkū (Nekao I) había vuelto a encontrar, en Sais, sus bienes y preeminencia. Pero el éxito de Taharqa, aunque temporal, había perjudicado el prestigio asirio. Después de la partida del cuerpo expedicionario, y pese al refuerzo de las guarniciones, los príncipes del delta hicieron, por su cuenta, insinuaciones a Taharqa, con objeto de fomentar una nueva rebelión. Al tener noticia del complot, los generales asirios detuvieron a los culpables y los trasladaron a Nínive. Todos fueron castigados, a excepción de Nekao a quien Asurbanipal consideró más hábil perdonar. Más aún, restituyéndole su principado de Sais, le colmó de honores, aumentó su poder y dio a su hijo la ciudad de Atribis, que era poco antes patrimonio del futuro faraón.

Poco después, en el 664, murió Taharqa. Su sobrino y sucesor, Tanutamón (al que los asirios llaman Tantamane), quiso tomar a su cargo el sueño de hegemonía nacional que no había podido realizar su tío. Tomando la ofensiva, volvió a ocupar Menfis, y obtuvo otros éxitos en el curso de los cuales Nekao desapareció. Pero la llegada de un nuevo cuerpo expedicionario asirio destruyó sus esperanzas. Retrocedió hasta Tebas, luego más allá, y no pudo impedir que los asirios tomaran y saquearan las dos ciudades. Su dominación sobre el delta iba a mantenerse, sin otra grave crisis, hasta el año 655.

Durante estos acontecimientos de Egipto, los generales de Asurbanipal habían hecho entrar en razón a la turbulenta ciudad de Kirbit, en las montañas próximas a Dēr, y, al oeste, Ba'al de Tiro y Yakinko de Arvad.

Preocupados por su política sirioegipcia, los asirios apenas prestaban atención a los rumores de los acontecimientos que agitaban los confines de Anatolia. Después de haber destruido Frigia, los cimerios, arrastrando con ellos a los treros venidos de Tracia, continuaron su marcha hacia el oeste. Giges, que se había convertido en rey de Lidia en el 687, logró contenerlos algún tiempo. En el 660 envió una embajada al rey de Asiria para pedirle ayuda. Tabal y Cilicia, igualmente inquietos, solicitaron también su protección. Para Asiria, Lidia era un país «del otro lado del mar», lejano y mal conocido. Su petición de alianza no tuvo contestación y Giges, ya lo veremos, se lo tendrá en cuenta.

En verdad, Asurbanipal se inquietaba entonces más por sus fronteras orientales. El rey maneo Akhsheri se había apoderado de un cierto número de fortalezas en las que había guarniciones asirias. Se envió contra él una expedición de represalia, bajo el mando del copero mayor, Nabūsharusur. Éste sitió la capital, Izirtu, y devastó las provincias cercanas. Una revolución derribó entonces a Akhsheri, que fue asesinado. Sin embargo le sucedió su hijo, pero se reconoció vasallo del rey de Asiria, quien le impuso tributo y redujo sus

estados en algunos distritos fronterizos.

Ciertas operaciones de policía fueron igualmente motivadas por la agitación que se manifestaba también entre los medos y las bandas cimerias establecidas en su región. Algunas ciudades fueron tomadas y castigadas y los jefes rebeldes capturados y conducidos a Nínive. Pero en el 657 un informe astrológico descubrió de nuevo los temores que inspiraban al rey de Asiria las depredaciones de los saqueadores cimerios[67].

Sus relaciones con Elam no eran menos inquietantes[68]. Al comienzo de su reinado, Asurbanipal esperaba que Urtaki continuaría testimoniándole la cordialidad que había manifestado a su padre. Él mismo trataba de favorecer este acuerdo. Cuando Elam conocía un hambre terrible, debida a una sequía catastrófica, había avituallado a sus habitantes hambrientos y permitido a varias tribus que vinieran a refugiarse en sus estados, antes de volver libremente a su país al fin de la calamidad.

Pero desde el 668 reinaba en el principado de Susa un nuevo rey, Temptkhumbaninshushinak, al que los asirios denominaban simplemente Teumman. Era ambicioso, retorcido y opuesto a toda aproximación con Asiria y utilizó toda su influencia para que Urtaki sostuviera contra ésta una rebelión que acababa de estallar en Nippur y Gambulu.

Urtaki acabó por ceder. Aprovechando las dificultades asirias en Egipto, en el 665, terminó por otorgar su ayuda a los insurrectos de la baja Mesopotamia. Asurbanipal, sorprendido por este ataque inesperado, estaba mal preparado para responder a él. El ejército que envió bajo el mando del copero mayor rechazó a los invasores hasta su frontera, pero no pudo obtener sobre ellos y sus aliados un éxito decisivo. Sin embargo la suerte favoreció al rey de Asiria: en el mismo año, 663 (?), el príncipe gambuleo sublevado, el gobernador traidor de Nippur, el mismo Urtaki y su consejero en este asunto murieron de muerte violenta o inesperada.

Pero también para Teumman la muerte de su tío Urtaki era una feliz racha de suerte. Le ofrecía la ocasión de unificar en su provecho una gran parte de Elam. Se la incautó y forzó a un exilio precipitado a todos sus posibles rivales, los hijos de los dos reyes precedentes. Una vez más, le cogió de sorpresa a Asurbanipal, que no pudo hacer más que ofrecer asilo a los príncipes fugitivos.

Así, aquí y allá, y a pesar de la ocupación de Egipto, Asiria mantenía con dificultad la situación que antes había adquirido. Este equilibrio precario duró todavía algunos años.

Fue hacia el 655 cuando se produjeron en el imperio asirio los primeros estallidos. El rey de Egipto, Psamético I, consiguió entonces, en efecto, sacudirse la tutela asiria, con la ayuda de contingentes lidios que le había enviado Giges, el cual repudiaba también la amistad asiria. Asurbanipal debió aceptar sin reaccionar la pérdida del delta. La actitud de Elam le inquietaba más, y más directamente. Teumman había afirmado su poder y se mostraba cada vez más arrogante. Pasando a la ofensiva, lanzó, en agosto del 653, un violento ataque contra la baja Mesopotamia, donde subsistían aún focos de rebelión. En septiembre, mejor preparado esta vez, Asurbanipal contraatacó en la región de Dēr, al mismo tiempo que se esforzaba en suscitar disturbios en la retaguardia del enemigo. Teumman retrocedió hasta Susa, donde estallaba una sublevación. Sin embargo, logró restablecer su autoridad y reunir nuevas tropas. Al fin, un encuentro decisivo tuvo lugar en Tell-Tuba (Tulliz) en Ulai. Los elamitas fueron vencidos y Teumman y su hijo muertos en la batalla. Elam fue desmembrado. El mayor de los tres hijos de Urtaki, Ummanigash (Khumbannikash II), fue nombrado rey en Madaktu, el menor, Tammaritu, en Khidalu (Beḥbehān), mientras que Attakhamitinshushinak (el Attameti de los asirios) tomaba el

poder en Susa, donde, vasallo de Nínive, iba a reinar del 653 al 648. Gambulu, a su vez, fue castigado y pagó duramente la ayuda que recibió de Elam. Asurbanipal creyó al fin acabar la pacificación de estos confines meridionales poniendo al frente del País del Mar a un príncipe de Bīt-Yakīn, Nabūbēlshumāte, nieto de Merodac-Baladán, al que envió una guardia y consejeros asirios.

De hecho esta campaña aparentemente victoriosa, lejos de mostrar la supremacía militar de Asiria, revelaba su impotencia para impedir en esta región continuos motines. Uruk, Eridu, Gurasimmu, Puqudu, Nippur incluso, están continuamente en rebelión abierta o larvada. En todo el sur es general la hostilidad contra Asiria. Las pocas ciudades aliadas, Ur, Kissig, Shattena, se lamentan amargamente del odio de que son objeto en todas partes, y también de la lentitud con que las tropas asirias acuden ahora a socorrerlas en caso de necesidad.

Igualmente en Babilonia se incuba la envidia y el rencor. Incluso se puede pensar que, desde el comienzo de su reinado, Shamashshumukīn estaba, secretamente al menos, celoso de su hermano menor que había obtenido mejor parte que él. Su propio reino se limitaba a las cuatro ciudades, Babilonia, Borsippa, Kutha y Sippar y a sus alrededores inmediatos. Sobre este escaso lote Asurbanipal pretendía también ejercer un derecho de vigilancia.

En mayo-junio del 652, Shamashshumukīn creyó que la ocasión era favorable para sacar partido del descontento general. Se sublevó contra su hermano, estrechó relaciones con Egipto, los árabes y los príncipes sirios y envió emisarios al sur. La intriga y el dinero abundantemente repartido le aseguraron numerosas cooperaciones. Nabūbēlshumāte, del País del Mar, fue uno de los primeros en ponerse de su lado. Le siguieron los reyes de Elam, a quienes, sin embargo, Asurbanipal había entregado su trono. Asiria reaccionó con la lentitud que le reprochaban sus aliados. Mientras que unas tropas bloqueaban Babilonia, el general Bēlibni, sosteniéndose sobre la ciudad fiel de Kissig, acabó ocupando el País del Mar. Nabūbēlshumāte huyó, llevándose prisioneros a los asirios que estaban con él. Elam, por su parte, hacía un gran esfuerzo para apoyar a Babilonia. Ummanigash puso en camino numerosas tropas bajo el mando de un príncipe real, hijo de Teumman, y de otros varios generales. Un ejército asirio detuvo y derrotó estos refuerzos en Mangisi, cerca de Dēr. Al mismo tiempo Asurbanipal trataba de paralizar a su adversario por medio de intrigas. En el 651 una sublevación derribó a Ummanigash y dio el poder a su sobrino Tammaritu II. Éste se inclinaba a su vez en favor de Babilonia y una nueva insurrección, fomentada por el general Indabigash, le expulsó del trono y le forzó a pedir refugio en Asiria. Asurbanipal le acogió, con fines útiles. Indabigash ocupó el trono y, presintiendo un cambio de situación, evitó comprometerse abiertamente en favor de Babilonia. Pero, aunque restituyó a Asurbanipal los prisioneros asirios de Nabūbēlshumāte, rehusó entregar a éste, a pesar de las reiteradas peticiones del rey de Asiria. Es verdad que Asurbanipal jugaba el mismo juego. Ponía buena cara al nuevo rey de Elam, pero sin expulsar por ello de su corte al antiguo rey destronado, ni cesar de fomentar bajo mano la oposición armada de ciertos medios elamitas.

Este sutil juego de intrigas tenía al menos la ventaja de crear entre los dos estados una especie de equilibrio temporal. Asurbanipal se aprovechó para acabar con la rebelión babilónica propiamente dicha. Desde hacía ya tres años las tropas asirias bloqueaban Babilonia y las otras ciudades del reino. La capital fue asaltada. En junio-julio del 648, Babilonia cayó, después de que sus últimos defensores hubieron provocado un inmenso incendio, en cuyas llamas Shamashshumukīn se dejó perecer voluntariamente.

El resto del país fue pacificado con bastante rapidez. Akkad, Caldea, Aram y el País del Mar fueron de nuevo tomados y puestos bajo control de gobernadores o comisarios. Se instaló una fuerte guarnición perenne en Nippur, que se convirtió en plaza avanzada de la dominación asiria en Mesopotamia meridional. Babilonia, rescatada de sus ruinas, fue colocada, con las otras ciudades del reino, bajo la autoridad de un tal Kandalānu quien, a pesar de su título de «rey», no era de hecho más que un gobernador asirio.

Quedaba Elam, sostén natural de toda rebelión babilónica. En Susa, Attakhamitinshushinak había muerto en el 648, y le sucedió su hijo Khumbankhaltash III. Incluso extendió su poder sobre Madaktu mientras que un tal Khumbankhabua (Unbankhabua) se había preparado en Babilu un pequeño principado.

Parece entonces que Asurbanipal está resuelto a abatir definitivamente Elam. Tomando como pretexto la negativa que le dieron los elamitas de entregarle a Nabūbēlshumāte, lanzó contra ellos, en mayo-junio del 647, una poderosa ofensiva en tenaza. Un ejército procedente del País del Mar se dirigió hacia Susa y otro, partiendo de Dēr, tomó como objetivo Madaktu. Khumbankhaltash huyó, abandonando sus capitales, y Tammaritu fue colocado de nuevo en el trono. Al año siguiente, el retorno de Khumbankhaltash desató una nueva intervención asiria. La ofensiva, bajo el mando de Bēlibni, devastó Rashū, rompió la resistencia elamita en el paso de Idide (Āb-i-Diz) y en Dūr-Untash (Choga-Zambīl) se apoderó de Madaktu y de Susa, luego, más allá, anegó el país en más de seiscientos kilómetros. A la vuelta, el ejército asirio se encarnizó sobre Susa, a la que destruyó de arriba abajo. En lo sucesivo, Elam no será más que una tierra vasalla, aunque Khumbankhaltash III, reinando otra vez sobre Madaktu en ruinas, entregó al fin al vencedor el cadáver de Nabūbēlshumāte, quien perdida toda esperanza había terminado por darse muerte.

Esta derrota de Elam acarreó la sumisión espontánea de varios países vecinos. Entre los cuales se encontraba el país de los persas, Parsuash, cuyo rey Kurash (Ciro I) envió entonces a Nínive, al mismo tiempo que su tributo, a su propio hijo como rehén[69].

Los últimos adversarios todavía impunes eran los árabes[70]: algunos habían ido para ayudar a Shamashshumukīn hasta la misma Babilonia, otros se habían sublevado en el desierto sirio y habían hostigado a las guarniciones asirias y a sus aliados de Siria y Palestina. Las represalias fueron llevadas a cabo por las tropas del gobernador de Damasco. A través del desierto, incendiaron los campamentos y diezmaron los camellos de las tribus culpables. El castigo de los nabateos, la toma de Acra, la destitución del rey de Judá y el trasplante a Samaria de susianos y elamitas, acabaron por disipar las últimas secuelas de la revuelta babilónica.

Vencido Elam y sometidos los árabes, la paz quedaba restablecida en todas las fronteras. En Anatolia incluso, después del saqueo de Sardes por los cimerios y la muerte de Giges, el hijo de éste, Ardys, renovó al rey de Asiria el juramento de fidelidad que había roto su padre. Las tropas asirias detuvieron y aniquilaron al jefe bárbaro Tugdamme, sin duda el Ligdamis que saqueó el templo de Éfeso, mientras que, según nos dice un documento que data posiblemente del 640, intentaba atacar las puertas de Cilicia.

Los últimos grandes anales, redactados hacia el 636, se acaban con la evocación de las relaciones particularmente cordiales que existían entonces entre Urarṭu y Asiria. Rusa II mantenía una embajada en Nínive y manifestaba respecto a Asurbanipal una deferencia que es casi servilismo: «Como un hijo a su padre, dice éste, me envió mensaje tras mensaje para solicitar mi soberanía». De hecho, Rusa estaba muy inquieto por la agitación que comenzaba entonces a manifestarse entre los cimerios que aún quedaban en su país y entre

los escitas de Sacácene. Son, en efecto, signos precursores de los tumultuosos movimientos que llevarán nuevas oleadas de invasores hasta Asia Menor, y provocarán el declive y la posterior ruina del reino urarteo.

Al leer los anales de su reino se podría pensar que Asurbanipal fue, durante más de treinta años, un infatigable conquistador, siempre al frente de sus tropas. Esta imagen sería tan poco exacta como la de Sardanápalo, afeminado y voluptuoso, bajo la cual los griegos han conservado en parte el recuerdo de él. Aunque en sus escritos cuenta sus campañas en primera persona y se atribuye la dirección de todas las operaciones militares, sabemos que la mayor parte de ellas han sido llevadas a cabo por sus generales. No es menos cierto que, en su palacio, Asurbanipal decidía por sí mismo la política exterior del reino y dirigía, de lejos pero de modo efectivo, la estrategia de sus ejércitos. En efecto, tenemos cartas en las que pide que le rindan cuentas o informaciones complementarias, o increpa a un general por haber sobrepasado, sin solicitar nuevas órdenes, las instrucciones que le había dado inicialmente[71].

Si le gustaban, como sabemos, las fiestas, las riquezas, la adulación de sus cortesanos, había recibido en su juventud una educación marcial y deportiva de la que estaba orgulloso: había templado su carácter al fortalecer su cuerpo. Por otra parte no cesó de entregarse a ejercicios violentos, y los frescos de su palacio testimonian sus hazañas cinegéticas.

Pero a estas cualidades unía otras más raras, las de un príncipe instruido y apasionado por la cultura. «He aprendido», dice, «lo que el sabio Adapa ha legado (a los hombres), el sentido oculto de todo conocimiento escrito. He sido iniciado en (la ciencia de los) presagios del cielo y de la tierra. Puedo participar en una discusión en una asamblea de sabios, discutir de la serie hepatoscópica con los lecanománticos más expertos. Sé resolver los recíprocos y los productos que no tienen solución dada. Soy experto en la lectura de textos eruditos, de los que el sumerio es oscuro y el acadio difícil de aclarar. Comprendo el sentido de las inscripciones en piedra de antes del Diluvio, que son herméticas, vagas y complicadas[72]».

Que haya alguna jactancia en sus palabras, es posible; no revelan menos, en este monarca, el deseo de aprender y el orgullo de conocer. Los conservará toda su vida. Su biblioteca es la prueba de ello. En efecto, son más de 25 000 tablillas o fragmentos los que se han encontrado en las ruinas de su palacio. Al lado de los archivos del reino, anales, cartas, contratos, documentos administrativos o económicos, quiso reunir todo el tesoro espiritual o científico de su tiempo: epopeyas, poemas, mitos, fábulas, sabidurías; tratados médicos, astronómicos y adivinatorios; himnos, rituales, plegarias, sortilegios, etc. Los numerosos textos lexicográficos y filológicos que se enumera testimonian igualmente el esfuerzo realizado entonces para el estudio de la lengua y de la escritura.

El rey no se limitaba a alentar este vivo movimiento intelectual. Tomaba parte él mismo haciéndose leer o intentando leer, si no escribir, numerosos documentos. Debido a sus curiosidades y a sus ignorancias disponemos hoy de las glosas, explicaciones o comentarios escritos por sus consejeros, que no siempre son inútiles al traductor moderno. Se ocupaba del buen mantenimiento y del enriquecimiento de su biblioteca. Hacía marcar con su nombre cada una de sus tablillas, y los colofones mencionan las copias que se hacía para él sobre originales de Asiria, Sumer o Akkad. Escribía a uno de sus corresponsales: «Orden del rey a Shadānu…; el mismo día en que veas esta tablilla mía, toma contigo a Shuma…, Bēlēṭir…, Aplā… y los (otros) eruditos de Borsippa que, tú, puedas conocer. Recoge todas las tablillas que se encuentran en su casa o que están depositadas en Ezida

(…), tantas como haya, así como las tablillas raras que están en tus archivos y que no existen en Asiria, búscalas y envíamelas… Además, si encuentras alguna tablilla… que yo mismo no te haya mencionado en mi carta y que juzgues que está bien para mi palacio…, envíamela[73]».

Otros reyes antes que él, por ejemplo, Tiglatpileser I o Sargón II, se habían preocupado de formar bibliotecas en sus palacios, pero ninguno dedicó a ello la pasión que atestigua esta carta. Por otra parte, esta pasión por los «libros» no era la única. Aunque Asurbanipal se dedica menos que Sargón o Senaquerib a las grandes realizaciones arquitectónicas, fomenta igualmente las artes y los artistas. La decoración de su palacio muestra la eclosión de un arte refinado. Las obras de su tiempo no tienen posiblemente el vigor y la majestad de la época de Asurnasirpal II, por ejemplo, pero tienen más suavidad en el dibujo, se siente más en ellas el gusto por el detalle pintoresco y la búsqueda de la actitud viva. Los bajorrelieves como la leona herida, el león agonizando o los asnos salvajes, muestran que el arte animalista no ha perdido aún nada de su pasada perfección.

VII. EL FIN DE ASIRIA Y EL REINO NEOBABILÓNICO

No nos ha llegado ningún documento oficial sobre el fin del reinado de Asurbanipal. Un texto posterior, al atribuirle un reinado de cuarenta y dos años, podría dejar suponer que vivió hasta el 627 o el 626. Pero esta cifra de cuarenta y dos años debe ser posiblemente errónea. Los últimos documentos que mencionan explícitamente el nombre de Asurbanipal son dos contratos privados que provienen de Nippur. Ambos se remontan al 631, año trigésimo octavo del reinado, y el más reciente de los dos exhibe la fecha extrema de principios de junio. Se piensa de ordinario que Asurbanipal murió, lo más tarde, algunos meses después de esta fecha, o, a lo sumo, en el 629[74].

Otro problema se nos plantea respecto a sus sucesores inmediatos, que se dicen hijos suyos. Se ha pretendido que los dos no eran de hecho más que un solo y único personaje, hijo de Asurbanipal, que cambiaría su nombre a lo largo de su reinado. Aunque esta hipótesis resuelve algunas dificultades, plantea muchas otras y de momento parece más razonable admitir que dos hijos de Asurbanipal se hayan sucedido efectivamente en el trono.

El primero, Ashshureṭlilāni[75] tuvo alguna dificultad, parece ser, para recoger la herencia paterna. Una tentativa de usurpación fue abortada gracias a la energía y lealtad de su preceptor militar, el general Sinshumlīshir, al que el nuevo rey recompensó dándole tierras[76]. Si creemos en las fechas de los contratos privados, el reinado de Ashshureṭlilāni duró por lo menos cuatro años. En Asiria misma sólo está atestiguado por una inscripción conmemorativa de trabajos efectuados en el templo de Nabū, en Kalakh. En ella el protocolo es el tradicional, y el rey se otorga los mismos títulos que los que se unían al nombre de su padre y su abuelo, como si, políticamente, nada hubiera cambiado en el reino. En Babilonia otros documentos, que datan de su reinado, provienen de Dilbat, Nippur, Sippar y Uruk: atestiguan que Asiria controlaba todavía, nominalmente al menos, estos distritos babilonios.

Después del 627 no se sabe más de Ashshureṭlilāni. Durante algunos meses, el general Sinshumlīshir ejerció el poder, antes que la realeza pasara a Sinsharishkun quien, como Ashshureṭlilāni, se dice hijo de Asurbanipal.

En este mismo año, 627, moría en Babilonia el gobernador asirio Kandalānu, al que

Asurbanipal había puesto en el trono, después de la trágica muerte de Shamashshumukīn. No sabemos nada de su reinado, salvo, por el silencio de una crónica, que ningún disturbio impidió la celebración de las fiestas de año nuevo en Babilonia y en Borsippa, y, por unos contratos, que su reino no excedía casi de los alrededores de estas ciudades, como no sea, a veces, las de Sippar y Uruk.

Mientras que las ciudades babilonias con guarniciones asirias reconocían, en este año 627, como rey a Sinshumlīshir, luego Sinsharishkun, la propia Babilonia a la muerte de Kandalānu no le dio a éste inmediatamente un sucesor: el trono permaneció vacío. «Durante un año —dice una crónica posterior— no hubo rey en el país», y los escribas tomaron la costumbre de emplear para sus contratos una fecha póstuma: «año 21 *después de* Kandalānu», para los últimos meses del año y «año 22 *después de* Kandalānu», para el año siguiente.

Estos cambios de reyes, precedidos o seguidos de abusos del poder militar en Asiria, con el poder vacante en Babilonia, evidentemente no se sucedían sin debilitamiento de la autoridad y sin desórdenes. Sin embargo es poco probable que éstos hayan sido influidos, directamente o no, por los movimientos de los escitas que se produjeron entonces. Después de haber vencido a los cimerios, del 630 al 620 iban a saquear Siria, hacer temblar Jerusalén y llegar hasta la frontera de Egipto, donde el viejo Psamético comprará su retirada. A continuación retrocederán hasta el alto Éufrates donde se han encontrado vestigios de su dominación. Aunque el abandono pasajero de Siria a estas bandas de saqueadores haya mermado el prestigio de Asiria en estas regiones, la propia Mesopotamia parece inquietarse poco de sus depredaciones. Lo que amenaza ahora su equilibrio no es tanto un peligro exterior como la agitación de las poblaciones arameas y caldeas del sur de Babilonia, principalmente de Bīt-Yakīn y del País del Mar.

Hacía ya varias generaciones que sus jefes, incorporados al culto de Marduk y Nabū, contemplaban Babilonia y Borsippa como sus capitales religiosas. En cada ocasión favorable habían intentado apoderarse de ellas, y a veces lo habían conseguido. Soñaban con agrupar en una verdadera unidad política a todas las tribus nómadas, entre las cuales la comunidad de raza y de religión, el deseo de apropiarse de las tierras de cultivo, y también el odio contra el ocupante asirio, suscitaba ya un nacionalismo agresivo y envidioso. Merodac-Baladán estuvo en varias ocasiones a punto de realizar este sueño.

El jefe del País del Mar era entonces Nabopolasar (Nabūaplauṣur), cuyo poder creyó oportuno reconocer oficialmente el nuevo rey de Asiria, Sinsharishkun. Esta concesión estaba lejos de ser suficiente para sus ambiciones. Las dificultades por las que atravesaba Asiria y su impotencia manifiesta para imponer sobre el trono babilonio un sucesor de Kandalānu, le parecieron, por el contrario, una nueva ocasión favorable para realizarlas.

Después de haber saqueado Uruk, con ayuda elamita, Nabopolasar atacó Nippur. Los asirios reaccionaron enviando a Babilonia un ejército del que algunos contingentes bloquearon la capital, y otros acudieron en ayuda de la guarnición asiria de Nippur. Ante ellos Nabopolasar, duramente presionado, tuvo que retroceder hasta Uruk, donde finalmente derrotó a sus perseguidores, que, a su vez, se batieron en retirada. Durante este tiempo, los habitantes de Babilonia rompieron el cerco y rechazaron victoriosamente a la otra parte del ejército. Este doble éxito, conseguido a expensas de los asirios, compensaba el fracaso sufrido por Nabopolasar ante Nippur, y decidió a los babilonios a ofrecerle el poder, como lo hicieran antes sus antepasados con Merodac-Baladán. Reconocido ya «rey de Akkad» en Sippar, algunas semanas antes, lo fue oficialmente en Babilonia el 23 de

noviembre del año 626[77].

Sin embargo, su posición distaba mucho de estar asegurada. A pesar del debilitamiento del poder real en Asiria, el ejército permanecía leal y fuerte. Guardando aún la iniciativa, estaba siempre dispuesto a descender cada año a Akkad para acciones de intimidación o para sostener sus guarniciones. Los contraataques babilonios eran prudentes y limitados.

Sin embargo, la situación evolucionaba a favor de los babilonios. En el 623, la región de Dēr se sublevó contra Asiria, y la misma Nínive tuvo que rechazar un ataque cuyos autores fueron posiblemente las tropas de Fraortes. Si se trata de los medos (el nombre de los asaltantes ha desaparecido en una rotura del texto)[78], este ataque podría ser del que habla Heródoto: «(Fraortes) entró en guerra contra los asirios, contra aquellos asirios que habitan Nínive… Marchó contra ellos, fue muerto después de un reinado de veintidós años y con él pereció la mayor parte de sus tropas». Cualquiera que haya sido el fin de esta ofensiva, atestigua el hundimiento de las defensas asirias en la meseta y el nuevo espíritu de conquista que animaba ya al pueblo medo.

Aquí se interrumpe el texto de la crónica que, hasta ahora, nos ha permitido seguir con detalle el curso de los acontecimientos. Para los siete años siguientes no nos ha llegado ninguna fuente histórica. Sabemos solamente, por las fechas de textos económicos, que, del 622 al 620, la posesión de Uruk era todavía violentamente disputada entre los asirios y los babilonios.

Cuando, en el 616, décimo año de Nabopolasar, comienza el relato de una nueva crónica, parece de pronto que ha cambiado netamente la relación de fuerzas. De ahora en adelante son las tropas babilónicas las que, fuera de sus fronteras, toman y guardan la iniciativa. Este año remontaron el valle del Éufrates, primero hasta el Khābūr y luego, después de haber rechazado un ataque asirio, hasta el Balīkh. No cabe duda de que este cambio de situación, sobre todo en el valle del Éufrates, inquietó, en Egipto, al viejo faraón Psamético. Ciertamente, cuarenta años antes, él mismo había liberado a su país del yugo asirio y, más tarde, había anexionado a sus expensas toda Filistea o parte de ella. Pero ahora podía temer que una derrota total de Asiria atrajera sobre la explanada siria a compañeros más peligrosos. Sus temores se comprobaron bien fundados cuando, en el curso de este mismo año, 616, los babilonios, remontando el Tigris, empujaron a los asirios hasta los alrededores del pequeño Zāb y cuando, en la campaña siguiente, pusieron sitio a la antigua capital, Asur. Un contraataque asirio los rechazó, pero debió detenerse a más de 250 km de Babilonia, porque la provincia de Arrapkha estaba amenazada de ser invadida por los medos. Estos, al mando de Ciaxares, el que después de la muerte de su padre Fraortes había vencido a los escitas del Caspio y reorganizado el ejército, lanzaron, durante el verano del 614, una vigorosa ofensiva contra Asiria. Avanzaron en dirección a Nínive, pero la rodearon para ir a apoderarse de Tarbiṣu (Shorīf-Khān), luego, descendiendo el Tigris, llegaron a su vez a sitiar Asur. Esta vez la ciudad no pudo resistir. Los medos la tomaron, la saquearon y asesinaron o deportaron a sus habitantes. Cerca de la ciudad en ruinas es donde Nabopolasar, que había llegado demasiado tarde al campo de batalla, firmó un tratado de amistad con Ciaxares, que iba a reforzar, si creemos a Berosio, el matrimonio de su hijo con la hija del rey medo.

La destrucción de Asur, si bien conmovió a Asiria, no le supuso un golpe fatal. Sus asaltantes se alejaban y se separaban después de cada campaña, deseosos sobre todo de llevar el botín a su país. Dejaban a la suerte la posibilidad de reunir de nuevo algunas fuerzas. De este modo al año siguiente el ejército asirio, mandado por Sinsharishkun, era

aún capaz de ir a guerrear al valle del Éufrates y de forzar a una retirada precipitada a los babilonios que, después de haber tomado Sukhu, sublevada contra ellos por instigación sin duda de Asiria, asediaban con todos sus medios la ciudad de Ana'. Pero eran los últimos sobresaltos del poderío asirio. Para Asiria, el desenlace estaba próximo.

En el 612, las tropas de la confederación médica y el ejército babilónico conjugando más eficazmente sus esfuerzos, llegaron a asediar a la propia Nínive. La ciudad resistió durante tres meses. En agosto fue tomada, saqueada y el rey Sinsharishkun muerto probablemente en la batalla. Sin embargo, una parte de los asirios, bajo la dirección de Ashshuruballiṭ, posiblemente lograron huir en dirección de Kharrān. Los babilonios, saqueando la comarca, los persiguieron hasta Nisibis. Los medos, por su parte, volvieron a su país, llevándose la mayor parte de los tesoros de Nínive. En el curso del otoño, en Kharrān, último fragmento del territorio nacional, Ashshuruballiṭ se hacía proclamar rey de Asiria.

Al año siguiente, en dos ocasiones, el ejército babilónico vino a probar la resistencia del último bastión asirio. Pero no atacó directamente y se limitó a recoger botín y prisioneros en las regiones lindantes, al oeste de Nisibis. Volvió en el 610 y al cabo de cinco meses se le reunieron los medos. Ante la proximidad de los coaligados, Ashshuruballiṭ, sus tropas y algunos refuerzos egipcios enviados por el faraón, abandonaron Kharrān y se replegaron al oeste del Éufrates. La ciudad, abandonada por sus defensores, fue tomada, saqueada y ocupada por una guarnición babilónica.

Algunos meses más tarde, en el curso del año 609, Ashshuruballiṭ, apoyado esta vez por importantes fuerzas egipcias enviadas o conducidas por el nuevo faraón Nekao, atravesó otra vez el Éufrates para intentar tomar de nuevo la capital. La sitió durante dos meses, pero en vano. Antes incluso que Nabopolasar llegara en auxilio de la guarnición, los asaltantes habían sido rechazados y derrotados por ella. Se ignora lo que le sucedió a Ashshuruballiṭ, cuyo nombre no vuelve a aparecer en el relato de la crónica. Esta misteriosa desaparición del último rey asirio no ha dejado de intrigar a los historiadores. Algunos se han preguntado si los mismos egipcios no eliminarían a un aliado demasiado débil, y, por ello, más embarazoso que útil. Sea como fuere, desapareció con él lo que quedaba aún de su reino. De ahora en adelante, serán tropas egipcias las que van a encontrarse los babilonios ante ellos. Egipto tomará el relevo de Asiria sobre el Éufrates.

En el derrumbamiento del imperio asirio, el faraón reivindicaba abiertamente lo que había sido su dominio sirio-palestino. Por su parte, los medos se desinteresaban: ocupaban Asiria propiamente dicha y Kharrān y consideraban el medio y alto valle del Tigris como su frontera occidental. Pero los babilonios, dueños de toda Mesopotamia y de todo el valle del Éufrates, hasta su gran meandro, estimaban que el conjunto de territorios del oeste del río les correspondía por derecho.

Sin embargo, en los años que siguieron a la toma de Kharrān, Nabopolasar dirigió primeramente varias campañas en las montañas al sur de Urarṭu. Éstas, más todavía que el de dispersar eventuales supervivientes asirios y recoger botín en estas regiones, han podido tener como fin o flanquear al sur un posible avance de los medos hacia Halys o, lo que es más verosímil, preparar el futuro empuje babilonio hacia el oeste, afianzando la seguridad de su flanco derecho.

A partir de la primavera del 607, Nabopolasar, que envejecía, asoció más estrechamente al ejercicio del poder a su hijo, el príncipe heredero, Nabucodonosor (Nabūkudurriuṣur). Después de una campaña dirigida en común en las montañas, se tomó por costumbre alternar regularmente el mando. Cada uno de ellos, alternativamente, salía

de campaña al frente de su ejército, mientras que el otro se quedaba en Babilonia para ocuparse de los asuntos internos del estado.

Este mismo año, 607, el objetivo primordial del rey es manifiestamente la conquista de Siria. El obstáculo principal para esta conquista es el campamento fortificado de Karkemish, sobre el Éufrates, que estaba sólidamente mantenido por una fuerte guarnición egipcia, compuesta principalmente por tropas extranjeras y por mercenarios griegos. Más allá, sólo algunos puntos de apoyo, entre ellos Ribla sobre el Orontes, aseguraban las líneas de comunicación con las bases egipcias.

Hacia el fin de 607, no lejos de Karkemish, Nabopolasar logró establecer una cabeza de puente al oeste del Éufrates. Algunos meses más tarde, su guarnición, sitiada, fue exterminada por los egipcios. Una nueva tentativa hecha al año siguiente sobre otro punto del río sólo conoció un éxito también temporal. Un vigoroso contraataque egipcio obligó a los babilonios a abandonar la plaza.

Nabopolasar decidió acabar de una vez. En la primavera del 605 nombró al príncipe heredero jefe de todo el ejército y le encargó la misión de forzar el paso del río y apoderarse de Karkemish. Franqueando por sorpresa el Éufrates, Nabucodonosor atacó la ciudad allí donde era vulnerable, por el sur y por el oeste. La batalla comenzada fuera de los muros se prosiguió en el interior en un furioso cuerpo a cuerpo. La ciudad fue incendiada y la guarnición egipcia y los mercenarios aniquilados. Solos, algunos supervivientes huyeron, pero Nabucodonosor y sus tropas los alcanzaron en la región de Khama donde fueron exterminados.

La violencia de estos combates muestra bien que, tanto para Egipto como para Babilonia, lo que estaba en juego en este enfrentamiento era de una importancia capital. De hecho, la victoria de Karkemish hizo caer en manos de Nabucodonosor, prácticamente sin resistencia, la mayor parte de Siria-Palestina, desde el Éufrates hasta la frontera egipcia.

En estas regiones conquistadas es donde, semanas más tarde, el príncipe heredero va a conocer la muerte de su padre, acaecida en Babilonia el 17 de agosto del 605. Volviendo a marchas forzadas, Nabucodonosor II fue reconocido inmediatamente como rey, el 7 de septiembre del 605, tanto en la capital como en las otras ciudades del reino[79]. La situación interior, perfectamente en calma, le permitió, en otoño del mismo año, partir de nuevo hacia Siria, y hacer allí una larga campaña que duró hasta febrero del 604. Esta marcha a través de Siria sólo tenía de hecho el nombre de campaña. El nuevo rey recorrió en todos los sentidos el país, sin encontrar, parece ser, la menor resistencia, y volvió a Babilonia cargado con un enorme botín que había reunido. Esta campaña fue la primera de una larga serie de recorridos fructíferos cuya monótona repetición seguimos en la crónica año tras año, hasta que, en el 595, al término de este texto, se nos interrumpe el relato. Muy a menudo fueron simples paseos militares. Pero permitían sobre todo vigilar a Egipto y tomar, si se presentara el caso, las medidas necesarias. En el curso de la expedición del 604, Nabucodonosor sitió y saqueó la ciudad filistea de Ascalón, que hubiera podido convertirse en cabeza de puente egipcia. Tres años más tarde se decidió incluso atacar directamente a Egipto. Pero el faraón Nekao había tenido tiempo de movilizar sus fuerzas. En el orden de batallas que los enfrentó, ambos adversarios sufrieron grandes pérdidas. Por parte babilónica fueron tales que Nabucodonosor necesitó cerca de dos años, de enero del 600 a diciembre del 599, para poder reconstituir su ejército, principalmente para reorganizar los carros de combate y la caballería que habían sufrido particularmente en el encuentro.

Las expediciones a Siria continuaron, pues, a fines del 599. En esta ocasión, Nabucodonosor envió columnas móviles contra ciertas tribus nómadas del desierto, más o

menos enfeudadas sin duda a Egipto. Probablemente la labor diplomática del faraón no fue ajena tampoco a la insubordinación que creyó poder manifestar entonces el rey de Judá, Jōjakīn. Nabucodonosor le sitió en Jerusalén, que cayó el 16 de marzo del 597. Tres mil judíos, o más, fueron deportados a Babilonia y el trono de Judá fue entregado a Sedecías.

Si la campaña siguiente no sobrepasó, parece ser, Karkemish, a continuación el rey de Babilonia parece que tuvo que hacer frente en el Tigris a un nuevo adversario, que posiblemente fuera un ejército elamita. En todo caso, la alerta fue breve y sin consecuencias desagradables. Otra alerta, interior esta vez, tuvo lugar al año siguiente: de diciembre del 595 a enero del 594 estallaron disturbios en el país, probablemente en los medios militares. La represión fue severa, pero rápida y eficaz: a finales de año, Nabucodonosor pudo partir de nuevo para Siria, recibir los tributos de sus vasallos, y comenzar otra vez al año siguiente sus tradicionales recorridos.

Las crónicas que hasta ahora nos han permitido seguir fielmente el curso de los acontecimientos se interrumpen aquí. A partir del año 594, nos faltas las tres crónicas que debían cubrir los treinta y ocho años siguientes. Sin embargo, durante este intervalo, otras fuentes menos directas nos dan a conocer que el faraón Apries (595-570), queriendo ciertamente proseguir la política de expansión en Asia, se apoderó de Gaza, atacó Tiro y Sidón y provocó una nueva sublevación de Judá. Nabucodonosor rechazó a los egipcios, tomó de nuevo Jerusalén en el 587 después de un asedio de dieciocho meses, deportó a millares de judíos, anexionó poco después el reino de Judá y mantuvo, durante trece años, el asedio ante Tiro.

Otro texto se hace eco de un ataque que Nabucodonosor había lanzado contra Egipto en el 568. Se puede pensar que aprovechó los desórdenes que llevaron al poder al faraón Amasis para invadir el delta y forzar así a Egipto a renunciar a sus intervenciones en Asia. El texto, desgraciadamente mutilado, no nos permite saber más sobre la operación y sus consecuencias. De todos modos es seguro que algún tiempo antes, una decena de años antes del fin de su reinado, el rey de Babilonia mantenía sólidamente sus posesiones sirio-palestinas. Se había acondicionado una calzada que, aparte de su importancia estratégica, presentaba la ventaja de facilitar el transporte de los cedros del Líbano.

De estas regiones y de otras partes del imperio se acarreaban cada año grandes riquezas a Babilonia. La ciudad había vuelto a ser lo que no había sido desde hacía siglos, el centro político de un reino fuerte y próspero. Pero todavía estaba marcada por las destrucciones que habían acumulado las pasadas guerras. Los trabajos comenzados bajo el reinado precedente para la reconstrucción de la gran torre de pisos, el Etemenanki, habían quedado sin acabar. Nabucodonosor volvió a emprenderlos e inició nuevas construcciones: de la santa Babilonia quería hacer una rica y poderosa metrópoli. Sin descuidar otras ciudades, Dilbat, Kutha, Sippar, Uruk, Larsa, Marad, Ur y Borsippa, consagró lo esencial de sus recursos a embellecer la capital. Restauró varias capillas del gran templo de Marduk, acabó el Etemenanki, reconstruyó otros varios templos, prodigando por todas partes el oro, la plata, las piedras preciosas y las maderas raras.

Al norte de la ciudad, sobre el antiguo cauce del río, su padre había hecho construir un pequeño palacio. Nabucodonosor lo reconstruyó en mayor escala. Comprendía cinco patios, al otro lado de una puerta monumental que daba sobre la vía procesional, sobre los cuales se abrían sucesivamente las salas de guardia, los servicios de la cancillería, las salas de recepción, los apartamentos reales y el harén. Terminaba al oeste, sobre el Éufrates, con una fortificación maciza, y estaba protegido al norte de la muralla interior de la ciudad. En los otros lados, espesos muros lo aislaban del resto de ésta. Interiormente estaba decorado

con cerámicas de colores vivos que representaban animales, motivos florales y columnas figuradas, coronadas de volutas y palmetas. En el ángulo nordeste de este palacio, allí donde las excavaciones han puesto al descubierto múltiples bóvedas, se elevaban posiblemente, por encima, los famosos «jardines colgantes», que toda la Antigüedad consideró como una de las siete maravillas del mundo.

Muy cerca, a caballo del doble cerco de murallas, se alzaba la más bella de las ocho puertas de la ciudad, la puerta de Ishtar. Formaba un conjunto monumental, con tres portillos y torres almenadas, adornada en su fachada y en sus muros interiores, con ladrillos de esmalte azul, con filas alternas de dragones y de toros en relieve.

Más allá de la puerta continuaba la vía procesional, con baldosas de piedra calcárea blanca y de mármol rojo. De veintidós metros de ancha, estaba rodeada por dos espesos muros, también decorados con leones en relieve, rojos o amarillos, entre dos frisos de rosetones, sobre fondo de cerámica azul. Estos muros se prolongaban, por la derecha, en un poderoso bastión, y, por la izquierda, en el museo del castillo, sólidamente fortificado.

Además de estas obras en saledizo, Nabucodonosor no se contentó, para reforzar las defensas de la ciudad, con restaurar su doble muralla rectangular, cuyas gruesas torres cuadradas dominaban un foso lleno de agua. Puso la ciudad al abrigo de ataques directos protegiéndola a distancia por el «gran muro del este», igualmente doble y reforzado con torres. De unos cuatro kilómetros y medio de largo, formaba un amplio ángulo recto sobre la ribera izquierda del río, donde sus extremos venían a apoyarse por ambas partes de la ciudad. Entre este muro y las murallas se extendía una vasta zona de suburbio, de jardines y de parques en la que, sin duda, estaba el *bīt akītu*, el templo del año nuevo fuera de los muros. Más al norte, en un saliente de la muralla, se encontraba además un «palacio de verano», que Nabucodonosor también había hecho construir al borde del río.

Una buena parte, según se ve, de los considerables trabajos que Nabucodonosor hizo ejecutar en su capital tenía como fin reforzar o extender las defensas. No era sin motivos, y se puede pensar que el rey de Babilonia sentía pesar sobre su país la fuerza temible de los pueblos del este.

Por ahora los medos, sin duda los más poderosos de entre ellos, eran sus aliados. Pero hacia el 590 habían tomado y saqueado Ṭushpa, la capital de Urarṭu, acarreando la descomposición de este reino. Es posible que subsistieran algunos islotes, más al norte, principalmente alrededor de Tesheba, la actual Karmir-Blur. Esta última plaza fuerte caería bajo la acometida de los escitas hacia el 585, si creemos a los arqueólogos rusos que excavaron sus ruinas, o unos treinta años antes, en la confusión que siguió a la toma de Nínive, según otros historiadores[80]. Comoquiera que sea, los medos, bajo la dirección de Ciaxares, abrieron enseguida un paso hacia Halys (Kizil-Irmak) y se enfrentaron a Alyatte, el rey de Lidia vencedor de los cimerios. La guerra entre los lidios y los medos duró cinco años y no terminó hasta el eclipse del 28 de mayo del 585. Entre los que mediaron entonces, uno, según Heródoto, se llamaba Labynetos. Se puede pensar que el nombre designa o bien realmente a Nabónido, en este momento plenipotenciario del rey de Babilonia, o bien, por error de persona, a Nabucodonosor mismo quien, entre el 595 y el 570, había anexionado el vecino país de Cilicia, que se había independizado después de la muerte de Asurbanipal.

Es posible que los últimos años de Nabucodonosor hayan sido turbados por desórdenes interiores. En todo caso su hijo Awīl-Marduk (el Evilmerodac del Antiguo Testamento) no reinó más que dos años (562-560). Después de su muerte fue un general, Neriglisar (Nergalsharuṣur), quien subió al trono[81]. Rico hacendado, poseía importantes

dominios en Babilonia y en Opis. Durante cierto tiempo había sido comisario real de la contabilidad del templo de Sippar, y, a título militar, participó sin duda en el asedio de Jerusalén en el 587. Accedió al poder a una edad ya madura, según parece, y consagró la mayor parte de sus cuatro años de reinado a trabajos pacíficos: restauración de templos, de palacios, de muelles y de canales. Solamente el último año, en el 557-56, hizo una campaña en Cilicia, ya que la parte de ella que era vasalla de Babilonia, Khumē, estaba amenazada por un belicoso vecino. Neriglisar atravesó Khumē, la actual región de Tarsis y Adana, y luchó en la región montañosa de Cilicia (Traquea) hasta las fronteras de Lidia. Pacificando el país, abrió así las vías de comunicación entre Lidia y el Creciente Fértil.

Neriglisar debió morir poco después. Su joven hijo, Lābashi-Marduk, no reinó más que tres meses. Fue asesinado, y el partido vencedor llevó entonces a Nabónido el poder.

La personalidad del nuevo rey es todavía hoy bastante enigmática[82]. Lo que es seguro es que no era de sangre real, porque lo confiesa él mismo. De su padre, Nabūbalaṭsuiqbi, sabemos pocas cosas, solamente los títulos que se le dan, «gobernador» (*shakkanakku*) y «príncipe» (*rubū*), pueden hacernos suponer que era jefe de clan en una gran tribu aramea de Babilonia. Es también seguro que la madre de Nabónido, Addaguppi’, ejerció sobre su hijo una influencia tanto mayor cuanto que vivió hasta avanzada edad. Había sido, en Kharrān, sacerdotisa del dios Sin. Después de la conquista de la ciudad, encontró refugio con su hijo en la corte de Babilonia y Nabónido entró al servicio de Nabucodonosor y luego de Neriglisar.

Cuando la revuelta le llevó al poder, se defendió de ser un usurpador, o incluso un innovador: «Lābashi-Marduk, escribe, el joven hijo de (Neriglisar)…, se sentó en el trono real contra la voluntad de los dioses… Bajo la orden del dios Marduk, mi señor, fui elevado a la soberanía del país… Soy el legítimo ejecutor de (la política de) Nabucodonosor y Neriglisar, los reyes que me han precedido, mientras que Awīl-Marduk, el hijo de Nabucodonosor, y Lābashi-Marduk, el hijo de Neriglisar…»[83]. La frase está interrumpida por una rotura, pero el sentido está claro. Los dos reyes que han sido destronados por revoluciones eran soberanos impíos. Nabónido, por el contrario, proclamando su devoción al dios nacional Marduk, se presentaba como el fiel continuador de sus dos predecesores más importantes.

En verdad, es preciso subrayar que Nabucodonosor, al igual que Neriglisar, había hecho saltar los cuadros demasiado rígidos del puro nacionalismo babilonio, infundiéndole el ideal del imperio universal que había sido el de los reyes de Asiria. La expansión babilónica hasta el Mediterráneo era la prueba e ilustración duradera. Nabónido insistirá en esta herencia asiria más aún que sus predecesores. Llamará a los soberanos de Nínive sus «antepasados reales» y tomará para sí una parte de sus títulos. Ciertamente en esta actitud hay una influencia materna. La antigua sacerdotisa de Kharrān se vanagloriaba de haber nacido en el apogeo del reinado de Asurbanipal, de haber conocido los veintidós últimos años de éste, y de haber ejercido su sacerdocio en la ciudad que fue la última capital de Asiria.

Esta inclinación sentimental por Kharrān, que la madre inspiró sin duda alguna a su hijo, influirá de manera decisiva en la política de Nabónido. Otras preocupaciones acabarán por reforzar este sentimiento. Llegado al trono por la violencia, Nabónido va a sentir más aún la necesidad de afirmar su legitimidad dado que la oposición nacionalista y religiosa babilónica no cesaba. De ahí el deseo constante del rey de ceñir cada uno de sus actos públicos a la tradición más auténtica y más venerable de la historia mesopotámica. Cada vez que restaure un templo buscará con pasión los ladrillos de los cimientos de sus más

antiguos fundadores. Al honrarlos y ponerlos en su sitio junto a los suyos, tendrá conciencia de unir sólidamente su reinado a la cadena de todos los reyes que, desde el origen del templo, se habían sucedido legítimamente en el país.

Pero su muy especial solicitud por el templo de Kharrān traicionó su predilección oculta. Al lado de la gran tríada babilónica Marduk, Nabū, Nergal (Júpiter, Mercurio y Marte) a los que honra como sus predecesores, venera a otra, muy honrada en la Asiria de los Sargónidas, Sin, Shamash e Ishtar (la Luna, el Sol y Venus), y, en su corazón, otorga a Sin, el dios de su madre, un lugar eminente. Esta actitud religiosa no tardará en crear, entre el sacerdocio babilónico y él, un conflicto ideológico tanto más grave cuanto que el dios-Luna que él invoca no es el Sin babilónico, sino el Sin de Kharrān, de naturaleza y símbolo diferentes.

Al principio del reinado, el conflicto estaba aún latente. La autoridad de Nabónido victorioso no se discute todavía. Puede proseguir sin inquietud, principalmente en el exterior, la política de sus antecesores. En el 554-553, dirige una expedición contra Khama, y, al año siguiente, otra a Siria y contra Adammu (Edom). Puede ser incluso que, entre tanto, la sublevación de Ciro y su victoria contra Astiages, entre 556 y 550, le hayan permitido volver a ocupar Kharrān y comenzar los trabajos de reconstrucción de su templo.

Igualmente en el interior del país nada parece todavía haber cambiado sensiblemente en las concepciones del poder ni en la organización del estado. Incluso en estos primeros años del reinado de Nabónido es donde el historiador moderno encuentra la imagen más precisa, y quizá la más significativa desde el punto de vista político y económico, del reino neobabilónico.

Cuando en su cuarto año Nabónido asoció estrechamente a las responsabilidades del poder a su hijo Bēlsharuṣur (Baltasar), y, durante sus ausencias, delegaba en él hasta el ejercicio de la soberanía, no hizo más que seguir una tradición neobabilónica que ya pusiera en práctica Nabopolasar en favor de su hijo Nabucodonosor. Pero, en esta corregencia del príncipe heredero y cualquiera que fuera el tiempo que se ausentara el rey, éste conservaba la soberanía total, y su hijo sólo ejercía el poder en nombre de su padre.

Para tomar decisiones, parece que Nabónido estaba asistido por una especie de gabinete privado, en el que conocemos a su escriba personal, un «administrador» (*shatammu*) y un «secretario de estado» (*zazakku*). Al frente del reino se contaba, además, con una veintena de grandes dignatarios; los cuatro primeros, con títulos a menudo arcaicos, eran el «gran panadero» (*rab nukhhatimmu*), el «gran organizador» (*rabkāṣiru*), el «representante de palacio» (*sha pan ēkalli*) y el «mayordomo» (*rab bīti*); entre los otros figuraban los secretarios responsables del harén o de la casa del príncipe heredero, los jefes de correos, de bateleros y de comerciantes, así como el jefe de los cantores.

Desde el punto de vista político, el reino estaba dividido en provincias, la mayor parte de las cuales daban una estructura administrativa a las antiguas grandes tribus arameo-caldeas: Puqudu, Dakkūru, Gambulu, Amukkānu. De sus gobernadores, el primero en dignidad era el del País del Mar, cuna de la dinastía. Todos constituían los «Grandes de Akkad», y la misma categoría que ellos tenían los pontífices de ciertos templos, los prefectos de las ciudades (*qīpī ālāni*) y los reyes vasallos, principalmente los de Tiro, Gaza, Sidón, Arvad, Asdod.

Como se ve por ciertos títulos de altos dignatarios y por la jerarquía de los gobernadores, la estructura del reino neobabilónico parece estar caracterizada principalmente por lo que debe a los cuadros administrativos del País del Mar, del cual desciende. Lo está también por la importancia económica que representan los grandes

santuarios que, tales como los de Babilonia, Borsippa o Uruk, eran propietarios de inmensos dominios. El personal que dependía de estos templos era numeroso y variado. Además de los sacerdotes y los esclavos, comprendía una nueva clase social, los oblatos (*shirkū*), cuya condición era intermedia entre la condición servil y la de los hombres libres. Hombres y mujeres «ofrecidos» al templo a perpetuidad desempeñan ciertas tareas en él a cambio de las cuales eran alimentados, alojados y vestidos. El templo mantenía también estrechas relaciones con buen número de comerciantes y de artesanos libres de la ciudad, los *mārbanūti*. El consejo (*pukhru*) de estos burgueses se ocupaba frecuentemente en mantener reuniones ordinarias con los responsables sacerdotales.

Administrativamente, los asuntos del templo y de sus dominios (bienes, cultivos y personal) estaban administrados por los «apoderados» (*qīpū*), ayudados por unos «administradores» (*shatammu*): éstos eran ya personajes bastante importantes para que un *shatammu* de Borsippa pudiera casarse con la hija del rey Neriglisar. Asistidos por los «escribas» del templo, los *qīpū* y *shatammu* administraban los bienes del dios, pero no intervenían en la vida religiosa más que en la medida en que ésta llevaba aparejada cuestiones de material, de aprovisionamiento o de mano de obra ordinaria.

En la mayor parte de los casos las posesiones eclesiásticas no eran explotadas por los mismos templos: palmerales y tierras de cultivo eran muy a menudo arrendadas o alquiladas. Sobre estas tierras el rey percibía un diezmo que, junto con las rentas de las posesiones reales, representaba lo esencial de sus recursos regulares. También éstos se incrementaban con las aduanas, peajes y otros derechos, entre los cuales figuraba lo que se llamaba «la cesta del rey» (*quppu* o *sellu*). Altos funcionarios (principalmente el «encargado de la cesta del rey», *sha mukhkhi quppi sha sharri*) se encargaban y responsabilizaban de ella en las diversas ciudades. Una vez llenas, estas cestas se llevaban bajo buena escolta a Babilonia, donde servían sobre todo para el sustento y aprovisionamiento del palacio.

La administración real no se limitaba a percibir el diezmo eclesiástico. Vigilaba el rendimiento. En las grandes ciudades del reino, el más alto funcionario civil nombrado por el rey era el «director» (*shakin temī*). A menudo tenía preferencia sobre el «apoderado» (*qīpū*) de los templos, tenía derecho a inspeccionar sus cuentas, presidía el tribunal y estaba asistido por un «segundo» (*shanū*). La vigilancia de la contabilidad era especialmente ejercida por los «comisarios del rey» (*rēsh sharri*) quienes, en nombre de la corona, formaban parte de la administración de los templos.

De hecho, el rendimiento de las tierras eclesiásticas, arrendadas o no, era de ordinario relativamente escaso. Esta depreciación ocasionaba una mayor vigilancia real. En numerosas actas aparecen ahora unos «interventores» reales (*bēl piqitti*). Sus poderes a veces fueron asumidos por ciertos «comisarios», que llevaban en este caso el título de «comisario del rey encargado del control» (*rēsh sharri bēl piqitti*). Por otra parte, la autoridad real suscitó o estimuló la normalización de los cultivos, la creación de nuevos palmerales y el acondicionamiento de los antiguos. Así aparecieron lo que puede llamarse «granjas generales». El «granjero general», que estaba encargado de vastos territorios, se interponía entre el templo, por una parte, y, por otra, los granjeros y colonos que se convertían en sus subarrendatarios y no tenían ningún nexo directo con el templo. Él mismo era deudor del templo por un canon fijo establecido según una estimación a tanto alzado de las cosechas, efectuada siempre por los funcionarios del templo. La primera de estas «granjas generales» data del año 23 del reinado de Nabucodonosor, y fue instituida en provecho del «interventor» Shumukīn, que ejercía en Babilonia actividades bancarias[84].

El alto personal de los templos no vio con buenos ojos la extensión progresiva de estas «granjas» («de dátiles» o «de cebada»). Acentuaban la influencia del poder real sobre la gestión de los bienes eclesiásticos. Sin embargo, y aunque algunas de estas «granjas generales» hayan sido confiadas a funcionarios dependientes únicamente del templo, esta influencia fue creciendo. Terminó con el edicto del 549, promulgado en nombre del rey Nabónido por su hijo Bēlsharuṣur. Para uso de los «granjeros generales» establecía una especie de cuaderno de gravámenes tipo, que fijaba la cuota de los cánones, las obligaciones, las raciones de sustento, el salario de los obreros, la composición de los equipos, etc. De hecho, tenía un alcance más general. Tendía, a la vez, a crear un estatuto del diezmo y a promover una verdadera política agrícola al tratar de intensificar el rendimiento de las grandes tierras del reino.

No es del todo imposible que esta política real, mal vista por las colectividades eclesiásticas, haya sido una de las causas de la grave crisis que estalló precisamente en este séptimo año del reinado de Nabónido. El mismo rey evoca en estos términos esta crisis en una de sus inscripciones: «Las gentes que habitan Babilonia, Borsippa, Nippur, Ur, Uruk, Larsa, los sacerdotes y los habitantes de las ciudades santas de Akkad… cometieron pecados, crímenes y ofensas…, no dijeron más que palabras falsas e injustas…, se devoraron como perros, ocasionaron entre ellos fiebre y hambre (que) diezmaron la población del país. Yo entonces alejándome voluntariamente de mi ciudad de Babilonia (tomé) la ruta de Tēmā, Dadānu, Padakku, Khibrā, Yadiru y, hasta Yatribu, no cesé de ir durante diez años de una a otra de estas ciudades, sin volver a mi ciudad de Babilonia»[85]. Las ciudades que se citan al final de este pasaje son oasis del desierto arábigo que, en unos 400 kilómetros, se escalonan entre Taima (Tēmā) y Medina (cuyo nombre antiguo es Yathrib). Efectivamente, Nabónido vivió durante diez años en Arabia. Después de haber vencido y dado muerte al rey de Tēmā, estableció allí su residencia principal y se hizo construir un palacio, mientras que, en Babilonia, el príncipe heredero, apoyado por el ejército, dirigía los asuntos de estado.

El hambre que reinaba en el país y la hostilidad, si no la sublevación, de una gran parte del reino, no son ajenas ciertamente a la decisión que tomó el rey de abandonar Babilonia, pero no son suficientes para explicar su obstinación en permanecer diez años en Arabia, recorriendo las vías del desierto.

Diversos textos dejan claro que uno de los aspectos más agudos de la crisis fue de orden religioso. Por sus actos, sus palabras y sus conocidas intenciones, Nabónido no ocultaba su predilección por el culto de Sin, el Sin de Kharrān. A los ojos de los ortodoxos sacerdotes de Babilonia, el rey se había convertido en un fanático impío e insensato que «alteraba los ritos, perturbaba los oráculos y proscribía los más insignes rituales», en provecho de un dios «como no se había visto nunca en el país» y «del cual ni Ea el Creador había concebido (la forma), ni el sabio Adapa conocía el nombre»[86].

Pero esta retirada a Arabia se debía también a otras razones, inspiradas por la situación política del momento en el Próximo Oriente. Al este del reino crecía peligrosamente el poder persa, mientras que Egipto no ocultaba su hostilidad y los árabes eran poco seguros.

En el 549, el persa Ciro derrotaba a los medos y se apoderaba de Ecbatana. Al año siguiente era dueño de toda la orilla oriental del Tigris. En el 547, franqueó el río al sur de Arbeles, marchó hacia Khābūr y penetró en Anatolia. La batalla de Pteria no le dio el triunfo decisivo contra Creso, el rey de Lidia, pero no dejó de apoderarse de Sardes, después de un asedio de catorce días. De ahora en adelante, Babilonia está cercada desde el

Mediterráneo al golfo Pérsico por los persas vencedores de los medos y de los lidios.

Parece que Nabónido haya presentido esta gran amenaza, y que haya querido frenarla. Dejando el reino al cuidado de un ejército mandado por el príncipe heredero y retrocediendo él mismo con sus tropas a otra posición capaz de resistencia, daba más profundidad y más peso a su sistema defensivo. Al mismo tiempo disponía de los árabes y unía así todas las fuerzas semíticas contra los invasores arios.

Poseer Arabia, le suponía también ocupar una fuerte posición desde el punto de vista económico. Se ha expuesto con precisión que, hacia mediados del siglo VI antes de nuestra era, la aglomeración de arena del golfo Pérsico impedía a los navíos alcanzar la ciudad de Ur. El puerto de Khudimir, en la costa este, estaba bajo el control de los persas, y el transporte de las mercancías a lo largo de la costa oeste era lento y difícil. Lo esencial de los intercambios comerciales se hacía por la vía que, pasando por Tēmā, conducía, al oeste, hacia Egipto. Dueño del importante cruce que representaba este oasis, Nabónido podía regularizar los intercambios en provecho de la Mesopotamia sometida a escasez, y ejercer, al mismo tiempo, una presión económica sobre Egipto susceptible de obligar al faraón a revisar su política.

Tales fueron sin duda los complejos y sutiles móviles que decidieron a Nabónido a establecerse durante diez años en Arabia. Casi no fueron comprendidos en su época. No lo fueron más con el transcurso del tiempo y la estancia del rey de Babilonia en Tēmā ha dejado huellas en varias leyendas posteriores.

Comoquiera que sea, esta estrategia defensiva no impidió a Ciro afirmar entretanto su poder. Según Jenofonte, intentó entonces penetrar en Siria para trabar relaciones amistosas con los árabes. Puede que tratara con ello de envolver a Babilonia por el oeste. De hecho, la maniobra era inútil. Cegado por su odio, el clero de Babilonia abría ya los brazos al conquistador persa, al que precedía una fama, hábilmente extendida, de tolerancia y respeto a las tradiciones nacionales.

Cuando Nabónido volvió a su capital e hizo transportar solemnemente las estatuas de Sin, de Nusku y de sus esposas de Babilonia a Kharrān, donde fue inaugurado con gran pompa el Ekhulkhul, la suerte ya estaba echada. En el 539 dos columnas persas atacaron el reino, a un lado y otro del Tigris. El 14 de *teshrit* (septiembre-octubre), «Sippar fue tomada sin lucha», y, el 16, las tropas de Gobrias, gobernador de Gutium, entraron en Babilonia sin tener que combatir. Nabónido fue hecho prisionero cuando se retiraba. Jenofonte sostiene que fue muerto a continuación, pero Berosio, por el contrario, pretende que el vencedor le perdonó y exilió a Carmania. El 29 de octubre Ciro hizo su entrada en la ciudad, en medio de una gran concurrencia. Tomó el título de «rey de (todos) los países», y su hijo, Cambises, el de «rey de Babilonia». Los templos, las fiestas, los ritos fueron respetados, y el clero babilónico saludó con júbilo al nuevo rey, que se apresuró a legitimar el poder.

Sin duda nadie tuvo conciencia de que se volvía entonces una página decisiva, y que después de la de Asiria, se acababa la historia nacional de la Babilonia semítica. De hecho los acontecimientos apenas afectaron a la masa de la población. La vida cotidiana continuaba. Sin embargo, en ciertos medios no se había extinguido aún completamente todo fermento de patriotismo. En el 522 y, luego, en el 521, dos complots dieron un poder efímero a unos «usurpadores» (según los persas), que, los dos, harán revivir por un instante el nombre todavía ilustre de Nabucodonosor, que se darán a sí mismos. Pero serán los últimos resplandores de un nacionalismo ya desaparecido.

Nota: Sólo se da completa la lista de los reyes asirios. Para Urarṭu cf. F. W.

KÖNIG, *Archiv für Orientforschung*, anexo 8 (1955-57). Para Elam (no incluida en la lista cronológica) cf. W. HINZ, *Das Reich Elam*, 1964, pág. 152. Listas completas de los reyes babilónicos (en parte con fechas poco seguras) en A. SCHARFF y A. MOORTGAT, *Ägypten und Vorderasien im Altertum*, 1950, págs. 500 y ss.; W. VON SODEN, *Propyläen Weltgeschichte* II (1963), pág. 69; A. L. OPPENHEIM, *Ancient Mesopotamia*, 1964, págs. 339 y ss.

2.Asia Menor entre los hititas y los persas[1]

El tema de este capítulo es Asia Menor entre los hititas y los persas, desde la destrucción de la capital hitita (acontecimiento que no mencionan las fuentes escritas pero del que son claro testimonio las mudas ruinas) y el instante en que los persas se disponen a redondear su imperio en el oeste; en otras palabras: Asia Menor entre los siglos XII y VI a. C. En cierto modo, es significativo que comience con un momento en el que, durante la migración egea, llegaron de Europa grupos a Asia, por ese «puente» que ha constituido desde siempre Asia Menor, y que concluya cuando geográficamente se produce el fenómeno contrario, al tratar de penetrar diversos grupos en Europa por el mismo camino. Es éste un capítulo importante de la historia universal, por haberse realizado un intercambio cultural de envergadura entre Oriente y Occidente precisamente en este período y en esta zona. Por darse estas dos circunstancias (por un lado la acción recíproca de Oriente y Occidente y por otro lado el intercambio de cultura durante este período), que obedecen a causas geográficas, conviene analizarlas previamente. Asia Menor constituye la unión terrestre entre Europa y Asia. A lo largo de su costa meridional discurre la importante ruta de navegación que une las islas griegas con el norte de Siria. El carácter geográfico de Asia Menor evidencia la importancia de la unión entre Oriente y Occidente, mientras que las montañas que bordean las costas septentrional y meridional dificultan las comunicaciones de norte y sur. La cordillera del Tauro, que domina la costa meridional, arranca en Licia, la región más occidental en esta zona costera, y continúa paralela a la costa hacia el este. Sólo dos veces se interrumpe dejando espacio a una costa baja, en Panfilia y en Cilicia Campestris. La primera fue poblada ya en tiempos micénicos por los griegos; en la segunda confluyen factores más complejos: por un lado se cree encontrar también allí huellas de una infiltración griega, si bien de tiempos posteriores; por otro lado se ha descubierto una fuerte influencia semita. Esto último resulta evidente, pues la Puerta Cilicia (Pylae Ciliciae) constituye una barrera más fuerte frente al «hinterland» de Anatolia que las montañas del Tauro Oriental Exterior frente a Siria septentrional. Geográfica y climatológicamente la llanura cilicia pertenece a Siria. La supremacía asiria y posteriormente la neobabilónica sobre esta región fue también una consecuencia política de estas circunstancias geográficas.

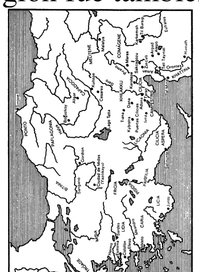


Fig. 3. Asia Menor entre los hititas y los persas.

Pero no sólo tuvieron lugar en esta zona tales contactos pacíficos entre Oriente y Occidente; también grandes migraciones escogieron este camino, y muchas veces una parte de los inmigrantes permanecería como nuevo propietaria de las tierras. Algo parecido debió suceder cuando llegaron los primeros pobladores hititas. En el siglo XII a. C. se repite lo mismo con los frigios, que invadieron Asia Menor procedentes del oeste. Aunque los recién llegados se adaptaron siempre ampliamente al marco cultural precedente, su inmigración

provocó una estratificación que contrasta con el carácter cerrado de las civilizaciones egipcia y mesopotámica. La adaptación forzosa a su vez estaba condicionada por las circunstancias geográficas, causa de la formación de múltiples estados pequeños que disfrutaban de una fuerte autonomía local bajo soberanos propios. En general se necesitó un largo período hasta que los nuevos pobladores consiguieron una forma de poder centralizado fuerte.

Mientras que resulta sencillo caracterizar el escenario geográfico, la labor histórica presenta muchos problemas, ya que faltan fuentes escritas vernáculas para este período en el oeste y el centro y son de alcance limitado las del este. Afortunadamente se conoce la historia de este período a través de otros autores como los griegos y mesopotámicos. Las fuentes griegas datan, en su totalidad, de épocas bastante posteriores. Ofrecen por ello una imagen tardía cuya importancia es difícil de valorar. En cambio las fuentes mesopotámicas tienen la ventaja de representar una reacción contemporánea a los hechos. El sureste de Asia Menor se encontraba desde la mitad del siglo IX a. C. en la esfera de influencia asiria y posteriormente en la neobabilónica. Los textos de los reyes mesopotámicos nos ofrecen una orientación aproximada sobre el sureste de Asia Menor, Cilicia Campestris (Qu[m]e en los textos asirios y Khumē en los neobabilónicos), Capadocia (Tabal y Khilakku), Melitene (Meliddu) y Comágene (Kummukhu). Éste es precisamente el territorio en que se encuentran los textos jeroglíficos originales. Estas inscripciones proceden de restos de la antigua población hitita que pertenece a la parte luvita del pueblo hitita. La población luvita del sureste que escribió los textos jeroglíficos y, con ello, la única fuente original de importancia para este período, mantenía estrechas relaciones con sus congéneres luvitas de Siria. La historia de estos dos grupos será por ello tratada en conjunto.

Aunque la tradición registra numerosos príncipes lidios y da noticia de una dinastía de heráclidas que habría reinado desde 1200 a. C. hasta Giges, el primer rey de la dinastía de los mermnadas, no se conocen datos históricos al respecto. También para las regiones más orientales, donde se encontraron los textos jeroglíficos, se habla de un período oscuro que hubiese durado desde 1200 hasta 1000 a. C.

Al iniciar este capítulo ya se indicó que los frigios no habían desarrollado al principio un fuerte poder central, como era el caso en el siglo VIII a. C., cuando Frigia figuraba entre las grandes potencias. Aunque existen otras teorías, parece oportuno optar por la tesis antigua de la relación entre los elementos frigio, tracio e ilirio y recordar que este pueblo procedía de los Balcanes. Un problema histórico fundamental de este período constituye el grado de penetración de los frigios en Asia Menor. Los textos del rey asirio Tiglatpileser I (1117-1078) son un documento importante a la hora de enjuiciar esta cuestión, pues relatan que este rey libró, en su primer año de reinado, una batalla en el curso alto del Tigris contra 20 000 *mushki* que llevaban cinco reyes al frente. Como los asirios aplicaban a los frigios del siglo VIII este nombre de *mushki*, se aduce con frecuencia este pasaje como prueba de que una parte de los frigios tuvo que avanzar profundamente hacia el este. Esta conclusión no es definitiva, pues no parece descartada la posibilidad de que el nombre hubiese pasado de los moskhoi, habitantes del lejano noreste de Asia Menor, a los frigios, por tener para los asirios el segundo significado de «occidentales», suponiendo, claro está, que los moskhoi habitasen tan pronto las mismas regiones.

Los arqueólogos se han preguntado hasta qué punto han existido, antes del siglo VIII a. C. colonias frigias permanentes al este del Halys. Algunos representantes de esta ciencia insisten también en hablar de los estratos posthititas de Boğazköy en vez de los estratos frigios. Lo cierto es que Boğazköy-Khattusha fue destruida por el fuego, quedando

inhabitada por lo menos durante un siglo. Posteriormente se hizo habitable la ciudadela, para lo cual se utilizó gran parte del material de construcción que había quedado de la época hitita.

Aunque Tiglatpileser I no habla concretamente de los frigios, parece seguro que menciona a los príncipes de Malatya (Arslantepe) y Karkemish (Cerablus). Estas ciudades eran los centros luvitas más importantes de aquella época. Ambas se caracterizan por una clara fusión de influencias hitito-luvitas y hurritas, como la que se había manifestado en Karkemish ya en tiempos del Imperio nuevo. En este sentido es interesante que Initeshup[2], que era entonces probablemente rey de Karkemish, llevase el mismo nombre hurrita que un rey del siglo XIII. En el terreno del arte los relieves sagrados de Malatya que representan al rey como sacerdote con diversas divinidades, presentan estrechas relaciones con los relieves de Yazilikaya (el santuario de Boğazköy) y Alaca Hüyük. Es probable que Karkemish tuviera al principio la supremacía política. Los «grandes reyes» de esta ciudad tuvieron probablemente derecho a este título; según los textos asirios reinaron sobre la «tierra de Khatti» o incluso sobre la «gran tierra de Khatti». Desde aquí se dominaba por lo menos el antiguo territorio hitita hasta inclusive el Tauro Oriental Exterior y hacia Sam'al y tal vez incluso hasta Gurgum y Meliddu. Sobre Malatya (en asirio Meliddu), en la tierra griega de Melitene, hemos hablado ya. Sam'al con su capital Zincirli comprende el territorio del Tauro Oriental Exterior. Gurgum, con capital en Maras (Marqasi en los textos asirios), coincidía aproximadamente con la parte suroccidental de Comágene. También Til Barsip (Tell Aḥmar) constituía un importante centro luvita antes de pasar a manos arameas. En la desembocadura del Orontes estaba situado un estado denominado Khattina pero también llevó el nombre semita de ‘Amqa (valle o llanura). Ḥama constituía la base más meridional de los luvitas. También en Alepo debe haber existido durante algún tiempo un reino luvita.

La conquista de Karkemish por Tiglatpileser debe haber tenido hondas repercusiones, pues la base de Pitru, construida por él cerca de Karkemish, se mantuvo aún un siglo.

No se puede precisar lo que sucedió en esta época en los territorios luvitas de Asia Menor. Tal vez debido a que los reyes asirios no hubiesen penetrado aún hasta Cilicia y Capadocia. La población luvita nativa hace su aparición al entrar en contacto con una potencia civilizada (en este período Asur, posteriormente Grecia) fortaleciéndose así su conciencia como pueblo. Se caracteriza por su reacción frente a las influencias exteriores, y ello, sobre todo, en los territorios en los que tuvo que retirarse por corto tiempo la potencia que actuaba como catalizador. Son especialmente favorables las circunstancias en Siria septentrional, pues Asur había aspirado en vano por dos veces (primero bajo Tiglatpileser I y luego bajo Asurnasirpal II y Salmanasar III) a la hegemonía sobre Siria, antes que, en la segunda mitad del siglo VIII, los reinos luvitas quedaran integrados como provincias en el imperio asirio.

Sin embargo, hay que hacer constar que nuestros conocimientos sobre el primer «interregno» neohitita son aún limitados. Se supone que las influencias hurritas son considerables en diversos lugares. En otros lugares (en Ḥama, pero también en Sam'al) se nota una fuerte influencia semita. En los siglos X y IX tomaron los grupos arameos el poder en una serie de estados. Ya en la segunda mitad del siglo X pasó Til Barsip de las manos hititas a las arameas constituyéndose, desde este momento hasta 855 a. C., en centro del reino arameo de Bīt-Adini. Sam'al, que había tenido antes otro nombre, se hizo aramea el 920, mientras que Arpad fue conquistada poco después de 900 por grupos arameos,

pasando a formar parte desde entonces del estado arameo de Bīt-Agusi. Aún más tarde, hacia 820, Ḥama se une al antiguo territorio de Alepo formando un reino arameo que había de desempeñar un papel importante[3].

De este interregno nos han llegado textos de Til Barsip (Tell Aḥmar) y Maras; los más importantes son, sin embargo, los textos de la dinastía de Sukhi I de Karkemish, aunque sus príncipes se llamasen sencillamente soberanos. Del conjunto de textos jeroglíficos, los de Karkemish constituyen el «corpus» más amplio y su contexto es el más rico y esclarecedor. A esto se añade su base arqueológica, ya que fueron encontrados *in situ* y en su mayor parte están dedicados a la historia de la construcción del lugar del hallazgo. Esto permite relacionar los textos y las construcciones. Aunque los textos tienen un contenido predominantemente religioso, informan sobre empresas militares y obras hidráulicas. Comparándolos con los textos del siglo II se observa (seguramente debido a la influencia mesopotámica) una progresiva tendencia a abordar problemas profanos.

Los dioses principales de la ciudad figuran en el principio de las inscripciones junto con los títulos, la genealogía y la glorificación de los príncipes, ya que la exaltación del rey está dedicada en gran parte a relacionarlo con el mundo de los dioses. Los dioses aparecen de nuevo en la fórmula de maldición al final, en la que se amenaza a aquellos que profanen u oculten el monumento, el relieve o el texto. En Karkemish parece haber sido el dios de la tormenta Tarkhundash (o Tarkhu[i]sh) la principal figura del panteón; a su lado estaba Karkhukhash, personificación del dios que protegía la naturaleza y que tenía al ciervo como animal sagrado, mientras que el dios de la tormenta aparecía muchas veces representado sobre un toro. En tercer lugar estaba Kubabash, «reina de Karkemish» según los textos.

Dado el tipo asirio de los leones sobre los que están colocados dos de estos textos (A 14 b de Astuwatimais y A 14 a de Sukhi II) parece probable que estos príncipes fuesen contemporáneos de los reyes asirios Adadnarāri II (911-891) y Tukultininurta II (890-884), bajo los cuales Asur se hallaba en retroceso temporal, mientras que la expansión del poder, bajo Asurnasirpal II (883-859) y Salmanasar III (858-824), pertenecía aún al futuro. Esta datación parece aún más verosímil por darse la circunstancia de que un fragmento con algunos caracteres cuneiformes revela que el texto de Astuwatimais tenía carácter de inscripción bilingüe[4].

Mientras que una serie de títulos de los textos jeroglíficos son restos del tiempo del Imperio Nuevo, por ejemplo, «gran rey», «héroe» y «soberano», existe otro que responde probablemente a un nuevo concepto típico de este período en todo el Mediterráneo oriental: el título de *tarwana*, «juez». Ha sido comparado con el *shōpeṭ* («juez») semita y el *tyrannos* de Asia Menor y Grecia. Este título presenta al príncipe en su función pacificadora, no en la de jefe militar en tiempos de guerra o en función sacerdotal. Probablemente se halle en relación con la limitación geográfica de las comunidades de un período en que no se han desarrollado aún formas de estado de más alcance. En este sentido es muy posible una relación con la figura bíblica del «juez», que habría de ser también precursora de los reyes de tiempos posteriores.

Una serie de reyes del siglo IX llevaban nombres que evocan a los grandes reyes hititas del milenio II. Según los textos asirios, en Khattina reinaron reyes llamados Lubarna (Labarna) y Sapalulme (Shuppiluliuma); en Gurgum hubo tres reyes que llevaron, en este período neohitita, el nombre de Muwatalli. Se han podido deducir así de sus nombres las aspiraciones políticas de estos príncipes. Llama la atención que en los estados mayores como Karkemish y Malatya se hayan atenido a una denominación de su tiempo.

Con Asurnasirpal II (884-858) inicia Asur la segunda invasión del territorio

ocupado por los hititas luvitas. Este rey asirio se jactaba de que su reino se extendía desde el Tigris hasta el Líbano y el Mar Mediterráneo. Asurnasirpal II penetró en el territorio de Sam'al y llegó hasta Kummukhu donde reinaba entonces el rey Qatazilu (Khattushili o Kantuzzili). Pero su fama también se extendió hasta Asia Menor, ya que en el texto que describe la construcción y consagración de su palacio en Kalakh se menciona junto a los 69 754 invitados que asistieron a las ceremonias, que duraron diez días, a 5000 altos dignatarios que acudieron como representantes extranjeros. La lista, además de los emisarios de las regiones del norte y del noroeste, menciona a delegados de países luvitas como Khatti (Karkemish), Gurgum, Meliddu e incluso Qu'e. Es sobre todo interesante la mención de Qu'e (Cilicia Campestris) y de Meliddu (Melitene).

Salmanasar III (858-824) fue el primer príncipe que se internó personalmente repetidas veces en Asia Menor. En primer lugar tuvo que vencer todavía una serie de dificultades en el noroeste. Entre sus enemigos encontramos, además de reyes arameos, muchos príncipes luvitas, que no sólo procedían de Siria, sino también de Qu'e y Khilakku, del territorio montañoso del norte y probablemente también del noroeste de Qu'e. Después de algunos triunfos asirios fue aumentando el número de príncipes tributarios. A partir del vigésimo año de su reinado Salmanasar III realiza conquistas en Asia Menor. Tres veces fue a Qu'e, llevó a cabo conquistas en Meliddu, estuvo dos veces en Tabal y llegó incluso hasta Khubushna (¿Kybistra?). En aquel tiempo Tabal estaba constituido por un conglomerado de pequeños reinos (en un texto se mencionan 24 y en otro 20) al frente de los cuales se encontraba al parecer un rey llamado Tuatti. El nombre de Tuwati, que debe ser la versión indígena del Tuatti asirio, aparece en varios textos jeroglíficos. Probablemente llevaran este nombre diversos príncipes. También el padre de Wasu-Shar(ru)mash, rey de Tabal en tiempo de Tiglatpileser III (743-726), se llamaba así, al igual que un rey mencionado en un texto urarteo. Los dos últimos muy bien pudieran ser la misma persona[5].

Salmanasar III tuvo, pues, contacto con muchos pueblos que fueron atacados de nuevo un siglo más tarde por los asirios y cuyos territorios habrían de quedar integrados al imperio asirio como provincias. Hacia el fin de su reinado un levantamiento divide todo el reino en dos campos; más de medio siglo tardaría todavía Asur en reponerse para volver a intervenir en el noroeste.

En la segunda mitad del siglo IX Ḥamat era un estado importante. Las relaciones étnicas eran especialmente complicadas. En textos de Ḥamat del tiempo de Salmanasar III un rey con el nombre hurrita de Urkhilina relata en inscripciones jeroglíficas luvitas la construcción de un trono y una columna en honor de la diosa Bakhalatis, nombre tras el que se oculta el título semita de Ba'lat («soberana»). Hallazgos de textos del mismo rey en el sur y en el norte determinan las fronteras de Ḥamat cuando todavía no está ocupado por el grupo arameo bajo el mando de Zakir[6]. Hacia 820 este Zakir constituye con Ḥama y el antiguo Alepo un gran imperio que encontró tanta resistencia en los otros estados sirios del norte que se produjo una coalición de estados luvitas y arameos[7]. Otro coetáneo de Salmanasar III fue Khalpa-Ru(n)dash (Qalparu[n]da) de Khattina, mencionado en las inscripciones reales asirias y en textos jeroglíficos de Tell Tayinat[8]. Esto brinda un punto de referencia importante para fechar los textos y relieves de este lugar.

El retroceso temporal del poder asirio constituyó en el noroeste el principio de un segundo interregno luvita. En esta época creció rápidamente el poder del imperio de Urarṭu, que empezaba a amenazar la frontera norte de Asiria. Con el tiempo la intervención de Urarṭu en Siria septentrional se hizo tan fuerte que llegó incluso a interrumpirse la línea

asiria de comunicación con Asia Menor. Toda una serie de textos de todos los centros importantes luvitas permite una visión bastante completa de la historia del siglo VIII. Más arriba se ha insistido en que fue precisamente el contacto que tuvieron los asirios con Qu'e y Tabal, en tiempos de Asurnasirpal II y Salmanasar III, la causa de que también se puedan incluir en el análisis de este período los grupos luvitas de Cilicia y Capadocia. Las relaciones de poder de este tiempo eran bastante complicadas. En el oeste los frigios formaban en el siglo VIII un reino centralizado en torno a Gordio. El centro del poder luvita (tabalo) estaba situado más hacia el este en Cesarea (Kayseri). En el noreste de Asia Menor el territorio dominado por los frigios (*mushki* en los textos asirios) limitaba con el de Urarṭu.

En la época de su mayor esplendor el imperio frigio ocupaba una zona tan extensa de Asia Menor que puede considerarse, desde el punto de vista geopolítico, como heredero de la tradición hitita. Tal vez hubiese cumplido plenamente un cometido de este tipo, si no hubiera sido demasiado pronto víctima de las invasiones de las hordas cimerias, después de los conflictos con Sargón II. Las excavaciones de Gordio y sobre todo la apertura de los túmulos próximos a esta ciudad han hecho comprensible el que las riquezas de Midas llamaran tanto la atención a los griegos. De gran importancia para una fase posterior de la cultura frigia son las excavaciones de la ciudad de Midas (Yazilikaya), célebre sobre todo por las tumbas rupestres de sus alrededores. A mediados del siglo VIII los frigios deben haber adoptado el alfabeto de los griegos; los textos más antiguos en escritura alfabética encontrados en Gordio datan del último cuarto del siglo VIII. Las excavaciones han demostrado que la arquitectura de este período tenía un nivel notable y lo mismo se puede decir de los ebanistas, broncistas y los tallistas de marfil frigios. Admirables son también los restos de tejidos. Los hallazgos demostraron además que los frigios habían mantenido en los últimos veinticinco años del siglo VIII relaciones comerciales con Asiria y sobre todo con Urarṭu. De Midas, rey de los frigios en tiempo de Tiglatpileser III y de Sargón II, cuentan las fuentes griegas que estaba casado con una griega y que fue el primer rey extranjero que envió un regalo al santuario de Delfos. Probablemente esta leyenda significa que Midas intentaba extender su reino también hacia el oeste y que a tal efecto había entrado en contacto con las ciudades costeras griegas.

Según muestran las excavaciones de los últimos años, Boğazköy-Khattusha, en el siglo VIII, no sólo estaba habitada en las ciudades, sino también en una amplia zona en torno a ésta. Se puede caracterizar sin duda como frigia esta fase de la colonización posthitita. Las antiguas inscripciones frigias de diversos lugares demuestran que los frigios poseían sin duda en estos siglos grandes extensiones de Capadocia. Alişar fue durante mucho tiempo luvita a juzgar por los sellos jeroglíficos encontrados. Sin embargo, existen razones para suponer que este lugar formó parte durante algún tiempo del territorio frigio. Los estratos posthititas de Kültepe pueden a su vez atribuirse con seguridad al grupo de población luvita, ya que esta ciudad se encontraba claramente dentro de la zona de inscripciones jeroglíficas. En las excavaciones turcas se encontraron restos interesantes de este período.

Algunas fortificaciones se consideran parte de la línea de defensa de los grupos de población luvita contra los frigios; Göllüdağ, 40 km al noroeste de Niğde, y Kerkenesdağ, 18 km al sureste de Yozgat[9]. El curso de la línea fronteriza puede tal vez aclararse también gracias a las inscripciones jeroglíficas. Cerca de Karaburun se encontró precisamente una de éstas, que habla sin lugar a dudas de una fortificación militar. Lo mismo puede decirse de las inscripciones de Çalapverdi. Los datos jeroglíficos, tanto del lado frigio como del

luvita, aluden más o menos a la misma línea fronteriza, que además corroboran los textos asirios. Ya se indicó que los frigios eran, en el norte de Capadocia, vecinos de los urarteos. En este sentido resulta de gran interés una carta encontrada en Kalakh (entre 735 y 132 a. C.). En ella el rey asirio contesta a un escrito de un alto funcionario del territorio de Asia Menor que le ha anunciado que el rey frigio Midas ha establecido relaciones amistosas con él y que han sido capturados y entregados a él ciertos emisarios de Qu'e que se dirigían a Urarṭu, a través de territorio frigio, en busca de apoyo contra los asirios. Esta carta es muy importante porque de ella se deduce que, a causa de este acontecimiento, quedó un representante permanente de los asirios en la corte frigia. Además se desprende de ella que el rey asirio deseaba tratar con Midas en pie de igualdad[10].

Tabal era en el siglo VIII un estado importante. Siguiendo, sin duda, directamente a los grandes reyes del Imperio Nuevo cuyas inscripciones monumentales estaban aún bien conservadas, príncipes como Tuwati y Wasu-Shar(ru)mash llevaron los títulos de «gran rey» y de «héroe». Parte de los textos tabálicos tiene carácter oficial y por lo tanto caligráfico y arcaizante, mientras que otros están escritos muy silábicamente en forma cursiva. La servidumbre de muchos pequeños príncipes hacia los «grandes reyes» de esta región, ya señalada antes al tratar del período de Salmanasar III, se manifiesta en los textos, donde un príncipe local se denomina «siervo» de Tuwati o de Wasu-Shar(ru)mash. Una serie de textos describe la erección de una imagen en honor del dios de la tormenta. En dos de ellos el dios de la tormenta lleva el atributo de «Tarkhuish de la viña». Esta misma forma o una análoga se encuentra en el famoso relieve de Ivriz. Según el texto se trata del «gran Tarkhundash» (?), aunque su representación con uvas y espigas exuberantes suscita siempre la idea de una divinidad de la vegetación. Por lo visto el «dios de la tormenta» también tiene esa faceta. Es de gran importancia para la historia de la religión el que en muchos de estos textos aparezcan el «dios lunar de Kharrān» y «Kubabash de Karkemish». Parece probable que al no ser una divinidad claramente personalizada el dios lunar del panteón hitito-luvita, que tenía culto y fiestas propios, dejara un hueco que provocase esta infiltración. La difusión del culto de Kubabash es más importante por constituir Tabal la unión entre Karkemish, donde esta diosa ya había recibido culto en el milenio II y el territorio frigio, donde adquirió gran importancia bajo la forma de Kubelis (Cibeles). Pero no se debe olvidar que su carácter tuvo que haberse transformado con este traslado. A través de los frigios su culto no se extendió solamente por Lidia y el Asia Menor griega, sino que llegó hasta Roma, donde se le dedicó en el Palatino un lugar en el templo de la Victoria (204 a. C.).

Los textos procedentes de la región de Tiana ocupan un lugar especial. En esta región reinaba en la segunda mitad del siglo VIII Warpalawa, al que Tiglatpileser III da el nombre de Urballu. Uno de los textos más importantes de esta región es una inscripción de las proximidades de las famosas minas de plata de Tun(n)a (Dana). Se encuentra a 6 km de las minas en el camino a la colonia correspondiente[11]. El soberano local se autodenomina «siervo de Warpalawa», pero también «juez». El lugar donde se halló la famosa inscripción bilingüe de Karatepe no era tal vez el palacio, como se había supuesto, sino una fortaleza a orillas del río Ceyhan (Piramo) que separaba los territorios de Qu'e y Gurgum. Frente a Karatepe, en la otra orilla del río, fue hallado un texto que presenta, según Laroche, la escritura típica de Gurgum[12]. En todo esto nos basamos para fechar la inscripción antes del 711 a. C., pues a partir de entonces Gurgum se convirtió también en provincia asiria y por lo tanto carecía de sentido una fortificación entre ambos territorios. Probablemente fuese fenicia la versión original del texto, pues en varios lugares se manifiesta en la sintaxis luvita

la influencia de un idioma semita. También el hecho de que la versión jeroglífica sea más «pobre» en vocabulario apunta en esta dirección ya que en las traducciones, por regla general, suelen perderse matices. Sin embargo, en algunos puntos el trasfondo cultural es marcadamente hitita. Tiwata describe, por ejemplo, cómo en su tiempo las mujeres paseaban «con el huso» por lo que antes había sido terreno inseguro (171 s.); hay que tener en cuenta que en el arte plástico hitita el huso y el espejo constituían los atributos habituales de mujeres y diosas. Probablemente el original fue escrito por un autor fenicio, que partía en cierta medida también de ideas hititas, por encargo de un cliente luvita, siendo traducido más tarde al luvita.

Es importante analizar con más detalle la posición de Asi-Tiwata. En la introducción dice que Awarikus le había «hecho grande». Luego sigue el título de «rey de Adana», pero no queda claro si debe referirse a Asi-Tiwata o a Awarikus. Este Awarikus ha sido identificado con Urikki, que aparece en los textos de Tiglatpileser III (745 a 772) como rey de Qu'e y cuyo nombre figura también en la carta de Kalakh que habla de las intrigas entre Qu'e y Urarṭu. En el texto trasciende algo de orgullo, como si alguien quisiera ser considerado el primero de una dinastía o por lo menos el primero de una nueva rama de una dinastía. Y como no se denomina expresamente en ningún sitio hijo de Awarikus (Urikki) esta hipótesis parece bastante acertada[13]. A través de varios pasajes se obtiene la impresión de que reinó no sólo sobre Karatepe, sino también sobre Adana. Como esta ciudad aparece como la capital tradicional de esta región, no cabe duda de que Asi-Tiwata sucedió a Awarikus como regente sobre todo Qu'e; no parece descartado que Awarikus cayese en desgracia de los asirios por sus esfuerzos en obtener el apoyo de Urarṭu y que le sucediese Asi-Tiwata en el trono.

Desde mediados del siglo VIII a. C., los navegantes griegos surcaron las aguas costeras de Cilicia. Los datos más importantes al respecto se encuentran en los textos de Sargón II (722-705), donde se da a entender que su actividad había comenzado ya una generación antes del período de Sargón. Tanto en Mersin como en Tarso se han encontrado cerámicas con dibujos geométricos, con lo cual los datos textuales se vieron confirmados por la arqueología. Sin embargo, la costa septentrional siria, con el puerto de Al-Mina, era aún más importante para la navegación griega. Además hay que hacer constar que Urarṭu ejerció en la primera mitad del siglo VIII una considerable influencia sobre el norte de Siria. Es probable que las relaciones del arte primitivo griego y etrusco con Urarṭu fueran consecuencia de estos antiguos contactos griegos con Siria del norte. El estado luvita de Khattina, al que pertenecía Al-Mina, desempeñó un papel importante en este sentido[14].

Respecto a Malatya, los problemas cronológicos están aún lejos de hallarse resueltos. La clasificación temporal de los reyes se basa en analogías con la historia del arte y en un limitado número de sincronismos con Urarṭu y Asur. Los textos urarteos indican que Malatya fue sometida por Urarṭu durante el reinado de Sardur II.

La influencia hurrita es particularmente importante en este territorio. Aquí es donde gozó de gran veneración la diosa Khebat. El ideograma del dios de la tormenta, en esta zona hurrita, tendrá que leerse muchas veces como Teshup. Una tercera divinidad muy venerada es Shar(rū)mash; sin embargo, las recientes investigaciones de Laroche han demostrado que este dios no fue primitivamente hurrita sino una figura indígena. Es considerado entre los dioses como hijo de Teshup y Khebat y tiene el mismo animal que su madre, el león.

En el segundo cuarto del siglo VIII reinaba en Gurgum Khalpa-Ru(n)dash (III). Su texto figura en el conocido león de Maras (Maras 1) y es famoso sobre todo porque el rey,

en su genealogía, enumera no menos de seis antecesores, así como, detalladamente, sus propios epítetos. El león parece haber tenido una función arquitectónica, seguramente como piedra angular para un pórtico del conocido estilo en el que fueron construidos tantos edificios de aquella época. Las construcciones de este tipo constan de un complejo cerrado de habitaciones que no podía ampliarse libremente, como en la mayor parte de los palacios orientales, en los que podían construirse en todos los lados nuevos patios rodeados de aposentos. Aquí nos encontramos con un pórtico, de una a tres columnas, y detrás con una sala principal más ancha que larga, alrededor de la cual se agrupan las otras estancias. Los reyes asirios adoptaron un detalle de esta forma arquitectónica típica de la Siria septentrional; emplearon la palabra híbrida Bīt-Khilani, mitad semita y mitad hitita, para designar los pórticos columnados de este estilo que colocaban ante la puerta mesopotámica.

Karkemish es el lugar que proporciona mayor cantidad de datos para el período del segundo «interregno». En esta ciudad quizá se pueda comprobar la influencia urartea, que se supone para Malatya basándose en inscripciones reales urarteas, textual y arqueológicamente. En tiempos de Sardur II reinaba en Karkemish un príncipe llamado Asti-Ruwa. Durante su reinado fue construida la gran escalinata de ceremonias. Mientras que los nuevos relieves creados para esta construcción presentan vestigios de influencia asiria y también urartea, se puede deducir tal vez del texto correspondiente a aquellos (no es susceptible de una sola interpretación) que Asti-Ruwa no sólo fue contemporáneo de Sardur II, sino que también dependía de él[15]. Los hijos de este príncipe fueron desterrados por Araras, que es considerado rebelde y advenedizo, por omitir en sus textos toda clase de genealogía. Destaca en la introducción a un texto de Araras la importancia que da a las relaciones internacionales que pretende haber tenido con Mira (en la frontera entre Panfilia y Cilicia Aspera), Misia, los muskhi (frigios) y los sirios (?) (A 6, 2-3). También alude a que sus siervos son bien recibidos por todos los reyes. Estos pasajes indican tal vez una «política exterior activa» dentro de un mundo orientado internacionalmente. Los datos que ofrece la arqueología corroboran plenamente semejante hipótesis. Al tratar de Frigia ya se dijo que este territorio había tenido seguramente estrechas relaciones con Urarṭu y Asur y con la costa occidental griega. Se han aportado datos interesantes para reforzar la tesis de que en la segunda mitad del siglo VIII el camino a través de Asia Menor[16] llegó a ser una comunicación importante con el oeste, junto a la ruta marítima que partía de Mina.

Kamanash, hijo de Araras, aparece citado en los textos de Karkemish pero también en la estela de Cekke. La parte posterior de esta estela perpetúa la fundación de una ciudad que llevó su nombre al igual que la fortaleza de Karatepe el nombre de Asi-Tiwata. La estela fue utilizada dos veces: la primera por un príncipe cuyo nombre sólo es legible en parte (se llama a sí mismo siervo predilecto de Sardur) y la segunda por Kamanash que utilizó la parte posterior advirtiendo: «¡Kamanash no es siervo de Sardur!». Durante su reinado, o tal vez ya bajo Araras, debe de haberse sustraído de nuevo Karkemish a la soberanía de Urarṭu. Hay que resaltar que en uno de los textos de Araras se encuentra una alusión a un rey asirio (A 24). Desgraciadamente el contexto no permite un análisis preciso. Los textos de Tiglatpileser III expresan claramente que el reinado de Kamanash debió finalizar antes de 740.

Con Tiglatpileser III (745-727) vuelven a renacer las aspiraciones asirias. Después de que Urarṭu había sido privado de toda importancia en dos etapas (en 745 con una batalla al sur de Kummukhu, y en 735 en el transcurso de una campaña en la que Tiglatpileser III había avanzado hasta la misma capital), comienza la paulatina anexión de los territorios luvitas por el reino asirio. Iniciado bajo Tiglatpileser III este período alcanza su apogeo

bajo Salmanasar V (727-722) y Sargón II (722-705).

En el tercer año del reinado de Tiglatpileser III sus enemigos de Siria septentrional estaban bajo el mando de Urarṭu. Este grupo, constituido por Meliddu, Kummukhu, Arpad y Gurgum, nos da una idea de la influencia urartea en aquel momento. Tras la caída de Arpad en el año 740 varios príncipes enviaron emisarios a Tiglatpileser III pidiendo clemencia al vencedor. Eran emisarios de Kustashpi de Kummukhu, Urikki de Qu'e, Pisiris de Karkemish y Tarkhularas de Gurgum; pueden haber figurado en el texto otros nombres más, pero no son legibles. Sin embargo hubo un príncipe luvita que no quiso someterse, Tutammu de Khattina, en la costa, al oeste de Arpad. Sus territorios quedaron sujetos a un gobernador provincial. Sobre su captura encontramos una interesante alusión en una carta hallada en Kalakh y publicada recientemente. En ella un funcionario notifica que ha satisfecho los requerimientos de envío de botín del *turtān* y que Tutammu se halla ya en camino con los dignatarios de su corte[17].

Tras nuevos triunfos asirios muchos príncipes se sintieron obligados en el año 738 a demostrar su lealtad. Entre ellos encontramos ahora doce príncipes de territorio luvita. La influencia asiria ha penetrado ya en este tiempo profundamente en Asia Menor. De uno de los años siguientes al ataque de 735 contra la capital urartea debe datar la carta ya citada al hablar sobre Frigia. En este escrito se manifiesta la esperanza de que los príncipes de Tabal abandonen lo antes posible su resistencia, en vista del aparente deseo de Midas de establecer relaciones amistosas con Asur[18]. En el año 732 interviene Tiglatpileser III enérgicamente en Tabal. Parece que una de las razones que lo movieron a ello fue que Wasu-Shar(ru)mash no envió ningún emisario en el año 732 a una nueva demostración de lealtad. Después de apresado fue sustituido por un cortesano.

Generalmente se supone que bajo el reinado de Salmanasar V (727-722) Sam'al y Qu'e fueron degradadas a provincias. Bajo Sargón II (722-705) siguieron la misma suerte Ḥama (720), Karkemish (717), Tabal (713), Kammanu (712), Gurgum (711) y, finalmente, Kummukhu con Meliddu (708). En casi todos los levantamientos y conflictos de Asia Menor aparece Midas como instigador. En el año 715, el mismo Sargón se dirige desde Qu'e contra los frigios. Un gobernador de Qu'e tuvo que enfrentarse aún dos veces a los frigios en el campo de batalla, antes de que en 709 comenzase una ofensiva final. Sólo entonces envió Midas una delegación ofreciendo su sumisión.

Gracias a la sagacidad de Landsberger es posible conocer con más detalle a uno de los personajes: Muwatalli de Kummukhu. Según los estudios de Landsberger debe tratarse del rey representado en Sakçagözü como constructor y también del modelo de la gran figura real que fue hallada en la cámara de entrada del Pórtico de los Leones de Malatya. Después de haber adornado la entrada fue enterrada, probablemente ya en la Antigüedad. Landsberger supone que Muwatalli prestó ayuda a Sargón durante la situación apurada en que éste se vio el año 720, recibiendo en agradecimiento una parte de Sam'al donde hizo construir el palacio de Sakçagözü; en 712 obtuvo la ciudad de Meliddu, que había sido anteriormente capital del reino de Tarkhunazi de Kammanu. Con lo cual queda además demostrado que el palacio de Sakçagözü fue construido entre 720 y 708 y que la figura tiene que haber sido hecha entre 712 y 708, ya que Muwatalli fue depuesto en 708 por las asirios[19].

En el arte del período neohitita se distinguen una serie de estilos; en primer lugar, el estilo tradicional, que continúa la tradición hitita del Imperio Nuevo. Sus principales representantes se encuentran en los ya mencionados relieves, dedicados al culto, de Malatya, afines al arte de Yazilikaya y Alaca Hüyük por su contenido religioso y su forma.

Siguió después el estilo asirizante, dividido por los acontecimientos históricos en dos períodos. Durante el primero, prolongado considerablemente por el retroceso del poder asirio después de Salmanasar III, influyó Asur en la elección de los temas, pero estos motivos asirios quedaban asimilados de manera original. En el segundo período, que comienza con la época de Tiglatpileser III, el arte hitita adquiere más el carácter de una imitación provinciana de lo que se hacía en Asur; también en la realización se trató de copiar el modelo, perdiéndose por completo el carácter propio. Junto a estos influjos asirios se ha notado también una fuerte influencia aramea, sobre todo en Sam'al, pero también en Sakçagözü y en la Karatepe cilicia.

Probablemente, el reino asirio alcanzó en tiempos de Sargón II su mayor expansión hacia el noroeste, pero ya antes del final del reinado de Sargón se produce un profundo cambio. En 705 Sargón tuvo que marchar de nuevo contra Tabal, produciéndose entonces el hecho insólito de caer un rey asirio en una campaña extranjera. En 704 o 703 tuvo de nuevo que luchar Senaquerib (705 a 681) en Qu'e y Khilakku. Nos llevaría demasiado lejos enumerar todos los conflictos en que estuvo envuelto Asur en el ángulo sudeste de Asia Menor durante el siglo VII. En general, se puede decir que la llanura cilicia (Cilicia Campestris) quedó en manos asirias, pero que el territorio más septentrional (Khilakku y Tabal) se sustrajo a la esfera de influencia asiria. Partes más orientales del territorio luvita, como Kummukhu, Sam'al y Gurgum, quedaron de nuevo bajo el total dominio asirio. Es posible que se sentasen ya en este período las primeras bases del reino cilicio que había de desempeñar un papel muy importante en la política de Asia Menor del siglo VI.

Uno de los conflictos que se produjeron en este territorio merece atención por haber tenido parte en él los griegos, según la tradición. En el 606 a. C. Kirua de Illubru se levanta contra Senaquerib (705-681). Kirua contaba con la ayuda de los habitantes de Khilakku, Tarso y de la fortaleza (griega) de Anquiale (este último nombre aparece en los textos asirios como Ingirra). Probablemente, Senaquerib minimizó la gravedad de los acontecimientos, ya que parece que fue un levantamiento importante. Según la tradición griega, Senaquerib derrotó a los griegos en Cilicia o cerca de allí en una batalla naval. Es muy interesante el que en las excavaciones de Tarso se encontrara una capa de ruinas y también los restos de una reconstrucción de la ciudad llevada a cabo por Senaquerib. En los estratos situados inmediatamente antes y después de la devastación fue donde se encontró la mayor cantidad de cerámica griega.

En realidad se debiera haber señalado en la exposición hecha hasta ahora un nuevo factor de la política internacional de este período: los cimerios y escitas aparecen ya citados por primera vez en tiempos de Sargón II e incluso antes de 713. Por la importancia que llegan a alcanzar en el siglo VII no me he ocupado de ellos hasta ahora. Los cimerios formaban la población indígena del sur de Rusia. Sus poblaciones se caracterizaban por una cultura del bronce tardía, aunque la difusión de espadas y puñales de hierro está relacionada íntimamente, según los arqueólogos, con el surgimiento de los escitas. Entre las escasas colonias cimerias descubiertas y estudiadas figuran las situadas en el territorio de la ciudad más tarde llamada Kimmerikon, a orillas del mar Negro, 45 km al suroeste de Kertsch.

Durante el siglo VIII, los masagetas, desde el territorio situado al norte del Oxus, emprendieron un gran movimiento migratorio, cuyo origen debió ser el Lejano Oriente. Estos arrollaron a los escitas quienes a su vez se echaron sobre los cimerios orientales. Poco después grupos de ambos pueblos pasaron el Cáucaso entrando en el campo visual de los asirios. Si sobre los cimerios no sabemos gran cosa, en lo referente a los escitas hay división de opiniones, pues una parte de los historiadores utiliza el concepto en sentido

amplio y denomina escitas a todos los nómadas de la estepa euroasiática; mientras que la ciencia rusa actual lo limita, por el contrario, a un pequeño grupo de pueblos que habitaron en las costas del mar de Azov y del mar Negro, entre la desembocadura del Bug al oeste y el Kuban en el sureste, y que tal vez se extendieron por una parte de la estepa.

Los nómadas escitas fueron los creadores de un arte decorativo con motivos animales, de formas muy puras, realizado en hueso y metal. Los temas proceden de la caza. Sus figuras animales se caracterizan por tendencias impresionistas y por captar diversos momentos de la misma figura. Aunque las posturas animales están captadas con gran precisión visual y realizadas con maestría artística dan una impresión artificial y casi abstracta.

Un primer grupo de cimerios expulsados por los escitas se estableció a orillas del lago Van, entrando en conflicto con Urarṭu. En una carta, que debe fecharse sin duda antes de 713, Senaquerib, entonces aún príncipe heredero, informa a su padre sobre la situación en la frontera norte y menciona la presencia de los cimerios. Durante su propio reinado los cimerios penetraron en Asia Menor. El reino frigio tuvo que ceder ante la invasión cimeria, y así finaliza la hegemonía de Frigia en aquella época. Según la tradición, Midas se suicidó. Por lo general se sitúa cronológicamente este acontecimiento basándose en Eusebio, quien sitúa la destrucción de Gordio en el año 696-695 a. C. Pero es posible también que sea el 676. En las excavaciones americanas realizadas en Gordio se encontraron indicios claros de esta destrucción; sin embargo, parece que tras la muerte de Midas hubo príncipes de su casa que reinaron como soberanos sobre Frigia y Gordio continuó siendo la capital del reino. Las excavaciones descubrieron también en zonas más orientales pequeñas capitales fortificadas de los siglos VII y VI.

Probablemente se estableció por bastante tiempo un importante grupo de cimerios en el norte de Asia Menor, alrededor de Sínope. La tradición griega proporciona algunos puntos de contacto para esta tesis. Asarhaddón (681-669) da noticia de una victoria sobre los cimerios en los alrededores de Hubusna (seguramente una variante del nombre de Khubushna-Kybistra) que debe fecharse en el año 679.

Los escitas que habían expulsado a los cimerios emprendieron en parte la misma ruta que el primer grupo de éstos, atravesando el Cáucaso y estableciéndose a orillas del lago de Urmia. Otro grupo en cambio se dirigió a Rusia meridional, la auténtica patria de los cimerios. Esto provocó el que un segundo grupo de cimerios atravesase los Balcanes, penetrando en Asia Menor desde el oeste. Esta invasión occidental parece haberse desarrollado en varias fases.

El primer ataque tuvo lugar al principio del reinado de Asurbanipal (669-631/29?). El temor a los cimerios era ya por lo visto tan grande que los reyes de Tabal y Khilakku, e incluso Giges de Lidia, pidieron ayuda a Asur[20]. Según la tradición asiria, el dios Ashshur aconsejó en sueños al «Gugu» que se dirigiera a Asurbanipal. Giges pudo resistir en este primer ataque del oeste a la presión cimeria. La versión de Estrabón, según la cual Giges dominó la Tróade, debe relacionarse con esta situación. Las cosas cambiaron, sin embargo, o al menos así lo interpretan los asirios, cuando Giges, en lugar de consolidar las pasajeras relaciones con Asur con un enviado permanente, se dirigió en busca de apoyo a Psamético de Egipto. En un segundo ataque, tal vez llevado a cabo desde Sínope, los cimerios tomaron Sardes (excepto la ciudadela). A Giges lo mataron (652 a. C.).

Heródoto cuenta que Giges, siguiendo el ejemplo de Midas, ofrendó al santuario de Delfos seis bandejas de oro que pesaban treinta talentos. Envió ejércitos contra Mileto y Esmirna y conquistó Colofón, de lo que se deduce que trataba de someter las ciudades

griegas que dominaban los tres valles fluviales (Mileto el del Meandro, Colofón el del Kayster y Esmirna el del Hermos).

Su sucesor Ardys, quien debió reanudar, a juzgar por las fuentes asirias, las relaciones con Asur, conquistó Pirene y asaltó Mileto, según Heródoto. Bajo su reinado volvieron a ocupar Sardes los tracios que luchaban con los cimerios occidentales (645 a. C.).

Según la tradición griega, el jefe de los cimerios en el ataque en 625 a. C. se llamaba Ligdamis. En los textos asirios se encuentra este nombre bajo la forma de Tugdamme. Estrabón cuenta que Ligdamis halló la muerte en Cilicia. Expresado en palabras asirias, se trata de Qu'e o Khilakku; los relatos asirios coinciden con esta afirmación. Este acontecimiento se sitúa entre los años 637 y 626 a. C. Existen muchas razones para suponer que la nueva colonización de Sínope del año 630 a. C. estuvo relacionada con esta derrota de los cimerios. Heródoto afirma que sólo Alyatte logró expulsar por completo a los cimerios de Asia Menor, pero se refiere probablemente a los últimos restos de los cimerios occidentales que, en efecto, se mantuvieron mucho tiempo en la Tróade.

Durante las últimas décadas del siglo VII vuelven a surgir con fuerza los escitas. Según Heródoto dominaron durante veintiocho años «las tierras altas de Asia», el territorio que, antes y después de ellos, fue de los medos. Su aparición orlada de saqueos y destrucción provocó el pánico en todo el Próximo Oriente. En una ocasión llegaron, a través de Siria y Palestina, hasta las fronteras de Egipto, donde el oro egipcio conjuró su ataque.

La enumeración de todos los datos griegos relativos a la historia lidia nos llevaría demasiado lejos, pero no podemos prescindir de uno: se trata del apogeo que alcanzó el imperio bajo Alyatte. Bajo su reinado fue conquistada Esmirna (600 a. C). En las excavaciones de esta ciudad se encontraron huellas claras de un asedio: un gran montículo desde el que se dominaban las fortificaciones de la ciudad y además puntas de flecha por ambas partes. Muchas regiones del interior quedaron sometidas a la administración lidia bajo el reinado de Alyatte. Para los griegos este país era de una riqueza proverbial, pero degenerado por excesivo lujo y suntuosidad. Hacia mediados del siglo VII los lidios adoptan para su escritura el alfabeto de los griegos. Las inscripciones lidias de época posterior muestran que el lidio pertenecía a la familia lingüística anatólica; probablemente estuviera más cerca del hitita que del luvita.

Una faceta importante de la historia de esta época es la evolución del Khilakku independiente, que al parecer ya estaba en vías de convertirse en un estado importante, aunque aún no abarcase la llanura cilicia. En este territorio se mantuvieron los reyes neobabilónicos siguiendo la política tradicional de las potencias mesopotámicas: una política que trataba de mantener a lo largo de la historia una cabeza de puente hacia occidente en la llanura cilicia[21]. El Khilakku independiente y la Babilonia de los reyes neobabilónicos mediaron conjuntamente en el conflicto entre medos y lidios de 590-585 a. C. como «parte neutral interesada». Existe un relato de Heródoto al respecto, en el que describe cómo un eclipse total de sol, fechado por los astrónomos el 28 de mayo del 585 a. C., aterrorizó tanto a los beligerantes que éstos se avinieron a un acuerdo. Ambos partidos aceptaron la fórmula conciliatoria de los reyes de Cilicia y Babilonia. Desde este instante queda establecida la frontera entre ambas potencias en el Halys, pasando Paflagonia al dominio de Lidia y el territorio de la otra orilla a los medos.

Heródoto consigna las dimensiones del imperio de Creso, el rey que, después de

Midas, produjo mayor impresión en la fantasía griega. Escribe que este soberano sometió a todos los pueblos de su orilla del Halys excepto a los licios y cilicios. Poco después, Heródoto cita a los panfilios entre los pueblos de Creso. Todo ello se ve confirmado en la descripción de una campaña del rey neobabilónico Neriglisar (Nergalsharuṣur) (560-556) por el interior de la Cilicia Aspera, pues del texto se deduce que este territorio estaba gobernado por un rey indígena y que el reino lidio comenzaba en Selinunte[22]. El relato de Heródoto sobre la independencia de los licios se ve respaldado por los textos indígenas posteriores, de los que se desprende que aún se pudo mantener largo tiempo un grupo de población luvita en Licia. Un grupo luvita muy afín vivió en Cilicia Aspera hasta muy entrada la época grecorromana, pues se encontraba en el mismo extremo aislamiento natural que la población licia. Si Babilonia era en el año 585, durante su mediación entre medos y lidios, aún considerada como gran potencia, en tiempos del conflicto histórico entre Creso y Ciro desempeñaba un papel mucho menos importante. Babilonia pertenecía a una coalición antipersa creada por Creso en la que estaban integrados además Egipto y Esparta. Cilicia, el otro mediador, optó por el lado persa o conservó al menos frente a los persas una neutralidad tolerante. Heródoto relata este episodio. Creso comenzó con un ataque contra Éfeso, dirigiéndose luego contra todos los jonios y eolios e intentando someter todas sus ciudades una tras otra. Acabó por ser el soberano de todos los griegos en Asia Menor y, después de algunos titubeos, dejó en paz a los griegos de las islas. Entonces se decidió a la guerra contra Ciro. Heródoto narra la famosa anécdota del oráculo de Delfos que logró ganarse la confianza de Creso. El soberano interpretó mal al oráculo, que profetizaba la destrucción de un gran imperio si comenzaba una guerra con los persas y una victoria persa si un mulo llegaba a reinar sobre los «medos». Creso creyó que el gran imperio era el persa y que el triunfo de éste era imposible. No tuvo en cuenta la ambigüedad del primer oráculo ni la alusión del segundo a la procedencia de Ciro de una princesa meda casada con un súbdito persa. Así, Creso tomó la iniciativa de la lucha cruzando el Halys y penetrando en Capadocia, que había pertenecido antes al territorio medo y que ahora era persa. Era el año 547 a. C. Aunque la lucha que siguió arrojaba un saldo poco claro, Creso decidió volver a su capital, ya que quería dirigirse a sus aliados antes de continuar la guerra en la primavera siguiente. Ciro, sin embargo, no esperó a la primavera e irrumpió súbitamente en Lidia. Su ataque fue tan rápido que Creso se halló totalmente sorprendido. A una batalla campal en la llanura de Sardes, que finalizó con la derrota lidia, siguió el asedio a la ciudad por los persas. Catorce días después se tomó Sardes. Empezó para Asia Menor un nuevo período, el período persa. Por primera vez después de muchos siglos, Asia Menor entera estaba unida bajo un soberano.

3.Siria y Palestina desde fines del siglo XI hasta fines del siglo VI a. C. Desde la instauración de la monarquía en Israel hasta el fin del exilio judío.

Los cinco siglos de la historia sirio-palestina que vamos a tratar seguidamente se dividen en tres períodos: 1025-880, 880-745 y 745-538. Siria-Palestina pudo disfrutar en el primero de la libertad que le había proporcionado en el siglo XII el fin de la supremacía egipcia sobre este territorio. Durante el segundo período una nueva gran potencia extranjera, la asiria, alargó la mano hacia Siria-Palestina. En el tercer período esta gran potencia, que había sido sustituida a finales del siglo VII por la babilónica, somete a Siria-Palestina por completo. Gracias al Antiguo Testamento disponemos de múltiples e interesantes datos sobre los territorios dominados por Israel y sus países vecinos: los filisteos en el oeste, los edomitas en el sur, los moabitas y amonitas en el este, los arameos en el noreste y los fenicios en el noroeste. Nuestros conocimientos son en todo caso mayores que los que tenemos sobre la historia de los estados que se habían conservado o formado de nuevo en 1200 en el noroeste de Siria y el sureste de Asia Menor a raíz de la caída del imperio hitita, y que siguieron en un principio la tradición hitita a través de la lengua, la escritura y la cultura para luego arameizarse en su mayor parte después del año 1000. Por esta razón aparecen pocas veces en el Antiguo Testamento. Las únicas y por desgracia insuficientes fuentes que tenemos sobre ellos se reducen a algunos pasajes de relatos bélicos de reyes asirios y algunos hallazgos aislados (entre ellos unas pocas inscripciones) en diversos puntos de su territorio. Con lo que se desprende de estos datos tendremos que reconstruir concisamente la historia de estos estados neohititas, aludiendo a su arameización paulatina y anticipando así la parte que trata de los arameos.

No será necesario dedicar un capítulo exclusivo a la historia de los filisteos, edomitas, moabitas y amonitas, que puede narrarse en relación con la historia de Israel por estar vinculada estrechamente a ella. Igual que con los filisteos, edomitas, moabitas y amonitas, Israel tuvo muchos y estrechos contactos con los arameos y los fenicios, durante los cinco siglos de su historia que aquí se tratan. En la historia de Israel se aludirá por ello con frecuencia a los arameos y a los fenicios. Las noticias de que disponemos sobre unos y otros, aparte del Antiguo Testamento (inscripciones arameas y fenicias, documentos de reyes asirios y babilónicos y datos fenicios más antiguos conservados a través de autores grecorromanos), arrojan tanta luz sobre la historia de estos dos pueblos que merecen un tratamiento especial. La descripción de cada una de las tres partes principales en que hemos dividido el período a tratar, 1025-880, 880-745 y 745-538 comienza, pues, con Israel y sigue con la historia de los estados neohititas, los arameos y los fenicios. La historia de los estados posthititas que se basa, por falta de datos del período entre 1025 y 880, en deducciones de períodos posteriores, quedará contenida en la primera parte.

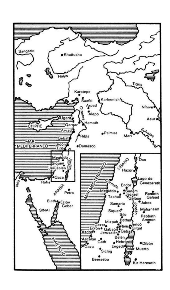


Fig. 4. Siria-Palestina.

I. INDEPENDENCIA DE SIRIA-PALESTINA (1025-880 a. C.)

A) Israel y Judá

a) Instauración de la monarquía. Saúl

Siria-Palestina cultivó desde el principio del siglo XII, durante doscientos años, su independencia, fomentando en todo su territorio la aparición de estados independientes, generalmente en forma de reinos. Por otro lado no cabe duda de que la monarquía surgió bastante tarde en Israel: dos e incluso tres siglos más tarde que entre sus vecinos los edomitas, moabitas y amonitas, cosa que puede estar relacionada con la religión de Israel, según la cual no debe existir un rey terrenal. En todo caso parece haberse manifestado esta convicción con motivo de la elección de Saúl, el primer rey de Israel.

Lo que indujo a Israel a instaurar la monarquía fue por un lado la ayuda solicitada a todas las tribus israelitas por la ciudad de Jabes Galaad, en Jordania oriental, gravemente amenazada por los amonitas (I Sam. 11), y por otro lado la presión cada vez más fuerte que ejercían los filisteos sobre las tribus israelitas de Palestina central (I Sam. 13, 19-22). No está del todo clara la serie de acontecimientos que condujo al benjaminita Saúl al trono. También existen diversas opiniones acerca de la parte que tuvo en ello el profeta efraimita Samuel. Según I Sam. 7, 2-8, 22; 10, 17-19; 12, 1-25; 15, 1-35, Samuel desaprobaba el deseo del pueblo de tener un rey, por considerarlo una limitación de los derechos de Yahvé, único rey del pueblo, y procedió finalmente al nombramiento de Saúl como rey, en contra de su voluntad y sólo por indicación expresa de su dios. Esto podría relacionarse con el hecho de que Samuel, considerado entonces como juez, hubiese liberado a Israel de los filisteos (según 7, 10-17) y por eso no pudiera encargar a Saúl esta empresa, por lo que le confió, como primera misión de su reinado, el exterminio de los amalecitas (15, 1-35). Los pasajes I Sam. 9, 1-10; 16, 20-27; 11, 1-15; 13, 1-14, 46, que tampoco parecen ser homogéneos (lo que aquí carece de importancia por coincidir en esta cuestión), afirman por el contrario que Saúl fue ungido rey por Samuel por orden de Yahvé con la misión de liberar a Israel de los filisteos. Cuentan también cómo el rey hizo gala de su dignidad real en brillantes victorias sobre los amonitas que asediaban Jabes Galaad y cómo junto con su hijo derrotó y expulsó de Israel a los filisteos (cap. 13-14). El capítulo 11 (se omite aquí el cap. 12 por no tener relación directa con nuestro tema) y los capítulos 13-14 unen el triunfo de Saúl sobre los amonitas y su victoria frente a los filisteos describiendo (13, 2) cómo Saúl, tras haberle el pueblo confirmado como rey en Galgala en agradecimiento a la gran

ayuda que prestó a Jabes Galaad, conservando sólo 3000 hombres de su ejército, expulsó a los filisteos del país. Puede que esta versión corresponda a la realidad. El relato de I Sam. 7-15, según el cual Yahvé y su profeta se opusieron a la instauración de la monarquía en Israel, se puede explicar por el hecho de que las tensiones surgidas entre Saúl y Samuel al final de su reinado hayan sido situadas al principio del reinado de Saúl. Sin embargo, es posible que en determinados círculos proféticos o sacerdotales se alzasen desde un principio voces contrarias al nombramiento de Saúl.

Sea como fuere, es un hecho histórico que Saúl empezó su reinado con una brillante victoria contra los filisteos, que hasta entonces habían oprimido pesadamente a Israel. Pero no por esto estaba conjurada para siempre la amenaza de los filisteos. Por el contrario, a juzgar por I Sam. 14, 52, parece seguro que prosiguió una violenta guerra contra ellos mientras vivió Saúl y que éste no dejó de buscar por todos los medios hombres para esta lucha. Estas luchas fueron todas favorables a Saúl, excepto la última, a la que aún nos hemos de referir. También salió victorioso Saúl de sus guerras contra Moab, Amón, Edom, Aram-Soba y los amalecitas. Tenemos escasa información sobre estas luchas, así como sobre la política exterior de Saúl. Como fuente sólo disponemos de I Sam. 14, 47-48, que enumera a los enemigos exteriores con los que se enfrentó Saúl (Moab, los hijos de Amón, Edom, los reyes de Soba y Amalec), afirmando que Saúl siempre salió vencedor de estas guerras, afirmación que en el texto que estudiamos concluye inesperadamente, por animosidad contra Saúl, acusándole de haber actuado siempre criminalmente[1]. Sin embargo, estas guerras de Saúl son históricas aun cuando ignoremos mayores detalles. Moab, Amón, los filisteos y Amalec son pueblos que ya en la época de los jueces aparecen como enemigos de Israel y que, junto a Edom, seguirán siéndolo más tarde, bajo David y en épocas posteriores. Al menos en su esencia, el relato de la lucha de Saúl contra Amalec y su rey Agag (I Sam. 15) se ve confirmado por la afirmación (14, 48) de que Saúl derrotó a Amalec liberando así a Israel del dominio de su expoliador. También el hecho, referido en I Sam. 23, 10-12; 26, 1-2, de que David fuese entregado por los judíos a Saúl al refugiarse en Judá debe entenderse en el sentido de que los judíos querían mostrarse agradecidos a Saúl por la defensa de su país contra las incursiones enemigas y, en particular, las de los amalecitas, que continuaron acosando a Judá y provocaron aún contramedidas por parte de David (I Sam. 27, 7-12; 30, 1-31).

Si sobre la política exterior de Saúl disponemos sólo de escasas noticias, sobre su política interior tenemos en primer lugar la lista de la corte de Saúl de I Sam. 14, 49-51, en la que, aparte de la mujer, hijos e hijas de Saúl, sólo se menciona a su jefe de ejército Abner, que era primo suyo. Se trata, pues, de una forma de gobierno completamente patriarcal que sólo es concebible si Saúl se limitaba prácticamente al mando supremo militar, dejando la administración interior, el derecho y el culto a las tribus. Cuando más tarde la monarquía asume, bajo David y Salomón, muchas de las funciones que antes competían a administraciones autónomas, aumenta considerablemente, como veremos, el número de miembros de la corte. Son también de política interior las medidas que adoptó Saúl para israelizar por la fuerza los enclaves cananeos que perduraban aún en los territorios reclamados por Israel. Una medida de este tipo, la cruenta nacionalización de la ciudad de Gabaón, presuponen los relatos de II Sam. 21, 1-14 y 9, 1-13, que tratan de la entrega de los saúlidas que sobrevivían aún a principio del reinado de David, a excepción de Merib-Ba‘al[2], hijo de Jonatán. Otro caso de israelización violenta, llevada a cabo por Saúl, aparece en el relato del asesinato de Esba‘al[3], hijo de Saúl, en el que dos ciudadanos de la ciudad benjaminita de Beeroth afirman que los habitantes de ésta tuvieron que

abandonar su patria y refugiarse en Gittaim, lugar posiblemente filisteo (II Sam. 4, 3); debe tratarse seguramente de la evacuación ordenada por Saúl, padre de Esba'al, a los cananeos, que aún vivían en la ciudad de Beeroth. Por otra parte no sabemos siquiera cuánto tiempo reinó Saúl, pues el pasaje I Sam. 13, 1, según el que «Saúl tenía… años cuando fue nombrado rey y reinó dos años sobre Israel», no ofrece garantía y tiene que explicarse por alguna equivocación o error de transcripción, igual que las noticias sobre el reinado de Saúl deben de referirse a más de dos años. Sin embargo, no puede asegurarse si se puede contar con un reinado de diez años o más. Si para este período se fijan por tanto las fechas 1025-1005, han de tomarse con grandes reservas.

Así como aparecen descritos con bastante detalle los comienzos de Saúl, lo cual se debe a que el profeta Samuel tuvo mucha parte en ellos, también disponemos de abundantes datos sobre su fin por haber desempeñado en él Samuel un papel bastante importante. Además, el fin de Saúl coincide en cierta manera con los comienzos de David, que era más importante para nuestros narradores que Saúl. Así sólo pudieron aparecer algunas historias de Saúl si en ellas también se hablaba de David. Los últimos años del reinado y de la vida de Saúl se vieron oscurecidos por un infortunio doble. Primero parece que a medida que avanzaba su edad empezaba a sufrir ataques de melancolía y complejo de inferioridad, quedando minada su fe en sí mismo, condición indispensable del éxito. Luego fue deteriorándose cada vez más su relación con Samuel, que en un principio había sido buena. Esto acarreó el conflicto de Saúl con el movimiento profético dirigido por Samuel, que según I Sam. 9, 5-6, 9-14; 19, 18-24, se debió extender mucho y tener amplia repercusión. También se produjo con el tiempo un distanciamiento entre Saúl y los sacerdotes del templo real de Nob, lo que tuvo como consecuencia más tarde que David huyendo de Saúl encontrase la ayuda de los sacerdotes de este templo, descendientes de Moisés, y, por tanto, muy influyentes, por lo que Saúl, como venganza, mandó asesinarlos, excepto a Abiathar, un bisnieto de Eli, sacerdote del Arca, que pudo escapar a la matanza.

Lo que seguramente preocupaba más a Saúl era la continuidad de su dinastía, ya que temía que David, que había sido formado como oficial en la corte de Saúl, alcanzando toda clase de honores (I Sam. 18, 5; 19, 8) y llegándose a casar incluso con su segunda hija Micol (18, 17-30; 19, 11-17; 25, 44; II Sam. 3, 13-16; 6, 16-23; I Par. 15, 29), pudiese ganar en popularidad, por sus grandes victorias en la lucha contra los filisteos, al príncipe heredero Jonatán, llegándole a disputar el trono, un temor que se veía agravado por la íntima amistad que unía a Jonatán con David (I Sam. 18, 1-4; 19, 1-7; 20, 1-21; II Sam. 1, 17-27) y por no ver o no querer ver aquél el peligro que para él constituía David. Por fin se produjo la ruptura entre Saúl y David sin que pueda decirse cuánto duró su concordia, cuándo comenzó el distanciamiento y cuándo se produjo la ruptura definitiva. El relato de 21, 11-16 de una primera y episódica deserción de David al campo del rey filisteo Aquis de Gath es seguramente legendario, destinado a mostrarnos la estancia de David en el país enemigo de los filisteos (que seguramente tuvo lugar y duró casi año y medio) como episodio breve: I Sam. 18, 6; 21, 10 describe el auténtico proceso de esta ruptura. 22, 1; 27, 12 trata de los meses en los que Saúl intentó apresar a David, que se había refugiado en Judá, hasta que por fin se pasó con sus mujeres e hijos y 600 insurrectos al rey filisteo Aquis de Gath, que le asignó como residencia el dominio de Siclag, situado al sur de su territorio, probablemente con la misión de defender la frontera meridional del territorio filisteo de los ataques nómadas (I Sam. 27, 1-12). Según 27, 7, la estancia de David con los filisteos duró un año y cuatro meses, lo que parece ser verdad. Aproximadamente el mismo tiempo trataría de mantenerse David en Judá antes de pasarse a los filisteos, mientras que el

tiempo que estuvo David en la corte de Saúl parece haber sido más largo, llegando a diez o más años.

Sobre las dificultades de tipo interno y externo que pesaron sobre los últimos años del reinado de Saúl, estuvieron seguramente al corriente los filisteos gracias a su servicio de información. Parecióles llegado el momento oportuno de recuperar el dominio sobre Israel, que les había sido arrebatado por Saúl en la flor de sus años, rebasando el territorio, incluso las rutas de comercio que atravesaban el territorio israelí. Decidieron pues atacar a Saúl en la llanura de Jezrael entre Jezrael y Sunem y las montañas de Gélboe. En el camino al campo de batalla elegido, los filisteos pasaron revista a las tropas; desfiló también David con sus hombres, pero fue devuelto de nuevo a su residencia de Siclag a pesar de la fe que tenía puesta en él su señor Aquis, por los otros príncipes filisteos que desconfiaban. Mientras él volvía, los filisteos continuaban la marcha a Jezrael. Un destino favorable le había librado de tener que luchar al lado de los filisteos contra su propio pueblo.

Poco sabemos sobre el curso de la batalla entre filisteos e israelitas en la llanura de Jezrael. Como en otros casos, aquí los relatos están dedicados más a la suerte corrida por los principales personajes, que a una descripción objetiva de los acontecimientos. La legendaria historia sobre la consulta del desesperado Saúl a la vieja pitonisa de Endor (I Sam. 28, 3-25) debe ser histórica, pues Saúl no tenía muchas esperanzas puestas en el combate próximo. Esto coincide con los ataques de melancolía que asaltaban a Saúl al ir envejeciendo. Después de narrar brevemente (31, 1) que los israelitas tuvieron que huir ante los filisteos y que en las montañas de Gélboe había muchos caídos israelitas, la historia se centra en la suerte corrida por Saúl y sus hijos y cuenta cómo los hijos de Saúl, Jonatán, Abinadad y Melquisúa, fueron muertos por los filisteos, y cómo Saúl, gravemente herido, pidió a su escudero que pusiese fin a su vida y que al negarse éste, se atravesó con su propia espada, siguiéndole en su ejemplo su escudero. I Sam. 31, 8-13 cuenta que los cadáveres de Saúl y de sus tres hijos fueron colgados por los filisteos en la muralla de la ciudad de Betshán conquistada por ellos, pero que los ciudadanos de Jabes Galaad robaron los cadáveres, dándoles digna sepultura en Jabes, lo que a su vez viene a confirmar la historicidad del relato que figura en I Sam. 11 acerca de la ayuda que unos dos años antes había prestado Saúl a la ciudad de Jabes contra los ataques de los amonitas. Es difícil saber la relación que guarda el relato de II Sam. 1, 1-16 de la muerte de Saúl, según el cual un amalecita, que se encontraba casualmente en las montañas de Gélboe, dio el golpe de muerte a Saúl por deseo del mismo, con la otra versión de I Sam. 31, 1-13.

b) David y Esba'al

La muerte de Saúl significó para David no sólo la desaparición de su enemigo personal, sino también que quedaba libre el camino a la sucesión de Saúl como soberano de Israel. Pues aunque, como ahora veremos, Esba'al, un hijo de Saúl de cuarenta años (II Sam. 2, 10) había sido nombrado inmediatamente por Abner, general de Saúl, rey «sobre Galaad y sobre los asuritas[4], y sobre Jezrael, y sobre Efraím y sobre Benjamín y sobre todo Israel» (II Sam. 2, 9) era de suponer que tarde o temprano se inclinaría la suerte a favor de David. El mismo David estaba seguro de ello. Lo demuestra el hecho de que, tras haber sido nombrado en Hebrón rey de Judá poco después de la muerte de Saúl, enviase un mensaje a los ciudadanos de Jabes Galaad, dándoles las gracias por los honores dados al cadáver de Saúl, pidiendo la recompensa de Yahvé y asegurándoles su gratitud, terminando con estas frases inequívocas: «Esfuércense, pues, ahora vuestras manos, y sed valientes;

pues que, muerto Saúl nuestro señor, los de la casa de Judá me han ungido por rey sobre ellos» (II Sam. 2, 7).

La muerte de Saúl fue oportuna para David. Esto no significa en absoluto, que éste no hubiese llorado verdaderamente la muerte de Saúl y de sus hijos, sobre todo de su amigo Jonatán. Que esto sucedió así queda demostrado en la oda fúnebre de II Sam. 1, 17-27 escrita sin duda por David:

22. Sin sangre de muertos, sin grasa de valientes
el arco de Jonatán nunca volvió,
ni la espada de Saúl tornó vacía.
23. Saúl y Jonatán, amados y queridos, ni en la vida
ni en la muerte se vieron separados:
Más ligeros que águilas,
más fuertes que leones.
26. Angustias tengo por ti, hermano mío Jonatán,
que me fuiste muy dulce:
más maravilloso que fue tu amor
que el amor de las mujeres.

El dolor, sin embargo, no le hizo descuidar las necesidades inmediatas. Tras la muerte de Saúl, David se traslada pronto con su familia y sus soldados a Hebrón, lugar de su pueblo de origen, Judá. Esto sucedió con toda seguridad de acuerdo con los príncipes filisteos, sobre todo con su soberano Aquis de Gath. Para los filisteos no podía ser más ventajoso que se mantuvieran en jaque estas dos partes en las que se deshizo el reino a la muerte de Saúl, el estado del norte, Israel, gobernado por el general de Saúl, Abner, en nombre del hijo de éste, Esba'al, y el estado del sur, Judá, que reconocía a David como rey. Cuanto mayor fuera la hostilidad entre ambos estados, menos tenían que temer los filisteos que se les llegase a enfrentar una potencia israelita unida, que les obligase a permanecer dentro de sus confines, como había sucedido bajo Saúl. Ambos estados hermanos israelitas se encargaron de no desbaratar los planes de los filisteos. De esto es testimonio impresionante, en II Sam. 2, 12-32, el relato de la lucha que tuvo lugar cerca de Gabaón entre doce representantes de las tropas de Esba'al al mando de Abner, procedentes de la residencia de Esba'al en Mahanaim, en la tierra del Jordán oriental, y otros doce de los hombres de David venidos de Hebrón bajo el mando de Joab. La lucha causó la muerte de ambos grupos, y desencadenó un encuentro tan encarnizado entre los ejércitos que hubiese terminado con la aniquilación total de las inferiores tropas de Abner, de no ser porque Abner hizo ver a Joab que se trataba de una lucha entre hermanos y éste desistió de perseguir a los soldados de aquél, poniendo fin a la batalla[5]. Por lo demás no se sabe con certeza cuánto duró el conflicto entre Esba'al y David. Según II Sam. 3, 1, se prolongó largo tiempo. Según 2, 10 el reinado de Esba'al duró dos años, según 2, 11 el tiempo en que David fue en Hebrón rey sobre Judá es de siete años y seis meses: dos fechas que no concuerdan (pues, según 3, 2 y 5, 1, parece como si David hubiese sido elegido rey sobre Israel poco después del asesinato de Esba'al) y que tienen que armonizarse suponiendo que la fecha de 2, 10 se basa en una equivocación o malentendido, mientras que la segunda es la correcta. En todo caso el conflicto entre Esba'al y David tuvo como resultado que disminuyese cada vez más la influencia del primero a favor de la importancia del último, como queda expresado en 3, 1 con clásica concisión: «David se hacía cada vez más fuerte, la casa de Saúl cada vez más débil».

A la debilitación de la casa de Saúl contribuyó de manera fundamental que fuese asesinado primero Abner, general de Esba'al y luego el mismo Esba'al. Acusado por Esba'al de haber tenido relaciones con una mujer de Saúl, Abner se dirigió a Hebrón con el acuerdo de los ancianos de Israel y prometió a David que le entregaría todo Israel. Joab, que no se encontraba en Hebrón durante las conversaciones entre David y Abner, se enteró de ello a su vuelta. Inmediatamente se dirigió a David, al que hizo amargos reproches por haber dejado partir en paz a Abner, que sólo había querido hacer espionaje, mandó que volviese, bajo algún pretexto, y lo asesinó en las puertas de Hebrón. Pretendía así vengar a su hermano Asael al que Abner había tenido que matar en defensa propia en la batalla mencionada antes entre los hombres de Esba'al y los de David. En realidad es seguro que le empujó el temor a que David favoreciese a Abner a su costa (3, 6-39). No tardó en seguir el asesinato de Esba'al. Dos oficiales de Beeroth, de sus tropas de patrulla, degollaron a Esba'al; seguramente como venganza por la cruenta israelización de Beeroth llevada a cabo por su padre Saúl, como vimos más arriba, mas no obtuvieron de David la recompensa que habían esperado, siendo ajusticiados mientras que la cabeza de Esba'al recibía digna sepultura en la tumba de Abner en Hebrón (II Sam. 4, 1-12). Quedaba para David, por fin, completamente libre el camino al poder sobre Israel. Los ancianos de Israel, es decir, del territorio hasta entonces dominado por Esba'al, no tardaron en acudir a Hebrón, ungiéndole rey de Israel, después que firmó un acuerdo con ellos (5, 1-3). Sigue a esta historia el relato fidedigno de 5, 4-5, según el cual David tenía treinta años cuando fue nombrado rey y reinó cuarenta años, siete años y seis meses en Hebrón, sobre Judá, y treinta y tres en Jerusalén, sobre Israel y Judá.

c) David

Después de haberse hecho David de esta manera rey de Israel, descubrió pronto que sería difícil o casi imposible reinar sobre Israel desde Hebrón, residencia situada casi en la frontera meridional de sus nuevos dominios, y que tendría que decidirse por una capital más céntrica. Al mismo tiempo juzgó necesario, en vista de las tensiones entre Judá e Israel, entre el norte y el sur, que ya empezaban a sentirse entonces y que tan fatales consecuencias habían de tener más tarde, crear una capital libre de estas tensiones que no perteneciese ni a Israel ni a Judá, y que fuese de su exclusiva propiedad, es decir: tenía que conquistar una ciudad libre cananea que, según el derecho de guerra, sería posesión suya. Eligió para este fin la ciudad de Jerusalén, habitada por los jebuseos, y su acrópolis Sión. El breve relato que se hace en II Sam. 5, 6-8 de la conquista de esta ciudad y su acrópolis, llamada más tarde por David «Ciudad de David», es por desgracia tan confuso que apenas podemos decir algo acerca de aquellos sucesos. A este relato se añaden en 5, 9-16 datos referentes al fortalecimiento de la muralla de la ciudad ordenado por David, a la construcción de su palacio, impulsada por Hiram, rey de Tiro, con envíos de madera de cedro y de carpinteros y canteros, a las mujeres que tomó David en Jerusalén, a los hijos que allí tuvo, datos que, en parte, hacen referencia a hechos y acontecimientos acaecidos más tarde y que, por lo tanto, aparecen demasiado pronto. 5, 17-25 continúa con el relato de dos victorias que obtuvo David sobre los filisteos poco después de la conquista de Jerusalén. El pasaje 5, 17 de la Biblia comienza así: «Cuando los filisteos oyeron que David había sido proclamado rey sobre Israel, subieron todos a apresar a David. Pero David supo de ello y bajó a la fortaleza de montaña». La historia se refiere seguramente a un tiempo anterior a las obras llevadas a cabo por David en Jerusalén, citadas en 5, 9-12. Sobre la

fecha exacta no existe un acuerdo. La mayoría, al identificar la fortaleza de montaña en la que se refugió David, según 5, 17, ante el ataque de los filisteos, con la fortaleza de montaña de Adullam, en la que estuvo David, según I Sam. 22, 1 y II Sam. 23, 13, durante las primeras semanas después de su ruptura con Saúl, sitúan la ofensiva de los filisteos contra David inmediatamente después de la proclamación de David como rey en Hebrón (II Sam. 5, 1-3) y, por lo tanto, cuando residía David en Hebrón. Sin embargo, la fortaleza de montaña aludida en 5, 9, o sea, poco antes de 5, 17, es, sin duda, Jerusalén, o, más exactamente, su acrópolis Sión. Así, pues, parece lo más indicado, referir la fortaleza de montaña de 5, 7 a Sión, teniendo en cuenta que los lugares nombrados, por ejemplo, el valle de Refaím, se encuentran todos cerca de Jerusalén. Los ataques referidos en 5, 17-25 iban dirigidos contra David, que se había adueñado de Jerusalén y como una especie de sanción: con la destrucción de los campos que aseguraban el abastecimiento de Jerusalén, sobre todo de la fértil llanura de Refaím, se trataba de sublevar a los jebuseos, los antiguos dueños de Jerusalén, contra David, su nuevo señor. Pero no sucedió así. Los filisteos habían descubierto demasiado tarde que David, al que habían utilizado hasta entonces en provecho propio, había adquirido una enorme importancia política, que no sólo habían de tener en cuenta, sino también temer. Evidentemente David había sabido interpretar su papel de vasallo de los filisteos durante largo tiempo. Cuando los filisteos vieron la realidad, ya era demasiado tarde. La retirada sangrienta, después de su intento de quebrantar la posición de David como nuevo soberano de Jerusalén y de reducirle de nuevo al vasallaje, demostró a los filisteos que la suerte ya no les era favorable. A estas graves experiencias habrían de seguir otras en el futuro. David, sin embargo, pudo continuar libremente la reconstrucción de su capital, Jerusalén, ya aludida, como vimos, en II Sam. 5, 9-12. Las luchas fronterizas de David contra los filisteos, relatadas o ya supuestas en II Sam. 21, 15-22; 23, 8-17, deben pertenecer también al principio del reinado de David. Lo mismo puede decirse de II Sam. 20, 1-14, que relata cómo fueron entregados los saúlidas a merced de los gabaonitas, salvándose únicamente, según 9, 1-13, Merib-Ba'al, hijo de Jonatán, y cómo se hizo un censo de la población, descrito en II Sam. 24, 1-25, que tuvo como consecuencia una epidemia de peste y la construcción de un altar expiatorio por David.

En la antigüedad toda capital política era al mismo tiempo metrópoli de culto. También David pensó en conferir a su capital esplendor religioso. Para ello le pareció oportuno traer a Jerusalén la venerable Arca de Yahvé, que había desempeñado un papel importante en el Israel de la época precananea, y que se había convertido en una especie de símbolo de la idea del gran Israel, pero que se hallaba entonces en la ciudad de Kiriath Jearim (llamada en II Sam. 6, 2 Baalat Judá), a unos 20 km al noroeste de Jerusalén, donde tenía un papel poco importante. Fue traída, con la participación personal de David, en solemne procesión a Jerusalén «el Arca de Dios sobre la cual era invocado el nombre de Yahvé de los ejércitos, que mora en ella entre los querubines» o sea el dios venerado antiguamente cerca del palacio real y no —como se ha interpretado equivocadamente en I Reyes 1, 38-40— junto a la fuente de Gihón. La exactitud y minuciosidad del relato que aparece en II Sam. 6 sobre esta extraordinaria empresa estatal, demuestra la importancia que adjudicaba David al Arca. Tal vez se encuentre conservado en el Salmo 24, 7-10 el solemne canto alternado que se inicia en el momento en que se acerca la procesión a las viejas puertas de Jerusalén, clamando un coro a estas puertas desde fuera que dejen entrar el Arca y a Yahvé Zebaoth, el rey glorioso, representado por aquélla, y el otro coro desde dentro ensalzando la majestad del dios que pide entrada.

Pese al interés demostrado por David en convertir su capital en sede de la antigua

tradición religiosa nacional israelita, trayendo el Arca a Jerusalén, no dejó de respetar el culto de los jebuseos, antiguos amos de Jerusalén a los que en su mayor parte había permitido quedarse allí y entrar a su servicio. Hizo lo posible por respetar sus tradiciones y costumbres culturales y religiosas y en fundir con ellas en lo posible la nueva religión de Yahvé llegada a Jerusalén. Para ello no sólo conservó el culto de El Elyon, el «dios altísimo», venerado, según Gén. 14, 18-24 y el Salmo 110, en el Jerusalén anterior a David, sino que lo reconoció encomendando a su sumo sacerdote Sadoc (junto a Abiathar, que procedía de la casta de sacerdotes de Silo, que se remontaba a Moisés) la custodia del Arca, aproximando así El Elyon y Yahvé; un proceso que termina con la integración de El Elyon en Yahvé, al convertirse la denominación de Elyon, «dios altísimo» en un atributo de Yahvé. Parece justificado preguntarse si la subsistencia del culto de El Elyon —al menos en los primeros tiempos de la residencia de David en Jerusalén— al que estaba dedicado seguramente un templo, no indujo a los partidarios de Yahvé, sobre todo a David, a erigir también un templo a Yahvé. En todo caso David consideró seriamente —II Sam. 7— este plan acogido con entusiasmo por su consejero, el profeta Natán, que interpretó la intención del rey como voluntad de Yahvé. Pero —así consta en II Sam. 7— Natán recibió de su dios, en la noche que siguió a su entrevista con David, órdenes de disuadir a David de este plan. El fondo real de esta historia, de marcado carácter legendario, reside en el hecho de que la construcción del templo de Yahvé, propuesta por algunos, entre ellos el mismo David, debió ser considerada por otros grupos conservadores, defensores de un Israel precananeo y de un culto centrado en torno a la Tienda Santa, como innovación inoportuna y rechazable.

Sobre la corte de David disponemos de dos listas (II Sam. 8, 16-18 y 20, 23-26) que sin duda reflejan dos fases diferentes de su reinado: la primera nombra al jefe del ejército, al canciller, a dos sacerdotes, al escriba, al comandante de la guardia real y añade los «hijos de David que eran sacerdotes»; la segunda menciona además al inspector de los tributos y, en lugar de aludir a los hijos sacerdotes, cita a «Ira el jairita (que) también era sacerdote con David»[6].

Sobre la política exterior de David disponemos por desgracia de una información muy precaria, como en el caso de Saúl. Esto es muy lamentable, ya que David llevó a cabo una obra inmensa en política exterior y llegó a constituir un auténtico imperio. En realidad fue la única vez en la historia de Siria y Palestina en que Siria-Palestina llegó a formar una gran potencia, sustrayéndose a la influencia de las potencias que tenían su centro fuera de Siria y Palestina. Poco averiguamos acerca de las luchas y los acuerdos que hicieron posible la formación del imperio. Tampoco llegamos a saber cómo estaban reguladas las relaciones —seguramente de muy variada índole según los casos— entre David y los estados y pueblos anexionados a su reino. II Sam. 10-12 trata con bastante detalle las luchas de David contra los amonitas y los arameos, aliados a éstos en un principio, pero estas luchas no se relatan (10, 1-11; 12, 26-31) por ellas mismas, sino porque constituyen el fondo de las relaciones entre David y Betsabé, la mujer del capitán hitita Urías, que se encontraba en el campo de batalla, y el nacimiento de dos hijos de este matrimonio, de los cuales murió pronto el primero, creciendo el segundo, Salomón, el futuro rey, bajo la protección de Yahvé (11, 2-12, 25). Así no podemos afirmar con seguridad si las guerras de David contra los amonitas, descritas con bastante detalle en II Sam. 10-12, son las mismas guerras contra los amonitas y arameos que figuran en la lista de las guerras exteriores de II Sam. 8, 1-14. En dicha lista no se menciona expresamente una guerra contra los amonitas, pero se da a entender, pues se nombra a los amonitas entre los pueblos cuyo botín ofreció David a Yahvé. En cambio, II Sam. 10-12 presenta un sugestivo cuadro de los

conflictos bélicos entre David y los amonitas provocados por el trato indigno que dio el joven rey amonita Hanún a los emisarios enviados por David para dar su pésame por la muerte de su padre Nahas (10, 1-5). Para estar preparados ante la esperada expedición de castigo de David, los amonitas compran la ayuda de los arameos, mejor dicho de los arameos de Beth Rehob, de Soba, del rey de Maaca y de Is-Tob. Sin embargo, los arameos fueron derrotados por los israelitas dirigidos por Joab. Los amonitas se retiraron a su capital Rabba, concluyendo de esta manera la guerra, por lo menos de momento. Los arameos (más exactamente, su jefe supremo Hadadezer, rey de Soba, reino situado en la zona oriental del Líbano) reanudaron por su cuenta la lucha contra Israel; Hadadezer reunió a los otros ejércitos arameos, entre éstos a los «de más allá del río», o sea, de las regiones del desierto sirio que limitan al oeste con el Éufrates en la ciudad de Hebrón, probablemente situada al norte de Jordania oriental, donde los puso bajo el mando de su general Sobach. David avanzó sobre Helam y atacó a los arameos aliados infligiéndoles una grave derrota, por lo que éstos se le sometieron renunciando a su intención de seguir prestando ayuda a los amonitas. Con más detalle que sobre los amonitas se habla de los arameos en el relato de las guerras de David de II Sam. 8, 1-14. Hadadezer, que, como acabamos de ver, aparece también en 10, 6-19 como cabeza de una coalición aramea es citado en 8, 3-12 como rey de Soba, ya en guerra bajo Saúl, y considerado «hijo de Rehob», o sea, procedente del estado arameo de Rehob, que estaría situado al este del lago de Genezareth, cerca de Damasco. El ataque de David, que le sorprendió cuando se disponía a partir hacia el Éufrates donde al parecer se habían sublevado contra la soberanía los arameos allí asentados, acabó con una completa victoria de David. Entre los datos acerca del botín hecho por David merece destacarse el hecho de que éste desjarretase, a excepción de cien, todos los caballos de carros de combate que cayeron en sus manos. Por lo visto el carro de combate no desempeñaba ningún papel en la técnica militar de David, por lo que no sabía qué hacer con los caballos. No se sabe si David cambió más tarde en este sentido, pero ya veremos que su hijo y sucesor Salomón dará cada vez más importancia a los carros, en detrimento de la infantería. A la guerra de David contra Hadadezer de Soba fueron también arrastrados los arameos de Damasco, que acudieron en ayuda de éste, posiblemente cumpliendo algún pacto. También ellos fueron aniquilados, y en este caso volvemos a tener noticias de lo que sucedió con el país vencido: quedó sometido a un gobernador militar y al pago de fuertes tributos. También Soba pagó un alto precio, pero no se dice nada de una sumisión del país a un gobernador militar israelita, ni de una desaparición —necesariamente unida a aquélla— de Hadadezer. Sin embargo, sí se narra que el rey de Ḥamath (Ḥama), Thoi o Thou, vecino septentrional de Soba, que había estado en guerra con Hadadezer, mandó a su hijo Hadoram o Joram a David no sólo para transmitirle su enhorabuena por la victoria sobre Hadadezer, sino también para hacerle entrega de vasijas de plata y oro, es decir, de una especie de tributo voluntario.

De los filisteos dice II Sam. 8, 1 que David los derrotó y humilló («les quitó la cuerda de medir»). No aparecen citadas otras medidas, como imposición de un gobernador militar, pago de tributos, etc. Esto habrá de entenderse en el sentido de que si bien David redujo a los filisteos a su país de origen impidiéndoles llevar a cabo ataques contra territorio israelita, no atentó contra su independencia. El proverbial y por ello equívoco robo de la cuerda de medir significaría entonces que David imposibilitó a los filisteos para seguir ensanchando su territorio hacia Israel.

De la victoria de David sobre los moabitas trata solamente 8, 2 (aparte de la mención del botín moabita entre las ofrendas hechas por David a Yahvé que aparece en

II Sam. 8, 12); allí se relata una terrible matanza que desencadenó David entre los moabitas como sucedió también en Edom, según I Reyes 11, 15-16. Se añade que los moabitas se convirtieron en vasallos de David, pagándole un tributo que, según II Reyes 3, 4, consistió un siglo más tarde en la entrega anual de 100 000 corderos y la lana de 100 000 carneros. Sobre la instauración de un gobernador militar no leemos nada. Tal vez dejase David al rey moabita sobre su trono, aunque muy limitado en sus poderes, como sucedió posiblemente con el rey amonita, pese a II Sam. 12, 30-31, en donde se habla de la condena de los amonitas vencidos a duras penas de trabajo forzado. De todas maneras volvemos a encontrar reyes en Moab (II Reyes 3) y en Amón (Jer. 27, 3), como también por cierto en Edom (II Reyes 8, 20).

De Edom dice II Sam. 8, 13 ss., que fue derrotado por David en el valle de la Sal, tras la victoria de los arameos; se le impuso un gobernador militar y todo Edom quedó sometido. El pasaje de I Reyes 11, 15-16, ya citado, alude a la crueldad con la que trató David, o su general Joab, a Edom. Entonces (según I Reyes 11, 17-22, 25) pudo huir el joven príncipe edomita Adad a Egipto, donde recibió como esposa a la hermana de la mujer del faraón, de la que tuvo un hijo llamado Genubath[7]. Al recibir la noticia de la muerte de David volvió inmediatamente a Edom, donde ocupó el trono causando muchos problemas a Israel y Salomón. Debió haber conservado Salomón, sin embargo, una cierta supremacía sobre Edom, pues en otro caso no hubiese podido llevar a cabo, junto con Hiram de Tiro, los viajes de las flotas de Ezión-Geber (I Reyes 9, 26-28; 10, 22) que requerían el paso por territorio edomita. No se habla de guerras contra los amalecitas ni en II Sam. 8, ni en ningún otro sitio: sólo en 8, 12 aparece Amalec entre los pueblos de los que cobró David el botín que ofrecería a Yahvé. Sin embargo, las luchas defensivas de David contra los camelleros nómadas, como los amalecitas, no tuvieron lugar solamente cuando David era vasallo de los filisteos y residía en Siclag (I Sam. 30), sino que debieron ser necesarias constantemente. Ya Gedeón (Jueces 6-8) y Saúl (I Sam. 14, 48; 15, 1-34) tuvieron que defenderse de estos desagradables intrusos.

Entre los pueblos vecinos vencidos por David (según II Sam. 8, 1-14) no son mencionados los fenicios. Esto no es casual: por el contrario, existieron entre las ciudades fenicias y David relaciones amistosas (I Reyes 5, 15-25, 32; 9, 10-14) que se mantuvieron tales bajo Salomón y aún más tarde.

Si bien las noticias que tenemos sobre la política exterior de David son escasas, los datos sobre su familia, principalmente sobre sus hijos, como posibles sucesores al trono, son muy profusas. II Sam. 9-20 y I Reyes 1-2, que deben basarse indirectamente por lo menos en uno o varios testigos presenciales y que describen con frecuencia los acontecimientos metro por metro en el espacio y minuto a minuto en el tiempo, relatan el trato honroso que recibió Merib-Ba'al, hijo de Jonatán, por parte de David, quien al mismo tiempo le mantenía bajo constante vigilancia (II Sam. 9); el nacimiento de Salomón, relacionado, como ya vimos, con las guerras de David contra los amonitas (II Sam. 10-12); el asesinato del príncipe heredero Amnon por Absalón, en venganza por haber abusado de su hermana Tamar (II Sam. 13); el indulto de David a favor de Absalón (II Sam. 14) que se había refugiado, después de su homicidio, junto a Thalmai, padre de su madre, rey del estado arameo de Geshūr, situado al este del alto Jordán (13, 37-38); la rebelión de Absalón contra David, al que obligó a abandonar su capital Jerusalén y a huir a la tierra del Jordán oriental (II Sam. 15, 1-17, 23) donde tuvo lugar la batalla que terminó con la derrota y muerte de Absalón (II Sam. 17, 24; 19, 9); la vuelta de David a las tierras del Jordán occidental (II Sam. 19, 10-39), un conflicto que surge entonces entre Israel y Judá, y, a raíz

de ello, un levantamiento contra David y su casa (II Sam. 20) provocado por el benjaminita Seba, sofocado pronto por Joab y finalmente la disputa por la sucesión de David entre Adonías, hijo de Hagith, mencionada en II Sam. 3, 4, y Salomón, hijo de Betsabé, apoyado no sólo por su madre, sino también por su educador el profeta Natán, Benaías, jefe de la guardia de David, Sadoc, el segundo sacerdote del Arca, y otros, mientras que Joab, el general de David y Abiathar, primer sacerdote del Arca, estaban al lado de Adonías (I Reyes 1-2).

Aún hay que dedicar unas palabras a lo que hizo y significó David para la religión de Yahvé. Parece evidente que a pesar de toda su astucia, crueldad, egoísmo y sensualidad, fue no sólo un padre cariñoso, bondadoso y tolerante, sino también profundamente piadoso. Cabe preguntarse si II Sam. 12, 1-14 nos da una imagen auténtica de la religiosidad de David cuando éste reconoce haber obrado mal ante las acusaciones del profeta Natán por sus abusos cometidos contra Betsabé y su marido Urías, que culminan con el clásico «¡Tú eres ese hombre!». Mejor parece ilustrar esto II Sam. 12, 15-25, pasaje que narra cómo David trató de conseguir por medio del ayuno y de la penitencia la curación del primer hijo que había tenido de Betsabé, mortalmente enfermo, y cómo, al morir el niño, volvió, para asombro de todos, a su vida normal como si nada hubiese sucedido, fundándose de manera racional y fatalista en que, después de la muerte de su hijo, carecía de sentido su sacrificio. También hizo David mucho por el culto de Yahvé. Si bien el traer el Arca a Jerusalén, como ya hemos dicho, tenía un interés político, no hay razón para dudar de la compenetración de David con el culto. En este sentido existe un grano de verdad en el relato de I Par. 22, 2-29, 30, aunque sin duda exagera cuando afirma que la construcción y ornamentación del templo fue preparada concienzudamente por David aunque ejecutada por su sucesor Salomón. Lo mismo sucede con la tradición que atribuye a David aproximadamente la mitad de los 150 Salmos de nuestro Salterio; es muy probable que alguno de ellos sea de David, sobre todo teniendo en cuenta el gran talento poético que éste tuvo. Del canto fúnebre conservado en II Sam. 1, 17-27, dedicado a Saúl y Jonatán, ya vimos que fue seguramente escrito por David. Lo mismo puede decirse del canto fúnebre a Abner en II Sam. 3, 33-34, que desde luego no puede compararse, en absoluto, en cuanto a fuerza poética y belleza, con el dedicado a Saúl y Jonatán.

d) Salomón

Mientras que las fuentes sobre David empleadas aquí permiten un relato cronológico de su vida y de sus acciones, resulta completamente imposible hacerlo con el tipo de material que existe sobre Salomón en I Reyes 3-11. Aquí se impone una agrupación basada en los temas, tratando de fechar los acontecimientos cuando sea posible.

Seis puntos habrán de considerarse: 1) la política exterior; 2) la reorganización del ejército; 3) la creación de nuevos distritos administrativos e impuestos; 4) la institución de monopolios de comercio; 5) el desarrollo de una arquitectura rica, casi suntuosa, y 6) la adopción en la corte de costumbres de los países vecinos de Israel.

Salomón supo conservar, en general, el gran reino de Israel creado por David su padre. En un caso logró incluso la adquisición de un nuevo territorio. Esta expansión de su dominio no tuvo lugar por la fuerza de las armas sino a consecuencia de acuerdos diplomáticos. El faraón Siamón (976-958), que probablemente ocupaba el trono egipcio durante los primeros años del reinado de Salomón, casó a una de sus hijas con éste (I Reyes 3, 1)[8] entregándole como dote la ciudad cananea de Gazer, situada a cincuenta km al oeste

de Jerusalén, junto a la frontera israelita-filistea (I Reyes 9, 16). Salomón reconstruyó y fortificó inmediatamente esta ciudad[9]. Si el hecho de que una princesa egipcia fuese la mujer principal de Salomón ya era muy importante, la adquisición de la fortaleza fronteriza de Gazer constituyó un considerable aumento de su poder. Sin embargo, no parece que el faraón cediese Gazer a Salomón por pura simpatía. Más bien quería, probablemente, con esta intromisión en un territorio perteneciente a la esfera de influencia de Israel, demostrar que Egipto no había abandonado en absoluto sus pretensiones territoriales en la costa mediterránea de Palestina meridional. A esta ampliación del reino conseguida por Salomón en sus primeros años se contrapone, por otro lado, la pérdida de antiguas tierras israelitas acaecida en la segunda mitad de su reinado. Según I Reyes 9, 10-14 Salomón se vio obligado a ceder veinte ciudades israelitas situadas cerca de la frontera tiro-israelita a Hiram de Tiro, como pago de los envíos de material destinado a la reconstrucción del templo y del palacio.

Como ya se vio antes al narrar cómo David desjarretó los caballos de los carros de combate capturados, Salomón transformó todo el ejército en unidades de carros de combate. Los datos que sobre el número de sus carros de combate nos dan I Reyes 5, 6 (4, 26 en la Vulgata) y 10, 26 no se compaginan bien con el número de sus hombres y de sus caballos, pero no nos equivocamos mucho si decimos que tenía 1400 carros de combate, 4000 caballos y 12 000 hombres. Una gran parte de los edificios erigidos por Salomón eran cuarteles destinados a las unidades de los carros de combate, pero al parecer no se debe hacer ninguna diferencia rigurosa entre cuarteles y arsenales, sino suponer que las guarniciones creadas por Salomón tenían también naves destinadas a las armas y a las provisiones. Es evidente que así fue en el caso de Jerusalén, pues sabemos por I Reyes 7, 2; 10, 16-17; 14, 25-28; II Reyes 11, etc., que el palacio del rey incluía un cuartel y un arsenal. Los edificios construidos por Salomón, según I Reyes 9, 15-19, en Jerusalén y también en Hazor, Megiddo[10], Gazer, Beth-Horon, Baalat y Tadmor[11], algunos de ellos confirmados arqueológicamente (Gazer, Megiddo, Hazor), debieron haber sido a la vez cuarteles, arsenales y almacenes. Lo mismo puede decirse de Ezión-Geber, ciudad portuaria situada a orillas del mar Rojo y que sirvió a Salomón como punto de partida para el viaje naval de Ofir, realizado juntamente con el rey de Tiro. Los edificios hallados en ella de tiempos de Salomón debieron servir también, en parte al menos, para guardar armas y provisiones.

Por lo demás el cambio efectuado por Salomón en el ejército a favor de los carros de combate, con el que sólo una pequeña parte de sus súbditos aptos para el servicio militar eran llamados a filas, no significa en absoluto que los demás no tuvieran obligaciones con el estado. A éstos correspondió una especie de servicio de trabajo obligatorio. Sobre su organización se dice algo en I Reyes 5, 27-30, y en 11, 28 se asegura que Jeroboam fue puesto por Salomón al frente del servicio de trabajo de la Casa de José. Por el contrario parece estar basada en un error la afirmación de I Reyes 9, 20-23 según la cual estaban exentos de este servicio los israelitas y sólo se le destinaban los no israelitas que aún se encontraban en territorio israelita. Sobre la reorganización del reino salomónico, o mejor dicho de su parte septentrional y más extensa, o sea de Israel en sentido estricto, estamos relativamente bien informados gracias a que en I Reyes 4, 7-19; 5, 7-8 se conserva una lista oficial, por desgracia defectuosa, en la que figuran los intendentes de los nuevos distritos y el tamaño de éstos[12]. Para la creación de estos doce distritos se partió en parte de los antiguos territorios de las tribus, y cuando se trataba de un antiguo territorio cananeo israelizado se trazaron las fronteras sin tener en cuenta situaciones anteriores, sólo basándose en la riqueza de las provincias, ya que a éstas correspondía en primer lugar el

suministro de alimentos, piensos y animales de tiro a la corte y a las guarniciones (ver I Reyes 5, 2-3). La importancia que tenían los intendentes de estos distritos se deduce del hecho de que muchos de ellos fueran yernos de Salomón. Entre los distritos mencionados en la lista no figura ninguno en el territorio de la antigua tribu de Judá. Como parece poco probable que Judá estuviese completamente libre de los tributos impuestos a aquellos distritos, ha de suponerse que contribuía a los gastos de otra manera. En otro caso Judá hubiera salido más favorecida que Israel, que se hubiera sentido postergada frente a ella, y hubiera mostrado su resentimiento. En todo caso, existe al menos la posibilidad de que una de las razones por la que se separase Israel de la dinastía de David a la muerte de Salomón fuese que Israel se sintiese más oprimida que Judá por el pago de tributos a la corte y a las guarniciones y no estuviese dispuesta a sufrir más esta injusticia. Otra razón pudo haber sido que la institución del servicio de trabajo público impusiera mayores deberes a Israel que a Judá. Tal vez haya que contar con ambas razones.

Está completamente justificado que a Salomón se le haya llamado comerciante sobre el trono real o comerciante real. Salomón favoreció en efecto al máximo el comercio y estableció para muchos productos monopolios comerciales reales que constituyeron una importante fuente de ingresos destinados a cubrir los enormes gastos de su armamento y sus suntuosas construcciones. Según I Reyes 10, 28 ss., Salomón hacía venir los caballos destinados a los carros de combate de Cilicia y los carros de Egipto, donde existía una antigua tradición de construcción de éstos. Un caballo venía a costar la cuarta parte del valor de un carro de combate. Los compradores de estos carros y de sus yuntas eran, según 10, 29, los reyes hititas y los reyes de Arana, o sea los estados neohititas surgidos a raíz de la caída del imperio hitita en Siria noroccidental y en Asia Menor suroriental, y los reinos arameos constituidos allí y en otros lugares desde el siglo XI, de los que aún habrá que tratar. Junto al comercio de carros de combate y caballos, Salomón parece haber monopolizado el no menos lucrativo comercio internacional de especias de todo tipo, incienso y productos parecidos. A este comercio se debió sin duda la visita de la reina de Saba, a que se alude en I Reyes 10, 1-10 y 13, en la que pudiera haberse llegado a un acuerdo sobre el tipo de comercio y su extensión. El comercio internacional, que abarcaba grandes distancias por tierra y por mar, exigía que sus rutas estuviesen aseguradas. Por esta razón se dedicó la política comercial de Salomón a garantizar su supremacía sobre estas rutas, a cuyo dominio, como ya insinuamos, también pudo haber estado dirigida la expansión de los filisteos. El control de las rutas era para Salomón tanto más importante cuanto que no sólo beneficiaba a las propias empresas sino que además traía consigo ingresos aduaneros obtenidos de los usuarios no israelitas de estas rutas. La amplitud y envergadura de la política comercial de Salomón queda demostrada no sólo por sus viajes por el mar[13] al lejano Ofir (que hay que buscar en la costa oriental de África, la costa meridional de Arabia o incluso la India o África del Sur, ya que según I Reyes 10, 22, el viaje desde el puerto de partida, Ezión-Geber, requería tres años), sino también por sus empresas por tierra empleando caravanas de camellos. De éstas nos da una idea el relato de I Reyes 9, 18; II Par. 8, 4, según el cual Salomón construyó edificios en «Tadmor en la estepa de Aram»[14] (en I Reyes 9, 18 se lee ba'arām «en Aram» en vez de bā'āräṣ «en el país»), es decir, en Palmira. Pues estos edificios en la antigua ciudad caravanera, que existía ya siglos antes de Salomón, deben haber sido cuarteles, arsenales y almacenes, y haber servido en todo caso al comercio.

La construcción más importante y grandiosa de Salomón fue el palacio, del que el templo constituye una parte[15]. Sobre éste sabemos mucho, relativamente, y en todo caso

más sobre él que sobre el palacio. Se sabe también en qué año del reinado de Salomón se comenzaron y terminaron estas obras. Según I Reyes 5, 15-32 tuvieron lugar al principio del reinado de Salomón negociaciones entre éste e Hiram, rey de Tiro, sobre el envío de madera de construcción y de carpinteros y artesanos. En este sentido 6, 1, 37 ss. completa estos datos asegurando que la construcción del templo comenzó en el cuarto año de Salomón y concluyó en su undécimo año de reinado, por lo que duró siete años. Sobre la construcción del palacio averiguamos por 7, 1 que duró trece años. 9, 10 establece en veinte años la duración de las obras para el templo y el palacio. Ambos formaban un complejo rodeado por una muralla común con puertas para la parte del templo y el palacio, y en la mitad sur del complejo se encontraban, alrededor de patios interiores, los edificios del palacio, en primer lugar la casa del Bosque del Líbano, llamada así por los puntales de cedro del Líbano de la planta baja, y que servía como arsenal (I Reyes 10, 17; II Reyes 20, 13), la sala de columnas de tipo propiléico, la sala del trono, con el trono de oro y marfil descrito en I Reyes 10, 18-20 y el harén, mientras que la parte norte estaba ocupada por el gran atrio del templo, con el altar de los sacrificios, y por el mismo templo. Seguramente las construcciones del palacio se inspiran en modelos extranjeros, por ejemplo, asirios, pero no se ha podido averiguar aún nada concreto al respecto.

Frente a la descripción somera de I Reyes 7, 1-12 del complejo del palacio destaca la más detallada del templo que ofrece 5, 15-32; 6, 1-38; 7; 9, 13-51. Los tres recintos principales del templo, nártex, nave principal y cella, están descritos detalladamente, con sus medidas, su arquitectura y el recubrimiento de las paredes (6, 1-22). Existe además una descripción minuciosa (6, 23-28; 8, 6) de los enormes querubines del Sancta Sanctorum tallados en madera de olivo y recubiertos de oro, con sus alas extendidas sobre el Arca, y de las puertas que comunicaban con los otros recintos del templo (6, 31-34). En 7, 15-50 se describen con especial detalle los trabajos realizados en metal por el famoso Hiram de Tiro, las dos columnas de bronce (7, 15-21, 41-42) situadas en el pórtico del Santuario, el mar de bronce sustentado por doce toros (7, 23-26 y 44), los diez carros de ceremonias (7, 27-39 y 43), los diez candelabros de oro delante del Sancta Sanctorum a ambos lados de la entrada (7, 49) y los diversos recipientes, vasijas, palas y otros instrumentos necesarios para el culto (7, 40 y 50). También el plano y alzado del templo, así como su decoración interior, se habrán inspirado en modelos extranjeros, ya que los arquitectos y artesanos fenicios que intervinieron en las obras estaban abiertos a todas las corrientes del mundo. Aunque no pueda precisarse nada con seguridad sobre el origen de estos modelos, parece sin embargo seguro, respecto a la fachada exterior, que el templo típico de Siria-Palestina, de cella elevada, influyó sobre el templo salomónico, cuya cella, que albergaba el Arca y los querubines, estaba más alta que el pórtico y la nave principal (6, 2 y 20)[16]. Respecto al interior los querubines, las palmeras y la ornamentación floral con que estaban decoradas las paredes interiores del templo y sus puertas (6, 29 y 32-35), así como los leones, toros y querubines representados sobre las andas del carro de ceremonias (7, 29), aparecen como motivos de ornamentación en muchos lugares vecinos de Israel, igual que la decoración del trono de Salomón (10, 18-20) con cuernos de toro y figuras de león, de la que existen paralelos en las cercanías de Israel.

Si la corte de David era, como ya vimos, mayor que la de Saúl, la de Salomón se hizo aún más extensa. Como nuevos ministros aparecen el jefe de los doce intendentes de las regiones ya mencionadas, el «amigo del rey» y el ministro de la casa, sin que podamos determinar con exactitud en cada caso sus atribuciones (4, 2-6). Frente a la corte de David, la de Salomón aumenta considerablemente en número de miembros y se inspira en modelos

extranjeros, por lo que se le compara, con razón, con los príncipes europeos que emulaban la corte de Luis XIV (1643-1715). Ya la construcción del templo y del palacio lo demuestra. También corresponde a ello la excepcional amplitud del harén de Salomón. Pero no se limitó éste al refinamiento externo de la vida cortesana que había de llenar de asombro a la reina de Saba (I Reyes 10, 1-10 y 13), sino que dio un extraordinario impulso a la cultura. En el relato de la visita de la reina de Saba a Salomón se dice que la reina le hizo muchas preguntas, que éste contestó a todas y que ella manifestó gran admiración por su sabiduría. Para hacerse una idea hay que estudiar I Reyes 5, 9-14 y 10, 23-24. Allí se asegura que Salomón era más sabio que toda la sabiduría de Babilonia y Egipto, que superaba en sabiduría a los sabios famosos entonces (Ethán, Hemán, Chalcol y Dorda) y que todo el mundo acudía a Jerusalén para oír la sabiduría de Salomón, quien compuso 3000 refranes y 1005 cantos, relacionados con la botánica y la zoología, los cedros del Líbano, las hierbas de hisopo que crecen sobre los muros, los animales, los pájaros, los gusanos y los peces. Se trata aquí evidentemente de poemas que tienen que entenderse como exposiciones de rudimentos de ciencia botánica y zoológica y sin duda escritos en forma de adivinanzas o de preguntas, lo que los convertía en ingeniosos temas de conversación. Tales deben imaginarse las preguntas que según 10, 1-10 y 13 puso la reina de Saba a Salomón y las respuestas que él le dio. Se pueden añadir a los proverbios de 5, 12 otros relativos a la experiencia de la vida o a toda clase de reglas de sabiduría y advertencias, ya que la tradición que atribuye a Salomón una serie de colecciones de estas máximas —los Proverbios, el Eclesiastés, la Sabiduría— tiene un punto de partida histórico. Cabe preguntarse si los 1005 cantos que se mencionan en 5, 12 junto a los 3000 proverbios han de entenderse como obras didácticas, que sólo se distinguen de los proverbios por la forma, o si se trata aquí de obras de poesía lírica. En este último caso habría que pensar en poesía erótica, pues Salomón ha sido considerado después como autor de esta clase de literatura y se le atribuye el Cantar de los Cantares.

e) La división del reino

Si ya los levantamientos de Absalón y Seba, de los que hemos hablado, habían demostrado que el pueblo de Israel, o al menos parte del mismo, no estaba de acuerdo con la política imperialista de David, que significaba para él una grave carga (interviniendo también en este sentido la rivalidad entre el norte israelita y el sur judío), las enormes exigencias que impuso Salomón a sus súbditos para costear los grandes gastos de su política militar y comercial tenían forzosamente que aumentar su descontento. Probablemente fue de tipo religioso, dirigido contra la excesiva tolerancia manifestada por Salomón hacia los cultos extranjeros por razones de política exterior. En todo caso, algo semejante debe implicar el relato de I Reyes 11, 29-39 seguramente legendario, en parte, según el cual el profeta Ajías, de Silo, había reconocido y apoyado en nombre de Yahvé las pretensiones de dominio sobre Israel, mostradas a la muerte de Salomón por Jeroboam, quien había sido antes, por designación del rey, jefe de los trabajadores de éste. Tal vez Silo, que en otros tiempos había sido con su Arca centro cultural de Israel, fuera el foco de una oposición dirigida contra Jerusalén y su culto. Salomón tenía motivo suficiente para mantenerse alerta, pues sabiendo que Jeroboam había huido a Egipto con la ayuda de Ajías, tenía que darse cuenta del peligro que significaba para su trono la oposición de un prestigioso profeta y las conspiraciones de Jeroboam desde Egipto. Por esto no faltan indicios de que el trono de Salomón careciese de una base sólida y no es nada extraño que a

su muerte se deshiciese el reino creado por David y por él conservado en su totalidad.

Hasta qué punto habían cambiado las cosas lo demuestra el hecho de que, mientras que después de la muerte de Esba'al, hijo de Saúl, se dirigieron los ancianos de Israel a Hebrón a ofrecer la corona a David, Roboam, hijo y sucesor heredero de Salomón tuvo que acudir a Siquem, la tradicional metrópoli de Israel, para recibir allí la corona de manos de los israelitas. Otra diferencia es la siguiente: según II Sam. 5, 3, David firmó un tratado con los ancianos de Israel en Hebrón y ante Yahvé y fue ungido rey por ellos. Es evidente que David era el más poderoso en este encuentro. En cambio (I Reyes 12, 1-24) el encuentro de los representantes de Israel y Roboam comenzó quejándose aquéllos del duro trabajo y del pesado yugo que les habían sido impuestos por Salomón y pidiendo se les aliviara. No se puede precisar a qué cargas se referían los representantes de Israel, si a los tributos que debían pagar a los doce gobernadores de los distritos o al trabajo obligatorio, que Israel consideraba especialmente pesado e injusto, tal vez porque Judá era tratada mejor y de manera diferente. En todo caso los viejos y sabios consejeros de Roboam no juzgaron improcedentes estas quejas; por ello aconsejaron ceder al joven rey. Éste, sin embargo, no hizo caso de estos consejos y siguiendo a los consejeros de su edad rechazó con dureza ofensiva las peticiones de Israel, consiguiendo que renegase de la dinastía de David entonando de nuevo el canto de la revolución como ya hiciera Seba medio siglo antes (II Sam. 20, 1):

«No tenemos parte en David ni herencia de hijo de Isaías;
¡A tus tiendas, Israel! ¡Cuida tú ahora de tu casa, David!».

Tan grande fue la furia de los israelitas que lapidaron al prefecto de los tributos, Adomiram, que había sido encargado por el rey de salvar la situación, por lo que inmediatamente Roboam huyó a Jerusalén en un carro de combate. Ahora, por fin, tenía el camino libre Jeroboam, que había vuelto inmediatamente a su país al tener noticia de la muerte de Salomón, y que, por lo visto (I Reyes 12, 20), ya había estado en Siquem durante las conversaciones de Roboam con los ancianos de Israel respaldando a éstos; los representantes de Israel le acogieron y le proclamaron rey de todo el país. Según 12, 21-24, Roboam no tardó en movilizar 180 000 hombres de las tribus de Judá y Benjamín para la reconquista de todo el reino israelita, pero desistió del ataque al ordenarlo así Yahvé a través del profeta Semeyas. Nos hallamos aquí seguramente ante una leyenda. No faltaron, sin embargo, conflictos entre ambos estados durante los seis decenios siguientes (I Reyes 14, 30; 15, 16-22) y bajo Baasa de Israel (906 a 883). Sólo bajo Ajab de Israel y Josafat de Judá, que reinaron aproximadamente al mismo tiempo, se llegó a una reconciliación entre Israel y Judá.

Al estudiar los reyes de Israel, el estado del norte, y los de Judá, el del sur, salta a la vista inmediatamente una gran diferencia: en Judá permanecieron los davídidas en el trono hasta la caída del estado en 587 a. C. La deseada reconstrucción de todo el estado israelita se esperaba allí del reinado de un nuevo David o de un miembro de la casa de David. En Israel, por el contrario, los cambios violentos de dinastía son la regla, y el dominio de una dinastía durante varias generaciones es una rara excepción. En realidad sólo Omri y Jehú llegaron a formar estas dinastías; los de Omri pudieron mantenerse cuatro decenios en el trono, los de Jehú diez decenios. Las razones de los cambios de gobierno sangrientos de Israel no son siempre claras. Aunque pudieron intervenir en ello motivos personales y de ambición, es probable que estos destronamientos se debieran casi siempre a diferencias de criterio en materia de política exterior e interior. Así, la ruptura, descrita en I Reyes 14,

1-18, de Ajías de Silo con Jeroboam, al que había ayudado a subir al trono, tuvo seguramente el mismo origen que el que indujo al profeta a la lucha contra Salomón: la disconformidad con la política religiosa y social seguida por ambos reyes, que contradecía los mandamientos de Yahvé.

La desmembración política del reino israelita tuvo también consecuencias religiosas. En vista de la extraordinaria importancia que había adquirido, para todo Israel, Jerusalén con su templo, era de esperar que muchos habitantes del estado del norte continuasen manteniendo contacto con el templo de Jerusalén, incluso después de la escisión. Estas relaciones religiosas incluían o podían incluir, sin embargo, el sentimiento de unidad política, lo que podía conducir a un debilitamiento del estado del norte. Por eso Jeroboam insistió en la creación de lugares de culto en el norte que pudieran sustituir ante sus súbditos el templo de Jerusalén, y hacer innecesaria la visita a esta ciudad. Se sobreentiende que serían especialmente idóneos los lugares que tuvieran una honorable tradición. Béthel y Dan tenían estas características. En Béthel, donde, según Gén. 28, 35, ya había fundado Jacob un santuario, había estado el Arca (Jueces 20, 26-28) bajo Pinehas, nieto de Aarón, o sea, miembro de la antigua familia de sacerdotes que se remontaba a Moisés y Aarón. De Dan se dice en Jueces 18, 30 que aproximadamente en la misma época actuó allí como sacerdote Jonatán, nieto de Moisés[17], otro miembro de esta estirpe de sacerdotes. Jeroboam eligió estos dos centros religiosos dotándolos de un símbolo de culto, el toro, que había desempeñado igual que el Arca un importante papel en el período precananeo de Israel, aunque fuera naturalmente tachado de idólatra en la tradición (Ex. 32) influida por el punto de vista de Jerusalén; creía Jeroboam que con ello podría competir con el Arca de Jerusalén (I Reyes 12, 26-31; 13, 1-34; 14, 1-20). Béthel y Dan sirvieron —como demuestra la polémica de Amós contra estos santuarios (Am. 7, 10-17; 8, 14)— a la idea que condujo a su fundación, si bien nunca se alcanzó una supresión total del contacto entre los habitantes del estado del norte y el templo de Jerusalén, quedando, a pesar de todos los obstáculos, muchas relaciones en pie (Jer. 41, 4-9).

f) Los primeros reyes de los estados de Israel y Judá

El desmoronamiento del reino israelita fue aprovechado por vecinos astutos, pues los estados separados carecían evidentemente de la capacidad defensiva que había tenido el antiguo reino único. De los dos grandes imperios, el del noreste y el del suroeste, que venían aspirando desde hacía tiempo a dominar Siria-Palestina, llegando a luchar entre sí por la consecución de sus pretensiones, el primero, el asirio, todavía no era entonces lo bastante fuerte como para intervenir decisivamente en Siria-Palestina. Habría de pasar aproximadamente medio siglo hasta que esto fuera posible. Pero el entonces representante del otro imperio, el fundador de la XXII dinastía egipcia, el faraón Sheshonq (Sisac), sí pudo intervenir en Palestina en el quinto año de Roboam, o sea, poco después de la división del reino israelita, causando graves daños tanto a Judá como a Israel (I Re. 14, 25-28; AOT, págs. 98-99; AOB, núm. 114; ANET, páginas 263-264; ANEP, núm. 349). Tampoco los pueblos vecinos menos importantes, como los edomitas, moabitas, amonitas, filisteos y arameos, dudarían en aprovechar en su favor la debilitación sufrida por los israelitas a raíz de la división del reino. A las luchas fronterizas que mantuvo el estado del norte israelita con los filisteos se hace referencia en I Reyes 15, 27 y 16, 15, en donde se habla de los combates habidos en torno a la localidad de Gibbethón, situada en la frontera filisteo-israelita; un ataque de los arameos contra el estado del norte, que causó graves

daños y pérdidas, aparece narrado en 15, 16-22 con bastante detalle. Parece ser que el rey judío Asa, para defenderse de los ataques del israelita Badsa, compró hacia 900 la ayuda de Benhadad, rey de Damasco e hijo de Tabrimmons, que a continuación invadió Israel asolando grandes extensiones del noreste de Galilea y obligando así a Badsa a desistir de su ataque contra Judá. A este ataque arameo habrían de seguir otros poco más tarde.

B) Los estados neohititas

El imperio hitita, que había sucumbido a la invasión de los Pueblos del Mar que irrumpió hacia 1200 en el Mediterráneo oriental, tenía detrás de sus fronteras, por tanto también detrás de su frontera siria, una serie de estados que conservaban una cierta independencia, pero que en realidad pertenecían en sentido amplio al reino hitita. Las dinastías de estos estados vasallos eran también, como demuestran los textos de los siglos XIV y XIII, hallados cerca de Karkemish en Ras Shamra, el antiguo Ugarit, segundogenituras de la familia del emperador hitita, lo que aumentaba considerablemente su importancia. Sabemos que el príncipe de Karkemish poseía amplios poderes sobre Ugarit, y que podía tomar importantes decisiones en nombre del emperador. Algunos de estos estados vasallos sirios pudieron sobrevivir a la invasión de los Pueblos del Mar. Si bien no sabemos nada acerca de su suerte durante los dos primeros siglos después de la catástrofe, disponemos, aproximadamente a partir del año 1000, de algunos testimonios de su existencia. En primer lugar aparecieron, en muchos lugares del ámbito sirio septentrional y del sureste de Asia Menor, textos con escritura jeroglífica hitita en idioma luvita-hitita y testimonios de la artesanía hurrito-hitita, que atestiguan la pervivencia de las tradiciones hititas en Karkemish[18], Ḥamath[19] y también dentro y cerca de Zincirli[20], en el emplazamiento de la antigua Sam'al, capital de Ya'ūdi. También aparecen, a partir del siglo IX, en los relatos de los reyes asirios sobre sus avances hacia el mar Mediterráneo, al igual que en inscripciones urarteas, toda una serie de pequeños estados neohititas, por lo demás desconocidos, que no se pueden situar geográficamente con exactitud, pero que deben buscarse en todo caso en el norte de Siria y el sureste de Asia Menor. Según todo esto podemos suponer con seguridad que algunos de estos estados de Siria central y septentrional no mencionados hasta el segundo período de nuestro relato (hacia 880-745) se remontan a la época del gran imperio hitita. Lo mismo puede decirse no sólo de las ya citadas Karkemish, Ḥamath y Ya'ūdi Sam'al, sino también de la Qu'e cilicia[21] ya nombrada en la Biblia (I Re. 10, 28; II Par. 1, 16) y en las inscripciones asirias. Cuánto tiempo pudo mantenerse en condiciones favorables la tradición luvita en Siria del noroeste y en el sureste de Asia Menor, queda demostrado por el hecho de que Azitawadda (rey de nombre asiático no semita, soberano de un estado situado a orillas del curso medio del Ceyhan, antiguo Piramo) emplease hacia 730, además de la escritura y el idioma fenicio, también la escritura jeroglífica hitita para su minucioso relato de la construcción de Azitawaddiya, ciudad a la que dio nombre, situada en el lugar de la actual Karatepe[22].

C) Los arameos

De la cuna de los pueblos semitas, el desierto sirio-árabe, surgió a partir del siglo XII una nueva ola de nómadas semitas, los arameos, que se extiende no sólo al este, hacia Mesopotamia y Babilonia, sino también al oeste, hacia Siria y Palestina, y que, como

ya vimos, invade los estados neohititas del norte de Siria, creando en ellos un sincretismo de antiguas tradiciones hititas y nuevos elementos arameos. Ya los nombres de los reyes de estos estados, que conocemos de tiempos posteriores, son en parte semitas y en parte de Asia Menor. En Ḥamath aparece, junto al nombre del rey Thoi o Thou, el del príncipe heredero Hadoram o Joram, en Ya'-ūdi-Sam'al, Panammuwa junto a Barrākib y en Azitawaddiya (Karatepe), Azitawadda, con el apodo de Barūkb'al, «bendito de Ba'al». La fusión de la herencia de Asia Menor con la de los arameos y también con la de los fenicios se manifiesta además en la utilización simultánea de las escrituras hitita y semita, así como de las lenguas luvita y semita, y en la mezcla de motivos artísticos hurrito-hititas y fenicio-arameos. A la larga, no obstante, y sobre todo en el idioma y la escritura, se impuso el elemento semita al de Asia Menor, al igual que el arameo pasó a ser lengua usual del imperio asirio, y luego del babilonio y el persa. Vale la pena recordar aquí II Re. 18, 26-28, Is. 36, 11-13, en donde se describe como Eliaquim, que hablaba en hebreo, enviado por su rey Ezequías a negociar con el copero mayor de Senaquerib (procedente de Laquis[23], sitiada o ya conquistada, y que exigía la capitulación de Jerusalén) pidió a éste que utilizase la lengua aramea que él bien entendía, pero su pueblo no, petición que el copero mayor rechazó irónicamente alegando que sus palabras estaban dirigidas al pueblo con el fin de desalentarle.

Ya nos hemos referido varias veces a que Israel tuvo en el curso de su historia frecuentes contactos con los arameos y a que éstos fueron casi siempre hostiles. Así fue en la época de Saúl, David, Salomón y de otros reyes que les siguieron de ambos estados, Israel y Judá[24]. Los pasajes que interesan aquí del Antiguo Testamento demuestran que los múltiples estados arameos que existieron en Siria-Palestina se unieron una y otra vez formando coaliciones que podían cambiar de dirección y configuración. Como ya hemos visto pidieron ayuda los amonitas, que se encontraban duramente acosados por David, a una coalición dirigida por Hadadezer, rey de Soba, de la que formaban parte varios estados arameos, Soba, Beth, Rehob, Maaca e Is-Tob, y además las tribus arameas del lado occidental del Éufrates medio, que debían ser nómadas. Nada pudo hacer la coalición contra David, al que terminó por someterse (II Sam. 10, 6-19; 8, 3). De otras coaliciones arameas se hablará cuando se trate la historia de los arameos sirio-palestinos en los períodos 880-745 y 745-538 a. C.

D) Los fenicios

Al surgir hacia finales del siglo XI la monarquía en Israel, los puertos y centros comerciales fenicios —Tiro, Sidón, Berytos, Biblos[25], Arvad y otros— tenían ya una historia de muchos siglos, en algunos casos incluso de milenios. En su mayoría habían salido bien librados o se habían recobrado pronto de la invasión de los Pueblos del Mar. Igualmente supieron resistir a la arameización que se inicia a partir del siglo XII, en Siria, y que cada vez iba a extender más la lengua aramea en el interior. Hacia 1100 un rey asirio, Tiglatpileser I (1117-1078), había avanzado hasta el mar Mediterráneo, recibiendo en Sidón, Biblos y Arvad regalos a modo de tributos y había viajado sobre una nave fenicia a la ciudad isleña de Arvad. Nadie podía sospechar entonces que la Asiria personificada por Tiglatpileser I habría de limitar sensiblemente la autonomía de las ciudades fenicias y exigir constantes tributos dos o tres siglos más tarde. Por lo demás las ciudades fenicias, de las que destacan como más importantes primero Sidón y luego, desde el año 1000

aproximadamente, Tiro, conocieron desde el siglo XII un período de apogeo económico que les permitió crear centros de comercio y colonias en las costas e islas del Mediterráneo, en Chipre y Cerdeña, en la costa del norte de África, en la costa occidental de España y en otros lugares[26]. De estas colonias, Cartago, al parecer fundada por Sidón en el siglo XII y fundada de nuevo dos o tres siglos más tarde (814) por Tiro, fue la que alcanzó mayor importancia, superando finalmente a su metrópoli. Los viajes a Ofir, realizados en la mitad del siglo X por Salomón e Hiram de Tiro, a los que ya aludimos, ponen de manifiesto también el emprendedor espíritu navegante que entonces animaba a los fenicios.

En lo que se refiere a la historia de las diversas ciudades fenicias entre 1025 y 880, disponemos de fuentes abundantes sobre Biblos y Tiro. De Biblos que, como demostraron relatos y excavaciones egipcias, ya había sido poblada en el milenio V y que mantenía desde el milenio III relaciones comerciales con Egipto, existen inscripciones fenicias[27] correspondientes a seis reyes del período entre 1000 y 900. La más antigua se halla en el borde del sarcófago que hizo construir Ethbaʻal para su padre Akhiram[28]. Otras dos, de setenta u ochenta años después, son de los reyes de Abibaʻal y Elibaʻal, se trata de dedicatorias a la diosa principal de Biblos, Baʻalat, y figuran sobre estatuas de faraones egipcios, la primera sobre una de Sheshonq I (935-919) la segunda sobre una de Osorkon I (912-874). Ello demuestra la estrecha relación de ambos reyes fenicios con Egipto, como también lo hacen los motivos egipcios que ornamentan el sarcófago de Akhiram. Sobre Tiro contienen algunas noticias los relatos tomados por Josefo de los anales de Tiro, que se refieren al siglo VI y también a los siglos X, IX y VIII[29], y que ofrecen garantías por concordar con los relatos del Antiguo Testamento y las inscripciones de reyes asirios. Así podemos seguir la lista completa de los reyes de Tiro desde Hiram I (969-936), coetáneo de David y Salomón, al que ya aludimos, hasta Ethbaʻal (887-856), suegro de Ajab, mencionado en I Re. 16, 31; la lista directa abarca desde Balbazeros (935-919) hasta Phelles (888), que fue asesinado por Ethbaʻal.

Junto al apogeo económico que viven las ciudades fenicias en el período que ahora tratamos, entre 1025 y 880, condicionado e impulsado por su autonomía política, no debe olvidarse la influencia cultural que ejercieron entonces sobre el mundo. Lo demuestra el apoyo que, como ya vimos, prestó en las construcciones de Salomón Hiram de Tiro, quien, según los anales de Tiro, llevó a cabo en su capital un gran programa de construcciones. El prestigio económico y cultural que las ciudades fenicias tenían desde tiempo atrás queda atestiguado en otros documentos. Así, en el canto de Débora (Jue. 5, 17) se condena a los miembros de la tribu israelita de Dan, limítrofe con Fenicia, por trabajar en barcos extranjeros, o sea, fenicios, eludiendo así las obligaciones que tienen con sus apurados conciudadanos, y en Jue. 18, 7 se dice que la ciudad cananea de Lais (situada en el nacimiento del Jordán, que sería conquistada más tarde por los danitas y recibiría el nombre de Dan) vivía al modo fenicio, con lo que seguramente no se alude únicamente a la civilización exterior, sino a la cultura. Que Israel tampoco pudo sustraerse a la cultura fenicia, superior en muchos aspectos a la suya, lo demuestra el relato conservado en Josefo, *Ant. Jud.* VIII 5, 3 § 148 s., procedente de los mencionados anales de Tiro, según el cual, en una controversia entre Hiram de Tiro y Salomón, parecida a la que mantuvieron la reina de Saba y este último, terminó por imponerse a Salomón un enviado de Hiram llamado Abdemón. En el período que estamos tratando ahora se inició también la adopción del alfabeto fenicio por los griegos, hecho que da una impresión elocuente de la aportación de los fenicios a la cultura de la humanidad.

II. LOS SIGNOS PRECURSORES DE LA SOBERANÍA ASIRIA SOBRE SIRIA-PALESTINA (880-745 a. C.)

Generalidades

Un siglo y medio después de que Tiglatpileser I (1117-1078) demostrase el poderío de Asiria recibiendo tributos de Biblos, Sidón y Arvad, el rey asirio Asurnasirpal II (884-858) reanuda los ataques contra el norte de Siria, comete graves destrozos y recibe tributo de muchos estados, entre ellos Tiro, Sidón, Biblos y Amurru. La mayor parte de sus sucesores, sobre todo Salmanasar III (858-824), Adadnarāri III (811-781), Salmanasar IV (781-772) y Ashshurnarāri V (754-745) prosiguieron, aunque con diverso ímpetu, las campañas contra Siria-Palestina y la recaudación de enormes tributos de los países sometidos. Salmanasar III, que se precia de haber cruzado veintiún veces el Éufrates, recibió tributo de muchos estados sirios y palestinos: Karkemish, Alepo, Ḥamath, Damasco, Tiro, Sidón y Bīt-Khumri = «Casa de Omri», o sea, Israel. Adadnarāri III nombra aproximadamente los mismos estados como vasallos y tributarios suyos y añade Edom y Filistea. La auténtica dominación de Siria-Palestina, sin embargo, no se llevó a cabo hasta Tiglatpileser III (745-727). Parece que los estados sirio-palestinos no supieron ver o no tomaron lo bastante en serio el grave peligro que constituían los constantes ataques que los asirios dirigían contra su país desde hacía siglo y medio. Por ello su política interior gira exclusivamente alrededor de su propio eje, y creían poder permitirse luchar contra sus próximos vecinos.

A) Israel y Judá

a) Omri y su dinastía en Israel. Josafat y Jehoram en Judá

A las luchas de los estados sirio-palestinos entre sí nos referiremos algo más adelante. Antes conviene recordar que a partir del 880, o sea, aproximadamente medio siglo después de la división del reino, habían cesado las hostilidades entre los estados de Judá e Israel, iniciándose un acercamiento. Influyó en este proceso, aparte de los deseos personales de ambos reyes, el hecho de que el reino arameo de Damasco, bajo Benhadad I, se hiciera cada vez más fuerte, constituyendo una seria amenaza para ambos estados, por lo que éstos decidieron aliarse, poner fin a las hostilidades e impedir hechos como el ataque arameo contra Israel, pagado por Judá y descrito en I Re. 15, 16-21. También pudo influir en este sentido el que la entonces poco importante localidad de Tiro promoviera el establecimiento de relaciones amistosas entre Israel y Judá, tal vez temiendo que un excesivo aumento del poder del estado arameo de Damasco terminara por poner en peligro a los propios fenicios. Los matrimonios entre Jezabel, princesa de Tiro, y el príncipe heredero israelita Ajab, por un lado, y Atalía, hija de este matrimonio, con el heredero o rey judío Joram, por otro, consolidaron la alianza entre Israel y Judá y las buenas relaciones de ambos estados con Tiro.

Al final del relato de la segunda invasión de Benhadad de Damasco contra Israel

(I Re. 20, 22-43) se menciona, como incidentalmente, que el rey israelita Omri se vio obligado a permitir a Benhadad la creación de factorías en Samaria, nueva capital por él creada, lo que demuestra que Omri había sufrido una derrota ante Damasco. Omri, que subió al trono después de haber sido proclamado rey por el ejército israelita y de haber eliminado a sus rivales Zimri y Thibni (16, 15-22), debió ser un soberano enérgico y eficaz. Nuestro Libro de los Reyes le dedica únicamente seis versículos (16, 23-28), de los cuales dos condenan su política religiosa; menciona, sin embargo, que fundó la nueva capital, Samaria[30], y habla también de algunas de sus victorias. Su importancia se pone de manifiesto no sólo por el hecho de que le siguiesen en el trono su hijo y dos de sus nietos, reinando su casa durante medio siglo, sino también porque los reyes asirios nombraban aún dos siglos después a Israel Bīt-Khumri («Casa de Omri»). El que Omri sucumbiese ante Damasco nos da una idea del poder que tuvo entonces este estado.

También Ajab, hijo y sucesor de Omri, se vio enfrentado desde el primer momento a esta supremacía de Aram-Damasco. Benhadad (no el Benhadad I de I Re. 15, 16-22, sino Benhadad II, llamado Hadadezer en las inscripciones asirias) atacó a Ajab apoyado por 32 reyes con toda su fuerza militar, lo acorraló en su capital y exigió de él una capitulación sin condiciones. Esta proposición fue rechazada por Ajab, tan dispuesto en otros casos a hacer concesiones de acuerdo con sus consejeros. La reorganización del ejército llevada a cabo por Ajab y la despreocupación de Benhadad y de sus aliados, debida a una subestimación del enemigo, fueron causa del triunfo del ataque israelita. Los arameos sufrieron una grave derrota y fueron perseguidos por los israelitas. Benhadad consiguió huir a caballo en compañía de algunos jinetes (I Re. 20, 1-21).

El rey arameo reorganizó después de este descalabro la coalición, limitando la autonomía de sus aliados y aumentando su poder personal. En el relato de 20, 22-43 sobre la segunda batalla entre Ajab y Benhadad se presentan estas medidas como una sustitución de los reyes por oficiales (20, 24), o sea, como una centralización del poder en manos de Benhadad. Sin embargo de nada le valió. La batalla que tuvo lugar cerca de la ciudad de Afec, situada probablemente al este del lago de Genezareth, terminó con una completa derrota de Benhadad, quien obtuvo clemencia humillándose ante el vencedor, aunque tuvo que aceptar duras condiciones de paz, entre ellas la de conceder a Ajab el derecho de crear factorías en Damasco igual que algunas décadas antes Omri había tenido que dar a Benhadad el permiso de fundar factorías en Samaria. Tres años después —así figura en I Re. 22, 1-38— era Ajab el agresor, apoyado por el rey judío Josafat. En esta ocasión se trataba de la reconquista de la ciudad de Ramoth de Galaad, en el noreste de Jordania, motivo de litigio entre Israel y Damasco y que se encontraba entonces en manos de Aram-Damasco. Antes de partir a la guerra Ajab y Josafat tuvo lugar una consulta a los profetas en la que se enfrentaron por un lado la mayoría dirigida por Sedecías, hijo de Canaana, que profetizaba el triunfo, y por otro el solitario Miqueas, hijo de Imla, que vaticinaba una catástrofe para Israel. La batalla terminó con la completa derrota de Israel y la muerte de Ajab. Es difícil establecer con seguridad una relación cronológica entre las luchas descritas en I Re. 20 y 22 entre Israel y Aram-Damasco y la batalla descrita amplia y repetidamente por Salmanasar III (858-824) en sus relatos, pero silenciada por el Antiguo Testamento, y que al parecer fue librada por este rey en 853 cerca de la fortaleza de Qarqar, perteneciente a Ḥamath, contra una gran coalición de príncipes sirio-palestinos dirigida por Irkhuleni de Ḥamath, Hadadezer de Damasco y Ajab de Israel. Sólo puede decirse que esta batalla, en la que Ajab desempeñó un papel importante, se desarrolló aproximadamente un año o algunos meses antes que la lucha por la conquista de Ramoth de Galaad, descrita en

I Re. 22, en la que cayó Ajab. Tal vez exista entre ambos acontecimientos una correlación concreta: Ajab estimó quizá que la debilitación sufrida por Damasco tras su participación en la batalla de Qarqar había sido tan grande que un ataque contra el territorio de Jordania oriental reclamado por Israel, pero ocupado por Damasco, se vería coronado por el éxito; su esperanza no se cumplió. Las luchas de Israel contra Aram-Damasco se continuaron posteriormente aunque no podemos situarlas en cada caso cronológicamente. En los relatos de II Re. 6, 8; 7, 20 sólo se nombra el «Rey de Israel» sin citar su nombre. Pero parece seguro que los hechos allí tratados tuvieron lugar después de la derrota de los israelitas en Ramoth de Galaad (I Re. 22, 1-40) aludida anteriormente. Tampoco hay duda de que por lo menos al principio se impusieron los arameos. En una ocasión, narra II Re. 6, 24; 7, 20, los arameos asediaron Samaria, que llegó a pasar tanta hambre que algunas madres se decidieron a comer la carne de sus propios hijos. La salvación de Samaria se debió entonces únicamente a que los arameos se decidieron a abandonar sus posiciones delante de la ciudad, ante la falsa noticia de que les amenazaba un peligro de otro lado.

También Joram, hijo y segundo sucesor de Ajab, tuvo que luchar contra Aram-Damasco. Tal vez haya que situar el asedio y la salvación de Samaria que acabamos de ver bajo el reinado de Joram; en todo caso es él el que, según II Re. 8, 28-29; 9, 1-28, reanudó, aliado con Ocozías de Judá, la lucha por Ramoth de Galaad contra Ḥaza'el de Damasco, guerra durante la cual Jehú, apoyado por el profeta Eliseo, asumió el poder eliminando a ambos reyes, Joram y Ocozías. También Jehú (que, como veremos, se sometió en el año 841 a los asirios traicionando así, a juicio de los arameos, la causa sirio-palestina), su sucesor Joacaz y Joás de Judá fueron duramente castigados por los arameos, cuyo rey era entonces Ḥaza'el (13, 3; 12, 18 s.). Hasta el reinado de Joás, hijo y sucesor de Joacaz, no cambió la suerte en favor de Israel (13, 24 s.), debido probablemente a la mayor presión a que sometía Asiria a Damasco. Josafat, rey de Judá, que, como vimos, había sufrido con Ajab la derrota de Ramoth de Galaad, tuvo ocasión, aproximadamente un decenio más tarde, de mostrar de nuevo su amistad con Israel, donde había sucedido a Ajab, caído en Ramoth de Galaad, su hijo Joram (851-845). Mesa de Moab, que había estado pagando a Israel el enorme tributo de 100 000 corderos y la lana de 100 000 carneros (II Re. 3, 4) suspendió, tal vez animado por la derrota sufrida por Israel ante los arameos, el pago de este tributo. La noticia que da de ello II Re. 3, 4-5 se ve confirmada por una estela[31] encontrada en 1869 en Dibān, la antigua ciudad moabita de Dibón, que ahora se encuentra en el Louvre y que mandó erigir Mesa hacia 840 en memoria de la liberación de su país del yugo israelita, lograda gracias a la fe en la ayuda de su dios Kamosh. Joram, continúa II Re. 3, movilizó el ejército contra Mesa y se dirigió a Josafat preguntando si estaba dispuesto a luchar contra Mesa. Éste asintió con la fórmula habitual en estos casos, «mi pueblo como tu pueblo, mis caballos como tus caballos», que también había empleado (I Re. 22, 4) cuando dio a Ajab su conformidad de partir contra Ramoth de Galaad. Aconsejó además no atacar a Moab desde el norte, como hubiera sido procedente, sino desde el sur, rodeando el extremo meridional del mar Muerto, consejo que probablemente se explique por haber fortificado Mesa la frontera norte de su país contra el esperado ataque. El consejo fue seguido y los israelitas aliados con los judíos atravesaron el territorio edomita, en el que se sumó a ellos el rey de Edom: al menos II Re. 3, 9 y 12 mencionan que el rey de Edom participó en la campaña. Si tal cosa es cierta, la campaña contra Mesa debió ser posterior a la separación de Edom y Judá, acontecimiento que estuvo unido a la proclamación de un rey propio, situado en 8, 20-22, bajo el reinado de Joram en Judá (851-845), mientras que I Re. 22, 48 afirma rotundamente que durante el reinado de Josafat

«no había ningún rey en Edom». La sublevación de Edom contra su soberano judío pudo deberse, igual que la escisión de Moab de Israel, a la debilitación sufrida por Israel y Judá a causa de los arameos. La debilidad que alcanzó entonces Judá se demuestra en que según II Re. 8, 22 también se separó la ciudad filistea de Libna. Los tres reyes aliados tuvieron éxito en un primer momento, rechazaron el imprudente ataque de los moabitas, devastaron su tierra y acorralaron a los supervivientes en Kir-Hareseth, actual el-Kerak, en el noroeste de la punta sur del mar Muerto. Fracasó Mesa en su intento de romper el cerco ante la imposibilidad de mantenerse en la ciudad, pero el sacrificio de su hijo y heredero, realizado sobre las murallas ante los ojos de los enemigos, tuvo el éxito esperado. El dios Kamosh aceptó este sacrificio y obligó a Israel a levantar el cerco y a volver a su país.

Josafat, en efecto, como dice I Re. 22, 45, «hizo paz con Israel». Y no volvieron a producirse conflictos entre Israel y Judá, aparte del castigo infligido por Joás de Israel a Amasías de Judá, hacia 790, y que ya veremos más adelante y del ataque del rey israelita Pekah, aliado con Rezin de Damasco, contra Ajaz de Judá (734) que también se verá más adelante. Sin embargo, el que Israel fuera el más fuerte de los dos aliados no significa que Judá hubiese renunciado por completo a su independencia. Según I Re. 22, 50, Josafat rechazó la propuesta de Ocozías, hijo y sucesor directo de Ajab, de reanudar junto con él los viajes por mar a Ofir. Conviene decir aún algo sobre la política religiosa de Ajab y Josafat. El matrimonio de Ajab con la princesa de Tiro, Jezabel, al que ya aludimos, tuvo como consecuencia el que el culto del dios principal de Tiro, llamado en el Antiguo Testamento «el Ba‘al» (ya sea Ba‘al Shamēm «el dios del cielo» o Melkart «el rey de la ciudad»[32]) alcanzase tanto en Samaria, capital de Israel, como fuera de ella, tal difusión que los representantes de la religión de Yahvé, principalmente los profetas encabezados por Elías, vieron en serio peligro su religión original. Elías y su apóstol Eliseo se convirtieron así en los jefes de la oposición contra las influencias fenicia y cananea que Ajab hasta cierto punto fomentaba en Israel por deseo de su esposa Jezabel. El propósito de Elías y los profetas de hacer caer la dinastía de Ajab y con ella eliminar el culto al dios de Tiro en Israel fue llevado a cabo por Jehú inspirado por Eliseo, pero de tal manera que el movimiento cultual-religioso original degeneró en una acción puramente política unida a terribles crímenes (II Re. 9-10). En Judá, Atalía, hija del matrimonio entre Ajab y Jezabel, se había casado con el rey judío Joram y, tras el asesinato de su hijo Ocozías en 845, había llegado a ocupar el trono después de un período de terror sangriento; pudo mantenerse aún la política de culto que habían liquidado en 845 en Israel, los seis años durante los cuales vivió y reinó Atalía. En 840 Atalía fue asesinada en el curso de una revolución dirigida por el sumo sacerdote Joyada que llevaría al trono a Joás, hijo de Ocozías, cuando tenía siete años (II Re. 11).

De Josafat se dice en I Re. 22, 41-51 que actuó según los deseos de Yahvé y se da como ejemplo que expulsó a los homosexuales consagrados a la prostitución cultual que quedaban aún en el país desde los días de su padre. Pero los datos que figuran en II Par. 17-21 sobre Josafat, mucho más detallados que los del Libro de los Reyes (I Re. 22, 41-51), afirman incluso que Josafat partió en misión (19, 4-11) y convirtió a su pueblo al culto de Yahvé, «desde Berseba hasta las montañas de Efraím», o sea, desde la frontera norte a la frontera sur del reino de Judá, estableciendo en todos los lugares una nueva organización judicial, datos que se basan en hechos históricos aunque no se puedan determinar éstos con exactitud.

b) Jehú y su dinastía en Israel. Atalía, Joás, Amasías y Azarías (Ozías) en Judá

La dinastía de Jehú, que había subido al trono de Israel con la revolución del 843, pudo mantenerse en el poder un siglo, lo que constituye un caso extraordinario en Israel; durante este tiempo sucedió cinco veces un hijo a su padre: Joacaz (818-802) a Jehú, Joás (802-787) a Joacaz, Jeroboam II (787-747) a Joás y Zacarías (747) a Jeroboam II; todos ellos mantuvieron la paz como vimos, con Judá y sus reyes Ocozías (845), Atalía (845-840), Joás (840-801), Amasías (801-773) y Azarías u Ozías (773-735), en lo que seguramente influyó el peligro arameo que, como ahora veremos, amenazaba a ambos estados. Pero entre Joás de Israel (802-787) y Amasías de Judá (801-773) parece que surgieron graves conflictos provocados por la soberbia de Amasías. Después de su triunfo sobre Edom (II Re. 14, 7), Amasías hizo saber a Joás a través de emisarios, según 14, 8-14, que quería medir sus fuerzas con él. No desistió de su actitud beligerante a pesar de la invitación a que permaneciese tranquilo que le hizo Joás con sorna, y pagó un alto precio a su osadía.

El peligro arameo constituía una amenaza, tanto para el estado del norte, Israel, como para el del sur, Judá, bajo Jehú de Israel (845-818) y su hijo Joacaz (818-802) como bajo su contemporáneo el rey judío Joás (840-801) (II Re. 8, 7-15; 10, 32 s.; 12, 18-19; 13, 3; 13, 7 y 22). Según 10, 32-33, Hazael de Damasco arrebató a Jehú todas sus posesiones en la tierra del Jordán oriental, seguramente en venganza por haber prestado ayuda Jehú a Salmanasar III (858-824) en su ataque contra Damasco y haberse sometido al rey de los asirios pagándole tributo, acontecimiento que Salmanasar celebró no sólo en uno de sus relatos, sino también en una descripción plástica que representa, según una nota marginal, el tributo de Jehú de Bīt-Khumri, o sea, de la casa de Omri, de Israel[33]. 12, 18-19 da noticias de que Hazael había ocupado Judá hasta Gath y de que Joás sólo había podido evitar el asedio de Jerusalén con el pago de un fuerte tributo. También Joacaz (818-802), hijo y sucesor de Jehú, estuvo expuesto a los ataques de Hazael y de su hijo Benhadad III (13, 22) y tuvo que soportar un riguroso desarme (13, 3 y 7). Entre ambos versículos, que relatan un terrible ataque de Damasco contra Israel, describen los versículos 4-5 que Yahvé mandó a su apurado pueblo un defensor que les liberó del poder de Aram permitiéndoles «volver a vivir en sus tiendas como antaño». Esto parece indicar que Israel recuperó entonces los territorios que le habían sido arrebatados por Hazael según II Re. 10, 32-33; 13, 22. Este triunfo se atribuye (14, 25) como ahora mismo veremos a Jeroboam II (787-747) y todo hace suponer que así fue en realidad. La noticia que aparece en los relatos sobre Joacaz de Israel (818-802) de que Yahvé envió un «defensor», que recuperó Jordania oriental para Israel, tiene que entenderse referida a los tiempos de Jeroboam II, varias décadas después de Joacaz[34]. De no ser así habría que ver en el «defensor» al rey israelita Joás (802-787), del que dice 13, 23-25 que arrebató a Benhadad las ciudades israelitas conquistadas por su padre Hazael a Israel.

Bajo Joás de Israel (802-787) y Amasías de Judá (801-773) disminuyó la presión de los arameos de Damasco sobre Israel y Judá, lo que puede atribuirse a que Damasco estaba expuesta a nuevos peligros por parte de los asirios. Según II Re. 13, 22-25 Joás pudo incluso arrebatar de nuevo a Benhadad III las ciudades que éste había tomado a su padre. En general puede decirse que hacia 780 comienza un medio siglo que trajo a Israel y Judá un gran auge político y económico. La presión que ejercía hasta entonces sobre ellos Damasco había desaparecido o por lo menos se había reducido, como acabamos de ver, y el peligro con que los amenazaba el poderío renaciente de los asirios sólo era advertido por unos cuantos, mientras que la mayoría no lo veía o no lo quería ver. Jeroboam II de Israel

(787-747) y Azarías, su contemporáneo de Judá, pudieron de este modo ampliar notablemente sus estados a costa de sus vecinos. Jeroboam II pudo, según II Re. 14, 25-28, integrar en el área de influencia de Israel los territorios de Damasco y Ḥamath vinculados hasta entonces a otra gran potencia: la coalición dirigida por el estado de Ya'ūdi del noroeste de Siria y sureste de Asia Menor, de la que aún nos ocuparemos más adelante. El profeta Jonás, hijo de Amittai, le alentó, prometiéndole la bendición de Yahvé para esta empresa, mientras que el profeta Amós declaraba improcedente el orgullo de su pueblo por los triunfos obtenidos, en clara oposición al optimismo de Jonás (II Re. 14, 25 y Amós 6, 14)[35], y amenazaba con la llegada de los asirios que convertirían en derrotas los triunfos obtenidos por Israel. Azarías, al que, igual que sucede con Jeroboam II (14, 23-29), el Libro de los Reyes sólo dedica algunos versículos (15, 1-7) pero al que consagra II Par. 26, 1-23 un detallado relato, no sólo introdujo innovaciones económicas y militares (26, 9-15), sino que tuvo también grandes éxitos en política exterior; reconquistó Elath tras la eliminación del reino edomita, anexionó territorio filisteo y rechazó invasiones de vecinos nómadas.

Algunos creen ver en Azriya'u de Ya'ūdi[36], del que cuenta Tiglatpileser que formó parte de una gran coalición de estados sirios contra Asiria pero que fue vencido finalmente por Tiglatpileser, al rey judío Azarías, equiparando a Ya'ūdi con Judá. Pero este Azriya'u procedía en realidad de la región noroccidental siria de Ya'ūdi, que conocemos, con su capital Sam'al, gracias a las excavaciones alemanas realizadas a finales del siglo pasado en Zincirli y sus alrededores, y era el pretendiente al trono cuyo nombre, aunque no aparece en la inscripción de la segunda mitad del siglo VIII hallada en Zincirli, sí refleja el aciago papel que tuvo Ya'ūdi en Sam'al con su cruel exterminio de la dinastía allí reinante[37].

B) Los arameos

Sobre el período 880-745 disponemos de una relativa abundancia de datos acerca de los estados arameos de Ḥamath, Damasco, Arpad y Ya'ūdi-Sam'al. Ḥamath y Damasco estaban junto con Ajab de Israel a la cabeza de la gran coalición de estados sirio-palestinos contra los que luchó Salmanasar III (858-824) en 853 al pie de la fortaleza de Qarqar[38] perteneciente a Ḥamath. Aunque el rey asirio, que se refiere con frecuencia a ello en sus relatos, se adjudica la victoria, no pudo quebrar esta batalla la resistencia de la coalición. En todo caso tuvo Salmanasar que llevar a cabo aún múltiples campañas contra Ḥamath y Damasco. Posteriormente Ḥamath y Aram-Damasco, que habían luchado juntos contra Salmanasar, se hicieron enemigos. Parece ser que a la muerte de aquél, al reducirse la presión asiria sobre Siria, trató Aram-Damasco de ampliar su área de influencia a costa de Ḥamath. Esto parece demostrado con la estela encontrada hace un cuarto de siglo en Brēdsh, a 7 km al norte de Alepo, que data del siglo IX[39] y cuya inscripción aramea, desgraciadamente algo defectuosa, nombra a «Bar(ha)dad, hijo del (?) rey de Aram» como donante y a «Melkart su señor» como destinatario de la ofrenda. Algunas décadas después, entre 800 y 780, nos relata Zakir[40] «rey de Ḥamath y La'ash»[41], en una inscripción aramea, que fue atacado y asediado en su fortaleza de Hazrak por una gran coalición siria del norte dirigida por Barhadad, hijo de Hazael, rey de Aram (o sea, Aram-Damasco), de la que también formaba parte Sam'al, pero que fue salvado por su dios Be'elschamēn al que había pedido ayuda. Por lo demás, Ḥamath y Damasco tuvieron poco después que consentir, si es acertada la versión de II Re. 14, 28 s. propuesta anteriormente, una limitación de su autonomía cuando Ya'ūdi-Sam'al integró a ambos estados en su área de

influencia y cuando dos décadas más tarde Jeroboam II (787-747) de Israel adquirió por su parte un derecho de control sobre ellos llegando incluso a anexionárselos.

Arpad, cuyo impresionante tell, Tell Erfād, situado 30 km al norte de Alepo, es testigo de la larga y rica historia de estos lugares, aparece en el canon de los epónimos[42], en el año 805, como objetivo de una campaña de Adadnarāri III (811-781). Volvemos a tener noticias de esta ciudad y del estado del que fue capital cuando en 760 Mati'el se hace en ella con el poder. En 754 tuvo que someterse éste a un tratado bastante desventajoso para él con Ashshurnarāri V (754-745)[43] que tal vez respondía a los esfuerzos de Sardur II de Urarṭu por levantar los estados sirios contra Asiria y que debía ligar Mati'el a Asiria. Mati'el, sin embargo, no se atuvo durante mucho tiempo a este tratado y pasó al lado de Urarṭu, lo cual, como veremos, condujo a que Tiglatpileser III se dirigiese al principio de su reinado contra Arpad, que conquistó en 740 y destruyó totalmente después de tres años de asedio. Aparte de este acuerdo entre Ashshurnarāri V y Mati'el, conservado en gran parte en idioma asirio sobre una tablilla de barro, tenemos tres textos de estela arameos, hallados en 1930 en Sfire, 25 km al sudeste de Alepo, que contienen los «tratados de Barga'ya, rey de Katak», al parecer un poderoso estado arameo vecino de Arpad «con Mati'el, hijo de 'Atarsamak, rey de Arpad»[44] y que fueron concluidos —según los estudios provisionales que se han hecho sobre ellos— aproximadamente en las mismas fechas que el tratado con Asiria. También guardan alguna relación con la empresa de Sardur, ya sea que estuvieran dirigidos contra él o que significasen más bien una acción contra Asiria para la que trató de ganar o en la que obligó a tomar parte al rey de Arpad, el enérgico rey de Katak.

Sobre Ya'ūdi-Sam'al, estado del noroeste sirio o sureste de Asia Menor del que ya se hizo mención, disponemos de abundantes datos gracias a unas inscripciones halladas en su capital, la actual Zincirli, o cerca de ella. De estas inscripciones, la de Kilamuwa, aproximadamente del año 825, está en fenicio puro; las dos siguientes, la de Panammuwa I, de mediados del siglo VIII, y la más moderna de Panammuwa II, están escritas en un dialecto fenicio-arameo[45] y en arameo las seis restantes, de la segunda mitad del siglo VIII. En su gran inscripción Kilamuwa nombra a sus antecesores en el trono, su bisabuelo Gabbar, su abuelo Bamah, su padre Chajan, también nombrado por Salmanasar III (858-824) entre sus tributarios, y su hermano Sha'ul. Relata que, atacado por el rey de los danuna, fue salvado por el rey asirio al que había pedido ayuda y que después su pueblo pudo disfrutar de gran bienestar y prosperidad. También Panammuwa II, hijo de Qaral, habla de la felicidad y bienestar de su pueblo en la inscripción que figuraba en una estatua del dios Nadad de una altura original de cuatro metros, mandada construir por él hacia la mitad del siglo VIII, en la que, a pesar de los desperfectos, se distingue que el rey da en ella gracias a su dios Hadad y a los otros dioses de su casa por su bendición.

C) Los fenicios

Desde el principio del siglo IX Siria y Palestina empiezan a sentir el resurgir del imperio asirio y sus avances hacia el mar Mediterráneo; lo mismo sucede con las ciudades comerciales y los puertos fenicios, pese a que estas ciudades conservaron su autonomía entre el 880 y el 745. Entonces no se produjeron apenas anexiones de territorios fenicios, destronamientos de las dinastías reinantes y sustituciones de éstas por gobernadores asirios, cosa que antes de Tiglatpileser III había sucedido alguna que otra vez. Sin embargo, desde el resurgimiento de Asiria, las ciudades fenicias se vieron sometidas una y otra vez al pago

de fuertes tributos. Se nombran en este sentido diversas ciudades sin que puedan determinarse los motivos de su sujeción en cada caso. Tiro y Sidón aparecen nombradas con mucha frecuencia.

Un claro símbolo de la supremacía que ejerció el imperio asirio en el siglo IX sobre la costa fenicia es el relieve que mandó erigir un rey asirio, probablemente Salmanasar III (858-824), en la margen meridional del Naḥr el-Kelb, cerca de la desembocadura de este río en el Mediterráneo, junto a una inscripción que el faraón egipcio Ramsés II (1301-1234) había mandado grabar cuatro siglos antes[46].

III. SIRIA-PALESTINA COMO PARTE DE LOS IMPERIOS ASIRIO Y BABILÓNICO (745-538 a. C.)

A) Israel y Judá

a) Las dos últimas décadas del estado de Israel y su fin

Si hasta pasada la mitad del siglo VIII Israel, Judá y con ellos los otros estados sirio-palestinos habían ignorado o subestimado el peligro que les amenazaba por parte de los asirios, todo cambia de golpe cuando Tiglatpileser III (745-727) reanuda con energía y violencia hasta entonces inauditas la política dirigida a someter Siria-Palestina, recurriendo sin escrúpulos al método de la deportación, ya utilizado por algunos de sus antecesores. En los primeros años del reinado de Tiglatpileser, formó el citado Azriya'u de Ya'ūdi-Sam'al una gran coalición prácticamente con todos los estados sirio-palestinos y dirigida contra Asiria, partiendo seguramente de una anterior coalición sirio-palestina dirigida por Ya'ūdi y de la que Jeroboam II había apartado a Ḥamath y Damasco para integrar estos países bajo su propio dominio. Tiglatpileser se vio ante la necesidad de destruir esta coalición, cosa que hizo concienzudamente. Grandes zonas de Siria fueron anexionadas a Asiria después de la deportación de su población, entre ellas 19 provincias de Ḥamath, quedando sometidos al pago de tributos muchos estados, ciudades, pueblos y tribus. Entre los tributarios figuran Rezin de Damasco, Menehem de Samaria, Hiram de Tiro, Sibittibi'ili de Biblos y Zabība, reina de Arabia. Es comprensible que los estados sirio-palestinos buscasen cualquier medio que pudiese asegurarles su independencia o al menos parte de ella. En este sentido se formaron coaliciones de múltiples estados como las que ya había conocido Siria-Palestina. Rezin de Damasco y Pekah de Israel siguieron el mismo ejemplo, y trataron de ganarse como tercer aliado a Acaz de Judá. Éste, sin embargo, se negó a entrar a formar parte de la alianza de sus vecinos considerando seguramente que habría de ser el aliado más débil y que se vería forzado a sacrificar gran parte de su independencia. Ante la negativa de Acaz, Rezin y Pekah emplearon la violencia. Sitiaron a Acaz en Jerusalén y le amenazaron con sustituirle por un antirrey, probablemente arameo, llamado Tabeel. En esta situación crítica, que se vio agravada por la subida al trono en Edom de un rey indígena que expulsó de Elath a los judíos allí asentados, haciendo a la larga Elath independiente (II Re. 16, 6)[47], se dirigió Acaz a pesar de las serias advertencias del profeta Isaías a pedir auxilio a Tiglatpileser. El éxito fue inmediato; el rey de los asirios conquistó Damasco y anexionó al imperio asirio Aram-Damasco. También Israel sufrió un duro castigo. Tiglatpileser dejó

que subsistiera el estado de Efraím, pero grandes zonas de la llanura costera de Galilea y Galaad se convirtieron en provincias asirias[48]. Pekah fue víctima de una conjuración, cuyo jefe Oseas, hijo de Ela y favorito de los asirios, fue proclamado rey. Tiglatpileser se refiere a estos acontecimientos en una inscripción: «Ya que habían destronado a su rey Pekah, nombré a Oseas soberano suyo» (AOT, página 348; ANET, pág. 284). En este punto se complementan satisfactoriamente las inscripciones asirias y los relatos bastante minuciosos de la Biblia (II Re. 15, 29-30; 16, 5-18; Is. 7, 1; 9, 6; AOT, págs. 346-348; ANET, págs. 282-284). Pero el estado de Efraím no había de tener una vida larga. A la muerte de Tiglatpileser en el año 727, Oseas, que había sido proclamado rey por aquél creyó llegado el momento de deshacerse del yugo asirio, recurriendo a la ayuda egipcia como otros príncipes sirio-palestinos rebeldes. II Re. 17, 4 dice de Salmanasar V (727-772): «El rey de Asur descubrió una conjuración de Oseas, pues éste había enviado emisarios a So[49], rey de Egipto, y no había realizado el pago anual de tributos al rey de Asur; le mandó detener y arrojar a la cárcel», y prosigue 17, 6: «En el sexto año de Oseas conquistó el rey de Asur», o sea Sargón II (722-705), sucesor de Salmanasar, «Samaria, se llevó prisioneros a los israelitas a Asur, asentándoles en Halah y a orillas del Khābūr, un río de Gosan, y en las ciudades de la Media». El propio Sargón escribe: «Al principio de mi gobierno y en el primer año de mi reinado conquisté Samaria…, 17 290 personas que la habitaban fueron deportadas. 50 carros entre ellos recluté para mi ejército real. A las gentes de las tierras, botín de mis conquistas, dejé vivir allí. A los hombres de mi corte los nombré gobernadores sobre ellas. Les impuse el pago de tributos como a los sirios (AOT, pág. 348; ANET, página 284; DOTT, pág. 59). Sin embargo, la resistencia del antiguo estado del norte de Israel contra el dominio extranjero aún no se había extinguido; incluso llegó a participar más tarde en levantamientos sirio-palestinos contra Asiria. Pero eran sólo manifestaciones esporádicas del deseo de libertad y tenían poca importancia. Por lo demás, Israel desaparece entonces de la historia; sólo Judá subsistiría, hasta caer también en 587, para volver a renacer en 538 en forma de estado eclesiástico.

b) Exequias, Manasés, Amón, Josías hasta Sedecías. Fin del estado de Judá. El exilio en Babilonia

Al desaparecer en 722 con el estado de Efraím el resto de Israel, era Ezequías (725-697) rey de Judá. De él dicen II Re. 18-20 y II Par. 29-32 que podía separarse del rey de Asiria y que no necesitaba ser su vasallo, que obtuvo una victoria sobre los filisteos y que introdujo profundas innovaciones dirigidas a reformar el culto, sin que pueda decirse si estas medidas han de situarse antes o después de la integración del estado septentrional israelita en el reino asirio, que seguramente limitó también la independencia de Judá. Queda también la duda de si fueron históricas las medidas de reforma del culto y su expansión al territorio del antiguo estado septentrional a que se alude en II Re. 18, 3-6 y II Par. 30 y 31. Existe desacuerdo, en particular, en cuanto a si Ezequías eliminó los elementos adventicios del culto del templo y suprimió los santuarios de Jerusalén, excepción del templo, de manera tan radical que pueda considerarse precursor y ejemplo de Josías, que hizo lo mismo cien años más tarde, o si los méritos de Ezequías en cuanto reformador fueron exagerados en el deseo de resaltar al máximo, frente a generaciones posteriores, lo notable de sus medidas; también se discute si Ezequías disfrutó verdaderamente de tanta independencia respecto a los asirios que justifique el pasaje de 18, 7 que asegura que pudo abandonar al rey asirio y dejar de ser su vasallo. Por lo que se

refiere a la primera cuestión, parece seguro que se exageró en nuestro relato el servicio prestado por Ezequías al culto de Yahvé, pero no cabe duda de que Ezequías llevó a cabo algo importante y de que por lo menos una de las medidas de este tipo que se le atribuyen es probablemente histórica. Se trata de la eliminación de la serpiente de bronce (II Re. 18, 4) que había introducido Moisés (Núm. 21, 4-9) y a la que se ofrecían sacrificios. Si la reforma de Ezequías no se detuvo siquiera ante la destrucción de tan venerable símbolo, cabe suponer que las restantes medidas fueran, al menos en parte, de gran importancia. Habrá que preguntarse incluso si no fue entonces cuando se retiró el Arca del Sancta-Sanctorum del templo, con lo que aquélla perdió su importancia, y si el relato de esta medida, que figuraba en un principio junto al de la destrucción de la serpiente en los relatos sobre el reinado de Ezequías, no desapareció porque el Arca conservó su rango incluso después de su supresión, al menos en teoría y de cara al pasado. Las últimas ocasiones en que se menciona el Arca son la huida de David ante Absalón, en la que participaron primero los sacerdotes Sadoc y Abiathar, portadores del Arca, hasta que David les mandó volver con ella (II Sam. 15, 24-29) y la bendición del templo salomónico, en la que fue introducida solemnemente en el Sancta-Sanctorum (I Re. 8, 1-9). Cuando en 597 y 587 fue saqueado el templo por los babilonios al parecer ya no se encontraba allí el Arca. En todo caso no está mencionada en el botín ni en II Re. 25, 8-17 ni en Jer. 52, 12-23. En este sentido asegura Jeremías (3, 16-17) que no se echaría de menos en los tiempos venideros, lo que significa que el Arca había perdido entonces, por lo menos en algunos círculos, su importancia. Su desaparición sólo puede explicarse de dos maneras: robo por el enemigo en uno de los múltiples saqueos del templo o eliminación por los círculos que consideraban este antiguo símbolo tan superado como la serpiente de bronce. De estas posibilidades, parece más segura la segunda, es decir, la supresión del Arca por Ezequías, ya que éste podía permitirse un gesto semejante.

Respecto a la segunda cuestión, la relación de Ezequías con los asirios, parece que su política hacia ellos osciló entre la afirmación de independencia y el reconocimiento de su soberanía, según las muy diversas circunstancias políticas de su reinado. Su decidida voluntad de asegurarse la independencia le impulsó a preocuparse del abastecimiento de agua de la ciudad y fortaleza de Jerusalén, de la reconstrucción de sus murallas, la fabricación de armas y la creación de almacenes y del fortalecimiento de la moral de sus oficiales (II Re. 20, 20; II Par. 32, 1-8 y 27-30) medidas que aparecen en II Par. 32, 1-2 y 4 expresamente dirigidas contra los asirios. Las obras de Ezequías para el abastecimiento de agua a Jerusalén, descritas en la Biblia, se ven confirmadas e ilustradas una vez más por un oportuno hallazgo arqueológico: la inscripción de Siloé[50], descubierta en 1889 en el túnel que comunica la fuente de Gihón con el estanque de Siloé, la cual contiene un relato muy expresivo de la construcción del túnel, y las características del túnel mismo, construido seguramente por Ezequías, y que sigue cumpliendo su cometido como hace dos mil años.

Otro hecho que demuestra los deseos de Ezequías de conservar la independencia de su pueblo frente a los asirios es la rapidez con que aceptó, al menos al principio y a pesar de la advertencia de Isaías, la propuesta que le hizo Merodac-Baladán, pretendiente al trono babilónico (II Re. 20, 12-19; Is. 39, 1-8), de unirse a una coalición dirigida contra los asirios, mostrando al emisario babilónico su palacio entero, el arsenal y el tesoro, dándole a entender que se encontraba bien armado para la guerra y que constituía un valioso aliado.

Tampoco le faltaron otras ocasiones a Ezequías para sumarse a las conspiraciones dirigidas contra el dominio de Asiria. Disponemos sobre este aspecto de datos abundantes y detallados, gracias a que Isaías alzó su voz en todos los casos semejantes al de

Merodac-Baladán y a que sus advertencias quedaron, al menos en parte, conservadas en el Libro de Isaías. Sin embargo no puede establecerse siempre con seguridad a cuál de las diferentes ocasiones que se presentaron a Ezequías para desertar de los asirios se refiere. La advertencia que hace Isaías en Is. 20, 1-6 a Judá, Edom, Moab y las ciudades filisteas, con Asdod a la cabeza, que según las inscripciones de Sargón participaron en un levantamiento contra Asiria, confiando en Egipto donde entonces reinaba una dinastía etíope, está fechada después del año «en que vino el general a Asdod, cuando le envió el rey Sargón de Asiria y sitió y conquistó aquélla». Se refiere, por tanto, al levantamiento de una coalición sirio-palestina que fracasó y condujo en 711 a la conquista de Asdod por los asirios, hechos que, como ya señalamos, están ampliamente descritos en inscripciones de Sargón (AOT, págs. 350-352; ANET, págs. 284-285; DOTT, págs. 58-63), y que ha venido a ilustrar una estela triunfal inédita de Sargón II, hallada en el curso de las excavaciones americano-israelíes realizadas en Asdod en 1962-63. También en Is. 30, 1-17; 31, 1-9 aparecen advertencias dirigidas contra los judíos que, confiando en la ayuda egipcia, prepararon un levantamiento contra Asiria, sin que pueda determinarse si pertenecen a la misma época que Is. 20, 1-6 o son posteriores al año 705 en que murió Sargón. La muerte de Sargón provocó levantamientos en Siria y Palestina, al igual que en otras partes del imperio asirio. Ezequías, que desempeñó un papel importante en estos acontecimientos, sufrió todo el rigor del tribunal de castigo de Senaquerib (705-681), sucesor de Sargón. Había tenido prisionero en Jerusalén a Padi, rey legítimo de Ecrón, que había permanecido fiel a Asiria; después de derrotar Senaquerib en Eltheke, en el suroeste de Palestina, al ejército egipcio que acudió en ayuda de los insurrectos, Ezequías, al igual que los ecronitas del bando antiasirio, sufrió un duro castigo mientras que Padi era entronizado de nuevo por Senaquerib en el trono de Ecrón. Judá, la tierra de Ezequías, fue completamente devastada y privada de una considerable parte de su población y de gran cantidad de ganado. El propio Ezequías fue encerrado en Jerusalén y obligado a consentir la cesión de grandes territorios a los reyes de Asdod, Ecrón y Gaza y el pago de un enorme tributo (AOT, págs. 352-354; ANET, págs. 287-288; DOTT, págs. 64-73, lám. IV). Los extensos relatos asirios sobre este suceso coinciden con los más escuetos datos bíblicos (II Re. 18, 14-16), pues en éstos también se alude al pago del pesado tributo impuesto a Ezequías por Senaquerib, pero difieren de ellos en que no dicen ni una sola palabra acerca del fracasado sitio de Jerusalén por los asirios, mientras que los relatos bíblicos correspondientes insisten en destacarlo. Sin duda estos relatos bíblicos (II Re. 18, 17-19, 37 = Is. 36, 1-37, 38) son en gran parte leyendas no históricas. Sin embargo, parece ser que tienen un fondo de interpretación histórica; Isaías, que había prevenido siempre al rey y al pueblo de los peligros de un levantamiento contra el dominio asirio, cambió su actitud cuando el enemigo se atrevió a atacar Jerusalén y su templo de Yahvé, jactándose de sus anteriores conquistas (II Re. 19, 11-13); predijo la derrota del enemigo y triunfó cuando ésta se produjo, salvándose Jerusalén. Esto parece tanto más probable cuanto que existen unas frases, sin duda auténticas, de Isaías (Is. 10, 5-15, 24-34) en las que él, que siempre había visto en los asirios un azote de Yahvé contra Israel, anuncia el castigo divino a Asiria por su soberbia. Al parecer Senaquerib no pudo llevar a cabo la conquista de Jerusalén. No sabemos, sin embargo, los motivos, ya que las dos diferentes razones que se alegan en II Reyes 19, 35 = Is. 37, 36 y en Reyes 19, 9 = Is. 37, 9 son poco probables.

Manasés, que sucedió a su padre en el trono de Judá, llegando a ocuparlo más de medio siglo (696-642), es presentado en los pasajes bíblicos correspondientes (II Reyes 21, 1-18; II Par. 33, 1-20) como representante de una política de culto opuesta a la de su padre.

Toleró y llegó incluso a introducir toda clase de elementos sincréticos en el culto de Yahvé, entre ellos la conjura de muertos y los sacrificios de niños. Se dice además de él (II Reyes 21, 16) que derramó mucha sangre inocente en Jerusalén, y, puesto que este dato está ligado a la protesta de los profetas de Yahvé contra la idolatría de Manasés, al que anunciaron el castigo divino (21, 10-15), se deduce que se refiere a sus medidas contra los profetas. El pseudoepigráfico «martirio de Isaías» asegura que Isaías sufrió martirio bajo Manasés, siendo destrozado con una sierra, a lo que parece aludir la epístola a los hebreos en 11, 37 cuando, entre las diferentes muertes de los héroes de la fe, nombra el ser aserrado. II Par. 33, 10-13 y 18 s. abarca un período más extenso que el del Libro de los Reyes y cuenta que Manasés fue llevado prisionero por los asirios «a Babel», que hizo penitencia en su cautiverio, fue instaurado de nuevo en su reino y fortaleció su país renovando las murallas de Jerusalén y por medio de medidas militares que incluso purificó y promovió el culto de Yahvé (II Par. 33, 14-17). 33, 18-19 hace también alusión a la oración que parece haber rezado Manasés en apuros. La «oración de Manasés», inspirada seguramente en esta crónica y escrita en época cristiana, se encuentra entre los apócrifos del Antiguo Testamento. Sin duda se basa en algún hecho histórico toda esta historia de la detención de Manasés por los asirios, su indulto y el consiguiente giro de su política religiosa, pero se carece de datos precisos al respecto. Por lo demás, la actitud inicial de Manasés contra el culto puro de Yahvé se explica también por el hecho de que durante su reinado (669-642) alcanzase el imperio asirio, bajo Asarhaddón (681-669) y Asurbanipal (669-627), su mayor extensión, incluyendo también a Egipto en su zona de influencia y cercando así a Judá completamente.

Amón (641-640), hijo y sucesor de Manasés, mantuvo la actitud hostil a Yahvé que había mostrado su padre algún tiempo, probablemente al principio de su reinado, y no se humilló ante Yahvé como su padre Manasés, según se afirma en II Par. 33, 23. Una conjuración de palacio dirigida contra Amón puso fin prematuramente a su reinado y a su vida. No existen datos sobre los motivos de esta conjuración; en todo caso, no parece haber encontrado mucho eco en el pueblo. Por el contrario, éste se dirigió contra los conspiradores, asesinó a todos ellos y proclamó rey al hijo de Amón, Josías (639-609). Éste fue, según II Reyes 22,1; 23,30; II Par. 34,1; 35,27 —versión fidedigna al menos en lo esencial—, el rey que más impulsó la reforma del culto de Yahvé, liberándole de los elementos cananeos que venía arrastrando ya mucho tiempo y de influencias asirias de épocas más recientes, centralizándolo por completo en Jerusalén y suprimiendo todos los santuarios excepto el templo. Esta reforma del culto de Josías fue determinada por un supuesto Libro de la Ley de Moisés que anunciaba la gracia divina en el caso de su cumplimiento, pero terribles castigos de Yahvé en caso de desobediencia. Este libro fue encontrado —según II Reyes 22, 3-10 y II Par. 34, 8-18— por el sacerdote Hilcías en el decimoctavo año del reinado de Josías, o sea en 622, durante la revisión de las donaciones destinadas a la conservación del templo (II Par. 34, 14) llevada a cabo por el ministro Safán en nombre del rey. Según otra versión —probablemente II Reyes 22, 8— fue Hilcías el que descubrió el Libro a Safán durante la revisión. Safán se lo entregó al rey que, como ahora veremos, tomó inmediatamente las medidas necesarias para cumplir los preceptos del nuevo Libro de la Ley mosaica.

No cabe duda de que este libro no es en realidad un auténtico documento de Moisés. Pero no puede determinarse si se trata realmente de un hallazgo, y el libro era por tanto más antiguo que los hechos que acaban de citarse del Libro de los Reyes y de los Paralipómenos o Crónicas, o si el relato hecho por Hilcías de su hallazgo del libro no es una ficción

destinada a conceder mayor prestigio al libro, una *pia fraus* de las muchas que registra la historia de las religiones y las iglesias. En este caso habría que suponer que un grupo interesado en una reforma radical del culto de Yahvé, en el que habría que contar sobre todo con la participación de los profetas, esperaba lograr mejor su objetivo amparándose en un código atribuido a Moisés que en una obra que reconociese, en aquellos momentos, su auténtico origen. En el primer caso cabe pensar que, aproximadamente cien años antes, en la época de Ezequías tan llena de tendencias reformistas, un grupo deseoso de innovaciones hubiese depositado su programa en el templo, confiando en su futura realización, donde fue hallado un siglo más tarde provocando una amplia reforma. Pero también puede imaginarse, ya que se han aducido en favor de ello argumentos serios, que los proyectos que se atribuían a Moisés fueron trasladados a Jerusalén y guardados en un lugar del templo considerado seguro por algún movimiento reformista que operaba en el estado del norte, poco antes de su caída. Por otra parte, no tiene demasiada importancia histórica el que el Libro de la Ley, presentado en 622 como nuevo descubrimiento y obra de Moisés, tuviera entonces su origen o fuera escrito un siglo antes, ya que este libro no empezó a tener influencia hasta su supuesto o real descubrimiento en el año 622. Los escritos, en particular los de profetas como Amós, Oseas, Isaías y Miqueas, no revelan ninguna influencia del libro hallado entonces, mientras que posteriores libros del Antiguo Testamento, como los de los Jueces, Samuel, los Reyes y Jeremías, sí presentan claras huellas. Además no hay duda de que existe una evidente relación entre el código hallado, según II Reyes 22-23 y II Par. 34-35, en el decimoctavo año del rey Josías, y el Deuteronomio, «repetición de la ley», libro llamado así porque fue considerado sin razón como una «repetición» de las leyes contenidas en el Éxodo, el Levítico y los Números; la centralización del culto de Jerusalén reclamada en el Deuteronomio tuvo que ser exigida por el libro de Josías, y la reforma que se basa en este libro realiza lo que se propugna en el Deuteronomio. El Código de Josías y el Deuteronomio, o, mejor dicho, la esencia de este último, coinciden perfectamente.

Josías se dedicó por completo a su reforma del culto, en la que al parecer concurrieron la religiosidad y el sentimiento nacional. Pero a la realización de sus planes contribuyeron fundamentalmente las circunstancias políticas de entonces, que permitían a Judá y a los otros estados sirio-palestinos, aún relativamente independientes, una mayor libertad de acción que la que había existido antes. Si ya bajo Asurbanipal (669-627) había perdido el imperio asirio gran parte de su antiguo poder, prosigue esta decadencia bajo sus sucesores. Ya conquistada Asur, caen Nínive en 612 y Kharrān en 610 en manos de los babilonios y medos aliados que asumen la herencia de Asiria. Este desmoronamiento de la autoridad asiria, que se inicia ya al subir al trono Josías, provocó en Judá y en su joven rey, igual que en los otros estados sirios, deseos de libertad nacional y religiosa, como era característico de la antigüedad. Así como el reconocimiento de la supremacía política había significado para Judá concesiones al culto de los dioses asirios —por ejemplo, la instalación en la entrada del templo de Yahvé de un carro tirado por caballos dedicado al dios Shamash (II Reyes 23, 11)—, así Josías limpió después el templo de estos elementos. Pero además Josías pudo permitirse también una serie de intervenciones en la misma zona de influencia de los asirios. Según el relato de 23, 15-20, histórico al menos en sus rasgos esenciales, pasó en su lucha de exterminio de todos los centros religiosos, excepto el de Jerusalén, al territorio de la provincia asiria de Samaria, destruyendo y profanando sus santuarios y en especial los de Béthel.

La estrecha relación que para Josías guardaban el culto a Yahvé y el sentimiento nacional se demuestra también más adelante. Cuando el faraón Nekao trató de avanzar en

609 hacia el Éufrates para ayudar contra los aliados babilonios y medos a los asirios, antiguos enemigos de Egipto, considerados entonces dignos de apoyo ante el resurgimiento de los babilonios, le salió al encuentro Josías en Megiddo con un ejército, para impedir que Egipto se constituyese de nuevo en amo de Siria y Palestina, perdiendo así Judá la libertad obtenida inesperadamente gracias al desmoronamiento de Asiria. Sin embargo, Nekao salió victorioso de este encuentro, mientras que Josías encontró la muerte o fue herido mortalmente, siendo trasladado a Jerusalén donde fue enterrado. La derrota y la muerte del piadoso rey causaron honda y duradera impresión en su pueblo. Según II Par. 35, 25, Jeremías le dedicó un canto fúnebre y se dispuso oficialmente la recitación de cantos fúnebres a Josías, tradición que se conservó durante muchos siglos.

El fracaso de Josías en el intento de defender la libertad de su país frente a Nekao dio lugar a que éste se convirtiese en soberano de Palestina y Siria, aunque sólo durante algunos años. Sin embargo, en este corto lapso de tiempo Judá sufrió el rigor de la dependencia de Egipto. El hijo de Josías, Joacaz, que había sido proclamado sucesor de su padre por el pueblo, fue destituido inmediatamente por Nekao. En su lugar nombró rey a su hermano Eliaquim, dándole el nombre de Joaquim para indicar que el nuevo monarca era un producto suyo, igual que, según II Reyes 24, 17, Nabucodonosor cambiaría diez años más tarde el nombre de Matanías, impuesto por él en el trono de Judá en lugar de Joaquim al que había deportado a Babilonia, por el de Sedecías.

En el año 605 se produce un cambio fundamental en la situación política del Próximo Oriente. Entre los dos pretendientes a la posesión de Siria y Palestina, los egipcios dirigidos por el faraón Nekao y los babilonios al mando del príncipe heredero Nabucodonosor, se libra en Karkemish, a orillas del Éufrates, una batalla que terminó con la derrota de los egipcios y decidió que los babilonios, en primer lugar el rey Nabucodonosor (605-562), fueran los amos de Siria y Palestina, como aparece escrito en II Reyes 24, 7 con clásico laconismo: «El rey de Egipto ya no salió más de su país, porque el rey de Babel le arrebató todo lo que le había pertenecido, desde el río de Egipto hasta el Éufrates», o sea, toda Siria-Palestina. Joaquim sobrevivió a este desplazamiento del poder en el espacio sirio-palestino, lo que significa que reconoció a tiempo y de manera adecuada al nuevo soberano, Nabucodonosor. Pero con el tiempo no pudo Joaquim resistir la tentación de ceder a las propuestas de sus vecinos filisteos y fenicios de aliarse con ellos para sacudirse el yugo babilónico. II Reyes 24, 1-6 relata que Joaquim fue leal a Nabucodonosor durante tres años, pero que luego lo abandonó, por lo que Nabucodonosor incitó a bandas arameas, moabitas y amonitas a realizar incursiones contra Judá. II Par. 36, 5-8 añade a los datos de II Reyes 24, 1-6, sin indicar en qué año aconteció, que Nabucodonosor se llevó prisionero a Joaquim a Babilonia, robando parte de los utensilios del templo para su palacio de Babilonia. Daniel escribe en 1, 1-2 que Nabucodonosor se dirigió en el tercer año del reinado de Joaquim contra Jerusalén, la asedió, hizo prisionero a Joaquim y robó una parte de los utensilios del templo, los trasladó a Babilonia y los depositó en el templo de su dios. Puede ser cierto que, en el tercer año de su reinado, Joaquim negase a su soberano la obediencia y que fuese llamado por éste a Babilonia a responder de sus culpas; pero puede tratarse en este caso, como en el de Manasés, sólo de una estancia temporal de Joaquim en Babilonia, pronto seguida del retorno a Jerusalén y a su trono. II Reyes 24, 6 nos hace saber que Joaquim tuvo una muerte tranquila en Jerusalén, que fue enterrado allí junto a sus padres y que su hijo Joaquín fue su único sucesor. No existe razón para dudar de la autenticidad de estas noticias.

Según el principio del relato sobre Joaquín, hijo y sucesor de Joaquim que aparece

en nuestro Libro de los Reyes (II Reyes 24, 8-17), Joaquín subió al trono con dieciocho años, su reinado duró tres meses y su madre se llamaba Nehusta (24, 8). Presenta luego el habitual juicio, negativo en este caso, sobre él y empieza diciendo: «En aquel tiempo subieron los siervos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, contra Jerusalén, y la ciudad fue sitiada»; narra con bastante detalle la conquista de Jerusalén por Nabucodonosor, el saqueo del palacio real y del templo, la deportación de miles de personas notables y capaces, así como de Joaquín, y la proclamación, con el nuevo nombre de Sedecías, de Matanías, tío de Joaquín, como sucesor de éste. No se da razón alguna para esta medida de Nabucodonosor. Como el relato de ésta aparece en el pasaje dedicado a Joaquín en el Libro de los Reyes, parece probable que éste negase vasallaje a Nabucodonosor poco después de subir al trono, provocando el castigo que cayó sobre él. Pero como Joaquín se rindió, al parecer, ya al principio del sitio, con su familia y su corte, y fueron tratados él y los suyos con bastante indulgencia, con menos rigor en todo caso que lo fue diez años más tarde Sedecías, su familia y su corte (II Reyes 25, 6-7 y 18-21 = Jer. 52, 9-11 y 24-27), parece que fue Joaquim quien provocó el levantamiento contra Nabucodonosor y que murió antes del contraataque de éste, quedando como responsable Joaquín, que no pudo o tal vez no quiso detener el levantamiento ya puesto en marcha. En todo caso las pérdidas materiales y humanas en la administración, el ejército y la economía fueron enormes. La catástrofe de Jerusalén de 597 fue considerada durante largo tiempo como una desgracia nacional, como demuestra, por un lado, el que el profeta Ezequiel, que entonces formó parte de los deportados, fechase sus revelaciones después de la era de 597 (Ezequiel 1, 2; 8, 1, etc.), y, por otro, la circunstancia de que nuestro Libro de los Reyes concluya con la amnistía de Joaquín dictada en el 562 por el sucesor de Nabucodonosor, Evilmerodac (562-560), con lo que trata de dar una visión esperanzadora del futuro de la dinastía de David y, con ella, de todo el pueblo de Israel. Por otra parte, parece que también durante su cautiverio era reconocido Joaquín como rey de Judá. Al menos, aparece como tal en el 593 en las listas de racionamiento de aceite y cebada para los residentes en la corte babilónica (prisioneros de guerra, artesanos, exiliados, etc., de los más diversos países y pueblos)[51]. Ezequiel no fue, pues, el único en conservar la era de Joaquín, sin reconocer por consiguiente a Sedecías.

La década que siguió a la deportación de Joaquín (597-587) estuvo entre los judíos llena de explosiones de pasión política; un partido incitaba a una decidida resistencia contra Babilonia, el otro, viendo la ineficacia de tal resistencia, aconsejaba la moderación. Pero no eran sólo los habitantes de Judá los que estaban divididos de esta manera, sino incluso los exiliados de 597, que sumaban muchos miles. Entre éstos y los que habían quedado en el país existía a pesar de la gran distancia que los separaba, una activa relación, de tal manera que los unos estaban bien informados acerca de los otros y trataban de influirse mutuamente. Sobre todo fueron los profetas quienes en ambos lados se observaban unos a otros, apoyándose o combatiéndose a pesar del espacio que los separaba. Tenemos acerca de esto bastante datos, gracias a que se ha conservado gran parte de la proclamación hecha en la década 597-587 por Jeremías, que vivió estos difíciles años en Jerusalén o cerca de allí, y porque Ezequiel, deportado en 597 con Joaquín a Babilonia, conocía tan a fondo, a juzgar por sus numerosos testimonios, la situación de los que habían quedado en su tierra que sin duda es injusto juzgar falso, como se ha hecho, el que estuvieran en el exilio, situando en Judá su actividad o por lo menos los comienzos de ésta.

En cuanto a Jeremías, baste recordar sus controversias con los que habían quedado en Judá y con los profetas deportados a Babilonia que anunciaban al pueblo la próxima intervención de Yahvé en su favor, con lo que conscientemente o no fortalecían la voluntad

de rebelión contra el dominio babilónico. Según Jer. 27, 1-22, Jeremías, en el quinto año de Sedecías, o sea hacia 593[52], cargando simbólicamente un yugo sobre sus hombros, advirtió a los emisarios de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón que habían acudido a Jerusalén con Sedecías para preparar una conjuración contra Babilonia, que se sometieran a la soberanía de Nabucodonosor y no se dejaran inducir a la rebeldía confiando en las palabras imprudentes de falsos profetas, e hizo la misma advertencia al rey de Judá, Sedecías, así como a los sacerdotes y a todo el pueblo. Esta predicción de Jeremías, según Jer. 28, 1-17, impulsó al profeta Ananías a quitar el yugo de los hombros de Jeremías y a romperlo, anunciando que Yahvé destruiría pronto el poder de Nabucodonosor. Después de ello Jeremías repitió su advertencia y anunció a Ananías una muerte cercana que, según 28, 17, no tardó en llegar. Jer. 29, 1-23 reproduce el texto de una carta que Jeremías dirigió a los deportados de 597 y en la que les exhortaba a estar preparados para un exilio más largo y a no prestar oídos a otras profecías, y predice dos de estos falsos profetas, en nombre de Yahvé, que serán ajusticiados por Nabucodonosor. 29, 24-32 da noticia de una carta del profeta Semaías, que se encontraba en exilio, a Sofonías, sacerdote encargado de la vigilancia del templo, en la que se queja de que éste no hubiese tomado medidas enérgicas contra el traidor Jeremías y no le hubiese puesto «en el calabozo y en el cepo», y del castigo con que amenazó Jeremías a Semaías en nombre de Yahvé, afirmando que quedaría sin sucesores y que no llegaría a vivir la inminente salvación. Ezequiel, que formaba parte de los deportados en 597, coincide con Jeremías en condenar las esperanzas abrigadas por grandes sectores de los deportados y de los que habían quedado en Judá, esperanzas que se basaban en la próxima caída de la supremacía de Babilonia y en la anunciación de un juicio que superase al del año 597. En la grandiosa visión de Ezequiel 8, 1; 11, 25 describe cómo fueron muertos los habitantes de Jerusalén caídos en la idolatría y cómo, sin embargo, Yahvé salió de Jerusalén sobre una carroza real abandonando a la ciudad y el templo a la destrucción. El día en que comenzó el asedio de Jerusalén le encomendó Yahvé que simbolizase la necesidad del fin de Jerusalén en la suerte de una olla inservible (Ezequiel 24, 1-14). Se tratará de la vida de los deportados en 587 cuando se relate la conquista de Jerusalén y la deportación que siguió.

Al igual que Joaquín, Sedecías no pudo resistir a la larga las propuestas seductoras de los egipcios y de otros vecinos de Judá para que abandonara a Nabucodonosor, aunque en el fondo, instrumento dócil del partido belicista, instigador de la defección de Babilonia, recurriese repetidas veces en secreto al consejo de Jeremías y éste le previniera con insistencia contra un levantamiento frente a Nabucodonosor. El destino siguió su curso. En enero de 588 comenzó el sitio de Jerusalén por los babilonios, que duró año y medio. Al fracasar el intento que hizo el faraón Hofra (Apries), siguiendo sus compromisos de aliado, de romper el cerco de Jerusalén (Jer. 37, 6-16) y al agotarse los víveres, se hizo insostenible la situación de la ciudad. Cuando en julio de 587 fue abierta una brecha en sus murallas, trataron Sedecías y los suyos de ponerse a salvo huyendo, pero fueron apresados cerca de Jericó y transportados a Ribla, cuartel general babilónico, a orillas del Orontes. Allí Nabucodonosor mandó matar ante los ojos de Sedecías a sus hijos; luego, tras cegarlo, lo mandó esposado a Babilonia. Un mes más tarde, en agosto del 587, Nebuzardan, jefe de la guardia personal de Nabucodonosor, provisto de amplios poderes, destruyó completamente Jerusalén, derribó las murallas, redujo a cenizas el templo, el palacio y otros edificios, saqueó el templo, deportó a muchos ciudadanos destacados de Jerusalén y Judá y mandó a Ribla a sesenta y siete notables, entre ellos a cinco distinguidos sacerdotes, para ser ajusticiados. Todavía no se llevó entonces a cabo la anexión de Judá al reino babilónico.

Nebuzardan dejó un resto de estado de Judá que no tenía ya su capital en Jerusalén (por lo visto enteramente en manos de los babilonios) sino en Mizpa, a 10 km al norte de aquélla y lo puso bajo Godolías que, como sabían los babilonios, había prevenido a Nabucodonosor del levantamiento. Pero este estado había de durar poco tiempo. En octubre de 587 Godolías fue asesinado por Ismael, miembro de la casa de David, instigado por los amonitas. Los dirigentes del pequeño grupo judío que se había formado en torno a Godolías temieron entonces que los babilonios tomaran una terrible venganza por el asesinato de su colaborador y emigraron a Egipto, llevándose consigo, en contra de su voluntad, a Jeremías y a su secretario y amigo Baruc, que se habían puesto a disposición de Godolías. Nada sabemos acerca de la suerte de estos emigrados en Egipto y con ello se pierde también el rastro de Jeremías y Baruc. De aquí en adelante no existen noticias sobre el estado de Judá; probablemente su territorio quedó anexionado a Samaria, provincia fronteriza del norte, y siguió así sin duda hasta el retorno de los judíos del exilio o hasta 445, fecha en que Nehemías fue nombrado gobernador de Judá por Artajerjes I (465-424), tal vez con una corta interrupción debida a tentativas judías de emancipación.

De los deportados del año 597 ya vimos que siguieron en estrecho contacto con los que habían quedado en el país, compartiendo los mismos problemas, viviendo en realidad más en la patria que en el exilio y añorando la vuelta a Judá. Sin duda conservaron esta actitud muchos de los deportados de 587. Pero, inevitablemente, la catástrofe del año 587 significaba un serio golpe para estas esperanzas. De esta manera se difundieron entre los exiliados proverbios como éste (Ezequiel 18, 2): «Los padres comieron el agraz y los hijos tienen la dentera», que contribuían a socavar la esperanza en un nuevo futuro del pueblo. Entonces Ezequiel, que había anunciado implacablemente la fatalidad de la catástrofe hasta que ésta se produjo, infundió nuevos ánimos a los exiliados, preparando el camino al Deutero-Isaías, autor de Is. 40-55, gran profeta del consuelo que, como veremos, apareció hacia el final del exilio. En la grandiosa visión de la resurrección de los muertos (Eze. 37, 1-14) Ezequiel anuncia en nombre de su dios un nuevo futuro a Israel, en el que, según 37, 15-28, las partes divididas del reino único de David se unirían de nuevo bajo éste. En el año 573 describía, visionario, como Yahvé volvía a entrar solemnemente sobre el trono de su carroza en su templo completamente reconstruido (40, 1-43, 12).

Poco sabemos de la vida exterior de los exiliados. De todos modos parece que no eran propiamente prisioneros sino que podían ejercer libremente sus profesiones, naturalmente limitadas a determinados sectores: el comercio, la industria y la agricultura. También sabemos que tenían una cierta autonomía administrativa y que eran dirigidos o representados por los «ancianos». Al menos una de las zonas a donde fueron destinados se puede determinar geográficamente: se trata de Tel Abib, cerca de Nippur (Eze. 3, 15), a orillas del gran canal (río Quebar, Eze. 1, 1 y 3; 3, 23; 10, 15, 20 y 22; 43, 3) donde residía el profeta Ezequiel. Otras colonias aparecen en Ezra 2, 59; Neh. 7, 61; 3; Ezra 5, 36. Disfrutaban al parecer de plena libertad de movimiento y podían visitarse mutuamente. En Eze. 8, 1; 14, 1; 20, 1, se hace mención de las visitas de los «ancianos» (al parecer jefes de las colonias destinadas a los judíos) a Ezequiel, que se destinaban a la discusión de cuestiones importantes, en su mayoría seguramente de carácter ético-religioso, lo que hace suponer que Ezequiel disfrutaba de amplia admiración de sus compatriotas aunque les hiciera reproches con frecuencia (como en 12, 1-11) o rechazase severamente los planes que le expusieran (como en 20, 1-44). De hecho Ezequiel tuvo gran importancia en la historia del judaísmo. Influyó decisivamente en la conservación de una religiosidad ética independiente del templo y de los sacrificios y en la reorganización del culto para la

deseada nueva era.

Hacia finales de la primera mitad del siglo VI se multiplicaron los síntomas que anunciaban un cambio en la situación política del Próximo Oriente debido a la derrota de los asirios ante los medos y babilonios aliados (612), que había reportado a éstos la supremacía sobre Siria y Palestina, y sobre todo a la intervención de Ciro II (559-529). Éste se rebeló en 522 contra su soberano medo Astiages (585-550), ocupó grandes zonas del reino medo, derrotó en 546 a Creso de Lidia y conquistó su capital Sardes. Estos triunfos del rey persa obligaron a las potencias que se veían amenazadas por él a una alianza y a la defensa, sobre todo al faraón Amasis y al rey de Babilonia Nabónido, mientras que los judíos exiliados y los sacerdotes de Marduk, sometidos por Nabónido, esperaban obtener la libertad de Ciro. Entre los judíos exiliados el ya mencionado Deutero-Isaías dio forma poética a las esperanzas que había provocado la aparición de Ciro. Anunció que Ciro destruiría Babilonia y sus dioses y que permitiría, como enviado de Yahvé, el retorno triunfal de los exiliados judíos a su patria. Al grupo de los exiliados que vivían en apática resignación le dio nuevos ánimos, como hicieron aquellos que habían difundido el proverbio de los agraces interpretando una parte de la desgracia que había caído sobre Israel, no como castigo por sus culpas, sino como una pena llevada en nombre de otros, y empieza así su anunciación.

«¡Consolad, consolad a mi pueblo,
dice vuestro Dios.
Hablad al corazón de Jerusalén
y anunciadle
que se ha acabado su servidumbre,
que están expiados sus pecados,
que ha recibido de la mano de Yahvé
el doble por todos sus pecados!».

Con sus palabras de consuelo contribuyó Deutero-Isaías en el mismo grado que Ezequiel a la historia del judaísmo. Su influencia llega incluso hasta el cristianismo, que siguiendo con ello el propio ejemplo de Jesús reconoció en éste al siervo de Dios del Deutero-Isaías, citado en Is. 52, 13 y 53, 12 «él llevó nuestra enfermedad y cargó con nuestros dolores» relacionándole con la pasión y muerte de Jesús en nombre de la humanidad. Al anunciar que Ciro devolvería la libertad a los judíos exiliados tuvo razón Deutero-Isaías. Ciro permitió realmente a los judíos el retorno a su país y la reconstrucción de su templo, devolviendo además los tesoros robados por Nabucodonosor del templo de Jerusalén (Esdras 1, 1-11; II Par. 36, 22-23).

B) Los arameos

En los comienzos del período de la historia de Aram que ahora nos ocupa (745-538), que coincide con los primeros años del reinado de Tiglatpileser III, auténtico fundador del imperio universal asirio, se sitúa el aplastamiento de la gran rebelión antiasiria promovida por Sardur III, rey de Urarṭu (hacia 765-733) y, relacionada con este acontecimiento, la destrucción de Arpad, a la que ya nos referimos, así como la ya mencionada aparición del usurpador Azriya'u de Ya'ūdi. No obstante, existen discrepancias en algunos aspectos en la interpretación de las fuentes disponibles, que son por un lado los

relatos de Tiglatpileser y por otro la inscripción aramea (KAI, n.º 215) que figura sobre una estatua levantada en 730 por Barrākib, rey de Ya'ūdi, a su padre Panammuwa II, hijo de Barṣur. En la inscripción de Barrākib no aparece en absoluto el nombre de Azriya'u. Sólo se alude, y de manera poco precisa, a un usurpador que destronó a Barṣur y organizó una terrible matanza de miembros de su familia, pero que luego fue eliminado por Tiglatpileser y sustituido por el legítimo heredero del trono, Panammuwa II. En cuanto al jefe de la gran coalición siria[53] dirigida contra Tiglatpileser, que no tardaría en ser derrotada por éste, quien según Tiglatpileser fue Azriya'u de Ya'ūdi, se discute desde hace más de un siglo si se trata del rey judío Azarías u Ozías (773-735) o del usurpador procedente del estado de Ya'ūdi-Sam'al, en Siria del Norte. Los argumentos en favor de cada una de las teorías no caben aquí. Nos limitaremos a señalar que lo más probable es que el personaje de Azriya'u mencionado por Tiglatpileser fuera el usurpador que se hizo con el poder en la ciudad de Ya'ūdi y que las frases que aquí nos interesan de la inscripción de la estatua erigida por Barrākib a su padre Panammuwa II adquieren mayor significado si las referimos a la revolución brutal del aventurero Azriya'u.

La derrota de la gran coalición de estados sirios dirigida por Azriya'u contra la dominación de Asiria tuvo como consecuencia el que algunos de ellos quedasen integrados en el reino asirio como provincias y que numerosos estados conservaran una cierta independencia, pero tuvieran que pagar un fuerte tributo. Entonces fueron integrados en Asiria diecinueve territorios dependientes de Ḥamath, después de haber sido deportada una gran parte de su población, mientras que el propio Ḥamath seguía independiente bajo el rey Eniel hasta ser destruido definitivamente en 720, como ahora veremos, por Sargón II (722-705), como represalia por un nuevo intento de levantamiento. Entre los reyes que pagaron tributo entonces a Tiglatpileser figuran entre otros Rezin de Damasco, Pisiris de Karkemish y Panammuwa II de Sam'al.

Sin embargo, estos reyes, igual que otros muchos, sólo pudieron disfrutar poco tiempo de su relativa independencia. De Damasco ya vimos que fue anexionada en 734 por los asirios, y también queda dicho que en aquella ocasión Israel perdió la mitad de su territorio, convertida en cuatro provincias asirias, y que doce años más tarde sufrió la misma suerte lo que había quedado del estado. Karkemish perdió su independencia con la muerte de su último rey, Pisiris (745-717). En Ḥamath un usurpador llamado Ilubi'di o Yaubi'di movilizó en 720 una coalición antiasiria, aprovechando el resurgir de movimientos de independencia en algunos estados ya anexionados hacía tiempo a Asiria, entre ellos Arpad, Damasco y Samaria, que confiaban en la ayuda prometida por Egipto. No pudo mantenerse, sin embargo, en su fortaleza de Qarqar y cayó en manos de Sargón II (722 y 705), sufriendo toda clase de humillaciones. También Sam'al, cuyos dos últimos reyes, Panammuwa II (743-732) y Barrākib (732-720), se habían mantenido fieles a Asiria, parecen haber perdido hacia 720 su independencia, convirtiéndose en provincia asiria. Cabe suponer que tampoco Sam'al pudiera resistir a la tentación de abandonar a Asiria y que ésta reaccionase con la anexión de este estado. Un símbolo impresionante del dominio asirio sobre Sam'al lo constituye la estela de *doleritas*[54] (basalto) de 3,22 metros, erigida allí medio siglo más tarde por Asarhaddón (681-669) que le representa a él y a dos de sus enemigos vencidos, Abdimilkutti de Sidón o Ba'al de Tiro y el hijo de Taharqa de Etiopía; en ella Asarhaddón, representado en un tamaño gigantesco, sujeta a sus diminutos contrarios por dos cuerdas que atraviesan sus narices. También Azitawaddiya (Karatepe) parece haber perdido su independencia hacia 710, sin que sepamos la causa.

C) Los fenicios

Con Tiglatpileser, que sin duda empleó unos métodos más drásticos y brutales que sus predecesores para la consolidación de su reino, las ciudades fenicias también sufrieron el peso del yugo asirio con mayor fuerza que antes. Junto con otras partes de Siria, convirtió el valle del Eleutheros (Naḥr el-Kebīr) y la franja costera situada al norte de éste en provincia asiria; solamente Arvad conservó al menos su relativa libertad. Las ciudades situadas al sur del Eleutheros, en particular Biblos y Tiro, recibieron igual trato que Arvad, teniendo que pagar únicamente un tributo. Sargón II (722-705) arrebató a Tiro sus colonias de Chipre, entre ellas Kition, y erigió en Chipre, hacia 707, una estela de basalto con su imagen, cuya inscripción conmemora con orgullo su conquista de Chipre (AOB, n.º 135; AOT, pág. 350, ANET, pág. 284). Senaquerib (705-681), pese a fracasar en su intento de apoderarse de Tiro, logró arrebatarle una parte de sus posesiones en el continente, debilitándola considerablemente, lo que provocó que Cartago se deshiciera cada vez más de la tutela de su metrópoli y asumiese un papel de capital de las ciudades fenicio-púnicas. Senaquerib pudo asimismo someter a las restantes ciudades fenicias. En Sidón, cuyo rey Luli o Eluleo había huido ante el avance de los asirios a una isla del Mediterráneo, probablemente a Chipre, impuso Senaquerib a un rey llamado Ethba‘al. Para Asarhaddón (681-669) y Asurbanipal (669-626), que habían extendido su reino hasta Egipto, tenía capital importancia que se mantuvieran tranquilas las ciudades fenicias situadas en la ruta de Asiria a Egipto. Por esta razón tenían que tomar medidas draconianas cuando se rebelaban. Así, Asarhaddón hizo pagar un intento de levantamiento de Abdimilkutti de Sidón en 677 con la muerte de éste y la destrucción total de la ciudad, construyendo en su lugar una nueva ciudad asiria llamada «fortaleza de Asarhaddón». Tiro, cuyo rey Ba’al no tardó en rendir pleitesía al victorioso rey asirio, se aprovechó de la catástrofe de Sidón para quedarse con partes de su territorio. Unos años más tarde (671) Ba’al cedió a la tentación de participar en una coalición de príncipes sirio-palestinos, apoyada por Taharqa, contra Asiria y tuvo que permitir, al ser sofocado el levantamiento, que se convirtieran todas sus posesiones del continente en provincia asiria, comprometiéndose en un pacto a reconocer la autoridad de un gobernador asirio que se le impuso como adjunto. Ba’al se rebeló, a pesar de este tratado[55], contra el sucesor de Asarhaddón, Asurbanipal, y tuvo que pagar un alto precio. También logró Asurbanipal quebrar la resistencia de la fortaleza isleña de Arvad.

Las últimas décadas del siglo VII, que vieron la decadencia y la caída de Asiria, deben haber supuesto un cierto alivio para las ciudades fenicias y haberles permitido la recuperación de una u otra posición importante. Pero cuando Nabucodonosor fue proclamado en 605 rey del imperio babilónico, surgido en lugar del asirio, y empezó a reclamar derechos sobre Siria-Palestina, se vieron las ciudades fenicias amenazadas de nuevo en su autonomía, lo que reavivó sus tendencias a unirse con otros estados sirio-palestinos también amenazados. Ya vimos que entre éstos destacaba Judá y que los profetas Jeremías y Ezequiel desaconsejaban a los reyes judíos la participación en estas coaliciones y dirigían amenazas contra ciudades fenicias, sobre todo contra Tiro. La resistencia contra Nabucodonosor estaba animada entonces por Tiro y su rey Ethba‘al II; por lo tanto, poco después de la toma de Jerusalén (587) inició Nabucodonosor el sitio de Tiro, pero tuvo que desistir después de trece años infructuosos[56] (Ezequiel 29, 17-21) y llegó a un acuerdo con la ciudad por el cual Ethba‘al y su casa renunciaban al trono, pero

Tiro seguía siendo un reino. Como se han conservado para los dos primeros tercios del siglo VI los anales de Tiro, de los que ya tratamos anteriormente, conocemos a los reyes y regentes que reinaron allí entre 590 y 530. Como sucesor de Ethba‘al figura Ba’al. Por lo demás hay que mencionar aún dos noticias sobre la historia de Fenicia en el siglo VI. La primera es la enumeración de 565 de los reyes de Tiro, Gaza, Sidón, Arvad, Asdod y Mir que apareció en una lista de la corte de Nabucodonosor (605-562)[57] descubierta en unas excavaciones alemanas en Babilonia y que demuestra que, como en alguna que otra ciudad filistea reinaban también monarcas en diversas ciudades fenicias. La segunda es un dato de los anales conservado por Josefo (*Contra Apionem*, I, 21, §§ 154 a 158) según el cual los tirios recogieron en el año 562 o más tarde a un deportado llamado Merbalo, miembro de una dinastía anterior, probablemente la de Ethba‘al II, al que proclamaron rey. Ello sólo era posible con el acuerdo del sucesor de Nabucodonosor, Evilmerodac, y puede por tanto situarse junto al perdón que otorgó este rey a Joaquín, según vimos anteriormente. Del último cuarto de siglo de la dominación babilónica en Siria-Palestina no existen casi noticias que se refieran a Fenicia. El paso del poder de los babilonios a los persas fue aceptado al parecer tranquilamente por las ciudades fenicias, entonces integradas en la quinta satrapía del reino persa. Con esto coincide la proclamación de Hiram, hermano de Merbalo, como rey de Tiro en el 552; ocupó el trono hasta el 532, debido sin duda a que reconoció la soberanía de los persas, que a su vez le toleraron.

4.Arabia.

Observando Arabia desde el sur es como mejor se advierte lo grande que es el país y también lo desolado que está. La península asciende gradualmente desde la depresión del Éufrates y la costa del Golfo Pérsico hasta alcanzar en el interior los 900 m de altitud y en la frontera de Arabia occidental (el-Ḥijāz)[1] más de 1000 m. Al sur de La Meca la cordillera litoral forma un importante macizo cuyas estribaciones se prolongan hacia el mar Rojo y el desierto y que alcanza en Arabia del Sur (el-Yemen) cerca de 4000 m de altura. Por el este desciende sobre un altiplano cuyo límite montañoso desemboca en un inmenso desierto de arena, por el sur limita con otro menor. El desierto septentrional está unido, por medio de franjas de arena que discurren paralelas al Golfo Pérsico, con el desierto de Arabia del Norte. Por el oeste se extienden desiertos volcánicos (en árabe *harra*), aproximadamente paralelos a las montañas del litoral y que en algunos lugares les comprenden. Comienzan en realidad ya en Damasco. Uno de ellos, Ḥarrat Khaibar, recibe su nombre de un lugar en donde brotaron fuentes que convirtieron la lava en tierra fértil. Toda la Arabia interior tiene lluvia de invierno, cuando llega a producirse, desde diciembre hasta febrero. Arabia del Sur, cuyo límite norte pasa por Nagrān, tiene sin embargo dos períodos de lluvias, de marzo a abril y de julio a septiembre. Además había en ella más tierra fértil que en el interior: por ejemplo, la llanura aluvial del sur de Nagrān, donde habitaban los mineos (en árabe del sur: *Ma'īn*) y la altiplanicie, que pertenecía a los sabeos (*Saba'*), pero también los amplios valles en los que se formaban ríos durante las lluvias, el Uadi Nagrān, el Uadi Baiḥan que, procedente del sur se pierde en el pequeño desierto próximo a Timna', y el Uadi Ḥaḍramōt, con sus valles transversales, que discurre paralelo al Océano Indico. Hay por lo tanto una desigualdad natural entre las economías y, por ello, también entre las culturas del sur y del norte. Sin embargo, existían importantes oasis y agua abundante cerca de la actual capital de Arabia y, en menor cuantía, también en Arabia occidental, por ejemplo en Medina, y más al norte en un valle alargado llamado en el Antiguo Oriente Dedān y posteriormente al-'Ula (nombre que ha conservado a diferencia del de Uadi-l-qura[2] que tenía al principio de la época islámica). Por lo demás en el norte existían escasas colonias permanentes y pocas fuentes. El mar Rojo presentaba dificultades para la navegación, como las tormentas y los arrecifes de coral del norte y los vientos cambiantes del sur. Los árabes lo cruzaron probablemente, a bordo de embarcaciones primitivas, pero no navegaron ni hacia el norte ni hacia el sur. En la costa suroriental destaca la pequeña región de Dofar y su puerto, pues allí crecía y sigue creciendo el incienso. Donde una bahía se adentra profundamente en la costa árabe del golfo Pérsico existe un archipiélago llamado el-Baḥrain desde la alta Edad Media y cuya isla principal, llamada en la antigüedad Tilmun, fue desde tiempo atrás un centro importante de la pesca de perlas y poseyó muy pronto una cultura propia que irradió sobre la costa situada en frente. En el norte incluimos el desierto sirio[3], ya que la tierra de los árabes llegaba, en la época que trata este capítulo, hasta las cordilleras que discurren desde Ḍumer, cerca de Damasco, hasta el Éufrates por el noreste. Los árabes eran llamados por los asirios y los babilonios *aribi*, *arubu* y *arabu* (*'arab* aparece en la Biblia por primera vez en Jer. 25, 24, hacia el año 600), voces cuyas terminaciones *i*, *u*, no pertenecen a la raíz del nombre. No se sabe con certeza si la palabra era en un principio el nombre de un país, como en el Antiguo Testamento, o si se refería sólo a una pequeña parte de la nación. La tierra de estos árabes

limitaba al suroeste, según la concepción de finales del siglo VI, con una línea Dedān-Taima'-Adumatu/Duma, que constituía, a juzgar por los vestigios lingüísticos, aproximadamente la frontera meridional de sus predecesores los arameos[4]. El nombre de Arabia no fue, por tanto, empleado por los babilonios para denominar la península, y no porque la desconociesen, sino por motivos de tradición.

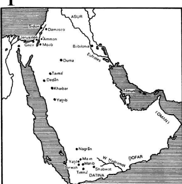


Fig. 5. Arabia

En el año 853 Gindib[5] se dirigió con mil camellos, junto a muchos otros príncipes sirios aliados como él del rey de Damasco, hacia el norte para enfrentarse en Ḥama contra Salmanasar III de Asiria[6]. Tomó parte en la batalla de Qarqar (a orillas del Orontes, al noroeste de Ḥama y al sur de Jisr el-Shugur) de resultado indeciso. Sólo cien años más tarde, tras la derrota de Siria y las primeras campañas de Tiglatpileser III (745-727) aparece el país y el pueblo de los *aribi*. En una crónica sobre el tributo que aportan los soberanos de Asia Menor a Egipto se menciona también a una reina de Arabia. Después de 736 huyó a Bāzu, en Arabia oriental, una segunda reina que había roto su juramento de vasallaje, después de haber perdido una batalla y haber sufrido enormes pérdidas: seres humanos y ganado, sus propias riquezas y las de sus dioses. Como no encontró allí ayuda alguna volvió y se sometió. Alarmados o temiendo por sus relaciones comerciales ofrecieron el pago de tributo siete ciudades y tribus del lejano Oriente: Mas'a, Taima', Saba', Gaifa, Idib'il (?)[7] y otras. Mas'a se refería a la tierra o al pueblo, a la ciudad o a la tribu, según las versiones. Saba', sin embargo, designaba el país y el pueblo. Como tributo figuran en una de las fuentes, además de camellos, plantas aromáticas para sahumerios y especias, o sea, productos que tomaban los jefes de las tribus y de los oasis a las caravanas procedentes de Arabia del Sur a manera de impuesto de tránsito. En otra fuente se habla además de oro y plata.

Sargón II (722-705) se jacta de haber castigado duramente, infligiéndoles una grave derrota, a cuatro tribus salvajes del desierto nunca sometidas y de haber instalado a los prisioneros supervivientes en Samaria. Sin duda exagera el rey en su relato, ya que dos de aquéllas habían sido sometidas ya por su padre y una tercera, Tamud, tenía aún una larga historia por delante.

Bajo Senaquerib (705-681) tenemos nuevas noticias sobre los *aribi*. Por primera vez aparecen en tropas auxiliares al servicio de Babilonia, al mando del hermano de la reina Iati'e o Yaṯi'. También hace su aparición entonces un rey de los árabes, Ḥaza'el[8], que era al mismo tiempo rey de los qidri, los cedar bíblicos. Senaquerib atacó por sorpresa a los árabes, la reina Te'elḫunu, con la que también se encontraba Ḥaza'el, huyó con él a Adumatu/Duma. La fortaleza fue sitiada y cayó. La mujer de Ḥaza'el, la reina Iskallatu, fue hecha prisionera, las estatuas de sus dioses fueron llevadas a Nínive. Bajo Asarhaddón (680-669) obtuvo Ḥaza'el en Nínive la devolución de sus dioses. «Nombré a Tabua, que había sido criada en mi palacio, reina (junto a Ḥaza'el) de los árabes; con sus dioses les envié a su tierra», dice Asarhaddón. Sin embargo, según su hijo Asurbanipal, «la sacerdotisa de Dilbat, Te'elḫunu, entregó a Ḥaza'el a Senaquerib… Asarhaddón le volvió al trono. Te'elḫunu acompañó voluntariamente a los vencedores. Ḥaza'el alcanzó la

devolución de su diosa…» y así antes y hasta el final. Esta versión, detrás de la cual hay que ver a Te'elḫunu, trata de hacer justicia a la gran diosa Atarsamain (Ishtar-Dilbat), que falta en la lista de los dioses restituidos, y de destacar al principio la participación de Te'elḫunu en la caída de Duma. Algo de este relato quizá sea verdad: «Duma cayó porque se pasó al enemigo»; pero nada más, porque cuando se hizo prisionero al rey Ḥaza'el, no se dio noticia de que hubiera sido capturada la reina (Iskallatu).

A la muerte de Ḥaza'el fue proclamado rey su hijo Iata' o Yaṯa' (que desde su segundo levantamiento era llamado Uaate' o Watig e Iauta o Yautag «pícaro»); el primer nombre lo llevó también su tío; su tributo fue aumentado en diez minas de oro, 100 piedras preciosas escogidas, 50 camellos y 100 sacos de cuero con plantas aromáticas. Algunos años más tarde Uabu o Wahb organizó un levantamiento en toda Arabia contra él que fue sofocado con la ayuda de tropas asirias. Sin embargo, también Yaṯa' se alzó contra Asarhaddón y tuvo que huir. De nuevo se llevaron los dioses a Nínive. Bajo Asurbanipal (688-633) los recobró y se mantuvo tranquilo algunos años. Al empeorar las relaciones entre Asurbanipal y su hermano, que aquél había hecho rey de Babilonia, se pasó Uaate'-Yaṯa' a las filas del segundo, a pesar de las victorias de Asurbanipal en el oeste; sin duda su nuevo soberano estaba aliado con Elam. Envió a sus tropas a Babilonia, al mando de otro jefe de los cedar, Abiiate' o Abiyaṯi', y del hermano de éste. Entonces reunió a todos los árabes y destruyó los territorios de los vasallos asirios del oeste desde Ḥama a Edom, probablemente para moverles a sublevarse contra Asurbanipal. Pero los *aribi* fueron derrotados en todas partes; también en el paso de Yabrud, al noreste de Damasco, por el que habían penetrado en Siria desde la estepa. Uaate' huyó hasta Nabayat.

He aquí ante nuestros ojos un nuevo país árabe, el bíblico Nabayat. Estaba situado probablemente cerca de Tebuk (164 kilómetros al noroeste de Taima')[9], en una región donde se cruzaban muchos caminos. Esto queda ilustrado por el relato que un oficial babilónico dirige a la cancillería real asiria. A la pregunta: «¿Qué sabéis de nuevo sobre los árabes?», contesta: «Cuando partió la caravana de Nabayat fue asaltada por… de la tribu *massa'*, y fueron asesinados o hechos prisioneros los acompañantes. Sólo uno pudo salvarse…»[10]. Volvamos a nuestro tema: Natnu, rey de Nabayat, temía dificultades con los asirios por haber acogido al refugiado y por esta razón se proclamó, después de largas negociaciones, vasallo de Asurbanipal. También debe haber negado a Uaate' el asilo, ya que éste apareció más tarde en la corte y fue cruelmente castigado. Mientras tanto se había rebelado Ammuladi, rey de los cedar, continuando los ataques contra los países del oeste. Pero fue derrotado por el rey de Moab y hecho prisionero posteriormente. Adiya, esposa de Uaate' y reina de Arabia, cayó asimismo en manos de Asurbanipal. También entre tanto habían sido aniquiladas las tropas auxiliares árabes delante de Babilonia; Abiiate' y su hermano, sin embargo, habían logrado ponerse a salvo. Aquél se presentó voluntario ante Asurbanipal y fue nombrado rey de Arabia en lugar de Uaate', hijo de Ḥaza'el. No tardó mucho este último en rebelarse y en obtener, después de muchas vacilaciones, ayuda de Natnu, y en aliarse incluso con su tío Uaate', hijo de Ḥaza'el, llamado Uaate' hijo de Bir-Dadda, que se había proclamado rey de Arabia después de la huida de su sobrino. Por último halló un cuarto aliado en cierta comunidad religiosa de la diosa Atarsamain. Los árabes acampaban, en su mayoría con mujeres, hijos y rebaños, al pie de la cordillera que empieza cerca de Damasco y se dirige al noroeste hacia el Éufrates. Asurbanipal abandonó el 25 de junio (?) la margen derecha del Éufrates, aproximadamente cerca de Balis, dirigiéndose hacia el sur por la estepa, que estaba sin vida en verano, y por las montañas. Al suroeste de Yarki/Erek dio con los campamentos de Nabayat y de los seguidores de

Atarsamain cuyas tropas huyeron tras breve combate y no pudieron ser alcanzadas a pesar de una larga persecución. En el avance que siguió hacia el suroeste fueron cercados otros fieles de Atarsamain así como los cedar que mandaba Uaate' hijo de Bir-Dadda. El rey y sus guerreros lograron escapar, pero su familia, las de sus hombres y sus rebaños fueron llevados a Damasco. El tres de agosto Asurbanipal partió de allí y alcanzó al contingente principal de las fuerzas árabes, los cedar de Abiiate', en Khulkhuliti/Khalkhala, en el borde oriental del Ledjah; los derrotó, hizo prisionero a Abiiate' y persiguió a los cedar, haciéndoles retroceder sobre el borde escarpado de aquel territorio de lava[11], ocupando los pozos de alrededor y obligando a los cedar a rendirse acosados por la sed. Se llevó a Asiria una enorme cantidad de esclavos y ganado. Finalmente también apareció Uaate', el hijo de Bir-Dadda, en un santuario de la tierra de los cedar, después de que Natnu hubiera rechazado su demanda de ayuda y se hubieran sublevado sus tropas. Fue humillado y torturado, como los demás reyes capturados, y su hijo proclamado rey de Arabia. Más adelante derrotaría Nabucodonosor (605-562) a los cedar (Jer. 49, 28; más datos en la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, volumen 5, capítulo 20).

Los relatos bélicos de Tiglatpileser y de Asurbanipal están ilustrados por relieves[12]. Estos brindan una buena visión de la vida de los árabes. Entre otras cosas vemos que las tropas mencionadas en los relatos eran un cuerpo de camelleros, «inspirado en parte en la caballería y en los guerreros de los carros de combate»[13]. Pero lo que distinguía a la sociedad árabe de las otras de aquel tiempo era la autocracia de las reinas; incluso cuando se convertían en esposas de reyes conservaban no sólo el título, sino también los derechos del soberano, como en el caso de Adiya[14]. En la religión se impusieron influencias extranjeras. Atarsamain, la estrella del alba, Venus, no era el producto de una mezcla solamente en el aspecto lingüístico; es probable que esta divinidad no se convirtiese en diosa hasta la penetración de la teología mesopotámica. Te'elḫunu no sólo es llamada *qumirta* (sacerdotisa en arameo), sino también *apkallatu* (sabia, en acadio), que quiere decir precisamente teóloga. En todo caso la divinidad 'Aṯtarsamain ('Aṯtar es la forma árabe de Atar), que se adoraba más tarde en Arabia occidental era masculina[15]. Entre los restantes dioses sólo se descubre uno árabe autóctono: Ruldayu[16]/Ruḍay (¿o Rudau?).

Consideremos ahora Arabia oriental, donde en 676 Asarhaddón conquistó Bāzu. La campaña iba probablemente dirigida contra la isla de Tilmun, como se desprende de una declaración del rey. Pero como Asarhaddón no disponía en el golfo Pérsico de una flota de vasallos, tenía que intimidar al rey de Tilmun sembrando el terror en el continente vecino. Por ello hizo asesinar allí a siete reyes y una reina. Sólo uno se salvó presentándose en Nínive, donde recibió en feudo la ciudad de Bāzu (entre los nombres de los reyes figuran dos árabes: Akbar y Ḥābis, también alguno que otro de los nombres de ciudades se podría identificar tal vez con posteriores nombres árabes). El rey exagera mucho las dificultades de los caminos: «He recorrido 120 *bēru* (leguas dobles) de extensiones de arena…, una comarca cuyo ámbito está tan lleno de serpientes y escorpiones como podría estarlo de hormigas». Los 120 *bēru* provienen de la división en provincias de Sargón II; representan la distancia desde el Éufrates hasta Melukhkha (incorrectamente identificada con Bāzu). Lo de cubrir la tierra como hormigas debe atribuirse a la fantasía real. Pero que Bāzu fuera una tierra de sal, según se afirma antes de este pasaje, ha sido confirmado por Eratóstenes. También hay algo de verdad respecto a la región de arenas. Como para la palabra arena no figura el término corriente sino el que designa a la arena fangosa, se entiende que alude a la Sabkha[17] situada delante del actual el-Qaṭīf. No ha habido en cambio manera de identificar las montañas de Khazu/Ḥazw que pretende haber pasado el rey.

Veamos ahora algo de Arabia occidental. Partimos de la estancia del rey Nabónido de Babilonia en Taima’, ya que las inscripciones del rey, y otras que se refieren a este extraño acontecimiento, contienen una información geográfico-histórica muy superior a la que sobre Arabia occidental nos proporciona el Antiguo Testamento. En Ḥarrat Khaibar, el desierto mencionado anteriormente, nos dan a conocer tres oasis que aún existen hoy, aunque sólo uno de ellos, Khaibar, ha conservado su nombre[18]. Igualmente aparece aquí por primera vez Yaṯrib: así se llamaba aún casi mil doscientos años más tarde al-Medina, cuando el profeta Mahoma fundó allí la primera comunidad del Islam, ya que Yathrib vuelve a aparecer en el Corán. Nada se dice acerca de la población de esta tierra en tiempos de la ocupación babilónica. Sin duda habrá que entender este silencio en el sentido de que perdió su identidad cuando quedó sometida al rey. No obstante, en un «mensaje de paz» se menciona, junto a otros países extranjeros[19], la tierra de los *aribi*. La paz no parece haber sido demasiado efectiva. «Gentes de la tierra de los árabes» saquearon una caravana (o un oasis), pero pronto fueron derrotados. La estancia de Nabónido en Taima’ tuvo amplia repercusión: son testimonio de ello la imagen del dios Ṣalm en la «estela de Taima’» a la que se alude en la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, tomo 5, capítulo 20, y una inscripción grabada en una roca, cerca de Taima’, que trata de un objeto que había bendecido el rey de Babilonia[20]. Un tercer testimonio es hipotético: de toda Arabia del Sur sólo en Ḥaḍramōt lleva el dios de la luna el nombre de Sin. Además, frente a lo que sucede en la ortografía sudarábiga en este nombre, se expresa la *ī* larga en la escritura. ¿Es posible que estos hechos tengan su origen en la propaganda realizada por Nabónido en favor de su dios? Solamente tenía posibilidades de éxito en Ḥaḍramōt, que, a diferencia de los países vecinos, no había desarrollado aún una cultura propia. Para ello no necesitaba enviar misioneros a Ḥaḍramōt, pues le bastaba dirigirse a los hombres que conducían las caravanas hacia el norte. Más adelante encontraremos un ejemplo, posterior en una generación, de estas relaciones comerciales de los hadramíes.

Es difícil narrar la historia sudarábiga porque no existe acuerdo sobre cuándo empieza ni sobre el grado de antigüedad de sus testimonios (inscripciones, construcciones y otros monumentos). El número de inscripciones es muy grande, y cada vez se descubren más. Sin embargo, éstas no comprenden todos los acontecimientos importantes, e ignoramos lo referente a los monarcas de todas las dinastías anteriores. Esto se debe, en parte, a que muchas piedras con inscripciones se han utilizado y se utilizan aún en la construcción. Además son pocas las excavaciones que se han llevado a cabo, en comparación con la enorme cantidad de ruinas. En 1928 descubrieron C. Rathjens y H. von Wissmann un templo de época relativamente reciente en Ḥuqqa, cerca de Ṣan’a’ (que sería después y es hoy capital del Yemen), y en 1937-38 tres investigadores ingleses hallaron otro más antiguo en un valle transversal de Ḥaḍramōt cerca de el-Ḥureiḍa[21]. Las expediciones americanas de 1950-52 hallaron numerosos vestigios en Timna‘, capital de Qatabān, en Marib, capital de Saba’, y en Dofar[22], pero tuvieron que suspenderse antes de tiempo, salvo en la última localidad.

Los diferentes pareceres sobre la edad de las inscripciones dependen de la postura adoptada en cuanto a la fecha de introducción y la procedencia de la escritura. Para responder a esta cuestión tenemos que señalar ante todo que en Arabia existían dos tipos antiguos de escritura, uno del norte y otro del sur. Ambos proceden indirectamente de una escritura fenicia y presentan semejanzas con los caracteres rúnicos. Nosotros denominamos al primer tipo «preárabigo», porque no se usó para escribir en árabe sino en otras lenguas. Figura en diez inscripciones, en su mayoría sobre fragmentos de barro cocido, y en sellos

cuyos lugares de hallazgo se extienden desde Ur en Caldea hasta Taima' y desde Ḥaurān hasta Dēdan y que datan aproximadamente de entre 700 y 450 a. C.[23]. La importancia de esta escritura para la historia y cultura de Arabia reside en su relación con los dos nuevos tipos que surgieron en el siglo V, primero el dedánico y luego el «tamúdico» que, aparte del mal inventado nombre, no tiene nada que ver, a no ser en época mucho más tardía, con la tribu mencionada en páginas anteriores.

Mlle. J. Pirenne, por lo que hace a la nueva forma de la escritura sudarábiga, no a su origen, ha llegado «a la conclusión de que el estilo de la escritura monumental sudarábiga que aparece en los textos más antiguos conocidos hasta ahora está influido por el estilo de la escritura griega»[24]. Pero esta conclusión es indemostrable[25]. Por desgracia no se sabe casi nada de la escritura que se realizó en material perecedero, antes que se tomara la decisión de plasmarla, bajo su nueva forma, sobre murallas, altares y estelas.

Por otro lado es curioso que algunas letras de la escritura prearábiga hayan pasado a los primeros estadios de la sudarábiga[26]. ¿Penetraron entonces procedentes de la otra escritura o son restos de la propia primitiva, que en tal caso tendría su origen en aquélla? El problema de la procedencia de la escritura monumental sudarábiga está todavía por resolver. Por el contrario, la cuestión de la edad de las inscripciones ha quedado ampliamente aclarada con la obra de J. Pirenne[27]. Tiene que reducirse cerca de trescientos años con respecto a la última datación, que la situaba hacia el 800. Sin embargo podemos establecer el comienzo, por razones históricas, en el año 525 y no hacia 485, fecha a que nos obliga la teoría de la influencia griega.

Los antecesores de los pueblos de habla minéica, qatabaní y hadramí inmigraron en el segundo milenio procedentes del noreste (su lengua tiene importantes puntos de contacto con el acadio), tal vez como comerciantes, seguidos paulatinamente por sus familias, asimilando la escasa población indígena o reduciéndola a la esclavitud. Los sabeos llegaron más tarde, probablemente en son de guerra, del noroeste (su dialecto coincide en ciertos aspectos con el cananeo), ocuparon la meseta y se establecieron entre Ma'īn y Qatabān. Hasta aquí nos basamos sólo en suposiciones. Nuestros conocimientos comienzan con tres noticias procedentes de inscripciones reales asirias. La primera ya la conocemos; a juzgar por ella no parece que los asirios hubiesen conocido mayores detalles acerca de Saba'. También parece que los sabeos trataron de establecer buenas relaciones con la gran potencia del norte que dominaba Siria, ya que Yiṯ'i'amar, que ofreció como tributo a Sargón II (722-705) toda clase de perfumes, tiene un nombre real. Finalmente entablaron ambos países una relación amistosa. Senaquerib (705-681) describe con orgullo el tesoro que le había enviado Karib'il, rey de Saba', con motivo de la colocación de la primera piedra del templo de la fiesta de año nuevo. Las noticias bíblicas concluyen antes de 571, con Ez. 27, 22, donde se presenta a los comerciantes de Saba' (y Ragma) llevando al mercado de Tiro «bálsamo», piedras preciosas y oro, lo mismo que, según la leyenda, llevó la reina de Saba' a Salomón.

Los relatos indígenas comienzan con las noticias de las victorias de Karib'il Watar que sometió, aproximadamente entre 510 y 490, Arabia del Sur, desde Nagrān hasta el océano Indico. Sin embargo no se llama rey sino *mkrb*, lo que, según el equivalente árabe posterior *makram* o *mukarram*[28] significa «noble» (y, sin embargo, llega a mencionar al último rey cuya política débil consiguió corregir). Junto a Karib'il Watar y su hermano se hallan tres hombres[29] que ostentan, como sus sucesores, el título de *makrab* (adoptamos esta forma siguiendo a J. H. Mordtmann). Por consiguiente se puede suponer que Karib'il Watar suprimió violentamente la monarquía con la ayuda de algunos de estos hombres,

pese a lo cual más tarde surgiría de los *makrab* una nueva casa real cuyos miembros conservaron el nombre de aquéllos, lo que significa que retrotraían su legitimidad hasta ellos. De hecho nos encontramos con los nombres de Karib'il y Yiṯ'i'amar antes del período de los *makrab*, en que reaparecen como hemos visto. Tal vez pueda deducirse de ello que Karib'il Watar y sus seguidores no pertenecían a las líneas sucesorias legítimas de la casa real. Es curioso que estos príncipes se llamasen a sí mismos *makrab* mientras que sus súbditos no les daban ese título: ello hace suponer un carácter revolucionario al golpe de estado del primer *makrab*.

Durante el reinado de Karib'il Watar se fundó una colonia sabea en la costa oriental de África. Nada se sabe acerca de las circunstancias de su fundación, que probablemente tuvo algo que ver con la revolución. Allí surgió una segunda Saba' con lo que se inician los acontecimientos que culminan en la instauración del imperio de Etiopía, en lo que antes se llamaba Abisinia. En Qatabān y en Ḥaḍramōt reinaron al mismo tiempo que el primer *makrab* otros reyes, aunque no se les concedió este título, como se verá más adelante. La dinastía de Qatabān era de origen sabeo. Ma'īn era una liga de ciudades. También existía al suroeste de Ḥaḍramōt el reino de Ausan, además de otros reinos y de una serie de territorios cuyo sistema político nos es desconocido.

Las bases de la economía de Arabia del Sur[30] entre el siglo VIII y el VI se pueden determinar con bastante seguridad. El oro se obtenía por medio del lavado de barro aluvial y en minas; Halévy vio en 1870 restos de estas minas. Cobre había en el mismo país, y el estaño para la elaboración del bronce procedía seguramente del Mediterráneo. También el hierro, es caso incluso en la Edad Media, se encontraba en Arabia del Sur. Aún en la época islámica era famoso el Yemen por sus yacimientos de rubíes, que figuraban, por tanto, entre las piedras preciosas que entregaban los soberanos del norte de Arabia como tributo a los asirios y que llevaban al mercado de Tiro los sabeos. Los valles de la pendiente occidental de la cordillera marginal, que reciben mucha lluvia dos veces al año (monzón) y en cuyos límites medios se cultiva en terrazas, parecen haber estado antes poblados de bosques[31]. Aún en el siglo III empleaban los mineos gran cantidad de madera en fortalezas y otras construcciones. El incienso provenía de lejanas zonas orientales[32], la mirra de Ḥaḍramōt y Ausan. También la balsamera crecía en Arabia del Sur. Pero el «bálsamo» sólo es uno de los múltiples productos aromáticos que aparecen en las inscripciones: otro es el *ldn* (láudano), usado para sahumerios y como medicamento. En el mismo país se apreciaba tanto el *kostos*[33], cierta raíz aromática, que Karib'il Watar lo coloca en la relación del botín inmediatamente detrás del trofeo más valioso, los tejedores deportados. Entre las especias nombra Heródoto (III, 110 s.) la *kassia*, un sucedáneo de la canela, y ésta misma, pero es víctima de un error o de un ardid comercial, ya que la canela era una mercancía procedente de Ceilán. En las montañas predominaba el cultivo de lluvia, y se practicaba la irrigación artificial en la meseta, fuera de las escasas zonas dotadas de arroyos y fuentes, y en los amplios valles. Esta irrigación se llevaba a cabo por medio de cisternas de diferentes formas, que se llenaban con norias, o por medio de presas que distribuían las aguas torrenciales de las lluvias monzónicas a través de canales y regueros. En Uadi Baiḥan se ha calculado la fecha de estas construcciones (y con ello la de una población densa), estudiando los estratos de barro, hacia el año 1050 (si esta fecha es tal vez demasiado antigua, la real no sería, sin embargo, inferior a 900), y en Ḥaḍramōt el origen es aún más antiguo. Había cultivos de mijo, trigo y viñas, y en el norte también camellos y asnos. La industria contaba con hilaturas y tejidos: para ello requería el cultivo de plantas colorantes (sólo se sabe que se cultivara el azafrán árabe, *wars*) o la importación de productos

colorantes.

La importancia del comercio sudarábigo se deduce de todo lo dicho anteriormente. De la envergadura y composición del comercio de África e India con destino al norte no se puede decir con seguridad nada para el período anterior al año 800. El comercio requiere rutas adecuadas y pozos de agua permanentes. En algunas rutas existen o existían fuentes antiquísimas practicadas en la roca y que llegaban hasta 70 m de profundidad[34], como las del desierto arenoso de Yabrin y las del oasis abandonado de Yabrin, al borde del gran desierto del sur. La «ruta del incienso» conducía, cruzando Nagrān y pasando al este de la futura Meca, hasta Yaṯrib/Medina y luego hasta el Mediterráneo.

Fig. 6. Columna del templo de Risāf.

Ḥaḍramōt poseía un paso directo a Nagrān que utilizaba cuando podía. La pequeña estatua del Peloponeso (± 530), que fue hallada en Uadi Gurdan/Jirdan, fue adquirida seguramente por un hadramí en Tiro[35]. El tráfico de caravanas de la «ruta del incienso» en Arabia del Sur requería un acuerdo entre los países de ésta o la supremacía política de uno de ellos. Pasaba por las capitales de Shabwat, Marib y Ma'īn, aunque el camino más directo al norte no pasa en absoluto por Ma'īn. Es curioso cómo todos estos lugares estaban orientados hacia las arenas del desierto. También llama la atención que hubiera grandes templos a las puertas de estas ciudades: el templo del dios nacional sabeo Almaqah a 3,5 kilómetros de Marib Ruṣāf (Riṣāf), el templo de 'Aṯtar ḏu Qabiḍ, a 800 m al este de Ma'īn (la columna representada en la figura 6 pertenece al templo reconstruido en 330). En la tierra de los mineos alcanzaron las ciudades su mayor desarrollo. Allí se encontraban en la llanura de el-Jauf, en el lado de Ma'īn, dispuestas en cadena de este a oeste, cuatro ciudades: Harim, Kamnāh/Kamma, Nashq/es-Sauda, Nashan/el-Beiḍa'. En cada una de ellas reinaba un rey, pero sólo Harim conseguiría más adelante adquirir importancia política y una cultura propia. Ma'īn fue edificada, al igual que las otras ciudades que acabamos de nombrar, sobre una colina artificial, para defenderla de los torrentes que inundaban los valles en caso de lluvias torrenciales. Yaṯil/Baraqish, que se convertiría más tarde en una fortaleza importante y que conserva hasta nuestros días esta función, está situada sobre la cima de una montaña que domina la tierra de alrededor. Todas estas ciudades existieron mucho antes de que «cayeran sobre ellas las hordas de los primeros *makrab*» (Fakhry). Sin embargo, no sabemos cómo eran entonces y sólo las conocemos, en el mejor de los casos, bajo la nueva forma que se les dio en los siglos IV y III. Las ciudades eran pequeñas según nuestro concepto: Ma'īn tenía una extensión de 400 por 250 metros.

Con la proclamación pública de noticias personales y oficiales, con las conquistas de Karib'il Watar y las gigantescas construcciones de su sucesor, se inicia un nuevo capítulo de la civilización sudarábiga. Sus características más destacadas en la arquitectura es la introducción de bloques rústicos en la construcción de murallas. Atendiendo a diversas modificaciones técnicas y estilísticas se pueden distinguir cuatro etapas de la arquitectura (todavía no delimitadas exactamente). Anteriormente, por lo menos en el edificio principal

del templo de ’Aṯtar de Timnaʿ, se emplearon bloques sin ningún tipo de adorno. Más tarde se construyó por este sistema la parte inferior del templo de Sin de el-Ḫureiḍa. En el aspecto artístico tampoco podía competir Ḥaḍramōt. No conocemos obras de arte decorativas anteriores a 525: por esta razón, tenemos que reproducir una posterior, que muestra qué forma tan elegante podía revestir una representación tradicional. Nos referimos a la columna aludida anteriormente, que aparece en la figura 6. Tratemos de averiguar el sentido de los motivos que en ella figuran. Parecen conducir del cielo a la tierra en seis zonas, pues los siete círculos representan, como siempre en el antiguo Oriente, a las Pléyades. El Capricornio, ibex, es, como es sabido, un signo del Zodíaco, pero en Arabia del Sur corresponde a ’Aṯtar. De acuerdo con la preeminencia de este dios, los diez capricornios ocupan la cumbre. Las nueve puntas inferiores semejan espigas. Siguen nueve antílopes en descanso y debajo de ellos nueve pares de culebras. ¿Corresponderían a la diosa de la tierra, o sea, a la tierra cultivada? ¿Qué significa que las culebras no estén separadas de los antílopes? ¿Y qué significan las figuras cónicas que forman los cuernos de los antílopes, sobre las cuales, separadas sólo por una línea, nacen las espigas? Estas preguntas sólo pueden contestarse si tenemos en cuenta las imágenes y los signos de un antiguo calendario, basado en la observación del orto y el ocaso helíaco de los astros, o sea, de su aparición poco antes de la salida del sol (y de su desaparición después de la puesta de éste). Fue descubierto en un pueblo sin escritura y se hallaba en uso no sólo en el antiguo Oriente y en toda la Antigüedad, sino también entre los árabes preislámicos, pueblo que había perdido su escritura. La utilidad práctica de este calendario estribaba en la posibilidad que ofrecía de determinar las épocas de siembra y cosecha. Claro que el calendario no explica la disposición de los motivos sobre la columna, sino sólo las imágenes. En la parte superior no aparecen las Pléyades, sino siete anillos que se tocan y que obtienen forma plástica por medio de veintiocho hendiduras (en el grabado arcos), signos del poder de ’Aṯtar en el cielo. Los capricornios de ’Aṯtar, caminando hacia uno y otro lado, representan el curso de las estrellas de la mañana y de la noche. ¿Espigas? No, puntas de flecha[36], símbolo de Marduk de Babilonia, conocido y adoptado gracias a los sellos cilíndricos. Los antílopes sustituyen al ciervo, que no existe en Arabia: el ciervo celestial puede aparecer con dos culebras colgando de los ollares. El ciervo, en este caso el antílope, es el símbolo de la estrella de Casiopea[37]. Pero la pareja de serpientes no puede significar otra cosa que dos seres míticos del cielo. Si está más lejos del antílope que de su antiguo prototipo el ciervo es sin duda porque ha cambiado el mito. Sin embargo hay que destacar el aspecto astronómico del antílope-ciervo de modo que quede sólo el sentido mítico, sentido que nosotros no conocemos; solamente vemos que también estos seres míticos[38] obedecen a ’Aṯtar.

Tampoco existen datos directos sobre la cultura anterior al 525, salvo en materia de derecho y de religión. Incluso las indirectas parecían faltar, por lo menos en cuanto a la poesía. Pero eso era un error. En la cuarta línea de una inscripción minea en la que por primera vez un comerciante rinde cuentas del trabajo realizado por él y su familia en beneficio público (véase la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, volumen 5, capítulo 20), se lee: *Muśnad^{a} ṭaib^{i} wa-afẓān wa-ḏahab^{a} mariṯ^{i} ḏu Naḥmān*, «resina y tomillo oloroso, oro aleado en du Naḥmān». Aquí aparece el conocido *parallelismus membrorum*, de la poesía del Antiguo Testamento, y también la rima, y no sólo una secuencia rítmica de palabras, sino también una medida del verso, aunque esto no se puede determinar con certeza, ya que desconocemos la cantidad de las vocales terminales superpuestas. No hay duda de que en la primera mitad de la línea se trata de algo distinto que en la segunda, pero

no vamos a aburrir al lector con un estudio de los perfumes que allí aparecen. Se trata de ofrendas (en otro caso se ofrece «oro rojo»)[39]. Resulta extraño encontrar en un documento versos que narran actos piadosos, pero debe tratarse del pasaje de un himno.

La religión de los pueblos sudarábigos[40] fue evolucionando en el curso del tiempo y el mundo de sus dioses aumentó. El contacto con el exterior y los cambios políticos y sociales contribuyeron a ello. El aumento era en algunos casos auténtico (damos un ejemplo en la nota 43), y en otros sólo aparente; espíritus del agua, guardianes de las fronteras celestiales e ídolos domésticos ya se adoraban mucho antes de que surgiesen en las inscripciones. Los elementos esenciales de esta religión se remontan más allá del siglo VI. El mundo de los dioses era astral: el sol, la luna y las estrellas, pero en orden inverso a éste. Las estrellas estaban representadas por Venus, estrella de la mañana y de la noche[41], que es masculina y se llama ’Aṯtar. Ya la conocíamos en el norte de Arabia y por sus templos del sur. El dios lunar se llamaba en Saba’, Almaqah, en Ma’īn, Wadd (amistad), en Qatabān, ‘Amm (hermano del padre), y también Anbay[42], y en Ḥaḍramōt, como ya sabe el lector, Sin y, además, Ḥaul. El sol tiene género femenino. ’Aṯtar era el dios principal de los mineos, pero también en Saba’ y en Qatabān aparece tantas veces delante de los dioses nacionales que sin duda debió considerársele allí igualmente dios principal. Las divinidades se diferenciaban por sus lugares de aparición, objetos o templos con la partícula ḏu…, «el de…»; por ejemplo, ’Aṯtar ḏu Yahriq[43]. No se las representaba con imágenes sino con símbolos: maza, rayo y dos signos más, de los que uno, un rectángulo de lados curvos, pudiera representar un escudo. También se las representaba por medio de sus animales (antílope, macho cabrío y toro). Se veneraba a los dioses con sacrificios, holocaustos, incienso y libaciones. Se les pedía toda clase de deseos, se les pedía ayuda para cualquier empresa y se les daba gracias con sacrificios y todo tipo de ofrendas. Los dioses daban a conocer sus intenciones a través de los oráculos. El dios se confundía con su templo, según se deduce de muchas formulaciones y ejemplos posteriores. Se exigía pureza ritual en la visita a los templos y en las ceremonias (fiestas); las faltas contra este precepto se castigaban de diversas maneras. Es discutible que la penitencia pública (ver HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, volumen 5, capítulo 20) existiese antes de 525. En las inscripciones no hay nada que revele una supremacía de los sacerdotes. No existen ejemplos anteriores de divinización de seres humanos, pero sí indicios de ciertas ideas teocráticas. Así, las fórmulas empleadas o creadas por el primer *makrab* (por la unión con) Almagah, Karib’il y Saba’-‘Amm, Anbay, Warau’il y Qatabān-Sin, Ḥaul, Yada‘i’l y Ḥaḍramōt, que mezclan dioses, soberanos y tierra (que puede equipararse al pueblo), son testimonios de teocracia e intentos de expresar el desconocido término «estado»[44].

5.El Tercer Período Intermedio y el Imperio Etíope.

Hacia el año 1100 y durante el reinado de Ramsés XI, había entrado en su fase final la agonía política del Imperio Nuevo egipcio. La impotencia del rey en su lucha contra la crisis económica en la que había caído el país desde el reinado de Ramsés III, su falta de energía para dominar las intrigas políticas y su tendencia a cargar a los altos funcionarios con la responsabilidad de la administración del estado, abrió en el interior las puertas a graves luchas. En el norte del país se llegó al extremo de tener que abandonar la residencia real de Pi-Ramsés. Innumerables tribus libias se infiltraron en el Medio Egipto. En la segunda mitad del reinado de Ramsés XI se sucedieron en Tebas los acontecimientos uno tras otro, aunque diversos aspectos de la cronología están aún sin aclarar. En un momento que no puede precisarse con exactitud —probablemente en el doceavo año del reinado de Ramsés XI— estalló una revolución social. Ésta se conoce como la «rebelión contra el sumo sacerdote Amenhotep»[1]. Su sucesor debió ser un *homo novus* llamado Herihor. Parece que había concluido una carrera militar, por lo demás, nada se sabe sobre su pasado. Probablemente no llegó a ocupar su puesto hasta el decimoséptimo año del reinado de Ramsés XI cuando ya era «general» y «regente de Nubia». En el año diecinueve del reinado de Ramsés XI —el primer año de una era que aparece en ciertos documentos con el nombre de «renovación del nacimiento»— desempeñaba Herihor al mismo tiempo la función de visir o de ministro de estado. Controlaba a su albedrío los principales factores de poder, tanto políticos como religiosos, del país: clero, administración y ejército. Desde ese momento el rey quedaba relegado cada vez más a segundo término. Su nombre se mencionaba aún en las inscripciones oficiales, pero Herihor ya se estaba imponiendo poco a poco, hasta arrogarse finalmente la mayor parte de los derechos reales. En la práctica, sin embargo, quedó limitado su poder al sur del país y a Nubia. En Tanis —en el norte del reino— Smendes, que era probablemente también antiguo ministro de estado, había ignorado de la misma manera la administración real, y había llevado a cabo reformas por propia iniciativa. Cuando en 1085 desapareció Ramsés XI —no sabemos de qué manera— en la oscuridad de la Historia, Egipto estaba dividido de hecho en dos reinos completamente independientes[2].

I. LA DINASTÍA XXI

a) Tanis y Tebas

Durante mucho tiempo se ha supuesto equivocadamente que Herihor subió al trono en edad avanzada al morir Ramsés XI. Nuevas fuentes parecen indicar que el soberano le sobrevivió[3]. En el séptimo año de la «renovación del nacimiento», o sea, en el veinticinco año del reinado de Ramsés XI ocupó Piânkhi, hijo mayor de Herihor, el cargo de sumo sacerdote de Amón. Sea como fuere, parece ser que tras la muerte de Ramsés XI se consideró a Smendes y su esposa Tentamón como auténticos soberanos de Egipto. También el monarca tanita llevaba el título de «sumo sacerdote de Amón, rey de los dioses», fundando así su reinado sobre el mismo principio dogmático que su contemporáneo tebano

Herihor. El hijo de éste, Piânkhi, se sometió voluntariamente a la soberanía de Smendes y no pretendió asumir el título de rey. De esta manera pudo el monarca ejercer su influencia también en el sur del país y arrebatar —al menos exteriormente— todo el poder político a Tebas. Se puede hablar incluso de un acercamiento entre ambas capitales, ya que bajo Psusennes I, sucesor de Smendes, se casó su hija Makare‘ con el sumo sacerdote tebano Pinedjem, que entre tanto había heredado de su padre Piânkhi la soberanía espiritual y que, como su abuelo Herihor, reunía en sus manos todo el poder terrenal y espiritual. Este nuevo vínculo favoreció sobre todo a Tebas. Durante su largo reinado se conformó Psusennes I en Tanis con una monarquía teórica y se distinguió en la construcción y restauración de templos[4]. Lo cierto es que unió a su cuñado al trono como corregente después de que éste se hubiera dedicado, con total independencia y en razón de su cargo de sumo sacerdote, al embellecimiento de los templos de Kárnak y Medinet Habu y a la conservación de las momias de las tumbas de los reyes del Imperio Nuevo, que habían sido profanadas repetidamente bajo los últimos ramésidas[5]. Mientras que el nombre de Psusennes no se menciona casi fuera de Tanis el nombre de Pinedjem está relacionado con el anillo real, lo que plantea la pregunta de si no llegó por fin a tener una corte propia durante algún tiempo. Sus sucesores reinaron en Tebas más de medio siglo, sobre un territorio que se extendía desde la primera catarata del Nilo hasta la ciudad fortaleza de Teudjoi (el-Hiba), en el Medio Egipto. En la frontera norte de su reino, los soberanos tebanos de la XXI Dinastía, que eran sumos sacerdotes de Amón y jefes supremos del ejército, mandaron construir una serie de fortificaciones para hacer frente a los libios que ejercían en esta zona cada vez más presión sobre el país. Masaharte, hijo de Pinedjem, murió poco después de subir al trono, después de haber empleado también su pontificado en defender las momias reales de los profanadores. Mientras tanto, en Tebas y en las provincias hacía tiempo que numerosos miembros de la dinastía reinante —hombres y mujeres— iban ocupando los altos cargos sacerdotales. Tarde o temprano este monopolio real tenía que provocar el disgusto de la clase sacerdotal perjudicada. Al morir Masaharte estallaron desórdenes en el interior del país, que obligaron por fin a su hermano y sucesor Menkheperre‘ a dirigirse a Tebas para restablecer la tranquilidad, probablemente desde su residencia en Teudjoi. Cerca de cincuenta años permaneció Menkheperre‘ en el cargo de sumo sacerdote de Tebas. Junto con su mujer Esemakhbit pretendió la dignidad real y, al igual que sus antecesores, se ocupó de las momias de los reyes y los sacerdotes de Amón, que fueron restauradas bajo su dirección. En Kárnak llevó a cabo diversas construcciones y trabajos de restauración, mandó levantar una muralla en el lado norte del templo «para proteger el templo de su padre Amón Re‘ y limpiarlo de seres humanos» después de haber averiguado que «los egipcios habían construido habitaciones y se habían instalado en los patios de los dominios de Amón»[6]. Le sucedieron en el cargo de sumo sacerdote sus hijos Smendes y Pinedjem II. Psusennes concluye la serie de reyes-sacerdotes tebanos. Ninguno de ellos llegó a desempeñar un papel capital. Fue Pinedjem II quien escogió un escondite en el valle de Deir el-Bahari para depositar las momias de las tumbas de los reyes del Imperio Nuevo[7], que fue utilizado hasta el reinado de Sheshonq I. La ironía de la historia quiso que también este escondite fuera descubierto por saqueadores de tumbas, para ser salvado finalmente para la ciencia.

Si bien en aquel tiempo el auténtico rey de Egipto residía en Tanis, no parece que su poder se extendiera mucho más allá de las murallas de su palacio. El que en Tebas se contara el tiempo según el año del reinado del monarca del norte se debe interpretar más como el reconocimiento benévolo de una potencia soberana que como señal de auténtica

sumisión. A Psusennes I le suceden Amenemope, Siamón y Psusennes II, que tuvo un reinado efímero. Sus reinados hubieran carecido de toda importancia si no hubiesen arrojado luz sobre ellos las excavaciones de P. Montets, en Tanis[8]. La tumba intacta de Psusennes I y Amenemope contenía sobre todo valiosas joyas de plata, que atestiguan una activa política comercial, y fue hallada dentro del amplio recinto del templo cerca de los otros grandes edificios. Para poder embellecer y decorar sus templos, palacios y mausoleos, los soberanos tanitas se vieron obligados, a falta de medios apropiados, a emplear los materiales de construcción de sus antecesores y a saquear antiguas necrópolis. Este hecho pone de manifiesto la impotencia de esta dinastía, que, para conservar su modesta posición, se conformó de buen grado con la decadencia de Tebas y se negó a enfrentarse al peligro que suponía la subida de los *mashawash* libios. En estas circunstancias no puede hablarse de una política exterior enérgica. Por el momento, no está establecido que fuera Siamón el faraón egipcio que, según el Libro de los Reyes (I, 9, 16 ss.), derrotó a los filisteos y conquistó la ciudad de Gazer. El descubrimiento de un escarabajo con el nombre de Siamón en Tell el-Fara, en el desierto del Negev occidental, y las huellas de una destrucción llevada a cabo en la primera mitad del siglo X halladas en las excavaciones de Tell Mor, cerca de Asdod, son los únicos indicios que respaldan en Asia la posibilidad de esta campaña. No se explica uno las razones que indujeron a Siamón y luego a Sheshonq I a luchar en Palestina[9]. Durante todo el Tercer Período Intermedio asombra la pasividad de Egipto en su política exterior. Cuando se formó en 853 una poderosa coalición para librar en Qarqar, a orillas del Orontes, una batalla contra el conquistador asirio Salmanasar III, Egipto fue incapaz de apoyar eficazmente la coalición.

b) El Estado divino de Amón

No hay duda de que el creciente poder de Amón Re‘ y de su clero tebano a finales del Imperio Nuevo fue la causa de la división de Egipto en dos reinos durante la XXI Dinastía. Esta revolución, que trasladó a Tanis la sede del poder político del faraón dejando a Tebas en manos de una dinastía de sumos sacerdotes de Amón, estuvo acompañada de consecuencias trascendentales en la administración que todavía no han podido ser valoradas en su totalidad. A grandes rasgos, hay que imaginar una situación en la que dominara, en todas las manifestaciones de la vida pública, la influencia del dios y del clero. Puede hablarse, pues, con razón de un estado divino regido cada vez más por Amón Re‘ y los otros dos miembros de la trinidad tebana —la diosa Mut y el dios Khonsu—. En el fondo esta nueva forma de gobierno sólo aparentemente era una teocracia: en realidad dominaba el principio de la dictadura militar, cuya fachada religiosa trataba de ocultar la incapacidad y debilidad del gobierno. Sometiendo al ejército y al clero al mismo poder se pudo alejar de momento el peligro de una colisión entre los dos grandes poderes del país; el tesoro del templo podía contribuir a cubrir las necesidades de la organización militar y permitía que los cargos de responsabilidad fuesen ocupados exclusivamente por los adictos al régimen. El abismo social entre la casa dirigente y el pueblo se hizo así más profundo aún.

Como las fuentes son escasas es difícil determinar si el estado divino tuvo en Tanis las mismas características que en la capital del sur. Sólo sabemos que tanto Smendes como Psusennes I actuaron como sumos sacerdotes de Amón y que Amenemope tuvo también este título antes de subir al trono. La trinidad tebana también era venerada en Tanis, y el

nombre de Seth, que había gozado del favor de los monarcas ramésidas, ya no era tolerado. Ideológicamente, el rey-dios del norte se hallaba en la misma línea que el dios-rey del sur.

En este tiempo de inseguridad política el oráculo se había de convertir en el elemento más adecuado para justificar toda clase de decisiones ante la gran masa. La costumbre de pedir consejo a un dios y de averiguar su opinión ya existía en Egipto desde el Imperio Nuevo, pero bajo la XXI Dinastía llegó a alcanzar tan amplia difusión que prácticamente se sometía cada cuestión importante a la decisión del oráculo[10], sobre todo en cambios de tipo político o administrativo. De Herihor, fundador de la dinastía, se ha conservado un fragmento de estela en el que aparecen Khonsu y Amón Re‘ como dioses del oráculo[11]. Cuando Menkheperre‘, hijo de Pinedjem I, llegó a Tebas procedente del norte, se hizo confirmar como sumo sacerdote por Amón Re‘. Después —como nuevo sumo sacerdote y apoyándose siempre en el oráculo— mandó que volviesen los rebeldes de su destierro en el oasis de Kharga y a cambio de esta amnistía castigó con la muerte a los peores de ellos[12]. De esta manera se llegó a atribuir al juicio divino un importante papel en la jurisdicción. En los acuerdos jurídicos dentro de la familia de los sumos sacerdotes se invocaba el consentimiento de Amón Re‘ para las medidas adoptadas. La manera como se manifestaba en uno de esos casos el dios mediante decreto ha quedado recogida en un pasaje de la inscripción en la que Makare‘, hija de Psusennes II pide a través del sumo sacerdote una confirmación soberana de su derecho de propiedad[13]:

«De nuevo (habló él —es decir, el sacerdote— a Amón Re‘, rey de los dioses) a este gran dios, el poderoso, que era en un principio, y a Mut y Khonsu los grandes dioses: matad a todas las personas, cualesquiera que fueren, en todo el país, hombres o mujeres, que disputaran sobre cualquier cosa del tipo que fuere que Makare‘, hija del rey Psusennes, amada de Amón, adquiriera por compra de tierras en el sur, así como sobre (cualquier) cosa (del tipo que fuere que el) pueblo del país (le vendiera ella) o (?) que recibiera de su propiedad siendo niña. Contra aquellos que trataran estas cosas con engaño, mañana o pasado mañana lanzaremos nuestra inmensa y terrible venganza y no les perdonaremos en ningún caso.

»Gran aprobación por parte de este gran dios y por parte de Mut y Khonsu, los grandes dioses.

»Amón Re‘, rey de los dioses, ese gran dios, el poderoso, que era en un principio, y Mut y Khonsu los grandes dioses hablaron: Mataremos a todas las personas, cualesquiera que fueren, en todo el país, hombres o mujeres, que disputaren sobre cualquier cosa del tipo que fuere (que Makare‘, hija de Psusennes, adquiriera) por compra de tierras en el sur, así como sobre todas las cosas del tipo que fueren que el pueblo del país le hubiere vendido o (?) que recibiera de su propiedad siendo niña. (Aquellos que trataran estas cosas con fraude), hombres o mujeres, sufrirán nuestra inmensa y terrible venganza; en ningún caso les perdonaremos, dirigiremos sus narices contra la tierra y serán sometidos (a la cólera [?] de este gran dios), a la de Mut (y la de Khonsu) los grandes dioses».

Incluso en asuntos de la vida cotidiana se buscaba la ayuda del oráculo. Un grupo de papiros que se encuentran dispersos en diversas colecciones muestra claramente cómo Amón Re‘, Mut, Khonsu e incluso Montu eran invocados para proteger a niños y otras personas de desgracias, epidemias, demonios malignos, mordeduras de serpiente y otros males[14]. Al parecer se creía que también en la otra vida era absolutamente necesaria la benéfica influencia de los oráculos. El traslado de las momias de Sethi I, Ramsés I y Ramsés II al escondite en el que fueron encontradas más tarde se realizó después de que hubiera aprobado la diosa Mut esta medida extraordinaria. Para asegurar a la distinguida

dama Neskhonsu, en el más allá, deificación y otras gracias póstumas dictó Amón Re‘ un decreto del cual se depositaron dos copias en la tumba[15]. Característico de esta atmósfera de religiosidad supersticiosa y de auténtica impotencia del gobierno es, por ejemplo, que hacia el final de la dinastía un rey tanita —probablemente Psusennes II— solicitase personalmente el consejo de Amón Re‘ cuando un «gran príncipe de los mashawash» de Heracleópolis llamado Sheshonq quiso erigir en el templo de Osiris de Abidos una estatua de su difunto padre Nemrod, ofreciendo siervos y tierras como regalo para el templo[16]. A cambio Sheshonq exigía del rey el derecho a ocupar como sucesor el importante cargo de su padre. Aquí tenemos una prueba evidente de la creciente influencia de las colonias libias en Egipto central y el delta. Su expansión significaba un peligro inevitable, al que el reino faraónico ya no podía hacer frente.

II. EL TERCER PERIODO INTERMEDIO

a) Grandeza y decadencia

Con este Sheshonq, cuyos antepasados habían ostentado en Heracleópolis el título de «profeta de Harsafes» durante varias generaciones, comienza la dinastía XXII. Existen indicios de que el paso de una dinastía a otra se llevó a cabo sin graves conflictos militares. Es verdad que una estela del oasis de Dakhla que data del quinto año del reinado de Sheshonq I da noticia de ciertos desórdenes en esta lejana provincia[17]; en cambio, el hijo y sucesor de aquél, Osorkon I, contrajo matrimonio con Makare‘, hija de Psusennes II. Sheshonq I se vio en situación difícil cuando trató de imponer su dominio al estado teocrático tebano. Los sacerdotes de Amón no parecían dispuestos a aceptar en el acto la soberanía de los príncipes libios; para ellos continuó siendo —por lo menos hasta el segundo año de su reinado— nada más que el «gran príncipe de los mashawash»[18]. Se puede suponer que Sheshonq I impuso su poder a Tebas. Paulatinamente, después de haber sometido primero las fortificaciones tebanas de Egipto central, y en particular la guarnición principal de el-Hiba. Cuando, finalmente, los sacerdotes no pudieron resistir más a esta presión, llegaron en su capitulación al extremo de elevar al trono del sumo sacerdote de Amón a Iuput, uno de los hijos del rey, y permitir a los dignatarios de la corte el acceso a los más altos cargos del templo. Quedaba de esta manera acentuado más que nunca el carácter militar del estado teocrático. Sheshonq I trasladó la frontera norte del estado teocrático tebano a Siut y puso a otro de sus hijos al frente del Egipto central como «general de Heracleópolis». Él mismo se mantuvo alejado de Tebas y residió con preferencia en el norte del país.

Después de haber sido restablecida —por lo menos de cara al exterior— la unidad del reino, Sheshonq I creyó llegado el momento de intervenir en la política interior de Palestina, donde Jeroboam y Roboam habían dividido el reino de Salomón. En 930, el quinto año de su reinado, se dirigió contra Jerusalén y saqueó los tesoros de la ciudad (I Re. 14, 25-26). La finalidad de esta campaña —que ha quedado bajo una luz más real gracias al hallazgo de un fragmento con el nombre de Sheshonq I[19]— es difícil de averiguar. La ventaja que de ella obtuvo Egipto fue sobre todo de tipo económico, pues el comercio exterior experimentó un fuerte impulso. Las hazañas de Sheshonq I en Palestina fueron glorificadas en Tebas en un gigantesco relieve del templo de Kárnak, sobre el que fueron

grabados los nombres de las ciudades sometidas por el rey. Por otra parte, se han conservado en Kárnak más vestigios de las construcciones llevadas a cabo por el soberano que en el-Hiba, donde Sheshonq I erigió un templo a Amón. Probablemente tuvo la intención de realizar aún las obras del primer patio interior del templo con la gran puerta de entrada. En una inscripción de las canteras de Jebel Silsile se puede leer: «Fue su majestad quien dio la orden de erigir un enorme pilono, para hacer brillar a Tebas por sus puertas, para que quedase un millón de varas más alta, y la de construir un magnífico patio delante de la casa de su padre, Amón Re‘, rey de los dioses, y la de rodear éste con estatuas y columnas». Su reinado fue, sin embargo, demasiado breve para la realización de este magno proyecto. Sólo las columnatas del lado norte y sur del patio pudieron ser terminadas y presentan en parte relieves. También quedó inacabado el gran relieve de las victorias de Sheshonq en Asia[20].

Después de la muerte de Sheshonq I la historia de Egipto se sume en una oscuridad casi impenetrable. Una de las causas de este hecho es el traslado del centro de gravedad político y militar al norte del país, donde los hallazgos arqueológicos son menos numerosos a causa de la humedad del suelo. Tebas pasó a segundo plano. Parece ser que la estructura del estado teocrático siguió siendo, hasta cierto punto, la misma, aunque ya no tratase de unir en una sola persona —como bajo Herihor— la monarquía, el mando supremo militar y el título de sumo sacerdote. El Alto y el Bajo Egipto habrían de seguir en el futuro un desarrollo paralelo: Tanis como capital política y Tebas como capital religiosa. De la historia de los sucesores de Sheshonq I —Osorkon I y Takelot I— existen pocas fuentes fidedignas. Al parecer Egipto atravesaba en ese tiempo un período de cierto bienestar, ya que Osorkon I hizo a los templos importantes donaciones, sobre todo en metales preciosos[21]. Indirectamente contribuyó también al prestigio de su gobierno en Tebas, donde impuso a su hijo Sheshonq como sucesor de Iuput, sumo sacerdote de Amón. Al arrogarse amplios poderes militares estos príncipes actuaban prácticamente como gobernadores independientes de los tebanos. Sheshonq resaltó su soberanía mandando inscribir su nombre en el anillo real. Lo mismo hizo su hijo Harsiese quien, junto a Osorkon II, que mientras tanto había subido al trono, se dejó reconocer como rey en Tebas y cuya tumba en Medinet Habu conservaba aún su propio clero a principios de la dinastía XXVI. Sin embargo, es difícil saber qué sentimientos invadían al verdadero soberano cuando desde su palacio de Tanis observaba este deseo de independencia. Las escasas fuentes epigráficas no dan ninguna aclaración pues, al faltar inscripciones de los reyes, las escasas biografías de altos funcionarios tebanos con su tradicional estilo de vagas alusiones y triviales himnos en alabanza del faraón ni proporcionan una visión del curso histórico de los acontecimientos ni dejan averiguar las tensiones internas.

Solamente con la subida al trono de Osorkon II, que sucedió en 870 a su padre Takelot I, se hace algo de luz en esta oscuridad. Su reinado y el de sus sucesores, hasta aproximadamente 760, se pueden considerar como el período de máximo apogeo de la dominación libia. El nuevo soberano trataba sobre todo de establecer un equilibrio sano entre las rivalidades políticas que amenazaban socavar la unidad de su reino. Como sumo sacerdote de Amón llegó al trono de Tebas su hijo Nemrod, que había sido hasta entonces «general de Heracleópolis», cargo en el que siguió también después de su subida al trono[22]. De esta manera Osorkon II pudo confiar plenamente en la guarnición libia de Heracleópolis, que se encontraba dispuesta a mantener el orden en el sur del país. Con motivo de las ceremonias de XXII aniversario de su reinado, declaró en Bubastis con visible satisfacción, en una solemne oración a Amón, que Tebas «estaba en manos de su

señor Amón Re‘», y prohibió a los representantes de la corona mezclarse en los asuntos internos del estado teocrático[23]. En Menfis dio comienzo, con el príncipe heredero Sheshonq cuya madre Karomama era la gran esposa del rey, una serie de sumos sacerdotes de Ptah que se mantuvo durante varias generaciones. Probablemente murió antes que su padre, ya que no llegó a proclamarse rey. Su tumba fue descubierta en 1942 en Mitrahine, junto a las tumbas de otros miembros de su dinastía[24]. En Tanis, donde en 1929 fue descubierta de nuevo la tumba saqueada de Osorkon II, apareció también el sarcófago de su hijo Hornekht, que lleva en él el título de «sumo sacerdote de Amón»[25] aunque murió siendo niño. Al parecer este soberano sometía indirectamente a su control el ejercicio del poder religioso.

En este estado aparentemente estable Tebas, sin embargo, siguió siendo un centro de agitación política. Cuando murió Osorkon II le siguió su hijo y corregente Takelot II cuya madre era una concubina. El joven rey tuvo como esposa a Karomama, hija de Osorkon, sumo sacerdote de Amón, que ha narrado la movida historia de su vida en una larga inscripción de las murallas del templo de Kárnak[26]. Si no tuviéramos este texto no sabríamos casi nada sobre el reinado de Takelot II, que duró por lo menos un cuarto de siglo. Parece que el monarca hubo de enfrentarse a una guerra civil en la que Tebas trató de separarse del norte, por lo cual el país cayó durante muchos años en la anarquía. En el onceavo año del reinado de Takelot II ya había alcanzado Osorkon la edad necesaria para ocupar los cargos de sumo sacerdote de Amón, el de jefe supremo del ejército y el de gobernador del Alto Egipto. Permaneció en su cuartel general de el-Hiba en Egipto central hasta que se produjo un levantamiento general en el sur. Se dirigió al frente de un ejército contra los rebeldes, los derrotó en su camino hacia Tebas e hizo una entrada triunfal en la capital, donde fue recibido con entusiasmo por los dioses y sus sacerdotes que le aclamaron como su salvador y le denunciaron el indigno comportamiento de los funcionarios rebeldes. Osorkon castigó a éstos sin piedad a morir por el fuego. Para restablecer la tranquilidad y asumir enérgicamente la restauración, nombró el sumo sacerdote nuevos funcionarios y dictó cinco decretos en los que colmaba de favores a los templos tebanos y a sus sacerdotes.

Sin embargo, Tebas sólo había sido dominada aparentemente. Durante algún tiempo Osorkon pudo volver a su residencia, pero cuatro años más tarde los enemigos del rey ya habían urdido nuevos planes. Todo el país se alzó en armas. Reinaba la anarquía general. La crónica no nos describe los pormenores de esta lucha que duró varios años y en la que Osorkon defendió de nuevo los intereses de su padre. Probablemente ambas partes desistieron del empleo de la violencia cuando vislumbraron la inutilidad de la guerra y firmaron un armisticio. En todo caso Osorkon hizo una entrada triunfal en Tebas entre el entusiasmo general y reanudó sus funciones de sumo sacerdote.

Cuando murió Takelot II no le sucedió Osorkon, como se había esperado, sino Sheshonq III. Osorkon fue desposeído por entonces de su cargo de sumo sacerdote ya que en el sexto año del reinado de Sheshonq III era Harsiese el que desempeñaba esta función. Sin embargo, algunos años más tarde fue llamado de nuevo a Tebas; lo más tarde en el año 22 del reinado de Sheshonq III. Al parecer, como muestra de agradecimiento, Osorkon colmó de obsequios a los dioses tebanos y a sus sacerdotes, beneficiándose también de su generosidad otros templos en el Medio y Alto Egipto. Los últimos años de su pontificado transcurrieron al parecer en calma. Todavía ocupaba su alto cargo en el año 29 del reinado de Sheshonq III. Poco después se retiraba, probablemente por razones de edad, y su cargo pasaba de nuevo al mismo Harsiese, que ya había ocupado el trono de sumo sacerdote en los primeros años del reinado de Sheshonq.

Sheshonq III reinó no menos de cincuenta y dos años sobre Egipto. Como sus antecesores residió en Tanis, donde dan fe de su estancia las inscripciones de una puerta monumental y su tumba, redescubierta en 1940[27]. También se ha encontrado su nombre en monumentos de diversos lugares del delta. Es probable que ya algunos años antes de su muerte tuviese un rival en la persona de Pedubast, fundador de la dinastía XXIII, procedente (según Manetón) de Tanis, pero que probablemente nació de una familia de la nobleza de Bubastis. Pedubast se dejó reconocer como rey primero en el delta y más tarde también en Tebas. La legitimidad de su poder, sin embargo, no fue generalmente reconocida, pues el sumo sacerdote Osorkon seguía fechando su crónica según los años del reinado de Sheshonq III y los sacerdotes del Serapeum de Menfis ignoraron también al principio su existencia.

b) La anarquía libia

El último rey de la dinastía XXII que aún había mantenido unido a todo el país bajo su poder fue derrocado finalmente por un señor local que se había ido imponiendo poco a poco como soberano. Con él la historia de Egipto entró en una fase lúgubre, durante la cual se puso de manifiesto en toda su amplitud la debilidad del verdadero poder estatal. En este período dominaba la rivalidad de generales prominentes o de sumos sacerdotes, lo que condujo a la fragmentación del país en estados feudales que se hallaban constantemente en estado de guerra para conservar su independencia. Un eco de este tiempo de anarquía y de envidias políticas, que no desaparecerían hasta el comienzo de la dinastía XXVI, nos llega a través de un conjunto de relatos populares que, juntos, constituyen la leyenda de Pedubast. Hasta ahora sólo se conocen tres grandes relatos, con fondo histórico, conservados en fragmentos: «La lucha por el trono de Amón», «La lucha por la armadura de Inaros» y «La campaña de Asia en Petukhon, aliado de Inaros». El tema de la primera historia es la guerra entre Pedubast, rey de Tanis, al que apoyaba una serie de dinastías locales, y el sacerdote de Horus de Buto, que había conducido a sus vasallos a Tebas para apoderarse del trono de Amón[28]. La segunda historia relata en un contexto parecido la lucha por la armadura de Inaros que había estallado entre diversas provincias del delta y sus jefes militares. También aquí aparece el rey Pedubast de Tanis como personaje central[29]. En el tercer relato vuelve a surgir de nuevo la rivalidad entre Pedubast e Inaros, pero en el centro figura una expedición egipcia a Asia bajo el mando de Petukhon, que desea luchar con Sepet, reina de las amazonas y con la que lleva a cabo una campaña contra la tierra de Hentu[30].

De esta manera podemos averiguar, al menos, cómo y cuándo se dejó proclamar rey Pedubast. Con él llegan en Egipto al poder dos dinastías al mismo tiempo, pues habrá que considerar como contemporáneas las dinastías XXIII y XXII. Pedubast fue reconocido también en Tebas, donde Harsiese (II) ocupó bajo su reinado el pontificado y donde actuó como gran jefe del ejército el hijo de un rey llamado Sheshonq, al que no se alude con más detalle[31]. Este Harsiese hizo sucesor del trono de sumo sacerdote a Takelot, en el que algunos historiadores ven al futuro Takelot III. Fue contemporáneo de Sheshonq IV, un rey por lo demás casi desconocido. Subió al trono probablemente después de Pedubast. En Tebas sucedió a Sheshonq IV Osorkon III, cuya madre era la esposa del rey Karomama y que por esta razón fue identificado a menudo con el sumo sacerdote Osorkon, aunque pueden aducirse en contra serias objeciones cronológicas[32]. Bajo su reinado se produjo una grave inundación que causó grandes daños en el templo de Lúxor. Permaneció por lo

menos veintiocho años al frente del gobierno[33] y compartió desde el año veinticuatro el poder con su hijo y corregente Takelot III, que fue más tarde su sucesor. Antes de subir éste al trono ocupó el doble cargo de sumo sacerdote de Tebas y Heracleópolis, que estaba unido al título de gobernador del Alto Egipto. Osorkon III también tuvo una hija, Shapenupet (I), «esposa divina de Amón», que fue la madre adoptiva de Amenirdis I, «esposa divina», etíope. Takelot III reinó por lo menos durante veintitrés años y murió probablemente sin haber tenido hijos, pues a su muerte heredó el trono, por poco tiempo, su hermano Amonrud.

Lo poco que sabemos acerca del reinado de este monarca lo debemos en su mayor parte a los monumentos de Kárnak, Lúxor y Medinet Habu. Por eso la dinastía XXIII se llama con razón dinastía tebana. Por el norte no parece que llegase su influencia más allá de la región de Heracleópolis. Paralelamente a esta familia real, cuyos miembros se llamaban «hijos de Isis», reinó en el Bajo Egipto una dinastía de «hijos de Bastet», a la que pertenecían Pami y su sucesor Sheshonq V. De su reinado, sin embargo, sólo se sabe que residieron en Tanis al igual que sus antecesores y que se supieron mantener al mismo tiempo también en Bubastis. La debilidad de su gobierno queda manifiesta por el hecho de que no pudieron hacer frente en las restantes regiones del Bajo y Medio Egipto al desarrollo de las ciudades-estado autónomas. Esta situación confusa fue denominada certeramente por el historiador griego Heródoto dodegarquía (II, 147). Como las fuentes son escasas no se puede reconstruir por ahora el origen, el desarrollo y la decadencia de las dinastías locales que se habían asegurado hacia el 730 a. C. un poder independiente en Heracleópolis, Hermópolis y Leontópolis. Mucho más fácil resulta en el caso de la mayoría de las ciudades del delta, donde ciertos representantes de la aristocracia militar libia, que se consideraban soberanos independientes, socavaron aún más los fundamentos de la monarquía unitaria. Gracias a los últimos estudios se ha llegado a obtener tanta claridad que hoy es posible reconstruir pieza por pieza el conglomerado de estadículos independientes del delta, que fue de capital importancia para el futuro desarrollo político de Egipto en el siglo VII a. C.[34] Mientras que en Bubastis, Tanis y Leontópolis los faraones dirigían, incluso en los tiempos de la mayor anarquía, el gobierno oficialmente, el sureste del delta, con Atribis y Heliópolis, pasó en parte a manos de príncipes de la dinastía real. En las restantes ciudades reinaron «grandes jefes de los mashawash» que estaban emparentados en mayor o menor grado con las familias reinantes. En las comarcas de Sebenito-Dióspolis, Busiris y Mendes-Hermópolis, y en la provincia oriental (que rodeaba en el centro y el este del delta el cinturón de las provincias reales), eran los jefes personajes enérgicos que supieron conservar durante algún tiempo su soberanía. En el oeste sólo se daba este caso en Sais, mientras que las auténticas regiones fronterizas cayeron bajo la tutela de un «jefe supremo de los libu», que residía en Kôm el-Hisn. Estos príncipes locales eran a la vez jefes supremos de sus ejércitos y sacerdotes de los dioses locales.

Entre estos soberanos hubo seguramente hombres que no se resignaban sin más a la división y al debilitamiento de su patria, tan poderosa en otros tiempos, sino que soñaban con llevar a cabo la reunificación lo más pronto posible. En todo caso, constatamos que un «jefe de los mashawash» llamado Osorkon tuvo en sus manos el gobierno de todo el oeste hacia 750, cuando el centro y el este del delta estaban divididos en una serie de pequeñas ciudades-estado; los centros más importantes eran Kôm el-Hisn, Sais y Buto[35]. No cabe duda que Tefnakht de Sais, que fundaría más tarde la XXIV Dinastía, heredó este reino de Osorkon o de uno de sus sucesores. Las inscripciones de una estela que data del año 38 del reinado de un rey no nombrado, identificable probablemente con Sheshonq V, indican

implícitamente que Tefnakht había integrado mientras tanto también a Menfis en sus posesiones territoriales, con lo que su reino llegaba por el sur hasta la región de Heracleópolis y por el este hasta el reino de Sebenito[36]. De hecho este Tefnakht fue, a pesar del tradicional título de «jefe supremo de los mashawash», un monarca más auténtico que el faraón tanita o bubástico.

c) Vuelta a la unidad

En su camino hacia la unificación del Bajo y Medio Egipto, Tefnakht se encontró de manera bastante inesperada con un enemigo; Piânkhi, entonces rey de Kush (la actual Nubia) y del Sudán. Su poder se extendía hasta el Alto Egipto, y ejercía incluso alguna influencia en Heracleópolis y Hermópolis. Después de lograr ganarse como aliado a Nemrod de Hermópolis (lo que no logró con Pefnefdubast de Heracleópolis, que siguió siendo leal a Piânkhi) trató Tefnakht de forzar a éste sitiando su capital; pero entonces el rey de Etiopía envió, en el año 21 de su reinado (730), un ejército contra el soberano del delta. Se conserva un relato de estos acontecimientos en una gran estela que halló Mariette al pie del Jebel Barkal. Se trata de uno de los monumentos históricos más importantes de la Edad Antigua egipcia[37]. Antes de describir esta campaña conviene retroceder brevemente en la historia para seguir el origen y el desarrollo del gran reino de Kush.

En Napata, no lejos de la cuarta catarata del Nilo, se había instalado durante la XVIII Dinastía una colonia egipcia, que se encontraba bajo la jurisdicción del «virrey de Kush». La cultura importada del norte se conservó claramente diferenciada también cuando, bajo los ramésidas, quedó este territorio más sustraído a la influencia de Egipto, produciéndose probablemente una mayor fusión con la población indígena. Constituye un hecho especialmente característico la gran veneración de que disfrutaba Amón Re‘, dios del reino, en Napata. Hacia el 800 el reino de Napata se extendía por el norte al menos hasta la tercera catarata. En el-Kurru (Sudán) se encontró la necrópolis de los antepasados de los faraones kushitas[38]. El aumento progresivo de su poder queda patente en la evolución de sus tumbas. Los primitivos túmulos se desarrollan hasta alcanzar las proporciones de auténticas pirámides. También llama la atención la decoración interior de las tumbas, que se hizo cada vez más elegante a medida que la dinastía iba adquiriendo fama. El primer soberano de Napata que penetró finalmente en territorio egipcio fue con toda probabilidad Kashta, padre de Piânkhi[39]. Tal vez consiguiera extender su soberanía sobre toda la Tebaida, donde en aquel momento el débil Osorkon III era incapaz de contener la invasión kushita. En todo caso Piânkhi obligó a la hija de Osorkon III, Shapenupet (I), «esposa divina», a adoptar como sucesora a Amenirdis (I), hija de Kashta, hermana suya.

Este Piânkhi, cuyo nombre revela su pertenencia a una estirpe que mantenía estrechas relaciones con Egipto, fue el primer rey de la dinastía de Napata que intervino decididamente en la política interior de la tierra del Nilo. Se hallaba precisamente en Napata cuando recibió la noticia de que Tefnakht, habiéndose adueñado de todo el delta occidental, había forjado una alianza con los restantes príncipes del delta y había ocupado Menfis, disponiéndose a sitiar Heracleópolis que no se había unido a la coalición. Primero Piânkhi esperó prudentemente la evolución de los acontecimientos. Con ello pretendía al parecer llevar al enemigo lo más lejos posible de su base. Cuando una nueva petición de ayuda de sus tropas de ocupación del Alto Egipto le trajo la noticia de que Nemrod de Hermópolis se había pasado a las filas de Tefnakht, mandó Piânkhi a sus soldados que

conquistaran Hermópolis. Al mismo tiempo envió desde Nubia un ejército auxiliar, al que dirigió antes de partir la original alocución siguiente:

«No ataquéis al enemigo de noche en un juego de azar, sino prestaos a la batalla cuando podáis ser vistos. ¡Pedid lucha desde lejos! Cuando os pida que esperéis a la infantería y a la caballería de otra ciudad, sentaos hasta que llegue su ejército. Luchad sólo cuando os lo pida. Más aún: si se hallaran aliados suyos en alguna otra ciudad, esperadles. Sean quienes fueren los príncipes que pueda traer en su ayuda o tropas libias de confianza, anunciadle antes las siguientes palabras: "Vosotros todos (nosotros no sabemos a quién hemos de dirigirnos a la vista del ejército), uncid los mejores caballos de vuestras cuadras y formad en línea de combate. ¡Pero no olvidéis que Amón es el dios que nos ha enviado!".

»Cuando hayáis alcanzado Tebas, situada frente a Kárnak, limpiaos en el río, vestíos con el mejor lino, destensad el arco y dejad descansar la flecha. No presumáis de ser hombres de fuerza porque sin él (Amón) ningún valiente tiene fuerzas. Él hace fuertes a los débiles y consigue que muchos huyan ante pocos y que uno sólo sea capaz de vencer a mil hombres. Tomad el agua de su altar. Besad la tierra ante su presencia. Habladle así: "¡Danos una ocasión, déjanos luchar a la sombra de tu brazo!". La victoria pertenece al joven ejército que tú has mandado y muchos habrán de temblar ante él» (Z. 9-14)[40].

Después de algunos días de estancia en Tebas, el ejército de Piânkhi se encontró con las tropas de Tefnakht cuando éstas subían por el Nilo; las derrotó y capturó sus barcos. A continuación el ejército avanzó hacia Heracleópolis. En la orilla occidental del Bahr Yusef dio con el enemigo al que obligó a cruzar el río y en la otra orilla se produjo un nuevo encuentro que terminó con la victoria de los nubios. Pero en vez de proseguir la persecución de Tefnakht, los soldados de Piânkhi volvieron al sur para sitiar Hermópolis, donde mientras tanto se había hecho fuerte Nemrod.

A pesar de estas victorias Piânkhi no estaba satisfecho. Como se le habían escapado Tefnakht y su aliado, se dirigió él mismo inflamado de ira a Tebas, tomó parte allí en la fiesta de Opet y se apresuró hacia Hermópolis para dirigir personalmente las operaciones de asedio. Mientras tanto el ejército había sometido, para aplacar al soberano, otras tres ciudades del Medio Egipto. Sin embargo, Piânkhi siguió mostrándose implacable. A su llegada a Hermópolis el rey llevó a cabo algunas mejoras en la línea del cerco y en los dispositivos de asedio y obligó a la fortaleza, completamente aislada, a rendirse después de algún tiempo. Nemrod envió emisarios al soberano etíope para tratar de las condiciones de capitulación y dejó que su mujer Nestent pidiera perdón a las mujeres de Piânkhi para él y su familia. El vencedor se mostró generoso, aceptó los regalos de Nemrod e hizo una entrada triunfal en la ciudad. En una visita al palacio real y a las cuadras, impresionó a Piânkhi sobre todo el hambre que habían padecido los caballos de Nemrod durante el asedio. Mandó trasladar las posesiones de su rival a la caja del estado y las reservas de trigo al templo de Amón de Kárnak.

Quedaba así prácticamente abierto para Piânkhi el camino al Bajo Egipto. Como muestra de agradecimiento por la liberación de la ciudad le hizo regalos Pefnefdubast de Heracleópolis. Fueron tomadas sin ninguna resistencia las fortalezas de Per-Sekhemkheperre‘, Meidum e Ittaui, que aceptaron ser vasallas de Piânkhi. Así llegó sin dificultad alguna hasta Menfis. Aunque el rey prometió solemnemente respetar la ciudad y a sus habitantes y honrar a sus dioses con sacrificios, no pudo convencer a los defensores de las murallas de la inutilidad de su resistencia. Por el contrario: con una salida trataron en vano de rechazar el ejército de Piânkhi. Cuando los sitiados se habían hecho de nuevo fuertes en la ciudad obtuvieron inesperadamente ayuda de Tefnakht, que consiguió en el

último instante penetrar con 8000 guerreros en la ciudad. Después de reorganizar la defensa y de advertir a sus soldados que la ciudad podía resistir, en vista de las abundantes provisiones, un prolongado asedio, se dirigió de nuevo al norte para reunir aún otras tropas auxiliares. Mientras tanto Piânkhi había llegado hasta la capital y convocaba un consejo de guerra:

«Cuando amaneció y con las primeras luces del nuevo día, llegó Su Majestad a Menfis. Después de haber desembarcado en su lado norte comprobó que el agua llegaba hasta la muralla, de modo que los barcos atracaban en (las murallas de) Menfis. Luego vio Su Majestad que era una ciudad fortificada; con murallas altas de reciente construcción y almenas bien defendidas. No era posible atacarla. En el ejército de Su Majestad cada cual expresó su opinión sobre todos los posibles medios estratégicos de (acercamiento)» (Z. 89-90). Entre todos los planes de combate que le fueron presentados a Piânkhi por sus generales, optó por el de una ofensiva en el lado oriental de Menfis, donde se hallaban anclados los barcos de sus enemigos. Le costó poco esfuerzo conquistar el puerto y tomar posesión de la flota. Dispuso los barcos en línea de combate a lo largo de la muralla y mandó proceder al asalto de la ciudad. Menfis no pudo resistir mucho tiempo este ataque y sufrió enormes pérdidas. Fiel a su habitual actitud, Piânkhi ordenó la protección de los templos de los dioses y se dirigió al templo de Ptah donde celebró las abluciones rituales y un sacrificio impresionante.

Con la conquista de Menfis prosiguió el quebrantamiento de la coalición del Bajo Egipto. Primero se sometieron los monarcas de la región de Menfis; después acudieron diversos príncipes del delta a colmar de regalos al rey etíope. Piânkhi visitó al dios Atum de Kheraha para testimoniarle su devoción y se dirigió luego al templo de Re‘ de Heliópolis, donde le fueron tributados toda clase de honores:

«Llegó y fue a la casa de Re‘ y entró en el templo bajo continuos himnos de alabanza. El sumo sacerdote recitador alabó al dios que había derrotado a aquellos que se habían levantado contra el rey. Se llevó a cabo el ritual del Per-djet[41]; le colocó el *sdb*-pañuelo de cabeza (?) y lo purificó con incienso y agua. Le trajo ramos de flores de Het-benben[42] y le ofreció panes de ofrenda. Él (el rey) subió la escalinata hasta la gran ventana de aparición para contemplar a Re‘ en el Het-benben. El rey mismo estuvo allí completamente solo. Rompió el cierre, abrió la puerta y contempló a su padre Re‘ en el maravilloso Het-benben, la barca de la mañana de Re‘ y la barca del atardecer de Atum. Cerró la puerta y después de poner barro la selló con su propio sello. Luego anunció a los sacerdotes: “Yo mismo he sellado la puerta para que de todos los reyes que nazcan (después de mí) ninguno entre aquí”. Se arrojaron ante Su Majestad al suelo y dijeron: “Que así sea ahora y en la eternidad, oh Horus que amas Heliópolis”» (Z. 103-105)[43].

Después de esta ceremonia Piânkhi visitó a Atum de Heliópolis en su templo y recibió al rey Osorkon de Bubastis que acudió a someterse. Seguidamente acampó cerca de Atribis y recibió allí al príncipe Pediese, que vino por iniciativa propia a ofrecerle la entrega de su ciudad. Como en las otras ciudades, también en Atribis rindió Piânkhi homenaje a los dioses del lugar y aceptó los regalos tradicionales. Mientras tanto se habían reunido a su alrededor sumisamente la mayor parte de los príncipes del delta. Lejos de castigarlos, los envió como vencedores a sus ciudades. Pero Tefnakht, el principal enemigo, aún no había sido derrotado, y trataba ahora de promover en la ciudad de Mesed un levantamiento. Pero Piânkhi actuó rápida y enérgicamente. Tefnakht tuvo que resignarse finalmente a reconocer como amo y señor al soberano etíope. Desde la ciudad a la que se había retirado —probablemente fuera de su capital Sais— terminó por capitular también él

y llegó incluso a prestar un juramento de fidelidad en presencia de los emisarios de Piânkhi. A partir de este instante se podía considerar al etíope como soberano legítimo de todo Egipto. Antes de volver triunfal a Napata se dejó rendir homenaje por los faraones de Leontópolis y Bubastis así como por los príncipes de Cocodrilópolis y Afroditópolis.

«*Vincere scis, Hannibal, victoria uti nescis!*» («¡Sabes vencer, Aníbal, pero no aprovechar tu victoria!»). Estas palabras del historiador romano Livio se pueden aplicar —*mutatis mutandis*— a Piânkhi, cuya campaña quedó *de facto* sin consecuencias para el desarrollo de la historia egipcia. ¿Por qué el vencedor no aprovechó la ocasión de unir firmemente a la corona etíope un Egipto unificado? Aunque Piânkhi se jactaba de poner y deponer reyes[44] según su voluntad, nada hace pensar que hubiese intentado llevar a cabo reformas en interés de la unidad del país o de otros objetivos trascendentales. Por el contrario: parece que no cambió nada en absoluto en las relaciones existentes sino que se contentó con volver con su rico botín a su capital. La benevolencia que mostró frente a sus enemigos y la prisa con que testimoniaba, en las ciudades conquistadas, su respeto a los dioses locales, da la impresión de que el rey etíope consideraba su campaña como una especie de guerra santa en la cual las consideraciones imperialistas eran todo, menos decisivas. Sea como fuera, la lenta fusión de la «dodegarquía» del Bajo Egipto en un estado unitario no fue detenida por ello, sino a lo sumo retrasada.

De los relatos de Piânkhi no se desprende por qué razón tenía tanta prisa en volver a su tierra sin haber siquiera intentado enfrentarse a su adversario Tefnakht. Éste dispuso de tanto poder a los pocos años de la vuelta del etíope a su patria que se pudo proclamar faraón hacia el 725. Los dos únicos documentos en los que se habla de él como rey no bastan para poder juzgar hasta dónde se extendía su poder territorial ni si tuvo parte alguna en la caída de las dinastías de Leontópolis y Bubastis. Lo que se puede asegurar es que Manetón menciona, como único rey de la Dinastía XXIV e inmediato sucesor de la XXIII, a Bokhkhoris, hijo de Tefnakht, por lo que con toda seguridad el último sucesor de Sheshonq I desapareció bajo su reinado del escenario histórico.

Según Manetón, Bokhkhoris reinó durante seis años. Su nombre llegó hasta nosotros por las estelas del Serapeum (una de ellas data del sexto año de su reinado) y por un fragmento hallado en Tanis. Además apareció en 1895, en una tumba etrusca, un vaso que presenta los sellos ovales del faraón y que ilustra su lucha contra los pueblos negros. Según cuenta Manetón, Bokhkhoris fue hecho prisionero de guerra por el rey etíope Shabaka y quemado vivo. De un texto literario en escritura demótica atribuido a su reinado y conocido con el nombre de *Profecía del cordero*, se desprende que el príncipe saíta se había convertido para los egipcios, en los últimos tiempos del imperio, en una figura legendaria. Toda una serie de autores clásicos le consideran como el principal legislador del valle del Nilo, famoso por sus sabias sentencias[45].

III. LA DINASTÍA XXV

a) Los etíopes en Egipto

A la muerte de Piânkhi pasa el poder de Napata a manos de su hermano menor Shabaka. Su tumba también se volvió a encontrar en el-Kurru. En cuanto a la duración de su reinado, no conocemos en las fuentes egipcias ningún año posterior al quince. Con cierta

seguridad se puede fechar en el año 701 aunque la cronología de este período no ha sido establecida aún definitivamente[46]. Shabaka es el primer príncipe etíope de cuya presencia se hallaron testimonios en diversos lugares de Egipto. Del relato de Manetón, que atribuye la muerte de Bokhkhoris a la invasión de Shabaka, hay que concluir que el etíope dejó avanzar sus ejércitos hasta el norte del país. Si pudimos seguir a Piânkhi casi paso a paso en su triunfal campaña de Egipto, no ocurre lo mismo con Shabaka. No poseemos ni un solo relato contemporáneo de la guerra del etíope contra los príncipes del delta, ni de cómo consiguió que le reconocieran por faraón único y legítimo. Asimismo podemos deducir, basándonos en fuentes contemporáneas asirias, que la conquista del Bajo Egipto tuvo lugar después de 715, lo más tarde en 711. A partir de ese instante dejó el Bajo Egipto de ser un territorio independiente. Los príncipes de las diversas regiones no renunciaron, sin embargo, inmediatamente a todo el poder político; algunos continuaron en una actitud tan independiente que los soberanos etíopes se vieron obligados a intervenir militarmente para romper su resistencia. Pero el príncipe de la monarquía unitaria fue restaurado por Shabaka de manera que, por lo menos hacia afuera, sólo reinaba un monarca en Egipto. El etíope aparece como rey en los monumentos que fueron hallados en Bubastis, Farbeto e incluso Buto, en el corazón de la región saíta. Su poder parece haberse consolidado particularmente en Menfis, pues se le atribuye el descubrimiento de un famoso texto sobre la mitología de aquella región[47].

Como su antecesor Piânkhi, también Shabaka se preocupó especialmente por Tebas, la capital del Alto Egipto. La casa real etíope tenía firmemente en sus manos el estado teocrático desde la proclamación de Amenirdis (I), hija de Kashta, como corregente y heredera de la esposa divina Shapenupet. En calidad de sumo sacerdote de Amón, Shabaka puso a su lado a su hijo Harmaquis, nacido del matrimonio con la reina Mesbata[48]. En el templo de Amón de Kárnak restauró y decoró la puerta del cuarto pilono según los planos de Thutmosis IV, de la XVIII Dinastía[49]. Merecen especial mención su «sala del oro» y su «casa del tesoro» —situadas ambas al norte del templo principal— pues son dos de las escasas construcciones que mandó erigir por propia iniciativa en suelo egipcio. También promovió la restauración del pequeño templo de Ptah y la construcción en Medinet Habu de una muralla y de un nuevo torreón. Testimonios de su intensa actividad constructora en el famoso templo de Hathor de Denderah es una estela que menciona su nombre[50]. La religiosidad de los soberanos etíopes y su vivo deseo de restaurar los templos egipcios y de fomentar la adoración por medio de sacrificios quedan patentes en todos estos monumentos.

De los escasos datos que conservamos sobre las guerras de Shabaka no se puede deducir con seguridad hasta dónde llegaba su soberanía más allá de las fronteras del país. Por la inscripción de un escarabajo procedente probablemente de Asia se podría concluir que ya bajo su reinado existieron relaciones con Palestina, aunque éstas tuvieran un carácter puramente comercial y diplomático[51]. Unos bloques de piedra con el nombre de Shabaka que aparecieron en el oasis de Bahria permiten en todo caso suponer que el monarca mantuvo también en este territorio una guarnición militar.

Sucedió a Shabaka Shabataka, hijo a su vez de Piânkhi y que no subió al trono antes de 710. Ya al principio de su reinado transfirió el cuidado de los intereses del país del Nilo a su hermano, el futuro rey Taharqa, bajo el que la influencia etíope alcanzaría en Egipto su punto culminante. Una inscripción de Kawa hace suponer que emprendió con Taharqa, que entonces tenía veinte años, una expedición al Bajo Egipto donde al parecer no se habían sometido aún completamente a la soberanía etíope todos los monarcas locales. Por lo demás

sólo se encuentran en suelo egipcio algunos testimonios aislados de su reinado, lo que hace suponer que careció de gran interés. Según Manetón, Shabataka fue asesinado por Taharqa, al parecer cuando éste era ya regente. La tumba de Shabataka fue hallada en el-Kurru.

La subida al trono de Taharqa, hijo del conquistador Piânkhi y su esposa Abar, se sitúa generalmente en el año 689; pero también es posible que tuviera lugar ya en el 690. Los documentos egipcios relativos al reinado de Taharqa están bajo el signo de las inscripciones que aparecieron en cinco grandes estelas en las excavaciones de Kawa[52]. Son ejemplos típicos de textos de propaganda política cuya interpretación se ve dificultada más de una vez por alusiones y expresiones confusas. Cuatro de estas estelas sólo tienen importancia para la historia local. Dan noticia de la construcción de un templo de Amón en Gempaaton (Kawa) donde se celebraban múltiples sacrificios. La quinta estela tiene, sin embargo, un carácter especial. Existía en diversas versiones, de las que han aparecido fragmentos en Coptos, Maatana y Tanis. Como están fechadas en el sexto año del reinado del soberano se las suele llamar «la gran inscripción del año seis». La traducción del pasaje más importante de esta estela, prescindiendo de la fecha y las habituales alabanzas a las buenas obras que el rey tributa a su país día a día, dice así[53]: «Maravillas se han producido en la época de Su Majestad, en el sexto año de su reinado —nada parecido se llegó a ver en los tiempos de sus antecesores— por lo mucho que le quiere su padre Amón Re‘. Su Majestad pidió a su padre Amón Re‘, señor de Kárnak, una inundación para impedir que se muriera la gente en su tiempo. Todas las peticiones que surgen ahora de los labios de Su Majestad son satisfechas por su padre inmediatamente. (Cuando) llegó el tiempo de las inundaciones se mostraron éstas diariamente en grandes proporciones y duraron muchos días, subiendo cada día una vara. Penetraron en los montes del Alto Egipto y rebasaron los diques del Bajo Egipto».

«La tierra se convirtió de nuevo en agua, agua de inundaciones, y ya no se podían distinguir las islas del río. Éste alcanzó en los muelles de Tebas una anchura de veintiuna varas, un palmo y dos dedos y medio. Su Majestad mandó que le trajeran las crónicas de sus antecesores para comprobar las inundaciones que hubieran tenido lugar en su tiempo. Pero nada parecido pudo encontrarse. El cielo había llovido en Nubia y había hecho brillar todas las montañas. Cada cual tenía abundancia de todo en Nubia. Egipto estaba en gran alegría de fiesta y se bendecía a Su Majestad. Su Majestad estaba muy satisfecho por lo que su padre Amón había hecho por él y mandó por ello que se hicieran sacrificios a todos los dioses. Porque estaba contento de lo que había hecho su padre por él».

Y su Majestad dijo: «Mi padre Amón Re‘, el señor de los tronos de ambos países, ha hecho para mí cuatro bellos milagros en el curso del año, el sexto de mi reinado. (Algo) parecido no se ha visto desde los más remotos antecesores. Llegó una inundación tan grande que arrastró el ganado y puso a todo el país bajo agua. Nada parecido pudo hallarse escrito en tiempos de los antepasados y no hubo nadie que dijera: “Yo he oído (algo parecido) de mi padre”. Él (Amón) hizo espléndidos los campos para mí en toda su extensión, él mató las ratas (?) y las culebras que allí se encontraban; él impidió que las langostas ocasionaran daños y no permitió que el viento del sur las abatiese sobre la tierra. Yo he obtenido (de esta manera) una cosecha para doble número de graneros, que no pudo ser calculada, de cebada del Alto y Bajo Egipto y de todo tipo de grano que crece sobre la tierra».

«Vine de Nubia en medio de los hermanos reales que Su Majestad (Shabataka) había hecho venir. Cuando me hallé junto a él me eligió por encima de todos sus hermanos e hijos siendo ensalzado por Su Majestad delante de ellos. Conquisté los corazones de (mis)

súbditos y planté amor en cada uno. Fui coronado en Menfis después de que el halcón (Shabataka) hubiese volado hacia el cielo. Mi padre Amón me ordenó que todos los pueblos extranjeros fueran puestos bajo mis pies al sur hasta Rotehukabet y al norte hasta Kebehuhor, al este hasta la salida del sol y al oeste hasta donde se pone».

«Mi madre estaba en Nubia, o sea la hermana del rey, dulce de amor, madre reina Abar, bienaventurada. Yo me había despedido de ella cuando era un joven de veinte años, cuando me fui con Su Majestad al Bajo Egipto y ahora ella había venido al norte para verme después de (muchos) años. Ella me halló coronado sobre el trono de Horus después de haber recibido la corona y de haber unido ambas Uräen mientras que todos los dioses protegían mi cuerpo».

No necesitamos detenernos demasiado en la interpretación de estos datos; el texto habla por sí solo. Se ha querido deducir de él que Taharqa fue coronado por segunda vez como rey en el sexto año de su reinado, pero no existen pruebas suficientes. Lo que sí se deduce del texto es que el reinado de Taharqa fue para Egipto un período de gran bienestar. Al parecer había surgido en los años anteriores un peligro de grave escasez de alimentos a causa de la extrema sequía. Una extraordinaria inundación en el sexto año del reinado de Taharqa no trajo consigo las habituales consecuencias catastróficas sino que se convirtió en la base de un bienestar general. En el delta quedó entonces restablecida la tranquilidad. Por todas partes el piadoso rey hizo mucho bien a los templos y a los dioses, siguiendo el ejemplo de sus antecesores. Existen huellas del afán constructor de Taharqa desde Tanis en el extremo norte hasta el Jebel Barkal en el Sudán. Al parecer fue también reconocida su soberanía en los oasis libios y debe haber mantenido, a juzgar por la importación de productos extranjeros, intensas relaciones comerciales con Asia.

Durante sus estancias en Egipto parece haber residido preferentemente en Tanis y en Menfis. Precisamente en esta última ciudad, donde numerosos monumentos llevan su nombre, se hizo coronar rey de Egipto y del Sudán. Sin embargo, es en Tebas donde se han conservado los más importantes testimonios de la dominación etíope. Incitados por su devoción hacia Amón los príncipes kushitas convirtieron a Kárnak en el centro de su actividad constructora. Aunque en el Tercer Periodo Intermedio el inmenso recinto del dios tebano del reino no estaba en ruinas, sí había sido hasta cierto punto descuidado a causa de las menguadas ganancias y del traslado del centro político al norte del país. Los reyes etíopes se propusieron hacer resurgir Egipto a su antiguo esplendor. Sus esfuerzos se dirigieron sobre todo al embellecimiento y ornamentación de determinados edificios y a la construcción de pequeños santuarios dentro y cerca del inmenso recinto del templo. El gran templo, sin embargo, había sufrido menos en el curso de los años. En la explanada situada delante de la segunda entrada actual erigió Taharqa un templete sobre una columnata impresionante. Otras columnatas del mismo tipo pero de menores dimensiones fueron construidas bajo su reinado delante del templo de Amón, «que oye las oraciones de los suplicantes», al este del gran templo, delante del de Khonsu del ángulo sureste de las murallas y ante el templo de Amón-Re‘-Montu en la esquina opuesta. De esta manera el recinto del templo quedó dotado de entradas suntuosas en sus cuatro puntos cardinales. Los reyes etíopes contribuyeron a terminar los templos de otros dos dioses tebanos que compartían la residencia de Amón: Mut y Ptah. A su iniciativa se debe además la construcción de una serie de templos menores. De sus arquitectos son también probablemente los planos del templo de la diosa hipopótamo Opet que limita con el de Khonsu. Entre el templo principal y la parte norte de la muralla erigieron, o, si no ellos, las esposas divinas por encargo suyo, una serie de capillas en las que se adoraba al dios Osiris

bajo diferentes advocaciones. De esta manera hace su aparición oficial en Kárnak el culto de Osiris, que bajo las siguientes dinastías iba a ganar aún mayor fuerza. La rápida propagación del culto de Montu-Re‘ debe tal vez atribuirse a la creación de varias capillas en el sector norte de Kárnak. Finalmente hay que añadir que Taharqa construyó, entre el gran templo y el estanque santo, un típico templo de Re‘-Harakhte, en cuya proximidad se encuentra un fluviómetro del Nilo que probablemente también deba atribuírsele.

b) Las invasiones asirias

No fue sólo la dominación etíope lo que por entonces sofocó la independencia egipcia. Los príncipes kushitas hallaron en el resurgente imperio asirio un rival que aspiraba decididamente al imperio mundial. Hacía ya algún tiempo que se tenía en Egipto conciencia del peligro que amenazaba, como se demostró en la batalla de Qarqar (853), donde había luchado un contingente egipcio, junto a aliados de Asia occidental, contra Salmanasar III (Shulmānuasharēd). Después de este fallido intento de detener el empuje asirio se interrumpieron las relaciones egipcio-asiáticas. Esta situación duró aproximadamente hasta el año 730, en que se produjo un nuevo acercamiento al antiguo aliado. Oseas, rey de Israel, buscó apoyo en Egipto para sacudirse el yugo de la soberanía asiria. A raíz de ello Salmanasar V sitió durante tres años Samaria, hasta que ésta se entregó por fin en 722 a su sucesor Sargón II. Egipto al parecer siguió este episodio de las guerras asirio-asiáticas como espectador neutral, ya que ni la Biblia ni los anales de los reyes asirios aluden a una intervención armada procedente de la tierra del Nilo. Sin embargo, cuando dos años más tarde Sargón II se tuvo que enfrentar de nuevo a un levantamiento sirio, el egipcio Sibu, probablemente un general de Bokhkhoris, libró al lado del rey de Gaza una batalla en Rafia de la que salió derrotado. El rey asirio pasó entonces a contar a Egipto entre los países que le rendían tributo en el séptimo año de su reinado (715).

No está aún del todo claro el tipo de política que siguió frente a Asiria Shabaka, que se dejó reconocer rey legítimo en el Bajo Egipto a la muerte de Bokhkhoris. El hecho de que hubiese entregado atado, a Sargón II, al rey de Askhod que le había solicitado asilo, hace suponer que intentó ganarse la benevolencia de los soberanos asirios. Por otro lado es casi seguro que aprobase secretamente el levantamiento asirio de 711. Pero, sea como fuere, Shabaka sabía perfectamente que no lograría hacer caer el imperio asirio por las armas; naturalmente se puede suponer que en secreto apoyaba cualquier intento que tratase de frenar la expansión del poder asirio, aunque él sabía evitar el peligro de un conflicto abierto.

A Sargón II sigue en 705 su hijo Senaquerib (Sanherib). Éste derrota en su tercera campaña, cerca de Altaku, a un poderoso ejército constituido por «reyes egipcios, arqueros, carros de combate y caballos del rey de Etiopía» y que había acudido en auxilio de las ciudades rebeldes de Asia occidental. Después acampó Senaquerib cerca de Laquis y mandó sitiar Jerusalén. El rey Ezequías, sin embargo, se negó a rendir su ciudad. Mientras tanto se acercaba ya desde Egipto un nuevo ejército auxiliar bajo el mando del joven Taharqa. Senaquerib abandonó su campamento y se dirigió al encuentro del etíope. Es probable que no tuviera lugar la batalla y que Taharqa, al igual que Jerusalén, se salvara gracias a una epidemia de peste que se declaró en el ejército asirio y que es interpretada, por la Biblia y por los egipcios, como un milagro. Quién sabe si fue así. En todo caso, Senaquerib abandonó rápidamente Palestina y ya no volvió allí hasta su muerte.

En la época del reinado de Asarhaddón (681-669) trató de nuevo Taharqa, proclamado rey, de provocar disturbios en Palestina. Es incluso más que probable que tuviera parte en el levantamiento de Sidón, que el soberano asirio reprimió sangrientamente en 677. Después de su intento fallido del año 674, en el 671 mandó Asarhaddón a sus tropas penetrar de nuevo en Egipto. Él mismo describió el curso de esta campaña con las siguientes palabras: «(Entre las tropas de) Taharqa, el rey de Egipto y Kush, objeto de la maldición de su gran dios, organicé desde Ishupri hasta su residencia de Menfis, día tras día, sin tregua, un tremendo baño de sangre, en una franja de tierra de quince días. A él mismo le hice cinco veces una herida incurable con la punta de mi flecha. Sitié y conquisté su residencia de Menfis en medio día por medio de galerías, brechas y escalas; la arrasé y destruí y la dejé consumirse por las llamas. A su mujer, a sus segundas mujeres, a su príncipe sucesor Uskhanahuru y a sus restantes hijos e hijas, su propiedad, su finca, sus caballos, sus bueyes y todo su ganado conduje en innumerables cantidades a Asiria. Arranqué de Egipto las raíces de Kush. No he dejado allí a nadie para rendirme homenaje. En todo Egipto he impuesto nuevos gobernadores, administradores, inspectores de puerto, interventores y directores»[54]. Asurbanipal añade al relato de la campaña de su padre algunos detalles interesantes. Un número determinado de ciudades egipcias reciben nombres asirios. Veinte de los príncipes instituidos en las ciudades por Asarhaddón figuran con su nombre. Entre ellos encontramos a Nekao (I), señor de Menfis y Sais, y también a Montuemhat, príncipe de Tebas. Aunque Asarhaddón sólo había sometido el delta, al parecer se presentaron también representantes de las ciudades del Alto Egipto a testimoniarle vasallaje. Sin embargo, sería aventurado querer deducir de ello que se hubieran sometido voluntariamente al asirio y especulado con su apoyo para echar al etíope del país. Apenas dos años después se vio Asarhaddón obligado a emprender una nueva campaña contra Egipto en el curso de la cual murió. Le sucedió en el trono su hijo Asurbanipal (669-629).

Las campañas egipcias de éste, como las de su antecesor, nos son conocidas casi en su totalidad por fuentes asirias. Sobre su fecha, sin embargo, existe aún cierta inseguridad. En general se sitúa la primera campaña en el año 666. El rey sabía que Taharqa se había apoderado de nuevo de la ciudad de Menfis y que se disponía a enfrentarse contra los príncipes locales (que había impuesto su padre Asarhaddón en Egipto). Asurbanipal dio entonces la orden de acudir en ayuda de las guarniciones asirias. Ambos ejércitos se enfrentaron en Karbaniti y los egipcios fueron derrotados. Taharqa huyó hacia el sur y abandonó su flota a los vencedores. El asirio concentró sus tropas, las reforzó con contingentes sirios y egipcios y rechazó finalmente al etíope hasta Tebas. Las fuentes, en su mayor parte, silencian lo que sucedió después. Nada parece indicar que la capital del Alto Egipto hubiese caído en aquel momento en las manos de los vencedores. Sólo puede aceptarse con seguridad que, tras la retirada del ejército asirio de Tebas o de todo Egipto, estalló un levantamiento cuyos jefes fueron Nekao de Sais, Sharrulū-dāri de Tanis y Pekrur de Persopdu. Estos se hallaban precisamente negociando con Taharqa sobre una alianza, cuando fueron sorprendidos por Asurbanipal. Mandó castigar cruelmente las ciudades rebeldes y Nekao y Pekrur fueran llevados encadenados a Nínive. Entonces el asirio parece haber comprendido que era mejor ganarse de alguna manera la confianza de los egipcios, para poder conservar en el lejano país del Nilo sus intereses. Por ello se mostró generoso y dejó volver a Nekao cargado de regalos y de honores, le devolvió su antigua posición y nombró a su hijo Nabū-shēzibanni (probablemente el futuro Psammetiq o Psamético I) señor de Atribis. De esta manera quiso subrayar y restaurar definitivamente el carácter

unitario de la monarquía egipcia. La fecha de la segunda campaña de Asurbanipal se deja establecer con bastante seguridad, pues de las fuentes egipcias se deduce, sin lugar a dudas, que el fundador de la Dinastía XXVI, Psamético I, fechó el año 664 como primero de su reinado[55]. De ello se puede concluir que asumió en dicho año la sucesión de su padre Nekao. El historiador griego Heródoto, que pasa completamente por alto las campañas de conquista asirias en Egipto, cuenta en cambio que Nekao (I) fue muerto por el etíope Sabakoos, nombre bajo el que Heródoto resume toda la dinastía etíope. Es poco probable que se trate aquí de Taharqa, ya que éste no se detuvo en el delta en el año 664; antes podría tratarse de su sobrino y sucesor Tanutamón, que emprendió en el primer año de su reinado, poco después de la muerte de su antecesor, una campaña contra los príncipes del delta. Un relato de ello se conserva en la llamada «estela del sueño» que fue hallada junto con la estela de Piânkhi en Napata[56]. Al enterarse Tanutamón de la muerte de Taharqa acudió rápidamente a la capital etíope y se hizo coronar rey. Inmediatamente después se dirigió con un ejército al norte, pasó por Elefantina y Tebas, donde ofreció sacrificios a los dioses y llegó finalmente a Menfis. Ante las murallas de la capital del Bajo Egipto tuvo lugar una batalla de la que salió victorioso el etíope. Aunque Tanutamón no ofrece los nombres de los innumerables enemigos qué cayeron en este combate, se puede asegurar que Nekao, que sin duda había permanecido leal a su soberano asirio, perdió en él la vida. Según Heródoto, Psamético huyó entonces a Asiria, probablemente para inducir a Asurbanipal a que interviniese con las armas en Egipto. Mientras tanto Tanutamón había llegado hasta el delta. Esperaba obligar a los príncipes de aquellas ciudades a una batalla, pero como éstos no abandonaban sus fortalezas no tuvo el rey más remedio que retirarse de momento a su palacio de Menfis. Al poco tiempo aparecieron allí los príncipes del delta presididos por Pekrur de Persopdu para someterse voluntariamente y ofrecerle tributos. El rey se mostró satisfecho con estos honores y dejó partir a los príncipes a sus residencias. Aquí finaliza el relato de la estela.

Todo esto tuvo que ocurrir en la primera mitad del año 664. Taharqa murió probablemente al principio del año. La segunda campaña de Asurbanipal tuvo lugar inmediatamente después. En los anales del rey se describe de la siguiente manera: «En el comienzo de mi reinado, en los días de mi primera campaña me dirigí directamente a Malean y Melukhkha. Tanutamón, rey de Egipto y Kush, que había tenido noticia de la llegada de mi ejército en el instante que pasaba la frontera egipcia, abandonó Menfis y se refugió en el corazón de Tebas para salvar su vida. Los reyes, gobernadores e inspectores que había nombrado en Egipto Asarhaddón, rey de la tierra de Asur, el padre que me engendró, se me acercaron y abrazaron mis pies. Persiguiendo a Tanutamón llegué hasta Tebas, su fortaleza. Cuando vio el ímpetu de mi ataque abandonó Tebas y huyó a Kipkipi». Asurbanipal relata a continuación que conquistó Tebas y Heliópolis y que llevó consigo a Asiria un rico botín de «plata, oro, piedras preciosas, toda clase de bienes y tesoros de estas ciudades, vestidos bordados de lino, hombres y mujeres, grandes caballos (y) dos altas columnas de electrón puro cuyo peso era de 2500 talentos y que estaban colocados a la entrada del templo»[57].

Esta destrucción de Tebas que al parecer tuvo lugar en otoño de 664, no aparece mencionada en los textos egipcios. Ante los numerosos restos de la dominación etíope en Kárnak parece justificado preguntarse si la destrucción fue tan completa como pretende Asurbanipal. En todo caso la vida siguió en Egipto tras la retirada del asirio sin que se notase cambio alguno en el gobierno del estado o en la administración de los bienes de los templos. Cuando ya Psamético I tenía en sus manos el gobierno del delta se continuó en

Tebas reconociendo a Tanutamón como rey durante algún tiempo. En el noveno año de su reinado (655) el príncipe del delta unió el Alto Egipto a la corona saíta definitivamente.

c) El estado teocrático de Tebas bajo los etíopes

Después de este resumen de los conflictos políticos entre Etiopía y Asiria, de los que al fin y al cabo sólo se benefició Egipto con la obtención de su independencia, conviene examinar las bases en que fundaron su poder en Egipto los reyes etíopes, y cómo consiguieron mantenerlo. En primer lugar, salta a la vista que lejos de imponer su cultura a los vencidos se adaptaron por completo a las circunstancias egipcias e incluso hicieron suya la lengua de sus enemigos en las inscripciones oficiales. En su propio país mandaron construir templos y tumbas de puro estilo egipcio. En Tebas, donde se mostraron seguidores fervientes del culto de Amón, no rompió Piânkhi en absoluto con la tradición cuando hizo adoptar como heredera a Amenirdis, hija de Kashta, por la esposa divina Shapenupet (I). Así parece que procedió también Psamético I cuando impuso en 655 su gobierno a la Tebaida. Por lo visto se temía limitar la independencia de este estado teocrático, cuya firme organización había permanecido inmutable incluso en épocas de violentos conflictos políticos. Si Piânkhi había esperado que la influencia etíope fuese aumentando en Tebas, le demostraron los acontecimientos en cierto modo lo contrario, pues esta medida no resultó por sí sola suficiente. Bajo la dinastía etíope no renunció el estado teocrático a un solo privilegio de su soberanía. Ni su poder quedó limitado ni su influencia contenida. Únicamente se nombraron nuevos órganos de administración.

Desde la adopción de Amenirdis, la esposa o adoratriz divina asume cada vez más poder terrenal. Si bajo la XVIII Dinastía las esposas divinas eran en su mayoría madres o esposas de reyes, las esposas divinas de la era libia, etíope y saíta eran hijas de reyes, que pasaban su vida sin casarse, dedicadas al servido de Amón y cuya sucesión quedaba asegurada por la adopción. A Amenirdis (I) sucedió Shapenupet (II), hermana de Piânkhi. Después de ella vino Amenirdis (II) hija de Taharqa. Con los soberanos saítas se llega a acentuar esto aún más. Bajo las Dinastías XXV y XXVI la esposa divina alcanza su máxima dignidad como encarnación del estado teocrático, consagrado a Amón. Disponía de una corte propia que se componía de dignatarios de diferente categoría presididos por un mayordomo: emisarios, guardias de palacio, ayudas de cámara, criados, discípulos, escribas, artesanos, etc. Estaba rodeada de un harén divino compuesto de cantantes no casadas, procedentes de todas las clases de la sociedad que designaban a sus sucesoras también por adopción[58]. Su poder terrenal, como única representante permanente de la casa real, se veía acentuado por el hecho de que su título oficial imitaba el del rey, de que llevaba su nombre inscrito en un anillo real y podía erigir monumentos según su voluntad. Su reino, del que era única soberana, dependía sólo del faraón que, con su ayuda, ampliaba desde la metrópoli su control sobre el aparato estatal. Sus vasallos, sin embargo, la consideraban menos como portadora de poder político que como gran sacerdotisa del dios real Amón, cuyos deseos seguía de buen grado a pesar de su origen extranjero.

Está claro que esta situación no se puede definir como una vuelta a la forma de gobierno teocrático de las Dinastías XXI y XXII. Sobre todo, no se hallaba concentrado todo el poder en el sumo sacerdote de Amón. Éste asume a partir de entonces únicamente el primer lugar del servicio de honor, pero incluso en este aspecto dominaba la esposa divina. Además carecía del derecho de voz y voto en cuestiones militares. Es característica la

escasez de datos sobre la composición y organización del ejército de ocupación que aparece en las fuentes de la época etíope. Entre los soberanos tebanos cuyos nombres nos son conocidos por papiros e inscripciones no aparecen auténticos militares. Sin embargo, la función del sumo sacerdote de Amón continúa siendo tan importante que Shabaka le quiso poner bajo su control. Confió ésta a su hijo mayor Harmaquis y se atuvo así a la tradición de la dinastía libia. Sucedió a Harmaquis su hijo Harkhēbis, que ocupaba aún este cargo en el año catorce del reinado de Psamético I[59].

Bajo las dinastías libias también había sido siempre un pariente de la casa real el segundo profeta de Amón. Durante el período de Shabaka ocupó este cargo Neshordehdet, de cuya familia se sabe poco. Bajo Taharqa vemos aparecer a su hijo Nesshutefnut como segundo profeta. A lo sumo permaneció en este puesto hasta los primeros años del reinado de Psamético I, ya que no se hace mención de él en los documentos saítas. Probablemente le sucedió, a su muerte o dimisión, Montuemhat, el cuarto profeta de Amón. Éste cumplía realmente las condiciones necesarias para poder aspirar a tal cargo, gracias a su matrimonio con la nieta del rey kushita Udjarenes. El tercer profeta de Amón que ejerció el cargo en Tebas, al final de la XXV Dinastía fue muy probablemente Petamunnebnesuttaui, conocido como contemporáneo de Psamético I. Procedía de una familia muy sencilla[60], pero uno de sus sucesores, que tenía el mismo nombre, se casó con Diisethebsed, hija del rey, reanudando así la tradición de las casas reinantes libias, que habían confiado este cargo a los parientes de los cónyuges.

La ocupación de estos tres importantes cargos sacerdotales por hombres que no ejercían prácticamente el supremo poder religioso, sino que a lo sumo lo representaban simbólicamente, hizo pasar a primer plano en la administración del estado teocrático a un hombre que había ocupado en el culto de Amón solamente el cargo de cuarto profeta: Montuemhat[61]. Procedente de una familia que contaba entre sus miembros con una serie de ministros de estado y alcaldes de Tebas, fue acogido como *homo novus* en la suprema comunidad de Amón. Ya en la época de Asarhaddón fue tan considerable su autoridad en asuntos puramente políticos que el asirio lo reconoció como príncipe (*sharru*) del estado teocrático. Como durante la ocupación etíope supo maniobrar hábilmente y reforzar constantemente su posición en el gobierno, se reveló indiscutiblemente bajo Psamético I como una de las personalidades más fuertes de su tiempo y como el auténtico gobernador de Tebaida. En una de sus inscripciones autobiográficas dice de sí mismo: «Yo fui príncipe de la región de la Tebaida y todo el Alto Egipto se hallaba bajo mi gobierno (desde) Elefantina como región fronteriza al sur (hasta) Hermópolis al norte». Cuando en el noveno año de su reinado (655) Psamético I hizo que la esposa divina adoptara como heredera a Shapenupet, ocupó el nombre de Montuemhat un lugar destacado en la lista de los notables tebanos que ayudaron a la joven princesa a afianzarse en su nueva dignidad. Cinco años más tarde el mismo Montuemhat inauguraba una procesión de altos dignatarios religiosos que rendían homenaje a la sagrada barca de Amón, que aún llevaba las insignias de Taharqa[62]. Poco después debió morir. Su impresionante mausoleo se encuentra junto a otros en el Asasif, donde hallaron su última morada algunos de sus más famosos contemporáneos.

Aunque los títulos que preceden al nombre de Montuemhat en sus numerosos monumentos son de muy diversa índole, no cabe duda de que bajo Taharqa, y más aún en los primeros años del reinado de Psamético I, llegó a gobernar a su albedrío sobre el Alto Egipto. El estilo de sus inscripciones es muy característico en este sentido. Mientras que las esposas divinas permanecían conscientes de su dependencia del rey reinante, sus

dignatarios se mostraban fieles siervos y los más altos funcionarios de los templos y de la administración del estado veían oscurecida su autoridad, se alzó Montuemhat hasta el rango de soberano: «Yo soy alguien que hace celebrar en Tebas una fiesta (porque hace) más (por la ciudad) de cuanto hicieron reyes anteriores». También se preciaba de haber erigido y restaurado monumentos en Tebas y en otros sitios, ignorando al rey que únicamente podía dar el permiso necesario. «Mi corazón no se cansó, y no dejé caer los brazos hasta haber reconstruido (todo) lo que había encontrado en ruinas». La concentración de tanto poder en una sola mano creó en Tebas una situación inestable a la muerte de Montuemhat. Psamético I no necesitó emplear la violencia para integrarla a su reino del Bajo Egipto. Se rindió voluntariamente y se dejó someter poco a poco. Si bien es cierto que los sacerdotes de Amón continuaron siendo bajo los soberanos etíopes el grupo más considerado, influyente y mejor situado del clero tebano, no es menos cierto que en estos años también los sacerdotes de Montu hicieron una rápida evolución. Gracias al descubrimiento del llamado escondite de Kárnak, en que el arqueólogo francés C. Legrain halló docenas de ilustraciones con inscripciones[63], se presentaron muchas posibilidades para el estudio de la formación de las tribus de grandes familias de sacerdotes. Aunque aún no se ha publicado la mayor parte de estos textos, se puede suponer que su importancia prosopográfica también es considerable para la época de la dominación etíope. Con la publicación de este material se verá sin duda con mayor claridad la organización del culto de Amón. Además existe la esperanza de obtener una visión más clara de las funciones sacerdotales y de los cargos subordinados del templo. Por el momento, nuestros conocimientos sobre los sacerdotes de Montu dependen de los múltiples sarcófagos u otros objetos funerarios hallados en la región de Deir el-Bahari. Parece que el clero del dios de la guerra tebano convirtió, a finales de la XXV Dinastía y a principios de la XXVI, el famoso templo de los muertos de Hatshepsut y sus inmediatos alrededores en una gigantesca necrópolis. Ya hacia mediados del siglo pasado fueron hallados numerosos sarcófagos de sacerdotes de Montu en excavaciones clandestinas. Las excavaciones posteriores, llevadas a cabo por expediciones inglesas, americanas y francesas, han aumentado considerablemente este número. Es de lamentar, sin embargo, que estos hallazgos estén ahora esparcidos por muy diversos museos y colecciones; había que rectificar esta situación para poder obtener una imagen clara del orden cronológico de las generaciones y de las relaciones de parentesco de esta extensa comunidad de sacerdotes. Por el momento sólo existe suficiente documentación acerca de dos familias: la de Besenmu-Ankhefenkhonsu y sobre la de Khonsumes-Djedisetiufankh, que proceden —cada una a través de una rama diferente— de Uenennefer, tercer profeta de Amón, uno de los antecesores de Petamunnebnesuttaui.

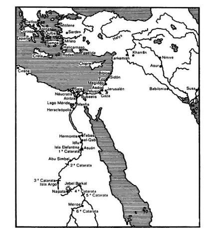


Fig. 7. Egipto y Asia Menor.

Comparada con los escasos datos que existen sobre el aparato administrativo de Tebas, esta enorme cantidad de información sobre el clero, hace suponer que la capital del Alto Egipto fue convertida bajo los etíopes en un auténtico estado sacerdotal, en el que únicamente destacaba Montuemhat como auténtico soberano político. No se puede uno

sustraer a la idea de que bajo la XXV Dinastía se creó una situación que condujo a una desvalorización general de la función del estado. Al parecer, las consecuencias de este hecho se hicieron sentir particularmente en la antes tan influyente institución del visirato, primer órgano administrativo del estado. Es poco probable que sólo un visir sustituyese a otro; ya que para eso eran demasiados. El título tenía casi siempre, al parecer, un carácter simbólico y era heredado del padre al hijo. Una sola familia de visires parece haberse apartado finalmente de esta confusión general de términos para reconquistar sus derechos: la de Nespamedu-Nespakashuti, que probablemente procedía de Abidos[64].

6.El Renacimiento Saíta.

I. PSAMÉTICO I Y LA FUNDACIÓN DEL ESTADO FARAÓNICO DE SAIS

Desde que, hacia el año 950 a. C., subió al trono de los faraones un oficial de ascendencia libia llamado Sheshonq, pasaron también para siempre los tiempos en que monarcas de sangre egipcia dirigían los destinos del valle inferior del Nilo. Sin embargo, la antiquísima cultura egipcia había de ser aún durante siglos lo bastante poderosa como para dominar a los nuevos detentadores del poder político no egipcios, cuya serie había iniciado Sheshonq I. Libios y nubios asimilados se convirtieron así en los principales defensores de la cultura egipcia frente a los imperios de Asia Anterior que, desde que el estado asirio se convirtió en poder mundial, hacia la mitad del siglo VIII a. C., dominaban el escenario político del Oriente.

Hacia el año 663 a. C. llegó, sin embargo, un momento en el que el imperio asirio había alcanzado frente a estas fuerzas el máximo auge de su poder exterior. Entonces había fracasado el último intento de un rey de Napata —la capital del país llamado en la Antigüedad Etiopía (que no se debe confundir con la actual Etiopía, equiparable a Abisinia) situada al pie de la cuarta catarata del Nilo— de disputar a los asirios la posesión de Egipto.

Incitado, al parecer, por una visión que tuvo en sueños, Tanutamón, rey de Etiopía, había remontado el Nilo y había derrotado en Menfis a los vasallos de los asirios del Bajo Egipto. Ante la llegada del ejército del soberano asirio Asurbanipal tuvo que emprender la retirada. Ni siquiera pudo evitar que los asirios tomasen y saqueasen Tebas, ciudad sagrada de Amón, dios tan venerado por los etíopes. Con la retirada a Nubia de Tanutamón finaliza, sesenta años después de la campaña triunfal del rey Piânkhi de Napata por Egipto (hacia el 725 a. C. o poco antes), la época de la dominación etíope sobre el valle inferior del Nilo. Desde Nubia habían reinado los etíopes sobre Egipto como fieles servidores del dios egipcio Amón, conservando todas las formas faraónicas. Ante el poder militar del rígidamente organizado estado asirio, al que se habían enfrentado los etíopes primero en Palestina y luego en el mismo Egipto, el reino faraónico de estos nubios demostró su inferioridad.

En las luchas entre etíopes y asirios por la posesión de Egipto, un grupo de pequeños príncipes establecidos allí habían tratado de conservar por medio de una política de equilibrio una cierta independencia entre ambas partes. Un relato del rey asirio Asurbanipal habla de veinte príncipes, de los cuales la mayoría se encontraba en el Bajo Delta. Entre ellos figuraba un cierto Nekao (Nekho) —así pronunciamos su nombre siguiendo la costumbre griega— que hacia el año 667 había estado comprometido en un fracasado levantamiento contra los asirios. Llevado prisionero a Nínive, había sido perdonado por el rey Asurbanipal, que le restituyó sus antiguos dominios. A éstos pertenecía Sais, la ciudad natal de Nekao, situada en el delta noroccidental, así como Menfis. El hijo de Nekao, llamado Nabū-shēzibanni por los asirios (que muy probablemente sea Psammetiq, su sucesor), obtuvo además de Asurbanipal la ciudad de Atribis situada cerca de la actual Benha. No cabe duda de que el rey asirio le había

concedido esta gracia por razones políticas. De hecho esta actitud se vio recompensada, pues Nekao y Psamético lucharon a favor de los asirios ante el avance del rey etíope Tanutamón. Nekao halló la muerte y su hijo Psamético tuvo que huir con los asirios que le reinstauraron después de la expulsión de Tanutamón. Junto con varios pequeños príncipes, que habían adoptado una actitud parecida, Psamético gobernó Egipto desde entonces como vasallo del rey Asurbanipal. Estos acontecimientos (la caída del príncipe Nekao, la huida y la restauración de su hijo) pertenecen a los años 664 y 663 a. C.[1]

¿Cuál es el origen de la familia de Nekao y de Psamético? Se ha pensado que era de origen etíope y que su poder egipcio procedía de un rey etíope anterior, pero esto es poco probable. Por el contrario, todo parece indicar que Nekao y Psamético procedían del círculo de los príncipes cuyo poder se había extendido algunas generaciones antes sobre el mismo territorio. El príncipe Tefnakht de Sais era, hacia 725, el principal enemigo del etíope Piânkhi y había sido vencido por él pero no eliminado. Bokhkhoris, hijo de Tefnakht, que sucedió a su padre en el poder, había encontrado la muerte en 715 en lucha contra Shabaka, sucesor de Piânkhi. Tefnakht aparece en las inscripciones de su enemigo Piânkhi bajo el título de «príncipe de Ma», abreviatura de Mashawash. Era, por tanto, como todos los soberanos de entonces en el Bajo Egipto, jefe de los sucesores de los mercenarios libios de los faraones del Imperio Nuevo, que se había convertido en una casta hereditaria de guerreros. Los griegos llamaban *mákhimoi* a los miembros de esta casta de guerreros egipcios de origen libio. También en Nekao y Psamético hemos de ver príncipes *mákhimoi*. No se puede determinar si procedían de la familia de Tefnakht y de Bokhkhoris o de sus cercanías. En todo caso no eran en modo alguno egipcios en el sentido estricto de la palabra.

Entre los príncipes vasallos de los asirios que tras la expulsión de los etíopes gobernaron Egipto para el emperador de Nínive, fue Psamético sin duda el más poderoso desde el principio. Decisivo para su posterior subida fue que el rey de Asiria, Asurbanipal, se viera obligado, poco después de su definitiva victoria sobre los etíopes, a emplear casi todo su ejército en el sureste de su reino contra la tierra de Elam y la provincia rebelde de Babilonia. Casi dos décadas, hasta la caída de Babilonia (648) y la toma de Susa, capital tenazmente defendida de los elamitas (hacia 640), estuvo empeñado en este escenario de la guerra el principal ejército asirio. Mientras tanto Psamético logró la supremacía sobre todos los demás soberanos de Egipto, que estaba abandonado casi por completo a su suerte. Eliminó violentamente a la mayor parte de los príncipes que le rodeaban. A otros se los pudo ganar: está demostrado que lo consiguió con los llamados «maestros de barco» de Heracleópolis (situada a dieciséis km al oeste de la actual Beni Suef), lo cual constituía un triunfo importante porque estos príncipes de Heracleópolis no sólo eran la familia más poderosa del Medio Egipto, sino que además desempeñaban un papel muy importante en la navegación fluvial hacia el Alto Egipto. También algunos de los pequeños príncipes del delta pudieron someterse voluntariamente a Psamético. Así se convirtió el saíta en pocos años en el amo de todo el Bajo y Medio Egipto sin que lo pudiera impedir su soberano asirio.

En el noveno año de su reinado (656 a. C.) consigue finalmente Psamético la anexión de Tebas, ciudad del Alto Egipto, a sus dominios. En el Alto Egipto se había producido un cierto vacío de poder con la retirada de Tanutamón a Nubia y el saqueo de Tebas por los asirios. La máxima autoridad residía en una sacerdotisa, la «esposa divina de Amón», una princesa soltera que heredaba su alto cargo por adopción. Junto a esta «esposa divina de Amón» llamada Shapenupet, hija del rey etíope, se hallaba como consejero y

gobernante terrenal el príncipe Montuemhat. Éste había demostrado ser un fiel partidario de los etíopes a través de todas las vicisitudes. Psamético ordenó a la esposa divina reinante que adoptase a su joven hija Nitocris como sucesora, lo que tuvo lugar en marzo del 656, en una solemne ceremonia en la que Shapenupet también hacía entrega a su hija adoptiva, la princesa saíta, de la gran fortuna vinculada a su rango de princesa espiritual. Estos acontecimientos de 656 no significaron cambio externo alguno en las formas de la teocracia que regía en Tebas la esposa divina de Amón, pero en realidad Psamético pasó a ejercer el poder también en el Alto Egipto y, por consiguiente, en todo el país.

Probablemente fue entonces cuando Psamético se decidió a hacer algo que el rey asirio Asurbanipal narra sucintamente. Giges, rey del reino lidio de Asia Menor, había dejado de enviarle emisarios. A cambio había enviado sus tropas en ayuda de «Pisamilki», el rey de Egipto que había sacudido «el yugo de mi dominación». Al parecer, Psamético, cuando hubo triunfado sobre sus rivales, dejó sencillamente de mandar tributos a Nínive. Ante estos hechos los asirios tuvieron que admitir que había concluido su supremacía sobre el valle inferior del Nilo que tanto esfuerzo les había costado.

La historia griega, sobre todo el famoso historiador Heródoto, que viajó por el valle del Nilo doscientos años después de la subida al poder de Psamético no dice nada de la dominación asiria sobre Egipto, pero sí sabe que «hombres de bronce», griegos, jonios y carios, habían desembarcado en Egipto y entrado al servicio de Psamético. Con su ayuda había triunfado éste sobre sus adversarios egipcios. Los primeros que iniciaron la carrera ascendente de los griegos sobre suelo egipcio, aun antes de que llegasen las tropas de auxilio de Giges, fueron, al parecer, los piratas que desembarcaron en el delta y que fueron reclutados por Psamético para su ejército.

La sumisión de los diferentes soberanos locales, la nueva unificación de Egipto en un estado armónico y al mismo tiempo la independización de la tierra del Nilo del imperio de los asirios, es una de las caras de la obra realizada por el saíta Psamético. Gracias sobre todo a los datos de Asurbanipal y a los relatos griegos, aunque sean breves los primeros y llenos de leyendas los segundos, nos podemos hacer de todo ello una idea bastante completa. De los textos contemporáneos egipcios que contienen datos biográficos podemos extraer la otra cara de esta obra: la reorganización interna del estado faraónico. Cuando en la segunda mitad del siglo IX y en el siglo VIII se descompone el estado de los «faraones-soldados» de origen libio en un conglomerado de pequeñas formas de poder, se producen situaciones feudales en el país que en los tiempos de su viejo esplendor había sido un estado de funcionarios con un rey en el poder central. Ni la época de los etíopes ni la dominación asiria habían de producir cambio alguno. Psamético organizó un estado nuevo y disciplinado. El funcionario real vuelve a ocupar el sitio del señor feudal. Podemos seguir incluso el proceso por el cual la casa de los «constructores de barcos» de Heracleópolis, que desde el principio estuvo unida a Psamético, fue perdiendo, aún en vida de éste, la influencia que había ejercido antes sobre todo el Medio y el Alto Egipto. Continuó existiendo, sin embargo, la estirpe y nos encontramos con uno de sus miembros en la época de Alejandro Magno. Pero ya no había sitio en el estado de Psamético para su antigua posición independiente, ni siquiera para una semiindependencia. Del mismo modo podemos comprobar que quedó muy limitada la libertad de acción de los personajes rectores del Estado divino de Amón de Tebas, como, por ejemplo, el príncipe Montuemhat. En cambio, en el Alto Egipto aparecen los nuevos funcionarios nombrados por Psamético en las posiciones clave. Es sintomático que hallemos en lugares situados tan al sur como Tebas, el-Kab y Edfu a un hombre que fue tal vez una especie de gobernador general de todo

Egipto, pero que en realidad procedía del Bajo Egipto. Él y otros muchos funcionarios importantes de este tiempo procedían sin duda del estrecho círculo que rodeaba a Psamético. Es muy probable que estos hombres, lo mismo que la dinastía, fueron más a menudo de origen libio que auténticos egipcios. La cabeza del nuevo aparato estatal estaba en Menfis, en el centro geográfico del territorio del estado, «la balanza de los dos países, Alto y Bajo Egipto». Sais, la ciudad de origen de la dinastía, fue a su vez la auténtica ciudad real, donde se situaron las tumbas de Psamético y de sus sucesores.

La reorganización del ejército tampoco habría de constituir un problema para Psamético. Con energía y habilidad supo resolverlo este faraón. Como ya dijimos, Psamético mismo procedía con toda probabilidad de la estirpe de guerreros de origen libio que los griegos llamaban *mákhimoi*. Estos estaban, naturalmente, estrechamente vinculados al sistema feudal de los siglos anteriores, abolido por Psamético. Parte de los *mákhimoi* podrían pasar como partidarios de Psamético; otros, sin embargo, eran vasallos de los pequeños príncipes que él había eliminado. Psamético dio una nueva orientación al ejército al conservar en el país a los griegos y carios reclutados aún después de vencer a sus adversarios. Era entonces la época de la gran coalición griega. El motivo que llevaba a muchos griegos y carios al extranjero era la necesidad de hallar en alguna parte, fuera del mundo superpoblado del Egeo, una nueva patria. Ésta se la ofreció Psamético en Egipto creando auténticas colonias de guerreros para sus soldados extranjeros. Sus mercenarios griegos y carios no eran aventureros que cambiaban de amo con frecuencia, sino colonos que obtenían tierras y se comprometían a cambio a prestar sus servicios al faraón.

No sólo griegos o carios se establecieron de esa manera en Egipto. También nubios, libios, fenicios, sirios y sobre todo judíos desempeñaron un papel parecido. Los últimos tenían su guarnición principal en el extremo meridional de Egipto, en la isla Elefantina, cerca de Asuán. Allí pudieron erigir los soldados-colonos judíos un templo a su dios Yahvé.

Los puestos de alto mando quedaron reservados a los oficiales del país procedentes de los círculos de Psamético. Estos tenían el cometido nada fácil de hacer de estos guerreros afincados en Egipto, de lenguas tan dispares, un instrumento militar eficaz, y de mantenerlo preparado. Esta misión se veía dificultada por el natural resentimiento que reinaba entre los antiguos *mákhimoi* contra los colonos extranjeros. Un relato de Heródoto, algo fantástico en sus detalles, pero histórico en su esencia, deja entrever que una parte de los *mákhimoi* se separó de Psamético pasándose al rey etíope del sur. Este acontecimiento refleja las tensiones que existían inevitablemente en el seno del ejército saíta.

Trayendo Psamético al país soldados-colonos de «ultramar», abrió el camino de Egipto, automáticamente, a un torrente humano aún mucho más caudaloso. Fue sobre todo el comerciante griego el que siguió al Nilo a sus paisanos militares. Pronto surgió un nuevo oficio: el de intérprete. La presencia en Egipto de los hombres del mundo egeo traería pronto consigo las más diversas relaciones con sus países de origen, al otro lado del Mediterráneo oriental.

Durante cuarenta y cinco años dirigió Psamético I de Sais el estado faraónico que había reorganizado (664-610 a. C.). Indicó a sus sucesores el camino por el que éstos guiaron a Egipto hasta la conquista por los persas. La creación del estado de Psamético es una de las obras personales e individuales que registra la Historia. El reino saíta no nació para revivir el antiguo Egipto de cara a una nueva actividad histórica, sino por obra y gracia de un hombre que se propuso aprovechar una constelación muy peculiar de fuerzas internas egipcias y, sobre todo, extranjeras. A él, el libio Psamético, que no era un egipcio en el

sentido estricto de la palabra, y a su casa debe el nuevo estado, que habría de ser durante ciento treinta años una de las primeras potencias del mundo de entonces, algo más que su existencia. Tampoco el apogeo económico que acompañó en Egipto al nuevo impulso político fue el único fruto de esta obra. Antes bien, la obra de Psamético hizo posible un nuevo despertar de la antigua cultura egipcia, sumida durante siglos en el letargo, que podemos calificar de «renacimiento saíta».

II. LA CABEZA BIFRONTE DEL EGIPTO SAÍTA

El Egipto de la época saíta tiene una doble faz característica. El estado creado por Psamético había nacido en un campo de tensiones de ámbito mundial que se extendía desde el sur de Nubia hasta las potencias del norte y el este del reino asirio, pero también hasta las islas y costas del mar Egeo. Después de su consolidación, el estado faraónico de los saítas quedó ligado definitivamente a las mudanzas de fortuna que irían haciendo la historia del viejo mundo. Si tribus nómadas de bárbaros del Cáucaso invadían el reino asirio, si en Babilonia se libraban los caldeos de la dominación asiria, si en Mesopotamia luchaban el reino decadente de los asirios con los caldeos y los medos, o en Asia Menor los medos contra los libios, o si en el Irán destronaba el aqueménida Ciro al rey medo Astiages, tales acontecimientos repercutían en el Egipto de los saítas. Más aún: todos estos sucesos provocaban una y otra vez acciones y reacciones políticas por parte de los faraones de Sais. A esto se añadió que los saítas fomentaban conscientemente la participación de los elementos extranjeros en el país del Nilo, a través de los soldados colonos o de los comerciantes. Las relaciones con Grecia, sobre todo, se hicieron cada vez más intensas. El sistema político que mantuvo todas estas relaciones con tan diversos países, abierto al mundo y en cierto modo «moderno», representa una de las caras del Egipto saíta. Una imagen completamente diferente nos ofrecen en cambio las formas de expresión de la cultura y el arte, las corrientes intelectuales dominantes en el Egipto de aquel tiempo. Todas nacían del mismo sentimiento: la realización de un ideal que se orientaba hacia el propio pasado remoto. Lo que se quería era nada menos que una vuelta al Imperio Antiguo y Medio de los faraones, tal y como se imaginaba a aquél. Lo que se rechazaba, con plena conciencia, era la evolución que inició Egipto poco después de la constitución del Imperio Nuevo, la evolución de un milenio entero. Se hubiera deseado que no hubiera existido. En todos los diversos aspectos de la vida siguió el Egipto saíta esta tendencia. En las artes plásticas el estilo se ciñe lo más estrechamente posible a las obras del Imperio Antiguo y Medio. La manera de vestir y los peinados se representaban como había sido costumbre en aquellos remotos tiempos. Los cargos públicos de los dignatarios se nombraban con títulos muy antiguos. En las inscripciones se trataba de imitar la lengua clásica ya en desuso y la correspondiente forma de escritura. Incluso textos enteros, por ejemplo, textos fúnebres, se adoptaban literalmente. Las pirámides y las tumbas de los reyes de la época antigua eran restauradas cuidadosamente, el culto religioso de los faraones muertos milenios antes era mantenido con profundo respeto.

También en otros aspectos era el Egipto de la época saíta un país de marcada religiosidad. La gran admiración por el pasado hizo que se diese la mayor importancia a las formalidades y fórmulas del culto. Un catálogo dedicado por completo a los preceptos rituales, prescripciones de comida y temas semejantes alcanzó una importancia que nunca hubiera tenido antes. El «cumplimiento de la ley», o sea, de la rígida ley religiosa, era,

según los sacerdotes exponentes de esta religiosidad egipcia, el criterio supremo al que se tenía que someter tanto la vida del estado como la del individuo.

Se unía a todo esto un exclusivismo cada vez más acentuado. El que no se atenía a las innumerables normas formalistas de la religión egipcia era considerado «impuro». Naturalmente, esto afectaba sobre todo a los extranjeros que no observaban los preceptos rituales y las prescripciones de comida de la religión egipcia. «No les está permitido a los egipcios comer con los hebreos, y lo juzgan pecaminoso», dice el Antiguo Testamento (Gén. 43, 32). El rechazo tajante de la época del Imperio Nuevo, en que Egipto era potencia mundial y estaba, precisamente por ello, en íntimo contacto con el exterior, era también una consecuencia de esta actitud. Es significativo que las divinidades extranjeras que se habían introducido en aquel tiempo en Egipto quedasen proscritas y fueran retiradas del panteón. Incluso el antiguo dios egipcio Seth, que había sido especialmente venerado durante la segunda mitad del Imperio Nuevo y que había llegado a dar su nombre a varios faraones, sufrió la misma suerte, y ello no sólo porque en la mitología desempeñase el papel del asesino de Osiris, sino sobre todo porque era el «dios del extranjero».

Esta actitud tenía que conducir forzosamente al fanatismo. Las masas en la época egipcia tardía mantenían un acusado primitivismo y más de una vez el fanatismo tenía que producir descargas sangrientas.

Todas estas tendencias (el afán de resucitar un pasado lejano, la exacerbación de la religiosidad, el aislamiento frente a los extranjeros «impuros») ya se habían manifestado antes de la época saíta, sobre todo bajo la dominación etíope. Pero fue entonces cuando alcanzaron su máxima expresión.

Un estado como el saíta, inmerso en el mundo de los siglos VII y VI, y un Egipto apartado de las tendencias culturales y religiosas de su época se hallaban por su naturaleza misma en contradicción. Ambos desarrollaron poderosas fuerzas. Su simultaneidad, las tensiones entre uno y otro, pero también los compromisos entre la casa reinante y los sacerdotes como principales exponentes de ambas tendencias, determinaron la imagen histórica del Egipto de la época de los saítas.

III. EL REINO SAÍTA, LOS ESTADOS DE ASIA ANTERIOR Y EL MUNDO GRIEGO

Tras la quiebra de la supremacía asiria sobre Egipto con Psamético, hacia el año 655, no volvieron los asirios a tratar de someter las tierras del Nilo. Tampoco después de la toma de Susa y de Babilonia estuvieron en condiciones de intentarlo. Por el contrario, el rey asirio se vio pronto, en todos los frentes, reducido a la defensiva. El peligro más grave lo constituían las tribus del norte y del nordeste, los cimerios, los escitas que les seguían procedentes del Cáucaso y, finalmente, los medos del noroeste del Irán. Los escitas llegaron sembrando la destrucción por los países de Asia Anterior (630-625 a. C.) incluso hasta el sur de Palestina, acercándose a las fronteras de Egipto. Sin embargo, Psamético, cuyas tropas ya habían penetrado en Palestina meridional en los años inmediatos a la supresión de la dominación asiria sobre Egipto, pudo rechazar a los escitas. Probablemente durante su persecución pudo conquistar la ciudad de Asdod de la que nos habla Heródoto (hacia 625 a. C. o poco después). En aquel tiempo había dejado de constituir un peligro para Egipto el ya debilitado imperio asirio. Desde la nueva insurrección de Babilonia en el año 626, cuando se había hecho independiente el príncipe caldeo Nabūaplauṣur (Nabopolasar) y la

casi simultánea subida al trono del rey medo Ciaxares, que por primera vez en la historia había sabido reunir en un poderoso estado las tribus de las montañas del noroeste del Irán, Asiria se veía amenazada en su propia existencia.

Una crónica babilónica nos deja ver los acontecimientos que tuvieron lugar a partir del año 616 a. C. en Mesopotamia. En aquel tiempo se hallaban en lucha los asirios y los caldeos de Babilonia. En estas luchas intervino Psamético, faraón de Egipto. Mas no lo hizo para participar en la desmembración del imperio asirio. Al contrario, un ejército auxiliar enviado por él obligó al rey caldeo Nabopolasar a retroceder hasta Babilonia (616 a. C.). ¿Qué es lo que pudo haber movido al faraón a intervenir en favor de su antiguo soberano, al que había expulsado de Egipto, en un escenario tan lejano?

Existe una sola explicación plausible: Psamético tuvo que haber comprendido que Asiria había dejado de ser un peligro para Egipto, pero que un nuevo gran imperio de Asia Anterior, construido sobre las ruinas de Asiria, tal vez no se detuviera en las fronteras de Egipto. Su actitud sólo se puede comprender como resultado de una visión profunda de la situación política del Asia Anterior de entonces y, sobre todo, de su trasfondo espiritual. Allí existía ya desde hacía bastante tiempo la idea del imperio universal. En tales circunstancias el interés por la supervivencia egipcia requería una intervención activa en favor de la potencia más débil para mantener en Asia un equilibrio de fuerzas. Si esto no se lograba el peligro para Egipto era inmenso.

La ayuda de Psamético significó para los asirios un alivio, aunque pasajero. En el año 614 conquistaron y destruyeron los medos y los caldeos aliados la antigua capital asiria de Asur. Dos años después sufría Nínive la misma suerte: en el verano de 612 fue asaltada y arrasada. Con grandes esfuerzos pudo mantenerse, al oeste de las principales tierras asirias perdidas, un príncipe llamado Ashshuruballiṭ. En Kharrān (al sur de la ciudad de Urfa, situada hoy en territorio turco no lejos de la frontera siria) se hizo proclamar rey de los asirios en lugar de Sinsharishkun, que había muerto en la destrucción de Nínive. Sin embargo, ya en el año 610 perdió también esta ciudad y tuvo que retirarse más allá del Éufrates. Ese año moría en Egipto el viejo faraón Psamético después de cincuenta y cuatro años de reinado.

No menos que en Asia Anterior desarrolló Psamético en los jóvenes estados griegos una activa política exterior. No existían problemas políticos que pudieran afectar a Egipto como los conflictos entre los reinos del Próximo Oriente. Pero de Grecia provenían los mejores soldados de Psamético y las buenas relaciones entre la corte del faraón y los estados de Grecia estaban llamadas sin duda a seguir aumentando el caudal de colonos militares griegos que llegaba a Egipto. También tenían importancia estas relaciones en el aspecto económico, ya que Egipto podía exportar a Grecia trigo y también algo de papiro y velamen que los griegos pagaban con plata, muy apreciada a orillas del Nilo. Probablemente también existieron auténticas aduanas para controlar el comercio exterior. Los griegos sentían gran admiración hacia el faraón de Sais. El grado que llegó a alcanzar su prestigio lo demuestra el hecho de que el sobrino y más tarde sucesor del tirano de Corinto, Periandro, el hombre más poderoso del continente griego a finales del siglo VII, recibiese el nombre de Psamético.

Por último, también mantuvo Psamético relaciones con el rey etíope de Napata. Entre este estado y el Egipto de Psamético, reinó una paz que tampoco se vio enturbiada por la marcha a Etiopía de una parte de los *mákhimoi*. Psamético renunció a cualquier intento de reanudar la antigua dominación egipcia en Nubia mientras los etíopes no avanzasen más hacia Egipto. Elefantina, en el territorio de la primera catarata, donde se

hallaban los soldados judíos de Psamético, siguió siendo la base fronteriza meridional del reino faraónico.

Sucedió a Psamético su hijo Nekao II (610-595 a. C.). El estado estaba tan consolidado que este cambio de gobierno no significó ninguna perturbación. Tampoco la política exterior del difunto rey sufrió ruptura alguna. La crónica babilónica ya mencionada da noticia de que en el verano del año 609 un ejército egipcio-asirio cruzó el Éufrates y derrotó a una división babilónica. No se pudo, sin embargo, reconquistar la ciudad de Kharrān. Por ello, el año siguiente (608) el faraón Nekao se puso personalmente al frente de sus ejércitos. Cuando se dirigía al Éufrates se vio detenido cerca de Megiddo, en la llanura de Jezrael, por un ataque del rey Josías de Judá que creía puesta en peligro su independencia por el faraón. Josías fue derrotado completamente y halló la muerte en el campo de batalla. Los egipcios prosiguieron su marcha hacia el norte. Acerca de las posteriores luchas entre el faraón y los caldeos de Babilonia no tenemos noticias hasta el año 606.

La intervención política y militar de Psamético y Nekao en Asia no obedecía al deseo de llevar a cabo conquistas[2]. Análogamente, el encuentro con Josías de Judá se debió a un ataque de los judíos contra el ejército que acudía en ayuda de los asirios, y que ya había pasado al oeste de Jerusalén sin llegar apenas a tocar el territorio del estado de Judá. No cabe duda de que el ataque de Josías resultó en extremo inoportuno para el faraón. El pasaje del Antiguo Testamento que narra cómo Nekao había advertido a Josías de que no tenía intenciones hostiles contra él ni contra Judá está en todo caso en lo cierto. Ante la actitud de Josías se vio Nekao forzado a intervenir en Judá; mandó meter en prisión, después de tres meses de reinado, al nuevo rey de Judá e impuso tributos al sucesor y hermano de éste, Joaquín. Pero también más al norte, en Siria, tuvo pronto que hacerse Nekao con el gobierno del país, ya que entre 608 y 605 habían sucumbido Ashshuruballiṭ y lo que quedaba de su estado asirio. No volvemos a oír nada de ellos. El fin de su aliado asirio dejó al faraón sólo la alternativa de defender sus antiguas posesiones en Siria o de cedérselas a la nueva gran potencia caldea, con la que se encontraba desde hacía años en estado de guerra. Fragmentos de una inscripción jeroglífica de Nekao procedentes de Sidón hacen suponer que en aquellos años se encontraban también bajo la supremacía del faraón las ciudades costeras fenicias.

A partir del año 606 volvemos a tener una visión de las luchas entre los egipcios y los caldeos, que tuvieron lugar en el territorio del Éufrates medio, aproximadamente donde cruza el río la actual frontera entre Siria y Turquía. En el año 606 recuperaron los egipcios la ciudad de Kimukhu, a orillas del Éufrates, después de un asedio de cuatro meses. A principios de 605 alcanzaron una nueva victoria. Pero el mismo año se volvió la suerte contra ellos en una gran batalla; Nabucodonosor (Nabūkudurriuṣur), el sucesor caldeo, infligió en Karkemish una grave derrota a los egipcios y persiguió los restos de sus tropas hasta Ḥamath, la actual Huna. Poco después la muerte de su padre Nabopolasar obligaba al vencedor a volver a Babilonia, donde a principios de septiembre fue proclamado solemnemente rey. En los años siguientes volvemos a encontrar a Nabucodonosor repetidamente en Siria, cuyos monarcas sometió a su poder. De este año data tal vez la carta escrita en arameo del príncipe de Ascalón en la que pide ayuda al faraón contra Nabucodonosor. Pero éste se había vuelto tan poderoso que pudo avanzar en el año 601 hasta la frontera de Egipto. Allí, sin embargo, fue derrotado en una batalla con graves pérdidas por ambas partes y tuvo que volver a Babilonia.

Al parecer se llegó, poco después de estos acontecimientos, a un tratado de paz

entre Nekao y Nabucodonosor, ya que el levantamiento que llevó a cabo el rey Joaquín de Judá en 598 contra Nabucodonosor no provocó ninguna reacción por parte del faraón. Nekao no intervino cuando el rey caldeo se dirigió contra Jerusalén y, tras sitiarla durante tres meses, la tomó a mediados de marzo del 597 llevándose a Babilonia prisioneros a 8000 notables guerreros y artesanos judíos.

Ambas partes tenían sobradas razones para buscar un equilibrio. El estado caldeo se veía atenazado en el este y el norte por el reino del medo Ciaxares que le superaba en poder. Si bien entre los caldeos y los medos existían relaciones políticas amistosas, éstas se basaban en la antigua enemistad común hacia Asiria, que había dejado ya de existir. De Media y no de Egipto provenía a la larga el principal peligro para Nabucodonosor. Para el faraón Nekao existía una situación parecida a la que había inducido a su padre Psamético a buscar un compromiso con Asiria. El peligro que pudiera amenazar a Egipto por parte de Nabucodonosor habría de ser al fin y al cabo menor que el que tenía que proceder de Asia Anterior después de la dominación de Babilonia por los medos.

Con igual empeño prosiguió Nekao la política griega de Psamético. Según Heródoto, dedicó su túnica de guerra de la campaña siria al Apolo del templo milesio de los bránquidas. Nekao se convirtió, sobre todo, en el creador de una potente fuerza naval en el Mediterráneo y en el mar Rojo. Desde su época aparecen títulos como «almirante» y «capitán», con mucha mayor frecuencia en las inscripciones biográficas. Por encargo de Nekao llevaron a cabo marinos fenicios la mayor hazaña marítima de la Antigüedad: la circunnavegación de África desde el mar Rojo al Mediterráneo. Heródoto dice sobre esto que no puede creer que los navegantes hubieran tenido realmente durante su viaje alrededor de África «el sol a su diestra», como se aseguraba. Pero, precisamente, esta alusión a las condiciones que existen en el hemisferio sur demuestra que la vuelta a África no fue un simple cuento de navegantes. También trató Nekao de reconstruir el canal del Nilo al mar Rojo, que existía probablemente ya en la época del Imperio Nuevo. Al parecer, las dificultades técnicas —120 000 trabajadores murieron según Heródoto en esta empresa— impidieron la terminación de esta obra.

También la siguiente sucesión al trono en la casa saíta se llevó a cabo sin complicaciones. A la muerte de Nekao en el año 595, le sucedió su hijo, que volvió a llevar el nombre de Psamético (595-589 a. C.). Bajo su reinado se conservó la paz con Nabucodonosor. En el cuarto año de su reinado llevó a cabo Psamético II una expedición que le condujo, probablemente por mar, a la costa palestina o fenicia. Esta expedición no tenía carácter bélico, pues el cortejo de Psamético estaba constituido por sacerdotes. Cabe suponer que el objeto de este viaje fuera Biblos, que desde los tiempos del Imperio Antiguo estaba unido a Egipto también en el aspecto religioso. Biblos era, en la mitología egipcia, el lugar donde la diosa Isis halló de nuevo el cadáver de Osiris y las ruinas aún hoy impresionantes del templo que se remonta a los tiempos del Imperio Antiguo y Medio muestran que también en la arquitectura hubo una fuerte influencia egipcia. Biblos es la actual Jebail, a cuarenta km al norte de Beirut. Pero es indiferente que fuera Biblos u otra ciudad de la costa la meta de la peregrinación de Psamético II: condición indispensable para esa empresa era la existencia de relaciones pacíficas con el estado de Nabucodonosor.

El ejército de Psamético II había llevado a cabo un año antes una campaña, pero en un frente completamente distinto: en el sur, contra el rey etíope de Napata. No se ha podido averiguar cómo pudo llegarse a este conflicto después de siete decenios de relaciones pacíficas entre saítas y etíopes. La suposición de que Psamético II hubiera querido adelantarse a un inminente ataque de los etíopes contra Egipto no puede demostrarse. El

propio Psamético se quedó en Elefantina y sus dos generales, Amasis, jefe de los *mákhimoi* egipcios, y Potasimto, jefe de los griegos y demás tropas extranjeras, condujeron el ejército hacia el sur. No sólo llegaron, como era preciso suponer antes, hasta el territorio de la segunda catarata, sino que prosiguieron su marcha a pesar del accidentado curso del río Batn-el-Hagar, al sur del actual Uadi Halfa, y a pesar también de la desolación del desierto nubio. Aproximadamente en el territorio de Dongolah derrotaron Amasis y Potasimto a las tropas del rey de Napata y avanzaron tal vez incluso hasta las cercanías de la capital enemiga. A la vuelta, soldados griegos, carios y fenicios hicieron una serie de inscripciones en las piernas del coloso de Ramsés del templo de Abu Simbel. Una de ellas dice: «Cuando llegó Psammetiq a Elefantina escribieron esto aquellos que habían marchado con Psammetiq, hijo de Theokles. Subieron el curso del Kerkis hasta donde lo permite el río. Potasimto dirigía a los extranjeros, Amasis a los egipcios. Lo hemos escrito Arkhon, hijo de Amoibikhos, y Pelekos, hijo de Udamos». Desde el punto de vista militar la campaña fue un éxito completo, pero no condujo a una renovación de la antigua dominación egipcia siquiera sobre la Baja Nubia. Excepto la inscripción de los soldados de Abu Simbel, no existe ni un solo recuerdo de Psamético II o de sus sucesores al sur de la zona de las cataratas de Asuán. Elefantina siguió siendo la fortaleza fronteriza meridional del reino saíta. Sin embargo, bajo Psamético II hubo, al parecer, en Egipto un estallido de odio contra los etíopes. En aquel tiempo se borraron, en muchos monumentos de la época de la dominación etíope, los nombres de los antiguos reyes de Napata.

A principios de febrero del 589 murió el faraón Psamético II. Le siguió su hijo Apries, al que la Biblia llama Hofra. Este joven monarca emprendió una nueva política exterior; poco después de subir él al trono, en Jerusalén se levantaron de nuevo los judíos contra Nabucodonosor y decidió atacar a los caldeos. Su flota se dirigió contra las ciudades fenicias de Sidón y Tiro, sometidas a Nabucodonosor, y él mismo acudió al frente de su ejército de tierra a liberar la ciudad de Jerusalén, sitiada por Nabucodonosor desde el 15 de enero del 588.

Este comportamiento de Apries significaba tanto más una ruptura con la política de sus antecesores cuanto que el reino medo se hallaba en vías de convertirse en la primera potencia de toda Asia Anterior. Desde 590 estaban enzarzados los reinos medo y lidio en una terrible guerra cuyas consecuencias no se podían prever. Más de un contemporáneo vio entonces en los medos la futura potencia mundial, a la que tenía que sucumbir también el imperio de Nabucodonosor; diversos pasajes del Antiguo Testamento dan testimonio de este sentimiento. El faraón Apries siguió ante la situación internacional otras pautas que sus antecesores; él aspiraba a nuevas conquistas territoriales y a incrementar su poder en Asia Anterior.

Con esta política Apries fracasa. Su flota, sin embargo, parece haber obtenido algunos triunfos. Podemos deducirlo del hecho de que la ciudad fenicia de Tiro se volviera poco después contra Nabucodonosor tras de lo cual se vio asediada durante trece años por un ejército caldeo (585-573 a. C.). Finalmente se llegó a un compromiso: Tiro siguió siendo un reino independiente pero volvía a reconocer la supremacía caldea. No obstante, ya antes de iniciarse el sitio de Tiro por los caldeos se había tomado en Palestina una decisión que destruía las esperanzas de Apries.

Ante la noticia de que se acercaban los egipcios, Nabucodonosor levantó el sitio de Jerusalén y se dirigió al encuentro de Apries. No cabe duda de que, con la ciudad enemiga a su espalda y ante las victorias de los egipcios en el mar, la decisión era arriesgada. No sabemos lo que pasó entre ambos ejércitos. Sólo sabemos que se cumplió la palabra del

profeta Jeremías: «Sabed que el ejército del faraón que había acudido en vuestra ayuda regresará a Egipto y que los caldeos volverán a luchar contra esta ciudad y la conquistarán y quemarán por el fuego». Jerusalén y su templo fueron destruidos, la mayor parte de la población fue conducida a la «cautividad de Babilonia» (586 a. C.). Aquel peligroso foco de intranquilidad en el reino caldeo quedó eliminado, el ataque del faraón rechazado. Además, Nabucodonosor obtuvo después otro importante triunfo: su diplomacia, apoyada por el soberano del pequeño reino de Cilicia, en el sureste de Anatolia, intervino como mediadora en el año 585 en la paz entre los reinos de los medos y lidios. Entre ambos estados se estableció como frontera el río Halys, el actual Kizil-Irmak. Se había conservado el equilibrio de las potencias y, al mismo tiempo, había ganado mucho prestigio el reino caldeo.

Para el estado egipcio en cambio este fracaso exterior significó un duro golpe en el interior. Lo demuestra un gran motín de la guarnición de Elefantina. Por un motivo desconocido decidieron los soldados desertar a Etiopía. Si bien el comandante de la fortaleza, Neshor, pudo como él mismo dice «restablecer la disciplina por medio de hábiles negociaciones con los amotinados», no fue este motín el único que tuvo lugar bajo Apries.

En el año 570 el príncipe libio Adikran llamó en su ayuda al faraón, ya que no podía resistir el creciente poderío del estado griego de Cirene. Como es natural, Apries no pudo enviar a sus divisiones griegas contra los griegos de Cirene. Envió, por tanto, a su ejército de *mákhimoi*, pero sufrió una grave derrota. Sólo algunos de sus hombres pudieron volver a Egipto. Este acontecimiento hizo estallar las disensiones y las envidias entre las tropas egipcias y las extranjeras. Por primera vez después de casi cien años volvió a haber una guerra civil en Egipto. Por un lado estaban los soldados del país, que proclamaron rey a un oficial de Siuph, cerca de Sais, llamado Amasis. Por otro, el faraón Apries y los poderosos contingentes griegos y carios del ejército. En las luchas, que tuvieron como escenario sobre todo el noroeste del delta, se alzó con el triunfo Amasis. Apries halló seguramente la muerte en el año 568 en su último intento de reconquistar el poder. Su cadáver fue enterrado por Amasis con todos los honores reales en la tumba de la dinastía en Sais. Aprovechando este momento de extrema debilidad del estado faraónico lanzó Nabucodonosor (568 a. C.) un ataque contra Egipto. Sin embargo, es poco probable que Nabucodonosor, cuyo reino se encontraba siempre bajo la presión latente de su vecino medo, planease la conquista de la tierra del Nilo. Probablemente su campaña fue una amplia demostración de fuerza destinada a dejar patente ante los egipcios su superioridad militar y prevenirles contra una nueva agresión, objetivo que consiguió sin duda el rey caldeo.

Amasis tuvo que resolver dos problemas que Apries le había legado como herencia. En primer lugar se tenían que restablecer las relaciones con las potencias exteriores contra las que, con tan poca fortuna, había luchado Apries: el reino caldeo y el estado de Cirene. Por otro lado se trataba de lograr con urgencia una reconciliación dentro del país, especialmente entre los *mákhimoi* y los griegos. Amasis supo resolver ambos problemas. Con Cirene hizo amistad, entró en una alianza y renunció a apoyar a los libios contra ella. De esta línea no se apartó Amasis ni siquiera cuando estallaron disturbios en Cirene que llevaron a la derrota de un ejército cirenaico a manos de los libios. Amasis no intervino en ninguno de estos conflictos internos. Heródoto da además noticia de que Amasis contrajo matrimonio con una cirenaica llamada Ladike. Esto es perfectamente posible aunque el sucesor al trono, Psamético III, y los otros hijos de Amasis, desconocidos para nosotros, tuvieran madres egipcias.

Aún más importante que la reconciliación con Cirene fue el acuerdo con el reino caldeo. Tal vez lo llevó a cabo Amasis aún en tiempos de Nabucodonosor (hasta 562 a. C.). En todo caso no volvieron a producirse nunca conflictos entre ambas potencias, ni siquiera cuando Nabucodonosor murió y su sucesor resultó ser un monarca poco capaz. En el año 547 encontramos finalmente a Amasis como aliado, no sólo del rey Creso de Lidia, sino también de Nabónido, último rey de Babilonia. Al parecer, siguió Amasis una política exterior que, según el espíritu de Psamético I y de Nekao, no tendía a realizar conquistas fuera de Egipto, sino a conservar el equilibrio entre las potencias de Asia Anterior. Únicamente la isla de Chipre fue obligada por Amasis al pago de tributos, con la ayuda de su poderosa flota. Esto condujo a un mayor comercio entre Egipto y Chipre. Diversos hallazgos, especialmente del este de Chipre, muestran que hubo en aquel tiempo un incremento notable de las influencias culturales egipcias en la isla.

Más difícil aún que la reorganización de las relaciones exteriores fue la superación de las tensiones entre los egipcios y los griegos establecidos a orillas del Nilo. Amasis debía su trono a los *mákhimoi*. Para éstos, y para los egipcios en general, los extranjeros dentro del propio país eran una constante afrenta. Para Amasis, sin embargo, los extranjeros eran tan necesarios como lo habían sido antes para Psamético, Nekao o Apries. Amasis supo resolver el problema reduciendo a un mínimo los motivos de roce entre extranjeros y egipcios. Los diversos «campamentos militares» de los griegos y carios fueron disueltos y las tropas greco-carias concentradas en la capital, Menfis. Amasis suprimió además el libre comercio de los griegos en Egipto, así como sus factorías. A cambio les cedió una ciudad, fundada al parecer en tiempos de Psamético II, en el delta noroccidental: Náucratis se convirtió en la ciudad de los griegos de Egipto. Obtuvo el monopolio del comercio greco-egipcio y alcanzó así un rápido florecimiento. En Náucratis surgieron santuarios griegos: los milesios, samios y eginetas poseían templos propios, las gentes de Quíos, Teos, Focea, Clazómenas, Rodas, Cnido, Halicarnaso, Faselis y Mitilene un templo único, el *Hellenion*. Los griegos consideraban a Amasis su benefactor y le celebraban como «filoheleno». Amasis hizo todo lo posible por fomentar esta fama: cuando se quemó en 548 el templo de Apolo de Delfos el faraón contribuyó a su reconstrucción. También envió repetidamente ofrendas a templos griegos. Pronto se adueñó de su persona la leyenda. Más tarde se aseguró que había estado en contacto personal con los grandes sabios de Grecia, con personajes como Pitágoras, Solón, Tales, Cleóbulo, Bias y Pitaco, sin tener en cuenta que no todos ellos fueron contemporáneos de Amasis. Sin embargo, la política griega de Amasis no partía tanto de una simpatía sentimental hacia Grecia cuanto del deseo de evitar en lo posible un conflicto entre extranjeros y nativos originado por los pobladores griegos de Egipto. En todo caso, estas medidas, que eran una concesión a las tendencias antigriegas de los egipcios y que no obstante los griegos consideraban un trato de favor, fueron una obra maestra de habilidad política.

Bajo Amasis el país alcanzó el punto más alto del desarrollo económico que ya había iniciado bajo Psamético I. Claro que cuando Heródoto nos habla de que bajo Amasis había 20 000 ciudades exagera tanto como la teoría moderna que calcula en 20 a 21 millones de habitantes la población del Egipto de entonces. En realidad, Egipto contaba entonces, como en la época grecorromana, con cerca de 7 a 7,5 millones de habitantes, un número que no superaría hasta finales del siglo XIX después de Cristo. También como legislador y gobernante alcanzó Amasis una fama que había de perdurar muchos siglos. Por otra parte, era un militar de origen sencillo y personalmente siguió siendo un hombre de aficiones rudas. No sólo Heródoto le caracteriza así, sino también el relato histórico egipcio

Amasis y el navegante, del siglo III a. C., que nos describe su afición al vino y a los cuentos populares.

A pesar de la indiscutible categoría política de Amasis, se fue gestando ya durante su reinado la desgracia que había de caer sobre el Egipto de la época saíta. No se hundió desde dentro: la peligrosa crisis que se había manifestado a finales del reinado de Apries había sido superada pronto gracias a la habilidad de Amasis. El Egipto de los saítas cayó porque en el mundo de la gran política se había producido finalmente lo que habían temido y tratado de evitar, por todos los medios de la diplomacia e incluso de la intervención militar, Psamético, Nekao y más tarde Amasis: en lugar de un sistema de estados iguales que se tuvieran en jaque entre sí, había surgido en Asia Anterior una potencia mundial con pretensiones de poder universal. No fueron los medos, como había pensado un profeta del rango de Jeremías y como más de uno había temido. El rey de Media, Astiages (585-550 a. C.), sucesor de Ciaxares, se mantuvo fiel a los acuerdos con Babilonia y los otros estados a pesar de su supremacía militar. Pero cuando Astiages fue derrocado inesperadamente por su insignificante vasallo persa Ciro, cambió el panorama repentinamente. La guerra preventiva que el rey lidio Creso, comprometido en una alianza militar con Babilonia y Egipto, lanzó contra los persas, terminó con el hundimiento del estado lidio y la integración de toda Asia Menor en el imperio persa (546 a. C.). Casi sin lucha caía pocos años después también Babilonia en manos de los persas (539 a. C.). Desde entonces Egipto se encontró solo frente a un imperio que abarcaba toda Asia Anterior. El que el ataque de los persas contra Egipto no tuviese lugar hasta unos meses después de la muerte de Amasis y de la subida al trono de su hijo Psamético III (noviembre-diciembre del 526 a. C.) se debió únicamente a una incursión de nómadas turanios contra las tierras de cultivo iraníes, en cuya defensa halló la muerte el rey Ciro (529 a. C.). La superioridad del ejército mandado por el nuevo rey persa Cambises sobre las fuerzas del faraón era tan evidente que incluso los chipriotas que dependían de Egipto y Polícrates de Samos, el tirano con quien Psamético había sellado una alianza, se pusieron de parte de los persas. Apenas hubiera tenido Psamético III probabilidades de éxito en el plano militar aunque no le hubiera traicionado un oficial griego, Fanes de Halicarnaso, que se pasó a los persas. En una sola gran batalla cerca de Pelusium (aproximadamente cuarenta km al este del actual Port Said) fue aniquilado en la primavera del 525 el ejército del faraón. Sólo la ciudad de Menfis opuso aún una resistencia que concluyó pronto con su conquista y la captura del último saíta.

Desde entonces fue Egipto una provincia del imperio persa de los aqueménidas. No obstante, las tradiciones de la época saíta eran tan fuertes que ésta iba a alcanzar más tarde una vez más, en el período de la caída del imperio aqueménida, un renacimiento. Tres veces se alzaron los monarcas del delta occidental contra los persas, como anteriormente lo hicieran los saítas, príncipes libios de la clase guerrera (486-484, 463/62-454 y 404 a. C.). La tercera vez tuvieron éxito. Durante sesenta años volvió a existir un reino faraónico (404-343/2 a. C.) que continuaba en muchos aspectos la época de los saítas. Cuando más tarde, bajo los ptolomeos sucesores de Alejandro Magno, se hicieron los últimos intentos de restablecer un estado faraónico en Egipto, partieron éstos de elementos etíopes del sur y de los *mákhimoi* del delta del Nilo como fueron, en otros tiempos, Psamético y Amasis. Su fracaso significa el fin de la época en que nubios y libios asimilados a Egipto habían dado a la cultura de este país un marco en el que se pudo desarrollar por última vez. Desde entonces sólo hubo *fellahs* sin ninguna personalidad. La historia de Egipto sería ya en lo sucesivo, hasta mediados de nuestro siglo, exclusivamente la de sus dominadores

extranjeros.

IV. MONUMENTOS, OBRAS DE ARTE, VIDA SOCIAL Y CULTURAL DEL EGIPTO SAÍTA

La era de los saítas no figura entre las épocas de la historia del reino faraónico que nos dejaron tantas ruinas impresionantes. No se debe esto a que faltara afán constructor en aquel período, sino sólo a que el centro del estado se hallaba en el delta del Bajo Egipto, donde tampoco se han conservado importantes ruinas de otros períodos. De Sais, la ciudad del rey, no existen sino escasos vestigios. Sólo los relatos de los griegos nos pueden proporcionar una cierta idea de esta ciudad, que tuvo importancia hasta la época romana. No podemos ver el palacio de los saítas o el espléndido templo de Neith, diosa de la ciudad, donde también se encontraban las tumbas de los faraones de la casa de Psamético. Lo mismo sucede con Náucratis, la de los templos dedicados a los dioses griegos, y con las entonces populosas ciudades del delta: Mendes, Sebenito, Buto, Atribis o Bubastis. En esta última población, según Heródoto, se reunían todos los años 700 000 personas para celebrar la fiesta de la diosa Bastet. También sabemos sólo gracias a Heródoto que Psamético y Amasis ampliaron en Menfis, su capital de gobierno, el templo del dios Ptah, erigiendo estatuas colosales, y que construyeron un templo a la diosa Isis. Aparte de los trabajos de restauración llevados a cabo en las pirámides, sólo un monumento nos trae ante los ojos la gran actividad constructora de los saítas: los panteones de los toros sagrados de Apis en Menfis.

El culto del toro sagrado de Ptah en Menfis se remonta a tiempos muy lejanos. En el Imperio Nuevo Ramsés II construyó en el desierto, al oeste de Menfis, tumbas subterráneas para las momias de los toros Apis muertos. Pero fue Psamético el que inició las ampliaciones que dieron a la instalación sus enormes dimensiones: 350 metros de longitud, tres de ancho y 5,5 de altura tienen los pasillos. Las cámaras funerarias tienen por término medio una altura de 8 metros. De un solo bloque de piedra están hechos los veinticuatro colosales sarcófagos para las momias de los animales. Por término medio tienen 4 metros de largo, 2,30 de ancho, 3,30 de alto y pesan aproximadamente 65 000 kg. Tales piedras proceden en parte de las canteras de Asuán, situadas a casi 1000 km. El templo situado en la superficie de estas tumbas, llamado más tarde Serapeum, era también sin duda un importante monumento, pero no se ha conservado nada de él.

Este Serapeum constituye, junto con las noticias sobre otras construcciones que no se han conservado por las condiciones naturales desfavorables del Egipto septentrional, un testimonio de la enorme cantidad de trabajo y de medios económicos que dedicó la época saíta a la religión. Medios no menos importantes que en estos monumentos se gastaron en las donaciones de tierras, personas, ganado y todo tipo de productos a los templos. Un papiro demótico de la época persa habla de los envíos estatales de plata, ganado, aves, trigo, etc., que recibían los templos en la época de Amasis. Si la cifra, por desgracia de difícil lectura, ha sido bien interpretada, el precio de estas entregas equivalía a una suma de más de siete millones de marcos oro. Frente a esto, los persas habrían de obtener más tarde apenas tres millones de marcos oro en impuestos de todo Egipto[3] junto con los oasis libios y la Cirenaica. Al preguntarse por los motivos de actitud tan generosa de los reyes saítas hacia los templos y sacerdotes, se impone la idea de que trataban de ganarse a estos últimos. De hecho, el estado saíta, cuya política exterior abierta al mundo y cuya simpatía

hacia los extranjeros se hallaban en completa oposición a los sacerdotes y a su actitud exclusivista frente a todo lo foráneo, tenía que hacer todo lo posible por comprarse la tolerancia de la influyente casta sacerdotal.

Los sacerdotes y templos del Alto Egipto, de menor importancia, se vieron menos beneficiados por los saítas que los del Bajo Egipto. Por eso los saítas tampoco realizaron obras dignas de mención en Tebas, antigua ciudad de Amón, ni siquiera en el gran templo de Kárnak. Se contentaron exclusivamente con respetar la aparente independencia del estado sacerdotal de Amón. Como antes había hecho Psamético I, promovió más tarde Psamético II la adopción de su propia hija por la esposa divina de Amón reinante. Nitocris, hija de Psamético I, designó como sucesora en el año 595 a. C. a Ânkh-nes-neferib-Re‘, hija de Psamético II. También Amasis veneró a esta reina espiritual; en Kárnak se encuentran el faraón y la esposa divina de Amón representados uno junto al otro en aparente igualdad.

Los monumentos notables que se construyeron en la época saíta no fueron obra de los faraones, sino tumbas de algunos altos miembros del clero del estado teocrático. Se trata de construcciones de ladrillo, con tumbas subterráneas hechas en la roca, que tienen en algunos casos dimensiones sorprendentes. Se encuentran en el valle llamado el-Asasif, no lejos del famoso templo en terrazas de Hatshepsut de Deir el-Bahari. Una de estas catacumbas, que pertenecía a un tal Petamenofis, supera, con sus 21 salas y una longitud total de 263 metros, incluso a las tumbas faraónicas del Imperio Nuevo del «Valle de los Reyes». Como en los templos de los saítas se han perdido los relieves murales, lo que queda en las tumbas tebanas figura entre los escasos relieves y frescos de este tiempo que se han conservado. No sólo en cuanto a su contenido enlazan con la mentalidad de los tiempos antiguos, sino también en su realización artística. En algunos casos podemos incluso averiguar qué monumento del Imperio Antiguo, Medio o principios del Nuevo eligió el correspondiente rey de la dinastía saíta como modelo para su propia tumba.

Entre lo mejor que ha llegado hasta nosotros del arte de la época saíta están sin duda las estatuas y cabezas de reyes y notables. En su actitud, su expresión y la representación de sus ropas se manifiesta de manera patente el deseo nostálgico de la época saíta de resucitar el Imperio Antiguo y Medio. Desde el punto de vista artístico y técnico están en general magistralmente realizadas, con preferencia en piedra dura y oscura. En algunos casos es difícil, incluso para un especialista versado, distinguir si una de estas obras data, por ejemplo, del Imperio Medio o de la época saíta. El mismo alto nivel que estas obras alcanzan muchas de las diversas figuras animales, como algunas de las representaciones conservadas del dios halcón Horus. Entre las obras de categoría que supo aún crear el arte egipcio de esta época tardía también figuran ciertas estatuillas de bronce que representan dioses, personas y sobre todo diversos animales. Por último, hay que destacar todo tipo de productos artesanales y en particular los de loza fina.

Todas las ramas del arte del Egipto saíta buscaron una y otra vez enlazar con un pasado ya lejano. Huelga decir que este arte no tuvo el más remoto interés en adoptar las tendencias del tan distinto arte de los griegos, a pesar de la presencia de tantos helenos en el estado de Psamético y de Amasis.

Si el enorme esfuerzo del Egipto tardío por retroceder algunos siglos produjo en el terreno de las artes plásticas algunas obras apreciables, no cabe duda sin embargo de que muchos aspectos de la vida se encontraban en el más completo letargo y estancamiento, y en especial la estructura social de la población. La idea, basada en las impresiones de algunos observadores griegos, de que se hubiera formado en el Egipto tardío un auténtico

sistema de castas es sin duda exagerada. Lo que sí es cierto es que la pertenencia a los dos grupos dirigentes, los guerreros *mákhimoi* y los sacerdotes, era en realidad hereditaria y que los demás miembros de la comunidad sólo conseguían en raras ocasiones integrarse en estos círculos. También los grupos situados al final de la escala social, los pescadores de las lagunas del delta, despreciados por impuros, y los pastores, especialmente los que cuidaban a los cerdos, se encontraban completamente separados del resto de la población. Entre los *mákhimoi* y los sacerdotes, por un lado, y los pescadores y pastores por otro, se encontraba la gran nasa de *fellahs*, de obreros públicos y de comerciantes. Cierto es que no había una ley a causa de la cual cada individuo pudiese sólo tomar el oficio de su padre, pero en la práctica el inmovilismo del orden social era sin duda extraordinario en la época saíta. El excesivo respeto a toda tradición, el afán de no tocar la herencia del pasado y no tratar de cambiarla tuvo forzosamente que paralizar cualquier tipo de iniciativa que permitiera a los egipcios cambiar su posición social.

También fue característico de esta época el miedo, mezclado de fanatismo, con que se guardaban todas las fórmulas de la religión por faltas de sentido que fuesen. Esto se manifiesta sobre todo en un terreno tan característico para Egipto como extraño a los griegos: el culto a los animales. En ninguna época se había podido deshacer la religión egipcia de la antigua creencia fetichista según la cual la fuerza de los dioses se manifestaba en determinados animales que debían venerarse. El toro Apis del dios Ptah y el halcón del dios Horus son sólo dos ejemplos entre muchos. En la época tardía este culto a los animales alcanzó extremos que llegaron a lo grotesco. Ya se habló de los enormes gastos que hicieron los saítas para el Serapeum, la sepultura de los toros Apis. Añádanse a esto no sólo las tumbas de los toros Bukhis en Hermonthis, en el Alto Egipto, sino que en diversos sitios se llegaron a instalar auténticas necrópolis para los animales santos de cada región. Momias de cocodrilos, gatos, perros, babuinos, halcones, ibis, etc., se han conservado en número considerable ya que en la época tardía no se consideraban solamente sagrados y se enterraban bajo ritual los animales venerados en los templos, sino que todos los ejemplares de las diversas especies veneradas en las diferentes regiones disfrutaban del mismo trato. Existen relatos del Egipto tardío según los cuales la muerte causada, aun sin intención, a un animal de una especie considerada como santa por los habitantes de un distrito vecino condujo a luchas sangrientas entre los *fellahs* de dos territorios. A todo esto se añade una exuberante floración de demonios y prácticas mágicas. Los cuantiosos amuletos de la época tardía revelan el auge que alcanzó la magia negra a orillas del Nilo. No es de extrañar que los griegos y los persas se maravillaran de estos egipcios.

Daría una impresión de triste primitivismo el nivel espiritual del Egipto de entonces comparado con el mundo griego de los filósofos naturalistas jonios y con los profetas del rango de un Jeremías y de un Zaratustra, si no se pudieran advertir, al menos en una parte de la clase alta, unos sentimientos religiosos de mayor alcance. Se trata de una mayor acentuación del factor personal que une al individuo con la divinidad para destacar las obligaciones éticas en el marco del mundo religioso. En general, la religión y la ética constituían en el antiguo Egipto dos valores yuxtapuestos, más que dos fenómenos de una misma raíz y unidos indisolublemente. Sólo en algunas ocasiones, sobre todo en el culto de Osiris de la época feudal, entre el Imperio Antiguo y el Medio prevalecieron los valores éticos. En general la religión del antiguo Egipto acentuaba otros factores. En la época tardía, sin embargo, había círculos para los cuales la ética era lo auténticamente decisivo, no el conglomerado de fórmulas religiosas y preceptos de culto. Cuando el faraón Amasis aparece en Heródoto frente a Polícrates de Saraos como un hombre de profunda sabiduría,

no cabe duda de que las ideas que se le atribuyen acerca de la envidia de los dioses hacia el hombre feliz y afortunado son de origen griego. Lo cierto es que en algunos círculos de la clase alta del Egipto saíta se podían encontrar ideas de alta espiritualidad. Esto lo demuestran las inscripciones biográficas de este tiempo, y diversos escritos sapienciales en la lengua demótica del Egipto tardío. Estos últimos sólo se encuentran en manuscritos de épocas aún posteriores y no se puede precisar con exactitud su origen, pero no cabe duda de que se pueden considerar característicos de la mentalidad de determinados sectores de la época saíta.

Este lado más positivo del mundo espiritual del Egipto tardío, con sus ideales determinados por la ética y la filosofía de la vida, no puede, como tampoco la maestría de algunas obras de las artes plásticas contemporáneas, ocultar que la época saíta constituye la fase final de una gran cultura. Igual que el ingenioso aparato estatal de los faraones de Sais, pese a toda la clarividencia y habilidad diplomática de sus monarcas, no podía a la larga subsistir en un mundo dominado por las nuevas potencias de Persia y Grecia, tampoco podían emanar ya del Egipto de entonces impulsos espirituales que fueran decisivos para el curso de la Historia. En la tierra del Nilo el futuro estaba determinado, en primer lugar, por el impulso de la cultura creada por los griegos y, a largo plazo, por el desarrollo de las cuatro grandes religiones del mundo, radicadas en Asia Anterior: el mazdeísmo de Zaratustra, el judaísmo, el cristianismo, y el Islam. Habían de ser finalmente las dos últimas las que abrirían nuevos caminos a la historia de Egipto en todos los sectores, al extinguirse las últimas tradiciones de la época faraónica.

7.Los griegos.

Los comienzos de la historia griega propiamente dicha, diferenciada de la prehistoria «heládica» y «micénica», están envueltos en el misterio. Las grandes culturas de la Edad de Bronce de Grecia y Asia Occidental fueron destruidas durante un período de profunda agitación, con invasiones y migraciones masivas. Aunque estos problemas ya se habían presentado con anterioridad, las décadas verdaderamente cruciales son las que se hallan alrededor del 1200 a. C. Durante los dos o tres siglos siguientes se puede apreciar un vacío de poder a través del Mediterráneo Oriental. Fortalezas y palacios se derrumbaron sin ser reedificados ni reemplazados y todo parece indicar que se produjo un descenso notable en el nivel de vida, así como grandes movimientos migratorios y una considerable reducción de la población (hasta extremos de casi completa despoblación temporal, como en el oeste y sur del Peloponeso). El comercio y las comunicaciones interregionales disminuyen, y es de destacar la ausencia de los imperios y estados que habían sido tan característicos de la Edad del Bronce.

Conviene poner de relieve que todos estos indicios son en su totalidad arqueológicos. El conocimiento de la escritura que habían tenido los pueblos asentados a orillas del Mediterráneo, ahora, al parecer, se había perdido salvo en Siria y Egipto, y ello pone de manifiesto las múltiples limitaciones de la documentación arqueológica. La arqueología revela ruptura y decadencia, pobreza y escasa calidad del arte y la técnica. Pero lo que muestra con mucha menor claridad, y en algunos aspectos decisivos no muestra en absoluto, es que los siglos posteriores al año 1200 son la base para un futuro hacia el que dirigen sus pasos, no sólo materialmente, con la aparición del hierro, el metal más moderno, sino también social, política y culturalmente. El futuro de los griegos no estaba en los estados burocráticos y cortesanos; estaba en un nuevo tipo de sociedad que se forjó a partir de las comunidades empobrecidas que sobrevivieron a la gran catástrofe. Sólo podemos seguir este proceso de desarrollo a través de pistas y sugerencias dispersas por entre los testimonios arqueológicos, con un obstáculo importante en el camino: los documentos escritos contemporáneos que han llegado a nuestras manos desde Siria, Egipto y Mesopotamia no hacen referencia alguna a los griegos. Así pues, para calificar el período de historia griega que se extiende desde el 1200 hasta alrededor del 800, únicamente es legítimo utilizar la expresión «Época Oscura» en cuanto somos *nosotros* quienes buscamos a tientas; ésta es la única acepción válida. Insistir en ello no es quitar importancia a la pobreza material que aparece por doquier, sino destacar que un nuevo mundo estaba cobrando forma, en lugar de mantener la atención fija en el viejo mundo que ya había terminado.

Fig. 8. El mundo griego.

I. «LA ÉPOCA OSCURA»

La gran ola de destrucción que se produjo a orillas del Mediterráneo alrededor del 1200 a. C. fue en parte obra de extranjeros venidos con toda probabilidad del norte, por razones que desconocemos, por tierra, por mar o por ambas vías a la vez. Quizá los invasores recibieran ayuda de revueltas o disensiones internas, o estuvieran en alguna relación con ellas, pero ésta es otra cuestión que desconocemos. Hay motivos para suponer que algunas migraciones menos destructivas siguieron produciéndose todavía durante un siglo o siglo y medio, entre ellas la del pueblo que trajo el dialecto dórico desde el noroeste del golfo de Corinto hasta el Peloponeso, que había de ser su sede en tiempos históricos. Algunos de los emigrantes predorios permanecieron posiblemente en Grecia, en las islas y en Asia Menor; otros parecen haberse marchado. Desconocemos casi por completo su número, organización social y nivel cultural, así como su contribución a la posterior historia cultural del mundo en el que habían irrumpido. De hecho, sólo conocemos su faceta destructiva. Ni siquiera los dorios son identificables a través de la arqueología[1], a pesar de todo lo que se ha escrito sobre ellos en la antigüedad y en tiempos modernos. Las reconstrucciones retrospectivas efectuadas a partir de las instituciones de los siglos VI y V son poco válidas y carecen de fundamento real. En general, la costumbre pertinaz de buscar separadamente las contribuciones hechas por los inmigrantes y los nativos (dividiéndolos a menudo en subgrupos) a la cultura y las instituciones de la Grecia posterior, trata de contestar a una pregunta que es, fundamentalmente, imposible de responder y que, además, carece de importancia.

La gran ruptura del 1200, con toda su fuerza destructiva, fue seguida por unos ciento cincuenta años de fluida continuidad arqueológica en una serie de técnicas y prácticas importantes. La cerámica, en particular, era aún claramente «micénica» (del tipo conocido hoy como III C), aunque el estilo había cambiado lo suficiente como para diferenciarse del siglo XIII, y las variaciones locales del III C se tornaron frecuentes e identificables, lo cual no ocurría con el III B. Aparte de la arqueología, podemos inferir sin temor a equivocarnos que la lengua griega también siguió una línea de continuidad, y una vez más se aceleró el proceso de diferenciación local que habría de llevar, con el tiempo, al esquema dialectal de la Grecia histórica[2]. Ninguno de estos hechos nos dice nada acerca de la continuidad o discontinuidad social. Este tema no puede desarrollarse provechosamente con la ayuda exclusiva de los datos arqueológicos (aparte de los puntos negativos que ya se han indicado). Sin embargo, ya veremos más adelante en este capítulo que se pueden sacar ciertas conclusiones de los testimonios escritos posteriores y éstas, ciertamente, ni requieren ni permiten que se adjudiquen papeles o aportaciones diferenciadas a los nativos y a los inmigrantes.

Es durante el siglo XI cuando las verdaderas innovaciones se muestran por primera vez, con toda claridad, en el descubrimiento arqueológico. Está la cerámica protogeométrica, fácilmente reconocible por la decoración de los círculos y semicírculos dibujados a compás. Aparecen nuevas herramientas, armas y otros objetos pequeños (tales como los grandes broches metálicos), fabricados cada vez con mayor frecuencia a base de hierro en lugar de bronce (en el caso de las espadas el cambio es notablemente brusco)[3]. Las tumbas y ritos funerarios sufren algunas variaciones. Todos estos cambios eran previsibles con anterioridad y sería injusto sugerir que alrededor del 1050 hubo un cambio

repentino y uniforme en toda el área a la que nos referimos. Sin embargo, el conjunto de los testimonios arqueológicos nos permite apreciar una variación importante. La cerámica protogeométrica constituye, al menos simbólicamente, la innovación más importante, ya que constituyó el primer elemento de las extensas series de cerámica que habrían de ser, durante muchos siglos, características de la civilización griega. Además, esta cerámica parece haberse iniciado al mismo tiempo, al menos, en Ática y Tesalia[4]. Hacia esta época, quizá al final del mismo siglo, surge también algo cuya importancia es mucho más obvia: inmigrantes de la Grecia peninsular establecen pequeñas comunidades en Asia Menor (en la zona de la actual Turquía). Con el tiempo, toda la costa oeste de Asia Menor se tornó griega, y el mar Egeo se convirtió, por así decirlo, en una vía de comunicación interior de Grecia. Las colonias de Asia Menor se dividían por su dialecto en tres grandes grupos, de norte a sur: el eólico, el jónico y el dórico, en este orden. Pero este agrupamiento requirió alrededor de trescientos años de complicada historia, en la que no faltaron disputas y luchas internas. Lo que sabemos ahora, gracias a una investigación arqueológica reciente y aún embrionaria, es que hubo numerosos movimientos migratorios separados de pequeños grupos, que establecieron colonias nuevas, en vez de ampliar o reedificar las antiguas comunidades griegas, micénicas o de la antigua Edad del Bronce, de Asia Menor, y también que la primera ola migratoria se produjo después del primer desarrollo de la cerámica protogeométrica. En realidad, ha sido el descubrimiento de abundantes fragmentos protogeométricos en las excavaciones lo que ha permitido a los arqueólogos fechar este movimiento y relacionar algunas de las colonias con regiones específicas de Grecia. Resulta prácticamente imposible adivinar por qué algún grupo en particular escogió atravesar el Egeo en el momento en que lo hizo, pero, por otra parte, no cuesta el menor trabajo darse cuenta de por qué fueron allí. La costa de Asia Menor está formada por una serie de promontorios con defensas naturales, fértiles valles y llanuras a su espalda. En los siglos XI, X y IX no había en aquella región poderes establecidos, ni siquiera pueblos lo suficientemente numerosos como para impedir a los nuevos colonos que se establecieran. Una antigua colonia (Esmirna la Vieja, llamada así para distinguirla de la posterior ciudad de Esmirna, la moderna Izmir, que está junto a ella) nos ofrece una imagen de lo que fueron estas primitivas colonias: pequeñas, insignificantes, agazapadas tras sus murallas. Al final de la Época Oscura, cuando ya seguramente había ampliado el área que originariamente ocupara, Esmirna la Vieja no contaba con más de 500 casas pequeñas, dentro y fuera del recinto amurallado, lo que representa una población de unos 2000 habitantes.

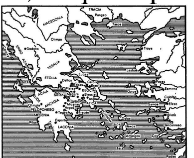


Fig. 9. Grecia y la costa de Asia Menor.

Fue ésta también una «época oscura» para la mayoría de las poblaciones indígenas del Asia Menor occidental, y no existe indicio alguno que nos permita emitir un juicio acerca de las relaciones entre los nativos y los inmigrantes griegos. Se ha sugerido que los griegos habían sojuzgado a las gentes que vivían alrededor de sus comunidades, y que los empleaban como trabajadores. Es, evidentemente, verosímil; de hecho, los griegos lo hicieron en tiempos históricos, en el Asia Menor, a orillas del mar Negro y en el oeste, pero la cuestión no pasa de ahí. Ni siquiera sabemos quiénes eran estos nativos. Los misteriosos carios estaban seguramente allí, pero los lidios todavía no. Sólo los frigios han salido

recientemente a la luz, y en esta época temprana estaban demasiado alejados como para poder llamarles vecinos[5]. Llegaron al Asia Menor a través de los Dardanelos, en época probablemente cercana a la de las primeras migraciones griegas, pero estaban concentrados tierra adentro. En el siglo VIII su población más importante era Gordio, a más de 200 millas de la costa egea, de gran riqueza y poderío, incluso con una cultura tecnológica y material más avanzada que la de los griegos de Asia Menor (e incluso que los de la misma Grecia). Gordion fue destruida en los primeros años del siglo VII por los cimerios que descendían desde las estepas rusas, poniendo así fin a la Edad de Oro Frigia. Cuando los textos clásicos griegos hacen referencia a Frigia la presentan como una fuente de esclavos que eran empleados, por ejemplo, en la explotación de las minas de plata atenienses.

A partir del siglo VIII, a lo sumo, las importaciones e influencias artísticas frigias dejan una huella visible entre los griegos del Asia Menor, sin que los frigios parezcan recibir ninguna influencia griega. Las relaciones entre los frigios y las civilizaciones orientales parecen haber sido más estrechas. Los arqueólogos han descubierto vestigios del «camino real» hitita a través de una zona de Anatolia seguramente ocupada por los frigios. No era éste, sin embargo, el conducto más importante de los influjos orientales que llegaban al mundo griego de la Época Oscura, sino la ruta marítima que partía de Siria, y tenía en Chipre la principal escala intermedia. El contacto entre Grecia y el Próximo Oriente nunca se vio roto por completo; no se hubiera podido romper, aunque sólo hubiera sido por la necesidad imperiosa que tenían los griegos de importar unos metales (cobre, estaño y, más tarde, en incesante demanda, hierro) que llegaban entonces, en su mayor parte, del Oriente. También Chipre fue azotado por la catástrofe del 1200, pero parece haberse recobrado rápidamente. Con casi absoluta certeza se puede decir que sus minas de cobre nunca dejaron de producir, y no más tarde del siglo XI era también importante la industria chipriota del hierro, cuyo influjo es visible en la Grecia peninsular, entre otros aspectos, en las armas de hierro.

La posición geográfica de Chipre era ideal para convertirlo en punto de contacto entre Oriente y Occidente. La excavación en 1936-37 de un viejo puerto en al-Mina, en el delta del río sirio Orontes (actualmente en la frontera turca), reveló uno de los enclaves comerciales más importantes del territorio asiático. La cerámica chipriota y local desenterrada en al-Mina data del siglo IX, posiblemente de antes. Alrededor del año 800 aparece algo de cerámica, que va tornándose cada vez más abundante y continúa después de la conquista asiria de esta región, a finales del siglo VIII. Es importante poner de relieve que, a juzgar por los datos que tenemos hasta el momento, los griegos sólo buscaban en al-Mina una base comercial (como en el caso de Tarso, en Cilicia), no instalar una colonia permanente. No hay pruebas que nos indiquen los materiales con los que se comerciaba, pero no hay duda de que la importación de metales era la faceta más importante del comercio griego. Finalmente, debemos añadir que la aparición de la cerámica griega (en los primeros momentos cerámica de Eubea y de algunas de las Cícladas, más tarde de Corinto y otros lugares) no es necesariamente una prueba de que el comercio estuviera en manos de los griegos de estas regiones. El cuidadoso estudio de un barco que se hundió cerca del cabo de Gelidonya, en el suroeste de Turquía, cuando transportaba lingotes de cobre chipriota y otros productos, ha sugerido la posibilidad de que este navío fuera sirio[6]. El hundimiento se puede localizar con bastante aproximación hacia el año 1200, demasiado pronto para nuestros propósitos. Sin embargo, vale la pena recordar que en los poemas homéricos el comercio con el exterior es prácticamente un monopolio de los fenicios y que tanto en Homero como en Heródoto, en el siglo V, «Fenicia» venía a significar todo el

territorio comprendido entre la frontera cilicio-siria y Egipto.

No se ha encontrado ningún escrito en al-Mina y, por lo tanto, su antiguo nombre nos es desconocido. Es posible que se tratara de Posideion, la cual, según Heródoto (III, 91), fue en su tiempo el límite norte de una de las satrapías persas. Todo lo que Heródoto puede decirnos sobre el pasado de Posideion, es que había sido fundada por Anfiloco, uno de los héroes legendarios. En general, cuando los griegos orientales empezaron a escribir su historia, lo cual no ocurrió hasta el siglo V, de este período primitivo no guardaban apenas sino algunos relatos de fundaciones en torno a personajes legendarios e historias de incidentes aislados, por lo común conflictos bélicos. No pudieron ofrecer ninguna obra narrativa antes del siglo VI y no mostraron interés en relatar ordenadamente su historia social e institucional. El reflejo que nos legaron de su época constituye, según palabras de un historiador, «un retablo esquemático coloreado por los lazos sentimentales o pretensiones políticas de una época posterior»[7]. El propio Heródoto tenía sus dudas. Cuando sugiere que Polícrates de Samos fue el primer griego que pretendió hacerse con un imperio marítimo (III, 122), explica también que «prescinde de Minos» y otros como él, que Polícrates fue el primero «en lo que se llama el tiempo de los hombres». Es decir, que fue el primero en los tiempos históricos, ya diferenciados de los míticos. La única piedra de toque que tenemos, la arqueología, ha venido a confirmar, por ejemplo, la tradición según la cual Esmirna fue, en principio, una fundación eólica, tomada más tarde por los jonios. Pero por otra parte, la arqueología ha demostrado que las tradiciones acerca de la temprana colonización jónica, a la que imaginaban como una acción única, organizada e iniciada en Atenas, donde se habían refugiado numerosos exiliados, entre ellos gentes de Pilos bajo el mando del rey Neleo, son indudablemente falsas. Es casi seguro que Atenas tuvo cierta influencia en algunas de las colonias jónicas, pero las demás afirmaciones carecen de fundamento. En primer lugar, los estudiosos de la antigüedad griegos no tenían noción de la gran ruptura que se produjo alrededor del 1200 a. C. y por tanto no podían averiguar la duración de la Época Oscura. No sabían, ni tenían forma de saberlo, que habían transcurrido ciento cincuenta años entre la destrucción de Pilos y los primeros movimientos a través del Egeo: demasiado tiempo para que un nutrido grupo de refugiados esperara en Atenas, lo cual, de todas formas, es de suyo improbable. Aparte de todo esto, la expedición colonizadora es pura ficción, mientras que el papel preponderante de Atenas en el desarrollo y difusión de la cerámica protogeométrica, que constituye un hecho evidente, se vio completamente olvidado (y es además dudoso que los griegos posteriores hubieran reconocido esa cerámica como suya propia).

Así pues, sería inútil seguir detalladamente las tradiciones griegas acerca de su Época Oscura en Asia Menor. Tampoco es mayor la probabilidad de verificar las tradiciones de la Grecia peninsular en la misma época, ya que son del mismo estilo. En lugar de ello debemos desviar nuestra atención hacia la primera documentación escrita, la *Ilíada* y la *Odisea* homéricas, dos poemas épicos con una longitud de unas 17 000 y 13 000 líneas respectivamente. ¿Podemos considerar estos dos poemas como fuentes verídicas de información histórica? Posiblemente no haya ningún tema en toda la antigua civilización griega que provoque más controversia y más disparidad de criterios. Aquí no podemos hacer más que aclarar la postura que se va a adoptar en este capítulo[8]. Los dos poemas fueron compuestos en Jonia (la *Ilíada* quizá a mediados del siglo VIII, la *Odisea* un poco más tarde) por dos poetas diferentes que elaboraban una misma tradición juglaresca. Estos dos poemas fueron la culminación de una larga tradición de poesía oral transmitida por juglares profesionales que viajaban a lo largo y ancho del mundo griego. Generación tras

generación habían reunido muchos episodios y tradiciones locales entrelazándolos en torno a unos cuantos temas heroicos principales, y habían creado un lenguaje poético regular y estilizado, básicamente en dialecto jónico pero con algunos elementos eólicos. Sin duda habían existido juglares de algún tipo en el mundo micénico, pero la tradición sobre la que se basan los poemas homéricos pertenece esencialmente a la Época Oscura (y constituye por cierto, un antídoto contra la propensión a conceder excesiva importancia al empobrecimiento *material* de esta época). Era una tradición que añoraba una edad de oro del pasado pero, aparte del conocimiento considerable, aunque impreciso, que revelan del emplazamiento de los grandes enclaves micénicos, la sociedad y la cultura de estos poemas son incompatibles con los testimonios, tanto arqueológicos como documentales (tablillas en lineal B), de la Edad del Bronce. Por otra parte, tampoco son compatibles con la Jonia del siglo VIII. Contienen esfuerzos evidentes por excluir al mundo contemporáneo: no hay, por ejemplo, ni rastro de que el Asia Menor estuviera ya densamente colonizada por los griegos; no aparecen los dorios en estos textos; no se hacen diferencias institucionales o dialectales dentro del mundo griego; pues las únicas distinciones son las basadas en el poder; hay una referencia constante a las armas y herramientas de bronce (junto a buen número de descuidos, ya que los poetas mencionan el hierro, que era en su tiempo el metal utilitario más importante). A pesar de los anacronismos por ambos lados de la escala temporal, la forma en que se describen las instituciones sociales y militares posee cierta coherencia interna. Se ha pensado que este cuadro corresponde, de un modo general, a la Grecia de la Época Oscura, que está esbozado como lo haría un poeta y no como lo haría un historiador o un cronista, no siempre con precisión y exactitud y sí, indudablemente, a mayor escala, pero que no por ello es meramente imaginario.

Podemos recurrir a la analogía con el mundo feudal de *Beowulf*, del *Nibelungenlied*, o de la *Chanson de Roland*. El mundo de Agamenón, de Aquiles y de Odiseo era un mundo de reyes y nobles, que poseían muchas tierras y rebaños y llevaban una vida principesca, en la que eran frecuentes las guerras y las *razzias*. La mansión (*oikos*) del noble era el centro de la actividad y del poder, poder que dependía de la riqueza, las proezas realizadas, de los lazos matrimoniales y de alianza, de los colaboradores. No se asigna ningún papel a las tribus ni a los clanes familiares. En los veinte años en que Odiseo estuvo ausente de Ítaca, los nobles se comportaron escandalosamente con su familia y con sus posesiones, y sin embargo su hijo Telémaco no tenía ningún grupo de familiares al que pedir ayuda, y la comunidad no estaba lo suficientemente integrada, organizada o equipada como para imponer sanciones. Las pretensiones de Telémaco a la herencia de Odiseo se reconocían en principio, pero no tenía poder suficiente para hacer valer sus derechos. El asesinato de Agamenón por su esposa Clitemnestra y su amante Egisto imponían una obligación de venganza a su hijo Orestes pero, aparte de ello, la vida en Micenas continuó como siempre, con la única excepción de que Egisto ocupaba el lugar de Agamenón. El rey que estaba en el poder era juez, legislador y comandante. Había ceremonias, rituales, convenciones y un código del honor por el que los nobles regían su vida, con asociaciones nobiliarias, intercambio de obsequios, sacrificios a los dioses y ritos funerarios adecuados. Pero no había ningún sistema legal debidamente establecido y ningún tipo de mecanismo constitucional. El poder se mantenía siempre en equilibrio inestable; la tensión entre el rey y los nobles era crónica, las luchas por el poder frecuentes.

Es cierto que Telémaco convocó a la asamblea de Ítaca para que se escuchara su queja contra los nobles «pretendientes». La asamblea escuchó a las partes en litigio y no tomó ninguna medida, que es precisamente lo que la asamblea hace siempre en los dos

poemas. En general, el silencio del pueblo supone para el historiador una de las mayores dificultades que le plantean estos dos poemas. El pueblo está siempre presente, incluso en las batallas, pero siempre como una masa confusa cuyo papel social no aparece demasiado claro. Algunos de sus miembros, las mujeres cautivas en particular, son denominados esclavos, pero no parecen estar en peor posición que los demás. Ciertos especialistas —adivinos, juglares, herreros, carpinteros, médicos— parecen tener un rango más elevado. Los poemas ponen de relieve la importancia de la navegación y una preocupación vital por el comercio, principalmente por la importación de bronce, hierro, oro, plata, ricos paños y otros elementos suntuarios. Incluso se permitía a los caudillos que realizaran expediciones con fines comerciales, pero generalmente el comercio y el intercambio estaban en manos de los extranjeros, en su mayoría fenicios. Llamarle mercader era un grave insulto para Odiseo; los hombres de su clase hacían intercambios ceremoniales o conseguían sus bienes mediante el saqueo. En parte, tanta vaguedad en torno al «hombre de la calle» puede atribuirse al propósito del poeta de poner toda su atención en realzar las hazañas de los héroes. Pero tal vez se deba a la ausencia real de una estricta división clasista de la sociedad, particularmente en cuanto se refiere a la diferencia entre «libertad» y «servidumbre». La división fundamental entre la nobleza y el resto de los estratos sociales no es lo suficientemente clara. Por encima y por debajo, las distinciones aparecen borrosas, y es posible que lo fueran en la realidad.

Sería inútil pretender que todo esto nos permitiera elaborar una *historia* de la Época Oscura (incluso se pueden ignorar por completo los relatos de los poemas). Todo lo que podemos sugerir es que, tras la eliminación de los dirigentes del mundo micénico, y con ellos de toda la estructura de poder que dirigían, la sociedad tuvo que reorganizarse con disposiciones y valores nuevos acordes con la nueva situación material y el nuevo orden social, en el que eran factores importantes los invasores y los inmigrantes. Si, como es probable, en la destrucción del mundo micénico contaron también los trastornos sociales internos, éste sería otro factor importante en la configuración de la nueva situación. A pesar de la uniformidad de la imagen homérica, los cambios ocurridos en los siglos siguientes no pueden haber sido exactamente iguales en todas partes. Desde el comienzo (así como en las siguientes migraciones griegas a nuevas áreas), las colonias en Asia Menor eran pequeñas unidades territoriales en torno a un núcleo urbano. A juzgar por los descubrimientos arqueológicos, existían poblaciones similares en la península griega y en algunas islas del Egeo desde el comienzo de la Época Oscura. Los poetas suponen que tal era lo común en Grecia; sin embargo, aún durante su tiempo, regiones griegas enteras (Tesalia y Etolia, por ejemplo) carecían de núcleos urbanos y constituían sociedades agrícolas y de pastoreo muy laxamente organizadas. Por otra parte, la uniformidad de la estructura de clases sugerida en los poemas era una realidad: había una clase superior aristocrática y un rey o caudillo que era un poco más (o a veces un poco menos) que el «primero entre sus iguales», en medida variable. Como sabemos por otras fuentes, en el tiempo en que se compusieron la *Ilíada* y la *Odisea*, los «iguales» habían prescindido en casi todas partes de la figura del rey, sustituyéndola por un gobierno de la aristocracia. De una manera que no está clara, el pueblo tenía también su organismo representativo (quienquiera que fuera «el pueblo»), pero no se trataba de una fuerza política en ningún sentido constitucional.

Aunque los poetas tenían presente la existencia de un lazo de unión entre todos los griegos, de una unidad de lenguaje, de una religión común y de una misma forma de vida (aunque ni entonces ni más tarde se pensara en la unidad política o en evitar las guerras entre ellos), ni la *Ilíada* ni la *Odisea* citan a los griegos por su nombre. Son helenos y su

mundo es la Hélade; «su mundo», nunca, en la Antigüedad, «su país», ya que nunca estuvieron unidos políticamente. Así pues, la Hélade era una abstracción semejante a la Cristiandad de la Edad Media o al Islam de nuestros días. En los poemas homéricos los griegos aparecen bajo tres denominaciones: aqueos, argivos y dánaos; de las cuales las dos primeras sobrevivieron como nombres de localidades de Grecia, mientras que la tercera dejó de usarse. Sin embargo, es casi seguro que los términos «Hellas» y «Hellene» se usaban ya en el siglo VIII, como también probablemente las genealogías que inevitablemente se inventaron para explicar las divisiones históricas de acuerdo con los dialectos, «razas» y formas organizativas políticas; por ejemplo: «Elevo, hijo de Deucalión, tuvo tres hijos llamados Doro, Xuto y Eolo…, etc.». En el siglo VIII ya existían ciertas instituciones panhelénicas embrionarias, así como los Juegos Olímpicos y ciertos oráculos.

Finalmente, en el siglo VIII se produjo el retorno de la escritura a Grecia, en la forma del alfabeto, copiado a los fenicios con ligeras modificaciones. En este punto la tradición griega es totalmente verídica (aunque no conocía la fecha). Podemos localizar con más precisión su origen en la escritura semítica del norte, y, más específicamente, en la escritura cursiva usada en actividades comerciales, no en los caracteres monumentales de, por ejemplo, Biblos. Al-Mina puede haber sido el punto de contacto y difusión, aunque esto es sólo una hipótesis; el alfabeto fue quizá adoptado inicialmente por gentes de Eubea, Creta y Rodas, más o menos independientemente, las cuales se encargaron de difundirlo, a través de una complicada red de comunicaciones, a todas las comunidades griegas[9].

Fig. 10. Los dialectos griegos en el 400 a. C.

No alcanzamos a comprender las razones inmediatas por las que el alfabeto fue adoptado en ese momento (alrededor del 750) y se difundió con tal rapidez. Habría de pasar mucho tiempo antes de que los griegos hicieran buen uso de este nuevo arte para escribir crónicas o textos religiosos, dos de los principales usos que se le asignaban en el Próximo Oriente. En un principio, los griegos parecen haber usado la escritura para lo que podemos llamar anotaciones mnemotécnicas y «etiquetas»: por una parte hacían inscripciones en piezas de cerámica, lápidas y similares; por otra parte ayudaban la memoria escribiendo listas y recordatorios (tales como los diferentes vencedores de los Juegos Olímpicos). Más tarde se escribieron las leyes y, sobre todo, poesía.

Los poemas homéricos, en suma, miraban hacia atrás, hacia el período oscuro e incluso más allá, pero estaban compuestos al principio de una nueva era. Convencionalmente, el siguiente período recibe el nombre de «arcaico», tomado de la historia del arte y en particular de la escultura, como el término «clásico» que se aplica a la siguiente era, que se inicia el 500 a. C., en números redondos. El resto de este capítulo tratará de los griegos arcaicos.

II. SOCIEDAD Y POLÍTICA EN LA ÉPOCA ARCAICA

Hay dos fenómenos fundamentales que marcan el comienzo de la Época Arcaica: el

desarrollo de la estructura de comunidad característica de Grecia, la *polis* (traducida convencionalmente y con poca exactitud por «ciudad-estado»), y la enorme difusión de la Hélade durante los doscientos años siguientes: desde la punta oriental del mar Negro hasta casi el océano Atlántico.

Ya se ha señalado que en el período oscuro la comunidad, como organismo político, había tenido solamente una existencia difusa. Nos es difícil seguir con claridad el proceso por el cual este organismo político tomó consistencia, pero cabe considerar que el paso decisivo fue el sometimiento a las instituciones por parte de los individuos más poderosos (aunque en ningún momento, a lo largo de la historia griega, consiguieron aquéllas impedir que los personajes ambiciosos y capaces operaran por encima de los controles de la comunidad). Esto acarreó no solamente la desaparición de la monarquía, a pesar de que en ocasiones los títulos de rey sobrevivieron (y es curioso anotar que su abolición pasó desapercibida en las tradiciones y leyendas griegas, lo cual no ocurrió con el proceso equivalente en Roma), sino también el establecimiento de cargos y asambleas con responsabilidades y prerrogativas relativamente definidas, y dotados de un mecanismo propio de elección y rotación. Estas comunidades eran pequeñas e independientes (a no ser que hubieran sido sometidas por la fuerza). Siguiendo el esquema residencial más generalizado en el Mediterráneo, la *polis*, aunque no se tratara más que de un pueblo, tenía un núcleo urbano donde estaban concentrados los más importantes edificios religiosos y administrativos donde vivía la mayor parte de los habitantes (especialmente los más ricos), y donde todos se podían reunir cuando las circunstancias lo requerían (el *ágora* en su acepción primitiva, antes de que viniera a significar «lugar de mercado»). Solía haber también una acrópolis, o punto elevado que hacía las veces de ciudadela defensiva. Ciudad y campo eran concebidos esencialmente como una unidad y no como dos elementos antagónicos, al contrario de lo que ocurriría en las ciudades medievales. Este concepto se incorporó pronto al lenguaje, en el cual la comunidad era la gente y no el lugar. Un griego antiguo podía expresar la idea de Atenas (unidad política) únicamente si decía «los atenienses». La palabra Atenas no significaba más que un punto en el mapa: se viajaba a Atenas, pero se iba a la guerra contra los atenienses. Naturalmente, el ritmo de desarrollo de estas comunidades autónomas, tan distanciadas entre sí, era muy desigual y hubo considerables variaciones en los resultados finales. La comunidad de los siglos VII y VIII tenía largo camino por recorrer antes de convertirse en la *polis* clásica; sin embargo, sus rasgos esenciales ya existían en la Era Arcaica[10].

La fragmentación que caracterizó a la Hélade se puede explicar hasta cierto punto a través de la geografía. El relieve irregular de la península griega, con sus innumerables montañas, llanuras y valles, tiende a aislar a los diferentes grupos de habitantes. En Asia Menor la franja costera tiene aproximadamente la misma estructura topográfica y por esta razón se estableció un sistema de comunidades muy similar al de Grecia. Las islas del Egeo son también montañosas y generalmente muy reducidas. Sin embargo, la geografía no es explicación suficiente de cara al posterior desarrollo de la historia griega. La geografía, por ejemplo, no nos puede explicar el motivo por el que toda el Ática estaba políticamente unida, mientras que su vecina Beocia que no es mucho mayor, contenía doce ciudades-estado independientes que rechazaban los intentos de asimilación por parte de Tebas, la más importante de ellas. Tampoco nos ayuda a hallar la razón por la que una isla de tan reducidas dimensiones como Amorgos tenía tres *polis* en su territorio durante la Época Clásica; ni por qué los griegos trasplantaron la pequeña comunidad a Sicilia y al sur de Italia, cuando las condiciones geográficas y el instinto de supervivencia hubieran

aconsejado abarcar territorios mucho más amplios bajo una única estructura política. Es evidente que había algo mucho más importante: la convicción de que la *polis* era la única estructura adecuada para la vida civilizada, convicción que fue resumida por Aristóteles, en los últimos días de la independencia griega, cuando definía al hombre como un *zoon politikón*, un ser destinado por naturaleza a vivir en la *polis*.

La comunicación por tierra de una comunidad a otra era generalmente difícil y a veces imposible, especialmente cuando se le hacía resistencia. Faltaban en absoluto las vías fluviales interiores, con lo que el mar se convirtió en el cauce normal del tráfico griego, siempre que fuera posible usarlo, incluso para viajes cortos. En la antigüedad los griegos eran el pueblo del mar por excelencia, y sin embargo, su postura ante el mar era notablemente ambigua: el mar era la morada de agradables ninfas, las Nereidas, pero estaba gobernado por Posidón, al que los hombres temían y apaciguaban sin llegar a amarle[11]. Cuando los griegos se vieron obligados a emprender un continuo movimiento de expansión, a partir del siglo VIII, se lanzaron por mar hacia el oeste y el noreste. Al final de la Era Arcaica, la Hélade cubría un área enorme, desde las costas norte, oeste y sur del mar Negro, a través del occidente de Asia Menor y la península y las islas griegas, hasta Sicilia y el sur de Italia, continuando después hacia el oeste, a lo largo de las dos orillas del Mediterráneo, hasta Cirene en Libia, Marsella y algunos puntos de la costa española. Adondequiera que iban se establecían en la costa, nunca en el interior.

El mar no era el único factor que todas estas regiones tenían en común. Ecológicamente compartían lo que llamamos popularmente «el clima mediterráneo», que permitía y aun aconsejaba una vida al aire libre que aún nos es familiar en nuestros días. Los veranos son soleados y calurosos, los inviernos son tolerables y libres de nieve en costas y llanuras. El olivo y la vid crecen libremente; abundan las flores; las llanuras producen cereales y hortalizas; el mar es rico en pesca y hay pasto adecuado (rico en algunos lugares), en las laderas de las colinas, para los animales más pequeños. Por lo general, nada es abundante y por ello el pastoreo y la agricultura requieren atención constante, pero por otra parte las necesidades de vivienda y calor pueden resolverse en la forma más primitiva. Únicamente se encuentran dificultades en la provisión de materiales tales como la madera y el metal, necesarios, por ejemplo, para la construcción de navíos: estos materiales se dan, pero sólo en ciertos puntos a menudo distantes. El agua potable también puede escasear; de ahí la importancia que la leyenda y la vida real concedían a fuentes y manantiales.

Esquemáticamente, el movimiento griego de «colonización» (como se le llama con poca fortuna) se puede dividir en dos grandes oleadas. La occidental comenzó alrededor del 750 a. C. y continuó en pleno vigor hasta quizá mediado el siglo siguiente, con una ola secundaria que duró aproximadamente otro siglo, tras del cual el proceso llegó en lo fundamental a término. La migración hacia el noreste empezó alrededor del año 700 al establecerse colonias en la región de Tracia, en islas cercanas como Taso y también en Tróade, en Asia Menor. A partir del 650 se inicia un movimiento más importante hacia la zona del Helesponto y más tarde a lo largo de las costas del mar Negro, sin detenerse hasta el fin del siglo VI, cuando se estableció Trapezunte (actualmente Trebisonda) en el extremo sureste. Las antiguas narraciones de estos movimientos migratorios no contribuyen mucho al esclarecimiento de los problemas fundamentales, debido a su tono mítico y al énfasis que ponen en la descripción de ciertos personajes y de las disputas entre ellos, en lugar de ofrecer una visión más general de los problemas sociales. Por otra parte, estas narraciones son más «históricas» que las tradiciones acerca de las migraciones hacia Asia Menor

durante los comienzos de la Época Oscura, vagas y plagadas de confusiones. Las migraciones anteriores fueron en realidad huidas al azar, pero ahora se trataba de un traslado organizado de poblaciones, planeado sistemáticamente por las «ciudades madres» o metrópolis.

Fig. 11. Sicilia y el sur de Italia.

El término común griego para definir estos nuevos enclaves en el exterior, *apoikía*, connota «emigración» y no esa dependencia implicada en nuestro término «colonia». Por lo general, cada *apoikía* era, desde el principio y deliberadamente, una *polis* independiente que conservaba lazos sentimentales con su metrópoli, pero ningún lazo económico o político. Esta independencia les permitió mantener relaciones amistosas con sus antiguos hogares, libres de los roces y conflictos que suelen presentarse bajo condiciones coloniales. Debe añadirse que la designación de una metrópoli era a menudo una elección arbitraria, ya que muchas de las nuevas fundaciones estaban integradas por colonos procedentes de diferentes puntos dentro del mundo griego. Según las estimaciones cronológicas modernas, basadas en la arqueología y en algunas investigaciones griegas muy posteriores, la primera colonia de los emigrantes griegos fue Cumas, cerca de Nápoles, poco antes del 750 a. C. (más exactamente la isla de Ischia, en la que más tarde se fundó Cumas), establecida desde Calcis y Eretria, las dos ciudades principales de Eubea. Calcis fue también la metrópoli de la siciliana Zancle (posteriormente Mesina), de Regio (Reggio), en la orilla italiana del estrecho, y de Naxos, Leontinos y Catania, en Sicilia oriental, todas ellas fundadas, según la tradición, alrededor del 730 a. C. Otros eubeos se les unieron en Zancle, unos exiliados de Mesenia en Regio y unos megareos en Leontinos. Siracusa fue fundada en el 733 por un grupo de corintios y «otros dorios» sin identificar; unos aqueos fundaron Síbaris en el 720 con la colaboración de un pequeño contingente procedente de Trecén, en el Peloponeso. Gela fue establecida por cretenses y rodios. A partir de este momento las fundaciones de las ciudades se fueron complicando más, debido a las migraciones «interiores». Algunas colonias se convertían a su vez en metrópoli, al tiempo que seguían llegando emigrantes desde el este. De este modo se estableció Hímera desde Zancle, alrededor del 650, gracias a un grupo de exiliados siracusanos; Cirene alrededor del 630 desde la pequeña isla egea de Tera, hoy Santorini; Selinunte desde Megara Hyblaea (Sicilia oriental) en el mismo período; Masalia (Marsella) alrededor del 600, por focenses, desde Asia Menor; por último, Acragante desde Gela, en colaboración con su metrópoli, Rodas[12], en el año 580.

Esta lista no está completa y ninguna de las fechas tradicionales es segura. Ya se ha dicho suficiente como para indicar la cronología del movimiento, confirmada, en líneas generales, por la arqueología, con el objeto de poner de manifiesto la forma en que estas comunidades dependían del mar y revelar el número, diversidad y difusión geográfica de las comunidades griegas a las que nos referimos (no hay necesidad de añadir una lista de las comunidades que se establecieron junto al mar Negro, pero merece la pena señalar que Megara y Mileto fueron allí los principales estados colonizantes). Todas las tierras a las que emigraron estaban habitadas por pueblos muy variados en distintas etapas de desarrollo, lo que provocaba diversidad de conflictos entre los inmigrantes y los indígenas, según la capacidad de resistencia de estos últimos. Los etruscos en Italia eran lo suficientemente

poderosos como para detener la expansión griega en una frontera trazada desde la bahía de Nápoles, y también lo suficientemente avanzados como para copiar el alfabeto griego, gran parte de su arte, y algunos elementos de su religión. En cambio, los sicilianos, como los tracios y los escitas del norte del Egeo y el mar Negro, estaban menos avanzados técnica y socialmente. Al parecer, algunos quedaron reducidos a una especie de proletariado servil, aunque las pruebas de ello son confusas e insuficientes. Otros se vieron empujados tierra adentro, desde donde mantuvieron relaciones tirantes con los griegos en los siglos siguientes.

Una enumeración de las metrópolis (y de aquellas ciudades que no parecen haber tomado parte en el proceso colonizador) nos muestra que había poca relación entre el tipo de comunidad que se establecía y su ciudad colonizadora. Tampoco hay ninguna prueba que justifique esa opinión, tan extendida en otro tiempo, según la cual la actividad colonizadora estaba motivada por intereses comerciales. Más adelante se establecieron auténticos centros de intercambio comercial, como los llamados Emporium (la traducción literal de «emporium» es «puesto de intercambio» o «mercado»), en España (hoy Ampurias) y en la desembocadura del Don, o el interesante asentamiento de Náucratis, en la desembocadura del Nilo, donde los faraones concentraron a los representantes de varios estados griegos, principalmente de Asia Menor, que mantenían relaciones comerciales con Egipto. El reducido número de estos emplazamientos comerciales, así como la fecha relativamente tardía de su fundación, son datos sumamente reveladores. Emporium fue establecida desde Masalia, la cual, a su vez, no fue fundada antes del año 600; la fundación de Náucratis puede fecharse un poco antes que la de Masalia, mientras que la Emporium rusa fue establecida con bastante posterioridad[13]. Pero el hecho más decisivo es que estas colonias no eran *polis* griegas, sino puntos de contacto entre Grecia y el exterior, mientras que las otras colonias eran desde el principio comunidades griegas en todos los sentidos. En la época arcaica, esto significaba, entre otras cosas, que eran asentamientos básicamente agrícolas, establecidos por gentes que habían venido en busca de tierras para el cultivo. Generalmente se establecían cerca del mar y preferían tener un buen puerto natural, aunque ésta era siempre una consideración secundaria: de ahí que ninguna de las colonias se emplazara junto a la mejor bahía de la costa oriental de Italia, donde estuvo la romana Brundisium (actualmente Brindisi), pese al gran número de ellas que se establecieron cerca. Otra prueba del carácter eminentemente agrícola de estas comunidades es que a los miembros de la aristocracia de Siracusa, una de las comunidades occidentales más importantes, se les denominara *gamoroi*, «los que comparten la tierra, los terratenientes».

En última instancia, la característica que todas las metrópolis tenían en común era una situación de crisis lo suficientemente grave como para inducir a la movilización de todos los recursos necesarios para una empresa de tanta magnitud como el traslado masivo a ultramar (con navíos, armamento, y posiblemente herramientas, semillas y provisiones) creando, al mismo tiempo, la disposición mental necesaria entre sus habitantes. Bajo las historias tradicionales de peleas y asesinatos que los griegos posteriores asociaban con algunas de las fundaciones individuales, yace un agudo y extenso problema social. Sin embargo, no se debe exagerar el espíritu de «aventurerismo vikingo» de la Grecia arcaica. Heródoto nos dice explícitamente (IV, 153) que en la fundación de Cirene se empleó la coacción a la hora de elegir a los emigrantes que habrían de partir de Tera. Ni tampoco debemos exagerar la extensión y frecuencia de las relaciones con el oeste o con el mar Negro en los siglos anteriores a la colonización. El hecho de que se pueda verificar la existencia de comercio micénico con Sicilia y el sur de Italia desde quinientos años antes,

carece de importancia. Mucho más relevante es la evidencia, cada vez más palmaria, de que en ninguna de las dos direcciones se ha encontrado en los nuevos emplazamientos cerámica griega anterior a la auténtica colonización, aunque podemos estar seguros de que cada migración tenía algún conocimiento del lugar al que se dirigía y no partía, como Colón, en busca de un espejismo. Después de la fundación de algunas comunidades, los demás emigrantes podían seguirles con más facilidad y mayor conocimiento.

La crisis tenía su origen en la naturaleza y desarrollo de la clase aristocrática durante la Época Oscura. La arqueología nos muestra que la riqueza y la capacidad técnicas iban en aumento, al tiempo que aumentaba la población. Con la eliminación del poder real, la aristocracia parece haber cerrado sus filas, haberse hecho con la mayor parte de las tierras (especialmente las mejores tierras) y haber creado instrumentos para monopolizar el poder. En las tradiciones posteriores, todas las «familias» nobles ponen especial cuidado en mencionar que tienen un antepasado divino o «heroico»; es una señal inequívoca de su tendencia a constituir una aristocracia cerrada de «sangre». Su riqueza les permitía sacar provecho de las importantes innovaciones en materia de implementos militares importadas de Europa Central y de Oriente a mediados del siglo VIII[14]. También usaron su riqueza y sus tierras para someter al pueblo creando lazos de obligación y tutela. Contrariamente a la opinión moderna, los grandes grupos de semiparentesco (*phylāi*, *genē* y fratrías) sólo en este período parecen haber desempeñado un papel institucional (que no encontramos en los poemas homéricos[15]), y es razonable inferir que protegieron de alguna forma el mandato de la aristocracia como lo hicieron las *gentes* con sus *clientes* en la Roma arcaica. Se debe admitir que el *status* de la mayoría no aristocrática nos es desconocido, excepto en términos muy vagos. Aparte de excepciones tales como los ilotas de Esparta, nos seguimos preguntando hasta qué punto el grueso de la masa trabajadora de los campos y las mansiones gozaba de libertad. Cabe también preguntarse hasta qué punto eran estos conceptos aplicables de una forma sistemática (la auténtica esclavitud se daba sólo en casos aislados). No hay duda de que surgió una clase no aristocrática, formada principalmente por granjeros, mercaderes, navieros y artesanos, todos ellos relativamente prósperos. El origen e historia de esta clase social puede ser un poco oscuro, pero ya hace su aparición en algunos fragmentos de poemas líricos alrededor del 650. Fueron estos hombres, con toda seguridad, un factor importante en la formación de la infantería griega, una falange masiva de hombres fuertemente armados. Sólo los hombres que contaban con algunos medios económicos podían convertirse en hoplitas, ya que estaban obligados a adquirir sus propias armas y armaduras (como todavía seguía ocurriendo en la Grecia clásica).

El conflicto social o *stasis* abarcó a todas las clases sociales griegas a través de diferentes combinaciones y alianzas. Dentro de la misma aristocracia, y a pesar de su entrelazamiento familiar reforzado por matrimonios dentro y fuera de la ciudad y por la clientela, así como de la creación de instituciones formalizadas de administración política, había rivalidades para conseguir honores y poder. Basta con mencionar la insistente tradición ateniense según la cual el clan de los almeónidas se veía constantemente abandonado por aquellos de entre sus miembros que preferían seguir una línea política particular. Otro buen ejemplo es el monopolio ejercido por los baquíadas en Corinto. También había «nuevos ricos» que exigían una parte de estas prerrogativas, demanda que se tornó más insistente y eficaz cuando consiguieron el peso militar de las falanges hoplitas. Al mismo tiempo, la posición de las clases más humildes se tornaba probablemente cada vez más difícil; la masa de agricultores sufrió sobre sus espaldas el peso del incremento de riqueza en las clases privilegiadas. Una población creciente era en sí misma un peligro, si

no un mal clarísimo, ya que gran parte de Grecia y de las islas del Egeo no podían mantener una población numerosa sobre su suelo. El aumento del nivel de vida entre los aristócratas y los «nuevos ricos» parece haber ejercido aún más presión sobre las clases humildes, al objeto, por ejemplo, de provocar la expansión hacia tierras marginales y diversificar más los trabajadores agrícolas y domésticos. Sus objetivos se veían facilitados por las leyes que regían las deudas y la posesión de las tierras. Al final, según palabras de Aristóteles en su *Constitución de Atenas*, «se produjo un conflicto civil entre los nobles y el pueblo durante un largo período de tiempo», porque «los pobres, con sus mujeres e hijos, estaban esclavizados por los ricos» y «no tenían derechos políticos».

Esta frase lapidaria es demasiado simple y esquemática. Tampoco estamos en condiciones de determinar hasta qué punto se había tornado universal esta *stasis*. A pesar de ello, las tradiciones acerca de demandas generales de redistribución de tierras y cancelación de deudas no pueden ser pura ficción. Tampoco es equivocado poner de relieve el monopolio aristocrático en la administración de la justicia. El poeta beocio Hesíodo critica enérgicamente a los «jueces devoradores de sobornos» de su tiempo, posiblemente la primera mitad del siglo VII. Para las clases humildes, a diferencia de las elevadas, las exigencias económicas y los deseos de justicia eran más importantes que las demandas de derechos políticos. Esta petición de justicia explica otra faceta de la tradición que ha llegado hasta nosotros: el papel del legislador sabio y ecuánime. La ley, en manos de una aristocracia tradicional y hermética, autosuficiente y ocultista, era un arma poderosa dentro de un mundo que estaba aprendiendo a registrar las cosas por escrito; poco a poco se fue convirtiendo en un poder intolerable. Nuevamente se presenta la analogía con la Roma arcaica: no podría haber justicia, clamaba la protesta, mientras la ley no fuera del dominio público y su administración abierta y ecuánime. Inevitablemente, los hombres que asumieron esta tarea en una comunidad tras otra (cuando las peticiones se hacían lo suficientemente insistentes) fueron reformadores al tiempo que legisladores. A falta de precedentes, improvisaban libremente, con esa originalidad obligada que caracterizaba cada aspecto de la vida y la cultura de la Grecia arcaica. Nunca se destacará lo bastante esta característica. El sistema político de magistrados, consejos y, más tarde, asambleas populares fue un invento libre. Tal vez se copiaran algunos mitos y cultos religiosos del Oriente, pero su combinación era original, como lo eran por completo las formulaciones literarias, incluso en la temprana época de la *Teogonía* de Hesíodo, así como la noción misma de que un poeta, sin vocación sacerdotal alguna, tuviera derecho a sistematizar los mitos sobre los dioses. También la falange hoplita era una creación, cualquiera que fuese la fuente extranjera de algunos elementos de la panoplia hoplita.

Cabe destacar dos características en estos legisladores arcaicos. Una es la confianza en sí mismos. Todos estaban de acuerdo en que la justicia venía de los dioses, pero jamás se atribuyeron ninguna misión divina ni pretendieron estar guiados por los dioses. Las preguntas al oráculo de Delfos pueden haber contribuido a sellar su trabajo con una especie de bendición divina, como cuando se le hacían consultas similares respecto de una propuesta de colonización, pero el orden era siempre el mismo: en primer lugar se formulaban las medidas, después se consultaba a Delfos. Esta ambivalencia siguió siendo una característica de la comunidad griega durante siglos. La actividad religiosa era frecuente y ubicua; en épocas posteriores se llegaron a inventar oráculos délficos para suplir las deficiencias de unos antepasados que no siempre se molestaron en consultar a Apolo. La autoridad divina sobre las vidas de los hombres y de las comunidades y su interferencia en ellas se aceptaban como parte de la naturaleza de las cosas. Pero, al mismo

tiempo, la comunidad encontraba la inspiración y la justificación de sus actos en sí misma, en términos humanos.

La segunda característica de los legisladores es su aceptación de la desigualdad humana. Durante esta etapa, la justicia no equivalía a la igualdad o la democracia. «Concedí al pueblo llano privilegios suficientes», escribía el ateniense Solón. En cuanto a los que estaban en el poder, prosigue Solón: «procuré que no sufrieran ninguna injusticia. Me erigí en protector de ambas partes cubriéndolas con un fuerte escudo, impidiendo que ninguna de ellas triunfara injustamente». Sería anacrónico ver en Solón a una personalidad democrática. El pueblo llano, el *demos*, estaba aún en estado latente como fuerza política a comienzos del siglo VI; la cuestión de la soberanía popular aún no se había incluido en el orden del día.

Las palabras de Solón nos recuerdan que la evolución económica, jurídica y política de la Grecia arcaica pasó por un largo período de lucha. Fue un período confuso, desigual, discontinuo, pero realmente feroz en los momentos críticos. Al principio, la posibilidad de enviar a un sector de la población a otros lugares servía como válvula de escape. Finalmente llegó un momento (en muchas zonas, a mediados del siglo VII) en que las soluciones externas ya ni eran asequibles ni suficientes. Repentinamente, estalló la *stasis*; facciosos y ambiciosos aprovecharon esta ocasión en su propio beneficio. Como resultado hace su aparición esa institución tan específicamente griega: «el tirano». Originalmente, la palabra neutra tirano venía a significar que un individuo tomaba y conservaba el poder sin autoridad legítima (a diferencia del rey), y no implicaba ningún juicio sobre su calidad como ser humano o como gobernante. Este último juicio, invariablemente peyorativo, vino más tarde, y entonces los griegos, volviendo la vista hacia la época de la tiranía, tergiversaron la historia para acomodarla a su reciente condena moral. Sin embargo, nunca llegaron a ocultar por completo el hecho de que los tiranos fueran muy distintos personalmente unos de otros y que algunos de ellos habían gobernado con acierto y benevolencia.

Nos es imposible comprender la tiranía griega sin antes hacer un esfuerzo para liberar la mente de esa connotación de despotismo con la que se ha asociado siempre la palabra «tirano», desde que los griegos clásicos forjaron esta íntima conexión. Aclararemos más este punto cuando se hable, más adelante, sobre los pisistrátidas de Atenas. No es que los descendientes de los primeros usurpadores, esforzándose en mantener un mandato dinástico, no acostumbraran a tornarse déspotas brutales hasta conseguir que se les expulsara —las tiranías arcaicas eran siempre de poca duración, hablando en términos de generaciones—, sino que la creciente importancia y difusión de las tiranías individuales tenía sus raíces en la situación social, y no simplemente en la calidad moral de ciertos individuos. Hacia finales del siglo VII, la tiranía se extendió a numerosas comunidades de la península griega y, más tarde, a las islas del Egeo, hasta llegar a Asia Menor y las comunidades occidentales. Nuestra principal fuente de información en este aspecto es Heródoto, que no pretende estar en posesión de una cronología exacta. Por otra parte los esfuerzos realizados en este sentido por los historiadores griegos posteriores han dado resultados confusos y poco dignos de confianza, de manera que es más seguro no dar fechas exactas en la mayoría de los casos. El primer tirano, y en cierta forma el más ambicioso, fue Fidón de Argos, al que Aristóteles describió como un rey legítimo que gobernó como un tirano, lo cual podría ser exacto. Durante la siguiente generación aparecieron tiranías más típicas en Corinto, Sicione y Megara, para citar solamente las más conocidas. Parece haber cierta clara (aunque no perfecta) correlación entre la tiranía por una parte y el progreso

económico, político y, particularmente, urbanístico, por otra, a juzgar tanto por los ejemplos citados como por los de Atenas, Naxos, Samos y Mileto en el siglo VI. De ahí que las regiones más subdesarrolladas, tales como Acarnania, Etolia y Tesalia rara vez entren en esta consideración.

El factor común era la impotencia de la aristocracia hereditaria ante la agudización de los conflictos, ya fueran los concernientes a la misma aristocracia o aquellos que afectaban a los «nuevos ricos», a la creciente población urbana o al campesinado empobrecido y cargado de deudas[16]. Los conflictos con otros estados deben entrar también a menudo en consideración, como en el caso de los enfrentamientos entre Argos y Esparta, entre Atenas y Megara. No es ninguna casualidad que la tiranía se presentara en las «colonias» con un siglo de retraso, y que, aun entonces, se viera mezclada con los problemas creados por las potencias vecinas: Lidia y Persia al este, Cartago al oeste. Polícrates de Samos sacó partido de la necesidad de organizar la resistencia ante Persia en una escala sin precedentes, y de su habilidad en conseguirlo. Por el contrario otros basaron sus tiranías, menos espectaculares, en el apoyo persa.

Así, pues, la tiranía tenía un aspecto militar, pero sus guardaespaldas y tropas en general, ya fueran nativas o mercenarias, no deben ocultarnos la creciente popularidad de esta nueva institución política. En cada ciudad había elementos que deseaban la subida al poder de un tirano, con la esperanza de que él consiguiera, mediante amenazas y por la fuerza, las reformas sociales y políticas que ellos habían sido incapaces de conseguir de otra forma.

En Atenas un tal Cilón intentó sin éxito dar un golpe de estado alrededor del 630. Una generación más tarde el pueblo pedía a Solón que se erigiera en tirano siguiendo el modelo de las vecinas Megara y Corinto. Solón se negó a ello e intentó hacer reformas por otros medios, pero el hecho de que se produjera una petición en este sentido es ya muy significativo. En muchos sitios la tiranía realizó, a costa de la aristocracia tradicional, exactamente las reformas que se habían solicitado. Con esto no quiero sugerir que los tiranos se consideraran a sí mismos portadores de algún misterioso destino histórico, precursores de la democracia o algo parecido. Simplemente querían poder y éxito y, si eran inteligentes y disciplinados, lo conseguían gracias al progreso de sus comunidades. Durante una o dos generaciones los tiranos consiguieron detener la *stasis* paralizadora; establecieron alianzas, mediante matrimonios dinásticos o por otros medios, con otros estados griegos, convirtiéndose así en una fuerza pacificadora allí donde era posible (ya que a menudo no lo era); ayudaron al campesino a independizarse y posiblemente protegieron el comercio y la industria (aunque esto último sea sólo una suposición); robustecieron el sentido comunitario mediante grandes obras públicas y espléndidos festivales en torno a los cultos más importantes. Por encima de todo, los tiranos rompieron con el gobierno anticuado de la aristocracia. Paradójicamente, a pesar de que estaban por encima de la ley y la constitución, los tiranos consolidaron la *polis* y sus instituciones, y ayudaron a levantar el *demos*, el pueblo como conjunto, a un nivel de conciencia política que a su vez trajo consigo el gobierno del *demos*, la democracia.

La gran debilidad de la tiranía era, naturalmente, que sus operaciones y su tono de gobierno dependían absolutamente de las cualidades personales del tirano. Otra debilidad era su poder mismo de seducción. El tirano no era el único hombre capaz y ambicioso en su estado, y no había sitio para otros con sus mismas aspiraciones. Tampoco había otra forma de rivalidad política que la conspiración y el asesinato. Por este motivo la tiranía solía conducir estructuralmente, después de dos o a lo sumo tres generaciones, al despotismo, a

la guerra civil, a la abdicación o al derrocamiento, según los casos. Después de esto, cada comunidad se desarrolló de forma distinta. Siglos de desarrollo desigual en el mundo griego habían dejado un legado permanente de considerable diversidad. Dos estados manifestaron pronto su hegemonía, cada uno de ellos excepcional a su manera: Esparta, que evitó por completo la tiranía, y Atenas que habría de convertirse en el mejor ejemplo de la democracia griega, y al mismo tiempo en la potencia imperial más importante de Grecia.

III. ESPARTA

No es la característica menos peculiar de Esparta el constituir un estado territorial en que *polis* y territorio no eran sinónimos, como lo eran, de manera típicamente griega, en el caso de Atenas y Ática; la *polis* de Esparta consistía, al menos idealmente, en una clase única de «iguales» (*homoioi*) que gobernaba sobre una población sometida relativamente numerosa. Esparta estaba situada en una llanura de unos 1200 km^2 en la orilla izquierda del río Eurotas, en el corazón de Laconia. Tras la conquista de Mesenia, su territorio total ocupaba 5100 kilómetros cuadrados; es decir, era tres veces mayor que Ática. Dada la naturaleza de la topografía griega, esta cifra no es muy significativa. Sin embargo, es de crucial importancia que Mesenia y, en menor escala, Laconia, fueron más fértiles que la mayor parte de las regiones griegas, de manera que sus habitantes no tenían necesidad de importar alimentos, excepto cuando se hallaban mezclados en una guerra dura y prolongada. Además, Laconia tenía minas de hierro, cosa muy rara en Grecia, aunque se debe admitir que no sabemos desde qué época eran explotadas. Su principal debilidad era su costa inhóspita. La propia Esparta estaba literalmente encerrada en el interior: el puerto más cercano era Gitión, a unas veintisiete millas al sur; era utilizada para los barcos mercantes y también como pequeña base naval.

Los espartanos propiamente dichos no eran muchos. El contingente militar más numeroso que consiguieron reunir, según nuestros datos, fue de 5000 hoplitas en la batalla contra los persas de Platea, en el 479 a. C. Esta cifra indica una población masculina total de unos 20 000 o 25 000 hombres como máximo, pero esto sólo suponiendo arriesgadamente que nunca se atrevieron a enviar más de la mitad de su fuerza militar efectiva lejos de su territorio. En Platea había también 5000 *períoikoi* (periecos) incluidos en el ejército espartano; eran éstos hombres procedentes del resto de Laconia (y puede que algunos de Mesenia), los cuales eran libres dentro de sus pequeñas comunidades (tales como Gitión), pero que diferían de la pauta normal griega por su falta de autonomía en la esfera militar y en asuntos exteriores. En ambos aspectos dependían totalmente de Esparta; estaban obligados a aceptar la política espartana y a luchar en su ejército, bajo autoridad espartana, siempre que fueran llamados a filas. Aunque eran súbditos y no, como los corintios, aliados de Esparta, los *períoikoi* eran al mismo tiempo ciudadanos de sus propias comunidades. Usaban el dialecto dorio y se les llamaba lacedemonios, como a los propios espartanos, por su epónimo antepasado Lacedemón, hijo de Zeus y de Taigeta (ninfa del cercano monte Taigeto). Así, pues, los *períoikoi* estaban claramente diferenciados del resto de la numerosa población vasalla, los ilotas (*héilotoi*).

El origen del sistema de los ilotas ha sido objeto de continua y poco convincente especulación desde la antigüedad. Existen ejemplos semejantes en otros puntos de Grecia: Creta, Tesalia y las regiones colonizadas del este y el oeste, pero aún se conoce menos su sistema social y no nos pueden ayudar a resolver el misterio de los ilotas. Cuando se

sometía una ciudad o un distrito, durante la antigüedad, era costumbre vender a sus habitantes y dispersarlos. En Laconia, sin embargo, los espartanos adoptaron la peligrosa alternativa de mantener a toda la población en sus hogares, bajo un régimen de vasallaje en su territorio nativo. Más tarde, probablemente en el siglo VIII o a principios del VII, repitieron esta fórmula en la recién conquistada Mesenia. En cuanto se refiere a su libertad personal, los ilotas eran esclavos, pero se los debe diferenciar, en una serie de aspectos, de los esclavos domésticos. No eran propiedad de individuos sino súbditos del estado espartano asignados a diferentes personas. Al parecer mantenían las estructuras familiares con normalidad y la mayoría de ellos vivían en sus propias agrupaciones («comunidades» sería un término equivocado); incluso se les permitían, al menos en teoría, ciertos derechos de propiedad[17]. Cualesquiera que fueran los orígenes del sistema (como, por ejemplo, se trazó en Laconia la distinción originaria entre los dos diferentes grados de vasallaje, los *períoikoi* y los ilotas, o cómo llegaron los ilotas a ser monopolizados por los espartanos y no asignados a los *períoikoi*, que a su vez tenían libertad para obtener y poseer esclavos si así lo deseaban), las consecuencias en tiempos históricos son suficientemente inteligibles. Como veremos, los ilotas, que eran proporcionalmente mucho más numerosos que los esclavos de cualquier otro estado griego, incluida Atenas, eran fundamentales para el «establishment» del singular sistema espartano y para la política que Esparta adoptaba en el exterior.

Nuestra ignorancia acerca de la Era Oscura en Esparta se extiende a todo su primitivo desarrollo institucional. En este caso, la arqueología nos ha servido de menos ayuda que de costumbre. El único curso prudente a seguir es dirigirse inmediatamente al período arcaico, desde los comienzos del siglo VII, dejando a un lado todos los esfuerzos para reconstruir el pasado a partir de las tradiciones posteriores, preñadas de ficción incluso aquellas que más tarde se atribuyeron a Licurgo, el legendario legislador[18]. Los datos acerca de la Esparta del siglo VII tampoco son abundantes, pero al menos tienen una base firme y están sujetos a los controles normales del análisis histórico. Podemos, por ejemplo, leer los fragmentos del poeta lírico Alcmán, que inmediatamente nos sugieren que Esparta, por aquel tiempo, estaba aún dentro de la corriente general del desarrollo cultural griego, de la que más tarde se apartaría. Otros datos parecen indicar lo mismo: los hallazgos arqueológicos y la plausible tradición sobre el eminente papel desempeñado por Esparta en el desarrollo de la música griega (se crea o no que fue un lidio llamado Terpandro, inventor de la lira, quien emigró a Esparta e inició allí la tradición musical). Podemos leer los fragmentos del poeta Tirteo, que revelan que la Esparta del siglo VII estaba absolutamente integrada en el momento histórico del mundo griego por su situación de *stasis* crónica (de la que también salió más tarde), *stasis* en que no faltaron las luchas por la distribución de la tierra, las demandas políticas por parte de las clases oprimidas (en que el nuevo ejército hoplita fue un factor importante) y conflictos con otros estados del Peloponeso, en especial Tegea, la principal ciudad de Arcadia, y Argos. Hay incluso una historia curiosísima acerca de un grupo colonizador que Esparta envió a Taras (la moderna Tarento), en el sur de Italia, alrededor del 700 a. C.

Cualquiera que sea la verdad acerca de Taras, Esparta nunca participó realmente en el movimiento colonizador de la era arcaica. El motivo de esto es su extenso territorio, especialmente tras la conquista de Mesenia, y este factor, junto con el sistema de *períoikoi* e ilotas, definen en lo fundamental la tipicidad espartana. Al final, Esparta no tuvo más remedio que seguir una política totalmente diferente de la de todos los otros estados griegos. El momento decisivo es la llamada segunda guerra de Mesenia, la cual, según la

tradición, duró diecisiete años y probablemente deba situarse a finales del siglo VII. Mesenia se rebeló contra el dominio espartano, y los espartanos se encontraron casi incapaces de reprimir la revuelta, principalmente, según se desprende de Tirteo, a causa de la escasa lealtad y disciplina de sus propias filas.

Durante este conflicto, Tirteo hizo un llamamiento a la *eunomía*, «obediencia de las leyes», virtud que se había de convertir, a los ojos de los demás griegos, en la mayor de Esparta durante los tiempos clásicos (merece la pena señalar que en ninguna de sus exhortaciones al patriotismo y la *eunomía* mencionó Tirteo a Licurgo).

Sometida Mesenia, los espartanos se dedicaron a elaborar una solución común para sus dos problemas más acuciantes; la eliminación de la *stasis* y la sujeción firme y permanente de los ilotas, numéricamente superiores a los hombres libres. No podemos seguir las etapas precisas por las que finalmente se llegó a una solución (un compromiso entre diferentes demandas y grupos en conflicto, compromiso, además, en cuya estructura no dejó de haber cambios en los siglos siguientes). Los investigadores no llegan a un acuerdo en cuanto se refiere a la fecha o la exacta significación de un documento clave, la llamada Gran Retra, preservado por Plutarco (*Vida de Licurgo*, VI) en lenguaje corrompido y dentro de un texto confuso. Cualesquiera que sean los matices de la interpretación de este breve texto, que distribuye el poder de tomar decisiones entre los reyes, los ancianos y la asamblea de ciudadanos en general, el hecho es que marca la primera aparición registrada de una asamblea dotada de poderes auténticos, aunque limitados, en una fecha probablemente anterior a la segunda guerra de Mesenia. Significativamente, la Retra no hace referencia alguna a los éforos, que ya existían y llegaron a convertirse probablemente en el elemento independiente más importante del gobierno espartano a partir de la mitad del siglo VI, como muy tarde. La medida de nuestra ignorancia, así como el grado de desarrollo de las instituciones espartanas, están suficientemente ejemplificados en este texto.

Se consiguió la *eunomía* (según Heródoto, I, 65), durante el reinado de los reyes León y Agesicles, a comienzos del siglo VI. Aceptar esta fecha significa que la elaboración de la compleja estructura de la sociedad espartana histórica se produjo a lo largo de las dos generaciones que siguieron a la guerra de Mesenia. Los espartanos, los iguales, eran ahora una institución militar reconocida. Sus vidas estaban regidas por el estado y absolutamente dedicadas a él; hasta tal punto que eran los funcionarios públicos, y no los padres, quienes decidían si un niño debía sobrevivir. Éste era uno de los muchos medios que se utilizaban, simbólica y prácticamente, para minimizar los lazos de afecto familiar y de este modo reducir los posibles conflictos de lealtades. El hijo se entregaba al estado a los siete años de edad para ser educado, poniéndose especial énfasis en su grado de resistencia física, habilidades militares y virtudes de obediencia. Durante su niñez y adolescencia el futuro soldado iba progresando a lo largo de una serie de pruebas; como adulto, su principal vínculo era el regimiento y su vivienda habitual el cuartel. El sistema estaba reforzado por distintos ritos, algunos de ellos bastante desagradables, en diferentes etapas del crecimiento del hombre. Finalmente, la dedicación del individuo al único objetivo de la vida espartana estaba asegurada por su desentendimiento de las materias y actividades económicas. Éstas eran tareas para los *períoikoi* y los ilotas, los cuales, cada grupo a su modo, producían las armas y los alimentos, llevando a cabo el comercio necesario. Naturalmente, los ilotas trabajaban por obligación, mientras que los *períoikoi* eran los únicos beneficiarios del sistema monopolista, libres de competencia por parte de espartanos o extranjeros. A los espartanos les estaba prohibido incluso emplear dinero acuñado y a los extranjeros se les impedía cualquier acceso a la economía local, excepto por mediación de los *períoikoi* o del

propio estado espartano. Esto probablemente nos ayude a comprender el que no nos hayan llegado noticias de ningún descontento por parte de los *períoikoi*, a pesar de su falta de autonomía y de su contribución militar obligada.

Se animaba a los espartanos, desde la niñez, a competir unos con otros, no en inteligencia o económicamente, sino en potencia física y resistencia a la fatiga. En cierto sentido las recompensas eran honoríficas y no materiales, pero entre ellas había nombramientos importantes. Ya a los dieciocho años se podía recompensar a los espartanos incluyéndolos en el prestigioso cuerpo de los jóvenes *hippeis*, entre cuyas funciones estaba la ejecución de misiones secretas por cuenta del gobierno y la represión de los ilotas (sin excluir el asesinato de los más peligrosos de éstos). Más tarde, alcanzaban el rango de oficiales del ejército y, finalmente, cargos en el gobierno. Al frente de la estructura gubernamental estaban los dos reyes hereditarios, institución anómala que no es fácil definir. Mandaban los ejércitos en el campo de batalla pero, en cuanto se refiere al gobierno del estado, carecían de auténticos poderes reales, y estaban sujetos a la severa supervisión de los éforos, que podían llegar a castigarlos si lo consideraban necesario. Por otra parte, los reyes conservaban ciertas funciones tradicionalmente sacerdotales, recibían ciertas preferencias por derecho propio y a su muerte el luto nacional llegaba a tal extremo que Heródoto, encontrándolo extraño a las costumbres griegas, calificó los ritos funerarios reales de «bárbaros». Eran miembros *ex officio* de la *gerousía*, un consejo de treinta ancianos, en que los otros miembros eran hombres por encima de los sesenta años, escogidos con carácter vitalicio. Los reyes no parecen haber presidido la *gerousía*, ni haber tenido más prerrogativas que los demás miembros en sus deliberaciones. Tampoco presidían la asamblea, la cual al parecer no podía iniciar ninguna acción ni enmendar ninguna de las propuestas que se le presentaran, pero que, sin embargo, tenía el último voto en cualquier asunto político de importancia. Finalmente había cinco éforos elegidos anualmente de entre la totalidad de los ciudadanos; durante el período de su mandato, los éforos poseían importantes poderes en materia de asuntos exteriores, jurisdicción criminal y administración general.

La sola existencia de dos casas reales nos indica que el ideal de la comunidad de iguales estaba incompleto en la realidad. La constitución podía haber mantenido a los reyes en su lugar, pero la aureola que los rodeaba animaba y ayudaba a los más ambiciosos de entre ellos a extender su autoridad hasta el extremo de poner en peligro el equilibrio del poder dentro de la sociedad. También algunos de los éforos abusaban todo lo posible de su autoridad durante el año en que permanecían en el poder. Heródoto está casi obsesionado por las historias sobre la facilidad con que los reyes espartanos aceptaban el soborno y Aristóteles asegura que la corrupción estaba muy extendida entre los éforos. Todo esto puede ser muy exagerado (o, en el caso de Aristóteles, se puede referir a la Esparta decadente del siglo IV), pero a pesar de todo revela que la autoridad espartana no era tan completa e incorruptible, en la práctica, como se ha dicho. Además existía desigualdad económica entre los iguales, algunos eran lo suficientemente ricos como para inscribir equipos en las carreras olímpicas de carros, el mayor símbolo de riqueza entre los aristócratas griegos. Nueve ganadores espartanos, con doce victorias, figuran en las clasificaciones olímpicas entre los años 550 y 400 a. C. Uno de estos ganadores fue el rey Damarato; otro, Arcesilao, dos veces ganador, fue emulado por su hijo veinte años más tarde[19]. ¿Acaso hombres de tanta fortuna no la usaban en su propio beneficio durante las elecciones o para aumentar las posibilidades de sus descendientes dinásticos? Es raro que no hubiera sucedido así, como también es difícil imaginar los matices de una reunión de la

asamblea espartana, la cual no era heterogénea como la ateniense, sino más bien la reunión, en otro terreno, de un cuerpo de ejército sumamente disciplinado, al que toda la vida se inculcaba el deber de la obediencia como la virtud cívica más importante. ¿Eran estos hombres capaces de seguir un debate con mentalidad abierta y sin considerar el rango de los oradores en la jerarquía militar o sus hazañas individuales en el campo de batalla?

Sería especular el responder a estas preguntas, ya que los escritores de la época no se ocupan de ellas. Aparecen conflictos internos en las crónicas históricas que han llegado hasta nosotros, por lo menos en el siglo VI, pero siempre en narraciones acerca de las carreras más espectaculares de algunos individuos y en el contexto de los asuntos exteriores. Heródoto hace una pausa para explicar (V, 39-40) cómo primero los éforos y más tarde los ancianos presionaron al rey Anaxándridas, que no tenía descendencia, para que se volviera a casar con objeto de mantener la línea dinástica, con la amenaza de que los espartanos tomarían una medida que no se explicita si persistía en su obstinada negativa. Pero los conflictos en torno a cuestiones de mayor gravedad y las costumbres políticas de la época no salen a la luz hasta que alguien como Cleómenes I emplea sus éxitos militares y sus maniobras políticas en un intento de convertir su reinado en una tiranía, por utilizar la misma frase que Aristóteles aplicará a Fidón de Argos.

Los autores antiguos coincidían en afirmar que la clave de la política exterior espartana era la presencia de los ilotas. Para mantenerlos a raya, Esparta no sólo tenía que mantener la paz en el Peloponeso, ya que un estado enemigo podía instigar a los ilotas a la rebelión, bien por particular designio o bien por el mero hecho de ocupar las energías militares de los espartanos, sino que también debía evitar en lo posible el envío de un ejército lejos del Peloponeso. La política espartana no siempre había sido defensiva y poco expansionista. Sin embargo, una derrota en Tegea y la incapacidad de conquistar Argos parecen haber dado comienzo a una nueva política a mediados del siglo VI. Las guerras y las conquistas fueron reemplazadas por alianzas defensivas y pactos de no agresión, aunque naturalmente se utilizó la fuerza para imponer alguna alianza y para evitar las defecciones. Al final del siglo la casi totalidad del Peloponeso estaba dentro de esta red defensiva, con las excepciones de Argos, demasiado poderosa, y de Acaya, demasiado remota e insignificante. Más aún: Esparta subvencionaba a algunas facciones simpatizantes dentro de sus estados aliados, generalmente gobernados por oligarquías, ganándose así la inmerecida reputación de ser enemiga irreconciliable de los tiranos por principio. Lo cierto es que el comportamiento de los espartanos con los tiranos era claramente oportunista, determinado más por sus intereses egoístas que por ningún principio moral o político. Jamás tomó iniciativa alguna contra los tiranos de Sición, Corinto o Megara, mientras que intervino decisivamente para provocar la expulsión de Hipias de Atenas en el 510.

Este incidente es relatado en la historia de Cleómenes I, que quizá fuera el iniciador o el principal defensor de esta política, pero que marchó sobre Atenas oficialmente y con la sanción del gobierno. Luego vinieron las complicaciones, al enfrentarse dos facciones opuestas en Atenas provocando la guerra civil en una disputa sobre la sucesión del tirano. Cleómenes volvió para apoyar a Iságoras contra Clístenes. Fue derrotado y abandonó Atenas para volver de nuevo con sus filas engrosadas por tropas aliadas. Cuando éstas supieron el motivo por el que habían sido reunidas, se rebelaron a instigación de Corinto, arguyendo que la intervención en los asuntos internos de Atenas era injusta y no les incumbía. El otro rey espartano, Damarato, les prestó al parecer su apoyo y la empresa acabó en un fracaso para Cleómenes que tuvo amplias resonancias. Se nos dice que a partir de este incidente los espartanos adoptaron la regla de no enviar a los dos reyes juntos en

ninguna ocasión, y podemos suponer que fue en este momento cuando se introdujo la práctica de colocar a los éforos junto al rey para aconsejarle en los asuntos militares y administrativos.

En cuanto a los aliados, a partir de aquí se les consultó en reuniones más o menos solemnes convocadas a este propósito cuando hacía falta su ayuda militar o se preveía una operación conjunta a gran escala. Una red irregular de alianzas en torno a Esparta se convierte ahora en algo muy semejante a una liga auténtica. Los historiadores modernos tienden a llamarla la Liga del Peloponeso, pero los griegos se atenían a la denominación «Esparta y sus aliados», ya que algunos de éstos, tales como Megara, Egina y Atenas, estaban fuera del Peloponeso. En cierto sentido, el nombre moderno resulta demasiado amplio; la «Liga» nunca adquirió mecanismo administrativo alguno, ni siquiera una tesorería, y su cohesión y efectividad dependían en gran parte del asunto del que se tratara. A pesar de todo, era una realidad suficiente como para dar a Esparta el poder adicional que necesitaba y esa paz interna que la convirtió, durante las siguientes décadas, en la fuerza militar más poderosa de Grecia y en líder reconocido de los griegos frente a los invasores persas.

IV. ATENAS

Geográficamente, la región de Ática, unos mil seiscientos kilómetros cuadrados, es típicamente griega; no tan fértil, por ejemplo, como Mesenia, pero con un buen número de extensas llanuras cultivables. Merecen destacarse dos características importantes. Ática tiene una línea costera muy considerable al sur y al este, con playas apropiadas para el desembarco, y una rica reserva de plata en el Laurión, al sureste, que se venía explotando desde el siglo VI. No hay ninguna razón topográfica que nos dé la clave de la temprana unificación de este distrito. Tampoco hay ninguna explicación étnica que sea históricamente válida. La palabra *Ática* no es comparable a Beocia o Tesalia; a estas gentes no se les llamaba áticos sino atenienses, mientras que un hombre de Tebas era a la vez tebano y beocio. La palabra Atenas en sí misma es simplemente una derivación de Atenea, la diosa protectora de la ciudad. Los atenienses atribuían su unificación (*synoikismós*) a Teseo. Pero ésta es una tradición tardía, creada probablemente en el siglo VI, y su carácter totalmente mítico, como todas las demás hazañas de Teseo, que se convirtió en un Heracles tardío, se desprende claramente de la vaguedad, inverosimilitud y abundancia de errores básicos (como el de poner la fecha antes de la guerra de Troya) que componen el breve relato de Tucídides (II, 15-16). Sin embargo, no podemos ofrecer ninguna explicación mejor. Es prácticamente seguro que la unificación fue un proceso que duró un cierto tiempo, y no un acto único de un rey o un héroe. Por lo menos la incorporación de Eleusis se puede considerar como relativamente tardía y en algunas fuentes encontramos leves sugerencias de que la asimilación no se llevó a cabo pacíficamente. En conjunto, el *synoikismós* constituyó un caso excepcional, si no único, en la época oscura y la Grecia arcaica. Atenas no solamente era la ciudad-estado de mayor territorio, después de Esparta, sino que se convirtió además en un estado unificado sin vasallos en el interior: ni siquiera *períoikoi* y, naturalmente, sin ilotas. Todos los hombres libres de Ática eran igualmente atenienses. Las agudas diferencias sociales no estaban basadas en distinciones de tipo regional o étnico sino que se repetían en los diversos distritos del estado; los esclavos procedían del exterior.

Atenas fue una de las ciudades que no participó en el movimiento colonizador; ni siquiera se le puede atribuir una colonización como la de Taras. No podemos sino suponer que su extenso territorio la equipaba con una válvula de escape que los demás estados tenían que buscar en el exterior, y que su importante y continuada producción de cerámica, desde la protogeométrica, implica un desarrollo comercial e industrial muy por encima de lo normal en aquella época. Aun así, Atenas también padece la universal *stasis* de la Grecia arcaica, con los mismos problemas, con los mismos grupos sociales en conflicto, y con la misma necesidad de una tiranía. A mediados del siglo VII su situación se vio quizá complicada por causa del *synoikismós*. La unificación dejó a la mayoría de las familias aristocráticas firmemente establecidas en sus antiguos distritos, en los que mantenían sus posesiones (por ejemplo en Maratón, Braurón y Eleusis), aunque normalmente residieran en Atenas, según la costumbre mediterránea. Desde estas bases algunos de los miembros más activos de las familias eupátridas (según se denominaba a la aristocracia griega, pues eupátrida significa «bien nacido»), podían provocar conflictos faccionales en su propio beneficio, a través de sus clientes y subordinados.

El primer episodio que nos es conocido fue un intento fracasado de establecer la tiranía alrededor del 630, por parte de un noble llamado Cilón. Narraciones atenienses posteriores pretenden que Cilón recibió el apoyo necesario desde el exterior, particularmente de su suegro Teágenes, tirano de Megara, que los atenienses opusieron una resistencia masiva y que los almeónidas atrajeron sobre sus cabezas la maldición al violar el salvoconducto y hacer una matanza entre los seguidores de Cilón. La deformación de los hechos es bastante aparente. En todas partes los tiranos tenían considerable apoyo interno e incluso los mismos atenienses no tuvieron más remedio que admitir, una generación más tarde, que había existido auténtica presión popular para que Solón se convirtiera en tirano. En cambio no hay nada improbable por sí mismo en la vinculación familiar entre Cilón y Teágenes: tales matrimonios eran una parte esencial de las relaciones entre las ciudades, y pocas familias aristocráticas tenían reparo en aceptar a un tirano como yerno o como suegro. En cuanto a la matanza que siguió a la rendición de Cilón, podría tratarse de una «vendetta» anterior, lo que explicaría la misteriosa figura de Dracón. Se le atribuye la codificación de la ley en el año 621 —«un código escrito con sangre y no con tinta» según una tradición hostil posterior, carente de datos concretos—. Dracón contribuyó probablemente a exponer en detalle la ley relativa al asesinato. Parte de esta ley seguía en vigor al final del siglo V y lo poco que conocemos de ella trata de las formas de terminar con las venganzas familiares. Sin embargo, podemos decir casi con absoluta certeza que una codificación completa de Dracón es pura ficción. Fue obra que quedó para Solón, en la generación siguiente.

En torno a Solón tenemos, por primera vez, una documentación sólida. Fue un propagandista político bastante prolífico y, como casi todos los escritores que viven en una época semianalfabeta, no escribió prosa sino poesía; la mayor parte de su producción sobrevivió durante siglos. Aún disponemos de extensas citas de su trabajo. Su código de leyes, escrito en tablas de madera, ha provocado el desacuerdo entre los investigadores modernos en lo que se refiere a ciertos detalles, entre ellos el relativo al tiempo exacto durante el que fueron accesibles, aunque ciertamente fue un largo período. Solón era un eupátrida que en el 594 fue nombrado arconte, el cargo más importante de la ciudad, con plenos poderes para poner fin a la *stasis* por medio de una reforma metódica de las leyes y del sistema político. El nombramiento de Solón y la forma en que fue realizado son muy significativos. No tomó el poder, sino que le fue otorgado, lo que prueba que entre la

aristocracia había un grupo dispuesto a hacer concesiones, ante la ruidosa oposición de que eran objeto por parte de los campesinos sujetos por lazos serviles. La única esperanza de alcanzar un compromiso satisfactorio era que un aristócrata se erigiera en defensor de las clases humildes. Solón, lo sabemos por sus primeros poemas, estimaba que la guerra civil había estallado a causa de la rapacidad y avaricia de los ricos. Los pobres le recompensaron pidiendo que se convirtiera en tirano[20]. Se negó a aceptar el trono, pero aceptó convertirse en arconte de poderes extraordinarios y trató de seguir una política de dificultosa imparcialidad entre las exageradas demandas del campesinado, por una parte, y de la aristocracia más exigente por otra.

Su primera acción, la llamada *seisákhtheia* («arrojar el lastre») tenía por objeto evitar la explotación abusiva del campesinado. Se cancelaron las deudas y los numerosos atenienses que estaban sujetos a la entrega de una parte de la cosecha (*hektemorioi*) o que habían pasado a la servidumbre por deudas fueron liberados. Una nueva ley prohibía en lo sucesivo la costumbre de hipotecar a las personas mismas como fianza de sus deudas. Sin embargo, Solón se negó a tomar la medida más revolucionaria: la confiscación de los latifundios para repartirlos entre los campesinos más pobres y entre aquellos que no poseían tierras. A pesar de ello, Aristóteles tenía razón en afirmar que la *seisákhtheia* había sido la primera medida solónica en interés del *demos*. Un campesinado libre fue la base de la sociedad ateniense a través de su historia como *polis* independiente. Su condición no era aún todo lo segura que hubiera sido deseable, pero a partir de este momento los atenienses quedaron protegidos de las formas más tradicionales de explotación personal; una protección que Solón reforzó de manera importante practicando ciertas reformas en la administración de la justicia y codificando la ley, medida que introducía claridad, seguridad y conocimiento público de la ley en la comunidad.

En el aspecto constitucional el equilibrio requerido era más complejo, ya que en este terreno se daban conflictos entre las mismas clases acomodadas. La medida más decisiva de Solón fue la creación de una jerarquía debidamente estructurada y basada en el único criterio de la riqueza. Los ciudadanos estaban divididos en cuatro clases, según su fortuna, la cual se medía (es importante señalarlo) no por la cantidad de dinero que poseían, sino por su producción agrícola. Los altos cargos, de un año de duración, estaban reservados a los ciudadanos de primera clase, aquellos hombres cuyas tierras producían más de quinientas medidas áridas o líquidas. Uno de estos cargos, el de arconte, era el que abría la puerta del consejo del Areópago, consejo tradicional, formado por nobles de nacimiento, investido de autoridad para la supervisión general e indefinida del estado (que recuerda a la del senado romano), el cual siguió en manos de Solón. Los ciudadanos de las dos clases sociales siguientes eran elegibles para cargos de menor importancia y, posiblemente, también para el nuevo Consejo de los Cuatrocientos creado por Solón. Los restantes, aquéllos que no podían producir doscientas medidas al año, sólo tenían acceso a la Asamblea. Desconocemos el funcionamiento de la Asamblea o del Consejo de los Cuatrocientos en las esferas de la legislación y de la política, a pesar de lo mucho que se ha especulado en torno a ello. Las fuentes de información a nuestro alcance no nos lo explican, salvo en un punto importante: en algunos casos jurídicos se otorgaba a la Asamblea la apelación por encima de los magistrados. Pero la actitud mental que se hallaba en el trasfondo de las reformas y su repercusión general están muy claros. Los ciudadanos más ricos podían ser elegidos para ejercer los cargos más elevados y llegar hasta el Areópago, aunque no fueran nobles, rompiendo de esta forma el monopolio eupátrida. A pesar de ello, la aristocracia siguió conservando gran parte de su influencia y su poder. Por primera vez se concedía a la clase

media, en la que estaban incluidos los soldados hoplitas, un papel en el gobierno del estado. Incluso se reconocía a los pobres como parte activa del *demos*, por limitada que fuera su participación. Los grandes huecos de la estructura de la rudimentaria *polis*, que le habían impedido funcionar como una comunidad viable, iban siendo reducidos, aun cuando todavía no desaparecían.

Al parecer, después de realizar estas reformas, Solón abandonó Atenas, temiendo que, al quedarse, los extremistas insatisfechos le presionaran para que introdujera más reformas o se convirtiera en tirano. Los disturbios entre facciones opuestas se reprodujeron. En dos ocasiones fue imposible elegir arconte. No tenemos noticias de ningún otro tipo de perturbaciones después del año 580, posiblemente porque el mecanismo constitucional fue aceptado por la mayoría de los ciudadanos ricos, eupátridas o no. Sin embargo, la sola existencia de un mecanismo constitucional no podía traer consigo la paz interna. La *stasis* no puede borrarse de un plumazo. Solón había consolidado la situación civil del campesino pero no su posición económica. Al parecer, tampoco la ciudad podía proporcionar un *modus vivendi* a los que no podían sobrevivir en el campo. Las demandas y contrademandas de ambas facciones eran utilizadas por los aristócratas que aún conservaban cierta influencia sobre los clientes y seguidores de sus dominios para maniobrar en busca de la consecución de sus ambiciones personales. Finalmente, llegó el momento en que un hombre se elevó por encima de los demás, consiguiendo lo que Solón había intentado prevenir. Pisístrato, aristócrata influyente que aseguraba ser descendiente del Néstor de los poemas homéricos y que había conseguido alguna reputación en la guerra con Megara, realizó el primer intento de convertirse en tirano en el 561 o 560, según la tradición. Fue expulsado después de algún tiempo; lo intentó de nuevo, siendo nuevamente expulsado, hasta que finalmente lo consiguió en el año 545. Desde entonces gobernó, hasta su muerte en el 527, y fue sucedido por su hijo Hipias, cuya tiranía no concluyó hasta el 510, debido a la intervención del ejército invasor espartano.

No existen datos escritos de la época relativos a los pisistrátidas. El primero en hablar de ellos es Heródoto, hacia mediados del siglo siguiente, cuando cualquier griego que se preciara condenaba automáticamente a todos los tiranos como el peor de los males. Por lo tanto, es aún más revelador que los escritores griegos posteriores coincidieran en que Pisístrato fue una excepción, un «buen tirano», siempre que esta frase no fuera contradictoria. También estaban de acuerdo en que uno de los secretos de su éxito (y del de su hijo) fue que dejaron que la constitución establecida por Solón siguiera funcionando sin cambios, con la única excepción de la elección del arconte, que había de ser siempre un miembro de su familia o uno de sus seguidores. No debemos interpretar esto ingenuamente, aunque la afirmación es indudablemente veraz en cuanto a los hechos escuetos se refiere. El primer intento o intentos de Pisístrato para subir al poder (no es seguro que la tradición sea exacta al afirmar que hubo dos fracasos) parecen haberse realizado con todo el apoyo que pudo conseguir dentro del Ática. Pero la tercera vez, ayudado por la fortuna que de alguna forma había amasado en las minas de plata del monte Pangeo en Tracia, volvió con un ejército de mercenarios, algunos de los cuales, una vez en el poder, pasaron a formar su guardia personal en la ciudadela de la Acrópolis. Sus enemigos irreconciliables fueron asesinados o exiliados. Así protegido, Pisístrato podía permitirse el lujo de dejar a la asamblea que siguiera en funciones, y que el consejo, los magistrados, los tribunales e incluso el Areópago ejercieran sus prerrogativas. Por otra parte, nadie podía obligarle a permitirlo. El hecho de que lo hiciera por su propia iniciativa es buena prueba de su inteligencia política, y constituye la clave del lugar que ocupa este tirano dentro de la

evolución del estado ateniense.

No es fácil definir la relación exacta que existió entre los pisistrátidas y las demás familias aristocráticas de Atenas durante los treinta y cinco años que duró su reinado. Las tradiciones posteriores sobre la terrible enemistad de familias tales como la almeónida pueden descartarse como intentos *post factum* de borrar de la historia familiar las relaciones amistosas mantenidas con un tirano. Los almeónidas intentaron sin éxito derrocar a Hipias en el 513, y sin embargo, uno de ellos, Clístenes, había sido anteriormente arconte bajo Hipias, y su hermana, antes aún, se había casado con Pisístrato. Las relaciones entre los pisistrátidas y la familia de Milcíades eran igualmente ambiguas e irregulares. La familia de Milcíades estaba emparentada por matrimonio con los cipsélidas, tiranos de Corinto, mientras que la madre de Clístenes era, a su vez, hija del tirano de Sición, siguiendo la costumbre que hemos señalado con relación a Cilón en el siglo VII. Asimismo, otra esposa de Pisístrato, aristócrata argiva, había estado casada anteriormente con un tirano de Ambracia, miembro del clan cipsélida. Se han localizado otras relaciones familiares de los pisistrátidas en Eubea, Tracia y Macedonia, en Tesalia y con Ligdamis, tirano de Naxos. En suma, que la afirmación global de Aristóteles, en su *Constitución de Atenas* (XVI, 9), según la cual Pisístrato se ganó el apoyo de la mayoría tanto noble como plebeya, puede hacerse extensiva a la nobleza del exterior. Aunque la aristocracia contemporánea ateniense hubiera preferido una oligarquía al mandato de un solo hombre salido de sus filas, nunca llevaron esta preferencia hasta el punto de convertirla en motivo de disputa. Todos los conflictos que sabemos surgieron entre un tirano y un individuo o familia de la aristocracia estaban motivados por cuestiones de honor o rango, sin que hubiera en ellos nada más importante. Incluso el asesinato de Hiparco, hermano menor de Hipias, en el año 514, que condujo a un recrudecimiento de la tiranía, fue motivado por los celos en un asunto amoroso de carácter homosexual. Los atenienses convirtieron a los dos asesinos, Harmodio y Aristogitón, en grandes héroes, pero lo cierto es que no hubo ninguna motivación política, ni siquiera antitiránica, en su acto.

Sin embargo, la aristocracia ateniense sufrió una derrota permanente bajo el reinado de Pisístrato. Treinta y cinco años de constitución solónica en funcionamiento, aun supervisada por un tirano, no podían deshacerse, especialmente si tenemos en cuenta que fue un período de paz y creciente prosperidad para Atenas. Las familias más importantes conservaban aún la exclusiva de los altos cargos, y cierta influencia en las relaciones con el exterior, pero al mismo tiempo estaban viéndose «domesticar», obligándolas y acostumbrándolas a funcionar dentro de la estructura constitucional, en el seno de la cual fue posible dominar sus actividades faccionales. Cuando Hipias fue exiliado en el año 510, una parte de la aristocracia, encabezada por Iságoras, intentó recobrar su anterior poder. Fue derrotada tras una guerra civil de dos años de duración; más tarde, Clístenes modificó la constitución, estableciendo la base estructural de la futura democracia ateniense. Para este propósito recibió indudable apoyo del espíritu nacional que los tiranos habían contribuido a levantar de forma activa y concreta. Se erigió un gran templo consagrado a Atenea sobre la Acrópolis (destruido por los persas en el 480 y más tarde reemplazado por el Partenón) y comenzaron otro templo dedicado a Zeus. Estimularon el espíritu nacional, distinguiéndolo del culto regionalista, e introdujeron fragmentos de los poemas homéricos en el festival panatenaico y las competiciones de coros trágicos en las fiestas dionisíacas; cultivaron las artes en general e invitaron a músicos y poetas del exterior a su corte de Atenas.

Estos son hechos incontrovertibles, pero su repercusión no debe ignorarse aunque

no pueda medirse con exactitud (y no se ve aminorada aun cuando se admita que los tiranos lo hacían para aumentar su prestigio más que para elevar el nivel de la cultura nacional). Parte de tal repercusión se hizo visible en la economía. Atenas era todavía una comunidad básicamente agraria y la clave de su estabilidad económica estaba en el campo. Sabemos poco acerca de la actividad de los pisistrátidas en este aspecto, aparte de que ayudaron a los granjeros más necesitados con una serie de préstamos con grandes facilidades. Pero todo parece indicar, a través de los datos que nos proporciona el siglo siguiente, que fue durante el período de la tiranía cuando se estableció y consolidó permanentemente una clase social formada por los pequeños y medios terratenientes. Esto hubiera sido más difícil, si no imposible, de conseguir, de no haberse desarrollado considerablemente el sector urbano de la economía. Aunque no conozcamos los detalles, parece que fue esto lo que realmente ocurrió. Un factor importante a este respecto fue la gran atención que el público dedicaba a festivales y edificios públicos; otro, el inusitado auge de la cerámica pintada ateniense, que virtualmente monopolizó las exportaciones de cerámica griega, principalmente a Italia y Sicilia, a mediados del siglo VI. La acuñación de moneda ateniense es otra señal; no se conoce la fecha exacta en que Atenas empezó a acuñar monedas, pero el cambio decisivo a los famosos «búhos» de plata ocurrió durante el reinado de Pisístrato o el de su hijo. También adquirió importancia, por primera vez, durante este período, la esclavitud doméstica, al tiempo que un número cada vez mayor de hombres libres inmigraba desde otras ciudades griegas ante las nuevas perspectivas que se abrían al comercio y la industria.

Los atenienses posteriores consideraban a Solón como el hombre que les puso en el camino de la democracia, mientras que Pisístrato e Hipias eran para ellos un intermedio embarazoso en su historia. A pesar de ello, dejando a un lado juicios morales y consideraciones sobre su intención y visión personal, el papel histórico de estos dos tiranos fue igualmente indispensable para mantener a los atenienses en dicho camino.

V. LA CULTURA DE LA GRECIA ARCAICA

A pesar de su dispersión geográfica y su fragmentación política, los griegos conservaron una profunda conciencia de pertenecer a una cultura única y singular: «nuestra pertenencia a una misma raza y un mismo lenguaje, nuestros santuarios y ritos comunes, nuestras costumbres similares», dice Heródoto (VIII, 144). Tenían razón; este fenómeno es digno de mención, dada la ausencia de una autoridad central, política o eclesiástica, el carácter predominantemente oral de su cultura hasta el final de la Era Arcaica y la inventiva con la que las diferentes comunidades resolvieron los heterogéneos problemas que surgieron en la vida política y cultural. Nada es tan revelador como la rapidez con que se difundían las ideas. El alfabeto fenicio es un temprano ejemplo de ello. Otros ejemplos son el mecanismo gubernamental formado por el consejo, la magistratura y la asamblea, el templo dórico y la moneda acuñada. No parecía importarles que un «invento» fuese griego o importado del exterior. Si se demostraba que era práctico dentro de la sociedad griega, y compatible con las específicas condiciones locales, su valor real se reconocía rápidamente en todo el mundo griego.

Un factor de cohesión importante era el mito. Es difícil encontrar otros pueblos con una mitología tan rica en calidad y cantidad. Había un mito para cada rito y para cada culto, para cada fundación de ciudad y para casi todos los elementos de la naturaleza: el movimiento del sol, las estrellas, los ríos y los manantiales, los terremotos y las plagas. El

mito ejercía una serie de funciones: era explicativo, didáctico, heurístico y prescriptivo. Proporcionaba a los griegos arcaicos un sentido y un conocimiento de la historia y del pasado; venía a sancionar sus instituciones, sus cultos, sus festivales, sus creencias, el mandato de la aristocracia en general y la autoridad de cada familia aristocrática (empezando por su genealogía), y así a través de toda la gama de ideas y prácticas comunitarias. Conseguían todo esto porque se creía en la veracidad de los mitos, a pesar de que no hubiera sacerdocio santificado o autoridad alguna investida de la prerrogativa de crear mitos o certificarlos. Según Heródoto (II, 53), fueron Homero y Hesíodo quienes «fijaron por primera vez para los griegos la genealogía de los dioses, dándoles sus títulos, repartiendo entre ellos los honores y las funciones y definiendo sus imágenes». Esto tal vez no sea literalmente exacto, pero apunta a una verdad esencial; el criterio que los griegos tenían en esta materia se debía principalmente a los poetas, a los que se creía «inspirados por las musas», pero que no podían igualarse a los sacerdotes o a los profetas. Inspiración poética no equivale a revelación profética; así, la palabra griega *hiereús*, que nosotros traducimos por «sacerdote», se aplicaba habitualmente a un laico, un funcionario público exactamente igual a cualquier funcionario civil o militar. Había personas que aseguraban tener una relación especial con los dioses; eran magos, hechiceros o adivinos, pero, por lo general, no ostentaban ningún cargo público, y su poder dependía simplemente de la comprobación pragmática y de la acogida popular. Era muy raro encontrar a los sacerdotes y a los místicos reunidos, como en el caso de Delfos. Allí los sacerdotes oficiales eran simples administradores, pero la reconocida categoría de este particular santuario provenía de su oráculo, del propio Apolo, que contestaba a las preguntas a través de una mujer que se llamaba Pythia o Pitonisa: una «médium» o mediadora, en el sentido más estricto de la palabra. No se puede negar el confusionismo producido por varios siglos de mitificación «oficiosa» y descentralizada. Más tarde, cuando los griegos se dispersaron hacia el este y el oeste, Apolo, Heracles y otros dioses y semidioses tuvieron que viajar con ellos. Tuvieron que apoyar las variables alianzas y relaciones políticas, las ideas de cohesión étnica (como en el caso de los jonios) o las aspiraciones de ciertos lugares sagrados a una categoría más elevada que los demás. El más largo de los llamados «Himnos Homéricos» trata de Apolo; sus dos partes resultan bastante incoherentes una con otra, si no del todo incompatibles, ya que la primera une al dios con Delfos y la segunda lo relaciona con Delos (sus dos santuarios más importantes). Como cualquier manual moderno sobre mitología griega nos puede revelar, este ejemplo se repite mil veces. Además, aunque todos los griegos reconocían y honraban el panteón, ninguna persona o ciudad era capaz de celebrar todos los ritos que correspondían a cada dios. Cada ciudad tenía su divinidad protectora y sus afinidades especiales con determinados dioses y héroes; esto naturalmente aumentaba el confusionismo existente. Al final (aunque no antes del siglo VI a. C.) se empiezan a oír voces escépticas, pero no muchas, ya que la gente no solía *estudiar* los mitos; ejecutaban los ritos y eso era suficiente. En el curso del período arcaico ciertos centros religiosos adquirieron categoría panhelénica. Posteriormente se ha podido comprobar que algunas de las tradiciones según las cuales se había consultado a Delfos antes de establecer una nueva colonia han resultado ser invenciones posteriores. Fue en el siglo VII, no en el VIII, cuando Delfos dejó de ser un santuario local para convertirse en el más importante de los oráculos panhelénicos. Aunque la fecha tradicional de la fundación de los Juegos Olímpicos cuatrienales en honor de Zeus, 776 a. C., pueda ser exacta, la documentación histórica que ha llegado a nuestros tiempos sugiere que los Juegos empezaron atrayendo solamente a los griegos peloponésicos y que más tarde, como en el caso del oráculo de Delfos, su fama se

extendió. Ninguna otra institución griega superaba la fama de los Juegos o del oráculo de Delfos, pero los griegos también recorrían largas distancias para consultar a otros oráculos, como los de Dodona en Epiro o Claros en Asia Menor, o para ir a los juegos ístmicos y nemeos, cerca de Corinto, como atletas o como participantes. Así, los griegos, fragmentados políticamente y con conflictos internos, conseguían una unidad de acción a través de su poesía, su arquitectura, su escultura y sus juegos atléticos. Sin embargo, su religión no contribuía en medida apreciable a la unidad *política*, ni siquiera a la paz, dentro de la Hélade. Se consultó a menudo a Apolo en Delfos antes de emprender campañas militares, pero no tenemos noticia de que el dios recomendara la paz como bien en sí misma, aunque en algunas ocasiones aconsejara desistir de una empresa. Los festivales siempre eran motivo de tregua, pero no parece que llegaran a crear una paz duradera; ni siquiera fomentaban cierta buena voluntad entre los contendientes. Los juegos y otras formas de competición (en poesía, música y baile) eran actos que se celebraban para señalar los acontecimientos religiosos. Los orígenes de esta costumbre se pierden en la Era Oscura. La referencia más temprana es la detallada explicación que la *Ilíada* hace de los juegos organizados por Aquiles con motivo del funeral de Patroclo. Esta narración ya nos revela parte de la complicada psicología que se traduce de tales actos. Es importante señalar que la religión griega no era un campo de actividad aislado, sino que estaba presente en todos los aspectos personales y sociales de la vida del griego. Se honraba a los dioses y se buscaba su apoyo de muchas formas diferentes: compartiendo la comida y la bebida con ellos, cantando y bailando, entrando en trance (menadismo y otras formas de comportamiento orgiástico) y celebrando juegos y competiciones de fuerza, ya que la fuerza física era un don de los dioses como otro cualquiera. Sin embargo, no se puede decir que la religión «llenara» la vida de los griegos. La palabra griega que traducimos como «certamen» o «competición» es *agon* y su significado incluye no solamente la competición poética o atlética sino también un caso forense, una batalla, una crisis, o simplemente un estado de profunda ansiedad. En el contexto presente es preferible dejar el término *agon* sin traducción, como Jakob Burckhardt hace en su brillante exposición del significado de este término en la Grecia arcaica[21]. Ya que el *agon* era la expresión ritualizada de una escala de valores en que el honor era la virtud más importante, por la que se luchaba aun a costa de la vida misma, y en que la pérdida de honor, la humillación, era el desastre más terrible que podía caer sobre un hombre[22]. Las culturas de «honra y oprobio» han existido en otras sociedades, entre los beduinos o en tierras mediterráneas hasta épocas muy recientes; sus valores y actitudes pueden hallarse, en diferentes grados, dentro de las sociedades actuales. Es de destacar la intensidad con que los griegos se atenían a estos valores en sus festivales religiosos. Las Odas de Píndaro, fallecido en el 483, son su formulación literaria más importante y también la que contiene una mayor dosis de tradicionalismo arcaico. En el tiempo en que Atenas alcanzaba el apogeo de su cultura democrática, Píndaro aún celebraba a los vencedores de los Juegos, alabando sus méritos al tiempo que se regocijaba brutalmente del terrible deshonor que se abatía sobre los vencidos.

Los valores de Píndaro pertenecían a una sociedad arcaica con la que el *agon* estaba íntimamente asociado. El triunfo más valioso dentro de los Juegos era el conseguido en las carreras de carros, el más aristocrático de los deportes y el favorito de los tiranos. Píndaro y otros especialistas en epinicios, como se llamaba a los poemas en honor de los vencedores, ponían su arte a disposición de los tiranos tan libremente como lo hacían con los aristócratas. Éste es un síntoma que revela su negativa a aceptar el nuevo orden social y político que hacía su aparición en los últimos años de la Era Arcaica. Otro síntoma

importante es la total compenetración de estos poetas con el mito. Sin embargo, si comparamos estas odas con la narración que hace la *Ilíada* de los Juegos celebrados con motivo del funeral de Patroclo, advertimos en ellas un tono renovador. La *Ilíada* celebra la victoria de héroes individuales, mientras que las odas entroncan a los vencedores con sus antepasados y con su raza, pero al mismo tiempo con las comunidades que reciben el honor. En resumen, en el *agon* arcaico aparece el diálogo y, más tarde, esa tensión entre individuo y comunidad que habría de convertirse en una constante de la civilización occidental. Dada la naturaleza de los datos que poseemos, desconocemos la actitud del pueblo ante los valores que Píndaro aún representaba; a pesar de ello, no hay duda de la gran atracción que los juegos ejercían sobre las gentes convertidas en espectadores. Sin embargo, la oposición al *ethos* aristocrático era inevitable: en primer lugar por parte de aquellos moralistas cuyo pensamiento rebasaba las fronteras de la moral de honra y oprobio, y en segundo lugar por parte de los elementos que intentaban romper el monopolio que ejercía la aristocracia sobre la riqueza y el poder. No bastaba «domesticar» al héroe homérico; era necesario reducir, o acaso destruir, el espíritu del *agon*, como factor negativo e incluso corruptor dentro de la comunidad. Podemos apreciar claramente esta intención en los poemas de Solón, a pesar de que él respetaba los derechos de las clases privilegiadas. Debe añadirse que hasta la guerra había pasado a ser asunto de toda la comunidad y que ya no podía dirigirse según el espíritu del *agon* después del advenimiento de la falange hoplita.

La tensión entre individuo y comunidad está claramente expresada en la obra de Hesíodo *Los trabajos y los días*, que puede fecharse a principio del siglo VII[23]. Aunque el lenguaje y la métrica del poema están en la tradición épica y conservan importantes elementos míticos, *Los trabajos y los días*, a diferencia de la *Teogonía*, es principalmente un poema subjetivo, escrito en primera persona. Es asimismo una de las más negras lamentaciones que se han escrito, llena de horror ante la edad de hierro, injusta y pobre, en que viven los hombres, de amargura ante los «jueces devoradores de sobornos», de ira al denunciar los peligros del ocio y del lujo, y la omnipresente pobreza. La actitud del poeta es tanto más de resaltar cuanto que sabemos que el «yo» del poema es un bardo, al menos semiprofesional y a la vez un granjero lo suficientemente rico como para poseer esclavos y contar con la posibilidad de adquirir más tierras de cultivo con el fruto de su trabajo. Vemos en esta obra cómo dos nuevos elementos fundamentales, que habrían de perdurar hasta el fin de la Era Arcaica, aparecen en la poesía griega. El primero es el elemento personal, el poeta que habla en primera persona. Aunque podría ser un error inferir que el poeta está siendo autobiográfico cuando el escribir en primera persona era a menudo solamente un convencionalismo en poesía, sus poemas revelan «la postura que deseaba adoptar, las emociones que deseaba expresar y los temas que prefería desarrollar»[24]. Estos temas son a menudo críticas sociales y políticas directas, como en el caso de Tirteo, de Solón, de Alceo de Lesbos o de Teognis de Megara, y es éste el segundo elemento nuevo. Toda esta crítica no estaba dirigida en una sola dirección (en Teognis, por ejemplo, encontramos una actitud diferente a la de Solón con respecto a la aristocracia). La diversidad de ideas y actitudes refleja a la vez el nuevo «individualismo» y la creciente complejidad e incremento de conflictos internos de la situación social.

Esta poesía no sólo tenía que romper con la tradición heroica sino también con el estilo épico que tan familiar era a los poetas. Los poemas se acortaron (*Los trabajos y los días* tenían aún más de 800 versos, en la versión que ha llegado a nuestras manos; la *Teogonía* la mitad) y se creó una nueva métrica. A menudo los poemas eran personales en el sentido más subjetivo y abandonaban el tema social para cantar el amor, los placeres del

vino, la amistad y la diversión. Este desarrollo de la poesía es visible ya en los nuevos poetas cuya producción ha sobrevivido en cantidad suficiente (aunque generalmente en forma fragmentaria): Arquíloco de Paros, cuyo *Toruit* puede situarse con bastante precisión en el 650 o 640 a. C., es un buen ejemplo de ello. La variedad de formas métricas indica que detrás de este poeta hay una larga experiencia en la práctica de las canciones populares que coexistían con la tradición épica. Este tipo de poesía suele estar vinculada a algún acontecimiento, ya sea una fiesta entre amigos, un baile con motivo de la cosecha o un gran festival público, y está relacionada con una canción más veces que deja de estarlo. La ocasión determinaba no sólo el estilo y el tema, sino también las convenciones propias de los diferentes tipos de poesía. Nada de esto se trasluce con exceso en los fragmentos de Arquíloco, pero queda bien definido en los poetas líricos que le siguieron; poetas de distintos grados de gravedad, que van de las canciones para bebedores de Anacreonte hasta las grandes odas corales de Píndaro y sus predecesores.

Los autores de obras corales, en particular, viajaban mucho por todo el mundo griego en busca de protectores, pero muchos de los otros poetas también se desplazaban. La poesía griega era realmente panhelénica y es de destacar que también las islas del Egeo y las comunidades de Asia Menor producían poetas importantes. Si abordamos un tema intelectual muy distinto, el del auge de la filosofía a partir del 600 a. C., nos encontraremos con que la vieja Grecia no parece haber tenido parte alguna en la primera fase de aquél. Se inició en Jonia, particularmente en Mileto, y más tarde, en la segunda mitad del siglo VI, surgió un segundo foco en Sicilia y el sur de Italia, creado, al parecer, por refugiados. Jenófanes escapó de Colofón para dirigirse a Sicilia hacia la mitad del siglo, Pitágoras, algo más tarde, abandonó Samos y se estableció en Crotona, donde parece haber fundado una auténtica escuela filosófica que era, al mismo tiempo, una secta mística clandestina.

Al tratar de estos primeros «fisicistas» (nombre derivado de *physis*, naturaleza, que les daban los griegos), se hace difícil evitar verlos como «parece», a causa de lo fragmentario, confuso y, en buena medida, poco fidedigno de las tradiciones que se han podido recoger. Pero, cualesquiera que sean los detalles, lo innegable es que estos filósofos iniciaron una auténtica revolución del pensamiento, revolución que podemos resumir en una frase familiar: del mito al *logos* o razón. Durante largo tiempo la revolución consistió en el modo de pensar más que en las respuestas que se daban, ya que a la luz del conocimiento posterior, éstas resultan con frecuencia extremadamente ingenuas. En realidad, preguntas tales como ¿qué es el mundo? y ¿qué es el hombre?, no eran nuevas. Pero las respuestas habían sido siempre respuestas míticas, específicas y concretas, que explicaban los fenómenos naturales y humanos a través de su posible relación con acciones y acontecimientos de carácter sobrenatural, en sí mismos inexplicables. La revolución jónica consistió simplemente en formular preguntas generales y proponer respuestas generales, racionales e «impersonales». Tal proceder era indispensable para que pudieran constituirse la filosofía y la ciencia (a diferencia de lo que sucede con los conocimientos meramente empíricos, en materias como la metalurgia o la navegación, que los griegos por entonces ya habían acumulado ampliamente).

Los primeros filósofos jonios parecen haber estudiado fundamentalmente el cosmos y le naturaleza del ser en general. Pero Jenófanes, por lo menos, era más bien un moralista, e incluso un teólogo; algunos de sus famosos aforismos eran radicales y mordaces: «Homero y Hesíodo han atribuido a los dioses todo aquello que entre los mortales se considera pecaminoso y reprobable: el robo, el adulterio y el engaño». Y los pitagóricos se dedicaron principalmente a estudiar el alma y elaboraron una doctrina de la transmigración

y la reencarnación. De algún modo, su doctrina mística (aunque todo este proceso esté ahora lamentablemente envuelto en la penumbra) los involucró en la intrincada política de las ciudades griegas de Italia, donde constituyeron focos de partidismo y revolución. Estos esfuerzos, más centrados en el hombre, provocaron un conflicto directo entre los filósofos y la interpretación convencional del mito, en especial con algunas de las concepciones morales básicas, apoyadas en el mito. Sin embargo, nadie impugnó directamente la historicidad de estas leyendas, de suerte que el nuevo racionalismo no condujo por entonces a un repaso crítico de la opinión griega ante su pasado; no condujo, en otras palabras, a un desarrollo de la historiografía[25].

Finalmente, la historia de las artes plásticas sirve también de contrapunto a los temas que se han tratado en esta sección. A pesar de las numerosas variantes locales y regionales, el arte era panhelénico, como demuestra la facilidad con que los artistas, sus ideas y sus obras, se difundían e influían. En este aspecto, el griego de los siglos VII y VI se encontraba en un ambiente relativamente familiar adondequiera que se trasladara. El arte, como la poesía, era esencialmente funcional; sus cánones estaban íntimamente unidos a sus propósitos. El arte se entremezclaba con lo cotidiano y no estaba en modo alguno relegado al servicio de los ratos de ocio o del goce contemplativo de los estetas y los coleccionistas ricos. El arte se encontraba en los templos y en los demás edificios públicos, no en los museos. En las casas había vasijas, espejos y joyas bellas, no «obras de arte». Hasta en las casas más refinadas es raro encontrar, entre los innumerables jarrones, vasijas y tazas, un objeto no funcional y meramente decorativo.

En el siglo VI los pintores, ceramistas y escultores habían adquirido la costumbre de firmar sus trabajos. Éste era un paso revolucionario en la historia del arte; significaba el reconocimiento del artista como individuo (lo mismo que había pasado con el poeta lírico). Sin embargo, el artista no se convirtió en un individuo trepador en constante búsqueda de la novedad. En cualquier período o lugar, trabajaba dentro de los cánones reconocidos (y sus clientes no le pedían otra cosa), dándole a su trabajo un sello personal, pero siempre dentro de una estructura estética establecida. Lógicamente, en la historia de la cerámica pintada, que fluye sin interrupción desde el comienzo de la Era Oscura, hubo cambios importantes, no solamente en la técnica, sino también en modas y gustos. El más interesante es el dominio de los productos atenienses en el mercado del mundo griego, especialmente en el oeste, hacia la mitad del siglo VI. Cómo y por qué se produjeron estos cambios es cosa que ignoramos. No sabemos quiénes fueron los innovadores ni la causa por la cual sus ideas, radicalmente nuevas, prendieron con tanta fuerza. La existencia de unos cánones no produjo la repetición mecánica ni la esterilidad. Al examinar el panorama histórico de este arte se puede apreciar una relación efectiva entre el artista como individuo y el artista como función o portavoz de una sociedad, aunque quizá se nos escape la auténtica explicación de esto.

Las otras artes plásticas tienen una historia mucho más corta, por lo que sabemos. Toda la pintura de este período, a excepción de la realizada sobre cerámica, se ha perdido. La arquitectura y la escultura sólo se conocen desde el momento en que se empezó a usar la piedra en lugar de la madera y el adobe, es decir, del siglo VII. Lo que más nos choca es la forma en que estas artes estaban dominadas por las situaciones y motivos religiosos. La arquitectura y la escultura griegas eran artes públicas en el sentido más estricto. La Grecia arcaica era un mundo sin palacios ni mansiones privadas. De entre los edificios públicos, los que se construían con más esfuerzo y gasto eran los templos. Estaban decorados con relieves en metopas, basas y frisos, y albergaban a los dioses a los que estaban dedicados.

También fuera del templo el vínculo entre escultura y religión era mayor de lo que pueda parecer a primera vista. Las estatuas de los vencedores en los grandes juegos entran en esta categoría: al igual que las odas corales, estas estatuas eran una forma de agradecimiento por parte de la comunidad (o del tirano) que representaban los atletas. Como las odas también, las estatuas no estaban dedicadas a los atletas en cuanto individuos; eran retratos de un tipo ideal, empleado indiscriminadamente para hombres y dioses. Las conocidas estatuas arcaicas de jóvenes desnudos, en piedra o bronce (*kouroi*), de las que ahora se conocen más de doscientas, desde el 650 a. C., reciben de los eruditos modernos unas veces el nombre de «apolos» y otras el de «jóvenes». Pero esta distinción sólo es legítima cuando la confirman datos externos (si, por ejemplo, se trata de una estatua funeraria o si la base sobrevive con un texto inscrito). No hay nada en la estatua misma por lo que se pueda distinguir entre las dos variantes.

Tales esculturas, al igual que el templo, simbolizaban el triunfo de la comunidad, de la *polis*, eran una demostración de grandeza, de fuerza y, por encima de todo, de conciencia comunitaria. Los gobernantes micénicos edificaron magníficos palacios y panteones para su propio esplendor. Pisístrato vivió en la Acrópolis durante un tiempo, pero no dejó un palacio como recuerdo, sino un templo. Esto revela lo mucho que la comunidad griega, como fuerza viva, había avanzado, hasta el punto de que un tirano se tenía que inclinar ante ella. Los héroes de Homero vivían en el recuerdo gracias a las leyendas. Los nuevos héroes se inmortalizaban gracias a los edificios públicos.

A lo largo de toda esta historia cultural influyó mucho el Próximo Oriente en los mitos, las matemáticas, la construcción de los templos y la decoración de la cerámica. Si aquí no se ha hablado más de ello, no ha sido por deseo de negar la existencia de estos influjos, sino con la intención de obtener una visión equilibrada. Todos los elementos copiados por los griegos fueron rápidamente absorbidos y convertidos en algo original, siempre que se tratara de algo más que una simple técnica (como la metalurgia, por ejemplo). Copiaron el alfabeto fenicio, pero lo cierto es que no hubo ningún Homero entre los fenicios. La idea de la estatua humana puede haberse importado de Egipto, pero fueron los griegos, y no los egipcios, quienes desarrollaron la idea a través de los *kouroi*, hasta llegar a la estatua clásica. Dentro de este proceso, no solamente inventaron el desnudo como forma artística, sino que, en un aspecto muy importante, «inventaron el arte» mismo. Fueron los griegos quienes nos enseñaron a preguntarnos: «¿Cómo se sostiene?» o incluso: «¿Por qué está colocado así?»[26]. No sería aventurado relacionar estas preguntas que, suponemos, se hacían a sí mismos los primitivos escultores griegos, con el tipo de preguntas que los fisicistas se hacían al mismo tiempo. La confianza y seguridad del hombre en sí mismo, que permitieron e impulsaron estas preguntas, tanto en política como en arte y filosofía, son la raíz del «milagro griego».

Bibliografía.

CAP. 1: ASIRIA Y LOS PAÍSES VECINOS (BABILONIA, ELAM, IRÁN) DEL AÑO 1000 AL 617 a. C. / EL IMPERIO NEOBABILÓNICO HASTA EL 539 a. C.

Ver las referencias bibliográficas mencionadas en las notas.

CAP. 2: ASIA MENOR ENTRE LOS HITITAS Y LOS PERSAS

I. Fuentes

Para los textos jeroglíficos véase en especial las siguientes recopilaciones:

GELB, I. J.: *Hittite Hieroglyphic Monuments*. Chicago, 1939.

HOGART, D. G.; WOOLLEY, C. L., y BARNETT, R. D.: *Carchemish*, vol. I. (Londres, 1914), vol. II (Londres, 1921), vol. III (Londres, 1952).

MESSERSCHMIDT, L.: *Corpus Inscriptionum Hettiticarum*, 1. Berlín, 1900. Apéndice 1, Berlín, 1902. Apéndice 2, Berlín, 1906.

II. Bibliografía complementaria

Por ser auxiliares indispensables merecen especial mención:

LAROCHE, E.: *Les Hiéroglyphes Hittites*, vol. I: *L'écriture*. París, 1960.

MERIGGI, P.: *Hieroglyphisch-hethitisches Glossar*, 2.ª ed., Wiesbaden, 1962.

AKURGAL, E.: *Späthethitische Bildkunst*. Ankara, 1949.

— *Phrygische Kunst*. Ankara, 1955.

— *Die Kunst der Hethiter*. Dibujos de Max Hirmer. Múnich, 1961.

BITTEL, K.: *Grundzüge der Vor- und Frühgeschichte Kleinasiens*. 2.ª ed. Tubinga, 1950.

BOSSERT, H. TH.: *Altanatolien*. Berlín, 1942.

ERZEN, A.: *Kilikien bis zum Ende der Perserherrschaft*. Leipzig, 1940.

GARSTANG, J.: *The Hittite Empire*. Londres, 1929.

GOETZE, A.: «Kleinasien» (en la serie *Kulturgeschichte des Alten Orient*, del *Handbuch der Altertumswissenschaft*, compilado por MÜLLER, I.; OTTO, A., y BENGTSON, H.). Múnich, 1957.

LANDSBERGER, B.: *Sam'al. Studien zur Entdeckung der Ruinenstätte Karatepe…* Ankara, 1948.

NASTER, P.: *L'Asie Mineure et l'Assyrie aux VIIIe et VIIe siècles av. J. C. d'après les Annales des rois Assyriens*. Lovaina, 1938.

TALBOT RICE, T.: *The Scythians*. 3.ª ed. Londres, 1961.

III. Artículos

Véase en particular:

MERIGGI, P.: «Le Iscrizioni storiche in meteo geroglifico», *Studi Classici e Orientali* II (Pisa, 1953), pp. 5-64. y los trabajos que ha consagrado LAROCHE a diversas figuras de divinidades según los textos jeroglíficos. Ver, sobre Armash (el dios lunar): *Revue de l'Histoire des Religions*, 148 (1955), pp. 13 ss.; sobre Tarkhundash (dios de la tempestad): *Revue hittite et asiatique*, fasc. 63 (1958), pp. 88 ss.; sobre Rundash (dios de la lluvia): *Syria* XXXI (1954), pp. 107 ss.; sobre Kubabash: *Eléments orientaux dans la religion grecque ancienne* (París, 1960), pp. 113 ss.; sobre Shar(ru)mash: *Syria* XL (1963), pp. 277 ss.

CAP. 3. SIRIA Y PALESTINA DESDE FINES DEL SIGLO XI HASTA FINES DEL SIGLO VI a. C. DESDE LA INSTAURACIÓN DE LA MONARQUÍA EN ISRAEL HASTA EL FIN DEL EXILIO DE LOS JUDÍOS

I. Fuentes

DONNER, H., y ROLLIG, W.: *Kanaanäische und aramäische Inschriften*. Vols. I-III. Wiesbaden, 1962-64 (en abreviatura *KAI*).

GRESSMANN, H.: *Altorientalische Texte zum Alten Testament*. 2.ª ed. Berlín-Leipzig, 1927 (en abreviatura *AOT*).

— *Altorientalische Bilder zum Alten Testament*. 2.ª ed. Berlín-Leipzig, 1927 (en abreviatura *AOB*).

LUCKENBILL, D. D.: *Ancient Records of Assyria and Babylonia*. vols. I y II. Chicago, 1926-27 (en abreviatura *ARAB*).

PRITCHARD, J. B.: *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament*. 2.ª ed. Princeton, 1955 (en abreviatura *ANET*).

— *The Ancient Near East in Pictures relating to the Old Testament*. Princeton, 1953 (en abreviaturas *ANE*).

WINTON THOMAS, D.: *Documents from Old Testament Times*. 2.ª ed. Nueva York, 1961 (en abreviatura *DOTT*).

II. Estudios y exposiciones de conjunto

ALBRIGHT, W. F.: «Syrien, Phönizien und Palästina», en *Historia Mundi*, vol. II. Múnich, 1953, pp. 331-376.

ALT, A.: *Völker und Staaten Syriens im frühen Altertum* (*Der Alte Orient* 34, 4). Leipzig, 1936.

— «Die syrische Staatenwelt vor dem Einbruch der Assyrer», en *Kleine Schriften*, vol. III. Múnich, 1959, pp. 214-232.

BRIGHT, J. A.: *A History of Israel*. Filadelfia, 1959.

DUPONT-SOMMER, A.: *Les Araméens*. París, 1949.

EICHRODT, W.: «Religionsgeschichte Israels», en *Historia Mundi*, vol. II. Múnich, 1953, pp. 377-498.

EISSFELDT, O.: «Phoiniker und Phoinikia», en *Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumwissenschaft*, versión nueva, tomo 39. Stuttgart, 1941, pp. 350-380.

— «Tyros. 3) Stadt in phoinikien», en *Paulys Realencyclopädie der Classischen*

Altertumwissenschaft, versión nueva, segunda serie, tomo 14. Waldsee/Württ, 1948, pp. 1876-1908.

— *Einleitung in das Alte Testament*, 3.ª ed. Tubinga, 1964.

HONIGMANN, E.: «3. Syria», en *Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumwissenschaft*, versión nueva, segunda serie, tomo 8. Stuttgart, 1932, pp. 1549-1727.

KRAUS, H. J.: «Israel», en *Propyläen Weltgeschichte*, vol. II. Berlín, 1962, pp. 237-349.

LINDBLOM, J.: *Prophecy in Ancient Israel*. Oxford-Filadelfia, 1962 (reimpreso en 1963).

NOTH, M.: *Geschichte Israels*, 5.ª ed. Berlín, 1961.

— *Die Welt des Alten Testaments*, 4.ª ed. Berlín, 1952.

OLMSTEAD, A. T.: *History of Palestine and Syria to the Macedonian Conquest*. Nueva York, 1931.

PARROT, A.: *Le Temple de Jérusalem*. Neuchâtel-París, 1954.

REICKE, B., y ROST, L.: *Biblisch-Historisches Handwörterbuch*, vols. I-III. Gotinga, 1962-67.

RENCKENS, H.: *De Godsdienst von Israel*. Roermond en Maseik, 1962.

SCHARFF, A., y MOORTGAT, A.: *Ägypten und Vorderasien im Altertum*. Múnich, 1950.

SCHMÖKEL, H.: «Geschichte des alten Vorderasien» (*Handbuch der Orientalistik*, vol. II, 3). Leiden, 1957.

SODEN, W. v.: «Der Nahe Osten im Altertum», en *Propyläen-Weltgeschichte*, vol. II. Berlín, 1962, pp. 39-133.

III. Atlas

GROLLENBERG, L. H.: *Bildatlas zur Bibel*. Gütersloh, 1962.

KRAELING, E. G.: *Bible Atlas*. Chicago, 1956.

MAY, H. G.: *Oxford Bible Atlas*. Londres, 1962.

CAP. 4: ARABIA

GROHMANN, A.: «Arabien». Kulturgeschichte des Alten Orients. *Handbuch der Altertumwissenschaft*. Múnich, 1963.

— *Göttersymbole und Symboltiere auf südarabischen Denkmälern*. Akad. Wien, phil.-hist. Klasse, Denkschriften, vol. 58, I, 1913.

PIRENNE, J.: «Arabie préislamique», en *Encyclopédie de la Pléiade. Histoire de l'art* 1. París, 1961, pp. 899-929.

PRITCHARD, J. B.: *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament*, 2.ª ed. Princeton, 1955.

WEISS ROSMARIN, T.: *Aribi und Arabien in den babylonischassyrischen Quellen* (Disertación Würzburg, 1931), Nueva York, 1932.

WISSMANN, H. v.: «Zur Geschichte und Landeskunde von Alt-Südarabien». *Sammlung Eduard Glaser III*. SBAW, phil.-hist. Klasse, vol. 346. Viena, 1964.

CAP. 5: EL TERCER PERIODO INTERMEDIO Y EL IMPERIO ETÍOPE

Ver las referencias bibliográficas mencionadas en las notas.

CAP. 6: EL RENACIMIENTO SAÍTA

I. Fuentes

a) Fuentes griegas

HERÓDOTO: *Historias*, II, 147-III, 15.

b) Fuentes egipcias

BREASTED, J. H.: *Ancient Records of Egypt*, vol. IV. Chicago, 1907 (aunque anticuado en ciertos aspectos, contiene una recopilación útil e informativa de fuentes egipcias en traducción inglesa).

SPIEGELBERG, W.: *Die sog. Demotische Chronik des Pap. 215 der Bibliothèque Nationale zu Paris nebst den auf der Rückseite des Papyrus stehenden Texten*. Leipzig, 1914.

c) Fuentes asirio-babilónicas

LUCKENBILL, D. D.: *Ancient Records of Assyria and Babylonia*, vol. II. Chicago, 1927. (Colección de fuentes asirio-babilónicas en traducción inglesa).

WISEMAN, D. J.: *Chronicles of Chaldean Kings (626-556 B. C.) in the British Museum*. Londres, 1956.

d) Fuentes hebreas

Consúltense en ediciones autorizadas del Antiguo Testamento.

e) Fuentes arameas

MEYER, E.: *Der Papyrusfund von Elephantine*. Leipzig, 1912.

MEYER, RUDOLF: «Ein aramäischer Papyrus aus den ersten Jahren Nebukadnezars II», *Festschrift für Friedrich Zücker*. Berlín, 1954, pp. 251-252.

SACHAU, E.: *Aramäische Papyrus und Ostraka aus einer jüdischen Militärkolonie zu Elephantine*. Leipzig, 1911.

II. Trabajos generales

BREASTED, J. H.: *Geschichte Ägyptens*, tomo 8: *Die Zeit der Restauration und das Ende*. Traducción alemana de H. RANKE. Zúrich, 1936.

DRIOTON, E., y VANDIER, J.: *Les Peuples de l'Orient Méditerranéen*, vol. II: *L'Egypte*; cap. XIII: *De Psammétique I à Alexandre le Grand (663-332)*. París, 1952.

GARDINER, sir A.: *Egypt of the Pharaohs. An introduction*, cap. XIII: *The last assertions of independence*. Oxford, 1961.

GYLES. M. F.: *Pharaonic Policies and Administration, 663 to 323 B. C.* Chapel Hill, 1959.

KIENITZ, F. K.: *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende*. Berlín, 1953.

— *5000 Jahre Orient. Ein Gang durch Geschichte und Kultur des Nahen Ostens von den Pharaonen bis zur Gegenwart*, pp. 139 ss.: *Spätzeit Pharaonen, Nebukadnezar und der Aufstieg iranischer Volksstämme zur Weltherrschaft*. Múnich, 1962.

MEULENAERE, H. DE: *Herodotos over de 26ste Dynastie (II, 147-III, 15)*. Lovaina, 1951.

MEYER, E.: *Geschichte des Altertums*, vol. III, 3: *Die Restaurationszeit und die Begründung der Perserreiches*, 3.ª ed. Stuttgart, 1954.

WIEDEMANN, A.: *Geschichte Ägyptens von Psammetich I. bis auf Alexander den Grossen*. Leipzig, 1880.

— *Herodots zweites Buch mit sachlichen Erläuterungen*. Leipzig, 1890.

WOLF, W.: *Kulturgeschichte des alter Ägypten*, novena parte: *Die Spätzeit*. Stuttgart, 1962.

III. Artículos, separatas, etc. de mayor interés

BISSING, F. W. v.: «Forschungen zur Geschichte und kulturellen Bedeutung der griechischen Kolonie Naukratis in Ägypten», *Forschungen und Fortschritte*, 25. Berlín, 1949.

KEES, H.: «Zur Innenpolitik der Saïtendynastie», *Nachrichten der Ges. der Wissensch. zu Göttingen*, 1935, pp. 95 ss.

MEYER, E.: «Gottesstaat, Militärherrschaft und Ständewesen in Ägypten», *Sitzungsberichte der Preussischen Akad. der Wissenschaften*. Berlín, 1928.

SAUNERON, S., y YOYOTTE, J.: «La campagne nubienne de Psammétique II et sa signification historique», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*. El Cairo, 50 (1952), pp. 157-207.

CAP. 7: LOS GRIEGOS

No citamos aquí los libros y artículos mencionados en las notas, como tampoco las historias generales de Grecia y de la literatura griega y los tratados sobre la religión y el arte.

ANDREWES, A.: *The Greek Tyrants*. Londres, 1956.

BÉRARD, J.: *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile*, 2.ª ed. París, 1957.

BOARDMAN, J.: *The Greeks Overseas*. Hardmonsworth, Penguin Books, 1957.

BOWRA, C. M.: *Greek Lyric Poetry from Alcman to Simonides*, 2.ª ed. Oxford, 1961.

BURN, A. R.: *The Lyric Age of Greece*. Londres, 1960.

FINLEY, M. I.: *The World of Odysseus*. Ed. rev., Nueva York, 1965.

FRÄNKEL, H.: *Dichtung und Philosophie der frühen Griechentums*, 2.ª ed., Múnich, 1962.

— *Wege und Formen frühgriechischen Denkens*, 2.ª ed., Múnich, 1960.
GRAHAM, A. J.: *Colony and Mother City in Ancient Greece*. Manchester, 1964.
GUTHRIE, W. K. C.: *A History of Greek Philosophy*, vols. I y II. Cambridge (Inglaterra), 1962-65.
HASEBROEK, J.: *Griechische Wirtschafts- und Gesellschaftsgeschichte bis zur Perserzeit*. Tubinga, 1931.
JEANMAIRE, H.: *Couroi et Corètes*. Lille, 1939.
KIRK, G. S., y RAVEN, J. E.: *The Presocratic Philosophers. A Critical History with a Selection of Texts*. Cambridge (Inglaterra), 1962.
LATTE, K.: *Heiliges Recht*. Tubinga, 1920.
MAZZARINO, S.: *Fra Oriente e Occidente*. Florencia, 1947.
RICHTER, G. M. A.: *Kouroi*, 2.ª ed. Londres, 1960.
ROEBUCK, C.: *Ionian Trade and Colonization*. Nueva York, 1959.
SAKELLARIOU, M. P.: *La migration grecque en Ionie*. Atenas, 1958.
SNELL, B.: *Die Entdeckung des Geistes*, 3.ª ed. Hamburgo, 1955.
STARR, C. G.: *The Origins of Greek Civilization 1100-650 B. C.* Nueva York y Londres, 1962.
VERNANT, J. P.: *Mythe et pensée chez les Grecs*. París. 1965.
— *Les origines de la pensée grecque*. París, 1962.
WILL, E.: *Doriens et Ioniens*. París, 1956.

Notas

ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LAS NOTAS Y LA BIBLIOGRAFÍA

AFO: Archiv für Orientforschung
ANET: (ed. J. B. Pritchard) Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament, 2.ª ed. Princeton, 1955
ARAB: D. D. Luckenbill, Ancient Records of Assyria and Babylonia. Vol. I y II, Chicago, 1926-27
CT: Cuneiform Texts in the British Museum
JNES: Journal of Near Eastern Studies
KB: Keilschriftliche Bibliothek. Berlín
RLA: Reallexikon der Assyriologie. Berlín-Leipzig, 1932 y ss.
RA: Revue d'Assyriologie. París
ZA: Zeitschrift für Assyriologie. Berlín

CAP. 1. ASIRIA Y LOS PAÍSES VECINOS (BABILONIA, ELAM, IRÁN) DESDE EL 1000 HASTA EL 617 a. C. EL NUEVO IMPERIO BABILÓNICO HASTA EL 539 a. C.

1. ASIRIA Y LOS PAÍSES VECINOS

[1] Sobre los arameos y su expansión, cf.: SCHIFFER, S.: *Die Aramäer*. Leipzig, 1911; O'CALLAGHAN, R. T.: *Aram Naharaim*. Roma, 1948; LANDSBERGER, B.: *Sam'al…* Ankara, 1948; DUPONT SOMMER, A.: *Les Araméens*. París, 1949; KUPPER, J. R.: *Les Nomades…* París, 1967, pp. 112-145; MOSCATI, S.: «The Aramaean Akhlamū», *Journal of Semitic Studies*, IV (1959), 303-307. <<

[2] *ARAB*, I, 107-108; WEIDNER, E. F.: *AFO*, 3 (1926), 151-161; WEISSBACH, F.: *RLA*, 1 (1928), 209-211; KUPPER, J. R.: *Nomades*, 117-119, 133. <<

[3] *ARAB*, I, 109-125; SEIDMANN, J.: *Mitteilungen der altorientalischen Gesellschaft* IX/3 (1935), 8-35; WEIDNER, E. F.: *RLA*, I (1928), 109-125. <<

[4] SCHEL, V.: *Annales de Tukulti-Ninip*, París, 1909; *ARAB*, I, 126-137; KUPPER, J. R.: *Nomades*, 124-126; TOURNAY, R. J., y SOUBHI SAOUAF: «Stèle de Tukulti-Ninurta II», *Ann. Archeol. Syrie* (1952), 169-190. <<

[5] DOSSIN, G.: *Annales archeol. de Syrie*, 11-12 (1961-1962), 197-206. <<

[6] Cf. HÜSING, G.: «Der Zagros und seine Völker», en *Alter Orient*, 9, 1908; STRECK, M.: «Das Gebiet der heutigen Landschaften Armenien, Kurdistan und Westpersien nach den babylonisch-assyrischen Keilschriften», *ZA*, 13 (1898), 57-110; 14 (1899), 103-172; 15 (1900), 257-382; THUREAU-DANGIN, F.: *Une relation de la Huitième Campagne de Sargon*, París, 1912; WRIGHT, E. M.: «The 8th Campaign of Sargon II of Assyria», *JNES*, 2 (1943), 173-186; SPEISER, E. A.: «Southern Kurdistan», *Annual of the American Schools of Oriental Research*, 8 (1926-28); KINNIER-WILSON, J. V.: *Iraq*, 24 (1962), 101-113; VANDEN BERGHE, L.: *Archéologie de L'Iran ancien*,

Leiden, 1959. <<

[7] Sobre las excavaciones de Hasanlu, cf. los informes de DYSON, R. H.: *Archaeology*, 1958-59-60; *Expedition*, 1958-1959; *Illustrated London News*, 23-I-60, 13-II-60, 30-IX-61; *Science*, 135/3504 (Washington, 1962), 637-647. <<

[8] GODARD, *Le trésor de Ziwiye*, Haarlem, 1950; GIRSHMAN, E.: *L'Iran…*, París, 1951, 89-93; FALKNER, M.: *AFO*, 16 (1952), 129-132; BARNETT, R. D.: *Iraq*, 18 (1956), 111-116. <<

[9] Sobre Urarṭu, cf. la bibliografía citada en FOLLET, R.: *Rivista degli Studi Orientali*, 32, 1957, pp. 189-200, y en *RA*, 52 (1958), 191-92, y 53 (1959), 52-53, y más particularmente, KÖNIG, F. W.: «Handbuch der chaldäischen Inschriften», *AFO*, anexo 8 (1955); MELIKIŠVILI, G. A.: *Urartskije klinoobraznyje nadpisi*. Moscú, 1960; generalidades: GOETZE, A.: *Kleinasien* (1957), pp. 189-200; economía: RIEMSCHNEIDER, M.: «Wirtschaftsformen und Militärwesen in Urarṭu», en *Sozialökonomische Verhältnisse im Altem Orient*. Berlín, 1961, 237-244; arte: PIOTROVSKIJ, B. B.: *Iskusstvo Urarṭu*. Leningrado, 1962. Cartas y documentos urarteos; DIAKONOV, I. M.: *Urartskije pis'má i dokumenty*. Moscú-Leningrado, 1963. <<

[10] H. WEISSBACH, *RLA*, 1, 214-220; *ARAB*, 1, 138-199; WISEMAN, D. J.: «A New Etela of Assurnasirpal», *Iraq*, 14 (1952), 24-39; MICHEL, E.: «Die Texte Aššur-naṣir-aplis II», en *Die Welt des Orients*, 2, 1954, 312-21, 404-07; VIEYRA, M.: *Les Assyriens*. París, 1961. <<

[11] Sobre Salmanasar III: *ARAB*, 1, 200-252; MICHEL, E.: «Die Aššur-Texte Salmanasar III», en *Die Welt des Orients*, 1 (1947), 116 (1952); CAMERON, G. G.: *Sumer*, 6 (1950), 6-26; FUAD SAFAR, *Sumer*, 7 (1951), 3-21; LAESSØE, J.: *Iraq*, 21 (1959), 38-41; LAMBERT, W. G.: *Anatolian Studies*, 11 (1961), 143-158; KINNIER-WILSON, J. V.: *Iraq*, 24 (1962), 90-115; HULIN, P.: *Iraq*, 25 (1963), 48-69. Sobre las campañas contra Siria, principalmente cf. OPPENHEIM, A. L.: *ANET* (1950), p. 276 y la bibliografía citada en la misma página, nota 1. <<

[12] NASTER, P.: *L'Asie Mineure et l'Assyrie aux VIIIe et VIIe siècles av. J. C.* Lovaina, 1938. <<

[13] *ARAB*, 1, 230-231; «Historia Sincrónica» (*Cuneiform Texts*, 34, 40), col. III, líneas 22-35; UNGER, E.: *RLA*, 3 (1959), 139-140 (*s. v.* Gannanate). <<

[14] OATES, D.: *Iraq*, 25 (1963), 6-39. <<

[15] OATES, D.: «Fort-Salmaneser», *Iraq*, 21 (1959), 98-129; LAESSØE, J.: «A Statue of Salmaneser III from Nimrud», *Iraq*, 21 (1959), 6-37; OATES, D.: «The Excavations at Nimrud», *Iraq*, 23 (1960), 1-14, 25 (1963), 6-37. <<

[16] Textos: «Estela de Kalakh» (I Rawlinson, 29-34); *ARAB*, 1, 253-260; «Estela de Asur»; WEIDNER, E. F.: *AFO*, 9 (1933-34), 89-101; «Carta a Dios», *Keilschrifttexte aus Assur historischen Inhalts*, 2, 40, 142; WEIDNER, *ib.*, pp. 101-104; «Historia Sincrónica» (*CT*, 34, pl. 41), Z, 1-14. <<

[17] WEIDNER, E. F.: *AFO*, 8 (1932-33), págs. 27-29. <<

[18] *AFO*, 9 (1954), págs. 102-103. Sobre la significación de la «Carta a Dios», cf. nota 46. <<

[19] WEISSBACH, F. H.: *Babylonische Miscellen*. Leipzig, 1903, página 16, núm. VI, lín. 4: *Marduk-zākir-šumi šar kiššati*, «Marduk, rey de la Totalidad». <<

[20] Estela de Sammuramāt, ANDRADE, W.: *Stelenreihen aus Assur*, Leipzig, pp. 10-11; *ARAB*, 1, pp. 260 y 731; sobre Sammuramāt-Semíramis, cf., en particular, LEWY, H.: *JNES*, 11 (1952), pp. 264-286. <<

[21] *ARAB*, 1, 260-265; cf., también, WEISSBACH, H. F.: *RLA*, 1, p. 21. <<

[22] «Historia Sincrónica», *CT*, 34, planchas 38-41 (así como duplicados); PEISER WINCKLER: *Die sogenannte synchronistische Geschichte KB*, 1 (1889), pp. 194 y sigs.; cf., además, TADMOR, E.: *JNES*, 17 (1958), 131 (traducción parcial y bibliográfica); WEIDNER, E. F.: *AFO*, anexo 12 (1959), 49, 51, 54 (traducción parcial). <<

[23] Cf. *RLA*, 2/5, p. 429, dedicado a los años 788 y 787. <<

[24] KING, L. W.: *Chronicles of Early Babylonian Kings*, 2.ª ed., 1907, pp. 66-68; cf. también WEIDNER, E. F., *RLA*, 2, p. 453 (*s. v.*, *Eriba-Marduk*). <<

[25] FRIEDRICH, J.; MEYER, G. R.; UNGNAD, A., y WEIDNER, E. F.: *Die Inschriften vom Tell Halaf*, *AFO*, cuaderno 6. Berlín, 1940. <<

[26] *Ibid.*, p. 38, núm. 48. <<

[27] KÖNIG, F. W.: *AFO*, cuaderno 8, p. 37. <<

[28] KÖNIG, *op. cit.*, núm. 10, pp. 59-60. <<

[29] *Asurnirarini Adadinirariehi* MAN kur *Asurnii*, «Asurnirāri (hijo) de Adadnirāri, rey de Asiria», *ibíd.*, p. 117, núm. 102, p. derecha, I, líneas 9-10. <<

[30] KÖNIG, *op. cit.* pp. 116-117, núm. 102, VII-VIII. <<

[31] *Ibid.*, 123-124, núm. 9, III-IV. <<

[32] Inscripción encontrada en Jekke; cf. BARNETT, R. D.: «Hittite Hieroglyphic Texts at Aleppo», *Iraq*, 10 (1948), pp. 122 ss. y plancha XIX. Observar, sin embargo, que la identificación de *sa-s-tu-ri* con Sardur no es aceptada por todos los hititólogos. <<

[33] THUREAU-DANGIN, F.: «L'inscription des lions de Til Barsip», en *RA*, 27 (1930), pp. 1-21. <<

[34] «Canon de los Epónimos», años 771-754, *RLA*, II, 430, líneas 47 y 35. Cf. también, *ibíd.*, I, 211, *s. v.* Aššurdân III. <<

[35] *ARAB*, 1, 265-268; WEIDNER, E. F.: *AFO*, 8 (1932), p. 17. <<

[36] Inscripciones de este rey en: *ARAB*, 1, pp. 269-295; WISEMAN, D. J.: *Iraq*, 13 (1951), pp. 21 ss.; 18 (1956), pp. 117 ss.; cf. también la «Crónica babilónica» (WINCKLER, H.: *KB*, 2, p. 272), vol. I, líneas 1-24. Sobre los acontecimientos de Siria-Palestina, cf. OPPENHEIM, A. L.: *ANET*, pp. 282-284, y la bibliografía citada, pp. 276, nota 1; principalmente ALT, A.: «Das System der assyrischen Provinzen auf dem Boden des Reiches Israel», *Zeitschrift des deutschen Palästina-Vereins*, 52 (1929), p. 220 ss., y «Neue assyrische Nachrichten über Palästina und Syrien», *ibíd.*, 67 (1945), pp. 178 ss. <<

[37] DUPONT-SOMMER, A.: *Les inscriptions araméennes de Sfire*. París, 1958. <<

[38] FORRER, E.: *Die Provinzeinteilung des assyrischen Reiches*. Leipzig, 1920. <<

[39] Texto K 1349, WINCKLER, H.: *Sammlung von Keilschrifttexten*, volumen 2, núm. 1 *ibíd.*, *Altorientalische Forschungen*, 1, pp. 403 ss.; LUCKENBILL, *ARAB*, 2, pp. 69-71. <<

[40] UNGER, E.: *Sargon II von Assyrien, der Sohn Tiglatpilesers III*. Estambul, 1933. <<

[41] Sobre los textos históricos del reinado, cf., LYON, D. J.: *Keilschriftexte Sargons, Königs von Assyrien*. Leipzig, 1883; WINCKLER, H.: *Die Keilschrifttexte Sargons II*. Leipzig, 1889; OLMSTEAD, A. T.: *Western Asia in the Days of Sargon of Assyria, 722-705 B. C.* Nueva York, 1908; LUCKENBILL, *ARAB*, 2, pp. 1-114, 1-230; LIE, A. G.: *The Inscriptions of Sargon II, King of Assyria, The Annals*. París, 1929; WEIDNER, E. F.: *AFO*, 14 (1941-1944), pp. 40-53; GADD, C. J.: *Iraq*, 16 (1954), págs. 172-201; TADMOR, H.: *Journal of Cuneiform Studies*, 12 (1958), pp. 22-40 y 77-100.

Numerosos datos históricos se obtienen igualmente de las cartas de la época; LEROY-WATERMAN: «Royal Correspondence of the Assyrian Empire», en *Ann. Arbor*, (1930/31); SAGGS, H. W.: *Iraq*, 20 (1958), pp. 182-212. Sobre Elam en la época de Sargón y sus sucesores, cf. HINZ, W.: *Das Reich Elam* Stuttgart, 1964, pp. 121 ss.; «Das neu-elamische Reich (rund 750 bis, 640 v. Chr.)». <<

[42] Texto K 1349 (cf. nota 39), líneas 38-40. <<

[43] KÖNIG, F. W.: *AFO*, cuaderno 8, núms. 118-122, págs. 139-150. <<

[44] *Ibid.*, núm. 122. La estela de Topzawa (o de Sidekan) se halla aproximadamente a 35 km de Rowandūz y a casi 25 km de la estela de Kelishīn. <<

[45] Cf. FOLLET, R.: *Rivista degli Studi Orientali*, 32 (1957), 61-81. <<

[46] Se trata del relato detallado de una campaña que el rey hizo redactar bajo la forma de carta dirigida a uno o a varios dioses. Les rinde cuentas del desarrollo y éxito de las operaciones. Sobre otras «Cartas a Dios», cf. Samshi-Adad V (nota 35), y Asarhaddón (cf. nota 103). Cf. además UNGNAD, A.: *Orientalistische Literaturzeitung*, 21, pp. 72 y siguientes; WEIDNER, E.: *AFO*, 12, p. 147; DIJK, J. VAN: *La sagesse soméro-accadienne*. Leiden, 1935, pp. 13 ss. <<

[47] Fr. THUREAU-DANGIN, *op. cit.*, pág. 14. <<

[48] Acta de cambio de tierras, texto K 1989, KOHLER, J., y UNGNAD, A.: *Assyr. Rechtsurkunden*, Leipzig, 1913, núm. 10; JOHNS, *Assyrian Deeds and Documents*, Cambridge, 1924, núm. 660, p. 809. <<

[49] Sobre Senaquerib, cf. LUCKENBILL, D. D.: «The Annals of Sennaqherib», en *Oriental Institute Publications*, 2. Chicago, 1924; *íd.*, *ARAB*, 2, págs. 115-197; GRAYSON, A. K.: *AFO*, 20 (1963), pág. 84, nota 5 (bibliografía complementaria). Alusión a los inéditos, en BORGER, R.: *Bab.-Ass. Lesestucke* (1963), pp. 59-62; «Crónica Babilónica» (Cuneiform Texts, 34, plancha 46 ss., vol. II, línea 18, hasta col. 111, línea 38). <<

[50] LUCKENBILL, D. D.: *op. cit.*, nota 49, pp. 103-116 (col. V, 23-VIII, 88). <<

[51] TH. JACOBSEN y SETON LLOYD»: «Sennacherib's Aqueduct at Jerwan», en *Orient. Inst. Public.*, 24, Chicago, 1935. <<

[52] LEWY, H.: «Nitokris-Naqî'a», en *JNES*, 11 (1952), pp. 264-286. <<

[53] BORGER, R.: *Die Inschriften Asarhaddons Königs von Assyrien*, en *AFO*, anexo 9, 1956, pp. 40 ss., líneas 8-19. <<

[54] Sobre Asarhaddón, cf. principalmente, LANDSBERGER, B., y BAUER, TH.: *ZA*, 37 (1927), pp. 61-98; BORGER, R.: *Die Inschriften Asarhaddons* en *AFO*, anexo 9 (1956); *íd.*, *AFO*, 18 (1957-58); *íd.*, *Bibliotheca, Orientalis*, 21 (1964), pp. 143-148: WISEMAN, D. J.: «The Vassal-Treaties of Asarhaddon», *Iraq*, 20 (1958), pp. 1-99; BORGER: *ZA*, 54 (1961), págs. 173-196; sobre la crónica de Asarhaddón, SMITH, S.: *Bab. hist. Texts*, Londres, 1924, págs. 1-21. <<

[55] NOUGAYROL, J.: *Syria*, 33 (1956), pp. 151-160. <<

[56] BORGER: *op. cit.*, pp. 56-57, col. IV, líneas 53-61. <<

[57] *Ibid.*, pp. 107-109. <<

[58] LABAT, R.: *Journal Asiatique*, 1961, pp. 1-12. <<

[59] KÖNIG, F. W.: *AFO*, cuaderno 8, núms. 126-131, pp. 157-161. <<

[60] Cf. la nota 46. <<

[61] LEROY-WATERMAN: *op. cit.*, núm. 870. <<

[62] WISEMAN, D. J.: *Iraq*, 20 (1958), pp. 1-99. <<

[63] *Ibid.*, líneas 237-245. <<

[64] VON ZEISSL, H.: *Äthiopien und Assyrer in Ägypten* (Ägipt. Forschungen, 14, 1955), pp. 52-54; BORGER, R.: *Op. cit.*, pp. 94; YOYOTTE, J.: «Les principautés du Delta», en Mélanges Maspero, 4 (1961). <<

[65] LEROY-WATERMAN: *op. cit.*, núm. 1239. <<

[66] Sobre Asurbanipal, cf. STRECK, M.: *Assurbanipal*, vol. I, II, III (Leipzig, 1916), LUCKENBILL: *ARAB* (1927), págs. 290-407; THOMPSON, R. C.: *The Prisms of… Ashurbanipal*. Londres, 1931; BAUER, TH.: *Die Inschriftwerk Assurbanipals*. Leipzig, 1933; PIEPKORN, A.: *Historical Prisms Inscriptions of Ashurbanipal*. Chicago, 1933; AYNARD, J. M.: *Le Prisme du Louvre AO 19 939*. París, 1957. <<

[67] HARTMANN, L. F.: *JNES*, 21 (1962), págs. 25-37 (el documento data del 16 o 17 de mayo del 657). <<

[68] Cf. SCHAWE, J.: *Untersuchung der Elambriefe aus dem Archiv Assurbanipals* (Tesis). Berlín, 1927. <<

[69] WEIDNER, E. F.: *AFO*, 7, (1931), p. 3. <<

[70] ROSMARIN, T. W.: «Aribi und Arabien in den Babylonisch-assyrischen Quellen», *Journal of the Society of Orient. Research*, 16 (1932), pp. 1 ss. <<

[71] Particularmente LEROY-WATERMAN: *Op. cit.*, núm. 291. <<

[72] Inscripción L, líneas 13-18. <<

[73] LEROY-WATERMAN: *Op. cit.*, vol. IV, pág. 213, núm. 6. <<

[74] Sobre esta cuestión (el problema sucesorio y la fecha inicial de la dinastía neobabilónica), cfr. BORGES, R.: *Wien. Zeitschr. für die Kunde des Morgenlandes*, 55 (1955), pp. 62-76. *Journal of Cuneiform Studies*, 19 (1965), pp. 59-77; VAN DIJK, J.: *Vorl. Bericht über die… Ausgrabungen in Uruk-Warka*, 20 (1962), pp. 53 ss.; *AFO*, 20 (1963), p. 217 b; OATES, J.: *Iraq*, 27 (1965), pp. 139-159. <<

[75] STRECK, M.: *Asurbanipal*, vol. 2, pp. 380-81; EDZARD, D. O.: *AFO*, 19 (1959), p. 143 (Bibliografía). <<

[76] Texto K 3409; JOHNS: *Assyr Deeds and Documents*, 649-650, 807; KOHLER-UNGNAD, *Assyr. Rechtsurkunden*, núms. 20, 21. <<

[77] Sobre el reinado de Nabopolasar, cf. LANGDON, ST.: *Die neubabylonischen Königsinschriften*. Leipzig, 1912, pp. 14-16, 61-71; WISEMAN, D. J.: *Chronicles of Chaldean Kings*. Londres, 1956: Textos BM 25 127, 21 901, 22 047, 21 946; VOGT, E.: «Die neu-babylon. Chronik…» *Vetus Testamentum*, vol. 4 (1966), pp. 72 ss.; cf. también PARKER W. DUBBERSTEIN: *Babylonian Chronology, 626 B. C.-A. D. 75*. Providence, 1956. <<

[78] CAVAIGNAC, E.: *RA*, 41 (1957), págs. 28-29; *Journal Asiatique*, CCXLIX (1961), pp. 153 ss. <<

[79] Sobre los acontecimientos del reinado de Nabucodonosor II, cf. WEISSBACH, H. F.: *Die Inschriften Nebuchadnezars II im Wadi Brisa*. Leipzig, 1906; LANGDON, ST.: *Op. cit.* (nota 77), pp. 16-45, 71-209; WISEMAN: *Op. cit.* (*ibíd.*), Textos BM 21 946 y 33 041; VOGT, E.: *Op. cit.* (*ibíd.*); ALBRIGHT, W. F.: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 143 (1956), pp. 28-33; MALAMAT, A.: *Israel Exploration Journal*, 6 (1956), pp. 246 ss.; GOETZE, A.: *Crozer Quaterly*, 33/1, pp. 67-78; LEIBOVICI, M.: «Nabucodonosor», *Dictionnaire de la Bible*, Suplemento, 6 (1958), pp. 286-291, etc. <<

[80] PIOTROVSKIJ, B. B.: «Ourartou», *Ancien Orient Illustré*, París, 1954; BARNETT, R. D.: «Archaeology in Urarṭu» *Troisième Rencontre Assyriologique International*, 1952, p. 15, Leiden, 1954. <<

[81] LANGDON, ST.: *Op. cit.* (nota 77), pp. 45-46, 209-212; WISEMAN, D. J.: *Op.*

cit. (*ibíd.*); Texto BM 25 124; CAVAIGNAC, E.: *Journal Asiatique*, 244 (1956), pp. 341-348. <<

[82] Cf. principalmente: LANGDON, ST.: *Op. cit.*, pp. 46-48, 219-297; SMITH, S.: *Babylonian Historical Texts*. Londres, 1924, pp. 83 ss.: Texto BM 35 382 (pp. 110-118); B. LANDSBERGER-TH. BAUER: *ZA*, 37 (1927), pp. 88 ss.; CLAY: *Yale Babylonian Texts*, I, núm. 45; NOUGAYROL, J.: *RA*, 40 (1951), p. 74; GARELLI, P.: «Nabonide», *Dictionnaire de la Bible*, Suplemento 6 (1958), pp. 269-286 (con bibliografía anterior): GADD, C. J.: *Anatolian Studies*, 8 (1958), páginas 35-92; MORAN, W. L.: *Orientalia, nova series*, 28 (1959), pp. 130-140. <<

[83] LANGDON, ST.: *Op. cit.* (nota 77), pp. 276-278, col. IV, línea 37, col. V, línea 28. <<

[84] COCQUERILLAT, D.: *Palmeraies et cultures de L'Eanna d'Uruk* (en prensa). <<

[85] Texto Nabonido H2 A y B; GAAD, *Anatolian Studies*, 8, 1958, pp. 56-59, líneas 14-27. <<

[86] Texto BM 38 299 (SMITH: *Babylonian historical Texts*, pp. 83 ss.), col. V, líneas 14-15; col. I, línea 21; col. II, líneas 2-3. <<

CAP. 2. ASIA MENOR ENTRE LOS HITITAS Y LOS PERSAS

[1] Salvo en ocho casos, que sólo se encuentran en textos jeroglíficos, mantenemos en este capítulo los signos *sh* y *kh* para los antropónimos y topónimos hititas y luvitas. <<

[2] Sobre este rey véase LANDSBERGER, B.: *Sam'al*, pág. 31, nota 63, p. 32, nota 64 y p. 33, nota 67. <<

[3] Ver sobre esta arameización, LANDSBERGER, B.: *Sam'al*, páginas 37-38. <<

[4] Ver GÜTERBOCK. H. G.: *JNES*, 13 (1954), pág. 110. <<

[5] Ver BOSSERT, H. TH.: *Mitteilungen des Instituts für Orientforschung*, 2 (1954), pág. 83. <<

[6] Cf. BOSSERT, H. TH.: *Jahrbuch für Kleinasiatische Forschung*, 2 (1951), pp. 110 y 112. <<

[7] Sobre la historia de Ḥamat consúltese LANDSBERGER, B.: *Sam'al*, p. 23, nota 45; pp. 29 y 60. <<

[8] Ver ahora en GELB, I. J.: *Hittite Hieroglyphic Monuments*, p. 39. <<

[9] Cf. LANDSBERGER, B.: *Sam'al*, p. 26. <<

[10] Cf. SAGGS, H. W. F.: «The Nimrud Letters», 1952, 4.ª parte, núm. 39 = *Iraq*, 20 (1958), pp. 182-187 y 202 ss. (de todos modos, no puedo estar de acuerdo con las fechas que da Saggs para la época de Sargón II). <<

[11] Ver BOSSERT, H. TH.: *Archiv für Orientforschung*, 17 (1954-56), pág. 61. <<

[12] Debo este dato a una comunicación personal del profesor E. LAROCHE (Estrasburgo y París). <<

[13] Ver GOETZE, A.: *Journal of Cuneiform Studies*, 16 (1962), p. 53; no estoy, sin embargo, de acuerdo con su datación de los textos de Karatepe. <<

[14] Ver por último KANTOR, H. J.: *Journal of Near Eastern Studies*, 21 (1962), pp. 93 ss., y las referencias allí citadas. <<

[15] Ver BOSSERT, H. TH.: *Studi Classici e Orientali*, 1 (1952), p. 58 y *Belleten*, 16 (1952), fasc. 64, pp. 537 ss.; ver, sin embargo, MERIGGI, P.: *Studi Classici e Orientali* 2 (1953), p. 34. <<

[16] Cf. BIRMINGHAM, J. M.: *Anatolian Studies*, 11 (1961), pp. 185 ss. <<

[17] Cf. SAGGS, H. W. F.: «The Nimrud Letters 1952», parte 2.ª, núm. 15 = *Iraq*, 17 (1955), pp. 133-134. <<

[18] El texto de Tiglatpileser III publicado por D. J. Wiseman, que, poco antes de la cita de Washu-Shar(ru)mash, habla de un prestigioso príncipe que se había opuesto al rey asirio, se refiere en mi opinión a Midas. <<

[19] Cf. LANDSBERGER, B.: *Sam'al*, págs. 76 ss., y GÜTERBOCK, H. G.: *Bulletin of the American School of Oriental Research*, 162 (1961), páginas 49-50. <<

[20] En lo referente a lidios y cimerios, sigo la cronología y la reconstrucción de los hechos de Kaletsch, en *Historia*, 7 (1958), páginas 1-47. Un texto astronómico estudiado por Hartmann (*ABL* 1931) prueba en mi opinión que desgraciadamente la amenaza cimeria se hacía sentir con fuerza de nuevo ya en el 757 a. C. De Lidia y Giges no se habla en este texto; ver HARTMANN, L. F.: *JNES*, 21 (1962), págs. 25 ss. <<

[21] El hallazgo de que Khumē en los textos neobabilónicos corresponde al Qu(m)e de los asirios se debe a ALBRIGHT, W. F.: *Bulletin of the American School of Oriental Research*, 120 (1950), págs. 22 ss. <<

[22] Para este último detalle, cf. WISEMAN, D. J.: *Chronicles of Chaldean Kings (626-556 B. C.)*, Londres, 1956, págs. 40, 74-77 y 88. <<

CAP. 3. SIRIA Y PALESTINA DESDE FINES DEL SIGLO XI HASTA FINES DEI. DEL SIGLO VI a. C. DESDE LA INSTAURACIÓN DE LA MONARQUÍA EN ISRAEL HASTA EL FIN DEL EXILIO DE LOS JUDÍOS

Ver las abreviaturas en el apartado correspondiente de la bibliografía.

[1] En I Sam. 14, 47 se ha sustituido el original *wajjiwwashea'*, «y tenía éxito», por *jarshîa'*, «obraba con maldad». <<

[2] Así, *merîbba'al*, reza el nombre en I Par. 8, 34; 9, 40. En II Sam. 4, 4; 9, 6 y 10-13; 16, 1 y 4; 19, 25 y 31; 21, 7, es sustituido por Mefiboseth, *mepîbōshät*. Cf. la nota 3. <<

[3] El nombre que da I Par. 8, 33 es *'äshba'al*, pero en II Sam. 2-4 figura *'îsh-bōshät*, «hombre de escándalo». <<

[4] El significado de *hā'ashûri*, en II Sam. 2, 9 no es seguro. Algunos juzgan que se trata de un error en la transcripción de *hā'ashērî*, «los aseritas», o sea los miembros de la tribu de Aser. <<

[5] EISSFELDT, O.: «Ein gescheiterter Versuch der Wiedervereinigung Israels (II Sam. 2, 12-3, 1)», en *Kleine Schriften*, vol. III, Tubinga, 1965, págs. 132-146, 147-150. <<

[6] BEGRICH, J.: «Sofēr und Mazkīr», en *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft*, 58 (1940-41), pp. 1-29; VAUX, R. DE: «Titres et fonctionnaires égyptiens à la cour de David et de Salomon», en *Revue Biblique*, 48 (1939), pp. 394-405. <<

[7] ČERNY, J.: «Egypt from the Death of Ramesses III to the End of the twenty-first Dynasty», en *The Cambridge Ancient History*, ed. rev., vols. I y II, fasc. 27, Cambridge, 1965, p. 53. <<

[8] ČERNY, J.: *op. cit.*, nota 7, pp. 53-54; MALAMAT, A.: «The Kingdom of David and Solomon in its Contacts with Egypt and Aram Naharaim», *The Biblical Archaeologist*, 21 (1958), pp. 96-102; del mismo autor: «Aspects of the Foreign Policies of David and Solomon», en *JNES*, 22 (1963), pp. 1-17; YADIN, Y.: «Solomon's City Wall and Gate at

Gezer», *Israel Exploration Journal*, 8 (1958), pp. 80-86. <<

[9] WRIGHT, G. E.: «A Solomonic City Gate at Gezer», en *The Biblical Archaeologist*, 21 (1958), pp. 103-104. <<

[10] YADIN, Y.: «New Light on Solomon’s Megiddo», *The Biblical Archaeologist*, 23 (1960), pp. 62-68. <<

[11] En I Reyes 9, 18 el texto hebreo conservado permite la opción entre dos lecturas, *tāmār* y *tadmôr*. Es preferible *tadmôr*, «Palmira», frente a «Tamar», que reiteradamente se ha tratado de localizar en el sur de Palestina. El pasaje II Par. 8, 4 requiere también *tadmôr*. Cf. nota 14. <<

[12] ALBRIGHT, W. F.: «The Administrative Divisions of Israel and Judah», *Journal of the Palestine Oriental Society*, 5 (1925), pp. 15-54; ALT, A.: «Israels Gaue unter Salomo», *Kleine Schriften*, vol. II, Múnich, 1953, pp. 76-89. <<

[13] SCHREIDEN, K.: «Les entreprises navales du roi Salomon», *Annuaire de l’Institut de Philologie et d’Histoire Orientales et Slaves*, 13 (1955), pp. 587-590. <<

[14] En I Reyes 9, 18 hay que leer *ba’*^{a}*rām*, «en Aram», en vez de *bā’äräṣ*, «en el país». Cf. nota 11. <<

[15] PARROT, A.: *Le Temple de Jérusalem*, Neuchâtel-París, 1954. <<

[16] ALT, A.: «Verbreitung und Herkunft des syrischen Tempeltypus», en *Kleine Schriften*, vol. II, Múnich, 1953, pp. 100-115; SCHMIDT, H.: *Der heilige Fels in Jerusalem*, Tubinga, 1933. <<

[17] En el grupo consonántico original del texto hebreo de Jueces 18, 30, *mshh*, que allí se lee *mōshäh*, «Moisés», se ha intercalado una *n*, de forma que resulta *mnshh*, lo cual debe leerse *menashshäh*, «Manasés». La sustitución de Moisés por Manasés se explica por la relación de Moisés con el santuario de Béthel, más tarde arrasado por idólatra, relación que se quería borrar. <<

[18] HOGARTH, D. G., y WOOLLEY, L.: *Carchemish*, vols. I-III, Londres, 1914-52. <<

[19] INGHOLT, H.: *Rapport préliminaire sur la première campagne des fouilles de Hama*, Copenhague, 1934; id.: *Rapport préliminaire sur sept campagnes de fouilles à Hama en Syrie* (1932-1938), Copenhague, 1940; NOTH, M.: «Das Reich von Hamath als Grenznachbar des Reiches Israel», *Palästina-Jahrbuch*, 33 (1937), pp. 36-51. <<

[20] *Ausgrabungen in Sendschirli* (Museen zu Berlin, Mitteilungen aus den Orientalischen Sammlungen XI-XV), vols. I-V, Berlín, 1893-1943; *KAI*, núms. 24-25, 214-221; *ANET*, pp. 500-501; BARNETT, R. D.: «The Gods of Zincirli», *Compte Rendu de l’Onzième Rencontre Assyriologique Internationale*, Leiden, 1964, pp. 59-87, lámina I B-VIII. <<

[21] TADMOR, H.: «Que and Muṣri», *Israel Exploration Journal*, 11 (1961), pp. 143-150. <<

[22] *KAI*, núm. 26; *ANET*, pp. 499-500. ALT, A.: «Die phönizischen Inschriften von Karatepe», *Die Welt des Orients*, I, 4 (1949), pp. 272-287; II, 2 (1955), pp. 172-183; BARNETT, R. D.: «Karatepe. The Key to the Hittite Hieroglyphs», *Anatolian Studies*, 3 (1951); pp. 53-95. <<

[23] *AOB*, núms. 138, 140, 141; *ANET*, núms. 205 y 371 a 374. <<

[24] JEPSEN, A.: «Israel und Damaskus», *AFO*, 14 (1941-44), pp. 153-172; MALAMAT, A.: *op. cit.*, nota 8; MAZAR, B.: «The Aramean Empire and its Relations with Israel», *The Biblical Archaeologist*, 25 (1962), pp. 98-120; SAUVAGET, J.: «Esquisse d’une histoire de la ville de Damas», *Revue des Etudes Islamiques*, 8 (1934), pp.

421-480. <<

[25] WEIN, E. J., y OPIFICIUS, RUTH: *7000 Jahre Byblos*, Núremberg, 1964. <<

[26] GARBINI, G.: «L'espansione fenicia nel Mediterraneo», *Cultura e scuola*, VII (1963), pp. 92-97; SCHIFMAN, I.: «Die phönikische Kolonisation des westlichen Mittelmeeres», *Das Altertum*, 10 (1964), páginas 195-201. <<

[27] *KAI*, núms. 1-7. <<

[28] *AOT*, p. 440; *AOB*, núms. 665-666; *ANET*, p. 504; *ANEP*, números 456-459. <<

[29] JOSEFO, FLAVIO: *Ant.*, VIII, 5, 3; 13, 2; IX, 14, 2; X, 11, 1; *C. Ap.*, I, 17 s. ALBRIGHT, W. F.: «The New Assyrio-Tyrian Synchronism and the Chronology of Tyre», *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves*, 13 (1955), pp. 1-9; LIVER, J.: «The Chronology of Tyre at the Beginning of the First Millennium B. C.», *Israel Exploration Journal*, 3 (1953), pp. 113-120. <<

[30] *Samaria-Sebaste. Report of the Work of the Joint Expedition in 1931-1933 and of the British Expedition in 1935*. Núm. 1: *The Buildings at Samaria*, Londres, 1942; núm. 2: *Early Ivories of Samaria*, Londres, 1938; núm. 3: *The Objects from Samaria*, Londres, 1957; PARROT, A.: *Samaria, die Hauptstadt des Reiches Israel*, Zúrich, 1957. <<

[31] *KAI*, núm. 181; *AOT*, pp. 440-442; *AOB*, núm. 120; *ANET*, páginas 320-321; *DOTT*, pp. 195-198, lám. X. <<

[32] EISSFELDT, O.: «Ba‘alšamēn und Jahwe», *Kleine Schriften*, vol. II, Tubinga, 1963, pp. 171-198; VAUX, R. DE: «Les prophètes de Baal sur le Mont Carmel», *Bulletin du Musée de Beyrouth*, 5 (1941), páginas 7-20. <<

[33] *AOT*, p. 343; *AOB*, núms. 121-125; *ANET*, pp. 280-281; *ANEP*, números 351-355; *DOTT*, pp. 48-50, lám. III. <<

[34] Esta hipótesis quizá pueda también fundamentarse en que, al igual que en II Reyes 13, 5, el hombre que envía Yahvé, a petición de Joás, es llamado «soccorredor» (*môsîa‘*), así en 14, 26 recibe Jeroboam II, aunque indirectamente, el nombre de «libertador» (*‘ōzēr*). <<

[35] EISSFELDT, O.: «Amos und Jona in volkstümlicher Überlieferung», en *Festschrift für Ernst Barnikol*, Berlín, 1964, pp. 20-25. <<

[36] EISSFELDT, O.: «"Juda" und "Judäa" als Bezeichnung nordsyrischer Bereiche», *Forschungen und Fortschritte*, 38 (1964), pp. 20-25. <<

[37] *KAI*, núm. 215. <<

[38] HALLO, W. W.: «From Qarqar to Carchemish: Assyria and Israel in the Light of New Discoveries», *The Biblical Archaeologist*, 23 (1960), pp. 34-61. <<

[39] *KAI*, núm. 201; *ANET*, p. 501; *DOTT*, pp. 239-241, lám. XV. <<

[40] *KAI*, núm. 202; *AOT*, pp. 443-444; *ANET*, pp. 501-502; *DOTT*, páginas 242-250. <<

[41] NOTH M.: «La'asch und Hazrak», *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins*, 52 (1929), pp. 129-141. <<

[42] UNGNAD, A.: «Eponymen», *RLA*, vol. II, Berlín, 1938, pp. 412-457. <<

[43] WEIDNER, E. F.: «Der Staatsvertrag Assurnirâris VI. von Assyrien mit Mati'ilu von Bît-Agusi», *AFO*, 8 (1932-1933), pp. 17-26. <<

[44] *KAI*, núms. 222-224; *ANET*, pp. 503-504. <<

[45] FRIEDRICH, J.: *Phönizisch-punische Grammatik*, Roma, 1951, páginas 153-162: «Skizze der Sprache von Ja'udi im nördlichen Syrien». <<

[46] *AOB*, núms. 146-147; *ANEP*, núm. 335. <<

[47] En la escritura hebrea la *r* y la *d* son tan similares que a menudo no es posible distinguir si se trata de la una o de la otra. De forma que, en nuestro caso, tomando en consideración únicamente las consonantes habría que leer, en vez de *'rm*, «Aram», *'dm*, «Edom», y en vez de *'rmjm*, «arameos», *'dmjm*, «edomitas». <<

[48] ALT, A.: «Das System der assyrischen Provinzen auf dem Boden des Reiches Israel», *Kleine Schriften*, vol. II, Múnich, 1953, páginas 188-205. <<

[49] Se trata verosímilmente de Tefnakht, príncipe de Sais, en el delta occidental del Nilo. Cf. GOEDICKE, H.: «The End of "So, King of Egypt"», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 171 (1964), pp. 64-66; ALBRIGHT, W. F.: «The Elimination of King "So"», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 171 (1964), página 66, y BORGER, R.: «Das Ende des ägyptischen Feldherrn Sib'e = sô'», *JNES*, 19 (1960), pp. 49-53. <<

[50] *KAI*, núm. 189; *AOT*, p. 445; *AOB*, núm. 607; *ANET*, p. 321; *DOTT*, pp. 209-211, lám. XI. <<

[51] *ANET*, p. 308; *DOTT*, pp. 84-86. WEIDNER, E. F.: «Jojachin, König von Juda, in babylonischen Keilschrifttexten», *Mélanges Syriens Dussaud*, vol. II, París, 1939, pp. 923-935. <<

[52] Los datos cronológicos de Jer. 27, 1 y 28, 1, como vimos más arriba, son erróneos y deben rectificarse. <<

[53] *AOT*, p. 345; *ANET*, pp. 282-283; *DOTT*, pp. 53-58. <<

[54] *AOB*, núms. 143-144; *ANEP*, núm. 447. <<

[55] WEIDNER, E. F.: «Der Vertrag Asarhaddons mit Ba'al von Tyros», *AFO*, 8 (1932-33), pp. 29-34. <<

[56] EISSFELDT, O.: «Das Datum der Belagerung von Tyrus durch Nebukadnezar», *Kleine Schriften*, vol. II, Tubinga, 1963, pp. 1-3. <<

[57] UNGER, E.: «Namen in Hofstaate Nabukadnezars II», *Theologische Literaturzeitung*, 50 (1925), pp. 481-486; del mismo autor: *Babylon, die Heilige Stadt*, Berlín-Leipzig, 1931, pp. 282-294, cuadros 52-56. <<

CAP. 4. ARABIA

[1] Con ś se transcribe la peculiar s sudarábiga. Para facilitar la tarea al lector ciertos nombres cuya forma árabe o aramea es conocida o excepcionalmente todavía está en uso aparecen solos, es decir, sin las correspondencias acadias. Por ejemplo: Ḥamāh, Ḥarrān, Khaibar, Taimā', Ḥazā'ēl (sólo aquí, pero si no sólo por razones especiales se marcan las largas); también el conocido Dedān del Antiguo Testamento en lugar del acadio Dadān. De Iata'/Yatha', en que el nombre árabe va a continuación de su transcripción al acadio, aparece sólo Iata' cuando vuelve a aparecer la persona. <<

[2] Ver THILO, U.: «Die Ortsnamen in der altarabischen Poesie», *Schriften der Max Freiherr von Oppenheim-Stiftung*, cuaderno 3, Wiesbaden, 1957, p. 111; en el *Corán*, 89, 8/9 aparece con Wādi. En el siglo X el nombre se desplaza hacia el sur, como registra AL-MUQADDASI: *Bibliotheca Geographorum Arabicorum*, compilada por GOEJE, M. J. de, vols. III y IV, Leiden, 1877, p. 79. <<

[3] También lo hace MUSIL, A.: *Arabia Deserta*, Nueva York, 1927, pues llama «desierto árabe» al sirio. <<

[4] Aproximadamente, en efecto, pues esta última no pasaba por Dedān, sino 15 km más al norte, por Ḥigrā, al-Ḥigr, Egra; ver CASKEL, W.: *Lihyan und Lihyanisch*

(Arbeitsgemeinschaft für Forschung des Landes Nordrhein-Westfalen, Geisteswiss. Fascículo 4, Abh.), Colonia-Opladen, 1954, 39, p. 95. <<

[5] El nombre significa «langosta» y aparece como Jundab o Jundub todavía en la época del profeta Mahoma. <<

[6] Los textos y traducciones utilizados para este parte (norte de Arabia) son los de PRITCHARD, J. B.: *ANET*, 2.ª ed., Princeton, 1955, y también los de WEISS ROSMARIN, T.: *Aribi und Arabien in den babylonisch-assyrischen Quellen*, tesis presentada en Würzburg, 1931, publicada en Nueva York, 1932; para Asarhaddón, ver BORGER, R.: «Die Inschriften Asarhaddons», Graz, 1956, *AFO*, 7. <<

[7] ¿O Idiba'il? (en PRITCHARD, p. 284, izquierda, 25: Idi-ba'lu; en el Antiguo Testamento, 'Adbe'el). En los mismos textos aparece un gobernador Idib'il. Este nombre se halla también (en un grafito, esto es, una inscripción no monumental sobre una roca de, o posterior a, finales del siglo II) en la forma Db'l (BRADEN, A. VAN DEN: *Les Inscriptions Thamoudéennes*, Lovaina-Heverlee, 1950, p. 300). Idib'il se menciona a menudo en la HISTORIA UNIVERSAL SIGLA XXI, tomo 5, capítulo 20. Allí seguimos a MUSIL, A.: *Arabia Petraea*, p. 478, aplicando las rectificaciones de ALBRIGHT, W. F.: «The Biblical Tribe of Massa' and some congeners», separata de *Studi Orientalistici in onore di Giorgio Levi Della Vida*, vol. I, Roma, 1956, p. 14. <<

[8] Arameo; llamado como el conocido rey de Damasco de la Biblia. <<

[9] Para este lugar pueden mencionarse dos grafitos de los alrededores de Taima' de finales del siglo V, cuya traducción agradezco a mi discípulo, el señor Hanspeter Roschinski. Quienes lo escribieron narran su participación en la guerra contra Nabayat (cf. HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, 5, cap. 20); existe también un tercero relativo a la guerra contra Dedān, que dista 135 km de Taima'. Los tres grafitos se encuentran en BRADEN, VAN DEN: *Les Textes Thamoudéens de Philby*, Lovaina, 1956, 266 ac, ag, a. <<

[10] ALBRIGHT, W. F.: *Musa'*, pp. 4 ss. <<

[11] Ver la representación de este episodio en MORITZ, B.: *Arabien*, Hannover, 1923, lám. 6. Musil, que tanto ha hecho para el esclarecimiento del escenario de la batalla, busca el escarpado monte Khukkurina en el Tulul 'Iyat, al este de Damasco. Pero esto no es compatible con la identificación de Khulkhuliti con Khalkhala, que él da como válida. También faltan allí los nueve pueblos y fuentes citados expresamente en el texto, que sólo se hallan en el Lejāb y junto a él. <<

[12] MEISSNER, B.: «Zwei Reliefs Assurbanipals mit Darstellungen von Arabern», *Islamica*, II (1925), pp. 391 ss.; OPITZ, D.: «Die Darstellungen der Araberkämpfe Aššurbānaplis aus dem Palast zu Ninive», AFO VII (1931-32), pp. 7-13. <<

[13] Con mayor exactitud en la tesis, aún inédita, del Dr. Walter Dostal, de Viena. <<

[14] PRITCHARD, p. 298, derecha (V, 26-30). <<

[15] CASKEL, W.: «Die alten semitischen Gottheiten in Arabien», *Le Antiche Divinità Semitiche, Studi… raccolti da Sabanino Moscati, Studi Semitici*, 1, Roma, 1938, p. 115. Citamos el libro en lo sucesivo como *Le Antiche Divinità Semitiche*. <<

[16] Tal es aproximadamente su transcripción fonética: se trata del documento más antiguo de la pronunciación de la ḍ árabe como «sonora lateral enfática» (un sonido próximo al de la ll). <<

[17] Una hoya cenagosa a menudo cubierta de costras salinas. Cf. LANDSBERGER, B., y BAUER, TH.: «Zu neuveröffentlichten Geschichtsquellen der Zeit von Asarhaddon bis Nabonid», *ZA*, 37 (1927), p. 75; «baṣṣu» significa probablemente

«arena fangosa». <<

[18] Se llamaban entonces Khaibar, Fadak, Yadī‘; en la época del profeta: Khaibar, Fadak, Yadī‘; a partir de la época moderna: Khaibar, el-Ḥuwaiyiṭ, el-Hāyiṭ. En JOHN PHILBY, H. ST. *The Land of Midian*, Londres, 1957, pp. 13-46, se describen verbal y gráficamente las reliquias antiguas de Ḥarra, algunas de las cuales pueden remontarse a aquella época. <<

[19] Por ejemplo, la ciudad de los medos, que es Ecbatana. Con «los medos», como es sabido, se designa a los persas. Insistimos aquí en ello una vez más, porque es el origen de un uso lingüístico que se encuentra, además de entre los griegos, en una interesante inscripción sudarábiga del año 271 a. C. (ver HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, 6, cap. 4, V) y también en grafitos de Arabia septentrional del siglo VI o quizá principios del VII d. C. Ver PIRENNE, J.: *Paléographie des inscriptions sud-Arabes…*, vol. I (Verh. knkl. vlaamse Ac… van Belgie, Kl. der Letteren, núm. 26), Bruselas, 1956 (que citamos en lo sucesivo como Pirenne I), p. 214, nota 3. <<

[20] Cabe, sin embargo, interpretar este texto de otro modo, y ello por las siguientes razones: una palabra está tan mal escrita o copiada que no cabe leerla, sino sólo adivinarla (¿es «lanza»?). Además, la lengua de las inscripciones «tamudeas», entre las que se cuenta la que nos ocupa, está por investigar. Por último, la fecha de esta inscripción está sometida a discusión, y ésta no es cuestión que pueda resolverse en función del comportamiento del rey de Babilonia al que alude, pues entra dentro de lo posible que generación tras generación se siguiera conmemorando la donación de un objeto por parte del rey de la entonces primera potencia mundial. <<

[21] G. Caton-Thompson ha escrito un relato de la expedición. <<

[22] Se encuentran en LEBARON BOWEN, R., y ALBRIGHT, FRANK, P.: *Archaeological Discoveries in South Arabia, with contributions by Berta Segall, J. Ternbach, H. Comfort and Gus W. Van Beek* (Publications of the American Foundation for the Study of Man, compilado por W. F. Albright, vol. II), Baltimore, 1958. También en JAMME, A.: *Sabaean Inscriptions from Mahram Bilqîs (Mârib)* (*id.*, volumen III), Baltimore, 1958. La más antigua colección de inscripciones sudarábigas, *Corpus Inscriptionum Semiticarum*, pars quarta, t. I-III, París, 1889-1932, se citará en lo sucesivo como *C.* <<

[23] A las nueve inventariadas habitualmente añade VAN DEN BRADEN: *Les Inscriptions Thamoudéennes*, p. 251, un grafito de las cercanías de Taima’. Parece, además, haberse formado un *ductus* especial para monogramas, cuyos trazos no se ven muy iguales, aunque tienen un cierto parecido con los de las antiguas inscripciones del sur de Arabia. Tales monogramas aparecen varias veces en un sello cilíndrico (WARD, W. H.: *The Seal Cylinders of Western Asia*, Washington, 1910, fig. 1212, p. 353), en un recipiente roto de Tell el-Kheleife, cerca de Guḍyan (Ezion Geber), en el extremo del golfo de ‘Aqaba, del siglo VII (ver P. BONESCHI en *RSO*, XXXVI [1961], páginas 213-23) y, por último, en el fragmento de vasija hallado en Hajar bin Ḥumeid, junto al Uadi Baiḥan, que gracias al radiocarbono y al estudio del estrato en que se encontraba se ha fechado hacia el 750 a. C. <<

[24] Agradezco este resumen a la gentileza de Gonzague Ryckmans. <<

[25] Agradezco esta observación al arqueólogo de la Universidad de Colonia, Andreas Rumpf, quien consagró largas horas a cotejar en mi presencia las fotos y dibujos de las primeras obras de J. Pirenne con las de las publicaciones originales de la arqueología clásica. <<

[26] No consta el correlato fonético de la ṣ en las escasas inscripciones preárabes, pero se ha conservado en la tercera rama del *stemma* de esta inscripción. <<

[27] PIRENNE I. <<

[28] MOBERG, A.: *The Book of the Himyarites* (Skrifter utgivna af Kgl. Human. Vetenskapssamfundet i Lund, VII, 1924, p. LXXIV[2]). Probablemente el nombre que se da al *makrab*, Yakrubmalik, pueda considerarse emparentado con otro de unos mil años antes, de la época amorrea del país de Babilonia: el de Yakrubel; cf. BOTTÉRO, JEAN: «Les divinités sémitiques anciennes en Mésopotamie», en *Le Antiche Divinità Semitiche*, p. 56. <<

[29] El que se ocupe de la historia de Saba' debe enfrentarse directamente con PIRENNE I y con las tablillas genealógico-paleográficas. A ello sólo hay que añadir que cierto *makrab* que, según *C*, 610, «renovó la continuación de (la ciudad de) Nashq, que empezara su padre», según *C*, 637, tiene un padre distinto, del que se dice que «amplió Nashq». Además, se ha visto desde entonces aumentado en ocho el número de personas registrado, gracias a *JA* (550), 555, 557. Si se las incluye en las tablillas, resulta que hay que remontar a los antepasados dos generaciones, unos cuarenta y cinco años. <<

[30] Desde aquí hasta el último apartado se han consultado, además de las inscripciones: LEBARON BOWEN, R.: *Ancient Trade Routes in South Arabia, Irrigation in Ancient Qatabân*; BEEK, G. W. VAN: *Ancient Frankincense-producing Areas in Discoveries*, pp. 35-85 y 139-142; FAKHRY, A.: *An Archaeological Journey to Yemen*, vol. I, El Cairo, 1952; GROHMANN, A.: *Südarabien als Wirtschaftsgebiet*, vols. 1 y 2, Viena, 1922, y Praga, 1933; MEZ, A.: *Die Renaissance des Islâms*, Heidelberg, 1922, pp. 417 ss.; PIRENNE, J.: *La Grèce et Saba*, Acad. des Inscriptions et Belles Lettres, Extrait des Mémoires, volumen 15, París, 1955; PIRENNE, J.: *Le royaume sud-Arabe de Qatabān et sa Datation… avec contribution d'André Maricq* (Bibliothèque du Muséon, vol. 48), Lovaina, 1961. <<

[31] Sobre la despoblación forestal de la península, ver MORITZ, B.: *Arabien*, pp. 35 ss. <<

[32] De la franja de tierra que unos siglos después de Cristo se llamaba Sa'kalān (y sakalitai sus habitantes), y más tarde Ẓafar/Dofar, pero también de puntos más occidentales, como aún hoy sucede. Ver HAROLD INGRAMS: *Befriedete Wüste (Arabia and the Isles)*, Wiesbaden, 1950, p. 422. <<

[33] Saussurea Lappa, utilizada para ahumados y para tratamientos corporales. <<

[34] EUTING, J.: *Tagbuch einer Reise in Inner-Arabien*, vol. I, Leiden, 1891, pp. 92 ss.; DICKSON, H. R. R.: *Kuwait and her Neighbours*, Londres, 1956, p. 80. <<

[35] *La Grèce et Saba*, p. 71, 106, lám. X, a'. La fecha según RUMPF, A. (ver la nota 25). <<

[36] Así como las serpientes se alargan artificiosamente, así también se alargan las puntas de flecha para colmar los altos pilares. Las figuras cónicas representan quizá la montaña sagrada que en la representación anterior está sobre los cuernos del íbice. También los números de los objetos representados (7, 10, 9) proceden de Babilonia. <<

[37] Esta interpretación se basa en WILLY HARTNER, «The earliest History of the Constellations in the Near East and the Motiv of the Lion-Bull Combat», *JNES*, vol. XXIV, núms. 1 y 2 (1965), pp. 1-16, láms. I-XVI de la separata. <<

[38] También el antílope pertenecía a 'Attar. Agradezco al doctor P. Kunitzsch la explicación de la segunda y tercera hileras. <<

[39] *Répertoire d'épigraphie sémitique*. Publicado por la comisión de CIS, Acad. des

Inscriptions et Belles Lettres, vols. V-VII. Redactado por G. Ryckmans, 2693. <<

[40] Además de las inscripciones he manejado RYCKMANS, G.: «Les religions préislamiques», 3.ª ed., en *Histoire des Religions*, compilada por QUILLET, A., vol. IV, París, 1960, pp. 200-228, 597-605; HÖFNER, M.: «Orts und Götternamen in Südarabien», *H. von Wissmann-Festschrift*, Tubinga, 1962, pp. 181-185; RYCKMANS, J.: «De quelques divinités sud-arabes», Extrait des *Ephemerides theologicae lovainienses*, vol. XXXIX (1963), Gembloux, 1963, pp. 458-468. <<

[41] Y también otros, como ḏu Samāwī, «el (¿acompañante?) del celestial». ¿Se trata de Sirio? ¿De Canopo? <<

[42] Procedente del teónimo babilónico Nabium. De este dios de la época amorrea se nos dice: «La parèdre de Marduk, la déesse…, et leur "fils", Nabium, ou Nabû, portent des noms accadiens, épithètes probables (… = La lune?; et "le Brillant" = un autre astre?)». BOTTÉRO, J.: «Les divinités sémitiques anciennes en Mésopotamie», en *Le Antiche Divinità Semitiche*, p. 58. En lugar de Anbay se lee Anbī (¿Inbī?). <<

[43] En las inscripciones mineas (Kh. NAMI, Y.: *Nuqush Khirbat Baraqish 'ala dau' magmu' at M. Tawfik* 1.2.3. El Cairo, 1954, 1956, 1959; —*Fiṣal min magallat kulliyat al-ādāb*, 1954, 1955, 1956—, 2. 63'3; 75'3; 3113) aparecen junto a 'Aṯtar ḏu Yahriq un Aṯtir Yahriq. Éste, pues, se identifica con la cosa en que aquél apareció. Esta relación recrea un mito ugarítico: 'Aṯtar es el hijo de Aṯtirat, la esposa de Él (DAHOOD, M. M.: «Ancient Semitic Deities in Syria and Palestine, en: *Le Antiche Divinità Semitiche*, p. 88). Sólo que 'Aṯtar es hijo de Aṯtir porque Il/Él falta en el panteón mineico. <<

[44] También existía la fórmula: Ywm hwṣt kl gwm ḏ 'Im wšymm wḏ ḥablm wḥmrm, «Después de él toda la comunidad de un dios y de un patrón protector, de los compañeros protectores, y de los encomendados protectores (?)…», esto significaba originalmente, en boca del primero y del segundo *Makrab*, una apelación dirigida a toda Saba para compartir los trabajos públicos, como muestra el contexto. <<

5. EL TERCER PERIODO INTERMEDIO Y EL IMPERIO ETÍOPE

[1] HELCK, W.: «Die Inschrift über die Belohnung des Hohenpriesters "Imn-ḥtp", en: *Mitteilungen des Instituts für Orientforschung*, 4 (1956), pp. 161-178. <<

[2] KEES, H.: «Herihor und die Aufrichtung des thebanischen Gottesstaates», en: *Nachrichten der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen*, Phil.-Hist. Klasse. I Altertumswissenschaft. Nueva serie, vol. II, núm. 1. Gotinga, 1936. <<

[3] NIMS, C. P.: «An Oracle Dated in "The Repeating of Birth"», en: *JNES*, 7 (1948), pp. 157-162. <<

[4] MONTET, P.: *La Nécropole royale de Tanis, II (Psousennès)*. París, 1951. <<

[5] PEET, T. E.: *The Great Tomb-Robberies of the Twentieth Egyptian Dynasty*, 2 vols. Oxford, 1930. <<

[6] BARGUET, P.: *Le Temple d'Amon-Rè à Karnak*, p. 37. <<

[7] MASPERO, G.: *Les momies royales de Déir el-Baharî.* El Cairo, 1889. <<

[8] MONTET, P.: *La nécropole royale de Tanis II (Psousennès)*, pp. 185-186. <<

[9] MALAMAT, A.: «Aspects of the Foreign Policies of David and Salomon», en: *JNES*, 22 (1963), pp. 11-13. <<

[10] ČERNY, J.: «Egyptian Oracles», en PARKER, R.: *A Saite Oracle Papyrus from Thebes*, pp. 35-48. <<

[11] ČERNY, J.: *Ibídem*, p. 38. <<

[12] ČERNY, J.: *Ibídem*, p. 38. <<

[13] GARDINER, A. H.: «The Gods of Thebes as Guarantors of Personal Property», en: *The Journal of Egyptian Archaeology*, 48 (1962), pp. 57-69. <<

[14] EDWARDS, I. E. S.: *Hieratic Papyri in the British Museum*, 4.ª serie. Londres, 1960. <<

[15] GUNN, B.: «The Decree of Amonrasonther for Neskhons», en: *The Journal of Egyptian Archaeology*, 41 (1955), pp. 83-105. <<

[16] BLACKMAN, A. M.: «The Stela of Shoshenk, Great Chief of the Meshwesh», en: *The Journal of Egyptian Archaeology*, 27 (1941), pp. 83-95. <<

[17] GARDINER, A. H.: «The Dakhleh Stela», en: *The Journal of Egyptian Archaeology*, 19 (1933), pp. 19-30. <<

[18] KEES, H.: *Das Priestertum in ägyptischen Staat vom Neuen Reich bis zur Spätzeit*, p. 187. <<

[19] PORTER, B., y MOSS, R.: *Topographical Bibliography*, vol. VII, p. 381. <<

[20] CAMINOS, R. A.: «Gebel es-Silsilah núm. 100», en: *The Journal of Egyptian Archaeology*, 38 (1952), pp. 46-61. <<

[21] BREASTED, J. H.: *Ancient Records of Egypt*, vol. IV, pp. 729-737. <<

[22] KEES, H.: *Das Priesterturn in ägyptischen Staat vom Neuen Reich bis zur Spätzeit*, p. 187. <<

[23] CAMINOS, R. A.: *The Chronicle of Prince Osorkon*, p. 172. <<

[24] BADAWI, A.: «Das Grab des Kronprinzen Scheschonk», en: *Annales du Service des Antiquités de l'Egypte*, 54 (1956), pp. 153-177. <<

[25] MONTET, P.: *La nécropole royale de Tanis I (Osorkon II)*, pp. 59-70. <<

[26] CAMINOS, R. A.: «The Chronicle of Prince Osorkon», *Analecta Orientalia*, 37. Roma, 1958. <<

[27] MONTET, P.: *La nécropole royale de Tanis III (Chéchanq III)*. París, 1960. <<

[28] STRICKER, B.: «De Strijd om de Praebende van Amon», en: *Oudheidkundige Mededelingen uit het Rijksmuseum van Oudheden te Leiden*, 29 (1948), pp. 71-83. <<

[29] STRICKER, B.: «De Strijd om het Pantser van koning Inharrow», en: *Oudheidkundige Mededelingen uit het Rijksmuseum van Oudheden te Leiden*, 35 (1954), pp. 47-64. <<

[30] VOLTEN, A.: *Ägypter und Amazonen*, Wenen, 1962. <<

[31] LEGRAIN, A.: «Au pylône d'Harmhabi à Karnak», en: *Annales du Service des Antiquités de l'Egypte*, 14 (1914), pp. 14, 39-40. <<

[32] LECLANT, J.: «La Chronique du Prince Osorkon», en: *Orientalia*, 30 (1961), p. 411. <<

[33] ANTHES, R.: «Die deutschen Grabungen auf der Westseite von Theben in den Jahren 1911 und 1913», en: *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts*, Sección de El Cairo, 12 (1943), pp. 47-49. <<

[34] YOYOTTE, J.: «Les principautés du Delta au temps de l'anarchie libyenne», en: *Mélanges Maspero*, vol. I, 4. El Cairo, 1961, pp. 121-181. <<

[35] YOYOTTE, J.: «Le talisman de la victoire d'Osarkon», en: *Bulletin de la Société Française d'Egyptologie*, 31 (marzo, 1960), pp. 13-21. <<

[36] YOYOTTE, J.: «Les principautés du Delta au temps de l'anarchie libyenne, en: *Mélanges Maspero*, vol. I, 4. El Cairo, 1961, p. 154, <<

[37] PORTER, B., y MOSS, R.: *Topographical Bibliography*, vol. VII, p. 217. <<

[38] DOWS DUNHAM: *The Royal Cemeteries of Kush*, vol. I: *El Kurru*. Boston,

1950. <<

[39] LECLANT, J.: «Kashta, Pharaon en Egypte», en: *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 90 (1963), pp. 74-81. <<

[40] GARDINER, A. H.: «Piankhi's Instructions to his Army», en: *The Journal of Egyptian Archaeology*, 21 (1935), pp. 219-223. <<

[41] Lugar de la limpieza y del adorno del rey en el templo. <<

[42] Nombre del santuario del Sol de Heliópolis. <<

[43] DERCHAIN, P.: «La visite de Vespasien au Sérapéum d'Alexandrie», en: *Chronique d'Egypte*, 28 (1953), pp. 265-269. <<

[44] REISNER, G. A.: «Inscribed Monuments from Gebel Barkal», en: *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 66 (1920), pp. 90-93. <<

[45] JANSSEN, J.: «Over Farao Bocchoris», en: *Varia Historica* Assen, 1954, pp. 17-29. <<

[46] LECLANT, J., y YOYOTTE, J.: «Notes d'histoire et de civilisation éthiopiennes», en: *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 51 (1952), pp. 26-27. <<

[47] JUNKER, H.: «Die Götterlehre von Memphis», en: *Abhandlungen des Preuss, Akad. d. Wissensch*, 1939. Phil.-Hist. Klasse, núm. 23. Berlín, 1940; del mismo autor, «Die politische Lehre von Memphis», *ibídem*, 1941. Phil.-Hist. Klasse, núm. 6. Berlín, 1941. <<

[48] KEES, H.: «Die priesterliche Stellung des Monthemeth», en: *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 87 (1962), p. 61. <<

[49] LECLANT, J.: «Les inscriptions "éthiopiennes" à Karnak», en: *Revue d'Egyptologie*, 8 (1951), pp. 101-120. <<

[50] LECLANT, J.: *Enquêtes sur les sacerdoces et les sanctuaires égyptiens*, pp. 31-42. <<

[51] YOYOTTE, J.: «Plaidoyer pour l'authenticité du scarabée historique de Shabako», en *Biblica*, 37 (1956), pp. 457-476. <<

[52] LAMING MACADAM, M. F.: *The Temples of Kawa*, 4 vols. Oxford, 1949-55. <<

[53] JANSSEN, J.: «Que sait-on actuellement du pharaon Taharqa?», en: *Biblica*, 34 (1953), pp. 23-43. <<

[54] BORGER, R.: *Die Inschriften Asarhaddons, Königs von Assyrien*, pp. 98-99. <<

[55] PARKER, R. A.: «The Length of Reign of Amasis and the Beginning of Twenty-Sixth Dynasty», en: *Mitteilungen des Deutschen* Archäologischen Instituts. Sección de El Cairo, 15 (1957), pp. 208-212. <<

[56] PORTER, B., y MOSS, R.: *Topographical Bibliography*, vol. VII, pp. 217-218. <<

[57] AYNARD, M.: *Le prisme du Louvre*, AO, 19, 939, pp. 30-33. <<

[58] YOYOTTE, J.: «Les vierges consacrées d'Amon thébain», en: *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1961, pp. 43-52. <<

[59] KEES, H.: «Die priesterliche Stellung des Monthemhet», en: *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 87 (1962), pp. 60-62. <<

[60] PARKER, R. A.: *A Saite Oracle Papyrus from Thebes*, p. 21. <<

[61] LECLANT, J.: *Montouemhat*, El Cairo, 1961. <<

[62] PARKER, R. A.: *A Saite Oracle Papyrus from Thebes*, cuadro 1. <<

[63] LEGRAIN, G.: «Renseignements sur les dernières découvertes faites à Karnak», en: *Recueil de Travaux relatifs à la philologie et à l'archéologie égyptiennes et*

assyriennes, 27 (1905), pp. 61-82. <<

[64] MEULENAERE, H. DE: «La famille des vizirs Nespamedon et Nespakachouty», en: *Chronique d'Egypte*, 38 (1963), pp. 71-77. <<

CAP. 6. EL RENACIMIENTO SAÍTA

[1] La cronología de los saítas (XXVI Dinastía) está establecida, con error menor de un año, con absoluta exactitud. La época saíta acabó con la conquista de Egipto por los persas en la primavera del año 525. La duración del reinado de todos los reyes saítas consta exactamente por años, con excepción del penúltimo faraón, Amasis. Respecto a él quedan dudas sobre si murió en el año 44 o 45 de su reinado. Hasta 1957 los científicos mantuvieron casi con unanimidad la opinión de que murió en el año 44, pero la valoración de una fecha doble, es decir, una según el calendario corriente egipcio y la fecha diaria dada según un calendario de meses lunares, parece indicar que Amasis murió ya en el año 45 de su reinado (RICHARD A. PARKER: «The Length of Reign of Amasis and the Beginning of the Twenty-Sixth Dynasty». *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts* Sección de El Cairo, Wiesbaden, 1957, pp. 208-212). A pesar de cierta ciertas dudas, esta relación sigue las conjeturas de él derivadas, con lo que también, por ejemplo, el reinado de Psamético I habría comenzado en el año 664 (y no ya en el 663), etc. <<

[2] El Antiguo Testamento (II Reyes, 23, 29) dice, sin embargo, de la expedición de Nekao del año 608 que el Faraón «acorraló al rey de Asur en el torrente del Éufrates». No obstante este dato descansa sin duda en un error. Se sabe por crónicas babilónicas que el ejército de Nekao luchó en el 609 junto con los asirios en el curso medio del Éufrates contra los caldeos de Babilonia; más aún, que en los años 606 y 605 los egipcios volvieron a luchar en la misma zona contra los caldeos. La opinión generalmente expuesta de que Nekao habría apoyado en el año 609, como ya hizo antes Psamético, a los asirios contra los caldeos y que después, en el 608, habría combatido a los asirios, pero nuevamente en el 606 y el 605 habría estado en lucha contra los caldeos, debe ser rechazada por totalmente inviable. No puede hablarse de un cambio repentino en la política exterior faraónica en el año 608. <<

[3] La reducción de los datos contabilizados en el reverso de la llamada «Crónica Demótica» sobre el valor del dinero de las circulaciones estatales en el templo en la época de Amasis y los de Heródoto (III, 91), suministraron el importe de los impuestos de la satrapía persa de Egipto según EDUARD MEYER: *Kleine Schriften*, vol. II, Halle, 1924, pp. 98-100 y *Geschichte des Altertums*, vol. IV, 1.4. Aufl. Stuttgart, 1944, p. 150. <<

CAP. 7. LOS GRIEGOS

[1] Para un estudio reciente sobre el tema véase d'A. DESBOROUGH, V. R.: *The Last Mycenaeans and Their Successors*. Oxford, 1964, cap. 10. <<

[2] El esquema de dialectos y su evolución, es un tema demasiado complejo para ser discutido aquí en toda su amplitud; véase CHADWICK, J.: «The Prehistory of the Greek Language», *Cambridge Ancient History*, edic. revisada, vol. II, cap. XXXIX (1963), y RISCH, E.: «Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht», en *Museum Helveticum*, 12 (1955), pp. 61-76. <<

[3] SNODGRASS, A.: *Early Greek Armour und Weapons*. Edimburgo, 1964, pp. 103-4. <<

[4] Ver Desborough, *op. cit.*, en nota 1, y *Protogeometric Pottery*. Oxford, 1952. <<

[5] Para un estudio más completo de los frigios (y de los lidios) véase cap. III con algunas diferencias en el enfoque; cf. YOUNG, R. S.: «Gordion on the Royal Road», en *Proceedings of the American Philosophical Society*, 107 (1963), pp. 348-64. <<

[6] JOAN DU PLAT TAYLOR, ed., *Marine Archaeology*. London, 1965, pp. 119-40. <<

[7] COOK J. M.: «Greek Settlement in the Eastern Aegean and Asia Minor», *Cambridge Ancient History*, edic. revisada, vol. II, capítulo XXXVIII (1961), p. 5.3. <<

[8] El estudio del «problema homérico» que más se aproxima al que se ha utilizado aquí es el de KIRK, G. S.: *The Songs of Homer*. Cambridge, 1962; se ha editado asimismo una versión algo menos técnica en libro de bolsillo: *Homer and the Epic*. Cambridge, 1965. <<

[9] Ver JEFFERY, L. H.: *The Local Scripts of Archaic Greece* (Oxford, 1961). <<

[10] Ver EHRENBERG, V.: «Von Den Grundformen griechischer Staatsordnung», en *Polis und Imperium.* Zúrich y Stuttgart, 1965, que discute las teorías de GSCHNITZER, F.: «Gemeinde und Herrschaft», en *Sitzungsberichte der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Philosophisch historische Klasse*, 235, núm. 3 (1960); cf. HEUSS, A.: «Die archaische Zeit Griechenlands als geschichtliche Epoche», en *Antike und Abendland*, 2 (1946), pp. 26-63. <<

[11] LESKY, A.: *Thalatta. Der weg den Griechen zum Meer*. Viena, 1947. <<

[12] Ver DUNBABIN, T. J.: *The Western Greeks*. Oxford, 1948. En este caso no se puede garantizar la exactitud de estas fechas; véase el completo y escéptico estudio de VAN COMPERNOLLE, R.: *Étude de chronologie et d'historiographie siciliotes*. Bruselas, 1960. <<

[13] Véase cap. VII sobre Náucratis. <<

[14] Véase SNODGRASS, A.: *Op. cit.*, en la nota 3, y «The Hoplite Reform and History», en el *Journal of Hellenic Studies*, 85 (1965), pp. 110-22. <<

[15] ANDREWES, A.: «Phratries in Homer», en *Hermes*, 89 (1961), pp. 129-40, «Philocoros on Phratries», en el *Journal of Hellenic Studies*, 81 (1961), pp. 1-15. <<

[16] La literatura moderna ha hecho demasiado hincapié en la invención de la acuñación: no solamente es esto falso sino que, además, está basado en una cronología errónea. Ahora parece virtualmente seguro que las primeras monedas no datan de antes del 625 a. C. en Asia Menor. Por consiguiente, la aparición de las monedas en la península griega, por muy rápido que fuera el proceso, fue demasiado tardía como para constituir una de las motivaciones de la aparición de la tiranía como institución. El trabajo más importante sobre este tema es «Hoards, Small Change and the Origin of Coinage», en *Journal of Hellenic Studies*, 84 (1964), pp. 76-91, por KRAAY, C. M. <<

[17] Sobre la situación de los ilotas, véase LOTZE, D.: «Metaxy eleutherōn kai doulōn», *Studien zur Rechstellung unfreier Landbevölkerungen in Griechenland bis zum 4. Jahrhundert v. Chr.* Berlín, 1959, cap. II; cf. FINLEY, M. I.: «Between Slavery and Freedom», en *Comparative studies in Society and History*, 6 (1964), pp. 233-49. <<

[18] Para poder apreciar los intentos de realizar una reconstrucción detallada de la Era Oscura, refutados en esta obra, véase KIECHLE, F.: *Lakonien und Sparta*. Múnich y Berlín, 1963; HUXLEY, G. L.: *Early Sparta*. Londres, 1962. <<

[19] MORETTI, L.: «Olimpionikai, I vincitori negli antichi agoni olimpici», en *Memorie delle Classe di Scienze morali e storiche dell' Accademia dei Lincei*, 8 (1959), pp. 55-198. <<

[20] WILL, E. sugiere que la defensa del campesinado por parte de los tiranos de Corinto sirvió de modelo a los que apoyaban la tiranía en Atenas. *Korinthiaka*. París, 1955, pp. 477-81. <<

[21] *Griechische Kulturgeschichte*, 4, cap. III. Basilea, 1957, *Obras completas*, tomo VIII, pp. 59-159; cf. EHRENBERG, V.: *Ost und West*. Praga, 1935, cap. IV. <<

[22] Véase DODDS, E. R.: *The Greeks and the Irrational*. Berkeley-Los Ángeles, 1951, caps. I-II; Hay trad. española. Madrid. Rev. de Occidente. ADKINS, W. H.: *Merit and Responsibility. A Study in Greek Values* (Oxford, 1960), caps. I-VIII. <<

[23] No se ha llegado a un acuerdo sobre si la *Teogonía* y *Los trabajos y los días* fueron escritos por el mismo poeta, pero este problema no afecta a las afirmaciones hechas en mi texto. <<

[24] DOVER, K. J.: *Fondation Hardt. Entretiens sur l'antiquité classique*, vol. X. *Archiloque*. Vandeouvres-Ginebra, 1963, p. 212. <<

[25] Véase FINLEY, M. I.: «Myth, Memory and History», en *History and Theory*, 3 (1965), pp. 281-302. <<

[26] GOMBRICH, E. H.: *Art and Illusion*, ed. rev., Londres, 1962, p. 114; cf. p. 120. <<